TUS LIBROS



Crimen y Castigo

F M Dostoievski

Un día el estudiante Raskólnikov llego a la conclusión de que un piojo «inútil y dañino» como la vieja usurera no merecía vivir y que el hombre superior y clarividente, situado por encima del bien y del mal tenía derecho a aplastarla. Pero tras caer el hacha, surgieron las interrogaciones.

Con este tema y un aluvión de personajes y materiales policíacos folletinescos, filosóficos y hasta bíblicos, construyó Dostoievsky una apasionante y opresiva novela sinfónica en cuatro movimientos —tentación, caída, castigo y arrepentimiento—, cuya influencia llegaría hasta la filosofía nietzscheana. Por algo dijo Nietzsche que Dostoievski era el único que le había enseñado algo en psicología.



Fiódor Dostoyevski

Crimen y castigo

Tus libros - 106

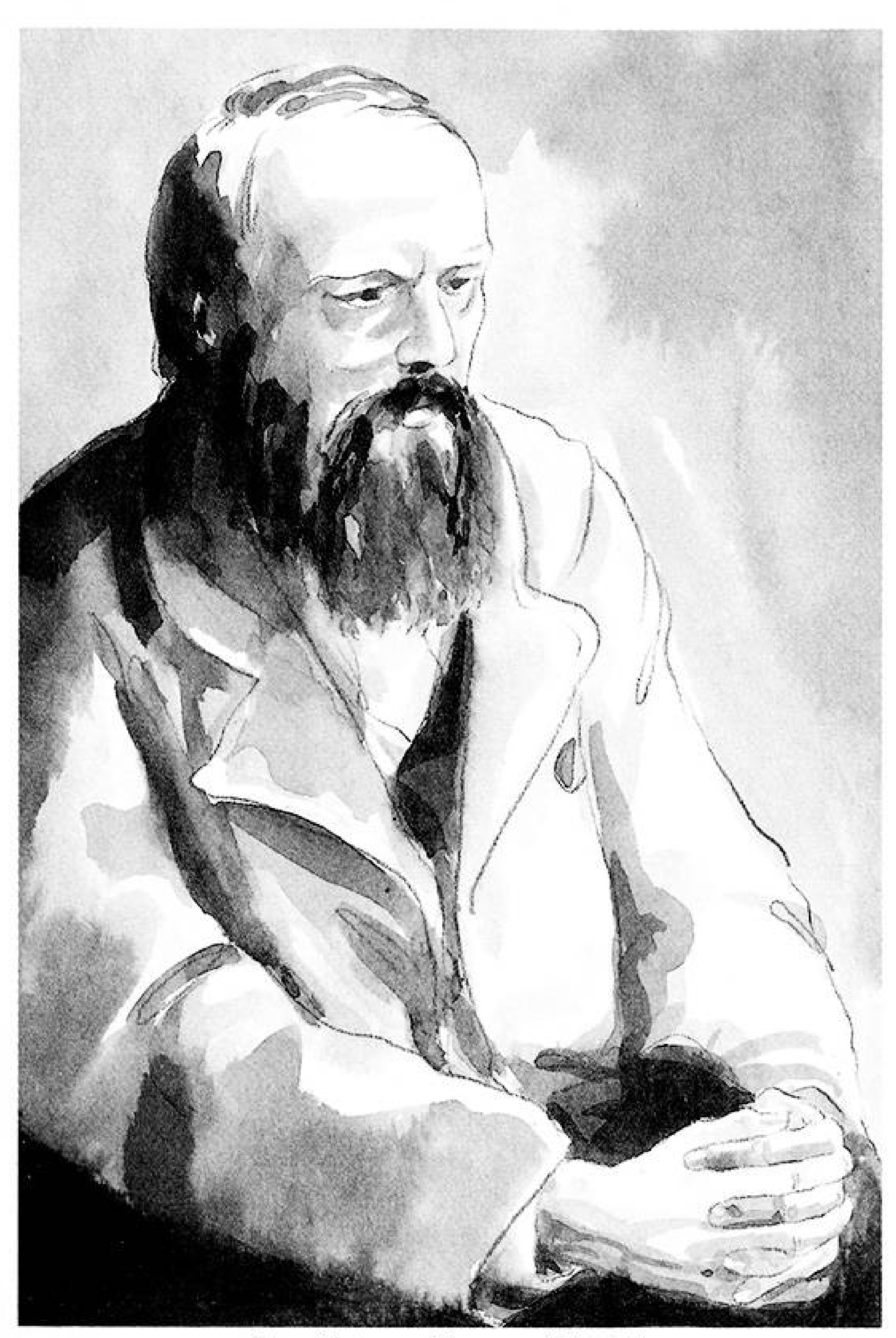
ePub r1.0
Karras 05-11-2019

Título original: *Преступление и наказание*
Fiódor Dostoyevski, 1866
Traducción y notas: Isabel Vicente
Ilustraciones: Beatriz Ujados
Apéndice: Constantino Bértolo

Editor digital: Karras
ePub base r2.1



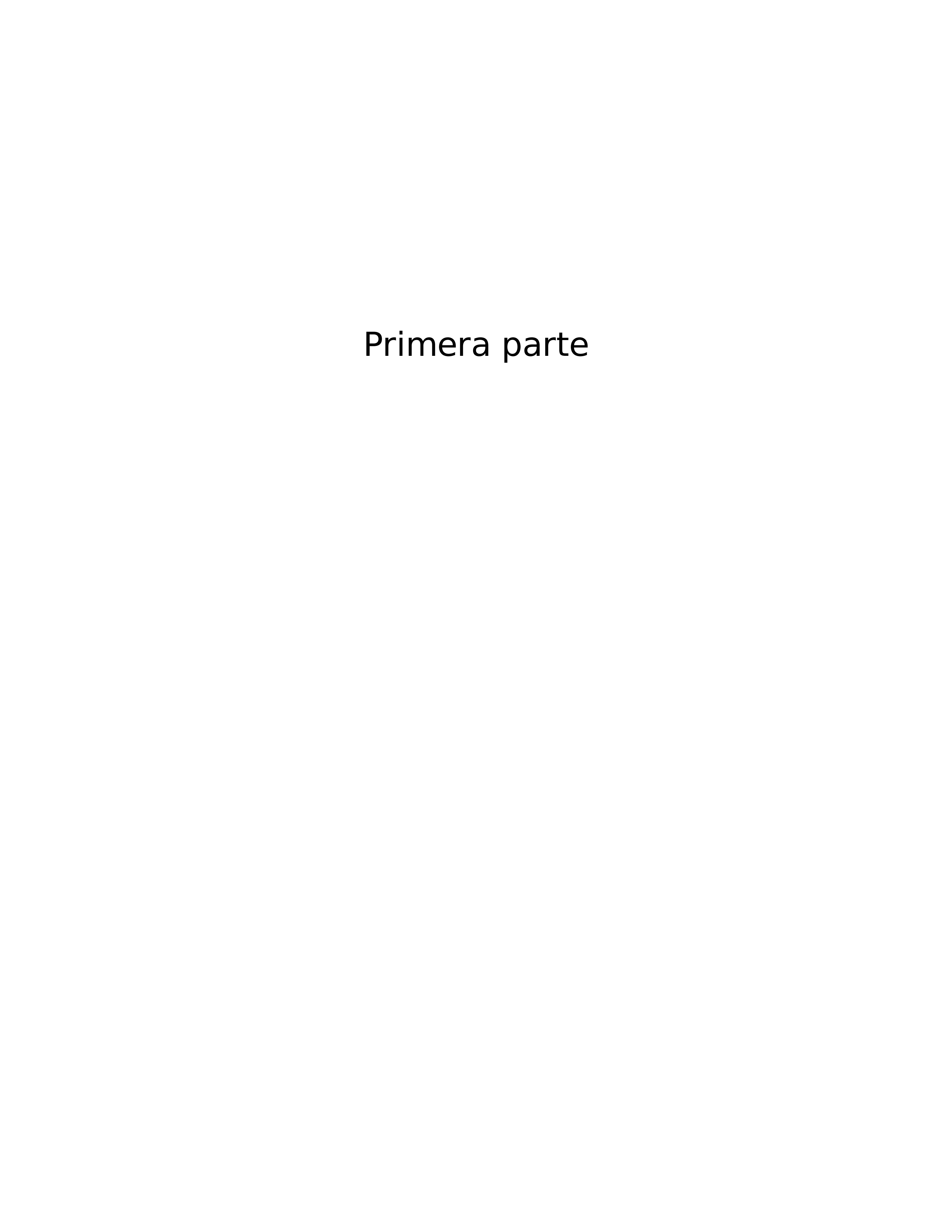
Índice de contenido



Fiódor Mijáilovich Dostoievski (1821-1881)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original ruso aparecido en su primera edición en la revista El Noticiero ruso*, San Petersburgo (enero-diciembre 1866). La edición corregida en forma de libro se publicó en San Petersburgo, 1867.*

Las ilustraciones, originales de Beatriz Ujados, han sido realizadas expresamente para esta edición.



Primera parte

I



XPIRABA una tarde sumamente calurosa de comienzos de julio cuando un joven abandonó el cuartucho que alquilaba en el pasadizo S.[1] y encaminó sus pasos, lentamente y como indeciso, hacia el puente K.[2]

Había tenido la suerte de eludir el encuentro con su patrona en la escalera. Su cuchitril, que más parecía un armario que una habitación, se hallaba justo bajo el tejado de una casa de cinco plantas. El apartamento de su patrona, quien, además de alojamiento, le proporcionaba pupilaje completo, daba al rellano del piso inferior, de modo que nuestro joven había de pasar por fuerza, siempre que salía a la calle, por delante de la puerta de su cocina, habitualmente abierta de par en par. Y, cada vez que esto sucedía, el joven experimentaba cierta vergonzante impresión de malestar y cobardía que le hacía torcer el gesto. Estaba muy entrampado con la patrona, y temía tropezarse con ella.

No podía decirse que fuese de un natural tan medroso y tan apocado, sino más bien todo lo contrario; pero, de algún tiempo a aquella parte, vivía en un estado irascible y tenso parecido a la hipocondría. Se había introvertido y encerrado tanto dentro de sí mismo, que temía los encuentros con

quienquiera que fuese, y no sólo con su patrona. La indigencia le tenía aplanado, pero incluso su precaria situación había cesado de agobiarle en los últimos tiempos. Tenía completamente abandonados sus quehaceres cotidianos, y tampoco quería ocuparse de ellos. De hecho, no le temía en absoluto a su patrona, por muchas añagazas que ésta fraguara contra él. Ahora bien, detenerse en la escalera a escuchar sandeces sobre la prosa cotidiana que no le importaba lo más mínimo, aguantar una andanada de amenazas y reclamaciones de pago y tener él que recurrir a subterfugios, disculpas y mentiras…, eso, no; preferible era deslizarse furtivamente por la escalera como un gato y escabullirse sin ser visto.

Aunque, en aquella ocasión, incluso le sorprendió, cuando se encontró en la calle, ese temor a tropezarse con su acreedora.

«¡Mira que estar tramando una cosa así y, al mismo tiempo, temerles a esas tonterías! —pensó con extraña sonrisa—. Hum… ¡Hay que ver! Un hombre lo tiene todo en sus manos y, sólo por cobardía, permite que le pase todo por delante de las narices… Esto es un axioma… ¿Qué es lo que más teme la gente, vamos a ver? Lo que más teme la gente es dar un paso nuevo, pronunciar una palabra nueva… Por cierto, que yo hablo demasiado. Y porque hablo no hago nada. Aunque, también podría ocurrir que, si no hago nada, es porque hablo. Esta manía de hablar es consecuencia del último mes que me he pasado los días y las noches tumbado en un rincón pensando… en los tiempos de Maricastaña. ¿Por qué voy ahora allí, vamos a ver? ¿Acaso soy capaz de eso? ¿Acaso va eso en serio? ¡Claro que no! Son fantasías que me invento para entretenerme; un juego. Sí, ésa es la mejor definición: un juego».

En la calle hacía un calor sofocante, sin contar el bochorno, el gentío, la cal, los andamios, los ladrillos y el

polvo que había por todas partes, y ese hedor específico del verano, tan conocido del petersburgués que carece de medios para alquilar una casa de campo… Y todo de golpe crispó desagradablemente los nervios del joven, ya de por sí tensos. El tufo insoportable que exhalaban las tabernas, singularmente numerosas en esa parte de la ciudad, y los borrachos, que pululaban aunque era día laborable, le ponían al cuadro una última pincelada, repulsiva y triste. Una expresión de profundísima repugnancia veló momentáneamente las delicadas facciones del joven que, dicho sea de paso, era muy agraciado: esbelto y de estatura algo superior a la mediana, tenía unos hermosos ojos oscuros y el cabello castaño. Sin embargo, pronto se sumió en una honda meditación, que más podría llamarse abstracción, y prosiguió su camino sin advertir ya nada de lo que le rodeaba ni querer advertirlo tampoco. Sólo de vez en cuando murmuraba algo para sus adentros, cediendo al hábito de monologar que acababa de confesar. En ese preciso instante, él mismo reconocía que sus pensamientos se confundían en ocasiones y que estaba muy débil: era el segundo día que no probaba apenas bocado.

Iba tan mal trajeado que algunos, incluso entre la gente acostumbrada a andar andrajosa, se habrían avergonzado de salir de esa guisa a la calle en pleno día. Aunque, en un barrio como aquél, hubiera sido difícil sorprender a nadie por la indumentaria. La proximidad de la plaza Sennáia[3], la profusión de lupanares y el predominio de los obreros y artesanos entre el vecindario hacinado en las calles y callejas del bajo San Petersburgo saturaban a veces el panorama de tales sujetos, que habría sido absurdo sorprenderse ante ciertos tipos. Sin embargo, era tanto el acerbo despecho acopiado en el alma de nuestro personaje que, a despecho de su escrupulosidad, harto juvenil en ocasiones, no se preocupaba en absoluto de los harapos con

que salía a la calle. Otra cosa habría sido encontrarse —eventualidad que no le agradaba en absoluto— con ciertos conocidos o antiguos compañeros. Sin embargo, cuando un borracho a quien en ese momento conducían —Dios sabe por qué ni hacia dónde— en un carro enorme tirado por un enorme percherón le interpeló al pasar: «¡Eh, tú, el del sombrero alemán!», a voz en cuello y señalándole con la mano, el joven se detuvo y agarró febrilmente su sombrero. Era un sombrero alto, redondo, del famoso Zimmermann, pero todo tazado, descolorido, cubierto de agujeros y manchas, ya sin alas y ridículamente ladeado. Sin embargo, el sentimiento que le había embargado no era de vergüenza, sino algo muy distinto, semejante al terror.

—¡Lo sabía! —murmuró confuso—. ¡Me lo imaginaba! Esto es lo peor: que una estupidez como ésta, un detalle insignificante, lo eche todo a perder. Claro: el sombrero llama demasiado la atención. De puro ridículo. A mis andrajos les cuadra mejor una gorra, aunque sea muy vieja, y no esta monstruosidad. Nadie lleva un sombrero así. Y, claro, se fijan a la legua, lo recuerdan… Eso es lo peor: que se acuerden de él, y ya tienen una prueba. Hay que pasar lo más desapercibido posible… Los detalles son lo principal: ¡los detalles!… Esos detalles son los que lo echan siempre todo a perder.

No tenía que caminar mucho; incluso sabía los pasos que había desde el portal de su casa: setecientos treinta justos. Los había contado una vez que echó a volar su fantasía, cuando ni él mismo daba crédito a aquellos sueños suyos, cuya audacia, repugnante y sugestiva a la vez, no hacía más que irritarlo. Pero ahora, al cabo de un mes, empezaba a considerarlos de otra manera y, a despecho de todos los monólogos irónicos acerca de su flojedad y sus vacilaciones, se había acostumbrado a considerar ya, aun en contra de su

voluntad, ese sueño repugnante suyo como el proyecto de una empresa aunque todavía no estaba seguro de sí mismo.

Más aún, ahora iba a hacer la prueba de su proyecto y a cada paso que daba crecía su excitación.

Con el corazón en suspenso y temblando de puro nervioso, llegó a una casa inmensa, uno de cuyos muros daba al canal[4] y el otro a la calle Sadóváia. El edificio se componía de pequeños apartamentos y lo habitaban gentes de ocupaciones diversas: sastres, cerrajeros, cocineras, artesanos alemanes, rameras que vivían de su cuerpo, pequeños funcionarios y demás. La gente no cesaba de entrar y salir por ambas puertas cocheras y de cruzar los dos patios a los que daban acceso. La casa tenía tres o cuatro *dvorniki*[5]. Encantado de no encontrarse con ninguno de ellos, el joven se deslizó sin ser visto, nada más trasponer uno de los portones, hacia la escalera de la derecha. Era una escalera oscura y estrecha —«negra», como se suele decir—, pero él conocía ya todo aquel lugar por haberlo explorado, y hasta le agradaba la situación: en semejante oscuridad, ni siquiera era de temer una mirada indiscreta. «Si tanto miedo siento ahora, ¿qué sería en caso de que intentara llegar hasta la realización del asunto?», iba pensando involuntariamente cuando llegaba a la cuarta planta, donde le cortaron el paso unos mozos de cuerda —soldados licenciados[6]— que estaban sacando muebles de uno de los apartamentos. Raskólnikov sabía ya de antes que allí habitaba un funcionario alemán con su familia. «De manera que el alemán se muda y, por tanto, en la cuarta planta de esta escalera y en este rellano, durante algún tiempo sólo queda ocupado el apartamento de la vieja», pensó de nuevo, y llamó a la puerta de la prestamista. La campanilla sonó débilmente, como si fuera de hojalata y no de cobre. En los pequeños apartamentos de casas por el estilo, casi todas las campanillas son así. Raskólnikov había olvidado ya el

sonido peculiar de aquélla, que ahora le trajo a la memoria y le hizo ver claramente algo… No pudo reprimir un estremecimiento: esta vez tenía los nervios demasiado flojos. A los pocos momentos se entreabrió la puerta. Por la estrecha rendija, la inquilina observaba al visitante con visible recelo, y sólo se divisaban sus ojillos, que relucían en la oscuridad. Sin embargo, se sintió más segura al ver a tanta gente en el rellano y abrió del todo. El joven traspuso el umbral que daba acceso a un oscuro recibimiento dividido por un tabique detrás del cual se hallaba una cocina minúscula. La vieja permanecía delante de él, callada y observándolo con mirada inquisitiva. Era una viejecilla diminuta y reseca, de unos sesenta años. Tenía unos ojuelos penetrantes y fieros, la nariz pequeña y puntiaguda y el cabello rubio —no llevaba nada a la cabeza—, apenas salpicado de canas y profusamente untado de grasa. Se envolvía el cuello, largo y flaco como pata de gallina, en un pingo de franela y, pese al calor, le caía de los hombros una esclavina de piel, raída y amarillenta. La vieja tosía y carraspeaba a cada momento. Se conoce que el joven la miró de algún modo especial porque, de pronto, asomó de nuevo a sus ojos el recelo de antes.

—Soy Raskólnikov, estudiante. Ya estuve aquí hace un mes —se apresuró a murmurar el joven con una leve inclinación, recordando que debía mostrarse amable.

—Lo recuerdo, *bátiushka*[7], recuerdo muy bien que estuvo aquí —profirió netamente la vieja, siempre con los ojos inquisitivos clavados en el rostro del joven.

—Pues, eso… Vengo otra vez por el mismo asunto… —continuó Raskólnikov, algo confuso y sorprendido por aquella suspicacia de la vieja.

«Quizá sea siempre así y yo no me diera cuenta la otra vez», pensó con una sensación desagradable.

La vieja calló unos momentos, como si reflexionara, luego se hizo a un lado señalando la puerta de otro cuarto y cediendo el paso al joven:

—Pase usted, *bátiushka*.

Raskólnikov entró en un reducido aposento, tapizado de papel amarillo, que tenía tiestos de geranios y visillos de muselina en las ventanas y, en ese momento, estaba brillantemente iluminado por el sol poniente. «O sea, que también entonces brillará así el sol…». Esta idea le pasó como fortuitamente por la imaginación a Raskólnikov, que envolvió la estancia en una mirada rápida para observar y recordar en lo posible la disposición. Pero, en el cuarto no había nada de particular. El mobiliario, de madera amarilla y muy viejo, constaba de un sofá con un enorme respaldo ovalado, igualmente de madera, y una mesa también ovalada delante, un lavabo debajo de un pequeño espejo entre dos ventanas, algunas sillas arrimadas a las paredes y dos o tres cromos baratos, enmarcados de amarillo, representando a jovencitas alemanas con alguna avecilla en las manos. En un rincón ardía una lamparilla delante de un pequeño icono. Todo brillaba de puro limpio; el suelo y los muebles estaban encerados. «Obra de Lizaveta», pensó Raskólnikov. No se habría podido encontrar una mota de polvo en toda la casa. «Las viejas viudas y malvadas son las que tienen todo así de pulcro», seguía pensando Raskólnikov para sus adentros. Lanzó de soslayo una mirada de curiosidad hacia la cortina de percal que ocultaba la entrada a la otra habitación, muy pequeña, donde estaban la cama de la vieja y una cómoda, y a la que nunca se había asomado. Toda la vivienda se componía de esas dos estancias.

—¿Qué desea? —pronunció severamente la vieja, siguiéndole al cuarto y plantándose otra vez justo frente a él para verle la cara.

—He traído esto para empeñar.

Raskólnikov sacó del bolsillo un viejo reloj plano, de plata, que tenía grabado un globo terrestre en la tapa. La cadena era de acero.

—Pero, tendría que desempeñar ya la prenda de antes. Hace dos días que venció el mes.

—Le pagaré otro mes de réditos. Espere un poco.

—Lo de esperar o vender ahora ya su prenda es cosa mía, *bátiushka*.

—¿Cuánto me da por el reloj, Aliona Ivánovna?[8]

—Usted sólo me trae pequeñeces, *bátiushka*. Bien mirado, no valen nada. La vez pasada le di dos billetitos por la sortijilla. Y eso que se podía comprar una nueva igual que ésa a cualquier joyero por rublo y medio.

—Deme cuatro rublos por el reloj. Era de mi padre y lo desempeñaré. Espero recibir dinero dentro de poco.

—Rublo y medio y, por supuesto, los réditos por adelantado. Si lo quiere…

—¡Rublo y medio! —exclamó el joven.

—Usted verá. —Y la vieja le tendió el reloj. Raskólnikov lo tomó. Estaba tan furioso que hizo intención de marcharse, pero al instante cambió de parecer al recordar que no tenía otro sitio adonde ir y que le había llevado allí un segundo propósito.

—¡Venga! —dijo con rudeza.

La vieja metió la mano en un bolsillo para coger las llaves y pasó al cuarto que había detrás de la cortina. Al quedarse solo en medio de la habitación, Raskólnikov prestó oído con curiosidad, imaginándose lo que estaría haciendo. La oyó abrir la cómoda. «Debe de ser el cajón de arriba —se figuró —. De modo que guarda las llaves en el bolsillo de la derecha… Todas juntas, en una anilla de acero… Y hay una el triple de grande que las demás, con muescas, que no puede ser de la cómoda… O sea, que también hay algún

cofre o un baúl… Es curioso. Sí, los baúles tienen llaves de ésas… La verdad es que todo esto es repugnante…».

Volvió la vieja.

—Veamos, *bátiushka*: poniendo diez *kopeks*[9] por rublo al mes, me debe usted quince *kopeks* de un mes por adelantado. Además, de los dos rublos anteriores al mismo interés, y también por adelantado para este mes, me debe veinte *kopeks*. Lo que suma, en total, treinta y cinco. De modo que, ahora, le queda cobrar por su reloj un rublo y quince *kopeks*. Aquí los tiene.

—¿Cómo? ¿Ahora resulta sólo un rublo y quince *kopeks*?

—Justamente.

Sin más discusiones, el joven tomó el dinero. Miraba a la vieja y no se marchaba, como si aún quisiera decir o hacer algo, pero sin saber exactamente qué cosa…

—Quizá le traiga otra prenda dentro de unos días, Aliona Ivánovna… Es un objeto de plata… de valor… Una pitillera… En cuanto me la devuelva un amigo… —Se turbó y calló.

—Pues, entonces hablaremos, *bátiushka*.

—Adiós… Parece que está usted siempre sola en casa. ¿Y su hermana? —preguntó, con la mayor naturalidad que pudo, al pasar al recibimiento.

—Y usted, *bátiushka*, ¿qué tiene que ver con ella?

—Pues, nada, en realidad. Preguntaba por preguntar. Pero, usted… ¡Adiós, Aliona Ivánovna!

Raskólnikov salió verdaderamente confuso, y su confusión iba en aumento. Al bajar la escalera, incluso se detuvo varias veces como si algo le sorprendiera de pronto. Y finalmente, cuando estuvo en la calle, exclamó:

—¡Dios! ¡Qué repugnante es todo esto! Pero, ¿es posible… es posible que yo?… No. Es un disparate, un absurdo —añadió resueltamente—. ¿Es posible que me haya pasado por la imaginación algo tan horrible? Me parece mentira la vileza de que es capaz mi corazón. Pero, sobre

todo, es sucio, inmundo, asqueroso, asqueroso… Y llevo un mes entero…

Pero, no podía expresar su desasosiego con palabras ni con exclamaciones. La sensación de infinita repugnancia que había empezado a oprimirle y angustiarle el corazón ya cuando se dirigía a casa de la vieja había alcanzado ahora tal grado y se revelaba con tal claridad, que no sabía cómo escapar a su congoja. Caminaba como ebrio, sin advertir a los transeúntes, tropezando con ellos, y no se recobró hasta encontrarse en la calle siguiente. Al mirar a su alrededor vio que se hallaba delante de una taberna instalada en un sótano al que daba acceso una escalerilla desde la acera. Precisamente en ese momento salían dos borrachos que subían, apoyándose el uno en el otro y blasfemando. Raskólnikov bajó la escalera sin pensarlo poco ni mucho. Hasta entonces, nunca había entrado en una taberna, pero ahora le daba vueltas la cabeza y, además, sentía una sed abrasadora. Tenía ganas de cerveza fría, más aún porque achacaba su repentina debilidad al hecho de no haber comido. Se sentó en un rincón oscuro y sucio ante un velador pringoso, pidió cerveza y apuró con avidez el primer vaso. Al instante sintió alivio y se le despejó la cabeza.

—Todo esto son tonterías —se dijo esperanzado— y no hay razones para ofuscarse. Se trata de flaqueza física, sencillamente. Un vaso de cerveza, un trozo de galleta, y basta para que al momento se robustezca el ánimo, se aclaren las ideas y arraiguen los propósitos. ¡Puah! ¡Qué mezquino es todo!…

Pero, pese a aquel salivazo de desprecio, tenía ya un aspecto animoso, como si se hubiera liberado súbitamente de un espantoso fardo, y envolvió a los presentes en una mirada cordial. Sin embargo, incluso en ese preciso instante, intuyó vagamente que también toda aquella sensación de mejoría era morbosa.

En la taberna quedaba ya poca gente por entonces. Detrás de los dos borrachos que vio salir, se había marchado un grupo de unos cinco hombres acompañados por una mujer. Llevaban un acordeón. El local, entonces en silencio, parecía más espacioso. Quedaban un sujeto con aire de artesano, bebido pero no demasiado, que tomaba cerveza, acompañado de un hombre gordo y muy corpulento, de barba gris y blusa siberiana, borracho perdido, que dormitaba sentado en un banco y de vez en cuando, como entre sueños, empezaba de pronto a castañetear los dedos abriendo mucho los brazos a la vez que pegaba saltitos de cintura para arriba, pero sin levantarse, y tarareaba tonadillas absurdas cuya letra se esforzaba por recordar:

Todo el año me pasé acariciando a mi mujer,
Todo el año me pasé acariciando a mi mujer…

O bien, al despabilarse de nuevo un poco:

Iba por Podiacheská,
Encontré a mi viejo amor…

Pero, nadie compartía su jovialidad. Su taciturno compañero acogía todas aquellas salidas incluso con hostilidad y recelo.

También había un individuo con aspecto de funcionario jubilado. Estaba sentado aparte, frente a su botella, tomando algún que otro trago y observando a su alrededor. También él parecía algo inquieto.

II



ASKÓLNIKOV no estaba acostumbrado a las muchedumbres y, como queda dicho, rehuía cualquier trato social, sobre todo en los últimos tiempos. Sin embargo, algo le arrastraba ahora, de pronto, hacia las personas. Era como si algo nuevo se produjera dentro de él y, al mismo tiempo, se manifestara cierta ansia de compañía humana. Estaba tan cansado de todo un mes de angustia reconcentrada y de sombría exaltación que, aunque sólo un instante, ansiaba respirar en otro ambiente, fuera el que fuera. Por eso se encontraba ahora a gusto en la taberna, pese a toda la suciedad del local.

El dueño del establecimiento permanecía en otra habitación de la planta superior, pero a menudo bajaba a la taberna por una escalerilla, de modo que primero aparecían sus elegantes botas embetunadas, de caña alta con grandes vueltas rojas. Vestía blusa rusa y chaleco de satén mugriento hasta la exageración, no llevaba corbata y toda su cara parecía engrasada como un candado de hierro. Atendía el mostrador un chico de unos catorce años y otro más pequeño servía las mesas. Encima del mostrador había pepinillos picados, rebanadas de pan de centeno y tajadas de pescado, todo ello maloliente. La atmósfera cargada era casi irrespirable y todo estaba tan impregnado de los

vapores del alcohol que sólo aquel aire habría bastado para emborrachar a cualquiera en cinco minutos.

A veces se encuentra uno con personas, totalmente desconocidas, que despiertan interés nada más mirarlas, de pronto, súbitamente, antes de pronunciar una sola palabra. Esa impresión exacta le produjo a Raskólnikov el parroquiano que estaba sentado aparte y parecía un funcionario jubilado. Más tarde, el joven habría de recordar varias veces esa primera impresión y considerarla incluso como un presentimiento. Volvía sin cesar los ojos hacia el funcionario, debido también a que éste le miraba a su vez fijamente y estaba claro que deseaba entablar conversación. Para el resto de los presentes, incluido el dueño de la taberna, la mirada del hombre era aburrida, corriente y hasta un tanto desdeñosa, como para personas de categoría y cultura inferiores a las suyas con quienes no tuviera nada de qué hablar. Era un hombre cincuentón, de mediana estatura y complexión recia, pelo gris y amplia calva, rostro amarillo, incluso verdoso, y abotargado por la embriaguez permanente y párpados hinchados por cuyas rendijas brillaban unos ojuelos minúsculos y rojizos, pero vivaces. Sin embargo, algo había en él muy extraño; en su mirada refulgía una especie de exaltación —quizá también inteligencia y sensatez—, aunque al mismo tiempo se vislumbraba desvarío. Vestía una vieja levita negra toda rota y con los botones arrancados. En el único que aún colgaba se abrochaba la prenda con el claro deseo de salvar las apariencias. Por debajo del chaleco de nankín[10] asomaba la pechera, toda arrugada, sucia y llena de lamparones. El rostro afeitado al estilo de los funcionarios no había visto la navaja desde hacía tiempo, pues la pelambrera gris apuntaba ya con fuerza. Su porte denotaba algo del empaque funcionaril, pero él estaba desasosegado, se mesaba el cabello y, a veces, apoyaba angustiado la cabeza

entre las manos poniendo los codos tazados en la mesa manchada y pringosa. Finalmente miró cara a cara a Raskólnikov y pronunció en voz alta y firme:

—¿Podría permitirme entablar con usted una conversación decente, caballero? Porque, a pesar de su aspecto no muy importante, mi experiencia distingue en usted a un hombre educado y no aficionado a la bebida. Por mi parte, he respetado siempre la educación unida a los buenos sentimientos, sin contar que yo mismo soy consejero titular. Marmeládov es mi apellido: consejero titular Marmeládov. Permítame preguntarle: ¿es usted funcionario?

—No. Estoy estudiando… —contestó el joven, algo sorprendido por la manera de hablar rebuscada y por el hecho de verse interpelado de forma tan directa. A pesar de su reciente y fugaz deseo de mantener alguna comunicación con las personas, en cuanto le habían dirigido la palabra volvió a acometerle la habitual sensación desagradable e irritante, de repulsa hacia cualquier extraño que invadiera su intimidad o tan sólo intentara invadirla.

—Entonces, estudiante o antiguo estudiante. ¡Eso es lo que yo me figuraba! —exclamó el funcionario—. ¡La experiencia, señor mío, la larga experiencia! —Y, satisfecho de sí mismo, se llevó un dedo a la frente—. Usted ha sido estudiante o ha cursado estudios. Pero, permítame…

Se incorporó, osciló un poco, empuñó su botella y su vaso y fue a sentarse cerca del joven, aunque no enfrente, sino un poco al sesgo. Estaba borracho, pero hablaba ampulosa y vivamente, desbarrando un poco y arrastrando alguna palabra de vez en cuando. Cayó sobre Raskólnikov con la misma ansia que si no hubiera hablado con nadie en todo un mes.

—Caballero —empezó casi solemnemente—, la pobreza no es un vicio. Cierto. Y sé todavía mejor que la afición a la bebida no es una virtud. Pero la miseria, caballero, la miseria

sí es un vicio. En la pobreza conserva uno todavía la dignidad de sus sentimientos congénitos; en la miseria, jamás la conserva nadie. A un hombre en la miseria, ni siquiera le echan a palos de la sociedad humana, sino que le barren a escobazos, para que sea más humillante aún. Y bien hecho, pues, en la miseria, uno es el primero en humillarse. ¡Y de ahí la bebida! Caballero, hace un mes que el señor Lebeziátnikov golpeó a mi esposa. Y mi esposa no es lo mismo que yo. ¿Comprende usted? Ahora, permítame usted hacerle otra pregunta, aunque sólo sea por pura curiosidad: ¿ha tenido usted ocasión de pernoctar en alguna gabarra de heno sobre el Nevá?[11]

—No, nunca me ha ocurrido —contestó Raskólnikov—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque yo vengo de allí y he pasado ya cinco noches…

Llenó el vaso, lo apuró y quedó pensativo. En efecto, llevaba briznas de paja pegadas a la ropa e incluso entre el cabello. Era muy probable que no se hubiera desnudado ni aseado en cinco días. Sus manos, en particular, estaban sucias, grasientas y rojizas, con las uñas ribeteadas de negro.

Sus palabras parecían haber suscitado en todos cierta curiosidad, aunque más bien pasiva. Los chicos del mostrador reían por lo bajo. El tabernero parecía haber bajado adrede del otro piso para escuchar al «guasón» y, sentado aparte, bostezaba perezosamente, pero con empaque. Estaba claro que a Marmeládov lo conocían allí de antiguo. Y era probable que hasta su afición a las frases enrevesadas fuera resultado de la costumbre de hablar con desconocidos en las tabernas. Esa costumbre llega a ser una necesidad para algunos borrachos, en particular para los que son maltratados en sus casas y los que son agraviados. A eso se debe que, entre bebedores, traten siempre de justificarse y, si es posible, incluso de inspirar respeto.

—¡Guasón! —profirió el tabernero en voz alta—. ¿Y por qué no trabajas? ¿Por qué no estás en la oficina si eres funcionario?

—¿Por qué no estoy en la oficina, caballero? —replicó Marmeládov dirigiéndose exclusivamente a Raskólnikov como si la pregunta hubiera sido suya—. ¿Por qué no estoy en la oficina? ¿Acaso no se me parte el corazón por saber que me arrastro inútilmente? Y cuando el señor Lebeziátnikov golpeó por su propia mano a mi esposa el mes pasado mientras yo estaba borracho perdido, ¿acaso no padecí? Permítame que le pregunte, joven… hum… ¿ha pasado usted por el trance de pedir dinero prestado sin esperanzas?

—Alguna vez me ha ocurrido… Pero, ¿por qué sin esperanzas?

—Quiero decir, sin esperanza alguna de que se lo dieran, sabiendo de antemano que no se lo darían. Por ejemplo, usted sabe de antemano y a ciencia cierta que tal persona, ciudadano de lo más benemérito y lo más virtuoso, no le prestará a uno dinero por nada del mundo. Y, en verdad, pregunto yo, ¿por qué había de prestarlo si sabe que no se lo devolverán? ¿Por compasión? Pero, es que el señor Lebeziátnikov, que está al corriente de las ideas nuevas, explicaba hace poco que, en nuestros días, la compasión ha sido incluso prohibida por la ley y que así ocurre ya en Inglaterra, donde se practica la economía política. Entonces, pregunto yo, ¿por qué había de prestarme dinero? De todas maneras, y aun sabiendo de antemano que no se lo prestará, uno va a verlo y…

—¿Para qué ir, entonces? —pregunto Raskólnikov.

—¿Y si no hay a quién acudir ni adonde acudir? Porque, es preciso que toda persona tenga algún sitio adonde acudir. Hay ocasiones en que es imprescindible acudir a alguna parte. Cuando mi hija, mi única hija, se echó por primera vez

a la calle con su tarjeta amarilla[12]… porque así es como vive mi hija… —añadió en un inciso mirando al joven con cierta inquietud—, también yo busqué un sitio adonde acudir. ¡No es nada, caballero, no haga caso! —se apresuró a explicar a renglón seguido y con aparente calma cuando los chicos del mostrador ahogaron una carcajada y el propio tabernero sonrió—. No tiene importancia. Esos movimientos de cabeza no me afectan ya, pues hace tiempo que todos lo saben todo y porque todo lo disimulado sale a relucir finalmente. Yo, en esto, no adopto una actitud de desdén, sino de conformidad. ¡Deje, déjelos! *¡Ecce homo!*[13] Y, óigame, joven: ¿podría usted?… Aunque, no. Tengo que exponerlo de un modo más vigoroso y expresivo. No diré si *podría*, sino si *osaría* usted, contemplándome en este momento, afirmar que no soy un cerdo.

El joven no contestó ni palabra.

—Y bien… —prosiguió el orador, nuevamente con empaque y con una dignidad incluso acentuada esta vez, después de esperar a que se extinguieran las risitas en el local—. Y bien, yo seré un cerdo, ¡pero ella es una señora! Yo tendré aspecto de bestia, pero Katerina Ivánovna, mi esposa, es una persona educada, es hija de un oficial de Estado Mayor[14]. Bueno, sí; yo soy un miserable. Pero ella es una persona de corazón elevado y rebosa sentimientos refinados por la educación. Y, sin embargo… ¡Oh, si ella se compadeciera de mí! Caballero, ¿no es cierto, caballero, que cada persona necesita tener por lo menos un lugar donde le traten con cariño? Pero Katerina Ivánovna, aun siendo una señora magnánima, es injusta… Y aunque yo comprendo que cuando me arrastra por los pelos lo hace con dolor de corazón… porque, lo repito sin sonrojo, me arrastra por los pelos, joven… —reiteró con gran dignidad al escuchar de nuevo las risitas—, si por lo menos una vez, ¡oh, Dios!, ella. Pero, no, ¡no! Todo es inútil y de nada sirve hablar, ¡de

nada!, pues más de una vez se ha cumplido mi deseo y más de una vez se ha compadecido de mí, pero… este rasgo mío… ¡Soy un cerdo empedernido!

—¡Ya lo creo! —observó el tabernero bostezando.

Marmeládov descargó un puñetazo en la mesa.

—¡Soy así! ¿Sabe usted, caballero, sabe usted que me he bebido hasta sus medias? No ya sus zapatos, lo que podría encajar algo en el orden de las cosas, sino sus medias. Y también me he bebido su pañoleta de pelo de cabra, una prenda que tenía de antes, que era un regalo y le pertenecía a ella y no a mí. Vivimos en un chiscón aterido y este invierno se resfrió y empezó a toser y a escupir sangre. Tenemos tres niños pequeños y Katerina Ivánovna se pasa todo el santo día fregando, lavando y bañando a los niños, pues está habituada a la limpieza desde la infancia, pero tiene el pecho delicado, es propensa a la tisis, y yo lo siento. ¿Acaso no lo siento? Y cuanto más bebo, más lo siento. Bebo, precisamente, porque en la bebida busco compasión y sentimiento… ¡Bebo porque quiero sufrir profundamente! —Y, como presa de la desesperación, inclinó la cabeza sobre la mesa.

—Joven —prosiguió con un leve saludo—, leo cierta tribulación en su rostro. La advertí en cuanto entró, y por eso me dirigí a usted, pues al contarle la historia de mi vida no lo hago para exponerme en la picota ante estos holgazanes que de sobra están enterados de todo, sino porque busco a un hombre sensible e instruido. Sepa usted que mi esposa se educó en una institución de enseñanza para señoritas de la nobleza y, en la fiesta de fin de estudios, bailó con un chal delante del gobernador y otras personalidades, y que obtuvo medalla de oro y diploma de honor. La medalla…, bueno, de la medalla no queda rastro hace ya tiempo… hum… Pero el diploma, lo tiene todavía guardado en el baúl y no hace mucho se lo estuvo enseñando a la patrona. Y aunque ella y

la patrona andan a la greña ininterrumpidamente, se ve que quiso ufanarse aunque sólo fuera delante de ella y hablarle de los días felices de antaño. No se lo critico; no se lo critico, pues es lo único que le queda en sus recuerdos. Lo demás, se ha esfumado todo. Sí, es efectivamente una señora arrebatada, orgullosa e inflexible. Friega el suelo ella misma, se alimenta de pan de centeno, pero no consiente que se le falte al respeto. De ahí que no quisiera aguantar la grosería del señor Lebeziátnikov y cuando el señor Lebeziátnikov la golpeó por ello, cayó en cama, no tanto debido a las contusiones como al agravio de sus sentimientos. Cuando yo me casé con ella tenía tres niños pequeños y era viuda de un oficial de infantería con quien se había casado por amor escapándose de casa de sus padres. Ella lo amaba con locura, pero al oficial le dio por los naipes, fue procesado y al poco tiempo falleció. En los últimos tiempos la pegaba y aunque ella le hacía frente, según me consta por documentos fidedignos, todavía le llora y establece entre los dos comparaciones de las que yo salgo mal parado. Y yo me alegro; me alegro, ya que, aunque sólo sean imaginaciones suyas, ella cree haber sido feliz en tiempos… De modo que se quedó viuda con los tres pequeños en una ciudad de provincia, lejana e inculta, donde también me encontraba yo entonces, y se quedó en una situación de miseria tan absoluta que yo, aunque he visto muchas calamidades de toda índole, no podría ni siquiera describir. Todos los parientes le volvieron la espalda. Además, era orgullosa, demasiado orgullosa… Entonces fue, caballero, cuando yo, que también estaba viudo y tenía una hija de mi primera esposa, le ofrecí mi mano, pues no podía ver tanto sufrimiento. Imagínese usted el estado tan calamitoso en que se hallaría si aceptó casarse conmigo, ella que era una persona instruida, bien educada y de apellido conocido. ¡Pero, aceptó! Llorando, gimiendo y retorciéndose las manos,

¡se casó! Porque no tenía adonde acudir. ¿Comprende usted, caballero, comprende usted lo que significa no tener ya adonde acudir? No. Usted no lo comprende todavía… Durante todo un año cumplí con mi deber honrada y religiosamente, sin probar esto —pegó en la botella con un dedo—, pues soy hombre de sentimientos. Pero, ni aun así podía tenerla contenta. En esto me quedé cesante, y no por culpa mía, sino por reformas administrativas. Entonces empecé a beber… Hará cosa de año y medio llegamos finalmente, después de muchos desplazamientos y muchas calamidades, a esta capital, magnífica y ornada de múltiples monumentos. Aquí encontré colocación… La encontré, y volví a perderla. ¿Comprende? Aquí, ya fue por mi propia culpa, porque había llegado a mi límite… Ahora vivimos en un chiscón que nos alquila Amalia Fiódorovna Lippewechsel y la verdad es que no sé cómo vivimos ni cómo le pagamos. Además de nosotros, allí viven otros muchos… Una Sodoma[15] de lo más indecente… hum… sí… Entre tanto, ha ido creciendo mi hija, la que me quedó de mi primer matrimonio y no quiero ni hablarle de lo que la pobrecita mía ha tenido que soportar de su madrastra al hacerse mayor. Porque, si bien Katerina Ivánovna rebosa sentimientos generosos, es una señora de genio vivo, irascible y de lengua expedita. Sí… En fin, ¿a qué recordar eso? Como podrá usted imaginarse, Sonia no ha recibido instrucción alguna. Hace cosa de cuatro años intenté enseñarle algo de Geografía y de Historia Universal; pero, como tampoco yo estoy muy fuerte en esas materias y, además, carecía de los manuales adecuados porque los libros que teníamos… hum… bueno, esos libros ya no existen, se acabó el estudio. Nos quedamos en Ciro, rey de Persia[16]. Más tarde, siendo ya una jovencita, leyó algunos libros de talante romántico y, no hace mucho, la *Fisiología*, de Lewes[17], ¿ha oído usted hablar de él?, que le prestó el

señor Lebeziátnikov. Le interesó mucho e incluso nos leyó a nosotros algunos pasajes en voz alta. A eso se reduce toda su instrucción. Ahora, caballero, permítame que le haga una pregunta privada: ¿cuánto cree usted que puede ganar una muchacha, pobre pero decente, con un trabajo honrado?… Ni quince *kopeks* al día, caballero, y eso sin parar un solo instante, si es honrada y no tiene dotes especiales. Y, aun así, el consejero de Estado Klopshtok, Iván Ivánovich Klopshtok, ¿ha oído hablar de él?, no sólo no le ha pagado todavía la media docena de camisas de tela de Holanda que le encargó, sino que la echó de mala manera, pegando patadas en el suelo y poniéndola de vuelta y media con el pretexto de que los cuellos no eran de su medida y estaban torcidos… A todo esto, los pequeños tienen hambre. Katerina Ivánovna anda por la habitación retorciéndose las manos, le han salido placas rojas en las mejillas, cosa que siempre ocurre en esta enfermedad… y dice: «Y encima, tú, holgazana, vives aquí con nosotros, sin pasar frío, comiendo a costa nuestra». ¿De qué comida hablaría si los pequeños se pasaban a veces tres días sin un mendrugo? Estaba yo acostado entonces… bueno, estaba acostado borracho, ¿a qué disimular?… y oigo que dice mi Sonia… es una criatura dócil, con una vocecita suave…, una niña rubia, de carita enjuta, siempre pálida… dice: «¿De verdad quiere usted que haga yo eso, Katerina Ivánovna?». Y es que Daria Frántsovna, una mala mujer que ha tenido que ver varias veces con la policía, en dos o tres ocasiones había venido con sus malas artes por mediación de nuestra patrona. «¿Y qué? —le contestó Katerina Ivánovna en tono de burla—. ¿Para qué lo guardas? ¡Valiente tesoro!». Pero, no la juzgue usted mal, caballero, no la culpe. ¡No la culpe! Cuando dijo aquello no estaba en sus cabales, sino trastornada por la enfermedad y por el llanto de los niños, que tenían hambre, y más para zaherirla que en el sentido literal de las

palabras… Porque Katerina Ivánovna tiene ese genio y en cuanto los niños lloran, aunque sea de hambre, se pone a pegarles. Serían las cinco y pico cuando vi que Sonia se levantaba, se ponía el pañuelo a la cabeza y su capita y salía del cuarto. Luego volvió, se fue derechita a Katerina Ivánovna y dejó treinta rublos en plata encima de la mesa, delante de ella. No le dijo ni una palabra, ni siquiera la miró, pero cogió nuestro gran mantón verde de paño… es un mantón de paño[18] que usamos todos…, se tapó la cabeza y la cara con él y se acostó, vuelta hacia la pared, pero le temblaban los hombros y todo el cuerpo… En cuanto a mí, seguía tumbado en la cama en el mismo estado que antes. Y entonces vi, joven, vi que después de esto se acercaba Katerina Ivánovna a la camita de Sonia, también sin decir palabra, y se pasó toda la velada de rodillas a su lado, besándole los pies, sin querer levantarse, y al fin se durmieron las dos juntas, abrazadas… las dos… sí… mientras yo seguía allí tumbado, borracho.

Marmeládov calló como si se le hubiera quebrado la voz. Luego, a toda prisa, llenó el vaso, lo apuró y carraspeó.

—Desde entonces, caballero —prosiguió al cabo de una breve pausa—, desde entonces, debido a una desdichada coincidencia y a la delación de personas de mala voluntad, inspiradas en particular por Daria Frántsovna con el pretexto de que, al parecer, no se habían tenido las merecidas atenciones con ella…, desde entonces, mi hija, Sofía Semiónovna, se ha visto obligada a retirar la tarjeta amarilla y, por esa razón, no ha podido quedarse con nosotros. Porque no ha querido consentirlo la patrona, Amalia Fiódorovna, la misma que antes le hizo el juego a Daria Frántsovna, ni tampoco el señor Lebeziátnikov… hum… Precisamente por causa de Sonia[19] se produjo ese incidente suyo con Katerina Ivánovna. Al principio era él quien intentaba seducir a Sonia, pero de repente se puso

muy digno: «¿Qué es eso de que un hombre de mi valer haya de vivir en la misma casa que semejante desgraciada?». Pero Katerina Ivánovna no se aguantó, salió en su defensa… y así ocurrió… De manera que Sonia no suele venir a vernos ahora hasta que anochece; le echa una mano a Katerina Ivánovna en lo que está a su alcance y le trae algo de dinero dentro de sus posibilidades… Ahora vive en casa del sastre Kapenaúmov, que le alquila un cuarto. Kapenaúmov es cojo y tartamudo y todos sus hijos, que son muchos, tartamudean también. Incluso su mujer es tartaja… Todos se cobijan en una habitación, pero Sonia tiene la suya propia, separada por un tabique… Hum… Sí… Son gente muy pobre, y tartajas… sí… Conque me levanté yo aquella mañana, al día siguiente, me puse mis andrajos, imploré al cielo y fui a casa de Su Excelencia Iván Afanásievich. ¿Conoce usted a Su Excelencia Iván Afanásievich? ¿No? Entonces, no conoce usted a un santo. Es un hombre de pura cera, de cera ante la cara de Dios. ¡Y lo mismo que la cera se derrite!… Hasta se le saltaron las lágrimas después de que tuvo la condescendencia de escucharme. «En fin, Marmeládov, has defraudado ya mis esperanzas… —dijo—. Te admito otra vez bajo mi responsabilidad personal, recuérdalo y retírate». Besé el polvo que pisaba, *in mente, se* entiende, pues de hecho no lo hubiera consentido siendo un alto funcionario y hombre de ideas políticas nuevas y cultas. Volví a casa y, cuando anuncié que entraba de nuevo en la Administración y que cobraría un sueldo, ¡Dios mío, no se imagina usted lo que fue aquello!…

Marmeládov hizo una nueva pausa, muy agitado. En ese momento llegó de la calle toda una pandilla de bebedores, que ya estaban borrachos, y se escucharon en la puerta los acordes de un organillo alquilado y la vocecilla, ya quebrada, de un niño de unos siete años que cantaba *La alquería*[20]. El local se llenó de ruido. El tabernero y los

muchachos acudieron a atender a los recién llegados. Sin hacerles caso, Marmeládov prosiguió su relato. Parecía haberse debilitado mucho; pero, cuanto más borracho estaba, más locuaz se volvía. Los recuerdos de su reciente reingreso en la Administración le reanimaban de algún modo e incluso se revelaban en cierto resplandor de su rostro. Raskólnikov le escuchaba con atención.

—Sucedió esto, caballero, hace cinco semanas. Sí… En cuanto se enteraron las dos, Katerina Ivánovna y Sonia, ¡Dios mío!, fue como si me encontrara en la gloria. Antes, tumbado allí como un cerdo, todo eran injurias. Ahora, andaban de puntillas, hacían callar a los pequeños: «Semión Zajárich[21] está descansando después de la oficina. Sss». Antes de marcharme al trabajo, me preparaban el café, me calentaban la nata. Porque empezamos a comprar nata de verdad, ¿me oye usted? No me imagino de dónde pudieron juntar once rublos y cincuenta *kopeks* para agenciarme un uniforme decente[22]. Botas altas, pecheras de lino de lo mejorcito, la guerrera, y todo de muy buen ver por once rublos y medio. Vuelvo de la oficina el primer día, y veo que Katerina Ivánovna ha preparado dos platos: sopa y carne en salazón con salsa de rábano picante, cosa ni soñada antes. Ella, que no tenía nada que ponerse, lo que se dice nada, estaba ataviada como para ir de visita. Y no con algo de particular, sino con el arte de quienes de la nada hacen maravillas: el pelo bien recogido, un cuellecito limpio, unos puñitos, y ya tiene usted a la persona diferente, más joven, más bonita. Sonia, probrecita mía, sólo ayudaba con su dinero diciendo que, de momento, no estaba bien que nos visitara a menudo; si acaso, después de anochecido para que no la viera nadie. ¿Oye usted, oye? Después de comer me eché a dormir un rato y ¿qué se imagina usted que hizo Katerina Ivánovna? Pues, no pudo resistir a la tentación y, aunque una semana antes había tenido una trifulca

fenomenal con la patrona, con Amalia Fiódorovna, la invitó a tomar una taza de café. Dos horas se pasaron cuchicheando: «Pues sí: Semión Zajárich ha vuelto a la Administración, con su sueldo correspondiente. Se presentó en persona a ver a Su Excelencia y Su Excelencia salió él mismo a recibirlo, diciendo a los demás que esperasen, y a Semión Zajárich lo condujo del brazo a su despacho delante de todos». ¿Oye usted, oye? «Naturalmente, Semión Zajárich —le dijo—, en reconocimiento de sus méritos y aunque ha cedido usted a esa pequeña debilidad, puesto que promete enmendarse y, además, porque todo marcha mal en la oficina sin usted (¡oiga usted, oiga!), confío ahora en su palabra de honor». Y todo esto le digo a usted que se lo inventó ella; y no por irreflexión ni por jactancia. ¡No! Es que ella misma se lo creía, ella misma se dejaba llevar por sus propias ilusiones. ¡Palabra que sí! Y yo no lo critico; no, ¡eso no lo critico! Hace seis días, cuando llegué a casa con mi primer sueldo, veintitrés rublos con cuarenta *kopeks* que llevé sin tocar, me llamó «renacuajo». «¡Pero, qué renacuajo eres!», me dijo. Y eso, a solas, ¿comprende usted? Y dígame qué tengo yo de buena presencia ni de esposo aceptable… Pues, me pellizcó una mejilla y me dijo: «¡Pero, qué renacuajo eres!».

Marmeládov se detuvo, quiso sonreír, pero de pronto empezó a temblarle la barbilla. Sin embargo, se rehízo. Aquella taberna, su aspecto lamentable, las cinco noches pasadas en las gabarras de heno, la botella sobre la mesa… y, al mismo tiempo, el amor enfermizo a la mujer y a la familia desconcertaban al oyente. Raskólnikov le escuchaba con atención sostenida, pero sintiendo dolor. Lamentaba haber entrado allí.

—¡Caballero, caballero! —exclamó Marmeládov ya más sereno—. ¡Oh, caballero! Es posible que todo esto le cause risa como a los demás y yo no haga más que importunarle con la estupidez de tanto detalle mezquino de mi vida

cotidiana; ¡pero a mí no me causa risa! Porque todo esto, yo lo siento… Todo ese día paradisíaco de mi vida y toda esa velada me los pasé en ensoñaciones, imaginándome que todo lo arreglaba, que les compraba ropa a los niños, a ella le daba una existencia tranquila y a mi hija, a mi única hija, la arrancaba de la infamia y la volvía al seno de la familia… Y muchas, muchas cosas más… Pues bien, caballero —Marmeládov se estremeció de pronto, levantó la cabeza y se quedó mirando fijamente a Raskólnikov—, a la tarde siguiente, caballero, después de todas esas ensoñaciones, o sea, hace exactamente cinco días, le sustraje con un ardid a Katerina Ivánovna la llave del baúl y saqué todo lo que quedaba del sueldo que había traído. Ni siquiera recuerdo cuánto era. ¡Y ahora mírenme todos! Cinco días llevo sin aparecer por casa, me andan buscando, he perdido mi empleo, el uniforme ha quedado en una taberna del puente de Egipto, donde me dieron a cambio esta ropa… ¡y todo ha terminado!

Marmeládov se pegó un puñetazo en la frente, apretó los dientes, cerró los ojos y se acodó de golpe en la mesa. Pero al momento cambió de expresión, miró a Raskólnikov con fingida astucia y bravata postiza, rompió a reír y dijo:

—Pero esta mañana fui a ver a Sonia, a pedirle dinero para quitarme la resaca. ¡Je, je, je!

—¿Y te dio algo? —gritó uno de los recién llegados y soltó una carcajada.

—Con su dinero he comprado esta botella —profirió Marmeládov, dirigiéndose exclusivamente a Raskólnikov—. Treinta *kopeks* me dio con sus propias manos, lo último que le quedaba, como yo mismo pude ver… No dijo nada, sólo me miró en silencio… No es en esta tierra, sino allá… donde se siente dolor por las personas, se llora por ellas y no se les hacen reproches, ¡no se les hacen reproches! Y cuando no le hacen a uno reproches, duele más, duele todavía más.

Treinta *kopeks, sí* señor. Pero, esos treinta *kopeks*, también le hacen falta ahora e ella, ¿verdad? ¿A usted qué le parece, estimado caballero? Ahora tiene que observar siempre mucha pulcritud. Y esa pulcritud, esa pulcritud especial, cuesta dinero, ¿comprende usted? ¿Comprende? Por ejemplo, tiene que comprar afeites, no tiene más remedio; y, luego, enaguas almidonadas, botines finos para lucir los piececitos cuando hay que saltar un charco. ¿Comprende usted, comprende usted, caballero, lo que supone esa pulcritud? Pues bien, yo, su padre, el autor de sus días, le saqué esos treinta *kopeks* para quitarme la resaca. ¡Y me los estoy bebiendo! ¡Me los he bebido ya!… ¿Quién va a tener compasión de alguien como yo, vamos a ver? ¿Eh? ¿Me compadece usted ahora, caballero, o no? Dígame, caballero, ¿me compadece o no? ¡Je, je, je!

Quiso echarse otro vaso, pero no quedaba nada. La botella estaba vacía.

—¿Y por qué hay que compadecerte? —gritó el tabernero que se encontraba de nuevo junto a ellos.

Brotaron risas y algunas palabrotas. Reían y blasfemaban los que escuchaban y también los que no habían escuchado, sólo de ver la pinta del funcionario cesante.

—¡Compadecerme! ¿Para qué compadecerme? —chilló de pronto Marmeládov, levantándose con un brazo extendido, en un arranque de exaltación, como si sólo hubiera esperado aquellas palabras—. ¿Preguntas por qué hay que compadecerme? Es cierto. ¡No hay por qué compadecerme! Lo que hay que hacer es crucificarme, ¡clavarme en la cruz y no compadecerme! Pues, crucifícame, tú que eres el juez, crucifícame y compadéceme después de haberme crucificado. Y entonces yo mismo iré, iré por mi pie, a la crucifixión porque no es gozo lo que ansío, sino dolor y lágrimas… ¿Crees tú, tabernero, que esta botella que me has vendido me ha causado deleite? Lo que yo buscaba en su

fondo es dolor; dolor y lágrimas es lo que he hallado y saboreado. Quien nos compadecerá es el que a todos ha compadecido; el que a todos y a cada uno ha comprendido: Él es el único juez. Vendrá ese día y preguntará: «¿Dónde está la hija que se vendió en aras de una madrastra agria y tísica, en aras de unos niños pequeños y ajenos? ¿Dónde está la hija que se compadeció de su padre terrenal, borracho empedernido, sin que la arredraran los sufrimientos?». Y dirá: «¡Ven a Mí! Ya te perdoné una vez… Te perdoné una vez… Y ahora se te perdonan tus muchos pecados porque has amado mucho…[23]». Y perdonará a mi Sonia, la perdonará. Estoy seguro de que la perdonará. Me lo ha dicho el corazón cuando fui a verla hoy… Él juzgará y perdonará a todos; a los buenos y a los malos, a los sabios y a los humildes… Y cuando haya concluido con los demás, nos llamará también a nosotros: «¡Venid ahora vosotros! —dirá—. ¡Venid los borrachos, venid los débiles, venid los vergonzantes!». Y nosotros saldremos todos, sin sentir sonrojo, y compareceremos ante Él. Y Él dirá: «¡Sois unos cerdos! Sois imagen de la Bestia y lleváis su estigma. Pero, venid también vosotros». Entonces dirán los sabios, entonces dirán los sensatos: «¡Señor! ¿Por qué acoges a éstos?». Y Él dirá: «Los acojo, ¡oh, sabios!, los acojo, ¡oh, sensatos!, porque ninguno se ha considerado digno de ello». Nos abrirá sus brazos y nosotros nos hincaremos de rodillas ante Él… y lloraremos… y lo comprenderemos todo. ¡Entonces lo comprenderemos todo! Entonces lo comprenderemos todo y todos lo comprenderán… y Katerina Ivánovna… también lo comprenderá… ¡Señor, venga a nosotros Tu reino!

Se dejó caer en el banco, desfallecido y extenuado, sin mirar a nadie, como ajeno a cuanto le rodeaba y profundamente absorto.

Sus palabras produjeron cierto efecto, reinó el silencio por un momento, pero pronto estallaron las risas y las blasfemias de antes:

—¡Ya lo arregló todo!

—¡Qué disparates!

—¡Valiente funcionario!

Y así sucesivamente.

—Vámonos, caballero —dijo de pronto Marmeládov levantando la cabeza y dirigiéndose a Raskólnikov—. Acompáñeme. Vivo en la casa de Kozel, entrando por el patio. Ya es hora de que vuelva donde Katerina Ivánovna…

Hacía tiempo que Raskólnikov deseaba marcharse. En cuanto a ayudar a Marmeládov, ya se le había ocurrido. Marmeládov, mucho más débil de piernas que de facundia, se apoyó pesadamente en el joven. El trayecto era de doscientos o trescientos metros. A medida que se aproximaban a la casa, la confusión y el temor del beodo iban subiendo de punto.

—Ahora, no le temo a Katerina Ivánovna —farfullaba, agitado— ni le temo a que me arrastre de los pelos. ¿Qué importa el pelo? El pelo es una tontería. Eso es lo que yo digo. Incluso será mejor que empiece a arrastrarme de los pelos. Y no es eso lo que yo temo… Lo que yo temo son sus ojos… Sí… los ojos… También les temo a las placas rojas de sus mejillas… y le temo a su manera de respirar… ¿Ha visto usted cómo respiran los que padecen esa enfermedad… cuando están soliviantados? Al llanto de los niños también le temo. Conque, si Sonia no les ha dado de comer, entonces… no sé… ¡No sé! Pero a los golpes, no les temo. Sepa usted, caballero, que esos golpes no sólo no me causan dolor, sino que me sirven de deleite… No puedo pasar sin ellos. Así es mejor. Pegándome se desahoga, y así es mejor… Esta es la casa. La casa de Kozel. Un cerrajero que es alemán y tiene dinero… Vamos.

Entraron en el patio y subieron a la cuarta planta. La escalera se hacía más tenebrosa cuanto más subían. Eran casi las once y aunque en San Petersburgo no se hace realmente de noche por esa época, la parte alta de la escalera estaba muy oscura.

Al final de la escalera, en lo más alto, estaba abierta una puerta pequeña y renegrida. Un cabo de vela de sebo alumbraba una mísera habitación de unos diez pasos de largo, que se veía toda ella desde el zaguán. Reinaba un gran desorden y había pingos, en particular ropa de niños, tirados por el suelo. Una sábana en jirones ocultaba el rincón del fondo. Probablemente estaría la cama detrás. En el cuarto propiamente dicho sólo había dos sillas, un sofá tapizado de hule agrietado y, delante, una vieja mesa de cocina, de madera de pino sin pintar y sin nada que la tapara. En una esquina de la mesa se consumía el cabo de vela de sebo en una palmatoria de hierro. O sea, que el chiscón donde vivía Marmeládov era una habitación de paso. La puerta que conducía al resto de los aposentos o cuchitriles que componían el apartamento de Amalia Lippewechsel estaba ligeramente entornada. Del otro lado llegaba ruido de voces y carcajadas. Al parecer, la gente jugaba a las cartas y tomaba el té. A veces se escuchaban palabras de lo más soeces.

Raskólnikov reconoció enseguida a Katerina Ivánovna. Era una mujer terriblemente desmejorada, delgada, alta y bien proporcionada, que conservaba unos hermosos cabellos de color castaño y tenía, en efecto, placas rojas en las mejillas. Iba y venía por su exigua habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho; tenía los labios resecos y la respiración desigual, jadeante. La mirada de sus ojos, que brillaban febrilmente, era dura y quieta. Aquel rostro tísico y alterado producía una impresión dolorosa con el reflejo de la luz vacilante del cabo de vela, casi consumido. Raskólnikov

pensó que tendría unos treinta años y, en efecto, no hacía buena pareja con Marmeládov. La llegada de los dos hombres le pasó desapercibida: al parecer, no veía ni oía nada, presa de una especie de enajenación. El aire del cuarto era sofocante, pero ella no había abierto la ventana; de la escalera llegaba un olor hediondo, pero la puerta que daba al descansillo no estaba cerrada; por la otra puerta, la de acceso al resto de la casa, se introducía una nube de humo de tabaco que la hacía toser, pero tampoco cerraba aquella puerta. La niña más pequeña, de unos seis años, dormía medio sentada en el suelo, acurrucada y con la cabeza apoyada en el sofá. El chico, que tendría un año más, lloraba todo tembloroso en un rincón. Lo más probable era que acabaran de golpearle. La mayor, una niña de unos nueve años, alta y finita, que llevaba por toda vestimenta una camisa tazada y rota y, sobre los hombros desnudos, una vieja capita de paño que le habrían hecho lo menos dos años atrás porque no le llegaba ahora ni a las rodillas, estaba en el rincón, junto a su hermano pequeño, rodeándole el cuello con un brazo seco como un sarmiento. Al parecer, trataba de calmarlo, diciéndole algo al oído y procurando que dejara de llorar, al mismo tiempo que sus inmensos ojos negros —más grandes aún en su carita demacrada y asustada— observaban con temor a la madre. Marmeládov se hincó de rodillas en el umbral, sin entrar en el cuarto, y empujó por delante a Raskólnikov. Al ver a un desconocido, la mujer se detuvo frente a él, aún ajena a todo, pero volviendo en sí por un instante y como preguntándose para qué estaría allí. Pero, debió de imaginarse enseguida que iba hacia otra habitación, puesto que la suya era de paso. Hecha a esa idea, y sin prestarle ya la menor atención, se dirigió hacia la puerta del zaguán para cerrarla y de pronto lanzó un grito al ver a su marido de rodillas a la entrada.

—¡Ah! —chilló, frenética—. ¡Has vuelto! ¡Bandido! ¡Miserable!… ¿Dónde está el dinero? ¡A ver qué tienes en el bolsillo! ¡Y esta ropa no es la tuya! ¿Dónde está tu ropa? ¿Dónde está el dinero? ¡Habla!…

Corrió a registrarle los bolsillos. Humilde y sumiso, Marmeládov apartó enseguida los brazos a los lados para facilitarle la operación de cacheo. No llevaba encima ni un solo *kopek*.

—Pero, ¿dónde está el dinero? —gritaba la mujer—, ¡Dios mío! ¿Será posible que se lo haya bebido todo? ¡Si quedaban doce rublos en el baúl!…

En un arrebato de furia, le agarró de pronto por los pelos y le metió a rastras en el cuarto. El propio Marmeládov aliviaba su esfuerzo arrastrándose tras ella de rodillas.

—¡Esto no me causa dolor, caballero! Le digo que no me causa dolor, sino deleite —exclamaba entrecortadamente Marmeládov, zarandeado por los pelos hasta el extremo de que pegó una vez con la frente en el suelo.

La niña dormida al pie del sofá se despertó y rompió a llorar. El niño que estaba en el rincón no pudo contenerse y, trémulo, lanzó un alarido y, aterrado, a punto de sufrir un ataque corrió a su hermana, que, medio dormida aún, temblaba como la hoja del árbol.

—¡Se lo ha bebido! ¡Se lo ha bebido todo! —gritaba la pobre mujer desesperada—. ¡Y ésta no es su ropa! ¡Las criaturas tienen hambre! ¡Tienen hambre! —señalaba a los niños retorciéndose las manos—. ¡Maldita sea esta vida! ¿Y a usted no le da vergüenza? —arremetió de pronto contra Raskólnikov—. ¡Venir de la taberna! ¿Ha estado bebiendo con él? ¿También ha estado bebiendo con él? ¡Fuera de aquí!

Raskólnikov se apresuró a retirarse sin decir nada. Además, la puerta de atrás se había abierto de par en par y aparecieron varios curiosos. Asomaban caras cínicas con

cigarrillos o pipas en la boca, tocadas con gorros de andar por casa. Los había que vestían bata, enteramente descamisados o con atuendo estival casi indecoroso y algunos con los naipes en la mano. Lo que más hilaridad les causaba era oír decir a Marmeládov, mientras era arrastrado por los pelos, que aquello le causaba deleite. Empezaron incluso a colarse en la habitación, hasta que al fin se escuchó un chillido amenazador: era Amalia Lippewechsel, que se abría paso a codazos para poner orden a su modo y, por enésima vez, asustar a la pobre mujer intimidándola, con gran refuerzo de palabrotas, a que desalojara el cuarto al día siguiente. Al retirarse, Raskólnikov metió la mano en el bolsillo, rebuscó algo de la calderilla que le dieron en la taberna al cambiar el rublo y dejó disimuladamente las monedas en el poyo de la ventana. Luego, ya en la escalera, lo pensó mejor y a punto estuvo de volver a recogerlas.

«Pero, ¡qué tontería he hecho! —se dijo—. Ellos tienen a Sonia y yo necesito ese dinero». Sin embargo, comprendiendo que era ya imposible rescatarlo y que, de todas maneras, no lo hubiera hecho, se encogió de hombros y tomó el camino de su casa. «Al fin y al cabo, también necesita Sonia sus afeites —siguió pensando mientras caminaba por la calle, y sonrió mordazmente—: esa pulcritud cuesta dinero… ¡Hum! Por otra parte, podría ocurrir que Sonia no sacara nada hoy… Su oficio es tan azaroso como la caza mayor o la búsqueda de oro. De modo que mañana se encontrarían todos en un apuro sin ese dinero mío… ¡Vaya con Sonia! ¡Menudo filón han encontrado con ella! Y se aprovechan. ¡Ya lo creo que se aprovechan! Se han acostumbrado ya. Primero lo habrán lamentado, y luego se han hecho a ello. ¡A todo se acostumbra el canalla del hombre!».

Quedó abstraído.

—Bueno, ¿y si me equivoco? —exclamó de pronto—. ¿Y si el hombre, me refiero en términos generales a todo el género humano, no es efectivamente un canalla? Eso significa que todo lo demás son prejuicios, temores infundados; que no existen barreras de ninguna clase y todo es como debe ser.

III



LA MAÑANA siguiente se despertó tarde, después de un sueño agitado, que no le descansó. Se despertó desabrido, irascible, malhumorado, y contempló con odio su cuartucho. Era un cuchitril exiguo de unos seis pasos de largo, que tenía el aspecto más lamentable, con el papel amarillento y sucio desprendido por todas partes de las paredes, y tan bajo de techo que a una persona medianamente alta le agobiaba la impresión de que en cualquier momento podía pegarse un golpe en la cabeza. El menaje cuadraba con la habitación: se componía de tres sillas viejas, no muy seguras, una mesa pintada, en un rincón, con algunos cuadernos y libros tan polvorientos que a buen seguro, nadie los había tocado en mucho tiempo y, en fin, un sofá grande y desvencijado, cuyo primitivo tapizado de cretona estaba ya hecho jirones, que ocupaba casi toda una pared y la mitad de la anchura del cuarto y servía de lecho a Raskólnikov. A menudo dormía en él, tal y como estaba, sin desnudarse y sin sábanas, envuelto en su viejo capote de estudiante y metiendo debajo de la única almohada raquítica toda la ropa interior —limpia o sucia— que poseía para darle más altura. Delante del sofá había una mesita.

Habría sido difícil vivir en un abandono y un desaliño mayores, pero a Raskólnikov le resultaban incluso

agradables en su presente estado anímico. Se había apartado resueltamente de todos, como la tortuga se recoge en su caparazón, y hasta el rostro de la criada, que tenía la obligación de atenderle y se asomaba a veces a su cuarto, le revolvía la hiel y le convulsionaba. Así les ocurre a ciertos monomaniacos cuando se han concentrado en algo demasiado tiempo. Hacía dos semanas que la patrona había cesado de hacerle servir la comida y él, aunque se quedaba en ayunas, no había bajado aún a pedirle explicaciones. Nastasia, la cocinera y única sirvienta de la patrona, se alegraba en parte de ese humor del huésped y había dejado completamente de limpiar y barrer su cuarto; si acaso, le pasaba la escoba una vez a la semana. Nastasia fue quien le despertó.

—¡Arriba! —gritó inclinándose sobre él—. ¿Todavía estás dormido? ¡Son más de las nueve! Te he traído un poco de té. ¿Quieres tomarlo? ¡Estarás desmayado!

Raskólnikov abrió los ojos, se estremeció y reconoció a Nastasia.

—¿Me manda el té la patrona? —preguntó, incorporándose lentamente en el sofá con aire dolorido.

—¿La patrona? ¡Qué va!

Nastasia dejó delante de Raskólnikov su propia tetera desportillada, con la infusión ya pasada, y dos terrones de azúcar amarillentos.

—Mira, Nastasia, toma esto —Raskólnikov rebuscó en el bolsillo (había dormido vestido) y sacó unas monedas de cobre— y cómprame un panecillo, por favor. ¡Ah! Y tráeme también un poco de embutido, que sea barato.

—El panecillo, te lo traigo ahora mismo. Pero, en vez del embutido, ¿quieres sopa de col? Es de ayer y está muy rica. La aparté ayer para ti, pero volviste tarde. Está buena.

Cuando le trajo la sopa y Raskólnikov se puso a comer, Nastasia se sentó a su lado en el sofá y empezó a charlar.

Era mujer de pueblo y muy habladora.

—Praskovia Pávlovna quiere presentar una queja contra ti a la policía —dijo.

Raskólnikov hizo una mueca.

—¿A la policía? ¿Por qué?

—Porque no pagas ni te marchas. La cosa está clara.

—¡Demonios! Lo único que me faltaba —murmuró él, rechinando los dientes—. No; eso a mí ahora no me conviene… Es una imbécil —añadió en voz alta—. Hoy mismo bajaré a hablar con ella.

—Es una imbécil, sí, lo mismo que yo. Y tú, ¿qué? Te pasas el día tumbado ahí como un saco, sin hacer cosa de provecho. Antes dices que ibas a dar clases. Y, ahora, ¿por qué no haces nada?

—Sí que hago… —profirió Raskólnikov de mala gana y en tono áspero.

—¿Qué haces?

—Una cosa.

—¿Qué cosa?

—Pienso… —contestó seriamente después de una breve pausa. Nastasia se retorcía de risa. Era de esas personas que se ríen por cualquier cosa y, cuando algo le hacía gracia, reía calladamente, pero con todo el cuerpo sacudido y estremecido hasta que casi se ponía mala.

—¿Y te ha dado mucho dinero el pensar? —pudo proferir al fin.

—Sin botas, no se puede ir a dar clases. Además, no me importa nada.

—Pues, debían importarte muchas cosas.

—Por las lecciones a los niños pagan una miseria. ¿Qué se puede hacer con unos cuantos *kopeks*? —prosiguió de mala gana, como respondiendo a sus propios pensamientos.

—¿Y tú quieres todo un capital de golpe?

Raskólnikov la miró de un modo extraño.

—Sí. Todo un capital —respondió con firmeza después de una breve pausa.

—Oye, poco a poco, que me voy a asustar. ¡Qué miedo! Bueno, ¿voy a comprar el panecillo o no?

—Como quieras.

—Se me olvidaba una cosa: ayer trajeron una carta para ti mientras estabas fuera.

—¿Una carta? ¿Para mí? ¿De quién?

—No sé. Tres *kopeks* le di al cartero de mi bolsillo. ¿Me los devolverás?

—¡Trae la carta de una vez, por Dios! ¡Tráela ya! —gritó Raskólnikov muy agitado.

A los pocos instantes tenía la carta. Como se había imaginado, era de su madre y venía de la provincia de R. Se puso pálido al cogerla. Hacía mucho tiempo que no recibía cartas; pero lo que ahora le oprimía el corazón era distinto.

—Retírate, Nastasia, por Dios. Toma tus tres *kopeks*; pero, por Dios, márchate ahora mismo.

La carta temblaba entre sus manos. No quiso abrirla delante de la criada: quería quedarse a solas con aquella carta. Se la llevó rápidamente a los labios y la besó cuando se retiró Nastasia. Luego quedó contemplando un buen rato la dirección del sobre, escrita con la letra familiar y entrañable, menuda e inclinada, de su madre que en tiempos le enseñó a él a leer y escribir. No se decidía a abrirla, incluso parecía temer algo. Por fin rompió el nema[24]. La misiva, doblada en cuatro, era larga y apretada: dos grandes folios de escritura muy menuda.

> Querido Rodia[25] —escribía la madre—: Hace dos meses largos que no hablaba contigo por carta, cosa que me ha hecho sufrir e incluso pasarme alguna noche en vela pensando. Pero, seguro que no me reprocharás este forzado silencio mío. Ya sabes cuánto te quiero. Eres lo único que nos queda a Dunia[26] y a mí; para nosotras, lo eres todo, toda nuestra esperanza, nuestro consuelo. No te imaginas mi estado al enterarme de

que hace meses dejaste la Universidad por falta de medios de subsistencia y, además, te has quedado sin las lecciones que dabas y otros ingresos. ¿Cómo podía yo ayudarte con mis ciento veinte rublos anuales de pensión? Los quince que te envié hace cuatro meses se los pedí prestados, como ya sabes a cuenta de esa pensión, a Afanasi Ivánovich Vajruschin, un comerciante de aquí, una bella persona que fue amigo de tu padre. Pero, habiéndole dado poderes para cobrar mi pensión, hube de esperar a que quedara saldada la deuda, cosa que sólo ha sucedido ahora, de manera que no podía enviarte nada en todo este tiempo. Pero ahora, gracias a Dios creo que podré mandarte algo y, además, podemos incluso felicitarnos por nuestra buena fortuna, según me apresuro a informarte. En primer lugar, mi querido Rodia, imagínate que tu hermana vive conmigo desde hace mes y medio y tampoco volveremos a separarnos ya en adelante. Gracias a Dios, terminaron sus sufrimientos. Pero, voy a contártelo todo punto por punto para que sepas cómo sucedió y lo que te hemos ocultado hasta ahora. Cuando me escribiste, hace dos meses, que te habías enterado por alguien de que Dunia era objeto de muchos malos modales en casa de los señores Svidrigáilov y me pediste detalles concretos, ¿qué podía yo contestarte entonces? De haberte escrito toda la verdad, es posible que lo hubieras abandonado todo para acudir a nuestro lado, aunque fuera andando, pues conozco tu carácter y tus sentimientos, y no habrías podido consentir que se portaran mal con tu hermana. Yo misma estaba desesperada; pero ¿qué se podía hacer? Además, ni yo conocía entonces toda la verdad. La mayor dificultad estaba en que Dúnechka, al entrar el año pasado de institutriz en casa de esos señores, cobró por adelantado cien rublos con la condición de que se los irían descontando de su sueldo cada mes y, por tanto, no podía dejar la casa hasta saldar la deuda. Esa cantidad (ahora te lo puedo explicar todo, queridísimo Rodia), la pidió, más que nada, para enviarte los sesenta rublos que tanto necesitabas en ese momento y que recibiste el año pasado. Entonces te engañamos al decirte que Dúnechka los tenía ahorrados de antes, pero no era así y ahora te hago saber la verdad porque todo ha mejorado de repente por voluntad divina y también para que sepas cuánto te quiere Dunia y el buen corazón que tiene. En efecto, el señor Svidrigáilov se comportó con ella muy groseramente al principio, haciéndola objeto de descortesías y burlas en la mesa... Pero, no quiero entrar en todos esos detalles penosos para no preocuparte inútilmente ahora que la cosa ha terminado. En una palabra, que pese al trato bondadoso y distinguido que le dispensaba Marfa Petrovna, esposa del señor Svidrigáilov, y todos los demás, Dúnechka lo pasaba muy mal, sobre todo cuando el señor Svidrigáilov se encontraba, según el

hábito adquirido en sus tiempos de militar, bajo la influencia de Baco. Pero, ¿y lo que sucedió luego? Imagínate que a ese calavera le había entrado pasión por Dunia y la disimulaba bajo esa máscara de tosquedad y desdén hacia ella. Es posible que a él mismo le dieran vergüenza y horror acariciar esperanzas tan veleidosas siendo hombre de edad y padre de familia y por eso la pagaba con Dunia. Aunque, también es posible que con sus modales groseros y sus mofas quisiera disimular la verdad a los demás. Finalmente, no pudo resistir a la tentación de hacerle claras proposiciones deshonestas a Dunia, con toda clase de promesas, hasta la de abandonarlo todo y marcharse con ella a otra aldea o incluso al extranjero. ¿Te imaginas lo que sufriría Dunia? De momento, no podía abandonar la casa, y no sólo por el anticipo que debía, sino también por Marfa Petrovna, que podía sospechar algo de pronto y entonces se habrían producido desavenencias en la familia. Sin contar que hubiera sido imposible evitar también un gran escándalo para Dúnechka. De modo que, por muchas razones, Dunia no podía contar con abandonar aquella espantosa casa antes de seis semanas. Tú ya conoces a Dunia, claro; sabes lo lista que es y el carácter tan enérgico que tiene. Es capaz de soportar muchas cosas y, aún en los casos extremos, hallar la grandeza de ánimo suficiente para no disgustarme, aunque nos carteábamos a menudo. El desenlace fue inesperado. Marfa Petrovna oyó fortuitamente a su marido hablándole de su pasión a Dúnechka en el jardín, entendió las cosas al revés, la culpó de todo a ella pensando que había dado motivos para esa actitud, y allí mismo, en el jardín, tuvieron una escena horrible: Marfa Petrovna llegó a golpear a Dunia, se negó a escucharla, estuvo despotricando una hora entera y, finalmente, ordenó que me la trajeran al momento a la ciudad en el carro de un campesino al que arrojaron en desorden todas sus cosas, la ropa blanca y los vestidos, sin envolver ni empaquetar. Por si fuera poco, se puso a llover a cántaros y Dunia, ofendida y agraviada, tuvo que recorrer con aquel campesino las diecisiete *uerstas*[27] del trayecto en un carro descubierto. Dime ahora qué podía escribirte yo, que podía contarte, en respuesta a la carta tuya que recibí hace dos meses. Estaba desesperada. No me atreví a escribirte la verdad porque te habría causado pena, amargura y rabia. Además, ¿qué podías tú hacer? Buscarte un compromiso, por si fuera poco; aparte de que Dúnechka me lo prohibió. Y tampoco podía llenar una carta de insignificancias o de cualquier otra cosa teniendo una pesadumbre tan grande. Durante un mes entero cundieron por la ciudad comadreos acerca de esta historia, llegando las cosas hasta el extremo de que Dunia y yo no podíamos siquiera ir a la iglesia debido a las miradas y los cuchicheos desdeñosos de que éramos objeto.

Incluso se hacían comentarios en voz alta delante de nosotras. Todos los conocidos nos dieron la espalda, todos nos retiraron el saludo y supe de buena fuente que algunos dependientes y oficinistas querían hacernos el agravio de embadurnar con alquitrán el portón de casa, lo que dio lugar a que el propietario nos conminara a marcharnos de allí. Todo esto se debía a que Marfa Petrovna anduvo por todas las casas acusando y difamando a Dunia. Y como durante ese mes venía a cada momento a la ciudad, donde conoce a todo el mundo, como tiene la lengua bastante larga y le gusta hablar de sus asuntos domésticos —en particular quejarse de su marido con cualquiera que encuentra, cosa que no está nada bien—, en poco tiempo difundió toda la historia, no sólo por la ciudad, sino por el distrito entero. Yo caí enferma, pero Dúnechka tuvo más entereza que yo. ¡Si vieras cómo lo soportó todo y, además, me consolaba y me animaba! ¡Es un ángel! Pero la misericordia divina puso fin a nuestros sufrimientos: el señor Svidrigáilov volvió de su ofuscación, se arrepintió y, probablemente compadecido de Dunia, le presentó a Marfa Petrovna pruebas rotundas y evidentes de la plena inocencia de Dúnechka, es decir, una carta que Dunia se vio obligada a escribirle y entregarle antes de que Marfa Petrovna los sorprendiera en el jardín, rechazando sus pretensiones y negándose a las entrevistas secretas que le pedía. En esta carta, que quedó en manos del señor Svidrigáilov después de marcharse Dúnechka, tu hermana le reprochaba precisamente, del modo más elocuente y con gran enojo, la indignidad de su conducta con respecto a Marfa Petrovna, le recordaba que era hombre casado, padre de familia y que, en fin, cometía una vileza persiguiendo y haciendo desgraciada a una muchacha desvalida, que bastantes sufrimientos tenía ya. En una palabra, querido Rodia, que la carta estaba escrita de un modo tan noble y conmovedor, que yo sollocé al leerla y todavía no puedo hacerlo sin derramar lágrimas. Además, por fin salieron en defensa de Dunia los criados de la casa, quienes, como siempre sucede, habían observado y sabían mucho más de lo que se imaginaba el señor Svidrigáilov. Marfa Petrovna quedó sobrecogida y, como ella misma confesó, “transida otra vez de dolor”, pero también totalmente convencida de la inocencia de Dúnechka. Al día siguiente, que era domingo, nada más llegar a la iglesia se hincó de rodillas delante de la virgen y le pidió llorando que le diera fuerzas para soportar aquella nueva prueba y cumplir con su deber. Luego, sin nacer ninguna visita, se personó en nuestra casa, nos lo contó todo llorando a lágrima viva y, muy contrita, abrazó a Dunia y le suplicó que la perdonara. Aquella misma mañana, nada más dejarnos y sin perder un instante, se fue a recorrer las casas de la ciudad y en todas ellas proclamó, llorando y con los mayores encomios para

ella, la inocencia de Dúnechka y la nobleza de sus sentimientos y su conducta. Es más: a todos les mostró y les leyó en voz alta la carta, de puño y letra de Dúnechka, al señor Svidrigáilov e incluso permitió que se sacaran copias de ella (cosa que me parece ya excesiva). De manera que hubo de dedicarse varios días seguidos a visitar a toda la gente de la ciudad, pues hubo quien se ofendió de que hubiera dado preferencia a otros. Así que, se organizó un turno, en cada casa era esperada ya de antemano y, como todos estaban enterados de que Marfa Petrovna leería esta carta tal día en tal casa, para cada lectura volvían a reunirse incluso algunos que la habían escuchado ya varias veces, sucesivamente, en sus domicilios y en los de otros conocidos. Yo opino que mucho de esto, muchísimo, era superfluo; pero Marfa Petrovna tiene esa manera de ser. Por lo menos, rehabilitó por entero el honor de Dúnechka y, ahora, toda la infamia de esta historia marca a su propio marido, como único culpable, con un estigma indeleble, de modo que casi me da pena de él: se ha castigado con excesivo rigor a ese calavera. A Dunia, enseguida empezaron a invitarla a dar lecciones en algunas casas; pero ella rehusó. En general, todo el mundo comenzó de pronto a tratarla con particular respeto. Todo lo cual también ha contribuido, esencialmente, al suceso imprevisto que, puede decirse, va a cambiar ahora nuestra suerte por completo. Porque has de saber, querido Rodia, que Dunia ha sido pedida y ella ha aceptado ya al pretendiente, lo que me apresuro a comunicarte. Y aunque la cosa se ha llevado a cabo sin consultarte, no creo que nos lo reproches a tu hermana ni a mí, pues, como tú mismo verás de la exposición de todo el asunto, nos habría sido imposible esperar y demorar la decisión hasta el recibo de tu respuesta. Aparte de que tampoco habrías podido formarte un juicio cabal del caso sin estar aquí. Verás. Se trata de Piotr Petróvich Luzhin, que ha llegado ya a consejero civil y es pariente lejano de Marfa Petrovna quien ha tenido mucho que ver en todo ello y fue quien nos transmitió el deseo de Piotr Petróvich de sernos presentado. Le acogimos bien, tomó café con nosotras y al día siguiente nos escribió exponiendo muy cortésmente su petición y rogando una pronta respuesta clara. Es hombre muy ocupado y ahora le urge acudir a San Petersburgo, de manera que tiene los minutos contados. Como es natural, nosotras nos sorprendimos mucho al principio, pues todo sucedía de un modo demasiado súbito e inesperado. Nos pasamos todo ese día cavilando y comentando juntas el asunto. Se trata de un hombre digno de confianza y acomodado, que desempeña dos cargos y posee ya capital propio. Cierto que tiene cuarenta y cinco años, pero es de aspecto bastante agradable y aún puede gustar a las mujeres. En fin, un hombre digno y respetable, aunque algo huraño y un poco arrogante. Pero, eso puede ser

sólo una primera impresión. Y te lo advierto, querido Rodia, para que cuando te entrevistes con él en San Petersburgo, lo que sucederá dentro de muy poco, no te hagas un juicio demasiado rápido, según tu temperamento, si algo no te gusta a primera vista. Lo digo por si acaso, aunque estoy segura de que te causará buena impresión. Además, que para llegar a conocer a cualquier persona, hay que tratarla poco a poco y con cautela a fin de no incurrir en errores o prevenciones muy difíciles de enmendar o atenuar luego. Y Piotr Petróvich, por lo menos según permiten juzgar muchos indicios, es un hombre de lo más respetable. Durante su primera visita nos hizo saber ya que es hombre ponderado, pero en muchos aspectos comparte "las convicciones de nuestras generaciones más nuevas", como él mismo se expresó, y enemigo de todos los prejuicios. Aún dijo otras muchas cosas, porque es así como algo vanidoso y le gusta que le escuchen, lo cual, al fin y al cabo, apenas es un defecto. Yo, por supuesto, no entendí mucho de lo que dijo, pero Dunia me explicó que, aunque no tenga gran cultura, sí es listo y parece bondadoso. Ya conoces el carácter de tu hermana, Rodia. Es una muchacha firme, sensata, paciente y generosa, aunque de corazón ardiente como lo tengo bien comprobado. Claro que ni por parte de ella ni por parte de él existe todavía lo que se dice amor, pero Dunia, además de ser una muchacha inteligente, es también una criatura noble como un ángel y tendrá por deber suyo procurar la felicidad de su marido, quien, a su vez, se preocupará de la de Dunia. De esto último no tenemos de momento motivos de duda, aunque, lo reconozco, la cosa ha ido demasiado aprisa. Por otra parte, como hombre prudente comprenderá que su propia dicha conyugal será tanto más segura cuanto más feliz sea Dúnechka con él. En cuanto a cualquier rareza, hábito inveterado o incluso diferencia de caracteres (cosa que no se puede evitar ni en los matrimonios mejor avenidos), Dunia misma me ha dicho al respecto que no hay por qué preocuparse, que tiene confianza en sí misma y es capaz de soportar mucho con tal de que las relaciones sean honradas y sinceras en el futuro. Por ejemplo, al principio me pareció algo brusco; pero esto puede obedecer, y de seguro obedece, a que es un hombre franco. En su segunda visita, por ejemplo, y cuando su petición había sido ya aceptada, expuso en el curso de la conversación que ya de antes, sin conocer a Dunia, había hecho el propósito de tomar por esposa a una muchacha decente pero sin dote, a una muchacha que hubiera conocido la pobreza, porque, según explicó, el marido no debe depender en nada de su mujer siendo muy preferible que la mujer vea en el marido a su bienhechor. Añadiré que se expresó con más blandura y delicadeza, pero se me han olvidado sus palabras exactas y recuerdo sólo el sentido.

Además no lo hizo en absoluto de una manera deliberada, sino que se le escapó así en el calor de la conversación, porque luego trató de enmendarlo y atenuarlo. De todos modos, a mí me pareció algo áspero, y así se lo comuniqué luego a Dunia. Pero Dunia me contestó, incluso enojada, que “una cosa son las palabras y otra los hechos” y tiene razón, naturalmente. Antes de decidirse, Dunia se pasó la noche en blanco y, pensando que yo me había dormido ya, se levantó de la cama y anduvo dando vueltas por el cuarto; finalmente se arrodilló, oró mucho rato y con fervor delante del icono y por la mañana me anunció que estaba decidida.

Como te he dicho ya, Piotr Petróvich sale ahora para San Petersburgo, donde tiene negocios de importancia y quiere abrir un bufete público. Hace tiempo que se ocupa de pleitos y demandas de diversa índole y acaba de ganar uno muy considerable. Y si ahora debe ir a San Petersburgo, es para tramitar un asunto muy serio en el Senado[28]. Así pues, querido Rodia, también podría ser de gran utilidad para ti en muchos aspectos y Dunia y yo hemos calculado que existe sin duda la posibilidad de que inicies desde ahora tu futura carrera y consideres tu destino definido ya claramente. ¡Oh, si eso fuera posible! Un bien tan grande, sólo podríamos atribuirlo a una merced del Todopoderoso para con nosotros. Dunia no sueña ya con otra cosa. Nos hemos atrevido ya a decirle algunas palabras a Piotr Petróvich sobre el particular. Nos ha contestado con cautela, diciendo que, como en efecto no puede prescindir de un secretario, indudablemente vale más pagarle un sueldo a un pariente que a un extraño, siempre que posea las aptitudes requeridas por el puesto (¡como si a ti te faltaran aptitudes!), aunque enseguida emitió también la duda de si tus estudios universitarios te dejarían tiempo suficiente para trabajar en su bufete. Por esa vez, la cosa quedó así, pero Dunia no piensa ahora ya en otra cosa. Desde hace unos días, está como febril y ya proyecta que más adelante podrías ser colega de Piotr Petróvich, incluso socio suyo en los pleitos, sobre todo teniendo en cuenta que estudias en la Facultad de Derecho. Yo, Rodia, estoy plenamente de acuerdo con ella y comparto todos sus planes y esperanzas, que me parecen de lo más verosímiles. Y a despecho de la actual actitud evasiva de Piotr Petróvich (muy explicable, puesto que todavía no te conoce), Dunia tiene la firme convicción de que todo lo conseguirá gracias a la buena influencia que ejercerá sobre su futuro esposo. Como es natural, no hemos dejado traslucir para Piotr Petróvich nada de estos remotos sueños nuestros y menos aún de la ilusión de que llegues a ser socio suyo. Hombre ponderado, lo habría acogido, quizá, con gran sequedad por considerarlo puras ensoñaciones. Como tampoco le hemos

dicho todavía media palabra, ni Dunia ni yo, de nuestra firme esperanza de que nos ayudará a proveerte de algún dinero mientras estudies en la Universidad; y no lo hemos hablado, en primer lugar, porque esto ocurrirá más adelante de manera natural y es probable que él mismo lo proponga sin palabras superfluas (no iba a negarle una cosa así a Dúnechka), más aún porque tú puedes llegar a ser su brazo derecho en el bufete y no recibir esa ayuda como un favor, sino como un salario que te has ganado. Dúnechka quiere orientar las cosas así, y yo estoy plenamente de acuerdo con ella. En segundo lugar, no lo hemos hablado porque tengo mucho empeño en que cuando se produzca vuestra inminente primera entrevista sea sobre un pie de igualdad. Cuando Dunia le habló de ti con entusiasmo, contestó que antes de juzgar a cualquier persona es preciso verla uno mismo, y de cerca, y que ya formaría él su opinión propia cuando te conociera. ¿Sabes una cosa, queridísimo Rodia? Pues que por ciertas razones (que no atañen en absoluto a Piotr Petróvich, sino por ciertas manías mías personales de mujer vieja) me parece que mejor haré si después de la boda continúo viviendo aparte, como ahora, y no con ellos. Tengo la firme convicción de que Piotr Petróvich será lo bastante noble y delicado como para invitarme él mismo y proponerme que no me separe ya de mi hija y de que si no lo ha dicho hasta ahora es, desde luego, porque se sobreentiende sin explicaciones. Pero, yo no aceptaré. He observado más de una vez en la vida que las suegras no les son muy gratas a los maridos de sus hijas y yo, además de no querer ser la menor carga para nadie, deseo vivir del todo a mi aire mientras tenga un medio de subsistencia, aunque sea modesto, y unos hijos como tú y Dúnechka. Si es posible, me alojaré no lejos de vosotros dos porque lo mejor, Rodia, lo he guardado para el final de la carta: has de saber, querido hijo, que quizá volvamos a vernos muy pronto y a abrazarnos los tres al cabo de dos años largos de separación. Ya está decidido *en firme* que Dunia y yo nos trasladaremos a San Petersburgo. ¿Cuándo? No lo sé con exactitud, pero desde luego muy, muy pronto, incluso es posible que la semana próxima. Todo depende de las disposiciones de Piotr Petróvich, quien nos avisará en cuanto se oriente en San Petersburgo. Por ciertas razones, quiere acelerar en lo posible la ceremonia y celebrar la boda antes de la Cuaresma o, si la brevedad del plazo no lo permite, tan pronto como pase la Asunción[29]. ¡Oh, con qué felicidad te estrecharé sobre mi corazón! Dunia está loca de alegría con la perspectiva de verte y una vez ha dicho en broma que sólo por eso se habría casado con Piotr Petróvich. ¡Es un ángel! Esta vez no añade nada a mi carta, pero me pide decirte que tiene tanto que hablar contigo, tantísimo, que ahora es incapaz de tomar la

pluma porque en unos renglones no podría decirte apenas nada y sólo serviría para ponerla nerviosa. Me pide que te mande un abrazo muy fuerte y un sinfín de besos. Sin embargo, y a pesar de que tal vez nos veamos muy pronto, dentro de unos días te enviaré algún dinero, lo más que pueda. Ahora, cuando todo el mundo sabe que Dúnechka se casa con Piotr Petróvich, también ha crecido de pronto mi crédito y estoy segura de que Afanasi Ivánovich me prestará hasta setenta y cinco rublos a cuenta de mi pensión, de manera que quizá te mande veinticinco o incluso treinta. Te enviaría más, pero me preocupa el coste de nuestro viaje; y aunque Piotr Petróvich ha tenido a bien asumir parte de los gastos que implica nuestro traslado a la capital, pues él mismo se ha ofrecido a encargarse del envío de nuestro equipaje y del baúl grande (parece ser que a través de unos conocidos), tenemos que pensar en nuestra llegada a San Petersburgo, donde no podemos presentarnos sin algún dinero, por lo menos para los primeros días. Dunia y yo lo hemos calculado todo con precisión y parece ser que el viaje no resultará muy caro. De aquí al ferrocarril sólo hay noventa *verstas* y por si acaso, nos hemos puesto ya de acuerdo con un cochero conocido para que nos lleve. El resto del trayecto, lo haremos Dunia y yo tan ricamente en tercera. Así que quizá me las arregle para enviarte no veinticinco, sino treinta rublos; de seguro. Pero, basta: he llenado dos pliegos enteros y no me queda ya sitio. Claro que, ¡se han juntado tantas cosas! Ahora, queridísimo Rodia, te mando un abrazo de aquí a que nos veamos pronto, con mi bendición maternal. Quiere a tu hermana Dunia; quiérela tanto como te quiere a ti ella, Rodia, y ten presente que te profesa un cariño infinito, mayor del que se profesa a sí misma. Ella es un ángel y tú, Rodia, lo eres todo para nosotras, eres toda nuestra esperanza y todo nuestro consuelo. Con tal de que seas tú feliz, también lo seremos nosotras. ¿Sigues rezando como antes, Rodia? ¿Conservas la fe en la misericordia del Creador y Redentor nuestro? En el fondo de mi corazón me pregunto con temor si no habrá prendido también en ti la incredulidad que tan de moda se ha puesto. Si es así, yo rezaré por ti. Acuérdate, querido hijo, de cómo balbuceabas tus oraciones sentado sobre mis rodillas cuando eras pequeño y aún vivía tu padre; acuérdate de lo felices que éramos entonces. Adiós, hijo, o mejor dicho *hasta pronto*. Un abrazo muy fuerte y un sinfín de besos.

Tu madre amantísima

Puljeria Raskólnikova.

Mientras leía la carta, casi desde el comienzo, el rostro de Raskólnikov había estado bañado en lágrimas; pero, cuando terminó, tenía las facciones lívidas, crispadas por una mueca, y una sonrisa dura, amarga e iracunda contraía sus labios. Recostó la cabeza en su almohada, raquítica y maltrecha, y se quedó pensando mucho tiempo. El corazón le latía alocadamente, lo mismo que se agitaban sus pensamientos. Al cabo de un rato sintió ahogo y opresión en aquel cuchitril amarillo que más parecía una alacena o un baúl. Sus ojos y su mente ansiaban espacio. Agarró su sombrero y salió, esta vez sin importarle ya si se cruzaba con alguien en la escalera: había desechado toda preocupación. Por la avenida V[30] se dirigió hacia la isla Vasílievski, como si le urgiera llegar allí para algún menester aunque, según su costumbre, caminaba sin fijarse por dónde iba, murmurando entre dientes o incluso hablando en voz alta para gran asombro de los transeúntes. Muchos le tomaban por un borracho.

IV



A CARTA de su madre le había sorprendido. Pero, con respecto a lo más importante, al punto capital, no le dejó lugar a dudas en ningún momento, ni siquiera cuando todavía la estaba leyendo. Lo más esencial de la cuestión, lo tenía ya resuelto en su mente; y resuelto de manera definitiva: «¡Ese matrimonio no tendrá lugar mientras yo viva, y al diablo el señor Luzhin!».

«Porque la cosa es evidente —murmuraba para sus adentros con sonrisa torcida y celebrando malévolamente de antemano el triunfo de su decisión—. No, mamá. No, Dunia. A mino me engañáis. Y todavía se disculpan por no haberme pedido consejo y haber resuelto el asunto sin mí. ¡Claro! Piensan que ya no se puede desbaratar. Pero, ya veremos si se puede o no se puede. ¿Y la razón de peso que esgrimen? Piotr Petróvich es un hombre tan ocupado, que tiene que casarse por la posta o casi por ferrocarril. ¡Quiá, Dúnechka! Yo me doy cuenta de todo y demasiado sé de qué quieres hablar *tanto* conmigo. Demasiado sé también lo que estuviste pensando toda la noche mientras caminabas por el cuarto y lo que pediste en tus oraciones delante de la Virgen de Kazán que tiene mamá

en el dormitorio. Es duro subir al Gólgota. Hum… De modo, que ya está decidido *en firme*: Avdotia Románovna, se casa usted con un hombre ponderado y racional que posee su capital propio (que posee ya su capital propio; así resulta más pomposo e impresionante), que desempeña dos cargos y comparte las convicciones de nuestras generaciones más nuevas, según escribe la madre, y que "parece bondadoso", observa la propia Dunechka. ¡Ese "parece" es de lo más extraordinario! ¡Y es Dunechka quien va a casarse con ese "parece"!… ¡Magnífico! ¡Magnífico!…».

«… Me gustaría saber por qué me ha escrito mamá eso de las "generaciones más nuevas". ¿Simplemente como un rasgo del personaje o con la recóndita finalidad de congraciarme con el señor Luzhin? ¡Qué astutas! Quisiera dilucidar otra circunstancia: saber hasta qué punto fueron sinceras la una con la otra aquel día, aquella noche y todo el tiempo desde entonces y si todas las *palabras* que intercambiaron fueron francas o comprendieron ambas que, siendo idéntico lo que una y otra abrigaban en el corazón y en la mente, no había necesidad de expresarlo verbalmente y dejarlo escapar en vano. Es probable que así ocurriera en parte. Se nota por la carta: a mamá le pareció algo áspero y tuvo la ingenuidad de exponerle sus observaciones a Dunia, quien se enfadó y "contestó enojada". ¡Naturalmente! ¿Cómo no iba a enojarse cuando la cosa estaba clara sin necesidad de insinuaciones ingenuas y se había decidido no volver a tratar del asunto? ¿Y por qué me escribe "Quiere a tu hermana, Rodia", y dice que Dunia me quiere a mí más que a sí misma? ¿No será porque, en el fondo, a ella le remuerde la conciencia por haber consentido sacrificar a la hija en aras del hijo varón?».

«Tú eres nuestra esperanza, tú lo eres todo para nosotras». «¡Oh, mamá!…».

Su ira se exacerbaba por momentos y, si hubiera tropezado entonces con el señor Luzhin, habría sido capaz de matarlo.

«Hum… —se dijo, arrastrado por el torbellino de pensamientos que giraban en su mente—. Cierto que “para llegar a conocer a cualquier persona hay que tratarla poco a poco y con cautela”; pero, el señor Luzhin es diáfano. Sobre todo, se trata de un hombre ponderado y “al parecer, bondadoso”. ¡Ya lo creo! Como que se ha hecho cargo del envío del equipaje y del baúl grande. Más bondadoso, imposible. Mientras, ellas dos, la novia y su madre, apalabran una carreta con toldo de arpillera (¡también yo he viajado así!). Total, no son más que noventa *verstas* “y el resto del trayecto lo haremos tan ricamente Dúnechka y yo en tercera”. ¡Y el resto del trayecto es un millar de *verstas*! El planteamiento es sensato: cada cual debe apañarse con lo que tiene… Pero, y usted, señor Luzhin, ¿qué? Se trata de su prometida. ¿Y no se ha enterado de que la madre ha pedido dinero prestado para el viaje a cuenta de su pensión? Naturalmente para usted es como una transacción comercial, como un negocio en comandita, con un número igual de acciones y, por tanto, con las aportaciones a medias; o sea, como dice nuestro refrán: el pan y la sal, de todos; el tabaco, de cada cual. Pero, también en esto las ha estafado el hombre práctico, porque el porte del equipaje cuesta menos que el viaje de las dos mujeres y hasta es posible que a Luzhin le salga de balde. ¿Es que no lo ven ellas o es que no quieren verlo? ¡Y están tan contentas! ¡Y pensar que esto es sólo el principio, que lo peor está aún por venir! Porque lo importante, aquí, no es la avaricia o la mezquindad, sino el *tono* de todo ello, pues vaticina ya el tono que se establecerá en las relaciones después del matrimonio… Y mamá, ¿por qué despilfarra así su dinero? ¿Con qué va a presentarse en San Petersburgo? ¿Con tres

monedas de a diez rublos o con dos “billetitos” como dice la otra… la vieja?… ¡Hum! ¿Con qué medios espera subsistir en San Petersburgo? ¿No ha adivinado ya que, por ciertas razones, *no le será posible* vivir junto a Dunia después de la boda, ni siquiera en los primeros tiempos? De alguna manera, a ese encantador personaje *se le habrá escapado algo*, habrá hecho alguna alusión aunque mamá protesta con muchos aspavientos: “pero, yo no aceptaré”. ¿En qué piensa? ¿Cómo espera salir adelante con ciento veinte rublos de su pensión menos lo que le deberá a Afanasi Ivánovich? Teje pañoletas y borda algunas cosas, como puños de adorno, quemándose los ojos a su edad. ¡Pero, si esas labores, lo sé perfectamente, no añaden más de veinte rublos anuales a los ciento veinte! Eso significa que, a pesar de todo, aún confían en la nobleza de los sentimientos del señor Luzhin: “Tengo la firme convicción de que él mismo me propondrá que no me separe de mi hija, que insistirá”. ¡Ya puedes esperar sentada! Siempre les pasa igual a estas bellas almas como las pintaba Schiller[31]: hasta el último momento adornan al hombre con plumas de pavo real, hasta el último momento confían en el bien y no en el mal; y, aunque intuyen el reverso de la medalla, de ninguna manera se hablan de antemano con franqueza; se angustian sólo de pensarlo; rechazan la verdad con ambas manos hasta que la persona adornada por ellos no les atiza un papirotazo en las narices. Sería curioso saber si tiene el señor Luzhin alguna condecoración; apuesto a que tiene por lo menos la *boutonnière* de Santa Ana[32] y que se la pone cuando almuerza con aparejadores y comerciantes. ¡Quizá se la ponga también el día de la boda! ¡Bah! ¡Al diablo con él!…».

«… Que mamá se comporte de esa manera, aún se puede comprender; ella es así. Pero, ¿y Dunia? Dúnechka, querida, yo te conozco. Tenías diecinueve años la última vez que nos

vimos, y ya comprendí entonces tu carácter. Mamá escribe “Dúnechka es capaz de soportar mucho”. Ya que fue capaz de soportar al señor Svidrigáilov con todas sus consecuencias, eso significa que, en efecto, es capaz de soportar mucho. Y, ahora, mamá y ella se han imaginado que también es posible aguantar al señor Luzhin con su teoría de que son preferibles las esposas sacadas de la pobreza y de que el marido debe ser el bienhechor. Por si fuera poco, expone esa teoría puede decirse que en su primera visita. Bueno, admitamos que “se le escapó” (aunque, tratándose de un hombre racional, es posible que no se le escapara, sino que lo hizo con el propósito de dejar las cosas claras cuanto antes); pero, ¿y Dunia? ¿Y Dunia? Porque ella no se engaña en cuanto al hombre y, al cabo, con ese hombre habrá de vivir. Ella sería capaz de vivir de pan de centeno y agua antes que vender su alma y, desde luego, su albedrío moral no lo cambiaría por una vida cómoda ni por todo Schleswig-Holstein[33], cuanto menos por ese señor Luzhin. No, Dunia, no eras así como yo te he conocido… ¡Claro que no has cambiado tampoco ahora! ¡Ni pensarlo! Es muy duro convivir con gente como los Svidrigáilov. Es muy duro pasarse la vida de institutriz, en provincias, por doscientos rublos al año; pero, de todas maneras, sé que mi hermana preferiría la suerte de una esclava negra en una plantación[34] o la de una criada letona en casa de un terrateniente alemán del Báltico[35] antes de envilecer su alma y su sentido de la moralidad uniéndose, ¡y eso, para toda la vida!, a un hombre al que no estima y con quien no tiene nada en común; tan sólo por conveniencia propia. Ella no se avendría a ser su concubina legal ni aunque el señor Luzhin estuviera hecho de oro puro o de un diamante sin tallar. Entonces, ¿por qué cede ahora? ¿Qué ocurre? ¿Cuál es el secreto? Salta a la vista. Ella no se vendería en provecho suyo por conveniencia ni siquiera por

salvarse de la muerte; ¡pero, lo haría para otro, para un ser querido y adorado! Ahí está el quid de la cuestión: lo haría por el hermano, por la madre. ¡Sería capaz de venderlo todo! En un caso así, ahogamos nuestro sentido de la moralidad; ¡al baratillo el libre albedrío, la tranquilidad, incluso la conciencia! ¡Que se hunda la vida! Pero, que nuestros seres amadísimos sean felices. Es más, inventaremos nuestra casuística propia, aprenderemos de los jesuitas y es posible que, por un tiempo, encontremos la calma, lleguemos a la convicción de que así debe ser; de que eso es lo que hay que hacer, en efecto, para llegar a un buen fin. Así somos, y la cosa está más clara que la luz del día. Es evidente que se trata de Rodión Románovich Raskólnikov, que él está en primer plano. Figúrese: ¡se puede labrar su felicidad, mantenerlo en la Universidad, hacerlo socio de un bufete, asegurar toda su suerte! Es posible que, andando el tiempo, se haga rico, que llegue a ser una persona honorable y respetada, incluso un hombre famoso al final de sus días. ¿Y la madre? ¡Pero, si se trata de Rodia, el amadísimo Rodia, el primogénito! Para un primogénito así, ¿cómo no sacrificar a una hija, aunque sea como Dunia? ¡Oh, corazones amantes y arbitrarios! Por ese camino, somos muy capaces de aceptar la suerte de Sónechka. ¡Sónechka, Sónechka Marmeládova, la eterna Sónechka mientras exista el mundo! Pero, ¿habéis medido ese sacrificio? ¿Lo habéis medido las dos en toda su extensión? ¿Lo habéis hecho? ¿Podréis sobrellevarlo, servirá de algo? ¿Tiene sentido? ¿Sabes tú, Dúnechka, que el destino de Sónechka no es más odioso que el tuyo junto al señor Luzhin? “No existe todavía lo que se llama amor”, escribe mamá. ¿Y qué pasa si, además de no poder existir amor, tampoco puede existir estimación y, por el contrario, existe ya repugnancia, desdén y aversión? ¿Qué pasa entonces? Pues entonces pasa, una vez más, que es preciso “observar mucha pulcritud”. ¿No es cierto? ¿Comprendéis lo

que supone esa pulcritud? ¿Lo comprendéis? ¿Comprendéis que la pulcritud, con Luzhin, es igual que la pulcritud de Sónechka o incluso peor, más repelente y más vil, porque tú, Dúnechka, a pesar de todo tendrás la perspectiva de vivir con una mayor comodidad mientras que, en el caso de Sónechka, se trata sencillamente de no perecer de hambre? "¡Esa pulcritud cuesta cara, Dúnechka, muy cara!". Bueno, ¿y si después resulta que el sacrificio es superior a tus fuerzas, y si te arrepientes? ¿Has pensado en el dolor, los lamentos, las maldiciones, las lágrimas disimuladas a todos porque tú no eres una Marfa Petrovna? ¿Y qué será entonces de mamá? Si ahora mismo está ya inquieta, sufre, ¿qué será cuando lo vea todo con evidencia? Y de mí, ¿qué será?… Pero, ¿qué habéis pensado de mí, vamos a ver? ¡No quiero tu sacrificio, Dúnechka, no lo quiero, mamá! ¡Eso no sucederá mientras yo viva, no sucederá, no! ¡No lo acepto!».

De pronto se interrumpió, recobrándose.

«¿Qué no sucederá? ¿Y qué vas a hacer tú para que no suceda? ¿Prohibirlo? ¿Con qué derecho? ¿Qué puedes ofrecerles, a tu vez, para adquirir ese derecho? ¿Consagrarles toda tu vida, todo tu porvenir cuando termines tus estudios y encuentres colocación? Eso, ya lo hemos oído. Pero, eso será para algún día. ¿Y ahora? Porque, en este caso, hay que hacer algo ahora ya, ¿comprendes? ¿Y qué estás haciendo tú? Despojarlas. Ese dinero lo consiguen con una viudedad de poco más de cien rublos anuales o trabajando para los señores Svidrigáilov. ¿Y tú, futuro millonario, Zeus que dispones de sus destinos, de qué modo puedes protegerlas contra los Svidrigáilov y los Afanasi Ivánovich Vajruschin? ¿Podrás hacerlo dentro de diez años? Pero es que, en diez años, tu madre se habrá quedado ciega haciendo punto o quizá de las lágrimas; se habrá consumido a fuerza de ayunar. ¿Y tu hermana? A ver: trata de

imaginarte lo que será de tu hermana dentro de diez años o a lo largo de esos diez años. ¿Te lo imaginas?».

Así se torturaba y se mortificaba haciéndose estas preguntas hasta con cierto deleite. Aunque no eran preguntas nuevas ni repentinas, sino viejas y arraigadas. La actual congoja había prendido en él hacía tiempo; fue creciendo, acumulándose, y últimamente maduró y se concentró, convertida en una pregunta espantosa, cruel y fantástica, que le angustiaba el corazón y la mente al exigir una respuesta ineludible. La carta de su madre le había causado el efecto de un mazazo. Era evidente que no bastaba ya con lamentarse y sufrir pasivamente porque los problemas fueran insolubles; ahora urgía emprender algo, inmediatamente, cuanto antes mejor. A toda costa, había que tomar una decisión, fuese la que fuese, o bien…

«O bien, renunciar del todo a la vida —gritó de pronto, frenético—. Someterme a mi sino, tal y como es, de una vez para siempre, y sofocar todo cuanto llevo dentro, renunciando a cualquier derecho de actuar, de vivir, de amar».

«¿Comprende usted, caballero, comprende usted lo que significa no tener ya adonde acudir?… —recordó de súbito lo que le había dicho Marmeládov la víspera—. Porque, es preciso que cada persona tenga algún sitio adonde acudir…».

De pronto se estremeció: otro pensamiento, también de la víspera, surgió de nuevo en su mente. Pero no se estremeció porque hubiera surgido, pues sabía, intuía, que surgiría sin falta y estaba esperándolo ya. Por otra parte, aquel pensamiento no era en absoluto el de la víspera. La diferencia consistía en que un mes atrás, incluso el día anterior, no era más que un sueño mientras que ahora… ahora se había presentado de pronto, no como un sueño, sino bajo un aspecto nuevo, terrible y totalmente

desconocido, y acababa de percatarse de ello… La sangre le afluyó a la cabeza y se le nubló la vista.

Lanzó una rápida mirada a su alrededor buscando algo: buscaba un banco porque quería sentarse. Pasaba entonces por el bulevar K.[36] Divisó un banco a unos cien pasos. Se dirigió a él tan aprisa como pudo, pero por el camino surgió un incidente que atrajo toda su atención durante unos minutos.

Mientras miraba hacia el banco, vio a una mujer que caminaba a unos veinte pasos delante, pero al principio no se fijó en ella en absoluto, como tampoco se había fijado en los objetos que había visto desfilar hasta entonces. Muchas veces le había sucedido, por ejemplo, llegar a su casa sin recordar el camino seguido, y se había acostumbrado ya a andar así. Sin embargo, en la mujer que le precedía se observaba algo extraño, que enseguida saltaba a la vista y que, poco a poco, le hizo fijar la atención en ella, primero de mala gana, casi contrariado, pero luego con interés creciente. Experimentó el súbito deseo de esclarecer lo que había de extraño en aquella mujer. En primer lugar, parecía ser muy jovencita, caminaba bajo el sol ardiente sin sombrilla ni guantes y braceaba de un modo anormal. Llevaba un vestido de tela de seda, pero puesto también de un modo extraño, apenas abrochado, desgarrado en el talle, por detrás, allí donde empezaba la falda y con un jirón colgando hasta el suelo. Se cubría el cuello desnudo con un pañuelo, pero ladeado y retorcido. Por añadidura, la muchacha caminaba con paso inseguro, dando traspiés y tambaleándose. Aquel encuentro despertó, al fin, todo el interés de Raskólnikov. Alcanzó a la muchacha justo al lado del banco; pero, al llegar, ella se desplomó en un extremo, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos, aparentemente extenuada. Al fijarse en ella, Raskólnikov adivinó al instante que estaba totalmente ebria. Era un

espectáculo extraño y penoso. Hasta llegó a pensar si no se equivocaría. Se hallaba ante una jovencita que no representaba más de dieciséis años, o incluso quince, fina, rubia y linda, pero con el rostro enrojecido y como un poco hinchado. Cruzó una pierna, descubriendo mucho más de lo que permitía el decoro. No parecía coordinar muy bien y, por toda su actitud, daba la sensación de que había perdido la noción de hallarse en la calle.

Raskólnikov no se sentó, pero tampoco quiso irse, sino que permaneció indeciso delante de ella. Aquel lugar, poco frecuentado siempre, estaba casi desierto a la una de un día tan caluroso. Sin embargo, a unos quince pasos se había detenido al borde de la acera un caballero evidentemente deseoso de acercarse a la muchacha con algún propósito especial. Era de suponer que también la había visto desde lejos y la había seguido para darle alcance, pero Raskólnikov se interpuso. Le lanzaba miradas furiosas, aunque procuraba que no las advirtiera y aguardaba con impaciencia a que se alejara aquel importuno andrajoso para acercarse él. La cosa estaba clara. Era un señor de unos treinta años, robusto, grueso, con buenos colores y labios sonrosados. Usaba bigotito y vestía a la última moda. Raskólnikov se puso furioso y de pronto sintió el deseo de agraviar de algún modo a aquel orondo petimetre. Se apartó un momento de la muchacha y fue hacia él.

—¡Eh, Svidrigáilov! ¿Qué busca por aquí? —gritó apretando los puños y riendo con los labios resecos de la rabia.

—¿Qué significa esto? —inquirió severamente el caballero frunciendo el ceño y con altiva sorpresa.

—¡Que se largue! ¡Eso es lo que significa!

—¿Cómo te atreves, bribón?… —y blandió el bastón.

Raskólnikov se lanzó contra él con los puños cerrados sin pararse a considerar que aquel recio personaje podía

habérselas con dos de su talla. Pero, en ese momento, alguien lo agarró con fuerza por detrás y un guardia se interpuso entre los dos.

—¡Basta, señores! Nada de peleas en la vía pública. ¿Qué ocurre? ¿Quién es usted? —preguntó severamente a Raskólnikov al ver sus andrajos.

—Usted es el hombre que necesito —exclamó agarrándolo de un brazo—. Me llamo Raskólnikov, ex estudiante… Lo digo para que se entere usted también —añadió volviéndose hacia el otro—. Ahora, venga, quiero enseñarle algo…

Y, agarrando al guardia de un brazo, lo condujo hacia el banco.

—Mire: está borracha perdida. Venía por el bulevar. Dios sabe quién será, pero no parece del oficio. Lo más probable es que la hayan emborrachado en algún sitio, la hayan engañado… por primera vez…, ¿comprende?, y la hayan echado luego a la calle. Mire cómo está el vestido roto, mire cómo lo lleva puesto. Salta a la vista que no se ha vestido ella, sino que la han vestido manos torpes, manos de hombre. Es evidente. Y ahora, fíjese: a este presumido con quien quería pegarme, no lo conozco, es la primera vez que lo veo, pero también le había llamado la atención la chica que andaba por la calle borracha, sin saber lo que hacía, y lo que pretende es abordarla, agarrarla y llevársela a alguna parte aprovechándose del estado en que se encuentra… Seguro que es así; tenga la certeza de que no me equivoco. Vi cómo la acechaba y la seguía, sólo que yo me he metido por medio y ahora está esperando a que me vaya. Mírelo: se ha parado un poco aparte, para encender un cigarrillo… ¿Cómo se lo impediríamos? ¿Cómo podríamos llevar a esta muchacha a su casa? ¿Se le ocurre algo?

El guardia se había hecho inmediatamente cargo de la situación. Lo del señor grueso estaba claro. Ahora, quedaba

la cuestión de la muchacha. Se inclinó para verla más de cerca, y su rostro expresó sincera compasión:

—¡Qué pena! —exclamó sacudiendo la cabeza—. No es más que una criatura todavía. Que se han aprovechado de ella, es seguro. Oiga, señorita, ¿dónde vive usted?

La muchacha abrió los ojos, cansados y desvaídos, miró sin expresión a los que la interrogaban y se desentendió de ellos con un vago ademán.

—Oiga —le dijo Raskólnikov al guardia, y sacó del bolsillo veinte *kopeks* que encontró—: busque usted un coche de punto y dígale al cochero que la lleve a casa. Pero, tenemos que saber dónde vive.

—Señorita, oiga, señorita —insistió el guardia tomando el dinero—. Ahora busco enseguida un coche y la acompaño yo mismo. ¿Adónde la llevo, eh? ¿Dónde se hospeda usted?

—¡Largo! ¡Qué pesados! —murmuró la muchacha con el mismo ademán.

—Esto no está bien. Es una vergüenza, señorita, una pura vergüenza —sacudió otra vez la cabeza, escandalizado, compasivo e indignado a la vez—. ¡Buena nos ha caído encima! —le dijo a Raskólnikov y, al volverse, lo miró de nuevo de pies a cabeza porque también debía parecerle extraño que, con aquellos andrajos, les diera dinero a los demás.

—¿La encontró lejos de aquí? —le preguntó.

—Ya le he dicho que iba delante de mí, tambaleándose, aquí mismo, en el bulevar. Cuando llegó a este banco, aquí se dejó caer.

—¡Dios mío! Lo que está pasando en el mundo es vergonzoso. Alguien la ha engañado, no tiene vuelta de hoja. ¡Tan inocente, y ya borracha! Basta con ver el vestido desgarrado. ¡Cuánta perversión anda suelta por el mundo!… Quizá sea de buena familia, pero venida a menos. Ahora se

ve a muchas así. Tiene el aire de una muchacha delicada, de una señorita, vamos —y de nuevo se inclinó hacia ella.

Quizá tuviera él también hijas «delicadas con aire de señoritas», modales finos y pretensiones de seguir la moda.

—Lo esencial —decía Raskólnikov con agitación— es impedir que caiga en manos de ese sinvergüenza. Para que no se aproveche de ella también. A la legua se ve lo que pretende. Y no se aparta, el muy canalla.

Raskólnikov hablaba en voz alta y señalándolo con la mano. El otro le oyó, hizo intención de replicar nuevamente de mala manera, pero cambió de parecer y se limitó a mirarlo con desprecio. Luego se alejó unos diez pasos, sin prisa, y volvió a detenerse.

—Se puede impedir —contestó el guardia pensativo—. Si ella nos dijera adonde hay que llevarla... Porque, así... Señorita, oiga señorita —y se inclinó hacia ella otra vez.

La muchacha abrió de pronto los ojos, lo miró fijamente como si comprendiera algo, se levantó del banco y echó a andar en la misma dirección por donde había venido.

—¡Pero, qué indecentes! No la dejan a una tranquila —profirió manoteando otra vez. Caminaba presurosa, aunque tambaleándose mucho, como antes. El hombre la siguió, pero desde la acera opuesta, sin quitarle ojo.

—No se preocupe, que lo impediré —afirmó el guardia con firmeza, disponiéndose a seguirlos—. ¡Cuánta perversión anda suelta por el mundo! —repitió suspirando.

En ese momento sintió Raskólnikov como si algo le hubiera picado y todo se le revolviera por dentro.

—¡Eh, oiga! —gritó.

El guardia se volvió.

—¡Déjelo! ¿A usted qué le importa? ¡Que se divierta! —señalaba al hombre—. ¿Qué más le da a usted?

El guardia le miraba, perplejo. Raskólnikov se echó a reír.

—¡Qué cosas! —profirió el guardia y, con un vago ademán, siguió al hombre y a la muchacha, tomando probablemente a Raskólnikov por un loco o por algo peor.

«Se ha llevado mis veinte *kopeks* —se dijo Raskólnikov irritado al quedarse solo—. Ahora, que le saque también algo al otro, que le deje a la muchacha, y se acabó... ¿Para qué me habré metido yo a ayudar a nadie? ¿Quién soy yo para ayudar? ¿Tengo derecho a ayudar? ¡Anda y que se devoren vivos los unos a los otros! ¿A mí, qué? ¿Cómo se me habrá ocurrido darle esos veinte *kopeks*? ¿Acaso eran míos?».

A pesar de aquellas palabras, se sentía muy fastidiado. Se sentó en el banco. No tenía fijeza en las ideas... En ese momento le habría costado trabajo pararse a pensar en nada determinado. Hubiera querido abstraerse, olvidarlo todo para luego despertar y empezar de nuevo...

—¡Pobre criatura! —murmuró contemplando el extremo del banco donde había estado sentada la muchacha—. Cuando se serene llorará, luego se enterará la madre... Primero le pegará algún golpe, luego, del dolor y la vergüenza, le atizará una paliza espantosa y quizá la eche de casa... Y, si no la echa, de todos modos olfateará lo sucedido alguna Daria Frántsovna y la chica empezará a rodar por ahí... Después al hospital (eso siempre ocurre a las que viven junto a madres muy decentes y se desmandan a escondidas), luego..., pues, luego otra vez el hospital..., la bebida..., las tabernas... y de nuevo el hospital... hasta que, dentro de dos o tres años, esté destrozada cuando ella sólo tenga diecinueve o dieciocho... ¿No he visto a otras así? ¿Y cómo llegaron a ese extremo? Pues, de ese modo es como llegaron... ¡Qué asco! ¿Y qué? Dicen que así debe ser. Que cierto porcentaje debe marcharse cada año... Marcharse, ¿a dónde? Al infierno, supongo, para no ser un estorbo y que las demás conserven su pureza. ¡Cierto porcentaje! Buenas palabrejas han encontrado, palabras calmantes, científicas.

Con decir “cierto porcentaje” no hay que preocuparse ya. Si se empleara otra palabra, si se precisara, entonces quizá hubiera razones para inquietarse… Pero, ¿y si Dúnechka se viera de algún modo incluida en ese porcentaje? ¿O, si no es en éste, en otro?

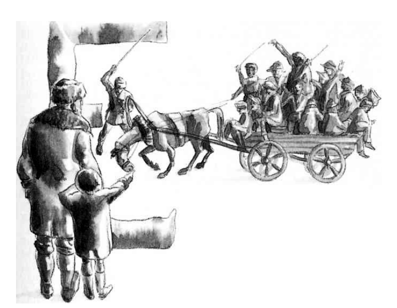
«Bueno, pero, ¿a dónde voy yo? —se preguntó de pronto—. ¡Qué raro! A algún sitio iba yo. En cuanto leí la carta, salí de casa. Iba a la isla Vasílievski, a ver a Razumijin, eso es. Ahora lo recuerdo. Pero, ¿a qué iba? ¿Por qué me habrá pasado por la imaginación la idea de ir a casa de Razumijin? Es chocante».

Estaba sorprendido. Razumijin era un antiguo compañero de Universidad. Curiosamente, Raskólnikov apenas había hecho amistades en la Universidad: rehuía a sus compañeros, no visitaba a nadie ni le gustaba que le visitaran a él. Pronto le hicieron el vacío. No participaba en las reuniones, ni en las charlas ni en las diversiones. Estudiaba con afán, sin escatimar esfuerzos, y por eso era estimado; pero, nadie le tenía afecto. Muy pobre y un tanto introvertido, como si quisiera encubrir algo, su orgullo rayaba en la altivez. A ciertos de sus compañeros les parecía que los miraba por encima del hombro, como si fuesen niños a quienes hubiese dejado atrás en desarrollo intelectual, conocimientos y convicciones y cuyos intereses y convicciones considerara inferiores a los suyos.

Sin embargo, Raskólnikov hizo amistad con Razumijin; mejor dicho, no es que hiciera amistad, sino que se mostraba más franco y expansivo. En realidad, con Razumijin no era posible mantener otro trato, pues era un muchacho extraordinariamente alegre y sociable, bondadoso hasta la simpleza, si bien bajo esa simpleza había profundidad y pundonor. Los mejores de sus compañeros así lo entendían y todos le estimaban. No tenía nada de lerdo, aunque en ocasiones llegara a pecar de

cándido. Su aspecto era sorprendente: alto, flaco, moreno, siempre mal afeitado. A veces armaba camorra y tenía fama por su fuerza. Una noche que andaba con una pandilla derribó de un puñetazo a un guardia de casi dos metros de alto. Podía gastar bromas muy pesadas, pero también podía no gastarlas. Razumijin poseía otra cualidad sobresaliente: ningún fracaso le afectaba ni ninguna circunstancia adversa lograba amilanarle. Era capaz de vivir en un tejado, padecer hambre canina y frío atroz. Era muy pobre, pero se mantenía él solo de lo que ganaba con pequeños trabajos. Conocía un sinfín de mañas para agenciarse dinero. Se pasó todo un invierno sin encender la estufa en su cuarto, afirmando que resultaba incluso agradable porque así dormía mejor. También se había visto obligado a abandonar provisionalmente la Universidad, aunque no sería por mucho tiempo, pues trabajaba con afán, empeñado en enderezar su situación económica a fin de reanudar los estudios. Hacía unos cuatro meses que Raskólnikov no le había visitado y Razumijin, por su parte, ni siquiera sabía dónde vivía él. Un par de meses atrás se cruzaron en la calle, pero Raskólnikov volvió la cabeza e incluso cambió de acera para pasar inadvertido. Y aunque Razumijin le vio, pasó de largo para no importunar al amigo.

V



S VERDAD que hace poco quise ir a casa de Razumijin por si me procuraba algún trabajo, lecciones particulares o algo por el estilo... —recordaba Raskólnikov—; pero, ¿en qué podría ayudarme ahora? Supongamos que me encuentra lecciones, que comparte conmigo su último *kopek* —si es que lo tiene— y puedo incluso comprarme unas botas y adecentarme el traje para presentarme a dar esas lecciones... hum... Y luego, ¿qué? ¿Qué hago yo con un puñado de calderilla? ¿Me basta a mí con eso ahora? La verdad, no tiene sentido ir a ver a Razumijin...».

La idea de por qué se había encaminado a casa de Razumijin le inquietó más de lo que le había parecido y ahora buscaba con inquietud un sentido siniestro para él a una acción aparentemente de lo más natural.

«¿Habré pensado arreglarlo todo y encontrar una salida con sólo acudir a Razumijin?», se preguntaba, sorprendido.

Reflexionaba y se frotaba la frente cuando, cosa extraña, después de mucho cavilar le acudió inopinadamente a la imaginación, casi por sí sola, una idea de lo más peregrina.

«Hum... Iré a casa de Razumijin —profirió de pronto con absoluta calma, como quien ha tomado una decisión definitiva—. Iré a casa de Razumijin, por supuesto, pero... no ahora... Iré a verlo... iré al día siguiente de *eso*, cuando *eso*

haya terminado ya y cuando todo tome un derrotero nuevo…».

Se recobró de pronto.

«¡Después de *eso*! —gritó pegando un bote—. Pero, ¿es que va a ocurrir *eso*? ¿Es que va a ocurrir de verdad?».

Abandonó el banco y se alejó casi a la carrera. Hizo intención de volver hacia su casa, pero le repelió la idea; precisamente allí, en un rincón, en aquel horrible cuchitril, había madurado todo eso desde hacía un mes largo. Y echó a andar sin rumbo.

Su temblor nervioso era ahora febril, incluso notaba estremecimientos y le entraba frío a pesar del calor. Casi inconscientemente, impelido por cierta necesidad interna, se esforzó por fijarse en todos los objetos que encontraba a su paso, como si buscara con empeño algo que le distrajera, pero no acababa de conseguirlo y a cada momento se quedaba ensimismado. Cuando volvía a levantar la cabeza, sobresaltado, y miraba a su alrededor, al instante olvidaba lo que había estado pensando poco antes y por dónde había caminado. De ese modo cruzó toda la isla Vasílievski, llegó al Pequeño Nevá[37], pasó el puente y torció hacia las Islas[38]. La vegetación y el frescor aliviaron al principio sus ojos fatigados, hechos al polvo de la ciudad, a la cal y a los enormes edificios que oprimían y asfixiaban. Allí no hacía bochorno, no había malos olores ni tabernas. Sin embargo, también esas sensaciones, nuevas y agradables le resultaron penosas e irritantes al poco rato. A veces se detenía delante de alguna cuidada residencia de verano rodeada de árboles, miraba a través de la verja, veía a lo lejos, en los balcones y las terrazas, a mujeres ataviadas con elegancia y a niños que correteaban por el jardín. Le atraían en particular las flores, y en ellas se fijaba con mayor detenimiento. También se cruzaba con carruajes de lujo, jinetes y amazonas; los seguía con mirada curiosa y se olvidaba de ellos antes de

que hubieran desaparecido de su vista. Una vez se detuvo y recontó su dinero: eran unos treinta *kopeks*.

«Veinte al guardia, tres a Nastasia por la carta… o sea, que en casa de los Marmeládov les dejé ayer cuarenta y siete o cincuenta», calculó, aunque pronto se olvidó de por qué había sacado el dinero del bolsillo. Lo recordó al pasar por delante de una casa de comidas y notar que tenía hambre. Entró, tomó una copa de *vodka*[39], pidió una empanadilla no sabía de qué y terminó de comérsela mientras reanudaba su deambular. Llevaba mucho tiempo sin beber *vodka*, y al instante le hizo efecto, aunque sólo había tomado una copa. De pronto empezó a notar las piernas pesadas y mucho sueño. Se encaminó hacia su casa, pero al llegar a la isla Petrovski se detuvo totalmente extenuado, abandonó la calzada, se metió entre los arbustos, cayó sobre la hierba y al momento se quedó dormido.

Cuando una persona se encuentra indispuesta, sus sueños se distinguen a menudo por una intensidad y un relieve inusitados y por un cuadro monstruoso; pero el ambiente y el proceso entero de toda su formación alcanzan tal verosimilitud y tienen detalles tan sutiles e imprevistos, aunque se hallan en consonancia artística con el cuadro en su totalidad, que, en vela, el propio soñador no podría inventarlos ni aun siendo un artista de la talla de Pushkin[40] o de Turguéniev[41]. Esos sueños, sueños morbosos, se recuerdan siempre durante mucho tiempo y producen una profunda impresión en el organismo alterado y ya agitado del hombre.

El sueño de Raskólnikov fue horrible. Soñó con su infancia en la pequeña ciudad donde vivían. Tendría unos siete años y paseaba con su padre por las afueras de la ciudad en una tarde de fiesta. Era un día gris, hacía bochorno y se representaba el lugar exactamente igual que

perduraba en su memoria: incluso estaba mucho más borroso en su memoria que en el sueño. La villa se veía como sobre la palma de la mano, desamparada, sin un árbol en torno; allá muy lejos, en los confines del cielo, negreaba un bosquecillo. A unos pasos del último huerto de la villa había una taberna, una taberna grande, que siempre le producía una sensación desagradable, incluso miedo, cuando pasaba por delante con su padre. Estaba siempre llena de gente que gritaba, reía, blasfemaba, cantaba destempladamente y a menudo reñía; en torno rondaban hombres con jetas siniestras de beodos… Cuando se cruzaban con alguno, Rodión se estrechaba contra su padre temblando de miedo. La taberna se hallaba al lado de un camino vecinal siempre polvoriento, cuyo polvo era siempre negro. Se alejaba serpeando y, a unos trescientos pasos, torcía a la derecha y contorneaba el cementerio. En medio del cementerio se alzaba una iglesia de piedra, con cúpula verde, a la que Rodión acudía dos veces al año, en compañía de su madre y su padre, para asistir a una misa en memoria de su abuela, fallecida hacía ya tiempo, y a la que nunca había visto. En esas ocasiones, llevaban siempre *kutia*[42] *en* una fuente blanca envuelta en una servilleta; la *kutia*, de arroz y uvas pasas, era dulce y lucía un crucifijo un poco hundido en el arroz. A Rodión le gustaba aquella iglesia y los iconos antiguos, en su mayoría sin adornos repujados, y el anciano sacerdote, de cabeza temblorosa. Junto a la tumba de la abuela, que tenía una lápida, había otra pequeña: era la de su hermano menor, muerto a los seis meses, al que tampoco había conocido ni podía recordar; pero, le habían dicho que tuvo un hermano pequeño y, cada vez que visitaba el cementerio, se santiguaba devota y humildemente ante la pequeña tumba, se prosternaba y la besaba. Soñó que iban su padre y él por el camino hacia el cementerio y pasaron por delante de la taberna; él iba

cogido de la mano de su padre y miraba con temor la taberna. Algo especial llamó su atención: esa vez, parecía que se celebraba algo. Había un tropel de burguesas endomingadas, mujeres del pueblo con sus maridos y otra mucha gente. Todos estaban borrachos, todos cantaban, y junto al porche de la taberna había una carreta, pero una carreta extraña, una de esas carretas grandes a las que se enganchan percherones para transportar cubas de vino o diferentes cargas. A él le gustaba siempre contemplar a esos enormes caballos de largas crines y patas gruesas, que caminan con calma y paso mesurado arrastrando verdaderas montañas de mercancías sin esforzarse en absoluto, como si les fuera más fácil ir con carga que sin ella. Pero, cosa extraña, a aquella carreta tan grande estaba enganchado un jamelgo de raza savrás, escuálido y de escasa alzada, uno de esos animales como había visto a menudo tirar, casi reventados, de algún carro lleno hasta arriba de leña o de paja, en particular si se atasca en el lodo o en una rodada, y entonces los carreros les pegan siempre brutalmente con sus látigos, algunos incluso en el hocico y en los ojos y a él le daba mucha lástima verlo, tanta lástima, que casi se le saltaban las lágrimas y su madre le apartaba siempre de la ventana.

De pronto se forma una gran algarabía y salen de la taberna unos hombretones borrachos como cubas, con camisas rojas o azules y el *armiak*[43] al hombro, que gritan, cantan, tocan la *balalaika*[44].

—¡A montarse todo el mundo! ¡Todos a la carreta! —grita uno todavía joven, con cuello de toro y cara mofletuda, roja como un tomate—. ¡Os llevo a todos! ¡Hala!

Pero enseguida brotan risas y burlas:

—¿Cómo va a llevarnos ese jamelgo?

—¿Te has vuelto loco, Mikolka, para enganchar esa jaquilla a una carreta tan grande?

—¡Pero, si ese animal tiene lo menos veinte años, chicos!

—¡Monten todos, que os llevo! —insiste a gritos Mikolka, que es el primero en subirse, empuña las riendas y se planta en la delantera de la carreta—. Matvéi se ha llevado el bayo —grita desde allí— y a este animal lo tengo atravesado. De buena gana lo mataría porque no se gana lo que come. ¡Os digo que subáis! Conmigo, va a galopar. ¡Ya veréis si galopa! —Y agarra el látigo, preparándose con fruición a fustigar al animal.

—Bueno, pues ¡allá vamos! —ríen en el grupo—. ¿No dices que va a galopar?

—¡Ésa no ha echado una carrera en diez años!

—Pues, ¡la echará!

—¡Vengan látigos, muchachos, y nada de compasión!

—¡Ya está! ¡A ella!

Todos se montan en la carreta de Mikolka entre risotadas y chanzas. Se han subido seis y aún caben más. Aúpan a una mujer, oronda y colorada. Viste de percal rojo, se toca con cofia puntiaguda bordada en canutillo, calza botas altas, come avellanas y ríe. También ríen los demás y, bien mirado, con razón: ¿cómo va a galopar la pobre jaca con semejante carga? Dos mozos de los que están en la carreta empuñan ya sendos látigos para ayudar a Mikolka. Al grito de «¡arre!», la jaquilla tira con todas sus fuerzas, pero apenas si puede arrancar al paso —¿cómo podría galopar?—, mueve las patas con dificultad, jadea y se encoge bajo la lluvia de golpes que le descargan los tres látigos. Redoblan las risas en la carreta y en tierra, pero Mikolka se enfurece y, frenético, multiplica los latigazos, como si realmente pensara que pudiese partir al galope.

—¡Eh, dejadme a mí también! —grita desde el grupo un mozo que quiere tomar parte en la diversión.

—¡Sube! ¡Que suban todos! —grita Mikolka—. ¡Tiene que llevarnos a todos! ¡Veréis la que le doy! —fustiga y fustiga, y

en su frenesí no sabe ya con qué golpear.

—¡Papá! ¡Papá! ¿Qué hacen, papá? —pregunta Rodión a gritos—. ¡Están pegando al pobre animal!

—Vámonos, vámonos —dice el padre—. Están borrachos y se divierten así, los imbéciles. Vámonos. No mires. —Y quiere alejarle de allí, pero él se suelta y corre enloquecido hacia la jaca. La pobre bestia está ya muy mal. Jadea, se detiene, vuelve a tirar y casi se desploma.

—¡Matarla a palos! —grita Mikolka—. ¡Duro con ella!

—Pero, ¿es que no eres cristiano, demonio? —grita un viejo desde el grupo.

—¿Dónde se ha visto que una jaquilla así arrastre semejante carga? —añade otro.

—¡La vas a deslomar! —grita un tercero.

—Tú, no te metas. Es mía y hago con ella lo que me da la gana. ¡Que suban otros! ¡Que suban todos! Quiero que galope, ¡y se acabó!

Un estallido de carcajadas ahoga de pronto todos los otros ruidos: la jaquilla no puede soportar tanto golpe y, en su impotencia, se pone a cocear. Ni el viejo de antes puede contenerse. Efectivamente, parece mentira que un pobre animal tan mal parado sea todavía capaz de cocear.

Dos mocetones del grupo se agencian sendos látigos y corren a fustigarla cada uno por un costado.

—¡En el hocico! ¡Atizadle en los ojos! ¡En los ojos! —grita Mikolka.

—¡Venga una canción, chicos! —grita alguien desde la carreta, y todos corean una copla licenciosa con acompañamiento de una pandereta y silbidos subrayando el estribillo. La mujer sigue comiendo avellanas y riendo.

… Rodión corre junto a la jaca, se pone ante ella, ve que le descargan latigazos en los ojos, ¡en los mismos ojos! Rompe a llorar. El corazón se le sube a la garganta, brotan las lágrimas. Uno de los latigazos le roza la cara, pero no lo

nota, se retuerce las manos, grita, acude al viejo de cabello y barba gris que sacude la cabeza y reprueba todo aquello. Una mujer le agarra de la mano y quiere apartarlo de allí, pero él se suelta y corre de nuevo hacia la yegua, que ha agotado ya sus fuerzas, pero se pone otra vez a cocear.

—¡Así te…! —chilla Mikolka furioso. Tira el látigo, se agacha y saca del fondo de la carreta una vara larga y gruesa, la agarra con ambas manos por un extremo y la enarbola sobre la jaca.

—¡La desloma! —gritan en torno.

—¡La va a matar!

—¡Es mía! —ruge Mikolka y descarga el palo con todas sus fuerzas. Se escucha un golpe tremendo.

—¡A ella! ¿Por qué lo habéis dejado? —gritan desde la muchedumbre.

Mikolka enarbola de nuevo la vara y otro golpe descarga con tremenda fuerza sobre el lomo del pobre jamelgo, que cede sobre los cuartos traseros, pero se endereza y tira, tira con sus últimas fuerzas hacia un lado y otro para que arranque la carreta. Pero seis látigos la acosan desde todas partes mientras el palo se alza y cae por tercera vez y por cuarta, acompasadamente, con todo impulso. Mikolka está furioso porque no ha podido matarla de un solo golpe.

—¡Menudo aguante! —gritan en torno.

—¡Ahora sí que cae, hermanos! ¡Se acabó! —grita desde la muchedumbre uno de los espectadores.

—¡Dale con un hacha! ¡Hay que terminar de una vez! —grita otro.

—Pero, ¡maldita sea…! ¡Apartaos! —chilla frenéticamente Mikolka, arroja la vara, se agacha de nuevo y saca de la carreta una barra de hierro—. ¡Cuidado! —y le atiza con todo su impulso al pobre animal. Descarga el golpe: la yegua se tambalea, cede de los cuartos traseros, intenta tirar de la carreta, pero la barra de hierro cae nuevamente con fuerza

sobre su lomo y entonces se desploma como si le hubieran segado las cuatro patas de un golpe.

—¡A rematarla! —ruge Mikolka y, fuera de sí, salta del carro.

Unos cuantos mozos, congestionados y borrachos también, agarran lo que encuentran a mano —látigos, palos, la vara— y pegan a la yegua moribunda. Mikolka, a un lado, le descarga la barra al voleo sobre el lomo. La yegua estira el hocico, exhala un suspiro doloroso y muere.

—¡Acabó con ella! —gritan en el grupo.

—¿Y sólo porque no arrancó al galope?

—¡Era mía! —grita Mikolka con los ojos inyectados en sangre. Conserva la barra de hierro en la mano y parece lamentar que ya no tenga a quién golpear.

—De verdad que no tienes alma cristiana —dicen ya muchos.

El pobre chico está enloquecido. Gritando, se abre paso entre la multitud hasta la yegua muerta, abraza su cabeza ensangrentada y la besa, la besa en los ojos, en los labios… Luego se incorpora de un salto y se abalanza con los puños cerrados contra Mikolka. En ese momento, su padre, que trata de alcanzarlo desde hace rato, le agarra por fin y le aparta de la multitud.

—Vámonos, vámonos —le dice—. Vamos a casa.

—¡Papá! ¿Por qué… han matado… a ese pobre animal? —solloza, pero se le corta el aliento y las palabras brotan en alaridos de su pecho angustiado.

—Están borrachos y se divierten así. No es cosa nuestra. Vamos —dice el padre. El chico se abraza a él, pero aumenta la opresión en su pecho. Quiere respirar hondo, gritar, y en eso se despierta.

Se despertó sudoroso, con el cabello húmedo, jadeante, y se incorporó, espantado.

—Gracias a Dios, no ha sido más que un sueño —se dijo, sentándose al pie de un árbol y respirando profundamente —. Pero, ¿qué es esto? ¿Tendré fiebre y a eso se deba este sueño tan espantoso?

Le dolía todo el cuerpo y su mente estaba aturdida y tenebrosa. Se acodó en las rodillas y apoyó la cabeza en ambas manos.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Será posible, será posible que yo agarre el hacha y le pegue en la cabeza, le parta el cráneo…, que resbale en la sangre viscosa y tibia, que fuerce la cerradura, que robe temblando? Y luego, corra a esconderme, todo salpicado de sangre…, con el hacha… ¿Será posible, Señor?

Y al hablar temblaba como un azogado.

—Pero, ¿qué me pasa? —prosiguió, inclinándose de nuevo como profundamente sorprendido—. Si sabía que no podría soportarlo, ¿por qué he estado atormentándome todo este tiempo? Si ayer, ayer mismo, cuando fui a hacer ese… *ensayo*, ayer mismo comprendí a la perfección que no lo soportaría… Y ahora, ¿qué? ¿Por qué he dudado hasta ahora? Si ayer mismo, al bajar por la escalera, me decía que es una canallada, un asco, una vileza… si, sólo de pensarlo de hecho, se me revolvió el estómago y sentí espanto…

—No. ¡No lo soportaría, no lo soportaría! Aunque no quepa el menor fallo en todos estos cálculos, aunque todo lo decidido a lo largo de este mes aparezca tan claro como la luz del día y tan exacto como la aritmética. ¡Señor! ¡Pero, si de todas maneras no me decidiré! ¡Si no lo soportaré, si no lo soportaré!… Entonces, ¿por qué, por qué todavía?…

Se levantó, miró perplejo a su alrededor como sorprendido de que se hubiera metido allí, y se encaminó hacia el puente T[45]. Estaba pálido, le ardían los ojos y notaba fatiga en todo el cuerpo, pero empezó a respirar con más desahogo. Se dio cuenta de que se había descargado

del espantoso fardo que le agobiaba desde hacía tanto tiempo y la calma embargó de pronto su espíritu aliviado. «¡Señor! —imploró—. Alumbra mi camino para que renuncie a este maldito… sueño mío».

Al pasar por el puente contempló con calma el Nevá y el resplandor del sol rojo en su ocaso. A pesar de la debilidad, ni siquiera sentía cansancio. Era como si hubiera reventado de pronto en su corazón el absceso que se había ido formando a lo largo del mes. ¡Estaba libre, estaba libre! Se había librado de aquellos sortilegios, de la hechicería, de la fascinación, del alucinamiento.

Más tarde, al recordar aquella época y todo cuanto le sucedió en esos días, punto por punto, minuto a minuto, detalle por detalle, le causaba un asombro casi supersticioso una circunstancia que, aunque en esencia no era muy inusitada, siempre le pareció luego determinante para su destino: no llegaba a comprender ni a explicarse cómo se le ocurrió, cansado y extenuado como estaba, volver a su casa sin ninguna necesidad por la plaza Sennáia, cuando le habría convenido tomar el camino más recto y más corto. El rodeo no era muy grande, pero sí evidentemente innecesario. Cierto que le había ocurrido decenas de veces regresar a su casa sin recordar las calles recorridas. Luego se preguntaba siempre la razón de que un encuentro tan importante y decisivo para él, y al mismo tiempo tan sumamente casual en la plaza Sennáia (por donde no tenía que haber pasado) coincidió precisamente con esa hora y ese instante de su vida, con ese estado anímico exacto y esas circunstancias exactas en que sólo él, sólo ese encuentro, podía ejercer la influencia más decisoria y definitiva sobre su destino. ¡Como si hubiera estado acechándole allí a propósito!

Eran cerca de las nueve cuando pasó por la plaza Sennáia. Todos los vendedores estaban recogiendo y

guardando el género de los puestos y tenderetes y los comerciantes cerrando las tiendas y tienduchas para volver a sus casas, lo mismo que sus parroquianos. Un sinnúmero de mercachifles y traperos de toda especie se apiñaba en torno a los figones instalados en la planta baja o en los patios sucios y malolientes de las casas de la plaza, pero sobre todo en las tabernas. Raskólnikov sentía predilección por estos lugares, como también por las callejas adyacentes, cuando salía de casa sin rumbo. Sus harapos no despertaban allí la desdeñosa atención de nadie, pues se podía andar vestido de cualquier manera sin causar aspavientos. En la esquina del pasadizo K., un buhonero y su mujer tenían sendos puestecillos con hilos, cintas, pañuelos de algodón y otros artículos parecidos. También se disponían a marcharse después de recoger, pero se habían retrasado charlando con una conocida. Esa conocida era Lizaveta Ivánovna, o simplemente Lizaveta, como todos la llamaban, hermana menor de la vieja Aliona Ivánovna, prestamista y viuda de un registrador colegiado[46], a quien había visitado Raskólnikov la víspera para empeñar un reloj y hacer su *ensayo*… Estaba enterado hacía ya tiempo de todo lo relativo a la tal Lizaveta y también ella le conocía un poco. Era una solterona de unos treinta y cinco años, alta, desgarbada, tímida y sumisa, de escasas facultades mentales, esclava de su hermana para la que trabajaba día y noche, que la tenía atemorizada e incluso la maltrataba. Ahora estaba perpleja delante del buhonero y su mujer; tenía un envoltorio en la mano y escuchaba atentamente lo que éstos le explicaban con gran vehemencia. Cuando Raskólnikov la vio de pronto, le embargó una extraña sensación, parecida a la sorpresa más profunda, aunque no había nada de sorprendente en aquel encuentro.

—Debía usted decidirlo por sí sola, Lizaveta Ivánovna —decía el hombre en voz alta—. Venga mañana, entre seis y

siete. También estarán ellos aquí.

—¿Mañana? —profirió Lizaveta Ivánovna, pensativa, arrastrando la palabra como si no se decidiera.

—¡Pero, qué miedo le ha metido en el cuerpo Aliona Ivánovna! —intervino la mujer con mucho desparpajo—. Cualquiera diría que es una niña pequeña. Ni siquiera es hermana suya carnal, que es sólo hermanastra, y la tiene metida en un puño.

—Esta vez, si quiere seguir mi consejo, no le diga nada a Aliona Ivánovna y venga sin pedirle permiso —interrumpió el hombre—. Es un buen negocio. Luego, ya verá su hermana lo que le conviene.

—Entonces, ¿vengo?

—Mañana, entre seis y siete; también estarán los otros y usted decidirá.

—Pondré el *samovar*[47] para el té —añadió la mujer.

—Bueno, vendré —profirió Lizaveta, todavía indecisa, y echó a andar lentamente.

Raskólnikov, que había pasado de largo, sigilosa e inadvertidamente, procurando no perder ni una palabra, se encontraba ya a cierta distancia y no oyó nada más. Su sorpresa inicial se había convertido poco a poco en espanto, como si un escalofrío le recorriera la espalda. Se había enterado de pronto, de modo imprevisto y totalmente inesperado, que a las siete de la tarde siguiente Lizaveta, la hermana de la vieja, la única persona que se alojaba con ella, se ausentaría y, por lo tanto, la vieja se *quedaría sola en la casa* a las siete de la tarde.

Raskólnikov estaba a unos pasos de su domicilio. Entró en su cuarto como un condenado a muerte. No pensaba, ni podía pensar, absolutamente en nada, pero de repente sintió con todo su ser que no tenía ya libertad de juicio ni voluntad y que todo había quedado definitivamente resuelto de golpe.

Desde luego, aunque hubieran pasado años, ya con el propósito hecho, acechando una ocasión propicia, de seguro que no habría podido contar con una probabilidad de éxito tan evidente como la que ahora se le presentaba. En todo caso, habría sido difícil enterarse la víspera a ciencia cierta, con mayor exactitud y menor riesgo, sin recurrir a preguntas e indagaciones peligrosas, que al día siguiente, a tal hora, se encontraría en su casa totalmente sola una vieja contra cuya vida se iba a atentar.

VI



ÁS TARDE habría de enterarse fortuitamente Raskólnikov del motivo de la cita que le dieron el buhonero y su esposa a Lizaveta. Se trataba de un asunto de lo más corriente, que no tenía nada de particular. Una familia forastera que se encontraba en mala situación quería vender algunos objetos y prendas, todas de mujer. Como en el mercado les habrían dado poco, buscaban a una corredora y Lizaveta se dedicaba precisamente a eso: iba por las casas, percibía una comisión y tenía numerosa clientela porque era honrada a carta cabal, fijaba siempre el mejor precio y no admitía regateos. Solía hablar poco y, como queda dicho, era tímida y sumisa.

Pero Raskólnikov se había vuelto supersticioso últimamente, y los vestigios de esa superstición perduraron mucho tiempo casi indelebles. Más tarde, siempre tuvo tendencia a ver en este asunto algo extraño y misterioso, así como la presencia de influjos y coincidencias singulares. El invierno anterior, un estudiante conocido suyo llamado Pokóriev, que se trasladaba a Járkov, le dio fortuitamente, durante una conversación, las señas de la vieja Aliona Ivánovna por si acaso se veía en la necesidad de empeñar algo. Transcurrió mucho tiempo antes de que recurriera a ella porque tenía lecciones particulares y, mal que bien,

salía adelante. Recordó aquellas señas mes y medio atrás; tenía dos objetos que empeñar: un viejo reloj de plata de su padre y una pequeña sortija de oro, con tres piedrecitas rojas, que le había regalado su hermana como recuerdo cuando se marchó a estudiar. Decidió empeñar la sortija; cuando dio con la vieja, y sin saber todavía nada de particular acerca de ella, le inspiró una irresistible aversión a primera vista; tomó los dos «billetitos» que le dio por la sortija y, al volver hacia su casa, entró en una tabernucha. Pidió té, se sentó y quedó pensativo. Una extraña idea pugnaba por salir de su cerebro, como hace el polluelo en el cascarón, y absorbía toda su atención.

Cerca de él ocupaban otra mesa un estudiante a quien no conocía ni había visto nunca y un joven oficial. Habían estado jugando al billar y se disponían a tomar té. De pronto oyó que el estudiante le hablaba al oficial de una prestamista llamada Aliona Ivánovna, viuda de un secretario colegiado, y le daba sus señas. Ese solo hecho le pareció ya algo extraño a Raskólnikov: él venía de su casa y en la taberna hablaban precisamente de ella. Pura casualidad, desde luego, pero no podía librarse de la impresión de que alguien secundaba ahora su recóndito propósito. El estudiante se puso a comunicarle a su compañero diferentes detalles acerca de esa misma Aliona Ivánovna.

—No falla —decía—: con ella, siempre se puede obtener dinero. Es tan rica como un judío y puede soltar cinco mil de una vez, aunque tampoco le hace ascos a los préstamos de a rublo. Muchos de los nuestros han acudido a ella. Pero, es una tía miserable…

Y siguió contando lo malvada y retorcida que era, dijo que bastaba retrasarse un día en el pago de los réditos para que vendiera la prenda; que daba la cuarta parte de lo que valía el objeto empeñado, pero cobraba cinco y hasta siete por ciento de interés mensual, y así sucesivamente. Ya

puesto a hablar, el estudiante contó también que la vieja tenía una hermana, Lizaveta, a quien maltrataba a cada momento y mangoneaba como si fuera una niña pequeña, aunque Lizaveta medía casi seis pies de altura y ella era pequeñaja y odiosa…

—¡Lizaveta es otro fenómeno! —exclamó el estudiante y soltó la carcajada.

Pasaron a ocuparse de Lizaveta. El estudiante hablaba de ella con particular fruición, sin parar de reírse; el oficial le escuchaba muy interesado y al final le pidió que le mandara a esa Lizaveta a casa para que le remendara alguna ropa. Raskólnikov, por su parte, no perdía palabra y así se enteró de todo: Lizaveta era la hermana menor de la vieja (mejor dicho, hermanastra, pues eran hijas de madres distintas) y tenía treinta y cinco años. Trabajaba día y noche en casa de su hermana, guisando y lavando, y además cosía para fuera y salía a fregar suelos, entregándole a ella cuanto ganaba. Ni siquiera se atrevía a aceptar un encargo o un trabajo cualquiera sin su permiso. La vieja había hecho ya su testamento, y Lizaveta estaba enterada de ello, como también de que no le dejaba más que los muebles, sillas y demás, pero ni un solo céntimo porque legaba todo el dinero a un convento de la provincia de N. para misas por el eterno descanso de su alma. Lizaveta pertenecía a la clase baja y estaba soltera no como su hermana, que era viuda de un funcionario. Horriblemente desgarbada y demasiado alta, tenía los pies grandes, como vueltos hacia fuera, calzados con zapatos de badana raída. Iba siempre muy limpia. Lo que más asombraba y divertía al estudiante era que Lizaveta se quedaba embarazada cada dos por tres…

—Pero, ¿no dices que es un monstruo? —observó el oficial.

—Bueno, es muy morena y parece un soldado disfrazado de mujer, ¿sabes?, pero no resulta repelente. Tiene la cara y

los ojos bondadosos. Muy bondadosos. La prueba es que a muchos les gusta. Es mansa, tímida, sumisa, condescendiente, condescendiente para todo. Y tiene una sonrisa muy agradable.

—Parece que también a ti te gusta —rió el oficial.

—Por lo extraña que es. ¿Sabes lo que te digo? Pues, que yo sería capaz de matar y robar a esa maldita vieja sin el menor escrúpulo de conciencia, te lo aseguro —añadió el estudiante con calor.

El oficial volvió a reír y Raskólnikov se estremeció. ¡Qué extraño era aquello!

—Deja que te haga una pregunta en serio —siguió el estudiante acalorado—. Lo que acabo de decir ha sido una broma, por supuesto; pero, fíjate: por una parte, está una vieja estúpida, insensata, mísera, malvada y enferma que no le hace falta a nadie, sino que, por el contrario, le hace daño a todo el mundo, que no sabe para qué vive y que puede morirse mañana de muerte natural. ¿Comprendes? ¿Comprendes?

—Sí, lo comprendo —contestó el oficial mirando con atención a su acalorado compañero.

—Oye otra cosa. Por otra parte, hay vidas jóvenes y sanas cuyas fuerzas se pierden por falta de apoyo. Y eso, ¡a millares y por todas partes! Con el dinero de la vieja destinado a un convento se podrían emprender y realizar cien o quizá mil acciones e iniciativas. Cientos, acaso miles, de existencias podrían ser encauzadas; decenas de familias salvadas de la miseria, la depravación, la ruina, el vicio, las enfermedades venéreas... ¡Y todo con ese dinero! Si uno la mata y se adueña de su dinero para consagrarse luego a servir con él a toda la humanidad, al bien de todos, ¿no crees tú que millares de buenas acciones pueden borrar un crimen insignificante? Por una vida, miles de vidas salvadas de la podredumbre y la corrupción. Una muerte a cambio de

cien vidas, ¿qué me dices de esa aritmética? Además, ¿qué pesa en la balanza general la vida de esa vieja tísica, estúpida y malvada? Lo que la vida de un piojo, de una cucaracha; ni siquiera eso, porque la vieja es dañina. Devora una vida ajena: hace unos días, por pura crueldad, le mordió un dedo a Lizaveta y casi tienen que amputárselo.

—Claro que es indigna de vivir —observó el oficial—; pero así es la naturaleza.

—¡Quiá, hombre! A la naturaleza se la corrige y se la orienta. De lo contrario, nos ahogaríamos en un mar de prejuicios. De lo contrario, no habría habido ningún gran hombre. Se habla del «deber» de la «conciencia» (yo no quiero decir nada en contra del deber ni de la conciencia); pero, ¿qué entendemos por esas palabras? Espera, quiero hacerte otra pregunta. Escucha.

—No. Espera tú, que ahora soy yo el que te pregunta…

—A ver.

—Estás aquí, hablando y perorando; pero, dime una cosa: ¿matarías tú mismo a la vieja o no?

—¡Claro que no! Yo me refería a lo que es justo o no… Pero, no se trata de mí…

—Pues, a mi entender, si tú no te decides a hacerlo, no hay justicia que valga. Vamos a echar otra partida.

Raskólnikov era presa de una gran agitación. Aquellos eran, por supuesto, los comentarios y las ideas más corrientes y más habituales entre la gente joven, y él los había escuchado a menudo, sólo que en otras formas y sobre otros temas. Pero, ¿por qué daba la coincidencia de que escuchaba esa conversación y esas ideas cuando en su propia mente acababan de germinar… *justo esas mismas ideas*? ¿Y por qué, precisamente al salir de casa de la vieja con el germen de esa idea, tropezaba con gente que hablaba de ella?… Andando el tiempo, siempre le pareció extraña esa coincidencia, y la conversación insignificante

escuchada en la taberna… ejerció un tremendo influjo sobre el desarrollo de las cosas, como si en efecto se tratara de una predestinación, de una sugerencia…

* * *

Cuando volvió de la plaza Sennáia a su casa, se arrojó sobre el sofá y allí permaneció inmóvil una hora entera. No tenía velas, ni tampoco se le ocurrió encender una. Nunca pudo recordar si había pensado en algo durante ese tiempo. Acabó por sentir la fiebre y los escalofríos de antes y cayó en la cuenta, con deleite, de que en el sofá también podía acostarse. Pronto quedó sumido en un sueño profundo, de plomo, que cayó sobre él como una losa.

Durmió mucho rato, sin soñar nada. A Nastasia, que entró en su cuarto a las diez de la mañana siguiente, le costó despertarlo. Le traía pan y té. El té estaba pasado, como la otra vez, y como la otra vez venía en su propia tetera.

—¡Qué manera de dormir! —chilló, indignada—. ¡Siempre estás durmiendo!

Raskólnikov se incorporó con dificultad. Le dolía la cabeza. Se levantó, dio una vuelta por su cuchitril y volvió a desplomarse en el sofá.

—¿A dormir otra vez? —gritó Nastasia—. ¿Es que estás malo?

Él no contestó.

—¿Quieres té?

—Luego —profirió con dificultad, cerrando de nuevo los ojos y volviéndose hacia la pared. Nastasia se quedó unos instantes a su lado.

—Puede que esté malo de verdad —dijo, dio media vuelta y se marchó.

Volvió a las dos de la tarde, con un plato de sopa. Raskólnikov no se había movido ni había probado el té.

Nastasia se ofendió y empezó a zarandearlo con rabia.

—¿Quieres dejar ya de dormir? —chilló mirándolo con asco. Él se incorporó, luego se sentó, pero no le dijo nada y se quedó mirando al suelo.

—¿Estás enfermo o no? —preguntó Nastasia, pero tampoco recibió respuesta—. ¿Por qué no sales a la calle? —sugirió después de una pausa—. Así te dará el aire, por lo menos. ¿No vas a comer?

—Luego —profirió débilmente—. Márchate —y la despidió con un ademán.

Nastasia se quedó todavía unos instantes, lo miró con lástima y salió.

Al cabo de unos minutos, Raskólnikov alzó la vista y estuvo contemplando un buen rato el té y la sopa. Luego tomó el pan, tomó la cuchara y se puso a comer.

Comió poco, dos o tres cucharadas, a desgana y casi maquinalmente. La cabeza no le dolía tanto. Después de comer volvió a tenderse en el sofá, pero sin conseguir ya conciliar el sueño, y así permaneció, quieto, boca abajo, con el rostro hundido en la almohada. Le pasaban por la mente unas visiones extrañas: se le representaba, más que nada, que se hallaba en algún lugar de África, en Egipto, en un oasis. La caravana descansaba, los camellos estaban apaciblemente acostados, las palmeras formaban un círculo y la gente estaba comiendo. En cuanto a él, bebía agua de un arroyo que fluía susurrando, allí mismo, a su lado. El ambiente era fresco y el agua maravillosa, azul y fría, corría por entre piedras de distintos colores y sobre un fondo de arena limpísima, con puntitos dorados… De pronto oyó un reloj que daba la hora. Se recobró, sobresaltado, levantó la cabeza, miró por la ventana, calculó la hora y se puso en pie de golpe, totalmente despabilado, como si alguien le hubiera arrancado del sofá. Se acercó de puntillas a la puerta, la entreabrió sigilosamente y se puso a escuchar si

se oía algo abajo, en la escalera. El corazón le latía alocadamente. Pero en la escalera reinaba el silencio como si todo el mundo durmiera… Le pareció extraño, increíble, haber estado durmiendo desde la víspera, como aletargado, sin hacer nada todavía, sin preparar nada… Y quizá fueran las seis las que había dado el reloj… En lugar del sueño y del embotamiento le embargó de pronto una agitación extraordinariamente febril y como incontrolable. Por otra parte, no necesitaba grandes preparativos. Se concentró cuanto pudo para pensar en todo y no olvidar detalle. El corazón le latía con tal fuerza que le costaba trabajo respirar. Primero, era cosa de un momento, tenía que hacer un lazo y coserlo al gabán. Rebuscó debajo de la almohada y sacó, de entre la ropa allí amontonada, una vieja camisa sucia y hecha jirones. De uno de ellos arrancó una tira de una pulgada de ancho y unas ocho de largo. La dobló, se quitó el gabán de verano (el único que tenía), una prenda ancha, de fuerte tela de algodón, y se puso a coser los dos extremos de la tira, por dentro, a la sisa de la manga izquierda. Las manos le temblaban, pero terminó de coserlas con tanto acierto que no se veía absolutamente nada cuando volvió a ponerse el gabán. La aguja y el hilo los tenía preparados desde hacía ya tiempo, envueltos en un papel, encima de la mesita. En cuanto al lazo, era un invento suyo muy ingenioso, y estaba destinado al hacha. Porque, no podía andar por la calle con un hacha en la mano. Y si la escondía debajo del gabán, tendría que sujetarla de todas formas con la mano y se notaría. En cambio así, con el lazo, bastaría meter la pala del hacha en él para que quedase tranquilamente colgada por dentro, debajo del brazo. Luego, metiendo la mano en el bolsillo podría sujetar el extremo del mango y así no se movería; como el gabán era muy ancho, un auténtico saco, desde fuera pasaría desapercibido que

sujetaba algo a través del bolsillo. El lazo aquél, también lo tenía pensado desde hacía ya dos semanas.

Terminada esta parte de los preparativos, introdujo los dedos en el espacio que quedaba entre el suelo y el sofá, tanteó en el rincón de la izquierda y extrajo la prenda, preparada hacía ya tiempo y escondida allí. En realidad, no se trataba de ninguna prenda, sino de una tablilla de madera, muy bien cepillada, de las dimensiones que podría tener una pitillera de plata. La encontró por casualidad durante uno de sus paseos, en un patio donde había un taller. Luego guardó con la tablilla una hojita de metal, algo más pequeña, fina y lisa, desprendida probablemente de algún otro objeto, que encontró también en la calle. Juntó los dos objetos, los ató bien con un hilo, luego lo envolvió todo con gran esmero en una hoja de papel blanco y ató el paquete de modo que costara mucho desatarlo. Lo hizo para distraer momentáneamente la atención de la vieja y aprovechar el momento oportuno cuando intentara deshacer el nudo. En cuanto a la hoja metálica, la había añadido para darle más peso al objeto y que la vieja no adivinara, por lo menos en el primer instante, que la prenda era de madera. Todo ello había estado escondido debajo del sofá hasta entonces. Acababa de sacarlo cuando oyó gritar a alguien en el patio:

—¡Hace rato que dieron las seis!

—¡Hace rato! ¡Dios mío!

Corrió a la puerta, prestó oído, agarró el sombrero y emprendió la bajada de sus trece escalones, sigilosamente, sin ruido, como un gato. Todavía quedaba lo más importante: sustraer el hacha que estaba en la cocina. Porque había decidido desde tiempo atrás que para aquello necesitaba un hacha. Tenía también una pequeña podadera plegable, pero no se fiaba de ella, y menos aún de sus fuerzas, en vista de lo cual optó definitivamente por el

hacha. Señalemos, de pasada, una peculiaridad de todas las decisiones definitivas que había adoptado ya en este asunto: tenían la rara particularidad de que, cuanto más definitivas las consideraba, más disparatadas y absurdas aparecían a sus ojos. A despecho de la angustiosa lucha interna que sostenía, nunca había podido persuadirse, ni por un instante, en todo aquel tiempo de que llegarían a cumplirse sus propósitos.

Y aun en el caso de que algún día lo hubiera planeado todo hasta en sus últimos detalles y decidido definitivamente sin quedar ya el menor lugar a dudas, se imaginaba que habría renunciado a su propósito por considerarlo absurdo, monstruoso e imposible. Pero, todavía quedaba un sinfín de pormenores y dudas por resolver. Lo de procurarse el hacha, era una menudencia que no le preocupaba en absoluto porque era la de más fácil solución. En efecto, Nastasia salía a cada momento de casa, en particular por las tardes —a ver a alguna vecina o a la tienda —, dejando siempre la puerta de par en par. Era por lo único que la regañaba su ama. Así que, llegado el momento, bastaría entrar a hurtadillas en la cocina, coger el hacha y luego, al cabo de una hora (cuando todo hubiera terminado), dejarla otra vez en su sitio. Pero, aún cabía una duda: podía suceder que él llegara al cabo de una hora y Nastasia hubiera vuelto ya. Tendría que pasar de largo, claro, y esperar a que saliera nuevamente. Pero, ¿y si entre tanto le hacía falta el hacha, la buscaba y ponía el grito en el cielo? Surgiría una sospecha o, por lo menos, un motivo de sospecha.

Sin embargo, éstas eran menudencias en las que ni siquiera se había parado a pensar; ni tampoco había tenido tiempo para ello. Él pensaba en lo esencial, dejando los detalles para cuando estuviera *seguro de todo*, aunque le parecía irrealizable o, al menos, así creía. Por ejemplo, no

podía imaginarse que en algún momento dejaría de pensar, y se levantaría para ir sencillamente allá… Incluso su reciente *ensayo* (o sea, la visita con el propósito de reconocer definitivamente los lugares) no había sido más que una *prueba*, nada en serio, como si se hubiera dicho: «voy a verlo por mí mismo en lugar de darle tantas vueltas», pero enseguida hubiera desmayado en su empeño, abandonándolo y huyendo furioso contra sí mismo. Sin embargo, parecía haber terminado ya todo el análisis en lo referente a la solución moral del caso: su casuística estaba afilada como una navaja de afeitar y ya no encontraba en su interior objeciones de conciencia. En fin de cuentas, ya no tenía confianza en sí mismo y buscaba objeciones a su alrededor, tenaz y rastreramente, a tientas igual que si alguien le obligara y le empujara a ello. El último día, llegado tan de improviso y que lo resolvió todo, le produjo un efecto casi mecánico, como si alguien le hubiera agarrado de la mano y tirase de él irremediable y ciegamente, con fuerza sobrenatural, sin admitir objeciones. Lo mismo que si se le hubiera metido un pico de la ropa en un engranaje y la máquina empezara ahora a tirar de él.

Al principio —aunque eso fue mucho antes—, le había intrigado una pregunta: ¿por qué se descubren y se investigan tan fácilmente casi todos los delitos y por qué dejan huellas tan evidentes casi todos los delincuentes? Llegó poco a poco a conclusiones tan diversas como curiosas: a su entender, el quid de la cuestión no consistía tanto en la imposibilidad material de ocultar un delito como en el propio delincuente. Porque el delincuente, puede decirse que todos, se expone a que en el momento del delito le fallen la voluntad y el entendimiento, suplantados por una tremenda y pueril irreflexión, precisamente cuando más necesidad tiene de sensatez y cautela. Según su convicción, resultaba que ese eclipse de la razón y ese fallo de la

voluntad afectan al hombre a la manera de una dolencia, se desarrollan gradualmente y alcanzan su punto culminante poco antes de la comisión del delito; perduran en el mismo estado durante la comisión del delito y, después, un tiempo que varía según el individuo; luego desaparecen, lo mismo que desaparece cualquier enfermedad. Lo que no se sentía aún capaz de dilucidar era la cuestión de si la enfermedad engendra el delito o si es el delito, de alguna manera por su índole especial, el que siempre va acompañado de una especie de enfermedad.

Al llegar a tales conclusiones, decidió que, por lo que a él se refería, en su caso, no podían producirse tales alteraciones morbosas; que el discernimiento y la voluntad no le abandonarían durante la ejecución de lo que tenía pensado por la única razón de que lo que tenía pensado «no era un delito»… Omitiremos todo el proceso de razonamiento que le condujo hasta esta última conclusión porque demasiado nos hemos adelantado ya a los sucesos… Sólo añadiremos que las dificultades tácticas y puramente materiales del asunto no desempeñaban en su mente más que un papel muy secundario. «Basta con centrar en ellas toda la voluntad y todo el entendimiento para superarlas a su debido tiempo, cuando haya que analizar, hasta en el menor detalle, todos los aspectos del caso…». Pero el asunto no empezaba. Seguía perdiendo fe en su decisión definitiva y, cuando llegó la hora, todo sucedió de un modo diferente, de improviso y casi inesperadamente.

Una circunstancia insignificante le desconcertó antes de llegar al pie de la escalera. A la altura de la cocina, cuya puerta estaba abierta de par en par como de costumbre, lanzó una mirada de reojo para cerciorarse previamente de que no se encontraba allí la patrona en ausencia de Nastasia y de que la puerta de su cuarto estaba bien cerrada y no podría verlo cuando entrara por el hacha. Cuál no sería su

asombro al descubrir que, por aquella vez, no sólo se hallaba Nastasia en la cocina, sino que, además, estaba dedicada a tender en unas cuerdas la ropa que sacaba de un cesto. Al verlo suspendió su faena, se volvió hacia él y no dejó de mirarlo mientras pasaba. Él apartó la vista y siguió como si no hubiera notado nada. Pero, el asunto había terminado: ¡no tenía hacha! Fue un golpe horrible.

«¿De dónde habré sacado yo —pensaba camino de la calle—, de dónde habré sacado yo que no estaría en casa precisamente en ese momento? ¿Por qué, por qué estaría yo tan seguro?». Estaba apabullado, incluso humillado. Hubiera querido reírse de sí mismo, de la rabia que sentía… Una rabia sorda, feroz.

Se detuvo indeciso en el portal. Salir a la calle y dar un paseo sin objeto le repugnaba. Volver a su cuarto le resultaba más odioso aún. «¡Qué ocasión se ha perdido para siempre!», murmuró plantado frente al oscuro cuchitril del *dvornik*, que también tenía la puerta abierta. De pronto se sobresaltó. En el cuchitril, que estaba a dos pasos, algo brillaba debajo de un banco, a la derecha. Lanzó una mirada alrededor: no había nadie. Se acercó de puntillas al cuchitril, bajó dos escalones y llamó al *dvornik* a media voz. «¡Nada, no está en casa! Aunque, no andará muy lejos, estará en el patio, puesto que tiene la puerta de par en par». Se abalanzó sobre el hacha (porque era un hacha), la sacó de debajo del banco donde estaba metida entre dos leños; allí mismo, sin salir, la sujetó del lazo, se metió las manos en los bolsillos y se marchó. ¡Nadie lo había visto! «Lo que no logra la razón, lo hace el diablo», pensó con una extraña sonrisa. Aquel golpe de fortuna le alentó mucho.

Se puso en camino sosegada y *gravemente*, sin apresurarse para no despertar sospechas. Apenas miraba a los transeúntes, incluso procuraba no mirarlos en absoluto a la cara y pasar desapercibido en lo posible. En esto se

acordó de su sombrero. «¡Dios mío. Anteayer tenía dinero y no se me ocurrió comprarme una gorra!». Y se le escapó una maldición desde el fondo del alma.

Al lanzar fortuitamente una mirada de reojo hacia una tienda vio que el reloj de pared marcaba ya las siete y diez. Tenía que apresurarse y, al mismo tiempo, dar un rodeo para llegar a la casa por el lado opuesto…

Antes, cuando trataba de imaginarse todo aquello, pensaba a veces que tendría mucho miedo. Pero ahora no sentía mucho miedo, incluso no sentía miedo alguno. En ese momento ocupaban su mente pensamientos distantes y fugaces. Al pasar cerca del jardín de Yusúpov se le ocurrió que sería bueno construir grandes fuentes cuyos surtidores refrescaran todas las glorietas. Poco a poco llegó a la conclusión de que sería magnífico y muy útil para la ciudad ampliar el Jardín de Verano a todo el Campo de Marte y hasta unirlo con el parque del palacio Mijáilovski. Luego despertó de pronto su interés la idea de que por qué tiende la gente de las grandes ciudades, y no sólo por necesidad, a vivir y ubicarse en los barrios donde no hay jardines ni fuentes, donde hay lodo, hedor y porquería. Esto le trajo a la memoria sus propios paseos por la plaza Sennáia y volvió momentáneamente a la realidad. «¡Qué estupideces! —se dijo—. ¡Lo mejor es no pensar en nada!».

«Quizá se aferren así, mentalmente, los que van al patíbulo a los objetos que se cruzan en su camino», fue otro pensamiento que le pasó por la cabeza, pero fugaz como un relámpago, y que él mismo se apresuró a rechazar… Pero, ya estaba cerca: aquélla era la casa, aquél era el portal. Un reloj dio una campanada en algún sitio. «¿Cómo? ¿Las siete y media ya? ¡Imposible! ¡Irá adelantado!».

Por suerte, no tuvo ningún tropiezo para entrar. Es más: como si fuera adrede, en ese mismo instante se metía por la puerta cochera un enorme carro con una enorme carga de

paja que le ocultó todo el tiempo mientras pasaba bajo la bóveda. A la vez que el carro desembocaba en el patio, Raskólnikov aprovechó para deslizarse hacia la derecha. Allá, al otro lado del carro, se oían gritos y voces de gente que discutía, pero nadie se fijó en él ni se cruzó con nadie. En ese momento, muchas de las ventanas que daban al inmenso patio cuadrado estaban abiertas, pero él no levantó la cabeza: no tenía fuerzas para ello. La escalera de la vieja estaba cerca, a la derecha nada más salir de bajo la bóveda. Y él se encontraba ya en la escalera.

Respiró hondo, se llevó una mano al corazón que le latía con fuerza, palpó y enderezó el hacha y empezó a subir, cautelosa y silenciosamente, prestando oído a cada instante. Pero, también la escalera se hallaba desierta entonces; todas las puertas estaban cerradas; no se encontró con nadie. Cierto que en la segunda planta había un piso vacío, con la puerta abierta de par en par, donde trabajaban unos pintores; pero, ellos, ni siquiera lo miraron. Se detuvo un momento, reflexionó y siguió adelante. «Habría sido preferible que no estuvieran aquí; pero…, todavía hay dos plantas entre medias».

Había llegado a la cuarta planta: allí estaba la puerta y el piso de enfrente, desocupado. En la tercera planta, el piso situado justo debajo del de la vieja también parecía estar vacío: no se veía la tarjeta de visita clavada en la puerta, señal de que los inquilinos se habían mudado. Se ahogaba. Por un instante se preguntó: «¿Y si me marchara?». Pero, sin contestarse, se puso a escuchar en la puerta de la vieja. El silencio era absoluto. Luego volvió a escuchar un buen rato, con mucha atención, si rebullía algo en la escalera…, miró en torno por última vez, se estiró, se retocó la ropa, comprobó de nuevo si estaba bien colgada el hacha. «¿No estaré muy pálido? —pensó—. ¿No se me notará muy

nervioso? Es mujer desconfiada… ¿No debería esperar un poco más… hasta que se me calme el corazón?».

Pero el corazón no se le calmaba. Al contrario, como si fuese adrede, latía con mayor y mayor violencia… Incapaz de aguantar más, adelantó lentamente la mano hacia la campanilla y llamó. Al medio minuto llamó de nuevo, con más fuerza.

Nadie contestó. No tenía sentido ni era conveniente llamar otra vez. La vieja se hallaba en casa, por supuesto, pero era recelosa y estaba sola. Conociendo en parte sus costumbres, volvió a pegar el oído a la puerta. Ya fuera porque tenía los sentidos muy agudizados (cosa poco probable) o porque, en efecto, el rumor era muy perceptible, el caso es que percibió de pronto como el roce cauteloso de una mano en el picaporte de la cerradura y el susurro de un vestido contra la puerta. Alguien estaba disimuladamente junto a la cerradura, escuchando desde dentro lo mismo que él desde fuera y, al parecer, también con el oído pegado a la puerta…

Rebulló un poco, a propósito, y masculló algo en voz más alta para no dar la impresión de que se ocultaba; luego llamó por tercera vez, pero ponderadamente, sin estrépito ni impaciencia. Más tarde, al recordar aquel minuto que había quedado grabado en su memoria para siempre con toda nitidez, no lograba explicarse de dónde había sacado tanta astucia, sobre todo teniendo en cuenta que su mente parecía ofuscarse por momentos y apenas tenía conciencia de su cuerpo… Poco después oyó que descorrían el cerrojo.

VII



GUAL que la vez anterior, la puerta sólo se entreabrió una rendija y dos ojos penetrantes y suspicaces se clavaron en él desde la oscuridad. Raskólnikov se desconcertó y estuvo a punto de cometer un grave error.

Temeroso de que la vieja se asustara al verlo solo y de que su aspecto no la tranquilizara, agarró la puerta y tiró de ella por si se le ocurría a la vieja volver a cerrarla. Al darse cuenta, ella no lo intentó, pero tampoco soltó el picaporte de la cerradura, de modo que Raskólnikov estuvo a punto de sacarla al descansillo con la puerta. Viendo que seguía plantada en el hueco sin dejarle paso, fue derecho a ella. La vieja se apartó, asustada, y quiso decir algo, pero al parecer no pudo y se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Buenas tardes, Aliona Ivánovna —comenzó Raskólnikov con la mayor desenvoltura que pudo; pero le falló la voz, que se le quebró temblorosa—. Le he traído… una prenda… Pero, mejor será que nos acerquemos ahí… a la luz… —Y, apartándola, se coló en el cuarto sin esperar su invitación.

La vieja corrió tras él, ya suelta la lengua.

—¡Dios santo! Pero, ¿qué quiere?… ¿Quién es usted? ¿Qué se le ofrece?

—¡Pero, Aliona Ivánovna! Si me conoce usted. Soy Raskólnikov… Mire: le he traído la prenda de que le hablé el otro día… —y alargó el envoltorio.

La vieja apenas si lo miró de soslayo y enseguida clavó sus ojos en los del inesperado visitante. Le observaba con atención, malevolencia y suspicacia. Transcurrió cosa de un minuto y a él le pareció discernir en aquella mirada algo semejante a la burla, como si la vieja lo hubiera adivinado ya todo. Notó que se desconcertaba, que casi le entraba miedo, tanto miedo que, de haber seguido ella mirándolo así medio minuto más, sin decir ni una palabra, habría salido huyendo.

—¿Por qué me mira como si no me conociera? —preguntó de pronto, también con inquina—. Si lo quiere, lo coge; si no, iré a otra parte. Tengo prisa.

No pensaba decir eso, pero le había salido así de pronto.

La vieja se rehízo y el tono resuelto del visitante pareció animarla.

—¿Qué te ha entrado de pronto, *bátiushka*?… ¿Qué es esto? —preguntó mirando el envoltorio.

—Una pitillera de plata: ya se lo dije la vez pasada.

La vieja adelantó la mano.

—¿Cómo está tan pálido? ¡Pero, si le tiemblan las manos! ¿Es que ha estado bañándose, *bátiushka*?

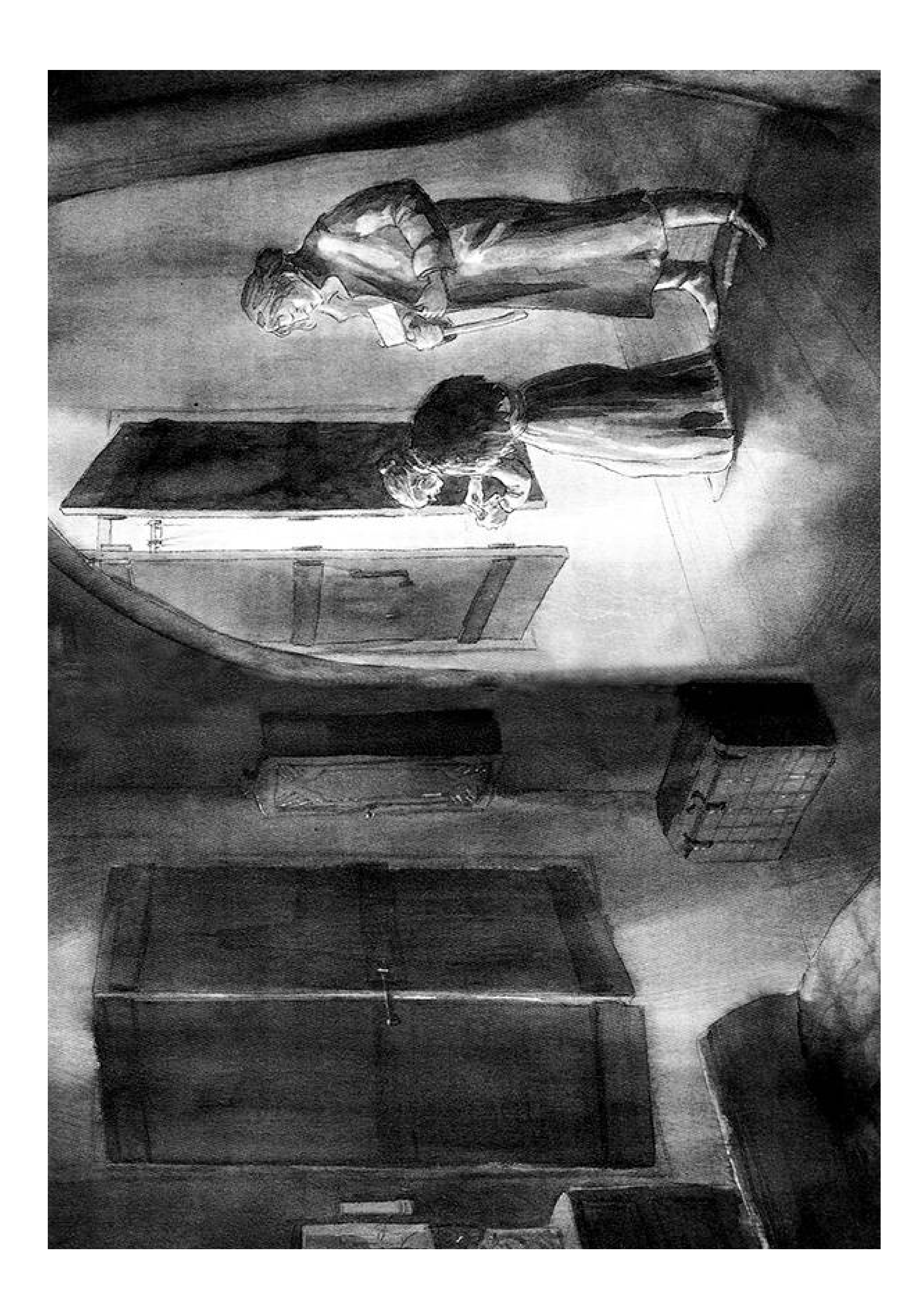
—Es cosa de la fiebre —contestó entrecortadamente—. Cualquiera se pone pálido aunque no quiera… si no tiene qué comer —añadió sin articular apenas las palabras. Las fuerzas le abandonaban de nuevo. Pero la respuesta era verosímil; la vieja tomó la prenda.

—¿Qué es? —preguntó, observando de nuevo a Raskólnikov con atención y sopesando la prenda.

—Un objeto… una pitillera… de plata… mírela.

—Pues, no parece que sea de plata… ¡Y vaya si la ha envuelto bien!

Tratando de desatar el bramante y vuelta hacia la ventana, hacia la luz (tenía todas las ventanas cerradas a pesar del calor), se desentendió de él por unos segundos y le volvió la espalda. Raskólnikov se desabrochó el abrigo y liberó el hacha del nudo, pero sin sacarla del todo, limitándose a sostenerla con la mano derecha debajo de la ropa. Tenía una tremenda flojedad en los brazos y notaba cómo se le entumecían y anquilosaban por momentos. Temía que el hacha se le escapara de las manos y cayera al suelo… De pronto, notó una especie de vértigo.





—¡Vaya una manera de envolver! —gritó la vieja contrariada con intención de volverse hacia él.

No se podía perder ni un momento más. Raskólnikov extrajo del todo el hacha, la enarboló con ambas manos, apenas consciente de lo que hacía, y casi maquinalmente, apenas sin esfuerzo, la descargó en la cabeza por el lado de la pala. Estaba como desfallecido; pero, en cuanto descargó el hacha, renacieron sus fuerzas.

Como de costumbre, la vieja no llevaba nada a la cabeza. Sus escasos cabellos, rubios y entrecanos, muy untados de grasa, estaban trenzados en una coleta parecida a una cola de ratón y recogidos en la nuca bajo los restos de un peinecillo de concha. El golpe había pegado en lo alto del cráneo debido a su escasa estatura. Lanzó un grito, pero muy débil, y se desplomó de golpe, aunque todavía tuvo tiempo de levantar ambas manos hacia la cabeza. En una de ellas tenía aún agarrada la «prenda». Entonces Raskólnikov golpeó una vez más, y otra, siempre con la pala del hacha, siempre en lo alto del cráneo. Brotó la sangre, como de un vaso volcado, y el cuerpo cayó de espaldas. Él retrocedió, dejó que cayera del todo y enseguida se inclinó sobre su cara; ya estaba muerta. Tenía los ojos abultados, como si fueran a salírsele de las órbitas, y la frente y todo el rostro arrugados y contraídos por una convulsión.

Raskólnikov dejó el hacha en el suelo, junto a la muerta, y, procurando no mancharse de sangre, se puso a rebuscar en un bolsillo, el mismo bolsillo del lado derecho de donde la vieja había sacado las llaves la vez anterior. Raskólnikov estaba en su sano juicio, no sentía confusión ni vértigo, pero aún le temblaban las manos. Más tarde recordaría que había puesto mucha atención y cuidado, procurando no mancharse… Enseguida sacó las llaves; como entonces, estaban en una anilla de acero, formando un manojo. Corrió con ellas al dormitorio. Era una habitación muy reducida,

con una enorme urna llena de iconos. En la pared opuesta había una cama grande, muy pulcra, cubierta por un edredón de retales de seda. En la tercera pared estaba la cómoda. Le ocurrió algo extraño: en cuanto empezó a probar las llaves en la cerradura de la cómoda, nada más oír su tintineo, le pareció que un escalofrío le recorría el cuerpo. Súbitamente, volvió a sentir el impulso de dejarlo todo y escapar. Pero, sólo fue un instante. Ya era tarde para marcharse. Incluso se dirigió una sonrisa irónica cuando le asaltó otra idea inquietante: la vieja podía estar viva todavía y aún podía recobrar el sentido. Dejando las llaves y la cómoda, corrió hacia donde se encontraba el cuerpo, agarró el hacha y la enarboló otra vez sobre la vieja, pero no la descargó. No cabía duda de que estaba muerta. Al inclinarse y observarla más de cerca, vio claramente que tenía el cráneo partido e incluso un poco desplazado. Iba a tocarla con un dedo, pero retiró la mano; además, la cosa era evidente. Entre tanto, la sangre había formado ya un charco. En esto advirtió que la vieja llevaba un cordón al cuello y tiró de él, pero el cordón era fuerte y no se rompía; además, estaba impregnado de sangre. Probó a sacarlo por el escote del vestido, pero algo lo retenía y se quedaba atascado. En su impaciencia, iba a levantar de nuevo el hacha para cortar el cordón allí mismo, sobre el cuerpo, desde arriba, pero no se atrevió. Finalmente, al cabo de un par de minutos de forcejeo, después de manchar el hacha y mancharse las manos, cortó el cordón sin rozar el cuerpo con el hacha y tiró de él. No se había equivocado: del cordón colgaban, además de dos crucifijos —uno de madera de ciprés y otro de cobre —, una medallita de porcelana, una pequeña bolsa mugrienta, de ante, con borde y argolla de acero. La bolsa estaba repleta. Raskólnikov se la guardó en el bolsillo, sin mirarla, dejó las cruces sobre el pecho de la vieja y volvió corriendo al dormitorio, esta vez con el hacha en la mano.

Con una precipitación espantosa agarró las llaves y empezó a probarlas, pero sin resultado: no entraban en las cerraduras. No tanto por el temblor de las manos, sino por lo ofuscado que estaba, veía que una llave no podía encajar allí, y seguía probando. De pronto se acordó y cayó en la cuenta de que la llave grande de las muescas que estaba allí con las otras pequeñas no podía ser en modo alguno de la cómoda (como se le había ocurrido la vez anterior), sino de algún cofre y que quizá estuviera todo escondido en ese cofre. Se desentendió de la cómoda y enseguida rebuscó debajo de la cama, a sabiendas de que las viejas suelen guardar allí los cofres. Así era: allí había un cofre bastante grande, de más de un *arshin*[48] de largo, con la tapa abombada, revestido de tafilete rojo y claveteado de acero. La llave de las muescas lo abrió sin ninguna dificultad. Encima de todo, y recubierto con una sábana blanca, había un abrigo de piel de liebre con vueltas de raso rojo; debajo del abrigo, un vestido de seda, un chal y luego, en el fondo, sólo parecía haber pingos. Ante todo, se limpió las manos manchadas de sangre en el raso rojo. «Es rojo, y en lo rojo no se notará la sangre», se dijo, pero de repente cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo. «¡Dios santo! ¿Es que me he vuelto loco?», pensó asustado.

Sin embargo, no hizo más que remover un poco la ropa cuando se deslizó un reloj de oro de debajo del abrigo. Se puso a revolverlo todo. En efecto, entre la ropa había objetos de oro —pulseras, pendientes, alfileres, etc.—, probablemente empeñados todos, con el plazo vencido en unos casos y en otros no. Unos estaban en estuches y otros envueltos sencillamente en papel de periódico, pero esmerada y cuidadosamente, en hojas dobles, y atados con cintas. Al instante se puso a llenar con ellos los bolsillos del pantalón y del gabán, sin examinarlos y sin abrir los

envoltorios ni los estuches; pero, no le dio tiempo de coger muchos…

De pronto oyó pasos en la habitación donde se hallaba la vieja. Se detuvo y se quedó quieto como un muerto. Pero, todo estaba en silencio, de modo que había sido una figuración suya. Sin embargo, oyó un breve grito, como si alguien hubiese gemido ahogada y entrecortadamente, callándose enseguida. Luego se hizo de nuevo el silencio absoluto durante un minuto o dos. En cuclillas junto al cofre, él esperaba sin respirar apenas, pero de repente se incorporó de un salto, agarró el hacha y salió corriendo del dormitorio.

En medio de la habitación estaba Lizaveta, con un gran envoltorio entre los brazos, blanca como la pared y aparentemente sin fuerzas para gritar, contemplando estupefacta a su hermana muerta. Al verlo entrar de sopetón se puso a temblar como la hoja en el árbol, con todo el rostro convulsionado. Levantó una mano, quiso abrir la boca, pero no llegó a gritar y se fue alejando de él, lentamente, de espaldas, hacia un rincón, mirándolo fijamente a la cara pero siempre sin gritar, como si le faltara aliento para ello. Raskólnikov se abalanzó sobre ella con el hacha: los labios de la mujer se contrajeron con expresión tan lastimera como la de los niños cuando algo empieza a asustarles y ellos, a punto de gritar, miran fijamente el objeto que los asusta. La desdichada Lizaveta era tan simple, estaba tan acogotada y atemorizada de toda la vida, que ni siquiera levantó un brazo para protegerse el rostro, aunque ése hubiera sido el gesto más imperiosamente natural en ese instante porque el hacha se alzaba justo delante de su cara. Se limitó a levantar la mano izquierda, que tenía libre, ni siquiera a la altura del rostro, y adelantarla lentamente hacia él, como apartándolo. El hachazo, asestado con el filo, le dio de pleno en el cráneo y le partió de golpe toda la parte superior de la

frente, casi hasta la coronilla. Se desplomó de una pieza. Sin poderse controlar, Raskólnikov agarró el bulto, lo volvió a soltar y escapó hacia el recibimiento.

El terror iba dominándolo más y más, sobre todo después de aquel segundo asesinato, totalmente inesperado. Quería huir de allí cuanto antes. Y si en aquel momento se hubiera hallado en condiciones de analizar las cosas y razonar; si hubiera podido imaginar todas las dificultades, el horror y la incoherencia de su situación desesperada, percatándose además de cuántos obstáculos y cuántas atrocidades tendría que superar y cometer aún para escapar de allí y llegar a su casa, es muy probable que lo hubiera abandonado todo y se hubiera entregado a la justicia; y ni siquiera por miedo, sino por el horror y la repugnancia que le inspiraba lo que había hecho. La repugnancia, sobre todo, se alzaba y crecía dentro de él a cada minuto. Por nada del mundo habría vuelto ahora hacia el cofre ni a la habitación.

Empezaba a embargarle paulatinamente cierto aturdimiento o incluso algo así como un espejismo: había momentos en que parecía inhibirse o, mejor dicho, olvidarse de lo esencial para fijarse en los pormenores. Sin embargo, al asomarse a la cocina y ver un cubo medio lleno de agua encima de un banco se le ocurrió la idea de lavarse las manos y lavar el hacha. Tenía las manos manchadas de sangre y pegajosas. Metió la cabeza del hacha en el agua, cogió un trozo de jabón que había sobre el poyo de la ventana en un platillo desportillado y empezó a lavarse las manos en el cubo. Cuando las tuvo limpias, sacó el hacha, lavó la parte metálica y luego estuvo un buen rato, unos tres minutos, relavando el mango de madera en los sitios ensangrentados e incluso frotando la sangre con jabón. Después lo enjugó todo con la ropa puesta a secar en una cuerda que cruzaba la cocina y estuvo mucho tiempo examinando el hacha junto a la ventana. No quedaban

huellas; únicamente el mango estaba todavía húmedo. Colgó con cuidado el hacha del lazo, debajo del gabán, y pasó a inspeccionar el propio gabán, el pantalón y las botas, en la medida que se lo permitía la escasa claridad de la cocina. Exteriormente y a primera vista, no parecía que hubiera nada. Sólo las botas tenían algunas manchas. Mojó un trapo y las frotó con él. Aunque sabía que la poca luz no le permitía ver bien y quizá hubiera algo que saltaba a la vista y él no discernía. Se detuvo, absorto, en medio del cuarto. En su interior cobraba cuerpo una idea angustiosa y tétrica: la idea de que enloquecía y en ese instante era incapaz de razonar, de defenderse, incluso que quizá no debería hacer lo que estaba haciendo... «¡Dios mío! ¡Tengo que huir, huir!», murmuró, y corrió al recibimiento. Pero allí le esperaba un sobresalto como no había experimentado nunca.

Se quedó quieto, sin dar crédito a lo que veía: la puerta, la puerta exterior que daba del recibimiento al descansillo, la misma a la que él había llamado hacía un rato y por la que había entrado, no estaba cerrada, sino entreabierta cosa de un palmo. ¡Todo el tiempo, durante todo ese tiempo, no había estado cerrado el cerrojo, ni siquiera echado el pestillo! Cuando él entró, la vieja no lo hizo, quizá por precaución. ¡Pero, Dios! ¿No había visto luego a Lizaveta? ¿Cómo no cayó en la cuenta de que de alguna manera había entrado, de que no se había filtrado por las paredes?

Corrió a la puerta y echó el cerrojo.

—Pero, no. ¡Tampoco es eso! Lo que debo hacer es marcharme de aquí, marcharme…

Descorrió el cerrojo, abrió la puerta y prestó oído a los ruidos de la escalera.

Estuvo escuchando largo rato. Allá lejos, abajo, probablemente junto a la puerta cochera, dos voces chillonas se desgañitaban, riñendo y blasfemando. «¿Qué

les pasará?…». Esperó pacientemente. Por fin se hizo el silencio de golpe: cada cual había tirado por su lado. Raskólnikov se disponía a salir ya cuando se abrió estrepitosamente una puerta un piso más abajo y alguien se puso a descender la escalera canturreando. «¡Cuánto ruido arman todos!», pensó. De nuevo cerró la puerta y esperó. Todo quedó en silencio: no había ni un alma. Iba a salir al descansillo cuando se escucharon otra vez los pasos de alguien.

Oyó aquellos pasos desde muy lejos, desde el arranque de la escalera, pero luego habría de recordar muy bien y con toda nitidez que desde el primer momento sospechó, sin saber la razón, que se dirigían precisamente *allí*, a la cuarta planta, a casa de la vieja. ¿Por qué? ¿Acaso resonaban de un modo especial, significativo? Eran pasos recios, rítmicos, pausados. *Él* había llegado ya a la primera planta, seguía subiendo; ¡cada vez se le oía más! Se escuchaba su profundo jadeo. Llegaba ya a la tercera planta. ¡Venía allí! De súbito tuvo la impresión de que se quedaba anquilosado, de que estaba viviendo uno de esos sueños en que le persiguen a uno desde muy cerca, le quieren matar, y uno está como clavado en el sitio y ni siquiera puede mover los brazos.

Por fin, cuando el visitante emprendió la subida a la cuarta planta, se recobró de pronto, tuvo tiempo de retroceder rápida y ágilmente al interior del piso y cerrar la puerta. Luego agarró el pestillo y lo echó despacito y sin hacer ruido. Todos sus movimientos, se los dictaba el instinto. Terminado todo esto, se quedó pegado a la puerta, conteniendo la respiración. El inoportuno visitante también estaba ya en el descansillo. Ahora se encontraban el uno frente al otro, como se habían encontrado antes la vieja y él, cuando la puerta los separaba y él prestaba oído.

El recién llegado resopló varias veces con fuerza. «Debe de ser grueso y alto», pensó Raskólnikov apretando el hacha con la mano. En efecto, todo aquello parecía enteramente un sueño. El visitante empuñó la campanilla y tiró con fuerza.

En cuanto se escuchó el sonido metálico de la campanilla, Raskólnikov tuvo como la impresión de que algo rebullía en el cuarto. Hasta el extremo de que prestó seriamente oído durante unos segundos. El desconocido llamó de nuevo, esperó otro poco y, perdida la paciencia, se puso a zarandear con todas sus fuerzas el tirador de la puerta. Raskólnikov contempló con horror el pestillo, que bailaba en el pasador, a punto de saltar. La cosa parecía posible de tanto como lo sacudían. Tuvo la intención de sujetarlo con la mano, pero *aquél* podía darse cuenta. Le rondaba otro vértigo. «¡Me voy a caer!», le pasó por la mente, pero el desconocido se puso a hablar, y él se recobró inmediatamente.

—Pero ¿qué les pasa? ¿Es que están dormidas o las ha apiolado alguien? ¡Maldita sea! —rugió, como si hablase dentro de un tonel—. ¡Eh, Aliona Ivánovna, vieja arpía! ¡Lizaveta Ivánovna, preciosidad! ¡Abran ustedes! Pero, maldita sea, ¿es que están dormidas?

Y, frenético, volvió a tirar de la campanilla con todas sus fuerzas lo menos diez veces seguidas. Desde luego, se trataba de un hombre de genio y visita habitual de la casa.

En ese preciso instante resonaron unos pasos menudos y presurosos cerca de allí, en la escalera. Se acercaba alguien más. Al principio, Raskólnikov no le había oído.

—¿Es que no hay nadie? —inquirió con voz sonora y alegre el que llegaba, dirigiéndose al primer visitante que seguía tirando de la campanilla—. ¡Hola, Koch!

«A juzgar por la voz, debe de ser muy joven», calculó Raskólnikov.

—¡El demonio lo sabrá! Yo, casi he saltado el pestillo —contestó el llamado Koch—. Y usted, ¿de qué me conoce, vamos a ver?

—¡Vaya hombre! Pero, si anteayer le gané tres partidas de billar seguidas en el *Hambrinus*…

—¡Ah!…

—De manera que no están, ¿eh? ¡Qué raro! Y absurdo hasta más no poder. ¿A dónde habrá ido la vieja? A mí me trae un asunto.

—Y también a mí, *bátiushka*.

—Entonces, ¿qué hacer? Supongo que dar media vuelta. Es un fastidio. Yo pensaba pedirle algún dinero —exclamó el joven.

—Habrá que dar media vuelta, claro. Pero, ¿por qué cita a la gente? Porque fue ella, la muy bruja, la que me dio hora. Y a mí, esto me pilla a trasmano. Lo que no entiendo es dónde demonios andará. La bruja se pasa aquí el año, quejándose de que le duelen las piernas, y de repente le da por marcharse de juerga.

—¿Y si le preguntásemos al *dvornik*?

—¿Preguntarle qué?

—Pues, a dónde ha ido y cuándo volverá.

—¡Hum! Preguntar… Pero, demonios, ¡si ella no va nunca a ninguna parte! —Y otra vez sacudió con violencia el tirador—. ¡Demonios! No habrá más remedio que marcharse.

—¡Un momento! —gritó de pronto el joven—. Fíjese cómo se mueve la puerta cuando se tira de ella.

—¿Y qué?

—Pues, que no está cerrada con llave, sino sólo con el pestillo. ¿Oye usted cómo traquetea?

—¿Y qué?

—¿Cómo no lo entiende? Eso es que alguna de ellas está en casa. Si se hubieran marchado las dos, habrían cerrado con llave por fuera y no con pestillo por dentro. Pero, fíjese

cómo se mueve el pestillo. Y, para echarlo, hace falta estar dentro de casa, ¿comprende? De manera que están en casa, pero no abren.

—¡Oiga, pues es verdad! —exclamó Koch sorprendido—. Entonces ¿qué están haciendo? —Y se puso a zarandear frenéticamente la puerta.

—¡Aguarde! —volvió a gritar el joven—. ¡No tire de la puerta! Algo raro pasa aquí… Usted ha llamado, ha zarandeado la puerta, y no abren. Lo que significa que, o se han desmayado las dos o…

—¿O qué?

—Mire, vamos a buscar al *dvornik* y que las despierte él.

—De acuerdo.

Los dos se dispusieron a bajar.

—¡Espere! Quédese usted aquí mientras yo bajo de una carrera en busca del *dvornik*.

—¿Para qué voy a quedarme?

—Por si acaso.

—Quizá tenga razón…

—Es que yo estoy preparándome para juez de instrucción y aquí es evidente, e-vi-den-te, que algo no encaja —lanzó acaloradamente el joven, y corrió escaleras abajo.

Koch se quedó, tiró otra vez del cordón, ligeramente —sonó un solo campanillazo—, y luego movió el picaporte como si observara y analizara el fenómeno, tirando de la puerta y soltándola para persuadirse de nuevo de que sólo estaba cerrada con pestillo. Después se agachó, resoplando, y se puso a mirar por el ojo de la cerradura, pero la llave estaba puesta por dentro, de modo que no se podía ver nada.

Raskólnikov seguía en una especie de delirio, con el hacha en la mano. Estaba dispuesto incluso a luchar con ellos si entraban. Mientras estuvieron llamando al piso y hablando entre ellos, se le ocurrió varias veces terminar con

todo aquello de golpe y ponerse a gritar. Hubo momentos en que estuvo tentado de empezar a insultarles y a mofarse de ellos mientras no lograran abrir. «¡A ver si termina esto de una vez!», le cruzó por la mente.

Pasaba el tiempo —un minuto, otro— y nadie venía. Koch empezó a dar señales de impaciencia.

—¡Pero, demonios!… —exclamó al fin, abandonó su puesto de guardia y también echó escaleras abajo, presuroso, haciendo retemblar los peldaños bajo sus botas. Se extinguió el ruido de sus pasos.

—¿Qué hacer, Dios mío?

Raskólnikov descorrió el pestillo, entreabrió la puerta y, al no oír nada, salió sin pararse a reflexionar, encajó la puerta lo mejor que pudo y también empezó a bajar.

Había descendido ya tres tramos cuando más abajo estalló una escandalera. ¿Dónde se podría meter? No había ningún lugar para esconderse. Estuvo a punto de escapar escaleras arriba, hacia el piso de la vieja.

—¡Eh, tú, demonio! ¡A ése!

Alguien salió disparado de uno de los pisos inferiores y, más que bajar, se tiró por las escaleras gritando a voz en cuello:

—¡Mitka! ¡Mitka! ¡Mitka! ¡Mitka! ¡Así te lleve el diablo! —oyó.

El grito terminó en un chillido agudo, cuyas últimas vibraciones llegaban ya del patio, y todo quedó en silencio. Pero, en ese mismo instante, varias personas empezaron a subir la escalera armando ruido, hablando fuerte y atropelladamente. Raskólnikov pudo discernir la voz sonora del joven. «¡Son ellos!».

Presa de una total desesperación, fue derecho hacia ellos y ¡que pasara lo que pasara! Si le obligaban a detenerse, todo estaba perdido; si le dejaban pasar, también estaba todo perdido porque se acordarían de su aspecto. Ya se

acercaban; sólo estaban separados por un tramo de escalera cuando encontró inesperadamente la salvación. Unos peldaños más abajo, a la derecha, había un piso vacío con la puerta abierta. Era el piso de la segunda planta donde había visto a unos obreros pintando y que, por suerte, ahora no estaban. Seguramente fueron ellos los que bajaron antes con tantos gritos. El suelo estaba recién pintado y en medio de una habitación había un cubo y un recipiente de barro con pintura y una brocha. En un instante se coló por la puerta abierta y se ocultó tras un saliente de la pared, justo a tiempo porque los otros llegaban ya al descansillo, pero pasaron de largo y continuaron su ascensión hacia la cuarta planta hablando a voces. Raskólnikov aguardó un momento, salió de puntillas y bajó a la carrera.

No había nadie en la escalera ni tampoco en el portal. Pasó rápidamente bajo la bóveda y, ya en la calle, torció a la izquierda.

Sabía muy bien, lo sabía a la perfección, que los otros se hallaban ya frente al piso de la vieja, que se habrían asombrado al encontrar la puerta abierta, cuando poco antes estaba cerrada, que estarían viendo ya los cadáveres y que antes de un minuto habrían adivinado y tendrían la total convicción de que el asesino acababa de estar allí, pero tuvo tiempo de esconderse en algún sitio, de escabullirse por delante de ellos; habrían adivinado, quizá, que se escondía en el piso vacío mientras ellos subían. Sin embargo, se obligó a no apresurarse demasiado, aunque todavía le faltaba un centenar de pasos para llegar a la primera esquina. «¿Y si me metiera en cualquier puerta cochera y esperase en una escalera extraña? No; no es una solución. ¿Y si tirara el hacha en cualquier parte? ¿Y si tomara un coche de punto? ¿Qué hacer, Señor, qué hacer?».

Por fin llegó a la esquina y enfiló la otra calle, más muerto que vivo. Allí estaba salvado a medias, y así lo comprendió:

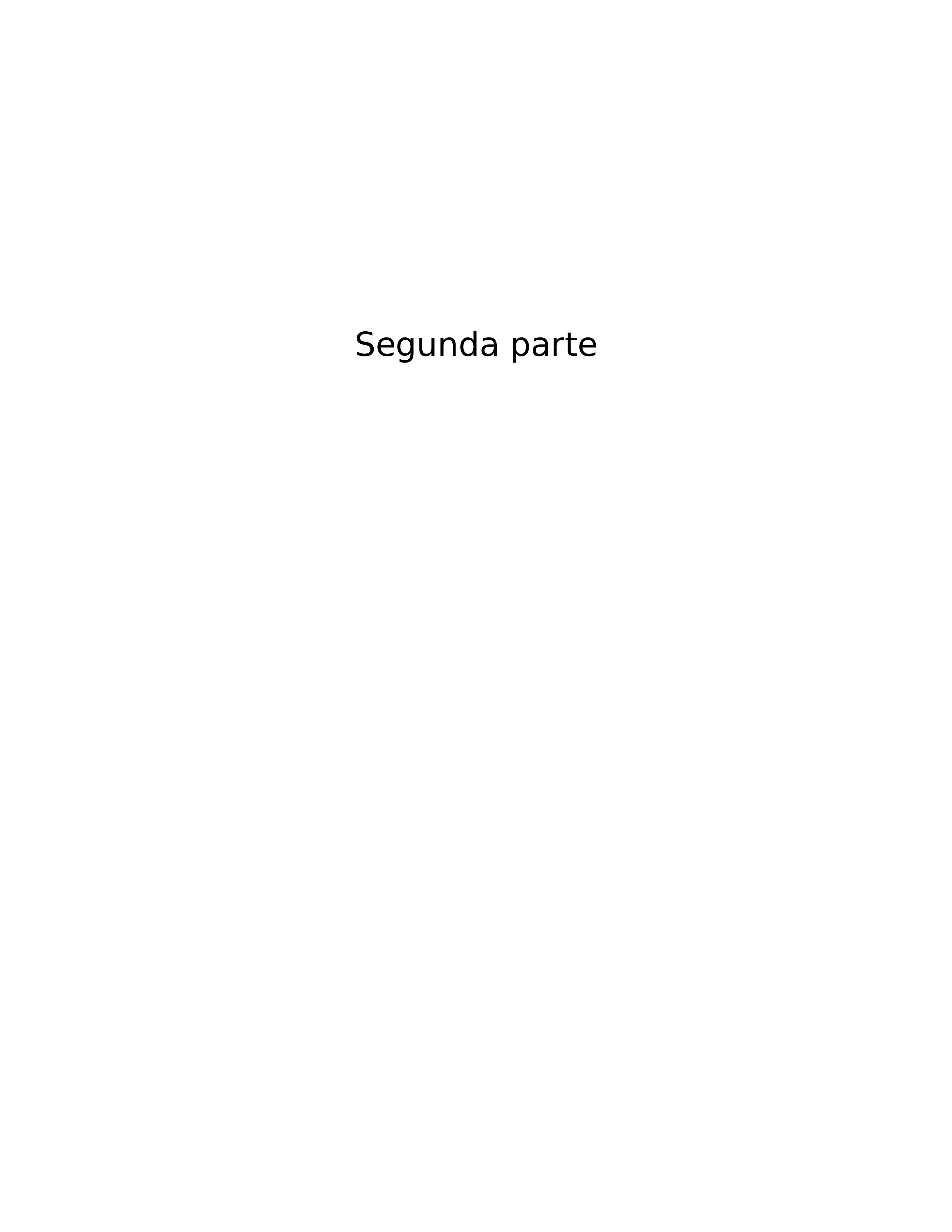
resultaba menos sospechoso y, como era un lugar muy concurrido, se perdía entre la gente como un grano de arena. Pero sus tribulaciones le habían agotado tanto que apenas podía moverse. Sudaba a chorros y tenía el cuello todo mojado. «¡Buena la has agarrado!», le gritó alguien cuando llegó a la orilla del canal.

Ahora no estaba plenamente consciente, y su confusión iba en aumento. Sin embargo, más tarde recordó que, cuando desembocó en el canal, se sobresaltó al comprobar que allí había mucha menos gente y no pasaría tan desapercibido; estuvo a punto de dar media vuelta. Aunque apenas podía sostenerse, dio un rodeo y llegó a su casa desde una dirección totalmente distinta.

Tampoco estaba del todo consciente cuando se metió por la puerta cochera de su casa; por lo menos, estaba ya en su escalera cuando se acordó del hacha. Sin embargo, aún le quedaba una cosa muy importante que hacer: dejar el hacha en su sitio con el mayor sigilo posible. Por supuesto, ya no tenía fuerzas para pensar en que quizá fuera mucho mejor para él no dejar el hacha en el sitio de antes, sino tirarla, aunque más tarde, en algún otro patio.

No obstante, todo salió bien. La puerta del cuchitril estaba cerrada, pero no con llave, lo que significaba que el *dvornik se* encontraría probablemente dentro. Pero Raskólnikov había perdido hasta tal punto la capacidad de razonar, que fue derecho a ella y la abrió. Si el hombre le hubiera preguntado «¿Qué desea?» es posible que le hubiera entregado el hacha sin más. Pero no estaba, y Raskólnikov pudo dejar el hacha donde la había cogido, debajo del banco, e incluso medio oculta por un leño, como entonces. Luego, hasta llegar a su cuarto, no encontró a nadie, ni a un alma; la puerta de la patrona estaba cerrada. Nada más entrar en su habitación, se tiró en el sofá, vestido y todo. No dormía, sino que estaba como aletargado. Si

alguien hubiera entrado entonces, se habría levantado de golpe, gritando. Le bullían en la mente retazos y jirones de ideas; pero, por mucho que se esforzaba, no podía aferrarse a ninguna, no podía fijarse en ninguna…



Segunda parte

I



SÍ permaneció tendido mucho tiempo. A ratos parecía despertar, y entonces advertía que era ya de noche, pero no se le ocurrió levantarse. Por fin se dio cuenta de que había claridad. Yacía en el sofá, postrado aún por el reciente letargo. De la calle llegaban a golpearle espantosos gritos estentóreos que eran, por otra parte, los que escuchaba cada noche debajo de su ventana hacia las tres de la madrugada[49]. Ahora le habían despertado. «¡Ah! Ya salen los borrachos de las tabernas. Serán más de las dos —pensó, y se incorporó de golpe, como impelido por alguna fuerza ajena—. ¿Cómo? ¡Más de las dos!». Se sentó en el sofá y entonces lo recordó todo. En un instante le volvió todo a la memoria.

En el primer momento, creyó que iba a enloquecer. Le embargó un frío espantoso. Pero ese frío era también debido a la fiebre que se había declarado hacía ya tiempo, mientras estaba dormido. Ahora le acometió tal escalofrío que casi se le saltaron los dientes y le temblaba todo el cuerpo. Abrió la puerta y prestó oído: todo dormía en la casa. Contemplaba y recorría el cuarto con la vista, asombrado de que la víspera, al entrar, no echó el pestillo y se arrojó en el sofá, no sólo sin desnudarse, sino sin haberse quitado siquiera el sombrero, que se había deslizado hasta el suelo y ahora estaba allí tirado, junto a la almohada. «Si hubiera entrado alguien,

¿qué habría pensado? Que estaba borracho, pero…». Corrió a la ventana. Había bastante claridad y, a toda prisa, se pasó revista de pies a cabeza, inspeccionó toda su vestimenta, por si había alguna huella. Pero, aquello no era suficiente: tiritando por los escalofríos, empezó a quitarse cuanto llevaba puesto y a mirarlo por todos los lados. Lo repasó todo, hasta la última hebra, hasta el último jirón, y repitió el examen tres veces porque no se fiaba de sí mismo. Pero, al parecer, no había nada, ninguna huella; tan sólo en las perneras del pantalón, abajo, donde se habían tazado y colgaban unas hilachas, aparecían oscuras señales de sangre coagulada. Agarró una navaja plegable, bastante grande, y cortó las hilachas. Aparentemente, no había nada más. En esto se acordó de la bolsa y de los objetos que había sacado del cofre de la vieja y que aún estaban en sus bolsillos. ¡Hasta ese momento, no se le había ocurrido sacarlos y esconderlos! Ni siquiera se había acordado de ellos poco antes, al repasar la ropa. ¿Cómo era posible? Empezó a sacarlos febrilmente y amontonarlos encima de la mesa. Cuando terminó y volvió incluso los bolsillos del revés para cerciorarse de que no quedaba nada en ellos, trasladó aquel montón de cosas a un rincón. Allí, cerca del suelo, el papel que se había desprendido de la pared estaba desgarrado. Enseguida fue metiendo todo en aquel agujero, debajo del papel. «¡Ha cabido! Todo ha desaparecido, incluso la bolsa», pensó con alegría, ya incorporado y contemplando estúpidamente el rincón donde el papel desprendido abultaba todavía más. Se estremeció, horrorizado. «¡Dios mío! —murmuraba con desesperación—. ¿Qué me pasa? ¿Es ésta una manera de esconder nada? ¿A quién se le ocurre esconder así las cosas?».

Cierto que él no había contado con traer objetos: pensaba que sólo sería dinero, y por eso no había preparado un escondrijo de antemano. «Pero, ahora, ¿de qué me alegro

ahora? —pensaba—. ¿A quién se le ocurre esconder así las cosas? ¡De verdad que estoy perdiendo el juicio!». Se sentó en el sofá, extenuado, y al instante le sacudió de nuevo un insoportable escalofrío. Maquinalmente, alcanzó su viejo capote estudiantil de invierno, tirado allí cerca en una silla, que aunque era de bastante abrigo estaba ya hecho tiras, se tapó con él y perdió la noción de las cosas al sumirse nuevamente, de golpe, en el sueño y el delirio.

No habían transcurrido cinco minutos cuando volvió a levantarse de un salto y de nuevo se abalanzó, enajenado, hacia su ropa. «¿Cómo he podido dormirme otra vez cuando no hay nada hecho todavía? ¡Claro, ya lo sabía yo!: ¡no he quitado aún el lazo cosido a la sisa! Se me había olvidado. ¡Se me había olvidado una cosa así! ¡Una prueba como ésta!». Arrancó el lazo y, a toda prisa, se puso a partirlo en pedazos que iba metiendo debajo de la almohada, entre la ropa. «Unos trozos de lienzo roto no pueden de ningún modo inspirar sospechas. Me parece que todo está normal; me parece que sí», se decía, de pie en medio del cuarto y mirando a su alrededor, al suelo, a todas partes, con atención tan sostenida que resultaba dolorosa, por si se había olvidado de alguna otra cosa. Comenzaba a atormentarle de un modo insoportable la convicción de que le abandonaban todas sus facultades, incluso la memoria, incluso el simple raciocinio. «¿Será posible que empiece ya? ¿Será posible que llegue ya el castigo? Claro, claro, ¡eso es!». En efecto, las hilachas que había recortado del pantalón estaban tiradas en medio del cuarto para que las viera el primero que entrara. «Pero, ¿qué me pasa?», volvió a gritar como confundido.

Entonces le pasó por la imaginación la extraña idea de que quizá estuviera toda su ropa salpicada de sangre, de que quizá tuviese muchas manchas, sólo que él no las veía, no las encontraba, porque tenía la mente debilitada,

desvaída…, porque tenía el juicio ofuscado… De súbito recordó que también había sangre en la bolsa del dinero. «¡Vaya! Entonces, tiene que haber sangre en el bolsillo porque me guardé la bolsa cuando todavía estaba húmeda». De un tirón, le dio la vuelta al bolsillo y, en efecto, había manchas en el forro. «O sea, que todavía no he perdido el juicio del todo, que puedo razonar y conservo la memoria, puesto que yo mismo he caído en la cuenta y me he acordado —pensó con júbilo y exhaló un profundo suspiro de alivio—. Todo ha sido cosa de la debilidad causada por la fiebre, un delirio pasajero». Y arrancó todo el forro del bolsillo izquierdo del pantalón. En ese momento, un rayo de sol iluminó su pie izquierdo: le pareció ver algo en el calcetín que asomaba por la puntera de la bota. Se la quitó. «¡Claro que hay manchas! Toda la punta del calcetín está empapada de sangre». Se conoce que, por descuido, pisó aquel charco… «¿Y qué hago ahora con esto? ¿Dónde meto el calcetín, las hilachas, el forro del bolsillo?…».

Lo arrambló todo en el puño y se quedó en medio de la habitación. «¿Lo meto en la estufa? Pero, ahí es donde primero se pondrán a rebuscar. ¿Lo quemo? ¿Con qué? Ni siquiera tengo cerillas. No; lo mejor será ir a cualquier sitio y tirarlo todo. ¡Sí! Lo mejor es tirarlo —se repitió sentándose en el sofá—. Y ahora mismo, sin perder un instante». Pero, en lugar de hacerlo, volvió a recostar la cabeza en la almohada, volvió a sentirse helado por el insoportable escalofrío, volvió a taparse con el capote. Y durante mucho tiempo, durante varias horas, siguió rondándole a ratos la idea de que «debería ir a algún sitio, ahora mismo, sin demora, y tirarlo todo, para que desaparezca de mi vista; enseguida». Varias veces hizo intención de incorporarse en el sofá, quiso levantarse, pero ya no pudo. Le despertó definitivamente una fuerte llamada a su puerta.

—¡Pero, abre! ¿O es que te has muerto? Nada, que no hace más que dormir —gritaba Nastasia, aporreando la puerta con el puño—. Los días muertos se pasa durmiendo igual que un perro. ¡Como que es un perro! ¿Vas a abrir o qué? ¡Son ya las diez pasadas!

—Puede ser que no esté en casa —profirió una voz de hombre.

«¡Anda, pero si es el *dvornik*! ¿Qué querrá?».

Se incorporó bruscamente y quedó sentado en el sofá. El corazón le palpitaba con tanta fuerza que casi le hacía daño.

—Entonces, ¿quién ha echado el pestillo? —objetaba Nastasia—. Se conoce que ahora le ha dado por encerrarse. ¿Tendrá miedo de que alguien se lo lleve? ¡Abre, cabezota! ¡Despierta!

«¿Qué querrán? ¿Por qué habrá venido el *dvornik*? Eso es que lo han descubierto todo. ¿Abro o me resisto? A la buena de Dios…».

Se inclinó hacia delante, levantándose a medias, y descorrió el pestillo.

Su cuarto era tan exiguo que podía hacerlo sin abandonar el lecho.

En efecto, allí estaban el *dvornik* y Nastasia.

Nastasia le observaba de un modo extraño. Raskólnikov miró con aire retador e intrépido al *dvornik* que le tendió, sin decir palabra, un pliego gris doblado por la mitad y sellado con lacre.

—Una citación de la oficina —explicó luego.

—¿De qué oficina?…

—De la policía: que se presente en la oficina. ¿De qué oficina iba a ser?

—¡De la policía! ¿Para qué?

—¿Yo qué sé? Dicen que vaya, así que tiene que ir. —Le observó con atención, echó una mirada a su alrededor y dio media vuelta para marcharse.

—Parece que te has puesto malo de verdad —apuntó Nastasia, que no le quitaba ojo, y también el *dvornik* volvió un momento la cabeza—. Desde ayer tienes fiebre —añadió.

Raskólnikov no contestaba y conservaba el pliego entre las manos, sin abrirlo.

—Bueno, no te levantes —prosiguió Nastasia, compadecida, al ver que bajaba los pies del sofá—. Si estás enfermo, no vayas, que no correrá tanta prisa. Oye, ¿qué tienes en las manos?

Al seguir la mirada de la mujer, Raskólnikov vio que apretaba en el puño derecho las hilachas que había recortado del pantalón, el calcetín y jirones del forro arrancado al bolsillo. Había dormido sin soltarlos. Más tarde, al hacer memoria, recordó que, cuando emergía a medias de su sueño febril, apretaba todo aquello con fuerza en la mano y así volvía a dormirse.

—Miren los trapajos que ha recogido por ahí y duerme con ellos como si fueran un tesoro… —Y Nastasia soltó aquella risita suya, enfermizamente nerviosa. Raskólnikov se apresuró a ocultar el puño debajo del capote y clavó los ojos en la mujer. Aunque no era capaz de razonar muy bien en esos instantes, comprendía que no le trataban como a una persona a punto de ser detenida. «Pero… entonces, ¿por qué me cita la policía?».

—¿Tomarías un poco de té? ¿Quieres? Te lo traeré porque ha quedado…

—No… Ahora, voy a esto; voy enseguida —murmuró poniéndose en pie.

—¿Cómo vas a ir si no podrás ni bajar la escalera?

—Pues, iré…

—Allá tú…

Nastasia salió detrás del *dvornik*. Raskólnikov corrió hacia la luz para examinar el calcetín y los trapos. «Hay muchas manchas, pero están secas y descoloridas y, con la mugre,

no se notan tanto. Quien no lo sepa no podría descubrirlas. De modo que, gracias a Dios, Nastasia no habrá distinguido nada desde lejos». Trémulo, rompió el lacre del pliego y se puso a leerlo. Necesitó bastante rato para comprender que se trataba de una simple citación para que se presentara ese mismo día, a las nueve y media de la mañana, en la oficina del comisario de barrio.

«Pero, ¿dónde se ha visto nada igual? Yo no tengo nada pendiente con la policía. ¿Y por qué me citan precisamente hoy? —pensaba angustiado—. ¡Señor! ¡Ojalá termine esto pronto!». Estuvo a punto de arrodillarse y rezar, pero acabó por reírse: no de la idea de rezar, sino de sí mismo. Se vistió a toda prisa. «Si estoy perdido, pues estoy perdido. Me da igual. Voy a ponerme el calcetín —se le ocurrió—: así se ensuciará más y desaparecerán las huellas». Pero, nada más ponérselo, se lo arrancó con repugnancia y horror. Se lo arranco, sí; pero, al caer en la cuenta de que no tenía otro, se lo puso otra vez, y de nuevo se echó a reír. «Todo esto es convencional, todo es relativo, todo esto es pura forma —pensó superficialmente, sólo con un rincón del cerebro, mientras temblaba con todo su cuerpo—; porque, me lo he puesto. ¡He terminado por ponérmelo!». Aunque la risa le cedió enseguida el paso a la desesperación. “No. Es superior a mis fuerzas…”. Le temblaban las piernas. «Es cosa del miedo —murmuró para sus adentros. Estaba mareado y tenía dolor de cabeza a causa de la fiebre—. Esto es una argucia. Esto es que me quieren atraer con una argucia y caer sobre mí —seguía diciéndose en la escalera—. Lo malo es que estoy casi delirando y puedo soltar cualquier tontería…».

En la escalera se acordó de que dejaba todos los objetos allí en el agujero, detrás del papel de la pared —«y quizá hagan un registro adrede durante mi ausencia»—, y se detuvo. Pero le embargaron tal desesperación y un cinismo

tan grande frente al desastre, si es posible expresarse así, que se encogió de hombros y siguió adelante.

«¡Ojalá acabe esto pronto!…».

En la calle, el calor era otra vez insoportable: en los últimos días no había caído ni una gota de lluvia. Otra vez el polvo, los ladrillos y la cal, otra vez el hedor de las tienduchas y las tabernas, otra vez los borrachos, los buhoneros finlandeses y los coches de punto desvencijados por todas partes. El resplandor del sol le deslumbró dolorosamente y se le fue la cabeza, sensaciones muy naturales en una persona con fiebre que salía de pronto a la calle en un brillante día soleado.

En la esquina de la calle *de la víspera* se asomó con angustiosa alarma, miró la casa *aquélla*… y al instante desvió los ojos.

«Si me preguntan, quizá lo diga todo», pensaba por el camino.

La oficina del comisario de barrio distaba un cuarto de *versta* de su casa. Acababa de ser trasladada a la cuarta planta de un edificio nuevo. Él había estado, fortuitamente y hacía mucho tiempo, en el local que ocupaba antes. Al desembocar de la puerta cochera al patio vio, a la derecha, una escalera por donde bajaba un hombre con un registro en la mano —«será un *dvornik*, conque aquí debe de estar la oficina»— y siguió subiendo al azar. No quería preguntarle nada a nadie.

«Ahora entro, me hinco de rodillas y lo cuento todo…», se decía al llegar a la cuarta planta.

La escalera era estrecha, empinada, y tenía charcos de agua sucia. Todas las cocinas de todos los pisos de las cuatro plantas daban a aquella escalera y estaban abiertas casi todo el día. Por eso, el calor era asfixiante. Subían y bajaban *dvorniki* con registros debajo del brazo, soplones y visitantes de ambos sexos. La puerta de la oficina también estaba

abierta de par en par. Raskólnikov entró y se detuvo en la antesala. Allí reinaba igualmente un calor sofocante. Además, las dependencias acababan de ser pintadas al temple, y el olor acre del aceite rancio hería el olfato hasta causar náuseas. Después de esperar un poco, Raskólnikov optó por seguir adelante. Todas las habitaciones eran exiguas y bajas de techo. Una tremenda impaciencia le impelía a continuar avanzando. Nadie se fijaba en él. En el cuarto contiguo había unos cuantos escribientes, apenas mejor vestidos que él, de aspecto bastante extraño. Se dirigió a uno de ellos.

—¿Qué quieres?

Raskólnikov le mostró la citación.

—¿Es usted estudiante? —preguntó el escribiente, echando un vistazo al pliego.

—Sí; ex estudiante.

El escribiente lo miró, aunque sin la menor curiosidad. Era un individuo de cabello extrañamente alborotado y mirada quieta.

«De éste, no hay quien saque nada en limpio, porque todo le tiene sin cuidado», pensó Raskólnikov.

—Vaya allí, donde el secretario —dijo el escribiente y adelantó un dedo, apuntando hacia el último cuarto.

Raskólnikov entró en la habitación (era la cuarta de la serie), angosta y abarrotada de gente algo mejor vestida, entre la que había dos señoras. Una, de luto y humildemente trajeada, estaba sentada frente al secretario y escribía algo que él le dictaba. La otra, mujer de buen ver, oronda y de color subido con manchas amoratadas, vestía llamativamente y llevaba sobre el pecho un prendedor del tamaño de un platillo; se mantenía aparte en espera de algo. Raskólnikov le presentó la citación al secretario, que le echó una ojeada, dijo «aguarde usted» y siguió atendiendo a la señora de luto.

Raskólnikov respiró más libremente. «¡No se trata de eso!». Poco a poco iba cobrando ánimos. Se esforzaba por alentarse y rehacerse.

«A la menor tontería que cometa, al más mínimo descuido, puedo traicionarme yo mismo. Hum… Aquí, lo malo es la falta de aire. No se puede respirar… La cabeza me da vueltas… y la razón también…».

Notaba una tremenda alteración interior y temía no poder dominarse. Procuraba aferrarse a algo, pensar en alguna cosa totalmente ajena, pero no lo conseguía en absoluto. El secretario, sin embargo, le intrigaba: hubiera querido leer algo en su semblante, comprenderle. Era hombre de rostro moreno y expresivo, muy joven, de unos veintidós años aunque parecía tener más, vestido a la moda y con presunción, que peinaba con raya el cabello engominado y lucía muchos anillos y sortijas en los dedos cuidados con cepillo y cadenas de oro en el chaleco. Incluso intercambió un par de palabras en francés —muy aceptable, por cierto— con un extranjero allí presente.

—Luiza Ivánovna, ¿por qué no toma usted asiento? —indicó de pasada a la señora del rostro arrebatado y el vestido llamativo, que continuaba de pie, como si no se atreviera a sentarse aunque había una silla a su lado.

—*Ich danke*[50] —contestó ella, y se sentó despacio, con un rumor de sedas. Su vestido azul claro, guarnecido de encaje blanco, se hinchó como un globo en torno a la silla y ocupó casi la mitad de la habitación. Se expandió un olor a perfume. Se notaba que la cohibía ocupar tanto sitio y exhalar tanto olor a perfume, aunque sonreía, medrosa y descaradamente al mismo tiempo, pero con visible inquietud.

La señora enlutada había terminado por fin y ya se levantaba. De pronto hizo una entrada bastante aparatosa un oficial que tenía un modo especial de mover

gallardamente los hombros a cada paso, arrojó sobre la mesa su gorra de escarapela y se sentó en un sillón. La señora oronda botó de su asiento nada más verlo y se puso a hacerle reverencias con singular arrobo; pero el oficial no le prestó la menor atención y ella no se atrevió a sentarse de nuevo en su presencia. Era el ayudante del comisario de barrio. Usaba un bigote tirando a pelirrojo, cuyas guías apuntaban horizontalmente a ambos lados de la cara de rasgos muy menudos que, salvo una cierta insolencia, no expresaba nada de particular. Miró a Raskólnikov de reojo y en parte con indignación. Y es que, aunque iba horriblemente desastrado y a pesar de su mísero aspecto, el porte no acababa de encajar con la vestimenta. Raskólnikov tuvo la imprudencia de dirigirle una mirada demasiado fija y sostenida, que llegó a ofenderle.

—¿Tú, qué quieres? —gritó, al parecer sorprendido de que semejante andrajoso no tratara siquiera de adoptar una actitud más humilde bajo su mirada fulminante.

—Me han mandado... una citación... —contestó Raskólnikov como pudo.

—Se trata de reclamarle un dinero al *estudiante* —se apresuró a aclarar el secretario levantando la cabeza de sus papeles—. Aquí está —añadió señalando un sitio en un registro que alargó a Raskólnikov—: lea usted.

«¿Dinero? ¿Qué dinero? —pensó Raskólnikov—. Pero, entonces, seguro que no se trata de eso». Se estremeció de júbilo. De pronto experimentó un alivio tremendo, indescriptible, que le quitó todo el peso que llevaba encima:

—¿Y quiere usted decirme, caballero, a qué hora pone aquí que debe presentarse? —gritó el oficial, que parecía más y más ofendido sin razón plausible—. Aquí está escrito que a las nueve, y ahora son las once pasadas.

—Acaban de traérmela hace un cuarto de hora. —Raskólnikov, que había contestado en tono subido y por

encima del hombro, estaba indignado sin esperarlo él mismo y encontrando incluso cierta satisfacción—. Bastante he hecho al venir estando con fiebre.

—¡Haga el favor de no gritar!

—Yo no grito, sino que hablo muy comedidamente. Usted es quien está gritándome; soy estudiante y no consiento que me grite nadie.

El oficial estaba tan rabioso que en el primer momento no pudo articular ni una palabra y sólo escapaban de sus labios algunas chispas de saliva. Se levantó de un salto.

—¡A callar! Se encuentra usted en un lugar oficial. ¡Déjese de insolencias!

—También usted se encuentra en un lugar oficial —lanzó Raskólnikov— y, además de gritar, está fumando, con lo cual falta al respeto a todos los presentes —después de estas palabras, Raskólnikov experimentó una satisfacción indecible.

El secretario los contemplaba sonriendo. Era evidente que el fogoso oficial estaba desconcertado.

—¡Eso no le importa a usted! —gritó al fin, en voz excesivamente alta—. Sírvase dar la explicación que se le exige. Enséñele la demanda, Alexandr Grigorievich. ¡Se han presentado querellas contra usted! Porque no paga lo que debe. Y encima viene aquí con esos humos…

Pero Raskólnikov, sin escucharle ya, se había apoderado del papel y buscaba ansiosamente la aclaración de aquel misterio. Lo leyó una vez, luego otra, pero no lo entendió.

—¿Qué es esto? —preguntó al secretario.

—Una demanda. Le exigen el dinero de un pagaré. O abona esa cantidad, más los réditos, costas y demás, o tendrá que hacer una declaración por escrito diciendo cuándo podrá pagarla y, además, comprometiéndose a no ausentarse de la capital antes de efectuar el pago y a no vender ni ocultar sus bienes. En cuanto al acreedor, está

autorizado a venderlos o a proceder contra usted por vía legal.

—¡Pero, si yo… no le debo nada a nadie!

—Eso no es de nuestra incumbencia. Nosotros hemos recibido una demanda de cobro de un pagaré vencido y legalmente protestado, por valor de ciento quince rublos, firmado por usted hace nueve meses a la viuda del asesor colegiado Zarnitsin y endosado por dicha viuda a favor del consejero civil Chebárov. Y le hemos citado para que preste la declaración pertinente.

—¡Pero, si es mi patrona!

—¿Y eso, qué importa?

El secretario le miraba con sonrisa de compasión, benévola y al mismo tiempo socarrona, como se contempla a un recluta que empieza a ser fogueado y parecía decirle: «¿Qué tal te encuentras ahora?». Pero a Raskólnikov, ¿qué podían importarle en ese momento el pagaré ni la querella? ¿Merecían la menor inquietud o incluso la menor atención por su parte? Estaba allí, pero todo lo que hacía —leer, escuchar, responder y hasta interrogar a su vez—, lo hacía maquinalmente. Lo que llenaba en ese momento todo su ser, sin cábalas, sin análisis, sin conjeturas ni respuestas, sin dudas ni preguntas, era la sensación victoriosa de su seguridad personal, de haberse liberado del fardo que le agobiaba. Fue un instante de pleno y espontáneo júbilo puramente animal. Pero, también en ese instante se produjo en la comisaría algo parecido a un estallido de truenos y centellas. El oficial, todo encrespado aún por la falta de respeto de Raskólnikov, todo sulfurado y tratando visiblemente de salvaguardar su prestigio malparado, descargó toda su furia sobre la infortunada «señora oronda» que, desde el momento que lo vio entrar, lo contemplaba con una sonrisa de lo más bobalicona.

—Y tú, pedazo de… —gritó a voz en cuello (la señora enlutada había salido ya)—. ¿Quieres decirme que ha pasado anoche en tu casa, eh? ¡Otra vez escandalizando toda la calle! ¡Vuelta a las trifulcas y a las borracheras! ¿Quieres ir al correccional? Diez veces te he advertido que no te pasaría otra más. Y tú, dale que te dale con lo mismo, so…

De la sorpresa, Raskólnikov dejó escapar el papel de las manos y se quedó mirando boquiabierto a la elegante señora oronda, tratada con tan poca consideración. Sin embargo, pronto se hizo cargo de lo que ocurría, y toda aquella escena empezó a gustarle mucho. Escuchaba tan divertido, que hasta le entraron ganas de reír, pero de reír a carcajadas… Tenía todos los nervios estremecidos.

—¡Ilyá Petróvich! —empezó solícitamente el secretario, pero se detuvo para esperar un momento más oportuno, sabiendo por experiencia que cuando el oficial se salía de sus casillas no era posible atajarle por las buenas.

En cuanto a la señora oronda, primero se echó a temblar ante aquella tormenta; pero, cosa extraña, cuanto más copiosos y duros eran los denuestos, más amable era su aire y más seductora la sonrisa dirigida al furibundo oficial. Movía los pies y no cejaba en sus reverencias mientras esperaba impacientemente la ocasión de tomar también ella la palabra; y por fin se le presentó.

—En mi casa no había ni alboroto ni trifulca, señor capitán —rompió de pronto a hablar atropelladamente y con soltura, en ruso, aunque tenía un fuerte acento alemán—. Y nada, nada de escándalo. Pero, ellos llegó borracho, señor capitán, y yo lo cuento todo y usted verá que no tengo culpa yo… Mi casa es casa honorable, señor capitán, y de conducta honorable, señor capitán, y yo mismo siempre, siempre, no quería ningún escándalo. Pero ellos llegó enteramente borracho y luego otra vez pidió tres *potellas* y

luego una pierna levantó y se puso a tocar el piano con el pie y eso está muy no bien en una casa honorable y dejó el piano *hanz* roto y se portó sin nada, nada de buenos modales y yo lo dije. Entonces él agarró *potella* y empezó a todos a empujar por detrás con *potella*. Y yo llamé pronto al *dvornik* y Karl vino, pero él agarró a Karl y pegó en un ojo, y a Henriette también pegó en un ojo y a mí cinco veces pegó en la cara. Eso no es comportamiento delicado en una casa honorable, señor capitán, y por eso yo gritaba. Pero él abría la ventana que da al canal y se asomó a la ventana y gruñía como un cerdo pequeñito, y eso es una vergüenza. ¿Cómo se puede gruñir por ventana a la calle igual que cerdo pequeñito? ¡Jri, jri, jri! Y Karl tiraba lejos de la ventana por el frac y entonces, verdad, señor capitán, que *sein Rock* le arrancó. Y entonces él gritaba que *man muss strafi*[51] pagarle quince rublos por daños. Y yo misma, señor capitán, cinco rublos por *sein Rock* le pagó. No es un visitante honorable, señor capitán, y hace mucho escándalo. Y me dijo: «Yo de usted haré gran sátira porque yo en todos periódicos puedo escribir de usted».

—Conque, es escritor, ¿eh?

—Sí, señor capitán. Y un visitante no honorable, señor capitán, cuando en una casa honorable…

—¡Ilyá Petróvich! —profirió de nuevo el secretario con intención.

El oficial le lanzó una mirada y el secretario hizo un leve movimiento de cabeza.

—… De modo, honorabilísima *Laviza* Ivánovna —prosiguió el oficial—, que si en tu honorable casa se vuelve a armar escándalo, aunque sólo sea otra vez, a ti es a quien meto en chirona. ¿Me has oído? De manera que uno que escribe, uno que entiende de letras, se ha hecho pagar cinco rublos por un faldón de su frac en una «casa honorable», ¿eh? Así son todos —lanzó una mirada despectiva hacia

Raskólnikov—. Anteayer, en una taberna, la misma historia: uno que comió y luego se negó a pagar con la misma copla de que «escribiré una sátira sobre ustedes». Y también en el transbordador, la semana pasada, otro que insultó con las palabras más soeces a la respetable familia de un consejero civil, a su esposa y a su hija. Y, hace unos días, arrojaron a empujones a otro de una confitería. Así son todos esos que escriben, los autores, los estudiantes, los pregoneros… ¡Puah! En cuanto a ti, ¡lárgate! Ya me pasaré yo mismo por tu casa. Conque, ¡ojo! ¿Me has oído?

Con premura obsequiosa, Luiza Ivánovna se puso a hacer reverencias a diestro y siniestro mientras retrocedía hacia la puerta; pero allí tropezó de espaldas con un apuesto oficial de rostro abierto y lozano y unas espléndidas patillas rubias. Era Nikodim Fomich, el comisario de policía del barrio. Luiza Ivánovna se apresuró a saludar casi hasta el suelo y escapó de la oficina a pasitos menudos y saltarines.

—Ya estamos otra vez con el estruendo, con los rayos y las centellas, las trombas y los huracanes —le dijo Nikodim Fomich en tono amable y cordial a Ilyá Petróvich—. Ya estamos otra vez con el corazón ajetreado y otra vez sulfurado. Le he oído desde la escalera.

—¡Bah! —profirió Ilyá Petróvich con altiva displicencia mientras iba a otra mesa con unos papeles y moviendo airosamente los hombros al compás de cada paso—. Ahí tiene usted: un señor que se dedica a las letras, mejor dicho, un estudiante y, con mayor exactitud, un ex estudiante, que no paga lo que debe, que firma tan campante pagarés, que no desaloja su cuarto, contra quien se reciben quejas constantemente, y todavía se permite protestar porque he encendido un cigarrillo en presencia suya. Gente que se dedica a la estafa, y ahí le tiene usted, hecho un desastrado y dándose postín.

—La pobreza no es un vicio, amigo. ¡En fin! Ya se sabe: es usted como la pólvora y no ha podido soportar la ofensa. Supongo que se habrá molestado con él por alguna razón y ha perdido los estribos —prosiguió dirigiéndose amablemente a Raskólnikov—; pero, ha hecho usted mal porque Ilyá Petróvich es un hombre ex-ce-len-tí-si-mo, aunque pura pólvora, se lo aseguro. Se sulfura, pega un estampido, ¡y de ahí no pasa! ¡Se acabó todo! En resumidas cuentas, un corazón de oro. Como que en el regimiento le llamaban el teniente *Pólvora*.

—¡Y menudo regimiento era! —exclamó Ilyá Petróvich, muy satisfecho de que hubieran hablado de él con tan cariñosa ironía, aunque todavía enfurruñado.

Y Raskólnikov sintió de pronto el deseo de decirles algo amable a todos ellos.

—Disculpe, usted, capitán —empezó con desenvoltura y dirigiéndose a Nikodim Fomich—; pero, póngase en mi lugar… Estoy dispuesto incluso a excusarme si he faltado en algo por mi parte. Soy un estudiante pobre y enfermo, abrumado (así dijo: «abrumado») por la necesidad. Bueno, soy un ex estudiante porque ahora no puedo mantenerme, pero estoy a punto de recibir dinero… Mi madre y mi hermana viven en la provincia de X. Espero dinero de ellas y… pagaré lo que debo. Mi patrona es una persona de buen corazón, pero se ha enfadado tanto porque he perdido las lecciones particulares que daba y le debo más de tres meses de pupilaje, que ni siquiera me hace servir la comida… Y, la verdad, no sé absolutamente nada de esa letra. Ahora exige su pago, pero, ¿cómo voy a pagarla en este momento? Imagínense ustedes…

—Eso no es de nuestra incumbencia —quiso intervenir de nuevo el secretario.

—Un momento, un momento: estoy enteramente de acuerdo con usted, pero permítame explicar —prosiguió

Raskólnikov sin dirigirse al secretario sino a Nikodim Fomich, aunque también se esforzaba por incluir a Ilyá Petróvich en el debate a pesar de que éste fingía estar enfrascado en sus papeles y desentenderse desdeñosamente de él—, permítame explicar también por mi parte que llevo hospedado en su casa desde hace casi tres años, desde que llegué aquí, y que antes… antes… Bueno, ¿por qué no voy a confesarlo? Desde un principio le di palabra de matrimonio a su hija… Palabra verbal, por otra parte, y enteramente espontánea… Era una joven… Bueno, puede decirse que incluso me gustaba, aunque no estaba enamorado… En fin, cosas de la juventud… Lo que quiero decir es que mi patrona me hacía entonces amplio crédito y yo llevaba una vida, así… yo era muy frívolo…

—Nadie le exige a usted semejantes intimidades, caballero. Ni tampoco hay tiempo para ellas —le atajó tosca y arrogantemente el secretario, pero Raskólnikov le interrumpió con vehemencia, aunque de pronto le resultaba terriblemente difícil hablar.

—Un momento, un momento: permítame que lo cuente todo… tal y como ocurrió… y lo que por mi parte…, aunque estoy conforme con usted en que no venga al caso… Luego, sucedió que esta joven murió hace un año de tifus, pero yo seguí allí de huésped, como antes, y cuando la patrona se mudó de casa me dijo… y me lo dijo en tono amistoso… que tenía plena confianza en mí… pero que si no querría firmarle una letra por valor de ciento quince rublos, que era lo que le debía. Ya ve usted: ella misma me dijo que en cuanto le firmase el pagaré volvería a darme cuanto crédito necesitara y que, por su parte, ella nunca, nunca —esas fueron sus propias palabras— haría uso del documento mientras yo no me hallara en condiciones de pagar… Pues bien, ahora que he perdido mis lecciones particulares y no tengo qué comer, protesta la letra… ¿Qué puedo decir yo?

—Todos estos detalles sentimentales no tienen nada que ver con nosotros, caballero —cortó descaradamente Ilyá Petróvich—. Usted tiene la obligación de responder y firmar un compromiso de pago. En cuanto a si estuvo o no enamorado y a todos esos trágicos pormenores, nosotros no tenemos nada que ver con ellos.

—Oye, eso ya… es cruel —murmuró Nikodim Fomich, sentándose a una mesa y poniéndose también a firmar papeles. Parecía un poco avergonzado.

—Escriba usted —le dijo el secretario a Raskólnikov.

—¿Qué hay que escribir? —preguntó con subrayada aspereza.

—Lo que yo le dicte.

Raskólnikov tuvo la impresión de que el secretario le trataba con una negligencia y un desprecio mayores después de su confesión; pero, cosa extraña, él mismo sintió de pronto una total indiferencia por cualquier opinión ajena, y ese cambio se produjo de modo repentino, en un instante. De haberse parado a pensar un poco, es evidente que se habría sorprendido de que un momento antes les hablara e incluso entrara en detalles de sus sentimientos. Además, ¿existían esos sentimientos? Muy por el contrario, si la oficina se hubiera llenado súbitamente de sus mejores amigos y no de agentes de policía, es posible que no encontrara para ellos ni una sola palabra humana, de tan vacío como sentía el corazón. Una tétrica sensación de aislamiento y enajenación, angustiosos e infinitos, embargaron su alma de modo perceptible. Lo que había producido ese vuelco en su corazón no era la bajeza de sus efusiones sentimentales ante Ilyá Petróvich ni la bajeza del triunfo del secretario sobre él. ¡Oh! ¿Qué le importaba ahora su propia vileza, qué le importaban todas aquellas vanidades, los oficiales, las alemanas, las querellas, las oficinas, y todo lo demás? Incluso si le hubieran condenado

a la hoguera en ese minuto es posible que apenas hiciera un movimiento y, quizá, ni escuchara con atención la lectura de la sentencia. Le estaba sucediendo algo totalmente desconocido, nuevo, súbito y sin precedente. No era que lo comprendiera, sino que notaba netamente, con toda su fuerza de percepción, que jamás podría ya acudir a aquellas gentes de la comisaría de barrio con sus expansiones sentimentales, como hizo poco antes, sino tampoco para ninguna otra cosa; y que, aunque esas gentes hubieran sido hermanas y hermanos suyos, y no agentes de la policía, tampoco tendría por qué dirigirse a ellos en ninguna circunstancia de su vida. Hasta aquel instante, nunca había experimentado una sensación tan insólita y atroz. Y lo más angustioso era que se trataba más de una sensación que de una idea o de una noción; una sensación tangible, la más torturadora de cuantas había experimentado a lo largo de su vida.

El secretario se puso a dictarle la declaración habitual en tales casos, es decir que yo, Fulano de Tal, no puedo pagar ahora, pero me comprometo a hacerlo para tal fecha, a no salir de la ciudad, a no vender ni hacer donación de mis bienes, etc.

—Pero, si ni siquiera puede escribir: se le cae la pluma de la mano —observó el secretario mirando curiosamente a Raskólnikov—. ¿Está enfermo?

—Sí… Estoy mareado… Siga dictando.

—Eso es todo. Firme abajo.

El secretario recogió el documento y se dispuso a atender a otras personas.

Raskólnikov le devolvió la pluma; pero, en vez de levantarse y salir, se acodó en la mesa y apretó la cabeza entre ambas manos. Tenía la impresión de que le hundían un clavo en el cráneo. Le cruzó por la mente la idea peregrina de levantarse en ese momento, acercarse a Nikodim Fomich

y contarle todo lo de la víspera, todo hasta el último detalle, hacerle ir luego a su cuarto y enseñarle lo que había escondido en el rincón, en el agujero de la pared. El impulso era tan fuerte, que se levantaba ya de la silla cediendo a él cuando se preguntó: «¿Y si lo pensara aunque sólo sea un minuto más? Pero, no; más vale no pensarlo y terminar de una vez». En ese momento se quedó como petrificado: Nikodim Fomich le hablaba acaloradamente a Ilyá Petróvich y sus palabras llegaron hasta Raskólnikov:

—No puede ser. Los pondrán en libertad a los dos. En primer lugar, nada concuerda. Dígame usted para qué iban a llamar al *dvornik* si fueran ellos los autores. ¿Para denunciarse ellos mismos? ¿Por astucia? No; eso sería ya demasiada astucia. Finalmente, los dos *dvorniki* y una mujer vieron al estudiante Petriakov delante de la puerta cochera justo cuando entraba: venía con tres amigos, se despidió de ellos delante de la puerta y en presencia suya les preguntó a los *dvorniki* cuál era el piso de la vieja. ¿Iba a preguntar eso si fuera con tales propósitos? En cuanto a Koch, antes de subir donde la vieja se pasó media hora charlando abajo con el platero y le dejó a las ocho menos cuarto en punto para subir a casa de la vieja. Conque, figúrese…

—Perdone, pero, ¿cómo resulta entonces esa contradicción? Afirman que llamaron, que la puerta estaba cerrada, y resulta que, a los tres minutos, cuando subieron con el *dvornik*, la puerta estaba abierta.

—¡Ahí está el quid! Es indudable que el asesino estaba dentro y echó el pestillo; y es indudable que allí le habrían descubierto si Koch no hubiera cometido la estupidez de marcharse también en busca del *dvornik*. En ese intervalo fue, justamente, cuando *él* aprovechó para bajar la escalera y escabullírseles de algún modo. Koch está todavía que no le llega la camisa al cuerpo. «Si llego a quedarme allí —dice—, hubiera salido y me habría matado con el hacha». Quiere

encargar una misa de acción de gracias en la iglesia rusa. ¡Je, je!

—¿Y nadie vio al asesino?

—¿Cómo iban a verlo? Esa casa es el Arca de Noé —intervino el secretario, que escuchaba desde su sitio.

—¡La cosa está clara, clarísima! —insistió Nikodim Fomich con ardor.

—Pues, no; la cosa no está tan clara —sostuvo Ilyá Petróvich.

Raskólnikov cogió su sombrero y se dirigió hacia la puerta, pero no llegó a ella…

Cuando recobró el conocimiento se encontró sentado en una silla, sostenido por alguien que estaba a su derecha; tenía a su izquierda a otra persona con un vaso amarillo lleno de agua amarillenta y a Nikodim Fomich enfrente, mirándolo con atención. Se levantó de la silla.

—¿Qué es eso? ¿Está usted enfermo? —preguntó Nikodim Fomich con bastante aspereza.

—Al firmar, apenas podía sostener la pluma —observó el secretario sentándose en su sitio y volviendo a sus papeles.

—¿Y hace tiempo que está enfermo? —gritó Ilyá Petróvich desde su mesa y repasando también unos papeles. Naturalmente, se había acercado a Raskólnikov cuando se desmayó, pero se apartó en cuanto recobró el conocimiento.

—Desde ayer… —murmuró Raskólnikov en respuesta.

—¿Y salió usted ayer a la calle?

—Sí.

—¿Estando enfermo?

—Sí.

—¿A qué hora?

—A las siete y pico.

—¿Y a dónde fue, si puede saberse?

—Por la calle.

—Muy explícito.

Pálido como un pañuelo, Raskólnikov contestaba con voz brusca y entrecortada y no bajaba sus ojos negros y congestionados ante la mirada de Ilyá Petróvich.

—Apenas puede tenerse en pie y tú… —apuntó Nikodim Fomich.

—No importa —profirió Ilyá Petróvich de un modo peculiar. Nikodim Fomich iba a añadir algo, pero se calló al ver que el secretario también lo miraba muy fijamente. Todos callaron de pronto. Resultaba extraño.

—Bueno, está bien —concluyó Ilyá Petróvich—. No le retenemos más.

Raskólnikov se marchó. Aún pudo escuchar que, nada más salir él, se entablaba una animada conversación en la que destacaba, por encima de todas las demás, la voz inquisitiva de Nikodim Fomich… En la calle se recobró del todo.

«Un registro, un registro; ahora harán enseguida un registro —se repetía mientras caminaba presuroso hacia su casa—. ¡Canallas! ¡Algo sospechan!». El terror de antes le embargó de nuevo de pies a cabeza.

II



SI HAN efectuado ya el registro? ¿Y si los encuentro precisamente ahora en mi cuarto?».

Pero, había llegado ya, y allí no había nada de particular ni nadie. Nadie había estado. Ni siquiera Nastasia había tocado nada. Pero, ¡santo Dios!, ¿cómo podía haber dejado él todos aquellos objetos en el agujero debajo del papel?

Se abalanzó hacia el rincón, introdujo la mano debajo del papel y se puso a sacarlo todo y a guardárselo en los bolsillos. En total, eran ocho objetos: dos cajitas que contenían pendientes o algo por estilo (no se detuvo a examinarlos muy bien), cuatro pequeños estuches de piel, una cadenita simplemente envuelta en papel de periódico, y otra cosa, al parecer una condecoración, también envuelta en papel de periódico…

Lo repartió todo por los bolsillos —los del gabán y el derecho del pantalón, que le quedaba—, procurando que no abultara, sumó a los objetos la bolsa del dinero y salió del cuarto, esta vez dejando la puerta abierta de par en par.

Caminaba con paso rápido y firme y, aunque se sentía todo desmadejado, conservaba el sentido. Temía que le

persiguieran, temía que quizá dentro de media hora o de un cuarto de hora se cursara la orden de vigilarlo; o sea, que debía a toda costa hacer desaparecer a tiempo todas las huellas. Y debía hacerlo mientras todavía le quedaba un poco de fuerza y un poco de juicio... Pero, ¿hacia dónde dirigirse?

Era cosa decidida desde hacía ya tiempo: «Tengo que arrojarlo todo al canal y, así, se acabaron las huellas y asunto concluido». Lo tenía resuelto desde por la noche cuando, lo recordaba muy bien, en medio de su delirio había sentido por momentos el impulso de levantarse y de ir «enseguida, corriendo, a tirarlo todo». Pero, resultaba muy difícil.

Vagaba ya media hora, o quizá más, al borde del canal Ekateríninski y varias veces se había detenido en lo alto de las bajadas que encontraba a su paso, pero no podía ni intentar llevar a cabo su propósito, unas veces porque había balsas llenas de lavanderas, otras porque había barcas amarradas allí mismo y siempre porque la gente pululaba por todas partes y porque desde cualquier sitio podía ser visto, podía llamar la atención un individuo que bajaba adrede, se detenía junto al agua y tiraba algo. ¿Y si los estuches no se fueran al fondo y flotaran? De todas maneras, cualquiera podía verlo. Aun sin hacer nada, todos los que se cruzaban con él lo miraban, lo observaban como si no tuvieran mejor ocupación que la de interesarse por su persona. «¿Por qué será? ¿O se tratará de una figuración mía?», pensaba.

Finalmente, se le ocurrió que quizá fuera mejor llegarse hasta el Nevá. Allí habría menos gente, podría cumplir su propósito de manera más desapercibida o, en todo caso, más cómoda y, sobre todo, quedaba distante. Y se sorprendió de haber vagado media hora, angustiado e inquieto, por lugares peligrosos, sin que se le ocurriera aquello. ¡Y pensar

que había perdido media hora en una empresa tan absurda únicamente porque lo había decidido así mientras soñaba presa del delirio! Se estaba volviendo sumamente distraído y olvidadizo y él lo sabía. ¡Decididamente, tenía que darse prisa!

Se dirigió hacia el Nevá, pero le asaltó otra idea por el camino: «Y, ¿por qué al Nevá, por qué al agua? ¿No sería preferible que me marchara muy lejos, quizá de nuevo a las Islas, y lo enterrara todo en algún lugar apartado, en el bosque, debajo de un arbusto y, en todo caso, hacer una señal en el tronco?». Y aunque era consciente de que no se hallaba en condiciones de razonarlo todo en aquel instante de manera clara y sensata, la idea le pareció perfecta.

Sin embargo, no había de llegar a las Islas, pues sucedió que al desembocar de la avenida en una plaza vio, a la izquierda, la entrada a un patio encuadrado por muros sin ventanas. A la derecha, nada más trasponer la puerta cochera, se alzaba el muro sin revocar y también carente de ventanas, de una casa contigua de cuatro plantas. Paralelo a él, a la izquierda, arrancaba de la puerta cochera una valla de madera que, después de adentrarse unos veinte pasos hacia el fondo del patio, torcía bruscamente también a la izquierda. Era un lugar solitario y cercado donde andaban tirados algunos materiales de desecho. Más allá, hacia el fondo del patio, aparecía por encima de la valla la esquina de un cobertizo de ladrillo que probablemente formaría parte de algún taller de carrocería, carpintería o cosa por el estilo, porque, desde la puerta, todo estaba cubierto de polvo de carbón. «Este sería un buen sitio para esconderlo todo y escapar», pensó. Al no ver a nadie en el patio, entró y descubrió al pie de la valla una zanja como a menudo se abren en los lugares frecuentados por obreros, artesanos, cocheros y demás; encima habían escrito con tiza en la valla los chistes habituales: “Proivido pararse aquí sin acer algo”

(mucho mejor, pues nadie pensaría que había entrado allí por mucho tiempo) y “Aquí lo sueltas todo de golpe y te largas”.

Después de mirar en torno, metía ya la mano en el bolsillo cuando vio, recostada contra el muro exterior, entre la puerta cochera y la zanja —espacio que no pasaría de un *arshin*—, una gran piedra sin tallar de un *pud*[52] y medio de peso aproximadamente. Al otro lado del muro estaba la calle, la acera por donde se oía pasar a los transeúntes, siempre bastante numerosos por allí. Pero, a él, nadie podía verlo al menos que viniera de la calle por la puerta cochera; como eso podía muy bien suceder, tenía que darse prisa.

Se inclinó sobre la piedra, la agarró con ambas manos por el canto de arriba y le dio la vuelta empleando todas sus fuerzas. Debajo de la piedra se había formado un pequeño hueco, y a él fue arrojando todo lo que llevaba en los bolsillos. La bolsa quedó encima de todo y, sin embargo, aún quedaba sitio en el hueco. Luego agarró otra vez la piedra, la giró y volvió a dejarla justo en el sitio de antes, aunque quizá un poquito más en alto. Pero escarbó un poco la tierra alrededor, la aplastó con el pie y ya no se notó nada.

Entonces salió y se dirigió a la plaza. Por un instante volvió a embargarle, como antes en la oficina, un fuerte júbilo casi insoportable. «¡Enterradas las huellas! Porque, ¿a quién le puede pasar por la cabeza venir a buscarlas debajo de esta piedra? Es posible que esté ahí desde que construyeron la casa y ahí continúe otro tanto tiempo. Y, aunque lo encontraran, ¿quién iba a sospechar de mí? Se acabó todo. ¡No hay pruebas!». Y soltó la risa. Luego recordó, sí, que soltó una prolongada risa nerviosa, entrecortada y muda, que no cesó mientras cruzaba toda la plaza, pero que se cortó de pronto cuando desembocó en el bulevar K., donde se había encontrado la antevíspera con aquella jovencita. Otros pensamientos acudieron a su

mente. También de pronto le pareció que ahora le resultaría tremendamente odioso pasar por delante del banco donde se quedó meditando después de la marcha de la muchacha y lo mismo de odioso cruzarse con el guardia bigotudo a quien le dio entonces veinte *kopeks*.

Caminaba mirando a su alrededor distraída y enconadamente. Todos sus pensamientos giraban ahora en torno a cierto punto esencial; porque notaba que ése era, en efecto el punto esencial y que ahora, precisamente ahora, incluso por primera vez en esos dos últimos meses, se había quedado frente a frente con ese punto esencial.

«¡Al demonio con todo! —pensó en un acceso de rabia frenética—. Si ha empezado, pues ha empezado, ¡y al diablo con la vida nueva! ¡Qué estúpido es todo esto, Señor!… ¡Y qué manera de mentir y de rebajarme hoy! ¿Cómo he podido darle coba tan miserablemente a ese asqueroso de Ilyá Petróvich? Aunque, todo eso son tonterías. ¿Qué me importan a mí todos ellos ni si he dado o no coba? No se trata de eso. No se trata de eso…».

Se detuvo de súbito, desconcertado por una pregunta absolutamente nueva y sumamente sencilla que le causó amarga sorpresa:

«Si, en efecto, todo eso lo he hecho de un modo consciente y no por una ventolera; si, en efecto, tenía una meta firme y determinada, ¿cómo se explica que no haya abierto hasta ahora la bolsa ni sepa lo que me ha reportado algo que me ha atormentado tanto y me ha llevado a cometer deliberadamente una acción tan vil, odiosa y miserable? Pero, si hace poco quería arrojar al agua la bolsa con los demás objetos que tampoco he visto siquiera… ¿Cómo se explica esto?».

Sí; así era, así era todo. Aunque, también lo sabía antes y no se trataba en absoluto de una cuestión nueva para él; porque, cuando por la noche decidió arrojarlo todo al agua,

lo decidió sin ningún titubeo ni objeción, sino como algo que así debía ser y no podía ser de otro modo… Sí; todo había quedado resuelto la víspera, todo aquello lo sabía y lo recordaba, podía decirse que en el preciso momento en que se inclinaba sobre el cofre y sacaba los estuches… ¡Claro que era así!

«Eso es porque estoy muy enfermo —concluyó sombríamente—, porque a fuerza de atormentarme no sé yo mismo lo que hago… He estado atormentándome ayer, anteayer y todo este tiempo… Me pondré bien y dejaré de atormentarme… Pero, ¿y si no me pongo bien? ¡Dios mío! ¡Qué harto estoy de todo esto!». Caminaba sin detenerse. Tenía unos tremendos deseos de distraerse de algún modo, pero no sabía qué hacer ni qué intentar. A cada minuto se apoderaba de él más imperiosamente una sensación nueva e indefinida: era una repulsión infinita, casi física, tenaz, enconada y odiosa, hacia todo lo que encontraba a su paso y le rodeaba. Sentía asco por todos los que se cruzaban en su camino, por sus rostros, sus andares, sus movimientos. Si alguien le hubiera dirigido la palabra, habría sido capaz de escupirle, de morderle…

Se detuvo al desembocar en el malecón del Pequeño Nevá, cerca del puente de la isla Vasílievski. «Aquí vive, en este casa —pensó—. Creo que he llegado donde Razumijin sin proponérmelo. Otra vez lo mismo, como entonces… Por cierto, sería curioso saber si he venido adrede o he llegado caminando simplemente. ¿Qué más da? Por cierto… anteayer me dije… que iría a verlo al día siguiente de *eso*, así que, iré ahora. ¿O es que no puedo hacerlo?».

Subió a la quinta planta, donde vivía Razumijin.

Estaba en su cuchitril, escribiendo algo en ese momento, y él mismo le abrió la puerta. Llevaban unos cuatro meses sin verse. Razumijin vestía una bata hecha jirones, tenía

puestos los zapatos sin calcetines y estaba desgreñado, sin lavar ni afeitar. Su cara expresó sorpresa.

—¿Qué te pasa? —exclamó observando a su compañero de pies a cabeza. Luego hizo una pausa y lanzó un silbido.

—¿Tan mal andas? Me parece que me sacas ventaja —añadió al fijarse en los andrajos de Raskólnikov—. Pero, siéntate, que estarás cansado. —Y cuando Raskólnikov se dejó caer en el sofá de hule, que aún estaba en peores condiciones que el suyo, Razumijin se dio cuenta de que su visitante estaba enfermo.

—Oye, tú estás muy enfermo, ¿lo sabes? —y quiso tomarle el pulso, pero Raskólnikov retiró la mano.

—Deja. He venido… verás: no tengo ninguna lección particular… y quería… Aunque, no las necesito para nada…

—¿Sabes una cosa? ¡Tú estás delirando! —afirmó Razumijin, que lo observaba con atención.

—No, no estoy delirando… —Raskólnikov se levantó del sofá. Mientras subía a casa de Razumijin no había pensado en que tendría que verse con él cara a cara. Y ahora, instantáneamente, cayó en la cuenta, ya por experiencia, de que su menor deseo, en ese instante, era el de encontrarse con alguien cara a cara, quienquiera que fuese. Se le había revuelto toda la bilis. La rabia contra sí mismo estuvo a punto de ahogarlo nada más trasponer el umbral de Razumijin.

—¡Adiós! —dijo de repente y se dirigió hacia la puerta.

—¡Espera, hombre! ¿Estás chiflado?

—¡Deja!… —repitió Raskólnikov retirando otra vez la mano.

—Entonces, ¿para qué demonios has venido? ¿Te has vuelto loco, o qué? Esto es casi una ofensa. No te dejaré marchar así.

—Bueno, escucha: he venido a verte porque no conozco a nadie más que pudiera ayudarme… a empezar… porque tú

eres mejor que los demás, es decir, más inteligente, y puedes juzgar de las cosas… Pero, ahora veo que no necesito nada, ¿comprendes?… Absolutamente nada… ni la ayuda ni la compasión de nadie… Ya me arreglaré… yo solo… ¡Y basta ya! ¡Dejadme todos en paz!

—Espera un momento, deshollinador. Estás completamente majareta. Por mí, haz lo que quieras. Verás: yo tampoco tengo lecciones y, además, me importan un comino, pero he encontrado en el rastro a un librero —Jeruvímov se apellida— que, a su manera, es el equivalente de las lecciones particulares. Yo no lo cambio ahora ni por cinco lecciones en casas de comerciantes. Prepara unas ediciones y publica unos manuales de ciencias naturales que se agotan a una velocidad increíble. Solamente los títulos son un hallazgo cada uno. Tú siempre has afirmado que yo era tonto; pero te aseguro, hermano, que los hay más tontos que yo. Ahora le ha dado por las cosas de vanguardia; él no entiende ni jota, pero yo le aliento, naturalmente. Mira, aquí tienes, por ejemplo, más de dos pliegos de texto alemán, a mi entender charlatanería de lo más estúpida, donde se debate si la mujer es o no un ser humano. Como es natural, se demuestra muy sesudamente que sí lo es. Jeruvímov lo va a publicar como contribución al movimiento feminista. Yo lo estoy traduciendo; él hinchará estos dos pliegos y medio hasta convertirlos en seis, le inventaremos un título sugestivo que ocupe media portada y se pondrá a la venta a medio rublo. Verás cómo lo compran. La traducción me la paga a seis rublos el pliego, lo que supone quince por los dos pliegos y medio, de los cuales he cobrado seis como anticipo. Cuando terminemos con esto nos pondremos con un libro sobre las ballenas y luego tenemos ya previsto traducir algunos de los chismes más aburridos de la segunda parte de las *Confessions*[53]. Alguien le ha dicho a Jeruvímov que Rousseau es una especie de

Rádishev[54] y yo, por supuesto, no le llevo la contraria. ¡Que se vaya al diablo! ¿Quieres traducir tú el segundo pliego de «*¿Es la mujer un ser humano?*»? Si quieres, agarra el texto, toma pluma y papel —todo gratis— y aquí tienes tres rublos. Como yo he cobrado el anticipo por el primero y el segundo pliegos, estos tres rublos son justamente lo que te corresponde a ti por la mitad del segundo. Cuando lo termines, cobrarás tres más. Y otra cosa: no consideres esto como un favor por mi parte, ¿eh? Al contrario: en cuanto te vi entrar calculé que podrías serme útil. En primer lugar, ando mal de ortografía y, en segundo lugar, a veces me falla el alemán, de manera que me invento lo que pongo, pero me consuela la idea de que así sale mejor. Aunque, ¿quién sabe?, quizá no resulte mejor, sino peor… ¿Aceptas o no?

Raskólnikov tomó los folios alemanes del artículo, tomó los tres rublos y salió sin decir una palabra. Razumijin lo siguió con mirada atónita. Pero, cuando había llegado ya al primer rellano, volvió a casa de Razumijin y, después de dejar encima de la mesa los folios alemanes y los tres rublos, se marchó sin pronunciar tampoco una palabra esta vez.

—Pero, ¿es que desvarías, o qué? —tronó Razumijin finalmente, enfurecido—. ¿A qué estás jugando? Incluso me has hecho perder el hilo a mí. ¿Quieres decirme a qué has venido, demonio?

—No necesito… traducciones —farfulló Raskólnikov, bajando ya la escalera.

—Entonces, ¿qué diablos necesitas? —gritó Razumijin desde arriba mientras el otro seguía bajando, callado.

—¡Eh, tú! ¿Dónde vives?

No hubo respuesta.

—Pues, ¡anda y vete a los infiernos!…

Pero Raskólnikov salía ya a la calle. En el puente Nikoláievski tuvo que recobrarse plenamente una vez más debido a un incidente bastante desagradable: un cochero le

descargó un buen latigazo en la espalda porque había estado a punto de meterse bajo las patas de los caballos a pesar de que le había avisado tres o cuatro veces a gritos[55]. El latigazo le enfureció tanto que pegó un salto hacia el pretil rechinando los dientes (sin saber por qué, caminaba por el centro del puente, lugar reservado a los carruajes y no a los peatones). Como es natural, se escucharon risas a su alrededor.

—Le está bien empleado.

—Será algún borrachín.

—Hacen como si estuvieran borrachos, se meten a propósito bajo las ruedas y los demás tienen que responder.

—Así le sacan dinero a la gente, ya se sabe.

Mientras estaba recostado en el pretil, frotándose la espalda y viendo con mirada rabiosa e impotente cómo se alejaba el carruaje, notó que alguien le deslizaba dinero en la mano. Volvió la mirada y vio a una mujer de cierta edad, probablemente esposa de un comerciante, que llevaba pañoleta a la cabeza y calzaba zapatos de badana, acompañada de una jovencita con sombrero y sombrillita verde que aparentaba ser su hija. «Toma, *bátiushka*, por el amor de Cristo». Raskólnikov cerró el puño y ellas pasaron de largo. Era una moneda de veinte *kopeks*. Por la vestimenta y por el aspecto podía muy bien haberles parecido un mendigo que andaba pordioseando por la calle; pero la limosna de veinte *kopeks se* la debía, sin duda, al latigazo que las hizo compadecerlo.

Apretó los veinte *kopeks* en la mano, anduvo unos diez pasos y se detuvo de cara al Nevá, mirando hacia el palacio. El cielo estaba totalmente despejado y el agua casi azul, cosa que pocas veces se observa en el Nevá. La cúpula de la catedral, que desde ningún sitio se divisa mejor que desde ese puente, a unos veinte pasos de la capilla, resplandecía y el aire límpido permitía distinguir netamente cada uno de

sus ornamentos. El dolor del latigazo se había calmado y Raskólnikov se olvidó de él. Ahora le preocupaba exclusivamente una idea inquietante y no muy clara. Se quedó mirando largo y fijamente a lo lejos. Aquél era un lugar que conocía particularmente bien. Cuando iba a la Universidad, sobre todo cuando volvía a su casa, se habría detenido quizá unas cien veces justo en ese sitio, fija la mirada en el panorama realmente espléndido y, cada vez, casi sobrecogido por la impresión vaga e indefinible que le causaba. Ese panorama soberbio le producía siempre un escalofrío inexplicable, estaba lleno de un espíritu mudo y apagado para él… Todas las veces le extrañaba esa impresión suya, sombría y misteriosa; pero, desconfiando de sí mismo, aplazaba para más adelante la búsqueda de su explicación. Ahora recordó de pronto con toda nitidez estas dudas y estas perplejidades suyas anteriores y tuvo la impresión de que no era fortuito el que le hubieran acudido a la memoria entonces. Ya le pareció extraño y chocante el hecho de haberse detenido justo en el sitio de antes como si se imaginara que, en efecto, podría pensar ahora en lo mismo que antes, interesarse por los mismos temas y los cuadros anteriores que le interesaban no hacía tanto tiempo. Casi le resultaba absurdo y, sin embargo, se le oprimía el corazón. Abajo, a cierta profundidad, donde apenas vislumbraba lo que había a sus pies, se le aparecía ahora todo el pasado, los pensamientos de entonces, las tareas, los temas, las impresiones de entonces, todo aquel panorama, y él mismo y todo lo demás, todo… Tenía la sensación de remontarse muy alto y de que todo desaparecía a sus ojos… Hizo un movimiento involuntario con la mano y notó la moneda de veinte *kopeks* apretada en el puño. Abrió los dedos, contempló fijamente la moneda, tomó impulso y la arrojó al agua; luego dio media vuelta y tomó el camino de

su casa. Le parecía como si, en ese minuto, hubiera cortado con unas tijeras el hilo que le unía a todos y a todo.

Volvió a su casa al atardecer, de modo que habría caminado en total unas diez horas. No recordaba en absoluto cómo ni por dónde había pasado. Se desnudó y, tiritando como un caballo derrengado, se tendió en el sofá envuelto en el capote y al instante se quedó amodorrado…

Lo despertó, ya de noche cerrada, una espantosa algarabía. Jamás había visto ni escuchado sonidos tan sobrenaturales ni gritos, aullidos, lágrimas, golpes y blasfemias semejantes. No podía siquiera imaginarse tal ferocidad, tal frenesí. Horrorizado, se incorporó hasta sentarse en el lecho, sobrecogido y atormentado a cada instante. Pero la pelea, los aullidos y las blasfemias aumentaban de intensidad. Para mayor asombro, reconoció de pronto la voz de su patrona. Aullaba, chillaba y se lamentaba atropelladamente, saltándose las palabras, de modo que no había forma de entender lo que decía: suplicaba que dejaran de pegarla, naturalmente, porque estaban golpeándola sin compasión en la escalera. La voz del que golpeaba se había hecho tan espantosa de rabia y furor, que ya era un estertor, aunque también decía algo, apresurándose, atragantándose, y también sus palabras eran atropelladas e ininteligibles. Raskólnikov se estremeció de pronto como la hoja en el árbol: había reconocido la voz. Era la voz de Ilyá Petróvich. ¡Ilyá Petróvich estaba allí y golpeaba a la patrona! La pateaba, le daba de coscorrones contra los peldaños. Estaba claro: se comprendía por los ruidos, por los alaridos y los golpes. ¿Qué era aquello? ¿Se había vuelto el mundo del revés? Se oía cómo salía gente de todos los pisos y se agolpaba en la escalera. Todo eran gritos, exclamaciones, cameras, portazos… «Pero, ¿por qué razón…, por qué? ¿Cómo es posible?», se repetía, pensando seriamente que se había vuelto loco. Aunque, no; todo lo

escuchaba demasiado bien. Eso significaba que ahora vendrían a buscarlo a él porque «de seguro… todo se debe a lo de ayer… ¡Dios santo!». Hubiera querido echar el pestillo, pero la mano no le obedecía… Además, era inútil. El pánico le helaba el alma, le angustiaba, le paralizaba… Por fin fue amainando toda la escandalera, que había durado diez minutos largos. La patrona gemía y se quejaba; Ilyá Petróvich seguía con sus amenazas y sus blasfemias… Aunque, al parecer, se había calmado ya porque no se le oía. «¿Se habrá marchado? ¡Dios mío!». Y también se retiraba la patrona, gimiendo y llorando todavía… se cerraba su puerta… Los curiosos abandonaban la escalera, volvían a sus casas haciendo aspavientos, discutiendo, comentando lo sucedido, tan pronto a gritos como en un susurro. Se notaba que eran muchos, que se había congregado casi toda la casa. «Pero, ¿cómo es posible todo esto? ¿Y para qué habrá venido? ¿Para qué?».

Raskólnikov se desplomó en el sofá, extenuado, pero ya no pudo cerrar los ojos. Así permaneció cosa de media hora, en un estado de sufrimiento y de insoportable terror sin límites, como no había experimentado nunca. De súbito, su cuarto se inundó de luz: era Nastasia que entraba con una vela encendida y un plato de sopa. Después de observarlo con atención y de comprobar que no dormía, dejó la vela encima de la mesa y se puso a disponer todo lo que había traído: el pan, la sal, el plato, la cuchara…

—Seguro que no has comido nada desde ayer. Te has pasado todo el día danzando por ahí, y ahora estás temblando de calentura.

—Oye, Nastasia… ¿Por qué han pegado a la patrona?

Ella lo miró fijamente.

—¿Que han pegado a la patrona?

—Sí… Hace cosa de media hora… Ilyá Petróvich, el ayudante del comisario, en la escalera… ¿Por qué la ha

golpeado así? Y…, ¿a qué ha venido?

Nastasia estuvo observándolo un buen rato, callada y con el ceño fruncido, actitud que le resultaba a Raskólnikov muy desagradable e incluso le amedrentaba.

—¿Por qué no dices nada, Nastasia? —profirió al fin, tímidamente, con voz tenue.

—Eso es de la sangre —musitó ella como hablando consigo misma.

—¿De la sangre?… ¿De qué sangre?… —murmuró Raskólnikov pálido, replegándose hacia la pared mientras Nastasia seguía mirándolo en silencio.

—Nadie ha pegado a la patrona —afirmó severa y resueltamente. Raskólnikov la miraba sin poder apenas respirar.

—Pues, yo lo he oído… Estaba despierto, sentado en la cama… —profirió con mayor timidez todavía—. Lo he oído mucho rato. Vino el ayudante del comisario… Y todos los vecinos salieron a la escalera desde todos los pisos…

—No ha venido nadie. Eso es la sangre que te hace ruido por dentro. Ocurre así cuando no encuentra salida y empieza a cuajarse en las entrañas; entonces, también empieza la gente a tener visiones… ¿Vas a comer algo?

Raskólnikov no contestaba. Nastasia seguía allí, inclinada sobre él y mirándolo fijamente.

—Dame algo de beber, Nastasia… Haz el favor.

Nastasia bajó a la cocina y, al cabo de un par de minutos, volvió trayendo agua en un jarro de loza blanca; pero Raskólnikov no recordaba ya lo que sucedió luego. Sólo recordaba que tomó un sorbo de agua fría y se derramó sobre el lecho parte del contenido del jarro. Luego perdió la noción de las cosas.

III



IN EMBARGO, no se podría decir que estuviera inconsciente todo el tiempo que duró su enfermedad: se hallaba en un estado febril, deliraba y no tenía plena conciencia de lo que ocurría. Sólo al cabo de algún tiempo le volvieron muchas cosas a la memoria. Tan pronto le parecía que se juntaban numerosas personas a su alrededor disputando y riñendo, que querían agarrarlo y llevárselo a alguna parte, como se encontraba solo en el cuarto porque todos le tenían miedo y se habían retirado, aunque de vez en cuando entreabrían la puerta para mirarlo y amenazarlo, burlándose y tramando algo contra él. Recordaba la frecuente presencia de Nastasia a su lado y también divisaba a otra persona, muy conocida, desde luego, pero a quien no lograba identificar, circunstancia que le angustiaba e incluso le hacía llorar. Unas veces le parecía que llevaba un mes allí postrado y otras que continuaba siendo el mismo día. Pero *aquello, aquello* lo había olvidado por completo; en cambio, tenía la constante sensación de haber olvidado algo que en modo alguno debía olvidar y, por eso, padecía y se atormentaba tratando de recordarlo; gemía, le daban accesos de furia o era presa de un terror cerval e insoportable. Entonces pugnaba por levantarse y escapar, pero siempre le retenía alguien por la fuerza y volvía a sumirse en un estado de agotamiento e inconsciencia. Hasta que, al fin, recobró plenamente el sentido.

Sucedió una mañana, a las diez. A esa hora, en los días despejados, el sol trazaba una larga franja en la pared de la derecha y llegaba a iluminar un rincón junto a la puerta. Al lado de su lecho estaba Nastasia y, con ella, un sujeto totalmente desconocido que le observaba con gran

curiosidad. Era un hombre joven, con barbita, que usaba *kaftan*[56] y tenía aspecto de amanuense. Por la puerta entreabierta asomaba la patrona. Raskólnikov se incorporó.

—¿Quién es ése, Nastasia? —preguntó apuntando al joven.

—¡Pero, si ha vuelto en sí! —exclamó Nastasia.

—Es verdad —profirió el amanuense.

Al ver que había recobrado efectivamente el conocimiento, la patrona se apresuró a cerrar la puerta, detrás de la cual atisbaba, y a esconderse. Timorata por naturaleza, rehuía los debates y las explicaciones. Mujer de unos cuarenta años, gruesa, quizá en exceso, tenía las cejas y los ojos negros y su bondad era producto de la gordura y la pereza. Sin embargo, era muy agraciada. En cuanto a su timidez, se hallaba por encima de toda ponderación.

—¿Quién es… usted? —insistió Raskólnikov, dirigiéndose ya personalmente al joven. Pero en ese momento se abrió la puerta de par en par y entró Razumijin, agachándose un poco debido a su estatura.

—¡Esto parece el camarote de un barco! —gritó—. Siempre me pego un golpe en la frente al entrar. ¡A cualquier cosa le llaman apartamento! Conque, has recobrado ya el conocimiento, ¿eh, hermano? Acabo de enterarme por Páshenka[57].

—Ahora mismo —dijo Nastasia.

—Sí; ahora mismo —corroboró el amanuense sonriendo.

—Y usted, ¿tendría la bondad de decirme quién es, por favor? —inquirió de pronto Razumijin dirigiéndose a él—. Yo, para su conocimiento, me llamo Vrazumijin; no Razumijin como me dice todo el mundo, sino Vrazumijin, estudiante, noble por mi linaje, y éste es amigo mío. Y usted, ¿quién es?

—Soy amanuense de nuestra oficina, la del comerciante Shelopáiev, y vengo aquí a un asunto.

—Tenga la bondad de sentarse en esta silla. —Razumijin también se sentó al otro lado de la mesa—. Has hecho bien en recobrar el conocimiento, hermano —prosiguió hablándole a Raskólnikov—. Apenas has comido ni bebido desde hace tres días. Sólo has tomado algo de té que te dábamos a cucharaditas, palabra. Yo he traído dos veces a Zosímov para que te viera. ¿Te acuerdas de Zosímov? Te auscultó detenidamente y enseguida dijo que no era nada de particular… Algo que se te ha subido a la cabeza, al parecer. Cualquier tontería de los nervios debida a la mala alimentación —dice Zosímov que de no haber comido bastante rábano negro ni bebido suficiente cerveza—; pero, que no es nada, que se te pasará pronto y todo se arreglará. Este Zosímov es un chico listo: arranca bien en su práctica. Bueno y a usted no le retengo más —se dirigió de nuevo al amanuense—. ¿Quiere explicarnos el menester que le trae? Te advierto, Rodia, que es la segunda vez que vienen de esa oficina, sólo que antes no vino éste, sino otro, y estuvimos hablando. ¿Quién era el que vino?

—Eso fue anteayer, me parece; sí, justo. Entonces, fue Alexéi Semiónovich[58] el que vino. También es de nuestra oficina.

—Pues resulta algo más listo que usted, ¿no le parece?

—Sí; claro que es más aparente.

—Eso mismo. Y, ahora, continúe.

—Pues resulta que a través de Afanasi Ivánovich Vajruschin, de quien habrán oído ustedes hablar, supongo yo, le ha llegado a usted, a petición de su señora madre, un giro por mediación de nuestra oficina —empezó el amanuense dirigiéndose a Raskólnikov—. En el caso de que se encuentre usted ya en sus cabales, se le debe hacer entrega de treinta y cinco rublos, a instancias de su señora madre y del mismo modo que antes, según las instrucciones

que Semión Semiónovich ha recibido de Afanasi Ivánovich. ¿Está usted al corriente?

—Sí… recuerdo… Vajruschin… —profirió Raskólnikov pensativo.

—¿Oye usted? ¡Conoce al comerciante Vajruschin! —exclamó Razumijin—. ¡Claro que está en sus cabales! Y también usted es un hombre listo, según observo ahora. ¡Bueno! Es un placer escuchar discursos inteligentes.

—Eso es justamente: Vajruschin, Afanasi Ivánovich. Y a petición de su señora madre, que por su conducto le envió ya cierta cantidad una vez, tampoco ahora se ha negado a hacer lo mismo y, unos días atrás, informó a Semión Semiónovich desde su lugar de residencia de que le fueran entregados a usted treinta y cinco rublos en espera de que mejoren las cosas…

—Eso de «en espera de que mejoren las cosas» es lo más acertado que ha dicho usted; aunque, tampoco está mal lo de «su señora madre». Y, ahora, ¿qué le parece? ¿Está o no está en posesión de todo su sentido, eh?

—Por mí… Pero, yo, lo que necesito es el recibo.

—Lo firmará. ¿Qué trae usted? ¿Un registro?

—Sí. Aquí está.

—Traiga acá. A ver, Rodia, levanta un poco. Yo te sostendré. Pon aquí Raskólnikov. Toma la pluma. Mira, chico, que el dinero nos viene en estos momentos de perillas.

—No quiero —dijo Raskólnikov, rechazando la pluma.

—¿Qué es lo que no quieres?

—No quiero firmar.

—Pero, hombre, ¿cómo van a darte el dinero sin un comprobante?

—No quiero… el dinero… No lo necesito.

—¡Que no necesitas el dinero!…

—Eso sí que es mentira y yo lo puedo jurar. Usted no se preocupe, por favor. Es que anda otra vez divagando. Le

advierto que esto le ocurre incluso estando normal. Usted es un hombre sensato, así que entre los dos le echaremos una mano; o sea, le llevaremos simplemente la mano para que firme. A ver, ayúdeme…

—Por mí, puedo acercarme otra vez.

—No, no. ¿Para qué se va a molestar? Usted es un hombre juicioso… Vamos, Rodia, no hagas perder el tiempo a este señor… ¿No ves que está esperando? —Y se dispuso con toda seriedad a llevarle la mano a Raskólnikov.

—Deja: puedo hacerlo solo…

Raskólnikov tomó la pluma y firmó en el registro. El amanuense dejó el dinero y se marchó.

—¡Bravo! Y ahora, muchacho, ¿quieres comer?

—Sí —contestó Raskólnikov.

—¿Tenéis sopa?

—Quedó de ayer —contestó Nastasia, que había permanecido todo el tiempo allí.

—¿De patatas y arroz?

—Sí; de patatas y arroz.

—Me la sé de memoria. Trae la sopa, y también el té, de paso.

—Ya voy.

Raskólnikov lo consideraba todo con profundo asombro y un sordo terror inexplicable. Había optado por callar y esperar lo que pasara. «Me parece que no estoy delirando —pensó—. Me parece que esto ocurre de verdad…».

A los dos minutos volvió Nastasia con la sopa y anunció que enseguida traería también el té. Con la sopa traía dos cucharas, dos platos, sal, pimienta, mostaza para la carne y demás y lo dispuso todo en un orden desconocido allí desde hacía ya tiempo. El mantel estaba limpio.

—No estaría mal que Praskovia Pávlovna nos mandara un par de botellas de cerveza para echar un trago, Nastásiushka.

—¡Cuidado que eres fresco! —rezongó Nastasia, pero fue a cumplir el encargo.

Raskólnikov seguía observándolo todo con hosca tensión. Razumijin se sentó junto a él en el sofá, le echó el brazo izquierdo por detrás de la cabeza con la agilidad de un oso aunque él habría podido incorporarse solo, y, con la mano derecha, le acercó a la boca una cucharada de sopa después de soplar varias veces para que no se quemara. Pero la sopa no estaba más que tibia. Raskólnikov engulló con avidez una cucharada, luego otra y otra más. Pero Razumijin se detuvo después de hacerle tomar así unas cuantas y declaró que antes de seguir alimentándole debía consultar a Zosímov.

Entró Nastasia con dos botellas de cerveza.

—¿Quieres té?

—Sí.

—Ya estás aquí con el té, Nastasia, porque creo que el té se le puede administrar sin prescripción facultativa. Bueno, aquí está la cerveza.

Fue a sentarse en su silla, echó mano de la sopa y la carne y se puso a comer con el mismo apetito que si llevara tres días sin probar bocado.

—Te advierto, amigo Rodia, que yo como aquí ahora todos los días de esta manera —farfulló con la claridad que le permitía la boca llena de carne—. Y todo es cosa de Páshenka, tu patrona, que se desvive por obsequiarme. Yo, naturalmente, no pido nada, pero tampoco protesto. ¡Ya está aquí Nastasia con el té! ¡Qué diligente! ¿Quieres un poco de cerveza, Nastasia?

—¡Qué cosas se le ocurren!

—¿Y una taza de té?

—El té me parece bien.

—Sírvete. Espera: yo mismo te serviré. Siéntate a la mesa.

Enseguida puso manos a la obra, llenó una taza para Nastasia luego llenó otra y volvió a sentarse en el sofá. Rodeó nuevamente la cabeza del enfermo con el brazo izquierdo, lo incorporó y fue dándole cucharaditas de té, siempre soplando con gran afán como si en ello consistiera el remedio más eficaz y salutífero para su curación. Raskólnikov callaba y no oponía resistencia, aunque se sentía con fuerzas suficientes para incorporarse y sentarse en el sofá sin ayuda ajena, mover las manos, sostener la cuchara o la taza y, posiblemente, incluso para caminar. Pero una astucia extraña, casi animal, le sugirió disimular sus fuerzas de momento, retraerse, incluso fingir, si era preciso, que aún no estaba del todo en sus cabales y, entre tanto, prestar oído y enterarse de lo que sucedía. Sin embargo, no pudo sobreponerse a la repugnancia que le inspiraba aquella actitud suya: después de tomarse una docena de cucharadas de té apartó la cabeza, rechazó la cuchara con un mohín y se dejó caer de nuevo sobre la almohada. Porque ahora reclinaba la cabeza en almohadas auténticas, de plumas, y con fundas limpias; también se dio cuenta de ello y lo tomó en consideración.

—Páshenka tiene que mandarnos hoy mismo dulce de frambuesa para que lo tome con el té —sentenció Razumijin volviendo a su sitio para emprenderla de nuevo con la sopa y la cerveza.

—¿Y de dónde va a sacar las frambuesas? —preguntó Nastasia. Había echado un poco de té en un platillo que sostenía por debajo, con las yemas de los cinco dedos, y ahora sorbía la infusión «a través del azúcar».

—Pues de la tienda, amiguita. Verás, Rodia: aquí han ocurrido muchas cosas sin que tú te enteraras. Cuando te largaste de mi casa de una manera tan canallesca, sin decirme dónde vivías, me entró tanta rabia que juré dar contigo y castigarte. Aquel mismo día me puse en campaña.

Lo que anduve preguntando de un lado para otro, no te lo puedes imaginar. Esta dirección se me había olvidado, aunque la verdad es que nunca la supe con exactitud. En cuanto a tus señas de antes, recordaba tan sólo que vivías en la casa de Jarlámov, en las Cinco Esquinas. Así que, me puse a buscar la casa de Jarlámov. Pero resultó que no se llamaba Jarlámov, sino Buch. ¡Hay que ver cómo confunde uno a veces los sonidos! Yo me puse furioso. Me puse furioso y al día siguiente fui al Registro de Domicilios, por si acaso daba contigo. Y, ya ves tú lo que son las cosas: allí estabas inscrito.

—¡Estaba inscrito!

—Como lo oyes. En cambio, las señas de un tal general Kobeliov, que andaban buscando delante de mí, no conseguían encontrarlas. En fin, es una historia larga de contar; pero, nada más llegar aquí, me enteré de todos tus asuntos. De todos, amigo; de todos estoy al corriente. Aquí tienes a Nastasia, que lo vio. Me puse en contacto con Nikodim Fomich, con Ilyá Petróvich, con el *duornik*, con el señor Zamiótov, Alexandr Grigorievich, secretario de la comisaría del distrito… y, finalmente, con Páshenka, lo que ya fue el colmo. Aquí está Nastasia, que lo sabe.

—Estuvo tan meloso… —murmuró Nastasia con maliciosa sonrisa.

—¿Por qué no se sirve usted azúcar en el té, Nastasia Nikiforovna?

—¡Si será ladino! —exclamó Nastasia soltando la risa, y añadió, cuando pudo sofocarla—: Mi patronímico es Petrovna y no Nikiforovna.

—Lo tendré en cuenta. En fin, chico, a lo que iba y en pocas palabras: al principio, lo que yo pretendía era provocar aquí algo así como una descarga eléctrica para arrancar de cuajo todos los prejuicios de estos lugares, pero

Páshenka se salió con la suya. La verdad, yo no esperaba que fuera así, tan *avenántnenkaia*[59], ¿eh? ¿Tú qué crees?

Raskólnikov callaba, aunque ni por un instante había apartado de Razumijin su mirada inquieta y ahora seguía observándolo fijamente.

—Y mucho que lo es —prosiguió Razumijin sin que le ofuscara en absoluto el silencio de Raskólnikov y como si ratificara una respuesta—. Sí, en todos los aspectos.

—¡Pero, qué zorro! —exclamó de nuevo Nastasia, a quien aquella conversación parecía causarle un placer inexplicable.

—Lástima que arrancaras con mal pie desde el principio, chico. Debías haber procedido de otra manera con ella. Porque tiene un carácter de lo más inesperado… por llamarlo así. Bueno, ya hablaremos del carácter después… Pero, ¿cómo se puede llegar, por ejemplo, hasta el extremo de que se atreviera a no hacerte servir la comida? O, por ejemplo, a lo de ese pagaré… ¡Loco tenías que estar para firmarlo! Y luego, poniendo otro ejemplo, ese proyecto de matrimonio con su hija, Natalia Egórovna, cuando aún vivía… ¡Lo sé todo! Aunque yo no soy ningún asno, y ya veo que ése es un punto delicado. Perdóname. Y, hablando de estupideces, ¿no te parece que Praskovia Pávlovna no es tan estúpida como se podría uno imaginar a primera vista?

—Sí… —susurró Raskólnikov comprendiendo que más valía sostener la conversación, y miró hacia otro lado.

—¿Verdad que sí? —exclamó Razumijin, al parecer encantado de haber obtenido una respuesta—. Aunque, tampoco es lista, ¿eh? ¡Un carácter inesperado, de lo más inesperado! Como que yo, a veces, me siento confuso, te lo aseguro. Ya tendrá sus cuarenta. Aunque ella confiesa treinta y seis y es muy dueña de hacerlo. Te juro que yo la veo más bien desde un punto de vista espiritual, tan sólo según la metafísica. No te imaginas lo emblemático de

nuestra relación: como el álgebra que tú estudias. No entiendo nada. Bueno, todo eso son tonterías. El caso es que ella se asustó de pronto al ver que ya no eras estudiante, que te habías quedado sin lecciones particulares, que andabas mal trajeado y, además, pensó que, debido a la muerte de su hija, no tenía por qué seguir tratándote en plan de pariente. Y como tú, por tu parte, te arrinconaste sin mantener las relaciones de antes, optó por echarte de aquí. Hace tiempo que le rondaba la cabeza esa idea, pero no la ponía en práctica por temor a perder el pagaré. Además, como tú asegurabas que tu madre abonaría la cantidad…

—Eso fue una vileza por mi parte… Mi madre está casi como para pedir ella limosna… y yo mentía para que no me echara… y siguiera dándome la comida —profirió Raskólnikov en voz alta e inteligible.

—Hiciste bien. Lo malo es que entonces apareció el señor Chebárov, consejero civil y hombre de negocios. De no ser por él, Páshenka no hubiera emprendido nada porque es demasiado tímida. Pero los hombres de negocios no son tímidos, y lo primero que preguntó Chebárov fue si existía alguna esperanza de que hicieras efectivo el pagaré. La respuesta fue que sí, pues existía una madre que, aunque tuviese que quedarse sin comer, acudiría en auxilio de Rodia con su viudedad de ciento veinticinco rublos y porque existía una hermana capaz de cualquier sacrificio por su hermanito. Y de ahí partió ese señor. ¿Por qué te soliviantas? Yo estoy enterado de todo lo que te concierne, puesto que le hablaste con plena confianza a Páshenka cuando te considerabas casi de la familia; y si ahora aludo a ello, es por amistad… Así son las cosas: un hombre honrado y sensible le abre a alguien su corazón, y un hombre de negocios se entera de todo y se aprovecha luego. Así que Páshenka le cedió dicha letra a dicho Chebárov, supuestamente en concepto de pago, y él, sin ningún

reparo, la protestó en toda regla. Cuando me enteré de toda esta operación, también me entraron ganas de armarle a él una buena para descargar mi conciencia; pero, por entonces, Páshenka y yo habíamos llegado a una plena armonía y dispuse que cortara el asunto en sus inicios, respondiendo de que pagarías. Ya lo oyes, hermano: ha respondido por ti. Llamamos a Chebárov, le cerramos la boca con diez rublos y recuperamos el pagaré que tengo el honor de presentarte —ella se fía ahora de tu palabra—, rasgado en dos como suele hacerse en tales casos. Toma, aquí está.

Razumijin dejó el documento encima de la mesa. Raskólnikov le echó una mirada y, sin una palabra, se volvió hacia la pared. Aquella actitud molestó a Razumijin.

—Me parece que he vuelto a hacer el tonto, amigo —profirió al cabo de un momento—. Pensaba distraerte, divertirte un poco con mi charla, pero creo que te he revuelto la bilis.

—¿Fuiste tú a quien no reconocí cuando deliraba? —preguntó Raskólnikov, también después de una pausa, sin volver la cabeza.

—Sí. Y llegabas a ponerte furioso, sobre todo una vez que traje a Zamiótov.

—¿A Zamiótov?… ¿Al secretario de la comisaría?… ¿Para qué? —Raskólnikov se volvió bruscamente y clavó los ojos en Razumijin.

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Por qué te sobresaltas así? El hombre quería conocerte. Fue idea suya porque habíamos hablado mucho de ti. De lo contrario, ¿por quién me habría enterado yo de tantas cosas tuyas? Es un buen chico. Un tipo estupendo… a su estilo, claro. Hemos hecho amistad y nos vemos casi a diario. Porque yo me he mudado a este barrio. ¿No lo sabías? Pues, sí; acabo de mudarme. Hemos ido juntos un par de veces a casa de *Laviza*. ¿No te acuerdas de *Laviza* Ivánovna?

—¿Dije algo cuando deliraba?

—¡Ya lo creo! Como no estabas en tus cabales…

—¿Qué dije?

—¿Qué dijiste? Pues lo que dice la gente cuando delira… Bueno, chico, pongamos manos a la obra sin pérdida de tiempo.

Se levantó de la silla y cogió la gorra.

—¿Qué dije cuando deliraba?

—¡Sí que te pones pesado! Ni que temieras revelar algún secreto… No te preocupes, que no dijiste nada de ninguna condesa. De lo que sí hablaste mucho es de un perro de presa, de pendientes, y cadenas, de la isla Krestovski, de no sé qué *dvornik*, de Nikodim Fomich y de Ilyá Petróvich, el ayudante del comisario. ¡Ah! Y también te traía a mal traer un calcetín tuyo. Suplicabas que te dieran el calcetín, y venga a darle vueltas con el calcetín. Como que el propio Zamiótov se puso a buscar tus calcetines por todos los rincones y acabó entregándote esa porquería con sus propias manos perfumadas y ensortijadas. Sólo entonces te calmaste y no soltaste esa basura en todo el día sin que hubiera forma de quitártela. Seguro que todavía la tienes debajo de la ropa. ¡Ah! Y también pedías casi llorando los flecos de tus pantalones. Nosotros tratamos de adivinar lo que querías decir con eso, pero no hubo manera… Bueno, ¡manos a la obra! Aquí hay treinta y cinco rublos. Me llevo diez, y dentro de un par de horas te rendiré cuentas de ellos. De paso, avisaré a Zosímov, que debía estar aquí hace ya rato porque son más de las once. Y tú, Nástenka, acércate más a menudo a echar un vistazo mientras yo estoy fuera por si tiene sed o necesita alguna otra cosa. En cuanto a Páshenka, yo mismo le diré ahora enseguida lo que hace falta. ¡Hasta luego!

—¡La llama Páshenka! ¡Será pícaro! —profirió Nastasia a sus espaldas. Luego abrió la puerta y se puso a escuchar,

pero la curiosidad la hizo bajar corriendo al instante. Estaba muy intrigada por saber lo que le diría Razumijin a su ama. Además, era evidente que a ella la tenía fascinada.

Apenas se había cerrado la puerta detrás de Nastasia cuando el enfermo tiró las ropas que lo cubrían y saltó del lecho como enajenado. Había estado esperando con febril impaciencia a que se marcharan todos para ponerse enseguida a lo que tenía que hacer. Pero, ¿qué era lo que tenía que hacer? Como adrede, parecía haberlo olvidado ahora de pronto. «¡Dios mío! Dime una sola cosa: ¿lo saben todo o no lo saben todavía? ¿Y si lo saben ya, pero fingen, se burlan de mí mientras estoy en cama y luego entran de repente diciendo que están enterados de todo hace ya tiempo, pero se lo tenían callado de momento? ¿Qué hacer? Se me ha olvidado, como si fuera a propósito. Lo recordaba hace un momento y, de pronto, lo he olvidado…».

Estaba en medio del cuarto, mirando en torno con angustioso desconcierto. Se acercó a la puerta, la abrió y prestó oído; pero, no era eso. Súbitamente, como recordando algo, corrió al rincón donde estaba roto el papel de la pared, se puso a observarlo, metió la mano en el agujero y tanteó; pero, tampoco era eso. Fue hacia la estufa, abrió la portezuela, rebuscó entre la ceniza: allí estaban las hilachas del pantalón y los pedazos del bolsillo tal y como los había arrojado dentro. ¡De manera que nadie había mirado allí! Entonces se acordó del calcetín del que acababa de hablarle Razumijin. En efecto, estaba en el sofá, entre las ropas de cama, pero tan sobado y mugriento que no podía haberle inspirado ninguna sospecha a Zamiótov.

«¡Bah, Zamiótov!… ¡La comisaría!… Pero, ¿por qué me han citado en la comisaría? ¿Dónde está la citación? ¡Bah! Estoy confundido: eso de la citación, fue antes. Entonces, también miré el calcetín; pero, ahora… ahora he estado enfermo. ¿Y por qué vino Zamiótov? ¿Por qué lo trajo

Razumijin? —murmuraba, extenuado, volviendo a sentarse en el sofá—. ¿Qué es esto? ¿Sigo delirando o es realidad? Parece realidad… ¡Ya me acuerdo! ¡Tengo que escapar! ¡Tengo que huir ahora mismo! Pero…, ¿a dónde? ¿Y mi ropa? No veo las botas. Las han guardado, las han escondido. ¡Ya entiendo! Pero, aquí está el gabán. Se les pasó por alto. El dinero está encima de la mesa, gracias a Dios, y también el pagaré. Agarraré el dinero y me largaré. Alquilaré otro cuarto, donde no me encuentren. Sí, pero, ¿y el Registro de Domicilios? ¡Darán conmigo! ¡Razumijin dará conmigo! Lo mejor será escapar muy lejos… a América, y al diablo con todo. También me llevaré el pagaré… allí me servirá. ¿Qué más me llevaría? Ellos se creen que estoy enfermo. No saben que puedo caminar. ¡Je, je, je!… Por sus ojos adiviné que lo sabían todo. Lo principal es bajar la escalera. Pero, ¿y si han puesto guardia, si hay policías? ¿Qué es esto? ¿Té? Pero, también ha quedado cerveza. Media botella. Está fresca».

Agarró la botella, donde aún quedaba como un vaso de cerveza y la apuró con deleite, como para apagar una llama que le ardiera en el pecho. Pero no había transcurrido ni un minuto cuando se le subió a la cabeza. Un escalofrío, leve e incluso agradable, le corrió por la espalda. Se acostó y se tapó. La confusión de sus pensamientos, ya de por sí morbosos e inconexos, fue en aumento y pronto le embargó una modorra, tenue pero placentera. Acomodó con deleite la cabeza sobre la almohada, se envolvió mejor en el suave edredón que ahora le cubría en lugar del capote andrajoso, exhaló un leve suspiro y se sumió en un sueño profundo, plácido y reparador.

Se despertó al oír que alguien entraba en el cuarto. Abrió los ojos y vio a Razumijin plantado en el umbral, dudando si entraba o no. Raskólnikov se incorporó rápidamente en el sofá y se le quedó mirando como si tratara de recordar algo.

—¡Ah, estás despierto! Pues aquí me tienes. Nastasia, trae acá ese paquete —gritó hacia abajo por el hueco de la escalera—. Ahora mismo haremos cuentas…

—¿Qué hora es? —preguntó Raskólnikov con una mirada inquieta a su alrededor.

—La verdad es que has echado un buen sueño, amigo: está anocheciendo. Deben de ser alrededor de las seis. Y tú has dormido seis horas largas.

—¡Dios santo! ¿Es posible?

—¿Qué tiene de particular? Que te aproveche. ¿Tienes prisa? ¿Alguna cita? Ahora, todo el tiempo es nuestro. Yo llevo esperando unas tres horas. Me asomé un par de veces, pero estabas dormido. Y me he acercado dos veces donde Zosímov, pero no lo encontré en casa. No importa: ya aparecerá. También me he ausentado para asuntos míos particulares. Porque hoy me he mudado; me he mudado del todo, con mi tío. Sí, ahora tengo un tío que vive conmigo. Bueno, al demonio con todo, y vamos a lo nuestro… Trae acá el paquete, Nástenka. Ahora verás… Y, a todo esto, ¿cómo te encuentras, muchacho?

—Me encuentro bien; no estoy enfermo… Y tú, Razumijin, ¿llevas mucho tiempo aquí?

—Tres horas esperando, ya te lo he dicho.

—¿Y antes?

—¿Cómo que antes?

—¿Desde cuándo vienes por aquí?

—Ya te lo conté esta mañana. ¿Es que no te acuerdas?

Raskólnikov quedó pensativo. Lo ocurrido aquella mañana se le aparecía como un sueño. Pero no lograba recordarlo él solo, y miró interrogante a Razumijin.

—¡Hum! Se te ha olvidado —dijo Razumijin—. Ya me pareció esta mañana que no estabas recobrado del todo. Ahora, después de dormirla es otra cosa… De verdad que tienes mejor aspecto… ¡Estupendo! Conque, a lo nuestro.

Verás como vas recordándolo todo. ¡Fíjate en esto, muchacho!

Empezó a deshacer el paquete que, evidentemente, le interesaba mucho.

—Te aseguro que yo tenía esto muy a pecho. Hay que hacer de ti una persona. A ello: empezaremos por arriba. ¿Ves esta gorra? —comenzó, sacando del paquete una gorra bastante bonita, aunque al mismo tiempo muy corriente y barata—. Haz el favor de probártela.

—Luego…, más tarde —profirió Raskólnikov, rechazando la prenda con gesto de fastidio.

—No, Rodia, no te opongas, porque luego será tarde. Además, que yo no podría dormir en toda la noche porque la compré a ojo, sin tener la medida. ¡Justo! ¡Justo a tu medida! —exclamó victoriosamente cuando consiguió que Raskólnikov se probara la gorra—. El tocado, amigo mío, es la prenda más esencial del atavío, una especie de tarjeta de presentación. Tolstiakov, un conocido mío, se ve obligado a quitarse su tapadera cada vez que entra en un lugar público donde los demás conservan la gorra o el sombrero puesto. Todos piensan que es por servilismo, cuando se trata, sencillamente, de que se abochorna de su nido de pájaros. ¡Vergonzoso que es el hombre! Bien, Nástenka, aquí tienes dos tocados: este Palmerston —sacó de un rincón el viejo sombrero redondo de Raskólnikov, todo abollado, al que daba no se sabe por qué, el nombre de Palmerston— y esta pequeña joya. Fíjate, Rodia, y dime cuánto calculas que me ha costado. ¿Y tú qué opinas, Nastásiushka? —preguntó a la mujer viendo que el otro callaba.

—Pues unos veinte *kopeks* —contestó Nastasia.

—¿Veinte *kopeks*, so pánfila? —gritó ofendido—. Hoy día, ni a ti se te podría comprar por veinte *kopeks*. ¡Ochenta *kopeks*! Y eso porque es de segunda mano. Pero, eso sí: con la garantía de que, cuando uses ésta, al año que viene te

darán otra de balde, palabra. Bueno, pasemos ahora a los Estados Unidos de América, como los llamábamos en el liceo. Te advierto que de los pantalones estoy orgulloso —y desplegó delante de Raskólnikov unos pantalones de verano, de lanilla gris—: ni un agujero, ni una mancha, y muy decentes, aunque algo usados. Y el chaleco haciendo juego, como exige la moda. Eso de que sean prendas usadas, en realidad es una ventaja porque resultan más blandas, más suaves. Y es que, a mi entender, para hacer carrera en este mundo, Rodia, basta con marchar al ritmo de la estación: si no pides espárragos en enero, conservas algunos rublos en el bolsillo. Lo mismo ocurre con lo que he comprado. Estamos en verano, y yo he comprado prendas de verano porque cuando llegue la temporada de otoño se precisarán telas de más abrigo y habrá que tirar todo esto, más aún porque estará inservible para entonces, ya sea debido a su mala calidad o porque se haya elevado tu nivel de elegancia. A ver, ¿cuánto crees que pagué por esto? Dos rublos con veinticinco *kopeks*. Y con la misma garantía, recuérdalo: si gastas estas prendas, al año que viene tendrás otras gratis. Así es como venden en la tienda de Fediáev: pagas una vez y es ya para toda la vida, porque nunca volverás. Pasemos ahora a las botas. ¿Qué tal? Se ve que están usadas, pero harán el avío un par de meses porque son de fabricación extranjera y también es extranjero el material: el secretario de la embajada inglesa las vendió la semana pasada en el rastrillo, aunque sólo las había llevado seis días, porque andaba corto de dinero. Precio: un rublo y cincuenta *kopeks*. ¿No ha sido una suerte?

—Puede que le estén mal —observó Nastasia.

—¿Que le estén mal? ¿Y para qué llevé esto? —inquirió Razumijin exhibiendo una vieja bota de Raskólnikov, hecha un fuelle, toda agujereada y con una costra de barro reseco —. Fui prevenido, y por esta monstruosidad sacaron la

medida. Todo se ha hecho con las mejores intenciones. En cuanto a la ropa blanca, ha sido ajustada con tu patrona. Para empezar, aquí tienes tres camisas de lienzo, pero con las pecheras como se estilan… Conque, ochenta *kopeks* de la gorra y dos rublos con veinticinco *kopeks* de otras prendas hacen tres rublos con cinco *kopeks*; más un rublo cincuenta de las botas, porque son muy buenas, suman cuatro rublos con cincuenta y cinco *kopeks* y cinco rublos de la ropa blanca —la ajustamos en globo— arrojan justo nueve rublos con cincuenta y cinco *kopeks*. Aquí tienes lo que ha sobrado —cuarenta y cinco *kopeks* en calderilla— y así te encuentras ahora equipado de pies a cabeza, Rodia, porque opino que tu gabán puede servirte aún e incluso conserva cierto aire señorial. ¡Lo que es encargarle la ropa a Scharmer! En cuanto a los calcetines y demás menudencias, lo dejo a tu albedrío. Nos quedan veinticinco rublitos y, en lo que se refiere a Páshenka y al pago del alquiler, no te preocupes: ya te he dicho que tienes crédito ilimitado. Y ahora, amigo, múdate de ropa interior porque es posible que tu mal esté ya solamente en la camisa que llevas puesta…

—¡Déjame! ¡No quiero! —rechazó Raskólnikov, que había escuchado con repugnancia la relación excesivamente jocosa de Razumijin acerca de sus compras.

—Imposible, hermano. ¿Para eso he andado yo desgastando suelas por esas calles? Nastásiushka, déjate de remilgos y ayúdame. Así —y, pese a la resistencia que oponía, acabó por mudar de ropa interior a Raskólnikov, que se recostó en la almohada y permaneció un par de minutos sin decir palabra. «Pero, ¿es que no se van a marchar nunca?», pensaba.

—¿Y con qué dinero se ha comprado todo esto? —preguntó al fin mirando a la pared.

—¿Con qué dinero? ¡Esa sí que es buena! Pues, con el tuyo, hombre. Esta mañana vino un amanuense de

Vajruschin y trajo lo que te mandó tu madre. ¿O se te ha olvidado también?

—Ahora recuerdo… —profirió Raskólnikov después de larga y sombría reflexión. Razumijin frunció el ceño mirándolo con inquietud.

En esto se abrió la puerta, dando paso a un hombre alto y recio que también le pareció algo conocido a Raskólnikov.

—¡Zosímov! ¡Por fin! —exclamó Razumijin con alegría.

IV



OSÍMOV era un hombre alto y grueso, de rostro abotargado, afeitado, descolorido de puro pálido, y cabello rubio y lacio. Usaba lentes y lucía una gran sortija de oro en un dedo hinchado de grasa. Aparentaba unos veintisiete años. Vestía un gabán ligero, amplio y elegante y pantalón claro de verano. La verdad es que todo lo que llevaba era holgado, elegante e irreprochable; a la camisa no se le podía poner objeción y la cadena del reloj era maciza. Tenían modales pausados, como indolentes, pero al mismo tiempo con un sello de marcado engreimiento. La soberbia, aunque afanosamente disimulada, despuntaba a cada momento. Todas las personas que le trataban le tenían por un hombre pesado, pero muy entendido en su profesión.

—He pasado ya dos veces por tu casa, hermano... Mira: ha vuelto en sí —exclamó Razumijin.

—Ya lo veo, ya. Bueno, ¿y qué tal nos encontramos ahora, eh? —preguntó Zosímov a Raskólnikov observándolo con atención mientras se sentaba en el sofá, a los pies, y se acomodaba del mejor modo posible.

—Sigue fastidiado —contestó Razumijin—. Acabamos de mudarle de ropa y ha estado a punto de echarse a llorar.

—Es natural. Lo de mudarle la ropa, podías haberlo dejado para más tarde si él no quería hacerlo… El pulso está bien. ¿Sigue doliéndole un poco la cabeza?

—Me encuentro bien, perfectamente bien —replicó con firmeza e irritación Raskólnikov, que se incorporó de pronto en el sofá echando chispas por los ojos, pero enseguida cayó de nuevo sobre la almohada y se volvió de cara a la pared. Zosímov le observaba con atención.

—Perfecto… Todo marcha normalmente —pronunció con indolencia—. ¿Ha comido algo?

Se lo dijeron y preguntaron qué otra cosa podían darle.

—Pues se le puede dar de todo. Sopa, té… Setas y pepinos no, por supuesto, ni carne de vaca tampoco. Y… Bueno, ¿para qué vamos a hablar? —intercambió una mirada con Razumijin—. Le quitan la poción y todo lo demás. Mañana veremos… O quizá hoy mismo, sí…

—Mañana por la tarde le sacaré a dar un paseo —anunció Razumijin—. Al Jardín de Yusúpov y luego al Palacio de Cristal.

—Mañana no le movería yo todavía. Aunque… un poco… En fin, ya veremos…

—Es una contrariedad que se encuentre así. Precisamente esta noche pienso dar una pequeña fiesta para celebrar mi mudanza; es aquí, a dos pasos, y me hubiera gustado que asistiera él. Aunque permaneciera tendido en el sofá, estaría entre nosotros. Y tú, ¿vendrás? —le preguntó a Zosímov—. Lo has prometido. Que no se te olvide.

—Bueno; si acaso, a última hora. ¿Qué has preparado?

—Nada de particular: té, vodka, arenques, pastel de carne… Nos juntaremos unos cuantos amigos.

—¿Quiénes son?

—Todos de por aquí y, en su mayoría, amigos recientes, la verdad, si no contamos a mi viejo tío, aunque también él es reciente porque llegó anoche mismo a San Petersburgo a no

sé qué asunto. En realidad, nos vemos una vez cada cinco años.

—¿A qué se dedica?

—Toda la vida ha vegetado como administrador de Correos de un distrito. Ahora, cobra una pequeña pensión. Tiene sesenta y cinco años. ¿A qué hablar? De todas maneras, yo le quiero. Vendrá Porfiri Petróvich, el juez de instrucción del distrito… un jurista. Pero, si tú le conoces…

—¿No es también algo pariente tuyo?

—Un parentesco muy lejano. ¿Por qué pones mala cara? ¿Acaso no vas a venir porque hayáis tenido unas palabras hace tiempo?

—A mí, me tiene sin cuidado.

—Mejor todavía. Vendrán también algunos estudiantes, un maestro, un funcionario, un músico, un oficial, Zamiótov…

—¿Quieres hacer el favor de decirme lo que puede haber de común entre tú o entre éste —señaló a Raskólnikov— y un Zamiótov cualquiera?

—¡Otra vez gruñendo! Ya salieron a relucir los elevados principios. A ti te mueven los principios como si fueran resortes: no te dejan dar ni siquiera media vuelta a tu antojo. Yo me atengo al principio de que me basta con que una persona sea buena. Y Zamiótov es un hombre magnífico.

—Que se deja untar la mano.

—A mí, eso me tiene sin cuidado. ¿Que le untan la mano? Bueno, ¿y qué? —gritó de pronto Razumijin con excesiva alteración—. ¿Le he elogiado yo por eso? He dicho que es bueno a su manera. Pero, si te metes a ahondar en el modo de ser de todas las personas, ¿cuántas buenas van a quedar? Estoy convencido de que, empleando ese rasero, no darían por mí, con todos mis entresijos, ni una cebolla asada… y eso, echándote a ti de propina.

—Eso es muy poco. Yo daría dos por ti…

—Y yo por ti solamente una. ¡Déjate de bromas! Zamiótov es todavía un chiquillo, y no está excluido que yo le eche un rapapolvo algún día; pero, lo que hace falta es congraciarse con él y no rechazarlo. A ninguna persona, y menos todavía a un muchacho, se la corrige rechazándola. Con los muchachos, hay que ser el doble de precavidos. ¿Qué entendéis vosotros, zoquetes progresistas? Con no respetar a la persona, os rebajáis vosotros mismos… Y, por si te interesa saberlo, te diré que quizá saquemos adelante un asunto entre los dos…

—Me gustaría saber qué asunto es ése.

—Pues el asunto de ese pintor… de ese pintor de brocha gorda, quiero decir… Verás cómo lo aclaramos todo. Aunque, no creo que nos cueste mucho, porque la cosa se revela ahora con toda evidencia. Nosotros no tendremos más que apretar las clavijas.

—¿Qué estáis hablando de un pintor?

—¿No te lo he contado? ¿Cómo que no? Claro: no te conté más que el comienzo… Se trata de lo del asesinato de la vieja prestamista, hombre, de la que era viuda de un funcionario… Bueno, pues ahora resulta que está implicado un pintor de brocha gorda…

—De eso del asesinato me enteré… y me interesó el caso… en parte… debido a cierta circunstancia… Y lo leí en los periódicos. Pero…

—A Lizaveta también la mataron —soltó de pronto Nastasia dirigiéndose a Raskólnikov. Todo ese tiempo había permanecido en la habitación, pegada a la puerta y escuchando.

—¿A Lizaveta? —inquirió Raskólnikov con un hilo de voz.

—Sí, a Lizaveta la prendera. ¿No te acuerdas de ella? Solía venir abajo. La que te remendó una camisa.

Raskólnikov se volvió hacia la pared, eligió —entre las del papel amarillo y sucio que la cubría— una estúpida florecilla blanca con rayitas de color marrón y se puso a observarla, contando sus pétalos, las ondulaciones y las nervaduras de cada uno. Notaba insensibilizados los brazos y las piernas, como si estuvieran anquilosados, pero no intentaba moverse y seguía con la vista fija en la flor.

—Bueno, ¿y qué pasa con ese pintor? —inquirió Zosímov interrumpiendo con cierta aspereza la cháchara de Nastasia, que suspiró y guardó silencio.

—Pues, que se le acusa de asesinato —prosiguió Razumijin con viveza.

—¿Hay pruebas?

—¡Déjate de pruebas, hombre! Si, precisamente, lo que hace falta demostrar es que la prueba que existe no es una prueba. Ocurre justo lo mismo que cuando, al principio, sospecharon de esos dos… ¿cómo se llamaban?… Koch y Pestriakov, me parece. Y los detuvieron. ¡Bah! ¡Cuidado que se cometen tonterías! Incluso a un extraño le resulta odioso. Por cierto: es posible que Pestriakov se acerque a mi casa esta noche… Y, a propósito, Rodia, tú debes estar enterado del asunto, seguro. Ocurrió antes de que cayeras enfermo, justamente la víspera de que te desmayaras en la comisaría, donde estaban comentándolo…

Zosímov miró con curiosidad a Raskólnikov, que no pestañeó, y luego observó:

—¿Sabes lo que te digo, Razumijin? Pues que me maravilla ver lo entrometido que eres.

—¿Y qué? Lo importante es que lo sacaremos de ésta —gritó Razumijin pegando un puñetazo en la mesa—. Porque, ¿qué es lo más indignante? Lo más indignante no es que desbarren: eso siempre se puede perdonar, es una buena cosa, ya que conduce a la verdad; lo más indignante es que desbarran y ya no ven nada más. Yo a Porfiri lo estimo,

pero… Por ejemplo, ¿qué fue lo primero que les hizo seguir una pista errónea? Pues el hecho de que la puerta estaba cerrada y, cuando llegaron con el *dvornik*, la encontraron abierta. ¿Qué conclusión sacaron? Pues la de que Koch y Pestriakov eran los asesinos. Así razonan.

—Espera, no te sulfures. No han hecho más que detenerlos. Tampoco se puede… A propósito: a ese Koch lo he visto yo alguna vez. Parece ser que le compraba a la vieja prendas que no habían sido desempeñadas, ¿no?

—¡Un sinvergüenza, hombre! También compra pagarés vencidos. Un aprovechado. ¡Bah, al demonio! Pero, a mí, lo que me da rabia es otra cosa. Me saca de quicio esa rutina suya, tan vieja, tan trivial y tan acartonada. Porque, sólo con este asunto, se podría descubrir un nuevo procedimiento. Solamente con guiarse por los datos psicológicos se puede demostrar el modo de dar con la pista acertada. «Tenemos datos», dice. Pero, es que los datos no bastan. La mitad de la cuestión, por lo menos, consiste en el modo de interpretar esos datos.

—¿Y tú sabes hacerlo?

—Pero, es que no puede uno estarse callado cuando nota, cuando nota instintivamente, que podría ayudar a solucionar el caso si… ¡Bah! ¿Conoces tú el caso en sus pormenores?

—Estoy esperando a que me cuentes lo de ese pintor de puertas.

—¡Es verdad! Bueno, pues escucha: al tercer día del asesinato, cuando todavía andaban dándoles vueltas a Koch y a Pestriakov, aunque ambos habían probado con toda evidencia cada uno de sus pasos, surgió de pronto un hecho de lo más inesperado. A primera hora de la mañana se presentó en la comisaría un tal Dushkin, que tiene una taberna enfrente de la casa en cuestión, con unos pendientes de oro en un estuche y la siguiente historia:

«Anteayer, ya anochecido, serían poco más de las ocho —¿te das cuenta del día y la hora?—, entró en mi establecimiento Mikolá[60], un pintor de puertas que había estado ya otra vez ese mismo día, y trajo en esta cajita unos pendientes de oro con piedras para que le fiara dos rublos por ellos. Cuando le pregunté de dónde había sacado aquello, me contestó que lo había encontrado en la calle. Sin meterme en más averiguaciones —siguió diciendo el tal Dushkin—, le largué un billetito, quiero decir un rublo, vamos, porque pensé que si no me lo empeñaba a mí se lo empeñaría a otro y de todas maneras se bebería lo que le dieran, conque más valía que yo me quedara con aquello, porque ya se sabe que “lo bien guardado, pronto hallado” y, en caso de que pasara algo o corriera algún rumor, pues yo lo llevaría a la policía». Claro que el tal Dushkin estaba contando una patraña y mintiendo como un bellaco porque yo lo conozco, sé que también es prestamista y compra objetos robados y, naturalmente, si le sonsacó a Mikolái una prenda de treinta rublos, no fue con la intención de llevársela a la policía. Lo que ocurre, es que le entró miedo. Pero, bueno, al diablo con él, y escucha lo que siguió diciendo: «Yo, a ése, a Mikolái Deméntiev, lo conozco desde chico porque somos de la provincia de Riazán, del distrito de Zaraisk, y Mikolái, no es que sea un borracho, pero sí bebe, sabíamos que trabajaba en esa casa precisamente, pintando un piso a medias con Mitri que son del mismo pueblo. Así que, en cuanto le di el rublo lo cambió, se tomó dos copas seguidas, agarró la vuelta y se largó. Pero a Mitri, no lo vi entonces con él. Al día siguiente se supo que a Aliona Ivánovna, y a su hermana, Lizaveta Ivánovna, las habían matado a hachazos. Yo las conocía, y entonces me puse a cavilar con lo de los pendientes, porque de sobra sabemos que la difunta prestaba dinero sobre prendas. Fui a la casa donde vivían y me puse a husmear, a ojo y poquito a poco, empezando por

preguntar si estaba allí Mikolái. Conque me dijo Mitri que Mikolái andaba de borrachera, que había pasado por su casa de madrugada, hecho una cuba, que estuvo por allí unos diez minutos, luego volvió a marcharse y Mitri no lo había visto desde entonces y tenía que rematar la faena él solo. Ese trabajo lo estaban haciendo en un piso de la misma escalera donde vivían las difuntas, pero en la segunda planta. Me quedé con todo el cuento, sin decirle entonces a nadie ni pío —es lo que cuenta Dushkin—, pero procuré enterarme de todo lo que pude acerca del crimen y me volví a casa, dándole vueltas y más vueltas al asunto. Así que esta mañana, a eso de las ocho —o sea, al tercer día, ¿te das cuenta, Rodia?—, veo entrar en la taberna a Mikolái, bebido pero no tan borracho como para no entender lo que se le hablara. Se sentó en un banco y no dijo nada. Aparte de él, sólo había entonces uno que no sé quién es, otro parroquiano que estaba echando un sueño encima de un banco y los dos chicos y yo. "¿Has visto a Mitri?", le pregunto. Y me dice: "No, no lo he visto". —"¿Y tampoco has venido tú por aquí?". —"Tampoco. Desde anteayer". —"Pues, ¿dónde has dormido anoche?". —"En Peski, donde las barcazas de los de Kolomna", me dice. "Entonces, ¿dónde encontraste esos pendientes?". —"En la calle". Y lo dice de una manera muy rara, sin mirarme. Conque voy y le digo: "¿Y no te has enterado de lo que pasó ese mismo día y a esa misma hora en la escalera donde vosotros trabajabais?". —"Pues no; no me he enterado", me dice. Pero al oírme parecía que se le iban a saltar los ojos y, de pronto, se quedó blanco como la pared. Conforme iba yo contándole el asunto, veo que echa mano del gorro y empieza a levantarse. Entonces, como es natural, quise retenerlo. "Aguarda, Mikolái —voy y le digo—: ¿No echas un trago?". A todo esto, le hice un guiño a uno de los chicos para que sujetara la puerta y yo fui saliendo de detrás del mostrador,

pero él se me escabulló, se plantó en la calle, echó a correr, torció la esquina y se esfumó. Entonces sí que lo vi todo claro: ha sido obra suya, de seguro…».

—¡Claro que sí! —corroboró Zosímov.

—¡Espera! ¡Deja que termine! Como es natural, se pusieron a buscar a Mikolái a toda prisa: detuvieron a Dushkin, registraron su casa, la de Mitri también, rebuscaron en las barcazas de Kolomna hasta el último rincón… y, finalmente, anteayer trajeron de pronto al propio Mikolái, que le habían echado mano cerca de una barrera, en una posada donde se presentó, se quitó la cruz de plata que llevaba al cuello y pidió una copa a cambio. Se la dieron. Pero al poco rato fue una mujer al establo y vio por una rendija que Mikolái estaba en el cobertizo contiguo: había atado a una viga un extremo de su faja con un nudo corredizo en la otra punta y trataba de echárselo al cuello, subido en un leño. La mujer se puso a gritar como una desaforada, acudió gente y todos, venga a hacerse cruces de que hubiera intentado semejante cosa. Entonces, va él y dice: «Llevadme a la comisaría que está en tal sitio y lo confesaré todo». De manera que lo condujeron debidamente escoltado hasta la comisaría que él había dicho y que es la de aquí. Empezaron con las preguntas de siempre, que si el nombre, que si el lugar de nacimiento, que si la edad —«veintidós años»— y demás. «Mientras Mitri y tú estabais trabajando ¿no visteis a nadie en la escalera a tal y tal hora?», le preguntan. Y él contesta: «Bien podría ser que pasara alguien, pero nosotros no nos dimos cuenta». —«¿Y no oísteis nada, algún ruido o cosa por el estilo?». —«No. Nada de particular». —«¿Y no te enteraste ese mismo día, Mikolái, que justo en esa fecha y a esa hora mataron a la viuda Fulana de Tal y a su hermana y robaron en su casa?». —«No sabía ni palabra. La primera noticia que tuve fue anteayer, cuando se lo oí contar a Afanasi Pávlich en la

taberna». —«¿Y dónde encontraste los pendientes?». —«En la calle». —«¿Y por qué no fuiste a trabajar con Mitri al día siguiente?». —«Porque estaba emborrachándome». —«¿Dónde?». —«En tal y tal sitio». —«¿Por qué saliste corriendo de la taberna de Dushkin?». —«Porque me entró miedo». —«¿De qué?». —«De que me empapelaran». —«¿Cómo podías tenerle miedo a eso si te consideras inocente de toda culpa?». Me creas o no, Zosímov, esa pregunta fue formulada, y en esos términos precisos. Lo sé a ciencia cierta, me lo repitieron al pie de la letra. ¿Qué tal? ¿Eh, qué te parece?

—Pues nada, que existen pruebas.

—Yo no me refiero ahora a las pruebas; me refiero a la pregunta y a cómo entiende la policía su oficio. Pero, ¡al demonio con eso! El caso es que a fuerza de preguntas y más preguntas, dale que te dale, acabaron por hacerle decir: «No los he encontrado en la calle, sino en el piso donde estábamos Mitri y yo pintando». «Y eso, ¿cómo ocurrió?». —«Pues, ocurrió que estuvimos Mitri y yo pintando todo el santo día, hasta las ocho de la tarde, y cuando íbamos ya a dejarlo, agarra Mitri una brocha y me larga un chafarrinón de pintura en la jeta; me pegó el brochazo en la jeta y salió corriendo. Y yo detrás, claro, también a todo correr y gritando a voces, cuando al pie de la escalera me doy de narices con el *dvornik* y unos señores, que no estoy seguro de cuántos eran, y el *dvornik* se pone a insultarme, y el otro *dvornik* también y sale la mujer del primero y también empieza a insultarnos, igual que un caballero que entraba entonces por el portón con una señora, porque Mitri y yo no les dejábamos pasar: yo agarré a Mitri de los pelos, lo tiré al suelo y me puse a atizarle; y Mitri también, aunque estaba debajo, me agarró de los pelos y se puso a atizarme; pero, no se crean que por las malas, sino en broma, porque somos buenos amigos. En esto que Mitri se zafa y sale corriendo a

la calle y yo detrás. Pero no pude alcanzarlo y entonces volví yo solo al piso donde estábamos pintando porque había que recoger un poco. Conque, me puse a recoger yo mientras esperaba a Mitri con la idea de que volvería. Entonces fue cuando pise la cajita, junto a la puerta, detrás de la pared del zaguán, en un rincón. Miré, y allí estaba, envuelta en un papel. Quité el papel y vi unos ganchitos pequeñitos. Yo los levanté, claro, y allí estaban los pendientes, en la cajita…».

—¿Junto a la puerta? ¿Estaba junto a la puerta? ¿Junto a la puerta? —gritó de pronto Raskólnikov fijando en Razumijin una mirada desvaída y asustada, a la vez que se incorporaba lentamente apoyando una mano en el sofá.

—Sí… ¿Y qué? ¿Qué te sucede? ¿Por qué te pones así?

Razumijin también se había incorporado un poco.

—Nada —contestó Raskólnikov con un hilo de voz, mientras se reclinaba de nuevo en la almohada y se volvía hacia la pared.

Todos permanecieron callados unos instantes.

—Está traspuesto. Habrá sido entre sueños —profirió al fin Razumijin, interrogando con los ojos a Zosímov, que respondió negando levemente con la cabeza.

—Bueno, sigue. ¿Qué pasó luego?

—¿Qué pasó? Pues que, nada más ver los pendientes, echó mano del gorro y salió disparado, sin acordarse ya del trabajo ni de Mitri, hacia la taberna de Dushkin con el cuento de que había encontrado los pendientes en la calle, Dushkin le dio un rublo por ellos y Mikolái se puso inmediatamente a beber. En cuanto al asesinato, sigue en sus trece: «No sé nada, no estoy enterado de nada y hasta el tercer día no lo oí contar». —«¿Y por qué no te has presentado hasta ahora?». —«Por miedo». —«¿Y por qué querías ahorcarte?». —«De pensar». —«¿De pensar qué?». —«Que me metieran en la cárcel». Y esta es toda la historia. Ahora, dime tú qué conclusión han sacado de esto.

—¿Qué quieres que te diga? Una pista hay. Es un hecho. No querrás que dejen suelto a tu pintor de brocha gorda, ¿verdad?

—Pero ¿no ves que ya lo tienen por presunto asesino? Y sin ninguna duda…

—No, hombre, no te sulfures. ¿Y qué hay de los pendientes? No me negarás que si, en el día y a la hora de los hechos, van a parar a manos de Mikolái unos pendientes que estaban en el baúl de la vieja, de alguna forma tiene que haber ocurrido. Y eso ya es bastante para una investigación como ésta.

—¿Que cómo fueron a parar? ¿Que cómo fueron a parar? —estalló Razumijin—. ¿Es posible que tú, un doctor, obligado ante todo a estudiar al hombre, no veas, cuando se te presenta la oportunidad de estudiar mejor que cualquiera la naturaleza humana y a la vista de todos estos datos, no veas qué clase de naturaleza es ese Mikolái? ¿Acaso no ves desde el primer momento que todo cuanto ha declarado durante los interrogatorios es la pura verdad? Esos pendientes llegaron a sus manos exactamente tal y como lo ha declarado: pisó el estuche y lo recogió del suelo.

—¡La pura verdad! Sin embargo, ha reconocido que al principio mintió.

—Escúchame. Atiende: tanto el *dvornik* como Koch, Petriakov, el otro *dvornik*, la mujer del primero y otra mujer que precisamente entonces estaba con ella en su casa, y el consejero civil Kriukov, que acababa de apearse de un coche de punto y entraba por el portón dando el brazo a una señora, o sea, ocho o diez testigos, afirman unánimemente que Mikolái había tirado a Mitri al suelo y estaba atizándole montado encima de él y que Mitri, a su vez, lo tenía agarrado de los pelos y le atizaba también. De manera que están ahí tirados, estorbando el paso; los insultos les llueven desde todas partes, y ellos, «como unos críos» (expresión

literal de los testigos), se revuelcan, gritan, se pegan, ríen a mandíbula batiente los dos haciendo muecas y luego salen a la calle persiguiéndose como chiquillos. ¿Lo has oído, verdad? Y, ahora, fíjate: los cuerpos están arriba todavía tibios, ¿me oyes?, porque los encontraron tibios. Si ellos, o solamente Mikolái, hubiera matado a las dos mujeres y robado luego haciendo saltar la cerradura del baúl, o sólo hubiera participado de algún modo en el robo, permíteme una sola pregunta: ¿concuerda ese estado anímico, o sea, los chillidos, las risas, la pelea pueril a la entrada del portón, con el hacha, la sangre, la astucia criminal, la precaución y el robo? Acaban de matar —hace cosa de cinco o diez minutos, puesto que los cuerpos estaban todavía tibios, y, de pronto, abandonan los cuerpos y el piso abierto, a sabiendas de que varias personas se dirigen hacia el lugar de los hechos, abandonan el botín y empiezan a revolcarse como críos, cerrando el paso, riendo y llamando la atención general… Y esto, lo afirman unánimemente diez testigos.

—¡Claro que es extraño! Por supuesto, resulta imposible, pero…

—No, chico, no hay pero que valga. Y si los pendientes que ese mismo día y a esa misma hora se encontraban en manos de Mikolái representan en efecto una importante prueba circunstancial contra él, aunque satisfactoriamente explicada por sus declaraciones y constituyendo, por tanto, una prueba todavía dudosa, también deben ser tomados en consideración los hechos exculpatorios, más aún por tratarse de hechos *irrebatibles*. ¿Y crees tú, dado el carácter de nuestra jurisprudencia, que los tribunales aceptarán o son capaces de aceptar un hecho tal —basado única y exclusivamente en una imposibilidad psicológica, única y exclusivamente en un estado anímico— como dato irrebatible, eliminatorio de cuantas pruebas acusatorias y circunstanciales existan? No, no las admitirán, no las

admitirán en modo alguno, ya que han encontrado el estuche y el hombre quería ahorcarse, «circunstancia que no se habría dado de no considerarse culpable». Esa es la cuestión esencial y por eso me sulfuro yo. ¡Compréndelo!

—Sí, ya veo que te sulfuras. Aguarda, que se me ha olvidado preguntarte una cosa: ¿cómo se demuestra que el estuche de los pendientes proceda en efecto del baúl de la vieja?

—Pues se demuestra —repuso Razumijin ceñudo y a regañadientes— por el hecho de que Koch reconoció la prenda, nombró a la persona que la había empeñado y esa persona demostró eficientemente que era de su propiedad.

—¡Malo! Otra cosa: ¿no vio nadie a Mikolái mientras Koch y Pestriakov subían la escalera y no es posible probarlo de algún modo?

—Ahí está el quid y eso es lo peor —contestó Razumijin contrariado—: ni siquiera Koch y Pestriakov se dieron cuenta, al pasar por delante del piso vacío cuando subían, de si estaban allí los pintores. Aunque, por otra parte, ahora no serviría ya de gran cosa su testimonio. «Vimos que la puerta del piso estaba abierta —dicen—, nos figuramos que alguien estaría trabajando dentro, pero pasamos de largo sin prestar atención y no recordamos exactamente si en ese momento había algún obrero o no».

—Hum… De modo que su única coartada consiste en que estuvieron pegándose y riendo. Admitamos que es una prueba de peso, pero… Y ahora, dime: ¿cómo explicas tú el hecho en sí? ¿Cómo explicas el hallazgo de los pendientes, si es que de verdad los encontró allí como ha declarado?

—¿Que cómo lo explico? Pero, si no hay nada que explicar: la cosa está clara. Por lo menos está claro y es evidente el cauce que debe seguirse en la investigación porque lo señala el propio estuche. El estuche se le cayó al verdadero asesino. Él estaba arriba, con el pestillo de la

puerta echado, cuando llamaron Koch y Pestriakov. Koch cometió la estupidez de bajar, circunstancia que aprovechó el asesino para correr también escaleras abajo porque no tenía otra escapatoria. Para que no le vieran Koch, Pestriakov y el *dvornik*, se escondió en el piso vacío justo cuando Mitri y Mikolái habían salido persiguiéndose. Se escondió detrás de la puerta mientras aquéllos subían, aguardó hasta que no se oyeron ya sus pasos y terminó de bajar con toda tranquilidad en el preciso momento en que Mitri y Mikolái se habían lanzado ya a la calle, todos los demás se habían marchado y no quedaba nadie a la entrada del patio. Incluso es posible que alguien lo viera, pero pasa tanta gente al cabo del día, que ni siquiera se fijaría. En cuanto al estuche, se le cayó del bolsillo mientras estaba escondido detrás de la puerta y no se dio cuenta porque tenía otras cosas en qué pensar. El estuche es la prueba evidente de que estuvo allí. ¡Ahí tienes toda la explicación!

—Muy ingenioso. Te digo que es muy ingenioso. ¡Incluso demasiado!

—Pero, ¿por qué, di, por qué?

—Pues porque todo encaja demasiado bien… Parece cosa de teatro.

—¡Bah!… —protestó Razumijin, pero en ese instante se abrió la puerta y apareció un personaje nuevo, desconocido para cuantos se hallaban en la habitación.

V



RA EL recién llegado un caballero tieso y orondo, de cierta edad y expresión agria y precavida, que empezó por detenerse en el umbral mirando en torno con asombro ofensivamente descarado, como si se preguntara: «¿Dónde me habré metido yo?». Perplejo y afectando incluso cierto sobresalto rayano casi en el agravio, contempló el «camarote» angosto y bajo de techo. Con el mismo asombro desvió después la mirada y la clavó en el propio Raskólnikov que, en paños menores, greñudo y desaseado, yacía quieto en su mísero y sucio sofá y le observaba también. Luego, con la misma parsimonia, se puso a considerar a Razumijin quien, mal trajeado, sin peinar ni afeitar, por su parte también le clavaba una mirada fija, insolentemente inquisitiva. El tenso mutismo duró cosa de un minuto y, como era de esperar, al fin se produjo una leve transición. Persuadido probablemente —en virtud, por otra parte, de indicios harto evidentes— de que en aquel «camarote» no era posible adelantar nada con un empaque en exceso riguroso, el caballero recién llegado avanzó un poco y pronunció con cortesía no carente de severidad, dirigiéndose a Zosímov y recalcando cada sílaba:

—¿Rodión Románovich Raskólnikov, estudiante o ex estudiante? Zosímov rebulló lentamente y quizá habría contestado si Razumijin no se le hubiera adelantado al instante, aunque la pregunta no iba con él:

—Ahí está, en el sofá. Y a usted, ¿qué se le ofrece?

Aquel desenfadado «a usted qué se le ofrece» pareció fustigar al campanudo caballero; incluso estuvo a punto de volverse hacia Razumijin, pero logró dominarse y se encaró de nuevo con Zosímov.

—Sí, ése es Raskólnikov —farfulló Zosímov señalando al enfermo con la cabeza. Luego exhaló un bostezo, abriendo exageradamente la boca y manteniéndola así durante un tiempo exageradamente largo también. Se llevó pausadamente la mano al bolsillo del chaleco, extrajo un reloj de tamaño descomunal, lo abrió, consultó la hora y lo volvió a su sitio con el mismo ademán perezoso. En cuanto a Raskólnikov, había permanecido todo el tiempo tendido en silencio y contemplaba al visitante con mirada fija, aunque inexpresiva. Su rostro, que ahora no tenía vuelto hacia la florecilla que tanto parecía interesarle, estaba lívido y reflejaba un insólito sufrimiento como si acabara de soportar una dolorosa operación o le hubieran estado torturando. Sin embargo, el caballero recién llegado empezó a despertar poco a poco en él una creciente atención que degeneró en asombro, luego en suspicacia y, por último, se hubiera dicho que en sobresalto. Cuando Zosímov profirió «ése es Raskólnikov», se incorporó de pronto con ímpetu, sentándose en el lecho, y profirió casi como un reto, aunque con voz débil y entrecortada:

—En efecto, yo soy Raskólnikov. ¿Qué desea usted?

El visitante le observó atentamente y replicó, presentándose en tono enfático:

—Piotr Petróvich Luzhin. Abrigo la esperanza de que mi nombre no le resultará del todo desconocido.

Pero Raskólnikov, que aguardaba algo muy distinto, lo miró, ausente y extrañado, como si en efecto escuchara por primera vez aquel nombre.

—¿Cómo? ¿Es posible que todavía no haya recibido usted ninguna noticia? —inquirió Piotr Petróvich un tanto desconcertado.

En respuesta, Raskólnikov se recostó lánguidamente en la almohada, cruzó las manos detrás de la nuca y se puso a mirar al techo. La angustia se reflejó en el rostro de Luzhin: Zosímov y Razumijin le observaban ahora con mayor curiosidad y, al parecer, se había desconcertado por completo.

—Yo suponía, yo calculaba… —balbuceó— que la carta echada al correo hace más de diez días, incluso hace casi dos semanas…

—Óigame: ¿por qué no pasa usted de la puerta? —le interrumpió súbitamente Razumijin—. Si tienen algo que decir, entre y siéntese, porque ahí no tienen sitio suficiente Nastasia y usted. Nastásiushka, apártate y déjale paso. Venga, aquí tiene una silla. Tendrá que deslizarse como pueda.

Razumijin apartó su silla, dejando un poco de espacio entre la mesa y sus rodillas, y esperó en postura un tanto incómoda a que el visitante «se deslizara» por allí. El momento había sido elegido de tal modo que resultaba imposible negarse, y Luzhin se deslizó, apresuradamente y a trompicones, por allí. Cuando llegó hasta la silla, se sentó y miró a Razumijin con suspicacia.

—Usted no se preocupe, ¿eh? —soltó Razumijin—. Rodia lleva cinco días enfermo, y tres de ellos delirando, pero ya está mucho mejor y hasta ha comido con apetito. Éste es su médico, que acaba de auscultarle, y yo soy un compañero de Rodia, también ex estudiante, y estoy atendiéndole

ahora. Así que, hágase usted cuenta de que nosotros dos no estamos aquí y ventile con Rodia el asunto que le trae.

—Gracias. Pero, ¿no incomodaré al enfermo con mi presencia y mi conversación? —inquirió Piotr Petróvich dirigiéndose a Zosímov.

—N-no… —susurró Zosímov—. Incluso es posible que le distraiga. —Y volvió a bostezar.

—Su señora madre… —comenzó Luzhin.

—Hum… —lanzó Raskólnikov.

Luzhin lo miró, expectante.

—No ha sido nada. Prosiga.

Luzhin se encogió de hombros.

—… su señora madre, hallándome yo todavía en aquella localidad, comenzó a escribir una carta para usted. Una vez llegado a San Petersburgo, he dejado deliberadamente pasar unos días antes de venir a verlo para tener la seguridad de encontrarlo enterado de todo, pero ahora, para gran sorpresa mía…

—¡Ya lo sé, ya lo sé! —saltó de pronto Raskólnikov con impaciente despecho—. ¿Es usted? ¿El novio? Bueno, pues ya lo sé… ¡Y basta!

Aunque visiblemente ofendido, Piotr Petróvich no replicó. Se esforzaba por comprender lo que podía significar todo aquello. El silencio duró unos instantes.

Mientras tanto, Raskólnikov, que se había vuelto un poco hacia Luzhin para contestarle, se puso de pronto a mirarlo de nuevo fijamente y con una especie de singular curiosidad, como si no hubiera podido verlo del todo al principio o como si algo nuevo le hubiese sorprendido. Incluso se incorporó un poco ex profeso en la almohada. En efecto, algo particular sorprendía en todo el aire de Piotr Petróvich, algo que parecía justificar el título de «novio» tan desenfadadamente aplicado. En primer lugar, se notaba, incluso con excesiva evidencia, que Piotr Petróvich había

aprovechado cuanto podían permitirle sus escasos días de estancia en la capital —hecho, por otra parte, muy inocente y permisible— para vestirse y acicalarse en espera de la novia. Incluso la convicción, quizá demasiado presuntuosa, de su cambio favorable se le podía perdonar en tales circunstancias, ya que Piotr Petróvich encajaba ya en la clasificación de novio. Todo su atuendo acababa de salir de manos del sastre y todo era de calidad excelente, con el único «pero», quizá, de que todo resultaba demasiado flamante y traicionaba demasiado la finalidad perseguida. También el sombrero, redondo, elegante y recién estrenado, demostraba lo mismo, pues Piotr Petróvich lo trataba con excesivo respeto y con excesivo cuidado lo sostenía en la mano. Incluso el exquisito par de guantes de color lila —exclusivos de Jouvenet— eran prueba de lo mismo, aunque sólo fuera por el hecho de que no los llevaba puestos, sino en la mano para causar mayor impresión. En toda la indumentaria de Piotr Petróvich predominaban los tonos claros y juveniles. Llevaba una exquisita chaqueta de color *beige*, pantalón claro de verano y chaleco a juego, camisa fina recién comprada y corbata de sutilísima batista a rayas de color rosa. Pero lo más notable era que todo le favorecía. El rostro, lozano y hasta bien parecido, no acusaba sus cuarenta y cinco años. Lo enmarcaban agradablemente las patillas oscuras, en boca de hacha, más frondosas a los lados del mentón, brillante del pulcro afeitado. Tampoco el cabello —que, por otra parte, apenas salpicaba alguna cana—, peinado y rizado por el peluquero, le daba ese aspecto ridículo o estúpido que suele prestar a quien lo usa, haciéndole asemejarse a un alemán el día de su boda. Si algo realmente desagradable y repelente había en aquel rostro bastante agraciado e impresionante, se debía a otras razones. Después de examinar con descaro al señor Luzhin,

Raskólnikov volvió a recostarse en la almohada y se puso a mirar otra vez al techo.

Pero el señor Luzhin se había recobrado y, al parecer, había optado por no parar mientes, de momento, en tales excentricidades. Volvió a hablar, esforzándose por romper el silencio.

—Lamento profundamente encontrarle a usted en este estado. De haber conocido su indisposición, habría venido antes. Pero las gestiones, ya sabe usted… Además estoy tramitando en el Senado un asunto de suma importancia para mi bufete. Sin hablar ya de otros quebraderos de cabeza que bien comprenderá usted. Espero de un momento a otro a la familia de usted, es decir, a su mamá y a su hermana…

Raskólnikov rebulló en el sofá y estuvo a punto de decir algo; su rostro expresaba cierta agitación. Piotr Petróvich calló, a la expectativa, y luego prosiguió al ver que el otro no decía palabra:

—… De un momento a otro. Les he encontrado alojamiento provisionalmente.

—¿Dónde? —preguntó débilmente Raskólnikov.

—Muy cerca de aquí. En la casa de Bakaléiev.

—Eso está en la avenida Voznesenski —le interrumpió Razumijin—. Son dos pisos de habitaciones amuebladas. El dueño es Jushin, el comerciante. Conozco el lugar.

—Sí, habitaciones amuebladas.

—Un sitio de lo más asqueroso: sucio, maloliente y de poco fiar, donde han ocurrido cosas raras. Y Dios sabe la clase de gente que vive allí. Yo estuve con motivo de cierto escándalo. Aunque, eso sí, es barato.

—Yo, naturalmente, no pude reunir tantos datos, puesto que soy forastero… —objetó Piotr Petróvich algo picado—. Pero, se trata de dos habitaciones aseadísimas. Y, siendo para un plazo tan breve… Porque he encontrado ya un buen

piso, o sea, nuestro futuro apartamento —se volvió hacia Raskólnikov—, y ahora lo están acondicionando. Pero, entre tanto, también yo me alojo estrechamente, en habitaciones amuebladas, a dos pasos de aquí, en el piso que alquila, en casa de la señora Lippewechsel, un joven amigo mío: Andréi Semiónovich Lebeziátnikov. Precisamente él fue quien me habló de la casa de Bakaléiev.

—¿Lebeziátnikov? —profirió lentamente Raskólnikov como si tratara de recordar algo.

—Sí. Andréi Semiónovich Lebeziátnikov, funcionario de un ministerio. ¿Acaso lo conoce usted?

—Pues…, no —contestó Raskólnikov.

—Dispense, pero me había parecido, por su pregunta… Yo fui tutor suyo durante un tiempo… un joven muy agradable… y al tanto de las cosas… A mí me gusta tratar con gente joven porque a través de ella se aprenden cosas nuevas. —Piotr Petróvich miró a los presentes, esperando una palabra de estímulo.

—¿En qué sentido? —preguntó Razumijin.

—Pues, digamos que en el sentido más serio, en el sentido esencial —contestó Piotr Petróvich como alegrándose de la pregunta. Verá usted: yo, hace diez años que no había visitado la capital. Todas esas novedades, reformas e ideas que aquí bullen nos llegan también a provincias; sin embargo, para tener una visión más clara y abarcarlo todo, es preciso hallarse en San Petersburgo. En cuanto a mí, opino que, cuanto más observa uno y más se entera de las cosas, es estudiando a las generaciones jóvenes. Y, la verdad, me he congratulado…

—¿De qué?

—Su pregunta abarca muchas cosas. Quizá esté equivocado, pero me parece que en la gente joven encuentro una visión más clara, más sentido crítico, más pragmatismo…

—Eso es cierto —terció Zosímov.

—Mentira. No tienen ese pragmatismo —objetó Razumijin—. El pragmatismo es difícil de adquirir y no cae llovido del cielo. Además nosotros llevamos casi doscientos años ajenos a todo lo que huele a pragmatismo... Es posible que bullan ciertas ideas —se dirigía a Piotr Petróvich— y que exista el deseo, aunque pueril, de practicar el bien. Incluso podemos encontrar manifestaciones de honradez, pese a la infinidad de bribones que pululan; pero, con todo, no hay pragmatismo. El pragmatismo anda con botas altas.

—Disiento de usted —objetó Piotr Petróvich con evidente gozo—. Cierto que surgen arrebatos y se cometen errores, pero también hay que ser condescendiente: los arrebatos son prueba de que existe ardor por la causa y también evidencian el ambiente anormal en que se desenvuelve esa causa. Y si lo que se ha hecho es escaso, tampoco ha habido mucho tiempo. En cuanto a los medios, ni siquiera los menciono. A mi modo de ver, si quiere que se lo diga, algo se ha hecho ya: se han divulgado ideas nuevas y provechosas, se han divulgado obras nuevas y útiles en sustitución de las anteriores, soñadoras y románticas; la literatura gana en madurez; muchos prejuicios perniciosos han sido erradicados y ridiculizados... En una palabra, hemos roto irreversiblemente con el pasado, y eso supone ya, en mi opinión, un logro...

—¡Vaya perorata! ¡Y qué presunción! —profirió de pronto Raskólnikov.

—¿Decía usted? —inquirió Piotr Petróvich, que no había oído bien, pero no recibió respuesta.

—Todo eso es cierto —se apresuró a intervenir Zosímov.

—¿Verdad que sí? —prosiguió Piotr Petróvich con una amable mirada a Zosímov—. Admita usted —se dirigía de nuevo a Razumijin, pero ya con leve matiz de triunfo y superioridad, casi a punto de llamarle «joven»— que se

observa cierto avance, o progreso, como se dice ahora, por lo menos en lo que respecta a la ciencia y a la verdad económica…

—¡Eso es un tópico!

—No. No es un tópico. Si a mí, pongamos por ejemplo, me decían hasta ahora «ama a tu prójimo» y yo así lo hacía, ¿qué resultaba? Pues resultaba que yo partía mi levita en dos para darle la mitad al prójimo, con lo cual nos quedábamos ambos a medio vestir, haciendo honor al dicho ruso de que quien persigue a varias liebres a la vez no caza ninguna. La ciencia, en cambio, dice: ámate a ti mismo antes que a nadie porque, en este mundo, todo se basa en el interés personal. Si te amas sólo a ti mismo, sacarás a flote tus asuntos y conservarás entera la levita. La verdad económica, por su parte, agrega que cuanto más a flote marchen los asuntos personales dentro de la sociedad, o sea, cuantas más levitas enteras haya, mayor número de puntales firmes tendrá esa sociedad y, por ende, mejor organizada estará la causa común. De modo que, dedicándome única y exclusivamente a mi prosperidad es como contribuyo a la prosperidad de todos y a que mi prójimo obtenga una parte algo mayor de la levita, y no ya en virtud de dones particulares, sino como consecuencia del acrecentado bienestar general. La idea es sencilla aunque, lamentablemente, ha tardado mucho en revelarse, oculta tras el entusiasmo y el romanticismo injustificados, cuando sólo habría bastado un poco de ingenio para adivinar…

—Disculpe usted, pero tampoco yo soy muy ingenioso —le interrumpió ásperamente Razumijin—, de manera que vamos a dejar el asunto. Inicié la conversación con un propósito determinado, pues estoy tan asqueado de escuchar a lo largo de tres años toda esta cháchara sin fundamento y todos estos tópicos permanentes, que, ¡por Dios!, me ruborizo cuando alguien los saca a colación

delante de mí. Por supuesto, usted se ha apresurado a hacer gala de sus conocimientos, cosa muy justificable, y no se lo critico. Por mi parte, yo sólo quería enterarme de qué clase de persona es usted, porque ha de saber que, en los últimos tiempos, ha habido tantos aprovechados que han hecho suya la causa del progreso y, en su interés particular, han deteriorado hasta tal punto cuanto han rozado, que todo lo han echado a perder. Y, ¡basta ya!

—Caballero —comenzó el señor Luzhin muy digno—, ¿acaso quiere dar a entender de modo tan improcedente que yo…?

—¡Por Dios santo! ¿Cómo iba yo…? Pero, dejémoslo… —le atajó Razumijin volviéndose hacia Zosímov para proseguir la conversación.

Piotr Petróvich tuvo la suficiente sensatez para aceptar la explicación sin más. Aunque, decidió retirarse al cabo de un par de minutos.

—Abrigo la esperanza —le dijo a Raskólnikov— de que, en virtud de ciertas circunstancias que usted conoce, esta relación que acabamos de entablar se ahonde cuando usted se restablezca… Le deseo especialmente una pronta mejoría…

Raskólnikov no se dignó volver la cabeza. Piotr Petróvich comenzó a levantarse de su silla.

—El asesino tiene que ser uno de los clientes —aseguró rotundamente Zosímov.

—¡Pues, claro que sí! —confirmó Razumijin—. Porfiri no suelta prenda, pero lo cierto es que está interrogando a los clientes de la usurera.

Raskólnikov levantó la voz:

—¿Dices que está interrogando a los clientes?

—Sí. ¿Y qué?

—Nada.

—Koch citó algunos nombres, otros figuraban en la envoltura de los objetos empeñados y algunas personas se presentaron al enterarse de la noticia…

—¡Bien astuto y experto tiene que ser el canalla! ¡Qué audacia! ¡Qué atrevimiento!

—Pues, eso es cabalmente lo que no tuvo —intervino Razumijin—. Y eso es lo que os ha ofuscado a todos. Yo, en cambio, opino que es torpe e inexperto y que ése ha sido, probablemente, su primer golpe. Supongamos que se tratara de un crimen premeditado y de un criminal astuto. Entonces, el resultado es ilógico. Pero, supongamos que se trata de un criminal inexperto, y nos encontraremos con que se ha salvado por pura casualidad. ¡Pero, si hasta es posible que no previera los eventuales obstáculos! ¿Y qué me decís de su comportamiento? Se apodera de baratijas de diez o veinte rublos, se llena los bolsillos con ellas, rebusca entre la ropa de la vieja, entre unos pingos, mientras que en el cajón de arriba de la cómoda han sido hallados, dentro de una caja, mil quinientos rublos en metálico y unos billetes. Y no fue capaz de robar. Sólo fue capaz de matar. ¡Te digo que era su primer golpe, hombre, su primer golpe! Perdió la cabeza. Y no se salvó por cálculo, sino por casualidad.

—Al parecer, se refieren ustedes al reciente asesinato de una vieja, viuda de un funcionario —terció Piotr Petróvich dirigiéndose a Zosímov.

El visitante estaba ya de pie, con el sombrero y los guantes en la mano, y quiso pronunciar todavía algunas palabras sesudas antes de retirarse. Se ve que deseaba causar una impresión favorable, y su vanidad fue más fuerte que su sentido común.

—Sí. ¿Se ha enterado usted?

—Claro. Habiendo ocurrido tan cerca…

—¿Conoce los detalles?

—No diría yo tanto. Pero, a mí, lo que me interesa es otra circunstancia: la cuestión en su conjunto, por así decir. Sin hablar ya de que la delincuencia ha aumentado entre la clase baja durante los últimos cinco años; sin hablar de los incendios y los saqueos que se cometen constantemente en todas partes, lo que más me aterra es que también en las clases altas se multiplican los delitos de la misma manera y se diría que paralelamente. Que si un ex estudiante ha asaltado el coche del correo en el camino real; que si en otro sitio fabrican billetes falsos gentes de alta posición social; que si en Moscú han detenido a toda una banda de falsificadores de bonos del último empréstito premiable y uno de los principales encartados es profesor de Historia Universal; que si uno de nuestros secretarios de embajada ha sido muerto en no sé qué país por un turbio asunto de dinero… Y si ahora resulta que esta vieja usurera ha sido asesinada por alguien de cierto fuste social, puesto que los plebeyos no empeñan objetos de oro, ¿cómo se explica esta depravación del estamento civilizado de nuestra sociedad?

—Se producen muchos cambios económicos… —opinó Zosímov.

—¿Que cómo se explica? —saltó Razumijin—. Pues se puede explicar, precisamente, por nuestra inveterada falta de sentido práctico.

—Y eso, ¿cómo se entiende?

—Por ejemplo, ¿qué contestó ese profesor de Moscú cuando le preguntaron por qué falsificaba bonos? Pues, contestó: «Todo el mundo se hace rico de una manera o de otra. Y, también yo he querido enriquecerme cuanto antes». No recuerdo si fueron estas palabras exactas, pero el sentido sí es ése: ganar dinero de inmediato y sin esfuerzo. Nos hemos acostumbrado a encontrarlo todo hecho, a avanzar apoyándonos en los demás, a comer el pan ya masticado. Y,

en cuanto las circunstancias lo han permitido, todos se han lanzado a aprovecharse…

—Pero, ¿y la moralidad? ¿Y los principios?

—¿Por qué alborota de esa manera? —intervino de pronto Raskólnikov—. ¡Si todo concuerda con su teoría!

—¿Con mi teoría?

—Lleve usted a una conclusión lo que predicaba hace un momento, y resultará que se puede degollar a la gente…

—¡Por Dios santo! —se sobresaltó Luzhin.

—¡No, eso no es así! —afirmó Zosímov.

Raskólnikov estaba pálido, le temblaba el labio superior y respiraba con dificultad.

—Todo tiene su límite —prosiguió Luzhin con altivez—. Las ideas económicas no son una invitación al asesinato. Porque, si vamos a suponer…

—¿Y no es cierto que usted —le interrumpió de nuevo Raskólnikov con voz trémula de furia en la que traslucía el placer de agraviarle—, no es cierto que le dijo usted a su prometida… precisamente cuando ella le daba su consentimiento, que se alegraba de modo especial de que ella fuera pobre… porque es preferible sacar a la futura esposa de la pobreza para dominarla después y echarle en cara que el marido es el bienhechor?

—¡Caballero! —exclamó Luzhin muy irritado, rojo como la grana y confuso—. Caballero… esa no es manera de tergiversar los pensamientos. Dispense usted, pero he de hacerle saber que los rumores llegados hasta usted o, mejor dicho, transmitidos a usted no tienen el menor fundamento y… me imagino quién… en fin… este dardo… en fin… su señora madre… Aunque, ya me había parecido a mí, y con todas sus relevantes cualidades, descubrir un matiz algo apasionado y romántico en su modo de pensar… Sin embargo, yo estaba a mil leguas de imaginar que pudiese

comprender y presentar las cosas bajo un aspecto tan desvirtuado por su fantasía… Y, por último… por último…

—¿Sabe usted una cosa? —gritó Raskólnikov incorporándose en la almohada y mirándolo fijamente con unos ojos que echaban chispas—. ¿Sabe usted una cosa?

—¿Qué cosa, vamos a ver? —Luzhin se detuvo y esperó con aire ofendido y retador. El silencio duró unos segundos.

—Pues que si se atreve usted una vez más a aludir a mi madre con una sola palabra… ¡le tiro de cabeza por las escaleras!

—Pero, ¿qué te ocurre? —exclamó Razumijin.

—¡Acabáramos! —Luzhin palideció y se mordió los labios —. Óigame, caballero —comenzó con deliberada lentitud y esforzándose por contenerse, pero jadeante—: yo había advertido ya desde el primer momento su hostilidad, pero he permanecido aquí expresamente para enterarme mejor. Muchas cosas podría yo perdonar a un enfermo y futuro pariente, pero ahora… a usted… jamás…

—¡No estoy enfermo! —gritó Raskólnikov.

—Con mayor motivo…

—¡Váyase al demonio!

Pero Luzhin se marchaba ya, sin acabar su discurso, deslizándose de nuevo entre la mesa y la silla. Esta vez, Razumijin se levantó para dejarlo pasar. Sin mirar a nadie ni siquiera dirigir una inclinación de cabeza a Zosímov, que llevaba un rato haciéndole señas para que dejara tranquilo al enfermo, Luzhin se retiró y, por precaución, levantó su sombrero hasta la altura del hombro cuando tuvo que inclinarse para trasponer la puerta. Y, al hacerlo, incluso el arco de su espinazo expresaba que salía de allí horriblemente agraviado.

—Pero, ¿cómo has sido capaz? ¿Cómo es posible? —comentó Razumijin perplejo.

—¡Dejadme, dejadme todos! —gritó Raskólnikov frenético —. ¿Vais a dejarme de una vez, verdugos? No me dais miedo. ¡Ahora, yo no le tengo miedo a nadie, a nadie! ¡Largo de aquí! ¡Quiero estar solo, solo!

—Vámonos —dijo Zosímov haciéndole una seña a Razumijin.

—Escucha, ¿podemos dejarlo así?

—Vámonos —insistió Zosímov, y salió. Después de una breve vacilación, Razumijin se apresuró a seguirlo.

—Quizá habría sido peor si no le hubiéramos hecho caso —dijo Zosímov, ya en la escalera—. No hay que irritarlo…

—¿Qué le pasa?

—Si fuera posible provocarle una sacudida favorable… Hace un rato se encontraba mejor… Algo le trabaja la mente, ¿sabes? Una idea fija, que le agobia… Y eso me preocupa mucho, te lo aseguro.

—Quizá sea algo relacionado con ese señor, con ese Piotr Petróvich. A juzgar por lo que han hablado, tiene intención de casarse con la hermana de Rodia y Rodia se enteró de ello, justo antes de caer enfermo, por una carta que recibió…

—Sí. Una visita muy inoportuna que puede echarlo todo a perder. ¿Y te has dado cuenta de que todo le deja indiferente, de que no quiere hablar y lo único que le saca de quicio es el asunto del asesinato?

—¡Sí, sí! —corroboró Razumijin—. Claro que me he dado cuenta. Le interesa y le preocupa. Precisamente con eso le dieron un susto el día que cayó enfermo en la comisaría. Tanto es así, que se desmayó.

—A ver si esta noche me cuentas todo eso con más detalle y luego te diré yo algo. Me tiene intrigado. Mucho. Volveré a echarle un vistazo dentro de media hora… Peligro de congestión no hay, desde luego…

—Gracias. Mientras, yo esperaré en casa de Páshenka y estaré al tanto a través de Nastasia…

Una vez solo, Raskólnikov miró con impaciencia y contrariedad a Nastasia, que no acababa de marcharse.

—¿Quieres tomar ahora un poco de té? —preguntó la mujer.

—Luego. Tengo sueño. Déjame…

Se volvió de golpe hacia la pared; Nastasia salió.

VI



PENAS se marchó la criada, Raskólnikov se levantó, echó el pestillo de la puerta, deshizo el bulto de ropa traído por Razumijin y que había vuelto a atar después de enseñarle el contenido, y comenzó a vestirse. Hecho extraño, parecía que de pronto se había tranquilizado totalmente: no quedaba rastro del delirio anterior ni del pánico que sentía últimamente. Era aquél un primer momento de extraña y repentina calma. Sus movimientos, precisos, revelaban un firme propósito. «Hoy, tiene que ser hoy…», murmuraba para sus adentros. Comprendía, sin embargo, que aún estaba débil, pero le daba fuerzas y confianza en sí mismo una tensión espiritual tan potente que se había transformado en calma, en idea fija. Esperaba que no se desmayaría en la calle. Ya vestido con la ropa traída por Razumijin, contempló el dinero que había encima de la mesa y, después de una breve vacilación, se lo guardó en el bolsillo. Eran veinticinco rublos. Recogió también las monedas que habían quedado de los diez rublos empleados por Razumijin en la ropa. Luego quitó el pestillo sin hacer ruido, salió del cuarto, bajó la escalera y miró por la puerta de la cocina, abierta de par en par: Nastasia, vuelta de espaldas, se inclinaba sobre el *samovar* de la patrona que estaba encendiendo. No le oyó pasar. Además, ¿quién iba a imaginarse que fuera a salir? Un minuto después, estaba en la calle.

Serían las ocho de la tarde, y el sol estaba en su ocaso. Seguía haciendo bochorno, pero Raskólnikov aspiró con avidez aquel aire hediondo, polvoriento y contaminado por la ciudad. Empezó a notar un ligero vértigo, pero una especie de energía salvaje refulgió de pronto en sus ojos congestionados y en su rostro lívido y demacrado. No sabía

adónde ir, ni pensaba en ello. Sólo sabía una cosa: que debía poner fin a todo *eso* de una vez para siempre, inmediatamente, y que, de lo contrario, no volvería a su casa porque no *quería vivir así*. Pero, ¿cómo ponerle fin? ¿Qué hacer? No tenía la menor idea ni quería pensar en ello. Apartaba ese pensamiento de su mente porque lo atormentaba. Lo único que sentía y sabía era que todo debía cambiar de una manera o de otra, y «sea como sea», se repetía con una convicción y una decisión inquebrantables.

La fuerza de la costumbre le hizo encaminarse hacia la plaza Sennáia por el trayecto de sus paseos habituales. Antes de llegar vio en medio de la calzada, delante de una tienda, a un organillero, joven y de pelo negro, que tocaba una romanza muy sentimental, acompañando a una muchacha de unos quince años, de pie en la acera frente a él. Vestía como una señorita con crinolina[61] mantilla, guantes y sombrero de paja rematado por una pluma de color rojo rabioso, pero todo ello viejo y raído. Cantaba con voz desgarrada y trémula, aunque bastante fuerte y agradable, en espera de que el tendero les diese un par de *kopeks*. Raskólnikov se detuvo junto a dos o tres transeúntes allí parados, escuchó unos momentos, sacó una moneda de cinco *kopeks* y se la puso en la mano a la muchacha. Ésta suspendió la romanza de golpe, en la nota más aguda y sentimental, gritó bruscamente «basta» a su compañero, y ambos echaron a andar hacia la tienda siguiente.

—¿Le gustan las canciones callejeras? —preguntó Raskólnikov sin más, a uno de los que estaban allí parados, hombre de cierta edad con aire ocioso, que lo miró muy sorprendido—. A mí me gustan —prosiguió Raskólnikov, pero como si se refiriera a otra cosa—; me gusta oírlas, cuando las cantan con acompañamiento de organillo, en uno de esos atardeceres otoñales fríos, oscuros y húmedos, sobre todo húmedos, cuando todos los transeúntes tienen la cara lívida

y verdosa; o, mejor todavía, cuando nieva sin que haga viento y los copos mojados caen como un cendal, ¿sabe?, y la luz de los faroles brilla a través…

—No sé… Perdone —farfulló el aludido, sobresaltado por la pregunta y por el extraño aspecto de Raskólnikov, y cruzó a la otra acera.

Raskólnikov siguió adelante y llegó a la esquina de la plaza Sennáia donde vio al buhonero y su mujer hablando con Lizaveta; pero, ahora no estaban allí. Al reconocer el lugar, se detuvo, miró en torno y le preguntó a un mozo de camisa roja que bostezaba a la puerta de un almacén de granos:

—¿No suelen tener aquí su puesto un buhonero y su mujer?

—Aquí hay muchos que tienen puestos —contestó el mozo mirando a Raskólnikov de arriba abajo con altivez.

—¿Cómo se llama?

—Como le pusieron al bautizarlo.

—¿No serás tú de Zaraisk por casualidad? ¿De qué provincia?

El mozo miró de nuevo a Raskólnikov.

—Lo nuestro no es provincia, sino distrito. Y el que hizo el viaje fue mi hermano y no yo, de manera que no lo sé… Espero que me perdone, Excelencia…

—¿Lo de arriba es una taberna?

—Es una casa de comidas. Y hay billar. Y princesas, si se quiere… ¡Gente de postín!

Raskólnikov cruzó la plaza hasta una esquina donde había un nutrido grupo de gente, todos hombres de pueblo. Se metió entre ellos, escudriñando los rostros. Sentía la necesidad de hablar con todo el mundo. Pero los hombres no le hacían caso y continuaban hablando a gritos entre ellos. Estuvo allí un rato y optó por torcer a la derecha en

dirección a la avenida Voznesenski. Al dejar la plaza, se encontró en una calleja…

A menudo había pasado por aquella breve calleja que, después de un recodo, conducía a la calle Sadóváia. Últimamente, cuando se sentía asqueado, le daba por deambular por todos aquellos lugares «para sentirse aún más asqueado», decía. En aquella ocasión, sin embargo, no pensaba en nada al entrar en la calleja. Había en ella un vasto edificio totalmente ocupado por figones y otros establecimientos de comidas y bebidas, de donde salían a cada momento mujeres vestidas «de trapillo», sin nada a la cabeza ni sobre los hombros. En dos o tres lugares formaban corrillos en las aceras, especialmente junto a las escalerillas que daban acceso a los sótanos donde se encontraban diversos locales de esparcimiento. De uno de ellos salía en ese momento una gran algarabía que llenaba la calle: rasgueo de guitarra, canciones y gritos de regocijo. Un grupo numeroso de mujeres —unas sentadas en los peldaños o en la acera y otras de pie— charlaban a la entrada. Un soldado borracho y con un cigarrillo en la boca rondaba por allí blasfemando a más y mejor, como si tuviera intención de ir a alguna parte, pero no recordara adonde. Un golfillo disputaba con otro y un sujeto totalmente borracho estaba tendido en mitad de la calle. Raskólnikov se detuvo junto al grupo de mujeres. Hablaban con voces roncas; llevaban vestidos de percal, zapatos de badana y el cabello descubierto. Algunas habían pasado ya de los cuarenta, pero otras no tendrían más de diecisiete años y casi todas ostentaban algún ojo morado.

A Raskólnikov le atraían el canturreo, el alboroto y el estrépito que llegaban de abajo… Entre las risas y los gritos podía oír a alguien que bailaba frenéticamente, marcando a taconazos el ritmo de una copla cantada en falsete al son de la guitarra. Y él escuchaba, con atención y aire sombrío y

absorto, inclinándose hacia la puerta, para curiosear desde la acera lo que ocurría en el zaguán.

Bravo soldadito mío,
no me pegues sin motivo,

modulaba la voz de falsete. Raskólnikov sintió el imperioso deseo de escuchar toda la canción, como si le hubiera ido algo en ello.

«¿Y si entrara? —se dijo—. Están riendo. De puro borrachos. ¿Y si me emborrachara yo también?».

—¿No entra usted, señorito? —preguntó una de las mujeres con voz menos ronca que la de las otras. Era joven y la única que no repelía.

—¡Mira qué guapa! —replicó él enderezándose para mirarla.

La mujer sonrió, encantada del piropo.

—También usted es muy guapo —dijo.

—Pero, ¡qué flaco! —observó otra con voz bronca—. ¿Es que acaba de salir del hospital?

—Parecen hijas de general, pero todas son vulgares —intervino de pronto un campesino que se acercaba en ese momento. Llevaba el tabardo desabrochado y tenía una jeta astutamente risueña—. Vaya jolgorio, ¿eh?

—Pasa, ya que has venido.

—¡Allá voy, encanto! —y se lanzó escaleras abajo.

Raskólnikov reanudó su marcha.

—¡Oiga, señorito! —gritó la mujer cuando se alejaba.

—¿Qué?

Ella se quedó algo cortada.

—Pues, que siempre me encantará pasar un rato con usted, simpático señorito; quería decírselo, pero ahora me da vergüenza. ¿Por qué no me regala seis *kopeks* para una copa, ya que es un caballero tan amable?

Raskólnikov sacó del bolsillo lo que encontró a mano: tres monedas de cinco *kopeks*.

—¡Pero, qué caballero tan rumboso!

—¿Cómo te llamas?

—Pregunte por Duklida.

—Pero, ¿dónde se ha visto nada igual? —observó de pronto una del grupo señalando a Duklida con la cabeza—. ¡Mira que pedir dinero con ese descaro…! A mí, se me habría caído la cara de vergüenza…

Raskólnikov miró con curiosidad a la que así hablaba. Era una mujer picada de viruelas, de unos treinta años, cubierta de cardenales y con el labio superior hinchado. Hablaba y criticaba con calma y gravedad.

«En algún sitio he leído —pensó Raskólnikov siguiendo su camino—, en algún sitio he leído que, una hora antes de su ejecución, un condenado a muerte decía o pensaba que si hubiera tenido que vivir en lo alto de un risco, en un espacio tan reducido que sólo le permitiera permanecer de pie, rodeado de precipicios, de tormentas, de un océano, de la eterna oscuridad, y la soledad eterna, y quedarse así, de pie sobre un palmo de roca, toda la vida, mil años, una eternidad, habría preferido vivir así que morir en aquel momento. ¡Cualquier cosa con tal de vivir, de vivir, de vivir! ¡Vivir como sea, pero vivir!… ¡Qué verdad tan grande! ¡Dios mío, qué verdad! ¡El hombre es ruin! ¡Y también es ruin quien así le llama!», agregó al cabo de un instante.

Desembocó en otra calle. «¡Hombre! ¡El Palacio de Cristal! Razumijin me habló hace poco del Palacio de Cristal. Pero, ¿qué quería yo? ¡Ah, sí! Leer lo del suceso… Zosímov ha dicho que está en los periódicos…».

—¿Tiene periódicos? —preguntó al entrar en aquel establecimiento de comidas, muy amplio e incluso aseado, que tenía varias salas, aunque poco concurridas. Dos o tres parroquianos tomaban té y, en un local del fondo, había un

grupo de cuatro personas que bebían champán. Le pareció que uno de ellos era Zamiótov, aunque desde lejos no podía verlo bien.

«¿Qué más da?», pensó.

—¿*Vodka*, señor? —preguntó el camarero.

—Tráeme té y búscame algunos periódicos atrasados, de los últimos cinco días por ejemplo. Y cuenta con una propina.

—A su servicio. Por lo pronto, aquí están los de hoy. ¿No quiere *vodka*, señor?

Cuando le trajeron el té y los periódicos atrasados, Raskólnikov se acomodó mejor y se puso a hojearlos: «Izler… Izler…[62] los aztecas… los aztecas… Izler… Bartola… Massimo…[63] los aztecas… Izler… ¡Qué demonios! ¡Ah, aquí están los sucesos! Una mujer se cae por las escaleras… Un borracho arde vivo… Incendio en Peski… Incendio en el barrio Petersbúrgskaia…[64] Otro incendio en Petersbúrgskaia… Otro incendio más en Petersbúrgskaia… Izler… Izler… Izler… Izler… Massimo… ¡Ah! Aquí está…».

Había encontrado por fin lo que buscaba, y se puso a leer. Los renglones danzaban delante de sus ojos, pero se leyó todo el «suceso» y se puso a rastrear ansiosamente más información en los números siguientes. Las manos le temblaban de la febril impaciencia con la que pasaba las hojas. De repente, alguien se sentó a su lado. Miró, y vio a Zamiótov, el mismo Zamiótov, con el mismo aspecto, con sus sortijas y sus cadenas, con el pelo negro rizoso y engominado, peinado con raya, con un chaleco a la última moda, la levita algo raída y la camisa dudosamente limpia. Estaba de buen humor o, por lo menos, ostentaba una sonrisa alegre y afable. Su rostro moreno estaba algo arrebolado por el champán recién consumido.

—¡Cómo! ¿Usted por aquí? —exclamó sorprendido y en el mismo tono que si se conocieran de toda la vida—. ¡Pero, si

Razumijin me dijo ayer mismo que no había usted recobrado todavía el sentido! ¡Qué raro! Le advierto que fui a visitarlo…

Raskólnikov sabía que se acercaría a su mesa. Dejó los periódicos a un lado y se volvió hacia Zamiótov. Crispaba sus labios una sonrisa irónica que dejaba traslucir una impaciencia irritada.

—Ya sé que fue —contestó—. Me lo dijeron. Buscaba un calcetín… ¿Sabe que Razumijin le admira mucho? Dice que fueron juntos a casa de *Laviza* Ivánovna, esa señora por la que se interesaba usted tanto aquel día y, al respecto, le hacía al teniente Pólvora guiños que él no entendía, ¿se acuerda? Parece mentira que no comprendiera estando la cosa tan clara, ¿eh?

—¡Qué alborotador es!

—¿Quién? ¿El teniente Pólvora?

—No. Su amigo Razumijin…

—Se da usted buena vida, señor Zamiótov; tiene entrada franca en lugares muy agradables. ¿Quién estaba ahora llenándole de champán?

—Estábamos sencillamente tomando una copa… ¿Y a qué viene eso de que me estaban llenando?

—En concepto de honorarios, vamos. Le saca usted provecho a todo —Raskólnikov soltó la risa—. Nada, muchacho, nada —añadió pegándole a Zamiótov una palmada en el hombro—. No se lo digo para molestarlo, sino «de broma», como decía ese pintor de puertas cuando le atizaba a Mitri. Ya sabe, los de ese asunto de la vieja…

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Es posible que sepa más que usted.

—Está usted algo raro… Seguro que aún sigue enfermo. Ha hecho mal saliendo a la calle…

—¿Le parezco raro?

—Sí. ¿Qué está leyendo?

—Unos periódicos.

—Hablan mucho de los incendios.

—No, yo no estoy leyendo lo de los incendios —replicó mirando a Zamiótov con aire de misterio y la misma mueca zumbona en los labios—. No, no estaba leyendo lo de los incendios —repitió con un guiño—. Confiese, mi querido jovencito, que arde en deseos de saber lo que estaba leyendo.

—En absoluto. Preguntaba sólo por preguntar. ¿O es que está prohibido? ¿A qué viene…?

—Dígame: usted es un hombre instruido, aficionado a la literatura, ¿verdad?

—Llegué hasta el sexto del liceo —contestó Zamiótov con dignidad.

—¡Hasta el sexto! ¡Miren qué gorrioncito! Con raya en el pelo y sortijas en los dedos: ¡todo un ricachón! Pero, ¡qué chico tan encantador! —Raskólnikov soltó una carcajada nerviosa en la misma cara de Zamiótov, que pegó un respingo, más sorprendido que agraviado.

—¡Pero, qué raro es usted! —repitió Zamiótov muy serio —. Me parece que todavía está delirando.

—¿Que estoy delirando? Te equivocas, gorrioncito mío. Dice que soy raro. Conque le parezco extraño, ¿eh? ¿Le parezco extraño?

—En efecto.

—¿Tiene curiosidad por saber lo que estaba leyendo, lo que buscaba? ¡Mire cuántos periódicos he mandado traer! Y resulta extraño, ¿eh?

—Dígamelo si quiere.

—¿Ya está al acecho?

—¿Por qué al acecho?

—Ya se lo diré después. Pero ahora, amiguito, le hago saber…; pero, no, mejor será «confieso»… Aunque, tampoco es eso. «Yo hago una declaración y usted la recoge»… ¡Eso

es! Declaro que estaba leyendo, que me interesaba, que buscaba y rebuscaba… —hizo una pausa y entornó los ojos—, que rebuscaba, y para eso entré aquí, las informaciones referentes al asesinato de la vieja prestamista —concluyó al fin en un susurro, con la cara pegada a la de Zamiótov, que también lo miraba fijamente, sin hacer un movimiento ni apartar el rostro. Lo que más le extrañaba luego a Zamiótov era que el silencio duró un minuto entero y que se pasaron el minuto entero mirándose de ese modo el uno al otro.

—¿Y qué pasa con que estuviera leyendo? —gritó de pronto, impaciente y perplejo—. ¿A mí qué me importa? ¿Qué tiene de particular?

El rostro impasible y grave de Raskólnikov se transfiguró repentinamente y soltó la misma risa que antes, como si fuera incapaz de contenerse. Y en un instante recordó con suma nitidez la sensación experimentada en otro momento reciente, cuando se hallaba detrás de la puerta con el hacha en la mano y el pestillo se movía y los dos hombres que había al otro lado blasfemaban y trataban de abrir y él sintió de pronto el deseo de gritarles, de insultarles, de sacarles la lengua, de encorajinarles y de reír, de reír y reír a carcajadas.

—O está usted loco, o… —profirió Zamiótov, y se interrumpió, como bajo la impresión de una idea que acabara de pasarle por la mente.

—¿O qué? ¿Eh? ¿O qué? A ver, dígalo.

Ambos callaron. Pasado su repentino ataque de risa histérica, Raskólnikov se había quedado ensimismado y triste. Se acodó en la mesa y apoyó la cabeza en una mano. Parecía haberse olvidado por completo de Zamiótov. El silencio se prolongó un buen rato.

—¿Por qué no se toma el té? Se va a enfriar —apuntó Zamiótov.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿El té…? Es verdad… —Raskólnikov tomó un sorbo del vaso, se llevó un trozo de pan a la boca y, al mirar en ese momento a Zamiótov, pareció recordarlo todo y reaccionó: su rostro recobró al instante la expresión burlona de antes. Siguió tomándose pausadamente el té.

—Últimamente, se están cometiendo muchos delitos —dijo Zamiótov—. Hace poco leí en *Moskovskie védomosti*[65] que habían cazado a una banda de falsificadores. Habían formado toda una sociedad. Falsificaban billetes.

—¡Oh, eso fue hace ya tiempo! Lo leí el mes pasado —contestó Raskólnikov con calma—. ¿Y le parece que esos son delincuentes? —agregó riendo.

—Pues, ¿qué otra cosa son?

—¿Esos? Esos son unos críos, unos párvulos y no unos delincuentes. ¡Miren que juntarse cincuenta para una cosa así! ¿Cómo es posible? Pero, si con tres habría bastado, siempre que cada uno tuviera en los otros la misma confianza que en sí mismo… Basta con que uno se vaya de la lengua estando borracho para que todo se hunda. ¡Pazguatos! Y para cambiar los billetes emplean a gente de poca confianza. ¡Como si se pudiera encargar a cualquiera de una cosa así! Bueno, supongamos que el negocio hubiera salido bien y que cada uno de esos pazguatos se hubiese hecho con un millón. Y luego, ¿qué? ¿Y todo el resto de sus vidas? Cada uno tendría que pasarse el resto de su vida dependiendo de los demás. Para eso, ¡más vale ahorcarse! Además, tampoco tuvieron sangre fría para cambiar los billetes. Uno se presenta en una ventanilla a cambiar, le dan cinco mil rublos y le tiemblan las manos. Cuenta cuatro fajos de mil y el quinto se lo mete en el bolsillo, sin más, y a largarse cuanto antes. Y despertó sospechas, claro. Así que, por un estúpido, se vino todo el negocio abajo. ¿Cómo puede ocurrir una cosa así?

—¿Le temblaron las manos? —inquirió Zamiótov—. Pudo ocurrir, en efecto. Estoy absolutamente convencido de que puede ocurrir. Hay veces que fallan los nervios.

—¿Que fallan los nervios?

—¿Acaso a usted no le fallarían? Pues, a mí sí. ¡Mire que correr un riesgo semejante por cien rublos! Ir con un billete falso a la ventanilla de un banco donde se conocen todas las artimañas… Yo, la verdad, me habría desconcertado. ¿Y usted?

Raskólnikov volvió a sentir el deseo irresistible de sacarle la lengua. Le recorrió la espalda un escalofrío.

—Yo no lo hubiera hecho de esa manera —empezó a imaginar Raskólnikov—. Cuando me hubieran dado el cambio, habría recontado sus tres o cuatro veces el primer fajo de mil, empezando por arriba y por abajo y comprobando cada billete y habría empezado con el segundo fajo; pero, al llegar a la mitad, habría sacado al azar un billete de cincuenta rublos para mirarlo al trasluz, darle unas cuantas vueltas, mirarlo de nuevo al trasluz como comprobando que no era falso. Diría: «Es que tengo miedo, ¿sabe?, porque una parienta mía perdió así veinticinco rublos hace unos días», y le largaría todo un cuento. Y, al empezar con el tercer fajo de mil: «Perdón, pero me parece que me equivoqué, en ese otro fajo, cuando iba por los setecientos», y dejaría el tercer fajo para volver al segundo, y así con los cinco… Una vez terminado el recuento, habría entresacado un billete del quinto fajo y otro del segundo, y otra vez a mirarlos al trasluz, y otra vez a parecer mosqueado —«tenga la bondad de cambiármelos por otros»— y así hasta marear tanto al empleado, que estaría deseando perderme de vista. Concluidas al fin todas esas manipulaciones, habría hecho como si fuera a abrir la puerta para marcharme, pero, ¡quiá!, aún volvería a preguntar algo, a pedir cualquier información… ¡Así lo hubiera hecho yo!

—¡Qué cosas tan estrafalarias se le ocurren! —dijo Zamiótov riendo—. Pero todo eso es hablar por hablar y, llegado el caso, también usted tropezaría. Le diré que, a mi entender, ni siquiera un hombre experto y atrevido puede responder de sus nervios. Cuanto menos una persona cualquiera como usted o yo. Ahí tiene, sin ir más lejos, el ejemplo de la vieja que han asesinado en nuestro barrio. Aparentemente, se trata de un individuo decidido, que se jugó el todo por el todo en pleno día y se salvó de milagro. Sin embargo, también a él le temblaron las manos; no pudo llevárselo todo porque le fallaron los nervios. Salta a la vista…

Raskólnikov pareció ofenderse.

—¿Que salta a la vista? Pues, ¡ande y échele el guante! —gritó como retando a Zamiótov.

—Pues, claro que le echaremos el guante.

—¿Quién? ¿Usted? ¿Que le va a echar el guante? ¡Ya tendría que correr! Porque, para usted, lo importante es si un hombre gasta dinero o no. ¿Cómo no va a ser el culpable, si no tenía dinero y de pronto empieza a gastar? Razonando de ese modo, hasta una criatura podría embaucarle, si quisiera.

—¡Pero, si eso es lo que hacen todos! —contestó Zamiótov—. Matan con mucha astucia, exponen la vida, pero se van de cabeza a una taberna, y allí los pescan. Los pescan, precisamente, porque despierta sospechas el dinero que gastan. No son tan listos como usted. Usted no se metería en una taberna, por supuesto.

Raskólnikov frunció el ceño y miró fijamente a Zamiótov.

—Parece que le ha tomado el gusto a mis explicaciones y querría saber lo que yo habría hecho en un caso así —dijo desabridamente.

—Sí que me gustaría —contestó Zamiótov firme y seriamente, y resultaba excesiva la seriedad con que

hablaba y miraba ahora.

—¿Le gustaría mucho?

—Mucho.

—Está bien. Pues, verá usted lo que yo hubiera hecho —comenzó Raskólnikov, y otra vez acercó de golpe su cara a la de Zamiótov, mirándolo de nuevo fijamente y hablándole de nuevo en un susurro, hasta el punto de que le hizo estremecerse—. Verá lo que yo hubiera hecho: yo habría agarrado el dinero y el resto y, nada más marcharme de allí, sin entrar en ningún sitio, habría ido a algún lugar apartado, rodeado de vallas, por donde no pasara casi nadie… un huerto cualquiera o algo por el estilo. En ese sitio, que habría explorado ya antes, hallaría una piedra como de un *pud* o *pud* y medio de peso tirada en un rincón, junto a la valla, quizá desde que construyeron la casa. Levantaría la piedra, debajo de la cual habría seguramente algún hoyo, metería allí el dinero y lo demás, volvería a colocar la piedra igual que estaba antes, apisonaría la tierra alrededor y me largaría. Luego me pasaría un año, o dos años, o tres años sin tocar nada, ¡y ya podían buscarme!

—Está usted loco —profirió Zamiótov también en un susurro y apartándose de pronto, sin motivo aparente, de Raskólnikov que se había puesto lívido, tenía los ojos fulgurantes y el labio superior crispado y trémulo.

Raskólnikov se inclinó cuanto pudo hacia Zamiótov y, durante cosa de medio minuto, estuvo moviendo los labios, pero sin articular ni una sílaba. Era consciente de lo que hacía, pero no lograba dominarse. La palabra terrible le temblaba en los labios como entonces temblaba el pestillo de la puerta. Estaba a punto de brotar, no tenía más que soltarla, no tenía más que pronunciarla.

—¿Y si fuera yo quien mató a la vieja y a Lizaveta? —profirió de repente, y se dio cuenta de lo que había dicho.

Zamiótov lo miró, pasmado, y se quedó blanco como el mantel. Una extraña sonrisa le contrajo el rostro.

—¿Cómo es posible? —profirió con un hilo de voz.

Raskólnikov lo miró con rabia.

—Confiese que se lo ha creído. ¿Verdad que sí? ¿Verdad?

—¡En absoluto! Y ahora, menos que nunca —se apresuró a contestar Zamiótov.

—¡Por fin ha caído! He atrapado a mi gorrioncito. Puesto que ahora lo cree «menos que nunca», eso significa que sí lo creía antes.

—¡Le digo que en absoluto! —protestó Zamiótov, evidentemente confuso—. ¿Ha estado asustándome para llegar a este punto?

—De modo que no se lo cree, ¿eh? ¿Y de qué estuvieron hablando cuando yo me marché de la comisaría? ¿Y por qué me interrogó el teniente *Pólvora* después de mi desmayo? ¡Eh, tú! —le gritó al camarero, al tiempo que se levantaba y recogía su gorra—. ¿Cuánto es?

—Treinta *kopeks* —contestó el camarero acudiendo.

—Toma veinte más de propina. ¿Ve usted cuánto dinero? —dijo a Zamiótov extendiendo hacia él una mano temblorosa con algunos billetes—. Míralos: de cinco, de diez… veinticinco rublos en total. ¿De dónde los habré sacado? ¿De dónde habrá salido esta ropa nueva? Y bien sabe que yo no tenía ni un *kopek*. Porque, seguro que han interrogado ya a mi patrona… Bueno, vamos a dejarlo. *Asséz causé!*[66] Hasta la vista… Que usted lo pase bien…

Salió de allí, temblando todo él por una insoportable sensación histérica en la que también había parte de un insoportable deleite, pero sombrío y extenuado de cansancio. Tenía el rostro crispado como después de un ataque de nervios. Su agotamiento iba rápidamente en aumento. Sus fuerzas crecían al menor estímulo, a la menor

sensación irritante, y le abandonaban a medida que se debilitaba esa sensación.

En cuanto a Zamiótov, una vez solo permaneció un buen rato en el mismo sitio, pensativo. Sin proponérselo, Raskólnikov había alterado todas sus ideas acerca de cierto asunto y concretado definitivamente su punto de vista.

—¡Ilyá Petróvich es un estúpido! —concluyó rotundamente.

Nada más abrir la puerta de la calle, Raskólnikov tropezó de pronto en el porche con Razumijin que entraba en el establecimiento. No se habían visto y estuvieron a punto de pegarse cabeza contra cabeza. Estuvieron unos instantes mirándose de arriba abajo. Razumijin se había quedado atónito, pero un relámpago de auténtica ira refulgía de pronto amenazadoramente en sus ojos.

—¡De manera que estás aquí! —tronó a voz en grito—. ¡Te has escapado de la cama! ¡Y yo buscándote hasta debajo del sofá! ¡Incluso hemos subido a la buhardilla! He estado a punto de pegar a Nastasia por culpa tuya… ¡Y él aquí, tan campante! ¡Rodia! ¿Qué significa esto? ¡Dime toda la verdad! ¡Confiesa! ¿Oyes?

—Pues, significa que me tenéis todos más que harto y quiero estar solo —contestó Raskólnikov con calma.

—¿Solo? ¿Solo cuando todavía no puedes andar, cuando estás pálido como una sábana y te falta el aliento? ¡Estúpido!… ¿Qué has estado haciendo en el Palacio de Cristal? ¡Dímelo ahora mismo!

—Déjame pasar —dijo Raskólnikov y quiso seguir adelante. Aquello sacó ya de quicio a Razumijin, que le agarró con fuerza por un hombro.

—¿Que te deje pasar? ¿Te atreves a decirme que te deje pasar? ¿Sabes lo que voy a hacer ahora mismo contigo? Pues, te voy a agarrar, a atarte como un fardo y luego a llevarte a casa y a encerrarte bajo llave.

—Escucha, Razumijin —empezó Raskólnikov en voz baja y, al parecer, con toda calma—, ¿no te das cuenta de que no quiero tus favores? ¿A qué viene ese afán de hacer favores a quien los detesta, a quien, en fin de cuentas, le resultan insoportables? ¿Para qué me buscaste al principio, cuando caí enfermo? ¿Y si yo hubiera estado encantado de morirme? ¿Acaso no te he demostrado hoy suficientemente que me atormentas… que estoy harto de ti? Pero, ¡qué empeño en fastidiar a la gente! Te aseguro que todo esto perjudica mucho a mi mejoría porque no hace más que irritarme. ¿No ves cómo Zosímov se marchó antes para no irritarme? Pues, ¡déjame tú también, por el amor de Dios! Y, después de todo, ¿qué derecho tienes tú para retenerme por la fuerza? ¿No ves que ahora hablo ya totalmente cuerdo? Dime lo que debo hacer, te lo suplico, para que no me atosigues con tus favores. Está bien: soy un desagradecido, soy un mezquino; pero, por Dios santo, ¡dejadme todos, dejadme! ¡Dejadme en paz!

Había comenzado con calma, gozándose de antemano en todo el veneno que se disponía a verter; pero concluyó frenético y jadeante, como le había sucedido anteriormente con Luzhin.

Razumijin se quedó pensativo unos instantes y lo soltó.

—¡Vete al diablo! —dijo en voz baja y como absorto—. ¡Un momento! —rugió de improviso cuando Raskólnikov se disponía a pasar—. Escúchame: te declaro que todos vosotros, desde el primero hasta el último, sois unos charlatanes y unos fanfarrones. En cuanto tenéis el menor padecimiento, lo cacareáis como cacarean sus huevos las gallinas. Hasta en eso copiáis de los demás. No tenéis ni un ápice de espíritu de independencia. Estáis hechos de pomada y por las venas os corre suero en lugar de sangre. Ninguno de vosotros me inspira confianza. Lo primero que os preocupa, en cualquier circunstancia, es no pareceros a un

ser humano. ¡Espera! —gritó con redoblada furia al observar que Raskólnikov se disponía de nuevo a pasar—. ¡Escúchame hasta el final! Tú sabes que hoy iba a celebrar mi mudanza y es posible que hayan llegado ya los invitados. He dejado allí a mi tío para recibirlos mientras yo me he acercado en una carrera. Bueno, pues si tú no fueras un necio, un necio de pies a cabeza, un necio como no los hay, así, dicho a las claras… porque mira, Rodia, yo reconozco que eres un chico inteligente, pero eres un necio…, pues bien, si no fueras un necio, lo que harías sería venir a mi casa a pasar una velada agradable en vez de andar gastando suelas por ahí. Puesto que has salido a la calle, ¿qué más da? Te acomodaría en un buen sillón, de los que tienen los dueños del piso, y luego, que si el té, que si la charla… O, si no, te instalaría en el sofá de modo que, aunque acostado, te encontraras entre nosotros… También estará Zosímov. ¿Qué dices? ¿Te decides?

—No.

—¡Qué tozudez! —gritó Razumijin impaciente—. ¿Tú qué sabes, si ni siquiera puedes responder de ti mismo? Además, no entiendes nada de esto… Mil veces me ha ocurrido a mí renegar de la gente lo mismo que tú, y correr luego a buscarla de nuevo… Le entra a uno vergüenza y enseguida vuelve a buscar a las personas. Así que, recuérdalo: casa de Pochinkov, tercera planta…

—Me está pareciendo, señor Razumijin, que sería capaz de consentir que le pegaran con tal de hacer un favor a alguien.

—¿A quién? ¿A mí? Le rebañaría la nariz al que fuera, sólo por haberlo pensado. Ya sabes: casa de Pochinkov, número cuarenta y siete, en el piso que ocupa Bábushkin…

—¡No iré, Razumijin! —Raskólnikov dio media vuelta y se fue.

—¡Apuesto a que vendrás! —gritó Razumijin tras él—. De lo contrario…, ¡de lo contrario, no quiero saber nada de ti! ¡Eh, espera! ¿Está ahí dentro Zamiótov?

—Sí.

—¿Lo has visto?

—Sí.

—¿Has hablado con él?

—Sí.

—¿De qué? Bueno, vete al diablo y no me lo digas si no quieres. Ya sabes: casa de Pochinkov cuarenta y siete, en el piso de Bábushkin. ¡Que no se te olvide!

Raskólnikov llegó hasta la calle Sadóváia y dio la vuelta a la esquina. Razumijin le siguió con mirada pensativa. Al fin se encogió de hombros, entró en el edificio, pero se detuvo en mitad de la escalera.

«¡Demonios! —se dijo casi en voz alta—. Lo que dice tiene sentido, y sin embargo… ¡Pero, qué tonto soy! ¿Acaso no hablan los locos con sentido? Y me parece que eso es lo que teme Zosímov —se llevó un dedo a la frente—. Pues, si… No habría que dejarlo solo ahora. Es capaz de tirarse al agua… Ha sido un error mío. No se le puede dejar solo». Y salió corriendo en pos de Raskólnikov, pero no encontró ya ni rastro de él. Se dio por vencido y volvió a grandes zancadas hacia el Palacio de Cristal para cambiar impresiones cuanto antes con Zamiótov.

Raskólnikov fue derecho al puente Voznesenski, se detuvo en el centro y, acodado en el pretil, se puso a contemplar la lejanía. Se sentía tan débil después de separarse de Razumijin, que apenas pudo llegar hasta allí. Hubiera querido sentarse o acostarse en algún sitio, allí mismo, en la calle. Inclinado sobre el agua, contemplaba maquinalmente el último destello rosado del ocaso, la hilera de casas que se oscurecían conforme avanzaba el crepúsculo y el lejano ventanuco de una buhardilla, en la

margen izquierda, que refulgió como una llamarada cuando el último rayo de sol pegó en ella por un instante; pero, era el agua ennegrecida del canal lo que más fijaba su atención. Por último, empezaron a girar círculos rojos delante de su mirada, las casas oscilaron y todo —los transeúntes, los malecones, los carruajes— comenzó a dar vueltas y danzar a su alrededor. De pronto se estremeció y una horrible escena le salvó quizá de un nuevo desfallecimiento. Notó que alguien se había detenido a su lado, a la derecha, y al mirar vio a una mujer alta, con pañuelo a la cabeza, de rostro alargado, marcado por la bebida y ojos hundidos y congestionados. Lo miraba con fijeza, pero era evidente que no veía nada ni distinguía a nadie. Súbitamente se apoyó con la mano derecha en el pretil, echó por encima la pierna derecha, luego la izquierda, y se lanzó al canal. El agua sucia se abrió y se tragó a la víctima, pero ésta emergió a los pocos instantes y fue arrastrada corriente abajo, con la cabeza y las piernas bajo el agua, la espalda flotando y la falda hinchada como una almohada.

—¡Que se ahoga! ¡Que se ahoga! —gritaban docenas de voces.

Acudió gente, ambos malecones se cubrieron de curiosos y, en el puente, la gente se apiñaba alrededor de Raskólnikov, empujando y estrechándole contra el pretil.

—¡Dios mío! Pero, ¡si es nuestra Afrosinia! —gritó allí cerca una mujer con voz compungida—. ¡Sáquenla, por amor de Dios! ¡Hay que salvarla!

—¡Una lancha! ¡Una lancha! —gritaban varias voces.

Pero, ya no hacía falta: un guardia bajó corriendo los peldaños que conducían hasta el borde del canal, se quitó la guerrera y las botas y se tiró al canal. No tuvo que esforzarse mucho, pues el agua arrastraba a la mujer a dos pasos. El guardia la sujetó por la ropa con la mano derecha, logró asirse con la izquierda a un bichero[67] que le alargaba un

compañero y la mujer fue rescatada enseguida. La tendieron sobre las losas de granito. No tardó en volver en sí, incorporándose. Se sentó, empezó a estornudar y a toser al mismo tiempo que, aturdida, se alisaba la ropa mojada con las manos. No decía nada.

—Eso ha sido de tanto beber. De tanto beber ha perdido la chaveta —plañía la misma voz de mujer, pero ya junto a Afrosinia—. Ya otra vez quiso ahorcarse, pero llegamos a tiempo de cortar la soga. Y, ahora, fui en un vuelo a la tienda, dejé a mi chiquilla con ella para que estuviera al tanto, y miren lo que se le ha ocurrido. ¡Qué pecado tan grande! Es una vecina nuestra, sí, sí; vivimos aquí cerca, en la segunda casa de la esquina… Miren: ahí mismito…

La gente fue marchándose, los guardias permanecieron todavía un rato junto a la mujer, alguien mencionó la comisaría… Raskólnikov lo observaba todo con una extraña sensación de indiferencia y de apatía. Estaba asqueado. «No… Esto del agua es repugnante… Esto, no… —se decía —. No pasará nada —seguía pensando—. No hay por qué esperar. ¿A qué viene lo de la comisaría? ¿Por qué no estará Zamiótov en la comisaría? Se abre a las nueve de la mañana…». Se volvió de espaldas al pretil y miró en torno.

«Bueno, ¿y qué? ¿Por qué no?», pronunció resueltamente y echó a andar, desde el puente, en dirección a la comisaría. Su corazón estaba vacío y sordo. No quería pensar. Incluso había desaparecido su angustia. No quedaba ni rastro de la energía que le había hecho salir de casa para «acabarlo todo» y que había dado paso a una total apatía.

«Bueno, es una salida —pensaba mientras caminaba lenta y desmadejadamente por el malecón del canal—. Al fin y al cabo, le pongo término a todo porque quiero. Pero, ¿de verdad es una salida? ¿Qué más da? Siempre tendré un *arshin* de espacio. ¡Je! ¿De verdad es esto ponerle término? ¿Se lo digo o no se lo digo? ¡Al demonio! Estoy cansado. ¡Si

pudiera encontrar pronto un sitio donde acostarme o sentarme! Aunque, tampoco eso importa. ¡Hay que ver las estupideces que le pasan a uno por la mente!».

Para llegar a la comisaría, había que ir todo recto hasta doblar a la izquierda a la segunda esquina. Estaba a dos pasos. Pero en la primera esquina se detuvo, reflexionó un poco, torció por una calleja y dio un rodeo, cruzando dos calles, quizá sin ninguna finalidad, o quizá para hacer más largo el trayecto y ganar algún minuto. Caminaba mirando al suelo. De repente, como si alguien le hubiera dicho algo al oído, se detuvo, levantó la cabeza y vio que se encontraba delante de *aquella* casa, frente a la puerta cochera. Desde *aquella* tarde, no había estado ni había pasado por allí.

Arrastrado por un deseo irresistible e inexplicable, entró en la casa, pasó bajo la bóveda de la puerta cochera, se metió en el primer portal de la derecha y empezó a subir hasta la cuarta planta por la escalera que conocía. La escalera, estrecha y pina, estaba muy oscura. Se detenía en cada rellano y miraba en torno con curiosidad. El marco de la ventana de la segunda planta estaba quitado. «Entonces no estaba así», pensó. Se halló frente al piso de la segunda planta donde habían trabajado Mikolái y Mitri. «Está cerrado y tiene la puerta recién pintada; eso es que lo alquilan». Llegó a la tercera planta… a la cuarta… «¡Aquí!». Se quedó perplejo: la puerta de aquel piso estaba abierta de par en par y había gente dentro porque se oían voces. Eso, sí que no se lo esperaba. Después de dudarlo un poco, subió los últimos peldaños y entró en el piso.

También lo estaban pintando y había unos obreros dentro, cosa que le sorprendió mucho. Sin saber por qué, se había hecho a la idea de que lo encontraría todo tal y como lo dejó entonces, incluso a los cadáveres en el suelo, en el mismo sitio. Pero ahora estaban las paredes desnudas y no

había muebles. Resultaba extraño. Se dirigió hacia la ventana y se sentó en el poyete.

Sólo había dos obreros, jóvenes los dos, aunque uno mucho más que el otro. Estaban empapelando de nuevo las paredes con papel de flores color lila sobre fondo blanco en lugar del que había antes, amarillo, sucio y descolorido. Sin saber por qué, aquello no le gustó nada a Raskólnikov; contemplaba aquel papel nuevo con hostilidad, como si lamentara que todo hubiera cambiado tanto.

Se conoce que los obreros se habían rezagado porque ahora recogían los rollos de papel a toda prisa para marcharse. La llegada de Raskólnikov apenas llamó su atención. Charlaban entre ellos. Raskólnikov se cruzó de brazos y prestó oído.

—Así que, se presenta por la mañana —le decía el mayor al otro—, muy tempranito y toda emperifollada. «¿A qué vienes, le digo, a darte postín delante de mí. A qué vienes, le digo, a presumir delante de mí?». Y va y me dice: «Es que, de ahora en adelante, quiero estar a su plena disposición, Tit Vasílievich». ¡Así como lo oyes! Y venía de compuesta enteramente como si saliera de una revista de modas. ¡Enteramente!

—¿Y qué es una revista de modas, compadre? —preguntó el más joven quien, al parecer, consideraba al otro como una autoridad.

—Pues, chico, una revista son unas estampas de colores que les llegan a los sastres de aquí todos los sábados por correo desde el extranjero para que la gente sepa cómo vestir, tanto si se trata del género masculino como del femenino. Unos dibujos, vamos. Para los hombres, lo que más hay son abrigos fruncidos en la cintura; pero en la parte de las señoras, muchacho, hay unas cosas así, abultadas, que, ¡bueno!, es para verlo.

—Es que, ¡lo que no haya en este *Piter*![68] —exclamó el más joven entusiasmado—. ¡Aquí, es que encuentra uno de todo!…

—De todo, muchacho, tienes razón —sentenció el otro.

Raskólnikov se levantó y pasó a la habitación contigua, donde antes habían estado el cofre, la cómoda y la cama. Sin muebles, le pareció terriblemente pequeña. El papel de las paredes era el mismo y en un rincón resaltaba, en más oscuro, el lugar donde habían estado los iconos. Echó un vistazo al cuarto y volvió a la ventana. El mayor de los obreros lo miró de reojo.

—¿Quería usted algo? —le preguntó de pronto.

Por toda respuesta, Raskólnikov salió al zaguán y tiró de la campanilla. ¡Eran la misma campanilla y el mismo sonido de hojalata! Tiró otra vez, y otra, prestando oído y recordando. Volvía a su mente, con nitidez y precisión crecientes, la sensación de entonces, horrible y torturante; se estremecía a cada campanillazo y la sensación le parecía cada vez más agradable.

—Pero, ¿qué quiere? ¿Quién es usted? —gritó el obrero yendo tras él. Raskólnikov volvió a la habitación.

—Quiero alquilar un piso —dijo— y estoy mirando.

—Los pisos no se ven de noche. Además, que debía venir con el *dvornik*.

—Han fregado el suelo. ¿Lo van a pintar? —prosiguió Raskólnikov—. ¿No quedan manchas de sangre?

—¿De sangre? ¿Qué sangre?

—La de la vieja y su hermana que mataron aquí. Había un verdadero charco.

—Bueno, ¿pero usted quién es? —preguntó el muchacho alarmado.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Quieres saberlo? Pues, ven conmigo a la comisaría y allí lo diré. Los dos muchachos lo miraban, perplejos.

—Nosotros tenemos que marcharnos, se nos ha hecho tarde. Vamos, Alioshka. Hay que cerrar —dijo el mayor.

—Pues, vamos —accedió Raskólnikov con indiferencia, y salió el primero bajando pausadamente las escaleras—. ¡Eh, *dvornik*! —gritó ya en el patio.

A la entrada de la casa había un grupo viendo pasar a la gente: los dos *dvorniki*, una mujer, un hombre en bata y alguien más. Raskólnikov fue directamente hacia ellos.

—¿Qué desea? —preguntó uno de los *dvorniki*.

—¿Has estado en la comisaría?

—Hace un rato. ¿Por qué?

—¿Están allí?

—Sí.

—¿El ayudante también?

—Cuando yo estuve, sí. ¿Por qué?

Raskólnikov no contestó y se quedó a su lado, pensativo.

—Ha venido a ver el piso —dijo el mayor de los obreros, acercándose.

—¿Qué piso?

—El que estamos pintando. Va y dice: «¿Por qué han fregado la sangre del suelo? Aquí, dice, ha habido un asesinato y yo he venido a alquilar el piso». Y se pone a tirar de la campanilla, que por poco la arranca. Y luego dice: «Vamos a la comisaría y allí lo contaré todo». Nada, que no se marchaba.

Perplejo y cejijunto, el *dvornik* observaba a Raskólnikov.

—Bueno, ¿pero quién es usted? —gritó, ya en tono de amenaza.

—Soy Rodión Románovich Raskólnikov, ex estudiante, y me hospedo en la casa de Shil, aquí cerca, en el número catorce. No tienen más que preguntarle al *dvornik*… me conoce.

Raskólnikov pronunció todo aquello en tono cansino y meditabundo, sin volver el rostro y contemplando con fijeza la calle que se oscurecía poco a poco.

—¿Para qué ha subido al piso?

—Para verlo.

—¿Y qué tenía que ver?

—Habría que agarrarlo y llevarlo a la comisaría —terció el hombre de la bata.

Raskólnikov lo miró fijamente por encima del hombro y dijo en el mismo tono bajo y perezoso:

—Vamos.

—Pues, claro que sí —insistió el hombre engallándose—. ¿Por qué habla de *eso* y qué le ronda la cabeza, eh?

—Puede que no esté borracho, pero cualquiera sabe lo que le pasa —murmuró el mismo obrero.

—Pero, ¿qué quiere usted? —gritó de nuevo el *dvornik*, que empezaba a enfadarse de verdad—. ¡Deja de fastidiar!

—¿Te da miedo ir a la comisaría? —inquirió Raskólnikov con sarcasmo.

—¿Miedo, de qué? ¡Deja ya de fastidiar!

—¡Es un mangante! —chilló la mujer.

—¿Para qué gastar saliva con él? —gritó el otro *dvornik*, un hombre forzudo, despechugado, que llevaba un manojo de llaves al cinto—. ¡Largo de aquí!… Pues, claro que es un mangante… ¡Largo!

Y, agarrando a Raskólnikov por un hombro, lo empujó a la calle. Raskólnikov pegó un traspiés, pero no llegó a caerse. Se enderezó, los miró a todos en silencio y continuó su camino.

—¡Qué tipo tan raro! —dijo el obrero.

—Sí, la gente se ha vuelto muy rara —corroboró la mujer.

—De todas maneras, habría que haberlo llevado a la comisaría —afirmó el *duornik* forzudo—. Seguro que es un

mangante. Anda buscando camorra y, luego, el que se mete es el que paga… Ya se sabe…

«Bueno, ¿voy o no?», meditaba Raskólnikov, parado en medio de una encrucijada y mirando a su alrededor, como si esperase que alguien le diera la solución del dilema. Pero nadie le respondía desde ninguna parte. Todo estaba sordo y muerto como las piedras que pisaba; muerto para él, sólo para él… En esto divisó a lo lejos, al final de la calle, unos doscientos pasos más allá, un tropel de gente borroso en la creciente oscuridad y oyó voces y gritos… En medio de la muchedumbre había un carruaje… A ras de la calzada parpadeaba una luz. «¿Qué pasará?». Raskólnikov torció a la derecha y fue hacia la gente. Era como si se aferrase a cualquier pretexto, y sonrió fríamente al pensarlo, pues había decidido en firme presentarse en la comisaría y sabía a ciencia cierta que todo estaba a punto de terminar.

VII



N MEDIO de la calzada estaba detenido un carruaje, lujoso y señorial, tirado por dos fogosos caballos grises. No había nadie dentro, y el cochero se había apeado del pescante y sujetaba a los caballos por las riendas. El gentío se apiñaba alrededor y delante de todos estaban unos guardias. Uno de ellos sostenía una linterna encendida en las manos y se inclinaba con ella para alumbrar algo que yacía en la calzada, al lado mismo de las ruedas. Todos hablaban, gritaban, hacían aspavientos; el cochero parecía perplejo y repetía de vez en cuando:

—¡Qué desgracia! ¡Dios mío, qué desgracia!

Raskólnikov se abrió paso como pudo y descubrió al fin la causa de tanta conmoción y tanta curiosidad. En la calzada yacía, al parecer inconsciente, alguien que acababa de ser arrollado por el carruaje. Era un hombre muy mal trajeado, aunque con indumentaria que había sido «respetable». La sangre le corría por la cara y la cabeza; tenía el rostro todo magullado y desfigurado. Se veía que el percance había sido grave.

—¡Dios mío! —gemía el cochero—. ¡Si no he podido evitarlo! Todavía, si hubiera ido al galope o no le hubiera gritado… Pero iba despacio, sin prisas. Todos lo han visto y podrían jurarlo. Ya se sabe que un borracho no puede andar

derecho. Lo veo que cruza la calle, tambaleándose, a punto de caerse… Le grito una vez, y otra, y otra más, tiro de las riendas, y él va y se mete derechito debajo de los cascos de los caballos… No sé si lo haría a propósito o es que está borracho perdido. Los caballos, que son jóvenes y asustadizos, pegaron una espantada, él se puso a gritar, ellos se asustaron todavía más… Así ocurren las desgracias.

—Así fue todo —corroboró una voz entre la muchedumbre.

—Es verdad que le gritó; y nada menos que tres veces —lanzó otra voz.

—¡Justo tres veces, que todos lo hemos oído! —gritó un tercero.

A decir verdad, el cochero no parecía muy compungido ni asustado. Era evidente que el carruaje pertenecía a alguna persona adinerada e influyente que estaría esperándolo en alguna parte. Y los guardias, naturalmente, tenían interés en que no se retrasara demasiado. Había que llevar a la víctima a la comisaría y luego al hospital. Nadie sabía cómo se llamaba.

Mientras, Raskólnikov había logrado abrirse paso y se inclinaba para verlo más de cerca. De pronto, la linterna iluminó el rostro del desdichado, y lo reconoció.

—¡Yo lo conozco, lo conozco! —gritó adelantándose—. Es un funcionario retirado, el consejero titular Marmeládov. Vive aquí cerca, en la casa de Kozel… ¡Que venga pronto un médico! Yo lo pagaré, miren. —Sacó unos billetes del bolsillo y se los mostró a un guardia. Estaba sumamente agitado.

Los guardias estaban encantados de saber quién era el herido. Raskólnikov les dio también su nombre y su domicilio y les apremió, tanto como si se tratara de su propio padre, para que trasladaran sin pérdida de tiempo a su casa a Marmeládov, que continuaba inconsciente.

—Es aquí mismo, tres portales más abajo —explicaba—. La casa de Kozel, un alemán adinerado… Se conoce que volvía a casa borracho. Lo conozco… Bebe mucho… Tiene familia, mujer, hijos y también una hija mayor. Para llevarlo al hospital se tardaría mucho tiempo mientras que, aquí, seguro que hay un médico en la casa. ¡Yo pagaré, yo pagaré lo que sea!… Al fin y al cabo, tendrá los cuidados de su familia, lo atenderán enseguida, mientras que, de aquí al hospital, se puede morir…

Se las ingenió incluso para deslizar algo en la mano de uno de los guardias sin que nadie lo advirtiera. Por otra parte, la sugerencia era lícita y, en todo caso, el herido sería asistido más rápidamente. La casa de Kozel se hallaba a unos treinta pasos de allí. Levantaron al herido entre varias personas que se prestaron inmediatamente a llevarlo. Raskólnikov iba detrás, sosteniendo con cuidado la cabeza del herido y señalando el camino a los demás.

—¡Por aquí, por aquí! Al subir la escalera, hay que llevarlo con la cabeza por delante… Den la vuelta…, así. Yo pagaré, yo sabré agradecerles el favor —murmuraba.

Katerina Ivánovna, como siempre que tenía un momento libre, estaba caminando en su cuartucho, de un lado para otro, de la ventana a la estufa y de la estufa a la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho, hablando consigo misma y tosiendo. Últimamente solía hablar más a menudo con su hija mayor, Pólenka, una niña de diez años que, aunque no comprendía muchas cosas, sí se daba perfecta cuenta de que su madre la necesitaba y, por eso, no apartaba de ella sus grandes ojos inteligentes y aguzaba el ingenio para fingir que todo lo entendía. En ese momento, Pólenka desnudaba a su hermanito pequeño, que había estado malucho todo el día, para meterlo en la cama. En espera de que le cambiaran de camisa para que lavaran por la noche la que llevaba puesta, el chico permanecía sentado

en una silla, serio y callado, muy derecho y quieto, con las piernas estiradas, los talones juntos y las punteras separadas. Escuchaba lo que hablaban la madre y la hermana sin moverse, con los labios apretados y los ojos muy abiertos, exactamente como deben estar los niños buenos cuando los desnudan para acostarlos. La niña más pequeña, en harapos, esperaba su turno junto al biombo. La puerta de la escalera estaba abierta para disipar en lo posible la nube de humo de tabaco que llegaba de las otras habitaciones y que provocaba a cada momento largos y dolorosos ataques de tos a la pobre tísica. Katerina Ivánovna parecía haber enflaquecido aún más durante aquella semana y los rosetones de sus mejillas eran aún más rojos que antes.

—Tú no sabes, tú no puedes ni siquiera imaginarte, Pólenka —decía yendo y viniendo por la habitación—, la vida tan alegre y brillante que llevábamos en casa de mi padre y cómo me ha destrozado y os ha destrozado a todos vosotros ese borracho. Mi papá era coronel civil[69] a un paso de llegar a gobernador, hasta el punto de que todos los que lo visitaban decían: «Iván Mijáilovich, ya sabe que lo consideramos como nuestro gobernador». El día que… El día que… —tosía— ¡maldita sea esta vida! —gritó esputando y oprimiéndose el pecho—. El día que me vio la princesa Bezzemélnaia… ¡ay!… en el último baile al que asistí en casa del decano de la nobleza (fue la misma que me dio su bendición luego, cuando me casé con tu padre, ¿sabes Polia?), enseguida preguntó: «¿No es ésta la linda señorita que bailó la danza del chal en la última fiesta de fin de curso…?». Ese desgarrón, hay que remendarlo; debías coger ahora mismo la aguja y zurcirlo como te he enseñado porque, si no, mañana… se romperá más —hizo un inciso, interrumpido varias veces por la tos—. Precisamente por entonces había venido de San Petersburgo el príncipe

Schegolkoi, del Cuerpo de Pajes… Bailó la mazurca conmigo y al día siguiente quería ir a pedir mi mano. Pero yo, aunque se lo agradecí en los términos más amables, le dije que mi corazón pertenecía a otro desde hacía ya tiempo. Ese otro era tu padre, Polia. Papá se enfadó muchísimo… ¿Está lista el agua? Bueno, dame la camisa. ¿Y los calcetines? Lida —añadió volviéndose hacia la más pequeña—, esta noche tendrás que dormir sin camisa… ¿Qué se le va a hacer? Y deja los calcetines al lado… Lo lavaré todo junto… Pero, ¿cómo tardará tanto ese astroso? ¡Borracho! Lleva la camisa hecha un pingo, toda rota. Si estuviera aquí la lavaría al mismo tiempo para no tener que ponerme a lo mismo dos noches seguidas. —La interrumpió la tos—. ¡Otra vez! Pero, ¿qué es esto? ¿Qué traen ahí? ¡Dios santo!

—¿Dónde lo dejamos? —preguntó un guardia mirando a su alrededor, cuando hubieron entrado ya a Marmeládov, exánime y cubierto de sangre.

—¡En el sofá! ¡Acuéstenlo en el sofá! ¡Con la cabeza hacia acá! —indicaba Raskólnikov.

—¡Lo han atropellado! ¡Está borracho! —gritó alguien desde el zaguán.

Katerina Ivánovna permanecía quieta, pálida y jadeante. Los niños estaban asustados. La pequeña Lida lanzó un grito, corrió a Pólenka y se abrazó a ella, toda temblorosa.

Cuando hubieron acostado a Marmeládov, Raskólnikov fue presuroso hacia Katerina Ivánovna.

—Por el amor de Dios, cálmese, no se asuste —decía a toda prisa—. Cruzaba la calle y lo atropelló un coche. No se alarme. Volverá en sí… Yo dije que lo trajeran a su casa… Porque, yo he estado aquí, ¿se acuerda?… Volverá en sí. Yo me haré cargo de los gastos…

—¡Tenía que ocurrir! —gritó Katerina Ivánovna, y corrió a su marido.

Raskólnikov advirtió muy pronto que aquella mujer no era de las que se desmayan fácilmente. Enseguida deslizó una almohada bajo la cabeza del herido, cosa que no se le había ocurrido aún a nadie, y se puso a quitarle la ropa para examinarlo. Actuaba con celeridad, sin perder la cabeza, olvidada de sí misma y mordiéndose los labios trémulos para sofocar los gritos que le subían del pecho.

Entre tanto, Raskólnikov pidió a uno de los presentes que fuera en busca de un médico. Resultó que en la casa contigua vivía uno.

—He mandado llamar a un médico. No se preocupe, que yo me hago cargo de los gastos —le repetía a Katerina Ivánovna para tranquilizarla—. ¿Tendría un poco de agua…? Deme una servilleta o una toalla… Cualquier cosa, pero pronto… Todavía desconocemos la índole de las heridas… Está herido y no muerto, créame… Veremos lo que dice el médico.

Katerina Ivánovna corrió hacia la ventana. Allí estaba, en el rincón y sobre una silla desvencijada, un barreño grande con agua que había preparado para lavar aquella noche la ropa interior de los niños y del marido. Esta faena nocturna, la hacía la propia Katerina Ivánovna por lo menos dos veces a la semana, o incluso más a menudo, pues habían llegado hasta el extremo de carecer casi por completo de ropa interior y cada miembro de la familia sólo tenía una única muda. Y como Katerina Ivánovna no podía soportar la suciedad, prefería tomarse ese trabajo, aunque superior a sus fuerzas, por las noches, cuando todos dormían, y lavar y tender la ropa para que se la pusieran limpia por la mañana. Quiso levantar el barreño y llevárselo a Raskólnikov, y estuvo a punto de caerse bajo su peso. Pero Raskólnikov, que había encontrado ya una toalla, la mojó en el barreño y se puso a lavar el rostro de Marmeládov, bañado de sangre. Katerina Ivánovna estaba a su lado, jadeando dolorosamente

y oprimiéndose el pecho con las manos. Ella misma habría necesitado que la atendieran. Raskólnikov empezaba a recapacitar en que quizá había hecho mal al insistir en que condujeran allí al herido. El guardia estaba perplejo.

—¡Polia! —gritó Katerina Ivánovna—. ¡Corre enseguida a buscar a Sonia! Si no está en casa, déjale de todas formas el recado de que a su padre lo han atropellado unos caballos y de que venga inmediatamente. ¡Corre, Polia! Toma, échate el chal por encima.

—¡Corre todo lo que puedas! —chilló de pronto el niño desde su silla y, una vez dicho esto, volvió a su rígido mutismo anterior, con los ojos muy abiertos, los talones juntos y las puntas de los pies separadas.

Entre tanto, se habían colado tantas personas en el cuarto que no se podían ni rebullir. Los policías se habían marchado, menos uno, que se quedó de momento y trataba de echar a la escalera a los curiosos que habían subido. En cambio, de las habitaciones interiores acudían casi todos los huéspedes de la señora Lippewechsel, que al principio se habían agolpado a la puerta, pero pronto invadieron en tropel la habitación. Katerina Ivánovna se puso frenética.

—¿Es que no pueden ni siquiera dejarlo morir en paz? —les gritó—. ¿Se han temado esto por una función de teatro? ¡Y, además, vienen fumando! Sólo falta que entren con el sombrero puesto. Pero, ¡si hay uno ahí! ¡Fuera! Podían tener respeto por una persona de cuerpo presente…

Calló, sofocada por la tos, pero sus invectivas surtieron efecto. Los demás huéspedes le tenían evidentemente algo de miedo porque, uno tras otro, se replegaron apretujándose en la puerta con esa extraña e íntima satisfacción que se observa, incluso en los más allegados, ante una súbita desgracia ocurrida a un prójimo, sensación a la que no escapa ni una sola persona, sin excepción, aún a despecho de que experimente la lástima y la compasión más sinceras.

Al otro lado de la puerta se escucharon, sin embargo, voces que aludían al hospital y a que no se debía molestar a la gente sin ton ni son.

—¿El morirse es una molestia para los demás? —gritó Katerina Ivánovna, y se precipitaba ya a abrir nuevamente la puerta para fulminarlos con su ira, pero en el umbral se dio de bruces con la señora Lippewechsel, quien, recién enterada de lo sucedido, acudía a poner orden en persona. Era una alemana de lo más quisquillosa e inconsiderada.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó juntando las manos—. A su borracho marido, los caballos pisotearon. ¡Lleven al hospital! ¡Yo soy el ama aquí!

—Amalia Ludwígovna[70], le ruego que mire lo que dice —comenzó altivamente Katerina Ivánovna, que siempre hablaba a la patrona con altivez «para ponerla en su sitio», y ni siquiera en ese momento podía renunciar a semejante satisfacción—, Amalia Ludwígovna…

—Ya he dicho antes otras veces que no se ocurra llamar a mí Amal Ludwígovna; yo soy Amal-Iván…

—Usted no es Amal-Iván, sino Amalia Ludwígovna, y como yo no soy uno de esos ruines aduladores suyos por el estilo del señor Lebeziátnikov que ahora está riéndose detrás de la puerta —en efecto, al otro lado de la puerta se escuchó una risotada y la exclamación de «ya se han enzarzado otra vez»—, la llamaré siempre Amalia Ludwígovna aunque, francamente, no llego a comprender por qué no le gusta ese nombre. Está usted viendo lo que le ha sucedido a Semión Zajárovich; se está muriendo. Le ruego que cierre ahora mismo esa puerta y no permita entrar a nadie. ¡Dejen que por lo menos muera en paz! De lo contrario, le aseguro que mañana mismo estará enterado de su conducta el gobernador general en persona. El príncipe me conoció antes de que me casara y se acuerda muy bien de Semión Zajárovich, a quien ayudó en muchas ocasiones.

Todo el mundo sabe que Semión Zajárovich tenía numerosos amigos y protectores, de quienes se apartó él mismo por honorable orgullo, consciente de su desdichada debilidad; pero ahora —señaló a Raskólnikov— acude a socorrernos un joven magnánimo, que cuenta con medios y buenas relaciones, conocido de Semión Zajárovich desde que era niño, y tenga la seguridad, Amalia Ludwígovna…

Había pronunciado toda aquella tirada con extraordinaria y creciente volubilidad, pero un golpe de tos atajó la elocuencia de Katerina Ivánovna. El moribundo recobró el conocimiento en ese instante y exhaló un gemido. La mujer corrió a su lado. Marmeládov abrió los ojos y, sin reconocer a nadie ni comprender nada todavía, fijó la mirada en Raskólnikov, que se inclinaba sobre él. Su respiración era penosa, profunda y espaciada, por las comisuras de los labios le fluían hilillos de sangre y tenía la frente perlada de sudor. Al no reconocer a Raskólnikov, empezó a girar los ojos con inquietud. Katerina Ivánovna lo contemplaba con mirada triste pero severa y las lágrimas brotaban de sus ojos.

—¡Dios mío! ¡Tiene todo el pecho aplastado! ¡Y cuánta sangre! Hay que quitarle la ropa. Vuélvete un poco si puedes, Semión Zajárovich.

Marmeládov la reconoció.

—Un sacerdote —pidió con voz ronca.

Katerina Ivánovna se apartó hacia la ventana, apoyó la frente en el marco y exclamó con desesperación:

—¡Maldita sea esta vida!

—Un sacerdote —profirió de nuevo el moribundo tras una breve pausa.

—¡Han ido a buscarlo! —le gritó Katerina Ivánovna y él enmudeció, sumiso a aquel grito. Buscaba a su mujer con mirada tímida y angustiada; ella volvió a su lado y se quedó a la cabecera. El moribundo se calmó un poco, pero no por

mucho tiempo. Pronto se detuvieron sus ojos en la pequeña Lida, su preferida, que, temblando en un rincón como si le hubiera dado un ataque, lo contemplaba fijamente con ojos de pueril asombro.

—¡Ah…! —la miraba inquieto y como queriendo decir algo.

—¿Qué te pasa ahora? —gritó Katerina Ivánovna.

—Descalza… Descalza —farfullaba, señalando con mirada casi demente los piececitos descalzos de la niña.

—¡Calla…! —chilló Katerina Ivánovna irritada—. ¡Demasiado sabes tú por qué anda descalza!

—¡Gracias a Dios! ¡Aquí está el médico! —anunció Raskólnikov con un suspiro de alivio.

Entró el médico, un alemán viejo y pulcro, que miró en torno con suspicacia. Se acercó al paciente, le tomó el pulso, le palpó con atención la cabeza y, ayudado por Katerina Ivánovna, le desabrochó la camisa toda empapada de sangre y descubrió el pecho. Lo tenía todo lacerado, magullado y aplastado; varias costillas del lado derecho estaban fracturadas. En el lado izquierdo, justo sobre el corazón, había una siniestra mancha, grande, de un amarillo negruzco, terrible huella de un casco de caballo. El doctor frunció el entrecejo. El guardia le explicó que la víctima había sido arrollada por una rueda, que le arrastró, volteándole, unos treinta pasos por la calzada.

—Es sorprendente que haya recobrado el conocimiento —le susurró el médico a Raskólnikov.

—¿Qué opina usted?

—Que morirá enseguida.

—¿Es posible que no haya ninguna esperanza?

—Ni la más mínima. Está en las últimas… Además, las lesiones de la cabeza son muy graves… Hum… Quizá se le podría hacer una sangría… pero… sería inútil. Dentro de cinco o diez minutos habrá expirado.

—Por lo menos, sángrele.

—Bueno… Aunque, le prevengo de que será absolutamente inútil.

En ese momento se escucharon más pasos, la gente que había en la puerta se apartó y apareció un sacerdote en el umbral. Era un viejecito de pelo gris que traía los santos óleos, requerido por uno de los guardias que se habían quedado en la calle. El médico le cedió enseguida el sitio con una mirada significativa. Raskólnikov le rogó al médico que se quedara un poco más, y él accedió encogiéndose de hombros.

Todos se hicieron atrás. La confesión fue breve. Era probable que el moribundo apenas pudiera entender ya nada y, por su parte, sólo emitía vagos sonidos entrecortados. Katerina Ivánovna tomó a Lida de la mano, hizo bajar al niño de la silla, se apartó con ellos hacia el rincón de la estufa, se hincó de rodillas e hizo que los dos pequeños se arrodillaran también delante de ella. Lida no hacía más que temblar, pero el niño, con las rodillas desnudas en tierra, levantaba pausadamente la manita, se persignaba y se prosternaba hasta pegar con la frente en el suelo, experimentando, al parecer, un singular deleite. Katerina Ivánovna se mordía los labios y contenía las lágrimas; también rezaba, pero de vez en cuando retocaba la camisa del niño y había echado sobre los hombros de Lida, demasiado al descubierto, un pañuelo que sacó de la cómoda sin levantarse ni suspender sus oraciones. Entre tanto, los curiosos empezaron nuevamente a abrir la puerta que daba a las habitaciones interiores. En el zaguán aumentaba el número de espectadores, vecinos de toda la escalera, que se apiñaban allí, pero sin trasponer el umbral. Un solo cabo de vela alumbraba toda la escena.

Polia, que había ido en busca de su hermana, entró en ese momento, deslizándose rápidamente por entre la gente

del zaguán. Jadeante por la carrera, se quitó la capita, buscó a su madre con los ojos, se acercó a ella y dijo: «Ya viene. La encontré por el camino». La madre la hizo arrodillarse a su lado. También del zaguán llegó, silenciosa y tímidamente, una muchacha cuya súbita aparición resultaba extraña en aquel cuarto, entre la miseria, los harapos, la muerte y la desesperación. También vestía míseramente, pero su atavío de baratillo tenía esos colores del arroyo impuestos por el gusto y las normas de su mundo especial con una finalidad, procaz y chillonamente pregonada. Sonia se detuvo en el umbral, pero sin trasponerlo, y miró desconcertada, sin comprender nada, al parecer olvidada de su abigarrado vestido de seda de cuarta mano, tan fuera de lugar allí, con su larga y ridícula cola, y su inmensa crinolina que obstruía todo el hueco de la puerta, olvidada de su calzado claro y de la sombrilla, innecesaria de noche, pero que había traído, y del absurdo sombrero de paja, redondo, rematado por una pluma de color rojo rabioso. Bajo aquel sombrero ladeado a lo picaresco, aparecía una carita flaca, pálida y asustada, con los labios entreabiertos y los ojos quietos de espanto. Sonia tendría unos dieciocho años, era bajita, delgada, pero bastante linda, rubia, de bellísimos ojos azules. Se quedó mirando fijamente la cama y al sacerdote. También jadeaba de haber acudido corriendo. Finalmente, algún cuchicheo, algunas palabras de la gente debieron de llegar hasta ella. Bajó la vista, dio un paso trasponiendo el umbral y se detuvo en la habitación, pero todavía junto a la puerta.

La confesión y la comunión habían concluido. Katerina Ivánovna se acercó de nuevo al lecho de su marido. El sacerdote se retiró un poco y, al marcharse, dirigió algunas palabras de confortación y consuelo a Katerina Ivánovna.

—¿Y qué hago yo con estos? —le interrumpió ella, áspera e irritada, señalando a los pequeños.

—Dios es misericordioso. Confíe en el amparo del Altísimo... —comenzó el sacerdote.

—¡Ay! Misericordioso, pero no para nosotros.

—Hablar así, señora, es un pecado. ¡Un pecado! —observó el sacerdote sacudiendo la cabeza.

—Y esto, ¿no es pecado? —gritó Katerina Ivánovna, y señaló al moribundo.

—Es posible que los causantes involuntarios del percance se avengan a indemnizarla a usted, aunque sólo sea por la pérdida de sus ingresos.

—¡Usted no me comprende! —gritó Katerina Ivánovna con la misma irritación y un ademán evasivo—. Además, ¿de qué iban a indemnizarme? Si ha sido él, estando borracho, quien se ha metido bajo los cascos de los caballos... ¿Y qué dice de ingresos? Lo que él traía a esta casa no eran ingresos, sino sufrimientos. ¡Todo se lo bebía, el muy borracho! Nos despojaba de todo para gastárselo en la taberna. En la taberna ha sacrificado mi vida y la de estas criaturas. ¡Gracias a Dios que se muere! Una boca menos.

—De cristianos es perdonar a la hora de la muerte. Esos pensamientos son un pecado, señora, un pecado muy grande.

Katerina, a todo esto, atendía al moribundo, le daba de beber, le enjugaba el sudor y la sangre de la cabeza, le arreglaba la almohada al mismo tiempo que hablaba con el sacerdote, volviéndose de vez en cuando hacia él. Pero, al oír las últimas palabras, arremetió contra él, casi frenética.

—¡Ay, padre! Eso son palabras y nada más que palabras. ¡Perdonar! De no ser por el atropello, habría llegado hoy borracho, con esa única camisa que tiene sucia y hecha jirones, y se habría tumbado a roncar mientras yo me quedaba chapoteando en el agua hasta el amanecer para lavar sus andrajos y los de los niños, luego ponerlos a secar en la ventana y remendarlos en cuanto asomara el día. ¡Así

hubiera pasado la noche! ¿A qué viene hablar aquí de perdón? ¡Demasiado he perdonado!

Una tos profunda y desgarradora interrumpió sus palabras. Se llevó un pañuelo a los labios y luego se lo enseñó al sacerdote mientras con la otra mano se oprimía el pecho. El pañuelo estaba todo manchado de sangre…

El sacerdote inclinó la cabeza y no dijo nada.

Marmeládov agonizaba; no apartaba los ojos de Katerina Ivánovna, de nuevo inclinada sobre él. Algo quería decir. Intentó proferir algunas palabras imprecisas moviendo la lengua con dificultad, pero Katerina Ivánovna le gritó imperiosamente, al comprender que pretendía pedirle perdón:

—¡Calla! ¡Déjalo!… ¡Ya sé lo que quieres decirme!…

El moribundo calló. Pero, en ese momento, su mirada errabunda se posó en la puerta y vio a Sonia…

No había advertido su presencia hasta entonces porque la hija se mantenía en un rincón en sombras.

—¿Quién es? ¿Quién es? —articuló de pronto con voz bronca y entrecortada, agitadísimo, señalando con ojos espantados hacia la puerta donde estaba su hija y haciendo un esfuerzo por incorporarse.

—¡No te muevas! ¡No te muevas! —quiso oponerse Katerina Ivánovna.

Pero Marmeládov había logrado apoyarse sobre un brazo con un esfuerzo ímprobo. Durante unos instantes estuvo mirando a su hija espantado y quieto, como si no la reconociera. La verdad era que nunca la había visto así ataviada. De súbito la reconoció, humillada, abatida, con aquellos perifollos que la avergonzaban, esperando mansamente su turno para despedirse del padre, en cuyo rostro se reflejó un sufrimiento infinito.

—¡Sonia! ¡Hija! ¡Perdón! —gritó, y quiso adelantar la mano hacia ella; pero, al perder aquel apoyo vaciló y cayó

de bruces al suelo. Acudieron a levantarlo y lo acostaron de nuevo, pero ya expiraba. Sonia ahogó un gemido, corrió hacia él, lo abrazó y ya no se apartó. De esta manera, el padre murió en sus brazos.

—¡Tenía que ocurrir! —profirió Katerina Ivánovna viendo el cadáver de su marido—. ¿Y qué hago ahora? ¿Cómo lo entierro? ¿Y cómo les doy de comer a éstos mañana?

Raskólnikov se acercó a ella.

—Katerina Ivánovna —empezó a decirle—, su difunto esposo me contó la semana pasada toda su vida y todas las circunstancias… Tenga la seguridad de que habló de usted con apasionado respeto. Desde aquella tarde en que me enteré del cariño que les tenía a todos y del amor y el respeto que le profesaba en particular a usted, Katerina Ivánovna, no obstante su desdichada debilidad, desde aquella tarde nos hicimos amigos… Permítame ahora… contribuir de algún modo… como tributo a mi difunto amigo. Aquí tiene… creo que son veinte rublos… y si pueden servirle de alguna ayuda, pues yo… En una palabra, ya pasaré por aquí… Pasaré sin falta… es posible que mañana mismo… ¡Adiós!

Enseguida abandonó la habitación, abriéndose paso a toda prisa entre la gente hacia la escalera, pero entonces tropezó de pronto con Nikodim Fomich, que se había enterado del suceso y venía a practicar en persona las diligencias pertinentes. No se habían visto desde la escena de la comisaría, pero Nikodim Fomich lo reconoció al instante.

—¡Ah! ¿Es usted? —preguntó.

—Ha muerto —anunció Raskólnikov—. Ha venido un médico, ha venido un sacerdote, y se ha hecho todo lo que se podía hacer. No importune demasiado a la pobre mujer, que bastante tiene con estar tísica. Reconfórtela, si puede…

Ya sé que es usted persona bondadosa… —añadió con sonrisa irónica mirándolo a los ojos.

—Hay que ver cómo se ha manchado usted de sangre… —observó Nikodim Fomich al ver, a la luz de una linterna, algunas manchas recientes en el chaleco de Raskólnikov.

—Es verdad que me he manchado… ¡Estoy cubierto de sangre! —profirió Raskólnikov de un modo especial, luego sonrió, hizo una inclinación de cabeza y bajó las escaleras.

Bajaba despacio, sin apresurarse, febril aunque sin tener conciencia de ello, rebosante de una nueva e inabarcable sensación de vida pletórica y vigorosa que lo había embargado repentinamente. Aquella sensación habría podido compararse con la de un condenado a muerte a quien, súbita e inesperadamente, le anunciaran el indulto. A mitad de la escalera le dio alcance el sacerdote, que volvía a su casa. Sin decir nada, Raskólnikov le cedió el paso, intercambiando un saludo. Alcanzaba ya el último tramo cuando escuchó pasos presurosos a su espalda. Alguien quería darle alcance. Era Polia; corría tras él y gritaba: «¡Oiga! ¡Oiga!».

Raskólnikov se volvió hacia ella. La niña bajó corriendo el último tramo y se detuvo justo frente a él, un escalón más arriba. A la luz opaca que llegaba del patio pudo ver Raskólnikov la linda carita de la niña que lo miraba, iluminada por una sonrisa infantil. Traía un recado que, al parecer, le encantaba a ella misma.

—Oiga, ¿cómo se llama usted?… Y también, ¿dónde vive? —preguntó atropelladamente y con vocecita entrecortada.

—¿Quién te manda?

—Me ha mandado mi hermana Sonia —contestó con una sonrisa mayor.

—Ya sabía yo que te mandaba tu hermana Sonia.

—Y también me manda mi mamá… Cuando mi hermana Sonia me estaba mandando que bajara, se acercó también

mamá y dijo: «¡Ve corriendo, Pólenka!».

—¿Quieres mucho a tu hermana Sonia?

—Más que a nadie —pronunció Pólenka con singular firmeza, y su sonrisa se hizo más seria.

—¿Y me querrás también a mí?

A guisa de respuesta vio que la carita de la niña se acercaba a la suya y unos labios regordetes se adelantaban ingenuamente para besarle. De pronto, unos brazos muy delgaditos le rodearon el cuello con toda su fuerza, una cabecita se recostó en su hombro, y la niña rompió a llorar apretando más y más la carita contra él.

—¡Me da pena de papá! —murmuró al cabo de un momento, alzando la carita bañada en lágrimas que se enjugaba con las manos—. Ahora, todo son desgracias —añadió inesperadamente con esa gravedad especial que toman los niños cuando quieren de pronto hablar como los «mayores».

—¿Y tu papá os quería?

—A la que más quería era a Lida —contestó con la misma gravedad, sin sonreír, enteramente ya como hablan los mayores—; la quería más porque es pequeñita y, además, porque está malita y siempre le traía algún regalo; pero a nosotros nos enseñaba a leer y a mí me enseñaba también la gramática y el catecismo —añadió muy digna—. Y mamá no decía nada, pero nosotros sabíamos que a ella le gustaba, y papá también lo sabía. Además, mamá quiere enseñarme el francés porque ya es tiempo de que empiece a educarme.

—¿Y sabéis rezar?

—¡Pues, claro que sí! Hace mucho tiempo. Yo, como soy ya mayor, rezo sola; pero Kolia y Lida rezan en voz alta, con mamá. Primero rezan el Ave María y luego otra oración que dice: «Señor, perdona y bendice a nuestra hermana Sonia», y después: «Señor, perdona y bendice a nuestro otro papá»,

porque nuestro papá de antes se murió y el de ahora es otro, y también rezamos por él.

—Yo me llamo Rodión. Reza también por mí alguna vez, Pólenka. No tienes más que añadir «y a tu siervo Rodión». Sólo eso.

—Toda mi vida rezaré por usted desde ahora —murmuró la niña con fervor y, volviendo a sonreír de pronto, se le acercó, impetuosa, para abrazarlo de nuevo.

Raskólnikov le dio su nombre y su dirección y prometió volver al día siguiente. La niña se marchó, encantada de él. Cuando Raskólnikov salió a la calle, eran más de las diez de la noche. A los cinco minutos estaba en el puente, justo en el sitio desde donde se había arrojado aquella tarde una mujer al canal.

«¡Basta! —pronunció resuelta y solemnemente—. ¡Basta de espejismos, de temores inventados y de fantasmas!… ¡La vida existe! ¿No acabo de vivir ahora? ¡Mi vida no ha muerto aún con la de la vieja! Que Dios la tenga en su gloria y… ¡basta señora, ya es hora de que descanse! De ahora en adelante, que imperen el raciocinio y la luz y… y la voluntad, y la fuerza… ¡Y ya veremos! —añadió con arrogancia como si se dirigiera a alguna fuerza tenebrosa y la retara—. ¡Y pensar que ya me conformaba con vivir en el espacio de un *arshin* cuadrado…!».

«En este momento estoy muy débil, pero me parece que toda mi dolencia ha pasado. Ya sabía yo que desaparecería cuando salí esta tarde. Por cierto, que la casa de Pochinkov está a dos pasos. Y aunque no estuviera a dos pasos… Tengo que ir donde Razumijin para que gane la apuesta. Que pase un buen rato. ¿Por qué no? Lo que hace falta es fuerza, fuerza: sin fuerza, no se va a ninguna parte. Y la fuerza, hay que conseguirla también con la fuerza. Eso es lo que ellos no saben», añadió con altivez y engreimiento, y dejó el puente arrastrando los pies con dificultad. Su orgullo y su

engreimiento se acrecentaban por momentos. A cada instante se transformaba en un hombre distinto al que había sido el instante anterior. Pero, ¿qué cosa había sucedido realmente tan especial para hacerle cambiar así? Ni él mismo lo sabía. Él, que se agarraba poco antes a cualquier tabla de salvación, tenía de pronto la impresión de que también él podía vivir, de que aún existía la vida, de que su vida no había muerto con la vieja. Quizá fuera demasiado prematura la conclusión, pero él no se detenía a pensar en ello.

«Sin embargo, le he pedido que mencione a "tu siervo Rodión" en sus oraciones —recapacitó de pronto—. Bueno, pero eso es… por si acaso», añadió y allí mismo soltó la carcajada al pensar en aquella pueril ocurrencia. Estaba en un estado de ánimo excelente.

Poco le costó dar con Razumijin: en la casa de Pochinkov ya era conocido el nuevo inquilino, y el *dvornik* le indicó inmediatamente el camino. Desde mitad de la escalera se podían distinguir ya el barullo y las voces animadas de una numerosa concurrencia. La puerta de la escalera estaba abierta de par en par; se oían gritos, discusiones… El cuarto de Razumijin era bastante espacioso y en él se habían reunido unas quince personas. Raskólnikov se detuvo en el recibimiento. Allí, detrás de una mampara, dos criadas de la patrona se afanaban en torno a dos enormes samovares, varias botellas y platos y fuentes de entremeses y un pastel de carne, todo ello traído de la cocina de su ama. Raskólnikov envió recado a Razumijin, que enseguida acudió encantado. A primera vista se notaba que había bebido más de lo habitual, y aunque casi nunca llegaba a embriagarse, esta vez algo se advertía.

—Escucha —se apresuró a explicar Raskólnikov—: sólo vengo a decirte que has ganado la apuesta y que, en efecto, nadie sabe lo que puede sucederle. No voy a entrar: estoy

tan débil que puedo caerme en cualquier momento. Así que, hola y adiós. Pásate mañana a verme.

—¿Sabes una cosa? Voy a acompañarte hasta tu casa. Cuando tú mismo dices que estás débil…

—¿Y tus invitados? ¿Quién es ese del pelo rizado que acaba de asomarse aquí?

—¿Ése? ¡Cualquiera sabe! Algún conocido de mi tío, probablemente, o alguien que se ha colado sin que lo invitaran… Dejaré a mi tío con todos ellos. Es un hombre que vale un tesoro. Lástima que no pueda presentártelo ahora. Aunque, ¡al diablo con todos ellos! Ahora les importo ya poco y, por otra parte, necesito refrescarme… Te aseguro que tu llegada ha sido de lo más oportuna; si tardas dos minutos más, la emprendo a trastazos con alguien, palabra. Desbarran de una manera… ¡No puedes imaginarte hasta qué punto es capaz de desbarrar una persona! Aunque, ¿por qué no ibas a imaginártelo? ¿No hacemos nosotros igual? Bueno, ¡allá ellos! Todo lo que desbarren ahora, eso llevan adelantado… Quédate aquí un momento, que voy en busca de Zosímov.

Zosímov acudió a Raskólnikov incluso con cierta ansiedad. Denotaba una singular curiosidad, que pronto se disipó.

—A la cama ahora mismo —dictaminó después de reconocer mal que bien al paciente—. Y, al acostarse, le convendría tomar esto. ¿Lo tomará? Lo preparé expresamente y, bastará con un papelillo que se tome…

—Aunque sean dos —contestó Raskólnikov, y se tomó allí mismo la medicina.

—Me parece muy bien que lo acompañes tú —le dijo a Razumijin—. Veremos lo que pasa mañana; pero, hoy por hoy, la cosa no va nada mal: se ha producido un cambio notable. Ver para creer…

—¿Sabes lo que me dijo Zosímov al oído cuando salíamos? —soltó Razumijin en cuanto llegaron a la calle—. Te lo voy a contar todo al pie de la letra porque son unos estúpidos. Zosímov me ha mandado ir hablando contigo todo el camino y hacerte hablar también a ti para contárselo luego porque le ronda la idea… de que tú… estás loco o te falta poco para estarlo. ¡Figúrate! En primer lugar, tú eres el doble de listo que él; en segundo lugar, si no estás loco a ti te importa un comino que se le haya ocurrido ese disparate y, en tercer lugar, aunque la especialidad de ese pedazo de carne con ojos es la cirugía, ahora le ha dado por las enfermedades mentales y, en lo que a ti se refiere, le trae a mal traer la conversación que tuviste hoy con Zamiótov.

—¿Te lo ha contado todo Zamiótov?

—Todo. Y ha hecho muy bien. Ahora he comprendido yo todo el intríngulis del asunto, y también lo ha comprendido Zamiótov… En una palabra, Rodia… el caso es… Ahora estoy algo bebido… Pero, no importa… el caso es que esta idea… ¿comprendes?… andaba ya rondándoles la cabeza… ¿comprendes? Es decir: ninguno de ellos se atrevió a exponerla en voz alta porque es de lo más disparatada; en particular cuando agarraron al chico ese, pintor de puertas, todo se vino abajo. ¿Cómo serán tan estúpidos? Ya le di yo entonces un buen rapapolvos a Zamiótov, dicho sea entre nosotros, ¿eh? Ten la bondad de no hacer la menor alusión a que estás enterado, porque es puntilloso. Ocurrió en casa de *Laviza*. Pero hoy, hoy ha quedado todo claro. Lo más curioso es lo de Ilyá Petróvich. Aquel día, en la comisaría, le sacó punta a tu desmayo, pero ahora se avergüenza de ello. Yo sé muy bien…

Raskólnikov escuchaba ávidamente y Razumijin, con los vapores del alcohol, se iba de la lengua.

—Yo entonces me desmayé del calor que hacía allí y del olor de la pintura —dijo Raskólnikov.

—¿Vas a explicármelo a mí? No fue debido a la pintura: es que la congestión te venía rondando ya un mes. ¡Bien claro lo dice Zosímov! Y no te puedes imaginar lo pesaroso que está ahora ese muchacho. «Yo no valgo ni lo que su dedo meñique», dice. Refiriéndose a ti. Y es que, a veces, tiene buenos sentimientos, amigo. Pero la lección que le has dado hoy en el Palacio de Cristal, ¡eso ha sido el colmo de la perfección! Porque al principio le diste un susto de muerte. ¡Si casi llegaste a persuadirlo nuevamente de todos esos horrores descabellados! Y, de repente, le sacas la lengua como diciendo: «¡Te lo has creído, so pánfilo!». ¡Superior! Ahora anda apabullado, deshecho… ¡Eres un maestro, palabra! ¡Así hay que pegarles en la cresta! Ahora esperaba tu llegada con verdadera impaciencia. Y Porfiri me ha dicho que quiere conocerte.

—¡Ah!… ¿También ése?… ¿Y cómo les ha dado por pensar que estoy loco?

—No; que estás loco, no. Me parece, hermano, que estoy hablando demasiado… Verás: es que antes le ha chocado que a ti sólo te interese ese punto; ahora está claro por qué te interesa; conociendo todas las circunstancias… y lo que te irritaba eso entonces y cómo se enredó con tu enfermedad… Te digo que le ha dado por las enfermedades mentales. Pero, tú no hagas caso…

Permanecieron callados cosa de medio minuto.

—Escucha, Razumijin, quiero decirte algo francamente: hace un rato he estado en casa de un difunto, de un funcionario que ha muerto… y allí he dejado todo el dinero que tenía… Pero, además, me ha dado un beso una criatura que, incluso si yo hubiera matado a alguien, también… En una palabra, que también he visto allí a otra criatura… con una pluma de color del fuego… Pero, estoy desvariando. Estoy muy débil; deja que me apoye en ti… ahora llega la escalera…

—¿Qué te ocurre? ¿Qué te ocurre? —preguntaba Razumijin alarmado.

—Se me ha ido un poco la cabeza. Pero, no se trata de eso. Se trata de que siento tristeza, tanta tristeza… ¡Como si fuera una mujer, palabra! Mira, ¿qué es eso? ¡Mira! ¡Fíjate!

—¿A qué te refieres?

—¿No lo ves? Hay luz en mi cuarto. Mira: sale por esa rendija…

Se hallaban ya al pie del último tramo, frente a la puerta de la patrona, y desde allí se veía efectivamente que había luz en el cuchitril de Raskólnikov.

—¡Qué raro! Quizá la haya encendido Nastasia —opinó Razumijin.

—Nunca va a mi cuarto a estas horas y hace tiempo que estará durmiendo. Pero, a mí me da igual… Bueno, dame la mano y adiós.

—¿Qué dices? Te acompañaré y entraremos juntos.

—Ya sé que entraremos juntos; pero yo quiero estrecharte aquí la mano y despedirme aquí de ti. ¡Venga la mano, y adiós!

—¿Qué te pasa, Rodia?

—Nada. Vamos. Tú serás testigo…

Reanudaron la subida y a Razumijin le pasó por la mente la idea de que quizá tuviera razón Zosímov. «¡Vaya por Dios! Lo he trastornado con mi cháchara», se dijo. De pronto, al aproximarse a la puerta oyeron voces en la habitación.

—Pero, ¿qué está pasando aquí? —exclamó Razumijin.

Raskólnikov fue el primero que agarró con decisión el picaporte y abrió la puerta de par en par. La abrió y se quedó en el umbral como petrificado.

Sentadas en el sofá, su madre y su hermana llevaban hora y media esperándolo. Sin que pudiera explicárselo, ellas eran a quienes menos esperaba y en quienes menos pensaba en ese momento a pesar de haberle sido

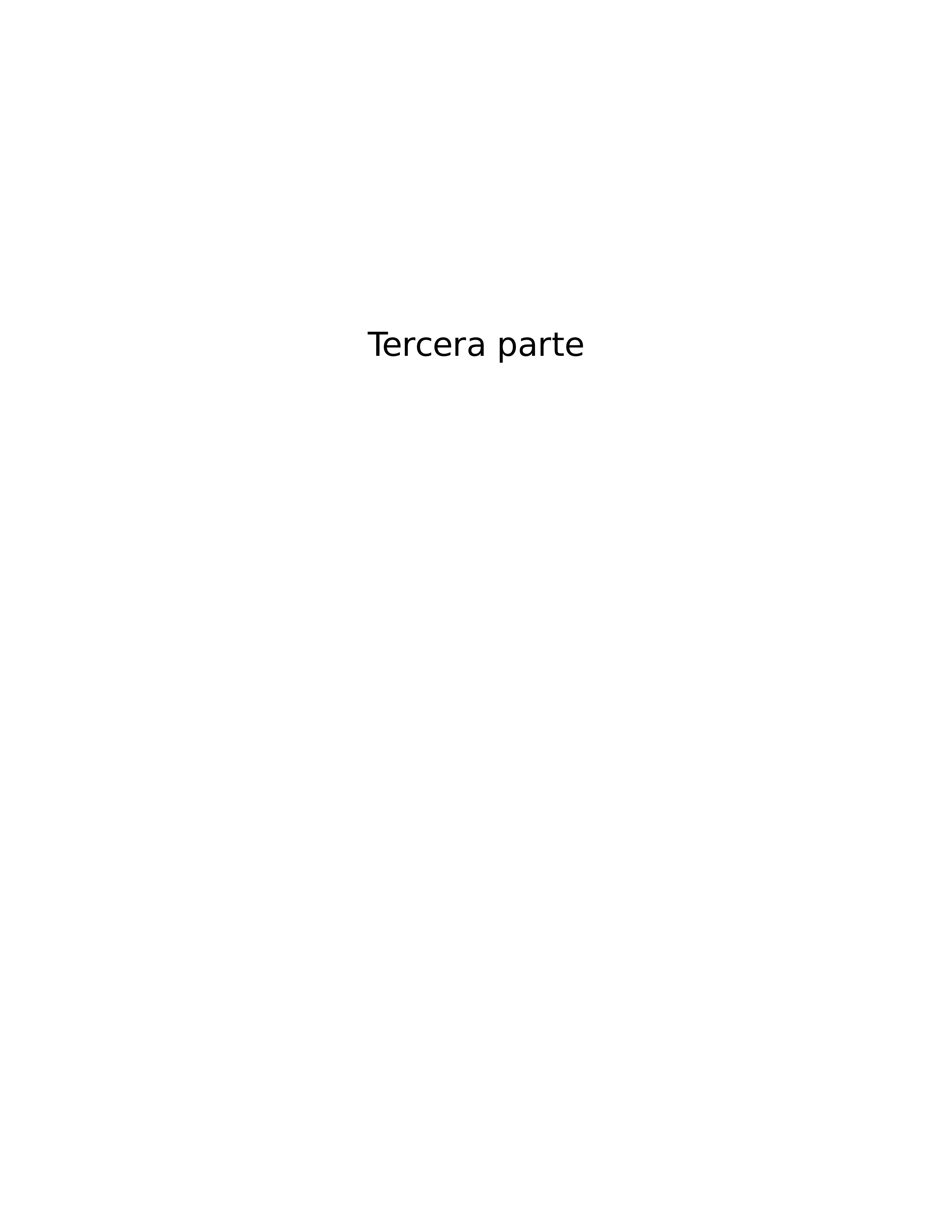
confirmada ese mismo día la noticia de que ya partían, de que se ponían en camino y no tardarían en llegar. Se habían pasado esa hora y media asediando a preguntas a Nastasia que, de pie frente a ellas, les había contado ya ce por be todas las novedades. Casi se mueren de miedo al escuchar que «hoy se ha escapado», enfermo y, a juzgar por lo que contaba, delirando. «¡Dios mío! ¿Qué le habrá pasado?». Estaban llorando y habían pasado un auténtico calvario durante esa hora y media de espera.

La aparición de Raskólnikov fue acogida con un grito de loca alegría. Las dos corrieron a su encuentro. Pero, él se había quedado como muerto, fulminado por un dolor insoportable al hacerse cargo de la situación. Ni siquiera podía estrecharlas entre sus brazos, que no le obedecían. La madre y la hermana sí le abrazaban, le besaban, reían y lloraban… Él dio un paso, vaciló y cayó desmayado al suelo.

Fue un estallido de gritos de espanto, de gemidos… Razumijin, que se había quedado junto a la puerta, entró corriendo en el cuarto, levantó al enfermo entre sus recios brazos y lo depositó al instante sobre el sofá.

—¡No es nada, no es nada! —les gritaba a la madre y a la hermana—. Un desmayo sin importancia. Precisamente acaba de decir el médico que lo encontraba mucho mejor, que está completamente bien. ¡Agua! ¿Ven ustedes? Ya se recobra, ya ha vuelto en sí…

Y, agarrando a Dunia de la mano con tanta fuerza que estuvo a punto de arrancársela, la hizo inclinarse para comprobar que ya había vuelto en sí. Madre e hija miraban con arrobo y gratitud a Razumijin, como si fuera la propia providencia; ya les había contado Nastasia lo que había hecho por su Rodia, durante toda la enfermedad, aquel «joven despabilado», como la propia Puljeria Alexándrovna Raskólnikova le había calificado aquella noche hablando con su hija…



Tercera parte

I



ASKÓLNIKOV se incorporó y se sentó en el sofá. Cortó con ademán cansino el raudal de deshilvanadas y vehementes palabras de consuelo que Razumijin dirigía a su madre y su hermana y, tomándolas él de las manos, las contempló alternativamente un par de minutos en silencio. A la madre la alarmó su forma de mirarlas. En aquella mirada traslucía una emoción rayana en el sufrimiento; pero, al mismo tiempo, tenía algo de inmutable y casi como de enajenado. Puljeria Alexándrovna se echó a llorar.

Avdotia Románovna estaba pálida; su mano temblaba en la del hermano.

—Volved a casa… con él —profirió Raskólnikov con voz entrecortada señalando a Razumijin—. Hasta mañana. Mañana, todo… ¿Hace mucho que habéis llegado?

—Esta tarde, Rodia —contestó Puljeria Alexándrovna—. El tren traía un retraso tremendo. Mira, Rodia: ahora no me aparto yo de ti por nada del mundo. Pasaré la noche aquí, a tu lado…

—No me atormentes, mamá —protestó él con ademán irritado.

—¡Me quedaré yo con él! —exclamó Razumijin—. No le abandonaré ni por un instante. ¡Al cuerno mis invitados, y

que se las entiendan como quieran! En todo caso, allí está mi tío para atenderles.

—¿Cómo podría yo expresarle mi gratitud? ¿Cómo...? —comenzó Puljeria Alexándrovna, pero su hijo volvió a interrumpirla:

—¡No puedo soportarlo! ¡No puedo! —repetía irritado—. ¡No me atormentéis! ¡Basta ya! ¡Marchaos! ¡No puedo...!

—Vámonos, mamá. Salgamos por lo menos del cuarto un momento —susurró Dunia asustada—. Se ve que le estamos haciendo sufrir.

—Pero ¿es que no voy a poder ni siquiera mirarlo a mis anchas al cabo de tres años? —sollozó Puljeria Alexándrovna.

—Un momento... No hacéis más que interrumpirme y me estáis confundiendo... ¿Habéis visto a Luzhin?

—No, Rodia, todavía no; pero él sabe que hemos llegado. Rodia, nos hemos enterado de que Piotr Petróvich ha tenido la bondad de visitarte hoy —añadió Puljeria Alexándrovna con cierta timidez.

—Sí... Ha tenido esa bondad... Te advierto, Dunia, que a ese Luzhin le dije que iba a tirarlo de cabeza por las escaleras y que lo eché de aquí lo mande al diablo.

—¡Pero Rodia! No será... No querrás decir... —empezó Puljeria Alexándrovna toda asustada, pero no terminó la frase y miró a Dunia.

Avdotia Románovna miraba fijamente a su hermano y esperaba a que continuara. Enteradas ya de la disputa por Nastasia, en la medida en que ésta supo entender lo ocurrido y transmitírselo a ellas, habían hecho miles de cábalas y estaban muy apuradas.

—Dunia —prosiguió Raskólnikov con esfuerzo—, no quiero que te cases con ese hombre. De manera que mañana mismo, a la primera frase que pronuncie, debes retirarle tu palabra a Luzhin, y que no vuelva a aparecer.

—¡Dios mío! —gritó Puljeria Alexándrovna.

—Piensa en lo que dices, hermano mío —comenzó impulsivamente Avdotia Románovna, pero se contuvo al momento—. Es posible que no te encuentres ahora en condiciones de hablar. Estás fatigado —concluyó con dulzura.

—¿Te has creído que estoy delirando? ¡Pues, no! Tú te casas con ese Luzhin por mí. Pero, yo no acepto el sacrificio. De modo que para mañana, le escribes una carta… retirándole tu palabra. Me la traes por la mañana para que yo la lea, y se acabó.

—¡Yo no puedo hacer eso! —protestó la muchacha ofendida—. ¿Con qué derecho…?

—Dunia, también tú estás alterada. No sigas. Mañana… —intervino la madre, toda asustada, yendo hacia Dunia—. ¿No estás viendo…? ¡Mejor será que nos vayamos!

—¡Está delirando! —gritó Razumijin achispado—. Si no, ¿cómo iba a atreverse…? Mañana se le habrán pasado todas esas tonterías. Pero, es verdad que hoy le ha echado de aquí. Así fue. Bueno, y el otro se enfadó… Estuvo aquí perorando, alardeando de su saber, pero al final se marchó con el rabo entre las piernas.

—¿Conque, es verdad? —exclamó Puljeria Alexándrovna.

—Hasta mañana, hermano —dijo Dunia compasiva—. Vamos, mamá. Adiós, Rodia.

—Escúchame, Dunia —repitió a su espalda, con un último esfuerzo—: no estoy delirando. Ese matrimonio es una vileza. Yo seré un infame, pero tú no debes… Por lo menos uno de nosotros… Pero yo, aunque sea un infame, no podría llamar hermana a una hermana así. ¡O Luzhin o yo! Marchaos…

—¿Te has vuelto loco? ¡Eres un déspota! —rugió Razumijin, pero Raskólnikov no le contestó ya, o quizá no tuviera fuerzas para contestarle. Se tendió en el sofá,

totalmente extenuado, y volvió la cara hacia la pared. Avdotia Románovna miró con interés a Razumijin, sus ojos negros refulgieron y Razumijin se estremeció bajo aquella mirada. Puljeria Alexándrovna estaba como paralizada.

—Yo no puedo marcharme de aquí de ninguna manera —le susurró a Razumijin casi desesperada—. Me quedaré, me acomodaré en cualquier sitio… Acompañe usted a Dunia.

—Y lo echará usted todo a perder —replicó Razumijin, también en voz baja, impacientándose—. Salgamos por lo menos a la escalera. Trae una luz, Nastasia. Le juro a usted —prosiguió a media voz, ya en el rellano de la escalera— que esta tarde estuvo a punto de pegarnos al médico y a mí. ¿Se da usted cuenta? ¡Al médico! Entonces el médico se marchó, para no soliviantarlo y yo me quedé abajo al cuidado. Y él aprovechó para vestirse y largarse. Es capaz de largarse también ahora, en plena noche, si le irrita usted, y cometer cualquier disparate…

—¿Pero qué está usted diciendo?

—Aparte de que Avdotia Románovna no puede quedarse sola en la casa donde ustedes se hospedan. ¡Ya ha visto usted el lugar! Como si ese canalla de Piotr Petróvich no podía haber buscado mejor alojamiento… Aunque, yo estoy algo bebido, ¿sabe?, y por eso le he llamado canalla. No haga usted caso…

—Bueno, pues iré a ver a la patrona de aquí —insistía Puljeria Alexándrovna— y le rogaré que nos ceda a Dunia y a mí algún rincón donde pasar la noche. No puedo dejarlo así. ¡No puedo!

A todo esto, se hallaban en el descansillo de la escalera, justo frente a la puerta de la patrona, y Nastasia les alumbraba desde un escalón más ahajo. Razumijin daba muestras de extraordinaria excitación. Media hora antes, mientras acompañaba a Raskólnikov a su casa, estaba totalmente alerta y despejado, aunque en exceso locuaz

según él mismo reconocía, a pesar de la tremenda cantidad de bebida consumida durante la velada. En cambio ahora, su estado era más bien de exaltación y al mismo tiempo como si todo lo bebido se le subiera nuevamente a la cabeza, de golpe y con fuerza duplicada. Había tomado una mano de cada una de las mujeres y, mientras trataba de convencerlas y argumentaba sus razones con prodigiosa sinceridad, probablemente para darles mayor fuerza de convicción las estrujaba casi a cada palabra entre las suyas como si fueran tenazas, tan acaloradamente que casi les hacía daño, en tanto devoraba a Avdotia Románovna con los ojos, sin cohibirse en absoluto. Del dolor, ellas intentaban a veces liberar sus manos de las suyas, enormes y huesudas; pero él, lejos de darse cuenta, tiraba de ellas con más empeño. Si en ese momento le hubieran ordenado lanzarse de cabeza por las escaleras en obsequio suyo, lo habría hecho al instante, sin la menor duda ni vacilación. Puljeria Alexándrovna, alarmadísima por el estado de su hijo, se daba cuenta de que aquel joven era harto excéntrico y le hacía daño al estrujarle la mano; pero, como al mismo tiempo era su providencia, prefería no fijarse en aquellos detalles extravagantes. Por su parte Avdotia Románovna, aunque igualmente alarmada y pese a que no era de un natural medroso, no podía por menos de advertir con asombro y casi con temor el brillo salvaje de las miradas que le clavaba el amigo de su hermano y sólo la confianza absoluta inspirada por los relatos de Nastasia acerca de tan extraño personaje le permitía sobreponerse a la tentación de salir corriendo de allí y arrastrar a su madre con ella. También comprendía que quizá no les fuera ya posible escapar de él. Por otra parte, a los diez minutos se sintió ya mucho más tranquila. Razumijin tenía la virtud de revelar enseguida su condición, cualquiera que fuese su estado de

ánimo, de manera que, al poco de conocerlo, todo el mundo sabía ya con quién trataba.

—Acudir a la patrona es imposible, y un tremendo disparate, además —intentaba disuadir a Puljeria Alexándrovna—. Aunque sea usted su madre, si se queda puede ponerlo furioso, y entonces, ¡cualquiera sabe lo que será capaz de hacer! Verá usted: lo mejor será que Nastasia se quede ahora con él mientras yo las acompaño porque no pueden andar solas por las calles. En ese sentido, nuestro San Petersburgo es… Bueno, vamos a dejarlo… Luego de dejarlas en casa, vuelvo corriendo aquí y les doy mi palabra más formal de que un cuarto de hora después, les llevo un informe completo: de cómo se encuentra, de si está dormido o no, etc. Entonces, ¿saben?, entonces me planto de un salto en mi casa, donde tengo invitados, todos borrachos, por cierto, agarro a Zosímov —es el doctor que lo trata y ahora se encuentra en mi casa, pero no está borracho porque él no se emborracha nunca—, lo llevo donde Rodia y vuelvo aquí a escape, de manera que en una hora tendrán ustedes noticias de él por dos veces y una de ellas del propio doctor, ¿comprenden?, del propio doctor, que no es lo mismo que tenerlas de mi parte. Si hubiera motivo de alarma les juro que volvería a traerlas aquí; pero si todo va bien, se acuestan ustedes. Yo me pasaré toda la noche aquí, en el pasillo, de modo que no me oirá y a Zosímov le haré que se quede en casa de la patrona para tenerlo a mano. ¿Quién le hace más falta ahora a él: ustedes o el doctor? El doctor; naturalmente que le hace más falta el doctor. Conque, vamos a su casa. En cuanto a quedarse donde la patrona, imposible: yo puedo quedarme, pero ustedes, no… porque… porque es tonta. Si quieren que les diga la verdad, le entrarían celos de Avdotia Románovna, y de usted también. Pero, de Avdotia Románovna, en cuanto la viera. Tiene un carácter de lo más imprevisible. Bueno, también yo

soy tonto… ¡Bah!… ¡Vamos! ¿Confían ustedes en mí? A ver: ¿confían ustedes en mí o no?

—Vamos, mamá —dijo Avdotia Románovna—. Seguro que lo hará tal y como lo promete. Ha salvado ya a Rodia y si el doctor se aviene, efectivamente, a pasar aquí la noche, ¿qué más se puede pedir?

—¿Lo ve? Usted me comprende, ¡usted me comprende porque es un ángel! —exclamó Razumijin arrobado—. Vamos, pues. Nastasia: sube ahora mismo con una luz y quédate a su lado. Volveré dentro de un cuarto de hora…

Aunque no enteramente convencida, Puljeria Alexándrovna no se resistió más. Razumijin les ofreció el brazo y casi las arrastró escaleras abajo. De todas maneras, la madre iba preocupada pensando que, aunque el joven parecía bondadoso y despierto, quizá no pudiera cumplir sus promesas debido al estado en que se encontraba.

—Me imagino lo que va usted pensando porque me ve así… —dijo Razumijin, interrumpiendo y adivinando sus cavilaciones mientras caminaba a tales zancadas que las mujeres apenas podían seguirlo, aunque él ni siquiera se daba cuenta—. ¡Tonterías! Bueno…, cierto que estoy borracho, estúpido de mí, pero no es de la bebida. Es que me he achispado al verlas. Pero, no se ocupen de mí. No me hagan caso: estoy diciendo sandeces. Soy indigno de ustedes. ¡Soy absolutamente indigno de ustedes!… En cuanto las deje a ustedes en su casa vuelvo aquí al canal, me echo un par de cubos de agua por la cabeza, ¡y tan campante! ¡No saben ustedes cuánto las quiero a las dos!… ¡No se rían ni se enfaden! Pueden enfadarse con cualquiera, menos conmigo. Yo soy amigo de Rodia y, por tanto, también soy amigo de ustedes. Quiero que así sea… Yo lo presentía… El año pasado tuve una corazonada… Aunque, no es cierto que lo presintiera porque ustedes han llegado como llovidas del cielo. Me parece que no voy a pegar el ojo en toda la

noche… Esta tarde, Zosímov temía que se volviera loco… Por eso mismo no hay que llevarle la contraria…

—¿Qué está usted diciendo? —exclamó la madre.

—¿De verdad opinaba así el doctor? —inquirió Avdotia Románovna asustada.

—Lo dijo, sí, pero no es cierto, no es cierto en absoluto. Le dio una medicina, unos papelillos, que yo mismo lo vi… Pero, en esto llegaron ustedes… ¡En fin! Habría sido preferible que llegasen mañana. Hemos hecho bien en marcharnos. Dentro de una hora el propio Zosímov les informará de todo. ¡Ése sí que no está borracho! Y yo también dejaré de estarlo… Y, a todo esto, ¿por qué habré bebido yo tanto? Pues, porque me hicieron entrar en discusiones, los muy miserables. Y eso que había jurado no discutir nunca más. Decían unas estupideces… ¡A punto estuvimos de llegar a las manos! Allí he dejado a mi tío para poner orden… ¿Querrán ustedes creer que aspiran a una total impersonalidad y rompen lanzas por ello? Anular su propia personalidad, no parecerse en nada a uno mismo… Eso es lo que proclaman como el sumo progreso. Y si sus sandeces fueran por lo menos originales. Pero…

—Óigame —le interpeló Puljeria Alexándrovna, pero su interrupción no hizo sino exaltarle más.

—¿Y ustedes, qué piensan? —gritaba Razumijin en tono más subido—. ¿Piensan que me importan sus sandeces? ¡Qué va! Me gusta que desbarren. Ese es el único privilegio de que goza el ser humano sobre los demás organismos. Desbarrando se puede llegar hasta la verdad. Porque desbarro, soy un ser humano. A ninguna verdad se ha llegado nunca sin haber errado antes catorce veces, o quizá ciento catorce, y eso es un honor hasta cierto punto. Pero el caso es que nosotros ni siquiera somos capaces de desbarrar por cuenta propia. Dime sandeces, pero que sean de tu propia cosecha, y soy capaz de darte un beso. Desbarrar por

cuenta propia es casi preferible a desbarrar por cuenta ajena: en el primer caso eres un ser humano, mientras que en el otro sólo eres un pajarraco. La verdad no desaparece; pero a la vida, sí se la puede emparedar. ¿Qué representamos todos nosotros ahora, todos sin excepción? ¿Qué representamos en lo que se refiere a la ciencia, al desarrollo, al pensamiento, a los inventos, a los ideales, a las aspiraciones, al liberalismo, al raciocinio, a la experiencia… a todo, vamos… lo que se dice a todo? ¡Pero, si todavía estamos en preparatorio del liceo! ¡Nos ha gustado eso de aprovecharnos de las ideas ajenas! ¿No es cierto? ¿No digo bien? —vociferaba Razumijin estrujando y sacudiendo las manos de las mujeres—. ¿No es cierto?

—¡Ay, Dios mío, yo no lo sé! —profirió la pobre Puljeria Alexándrovna.

—Así es, así… Aunque yo no estoy de acuerdo en todo con usted —añadió Avdotia Románovna gravemente, y a renglón seguido sofocó un grito de tanto como le había apretado la mano.

—¿Así es? ¿Ha dicho usted que así es? —lanzó Razumijin con entusiasmo—. Después de esas palabras es usted… es usted fuente de bondad, de pureza, de sensatez… y de perfección. Deme su mano… y usted también la suya, señora, porque quiero besar esas manos aquí, ahora mismo, de rodillas.

Y, efectivamente, se hincó de rodillas en medio de la calle, por fortuna desierta en ese momento.

—Basta, se lo ruego. ¿Qué hace usted? —gritó Puljeria Alexándrovna, realmente alarmada.

—¡Levante, levántese usted! —Dunia reía, aunque también inquieta.

—Por nada del mundo, hasta que no me dejen besarles las manos. Así. Con esto me basta. Ya me he levantado. Sigamos nuestro camino. Soy un desdichado cretino,

indigno de ustedes; además estoy borracho… y avergonzado… Soy indigno de amarlas. Pero, reverenciarlas es deber de cualquiera que no sea un animal inmundo. Y yo las reverencio… Hemos llegado. Y, sólo por esto, razón tuvo Rodión en echar esta tarde a ese Piotr Petróvich. ¿Cómo tuvo la osadía de hospedarlas en estas habitaciones amuebladas? ¡Esto es un escándalo! ¿Saben ustedes a la gente que admiten aquí? Y usted es su prometida, ¿verdad? Pues, ¿sabe lo que le digo después de esto? Pues, que su prometido es un miserable.

—Óigame, señor Razumijin, usted olvida… —empezó Puljeria Alexándrovna.

—Sí, sí. Tiene usted razón —Razumijin se quedó cortado—. Me he pasado de la raya y estoy avergonzado. Pero…, pero ustedes no pueden enfadarse conmigo por hablar así. Porque, lo digo con sinceridad y no porque… hum… eso sería una ruindad. En una palabra, que no es porque yo a usted… hum… Bueno, lo dejaremos. No me meteré en más explicaciones. Pero esta tarde, en cuanto entró, nos dimos cuenta de que aquel hombre no era de los nuestros. Y no porque viniera recién rizado de la peluquería ni tampoco porque se pusiera inmediatamente a alardear de su talento, sino porque es un echadizo y un especulador; porque salta a la vista que es un judío y un payaso. ¿Se creen ustedes que es inteligente? Pues, no lo es: ¡es un cretino, un cretino! ¿Cómo va a compararse con usted? ¡Dios mío! Mire usted, señorita —se había detenido de pronto en medio de la escalera que conducía a las habitaciones amuebladas—: mis conocidos, aunque ahora estén todos borrachos en mi casa, son gente honrada y, aunque desbarramos —le advierto que también yo lo hago—, acabamos llegando a la verdad porque seguimos un camino noble mientras que Piotr Petróvich…, ése no va por el camino noble. Y, aunque acabo de ponerlos de vuelta y media, a todos los respeto. Incluso a

Zamiótov, si no le respeto, al menos le quiero porque es como un cachorrillo. Incluso también a ese bruto de Zosímov, porque es honrado y sabe su oficio… Pero, basta. Todo ha sido dicho y perdonado. ¿Verdad que está perdonado? Bueno, vamos: yo conozco este pasillo. Ahí, en el número tres, hubo un escándalo… ¿En qué número están ustedes? ¿En el ocho? Bueno, pues cuando las deje yo, cierren la puerta con llave y no abran a nadie. Dentro de media hora volveré con noticias y media hora después traeré a Zosímov, ya lo verán. ¡Hasta pronto! Me voy corriendo.

—¡Dios santo, Dunia! ¿Qué va a pasar? —le preguntó Puljeria Alexándrovna, ansiosa y asustada, a su hija.

—Cálmese, mamá —contestó la hija quitándose el sombrero y la manteleta—. Ha sido Dios quien nos ha enviado a este señor, aunque viniera de una juerga. Le aseguro que podemos confiar en él. Y todo lo que ha hecho ya por Rodia…

—¡Ay, Dunia! Dios sabe si vendrá efectivamente. ¿Cómo he podido consentir en dejar a Rodia solo? Nunca me hubiera imaginado que iba a encontrarlo así. ¡Nunca! Estaba tan arisco, como si no se alegrara de vernos…

Los ojos se le empañaron de lágrimas.

—No, mamá, no ha sido así. Usted no se dio cuenta de todo porque no hacía más que llorar. Toda su conducta se debe al quebranto que le ha causado la enfermedad.

—¡Ay, esa enfermedad! ¿Qué pasará ahora, qué pasará? ¡Y de qué modo te habló a ti, Dunia! —La madre la miraba tímidamente tratando de leerle el pensamiento en los ojos y ya se sentía consolada a medias viendo que Dunia disculpaba a su hermano, prueba de que le había perdonado —. Estoy segura de que mañana habrá cambiado de actitud —intentó sonsacarle algo más.

—Pues, yo estoy persuadida de que mañana dirá lo mismo… sobre esa cuestión —la atajó Avdotia Románovna, y

con razón, pues aquél era un punto del que Puljeria Alexándrovna temía demasiado tratar.

Dunia se acercó y besó a su madre. Ésta la abrazó con fuerza. Luego se sentó a esperar, angustiada, el regreso de Razumijin y se puso a observar tímidamente a su hija, quien, con los brazos cruzados y también expectante, iba y venía por el cuarto, absorta en sus pensamientos. Aquellos paseos de punta a punta de un aposento, pensativa, eran ya hábito en Avdotia Románovna, y la madre temía siempre interrumpir su cavilar en tales momentos.

Sin duda resultaba ridícula la repentina pasión que el alcohol había inspirado a Razumijin. No obstante, muchos le habrían disculpado —y más aun teniendo en cuenta el estado tan peculiar en que se encontraba el joven— al contemplar a Avdotia Románovna, sobre todo en ese momento en que, triste y absorta, caminaba por la estancia con los brazos cruzados. Avdotia Románovna era realmente hermosa: alta, muy esbelta, fuerte y segura de sí misma, cualidad que se manifestaba en cada uno de sus gestos y que, sin embargo, no mermaba ni un ápice la suavidad y la gracia de sus movimientos. Se parecía de cara a su hermano, pero a ella se la podía calificar incluso de beldad. Tenía el cabello castaño, algo más claro que el de su hermano y los ojos casi negros, resplandecientes, de expresión altiva pero también de suma bondad en ciertos momentos. Pálida, aunque no de palidez enfermiza, su rostro respiraba lozanía y salud. La boca era algo pequeña y el labio inferior, fresco y rojo, sobresalía un poco, lo mismo que el mentón, única irregularidad de aquel precioso semblante que le prestaba un sello singular y, en ocasiones, un aire orgulloso. El rostro solía revelar más gravedad y abstracción que alegría. En cambio, ¡qué bien le sentaba a ese rostro la sonrisa y qué bien le sentaba a ella la risa alegre, joven y despreocupada! Se comprende que Razumijin, fogoso y

espontáneo, algo simple, fuerte como un *bogatir*[71] y entonces algo bebido; Razumijin, que nunca había visto criatura semejante a ella, perdiese la cabeza nada más mirarla. Además, el azar quiso que viera por primera vez a Dunia en ese maravilloso instante de amor y alegría que le causaba la entrevista con su hermano. Luego vio el temblor de indignación de su labio inferior al escuchar la orden insolente y cruelmente desagradecida de su hermano… ¡y ya no pudo resistir!

Decía la verdad cuando poco antes afirmaba, todavía en la escalera de la casa de Raskólnikov, que su excéntrica patrona, Praskovia Pávlovna, no habría sentido celos sólo de Dunia, sino probablemente también de su madre. Aunque Puljeria Alexándrovna tenía cuarenta y tres años, su rostro guardaba vestigios de su belleza anterior. Por otra parte, representaba menos edad, como sucede casi siempre en aquellas mujeres que conservan hasta la vejez la lucidez de espíritu, la lozanía de las impresiones y un corazón puro y ardiente. Digamos entre paréntesis que el único medio de no perder la belleza ni aún en la vejez es conservar todo eso. El cabello, menos abundante, comenzaba a encanecer, abanicos de arruguitas marcaban hacía ya tiempo las comisuras de los ojos, las mejillas estaban hundidas y menos tersas debido a las preocupaciones y las penas, pero su rostro era hermoso a pesar de todo ello. Era el retrato de Dunia, con veinte años más, y excepto la expresión del labio inferior. Puljeria Alexándrovna era sentimental, aunque no hasta la ñoñería, tímida y condescendiente, pero sólo hasta cierto límite. Podía ceder en muchas cosas, podía avenirse incluso con otras que no iban a la par de sus convicciones, pero siempre había un límite de honradez, de moralidad y creencias arraigadas que ninguna circunstancia habría podido obligarla a trasponer.

A los veinte minutos justos de la partida de Razumijin se escucharon en la puerta dos golpes leves pero apremiantes: el joven había vuelto.

—No voy a entrar: tengo prisa —dijo atropelladamente cuando ellas abrieron—: duerme como un tronco, con sueño profundo y sosegado que ojalá le dure diez horas seguidas. Nastasia está a su lado y le he mandado que no se mueva hasta que yo vuelva. Ahora les traeré a Zosímov, que les informará de todo, y entonces deben acostarse ustedes porque me parece que están extenuadas.

Y salió corriendo, pasillo adelante.

—¡Qué joven tan despierto… y servicial! —comentó Puljeria Alexándrovna encantada.

—Parece una persona excelente —corroboró la hija con cierta vehemencia, y reanudó sus paseos por el cuarto.

Al cabo de una hora aproximadamente se escucharon pasos y otra llamada a la puerta. Esta vez, las mujeres esperaban con plena confianza el cumplimiento de la promesa de Razumijin. En efecto, traía a Zosímov, que había aceptado enseguida abandonar la fiesta para visitar a Raskólnikov, pero que venía a ver a las señoras a regañadientes y con gran suspicacia debido al estado en que se encontraba Razumijin. Pero su vanidad quedó satisfecha e incluso halagada nada más llegar: comprendió que, en efecto, le esperaban como a un oráculo. Permaneció con las señoras diez minutos justos y logró tranquilizar por completo a Puljeria Alexándrovna con sus razones. Habló con extraordinaria solicitud, pero con la reserva y la acentuada gravedad de un médico de veintisiete años en una consulta de importancia, sin apartarse un ápice del objeto de su visita ni evidenciar el menor deseo de establecer relaciones más personales y frecuentes con ambas señoras. Habiendo advertido, nada más entrar, la deslumbrante belleza de Avdotia Románovna, enseguida se

esforzó por no fijarse en ella y, durante todo el tiempo que duró su visita, se dirigió exclusivamente a Puljeria Alexándrovna. Todo aquello le proporcionaba una inmensa satisfacción interior. Del enfermo dijo que en ese momento estimaba su estado muy satisfactorio; que, según sus observaciones, la dolencia tenía, aparte de la penuria material en que el paciente había vivido los últimos meses, algunas otras causas morales y era, «por decirlo así, producto de muchas y complejas influencias morales y materiales: ansiedad, temores, preocupaciones, determinadas ideas… etcétera». Al advertir de reojo que Avdotia Románovna se había puesto a escuchar con particular atención, Zosímov se extendió algo más sobre el tema. A la pregunta, ansiosa y tímida, de Puljeria Alexándrovna de si «cabía sospechar algún indicio de locura», contestó con sonrisa franca y tranquila que se habían tergiversado algo sus palabras, que en el paciente se advertía cierta idea fija, algo parecido a una monomanía, circunstancia que le había interesado, ya que él, Zosímov, estudiaba de modo especial esa rama de la medicina, sumamente sugestiva; pero también había que recordar que el enfermo había estado delirando casi hasta ese mismo día y… y, por supuesto, la llegada de sus familiares le fortalecería, le distraería y ejercería una acción favorable «siempre que sea posible evitar nuevos traumas», agregó con intención. Luego se levantó, se despidió con afable solemnidad y se retiró acompañado por las bendiciones y las frases de ardiente gratitud de las dos mujeres e incluso habiendo estrechado la linda mano que Avdotia Románovna le tendió espontáneamente. Salió extremadamente satisfecho de su visita, y más aún de sí mismo.

—Acuéstense ahora mismo, que ya hablaremos mañana —insistió Razumijin cuando salía con Zosímov—. Vendré a traerles noticias lo antes posible.

—¡Qué criatura tan adorable es esta Avdotia Románovna! —comentó Zosímov, casi relamiéndose, al salir a la calle.

—¿Adorable? ¿Has dicho adorable? —rugió Razumijin y, de pronto, se abalanzó sobre él y le echó las manos al cuello—. Si te atreves alguna vez… ¿Me entiendes? ¿Me has entendido? —gritaba, zarandeándolo por la ropa, pegado a la pared—. ¿Oyes?

—¡Suelta, borracho del demonio! —se debatía Zosímov; luego, libre ya de sus zarpas, lo miró fijamente y soltó la carcajada. Frente a él, y con los brazos caídos, Razumijin estaba sumido en sombría cavilación.

—Por supuesto, yo soy un asno —profirió, tétrico como un nubarrón—. Pero… es que tú también…

—No, amigo; yo, no. Yo no sueño con estupideces.

Echaron a andar en silencio, y sólo cuando se aproximaban a la casa de Raskólnikov rompió Razumijin su mutismo, muy preocupado:

—Escucha: eres un buen muchacho; pero, aparte de todos tus defectos, eres además un mujeriego, y de los pocos escrupulosos. Eres un asqueroso, neurótico y débil, esclavo de tus caprichos, hastiado e incapaz de privarte de nada… Y a eso le llamo yo ser una basura porque a la basura conduce directamente. Te has regalado tanto que, la verdad, no atino a comprender cómo puedes ser, con todo y con eso, un buen médico, incluso un médico abnegado. Duermes en lecho de plumas, ¡tú, un médico!, y por las noches te levantas para visitar a un enfermo. Dentro de dos o tres años, ya no lo harás… Pero, bueno, ahora no se trata de eso, sino de lo siguiente: esta noche, la vas a pasar en los aposentos de la patrona, no te imaginas lo que me ha costado convencerla, y yo en la cocina. Así tendréis ocasión de conoceros mejor. ¡No es lo que tú piensas! Ni por asomo, amigo…

—Pero, sino pienso nada…

—Lo que hay, amigo, es pudor, reserva, castidad a toda prueba, pero acompañado de suspiros y de una languidez que la hace derretirse como la cera. ¡Líbrame de ella, por todos los demonios del mundo! ¡Y es de lo más *avenántnenkaia*!… Te devolveré el favor, por mi cabeza te lo juro.

La risa de Zosímov aumentó de punto.

—¡Sí que te lo tomas a pecho! ¿Y qué falta me hace a mí?

—Te aseguro que no precisas esforzarte mucho. No tienes más que ensartar todas las sandeces que te pasen por la mente; no tienes más que sentarte junto a ella y hablar. Además, eres médico. Invéntale alguna dolencia para tratarla. Te juro que no te arrepentirás. Por cierto, tiene un clavicordio y, como tú sabes que yo tecleo un poco, le llevé un día una de esas canciones rusas que llegan al alma —son las que le gustan a ella— y empieza diciendo «Derramo lágrimas ardientes…». Bueno, pues con esa canción comenzó todo. Conque, tú que eres un virtuoso del piano, un maestro, un Rubinstein[72]… ¡Te aseguro que no te arrepentirás!

—¿Qué ocurre, vamos a ver? ¿Le has hecho alguna promesa? ¿Has firmado algo? Quizá le hayas dado palabra de matrimonio…

—¡Que no! ¡Que no hay absolutamente nada de eso! Además, que no es mujer de ese género… Por cierto que Chebárov…

—Entonces, déjala.

—No puedo dejarla así como así.

—¿Por qué no?

—Pues, porque no, y se acabó. En todo esto hay cierta atracción.

—¿Y para qué la engatusaste?

—Yo no la he engatusado en absoluto. Hasta es posible que me haya dejado engatusar yo, de puro tonto. En cuanto

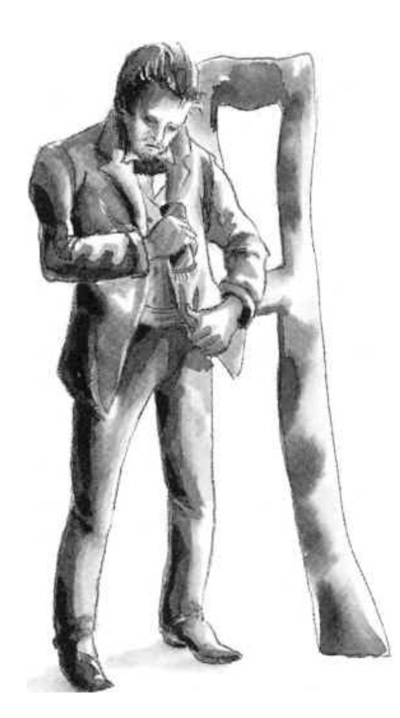
a ella, le da absolutamente igual que seas tú o que sea yo con tal de que alguien se siente a su lado y suspire. Es que… No te lo podría explicar. Por ejemplo, tú sabes mucho de matemáticas, lo sé, y todavía sigues interesándote por ellas… Pues, empieza a explicarle el cálculo integral. Te aseguro que no hablo en broma. Te digo en serio que a ella le dará absolutamente lo mismo: te mirará, suspirará, y es capaz de estarse así un año entero. Te advierto que, una vez, me pasé dos días seguidos hablándole de la Cámara Alta prusiana porque, ¿de qué se puede hablar con ella?, y ella no hizo más que suspirar lánguidamente. Sólo que no le hables de amor porque es pudorosa hasta la exageración, pero dale a entender que no te puedes apartar de ella. Y con eso es suficiente. No puedes imaginarte lo confortable que se siente uno. Igualito que en casa: puedes leer, escribir, estar sentado o tendido… Incluso puedes besarla, pero con cuidado…

—¿Qué falta me hace a mí?

—¡Nada, que no consigo explicártelo! Verás: estáis hechos el uno para el otro. Ya había pensado en ti antes. ¡Si acabarás haciéndolo! Entonces, ¿qué más te da un poco antes o un poco después? Aquí amigo, existe el factor «lecho de plumas», aunque no se trata sólo de eso. Se trata de algo que le atrae a uno: el fin del universo, el fondeadero, un remanso apacible, el ombligo del mundo, los tres peces que sustentan la creación, la quintaesencia de los *crepés* y del pastel de pescado, el *samovar* por las tardes, los leves suspiros, los batines acolchados, los tibios sofás… Gozas de la misma paz que si estuvieras muerto, pero estás vivo. Tienes las dos ventajas. Amigo, me parece que estoy desbarrando. ¡A dormir! Escucha, como yo me despierto algunas veces de noche, iré a echarle una ojeada. Aunque, es una tontería porque todo marcha bien. Tú no te preocupes de modo especial, aunque también puedes acercarte. Y en

cuanto observes algo: que delira, que tiene fiebre o cualquier otra cosa, me despiertas inmediatamente. Aunque, no es probable…

II



LA MAÑANA siguiente, Razumijin se despertó, serio y preocupado, cuando eran poco más de las siete. Enseguida le asaltaron muchas nuevas incertidumbres imprevistas. Nunca hubiera creído que un día se despertaría así. Recordaba hasta en sus menores detalles todo lo sucedido la víspera y comprendía que algo insólito le había pasado, que había recibido el impacto de una impresión totalmente desconocida hasta entonces y distinta a todas las anteriores. Al mismo tiempo, tenía plena conciencia de que el sueño nacido en su mente era en grado sumo irrealizable, tan irrealizable que incluso se avergonzaba de él, y se apresuró a enfocar otras cavilaciones e incertidumbres más esenciales, herencia del «maldito día anterior».

El recuerdo que más le hería era el de haberse mostrado la víspera «ruin y miserable», y no sólo por haberse emborrachado, sino también porque, bajo el impulso de unos celos estúpidamente prematuros, y aprovechándose de la situación en que se hallaba la muchacha, en presencia suya había insultado a su prometido sin conocer las relaciones y compromisos existentes entre ellos y sin conocerlo siquiera a él debidamente. Además, ¿qué derecho

tenía él para juzgarlo de modo tan precipitado e irreflexivo? ¿Quién le mandaba meterse a juez? ¿Era concebible que una criatura como Avdotia Románovna se casara por dinero con un hombre indigno? Eso significaba que también tenía sus cualidades. ¿El alojamiento que les había buscado? ¿Y por qué tenía la obligación de saber el género de habitaciones que eran aquéllas? ¿No estaba arreglando un piso? Razumijin se había comportado vilmente. Y el hecho de que estuviera borracho no era una justificación, sino un pretexto que lo rebajaba más todavía. En el vino está la verdad, y allí se había revelado toda la verdad: «es decir, se ha revelado toda la basura de mi corazón envidioso y tosco». Ese sueño, ¿era permisible para él, para Razumijin, aunque fuera lo más mínimo? ¿Quién era él, el borrachín pendenciero y el fanfarrón de la noche anterior, en comparación con aquella muchacha? ¿Acaso se puede establecer una comparación tan cínica y ridícula? Sólo de pensarlo, Razumijin se puso como la grana y, por si fuera poco, en ese preciso instante le volvió a la mente con toda nitidez lo que había dicho la víspera, cuando estaban parados en la escalera, acerca de que la patrona tendría celos de Avdotia Románovna… Aquello no tenía nombre. Pegó un tremendo puñetazo en el fogón de la cocina y se lastimó la mano además de hacer saltar un ladrillo.

«Por supuesto —se decía al cabo de un instante en un arrebato de contrición— por supuesto que ya nunca habrá modo de atenuar ni borrar semejantes bellaquerías… De modo que es inútil pensar en ello y, por tanto, me presentaré en silencio…, cumpliré con mis obligaciones… también en silencio y… y, nada de disculpas, ni una palabra, y… ¡y nada, porque todo se ha perdido ya!».

Sin embargo, al vestirse inspeccionó su ropa con más esmero que de costumbre. No tenía más traje que aquél y, aún de haberlo tenido quizá no se lo hubiera puesto; «no,

deliberadamente no me lo hubiera puesto». Pero, en todo caso, no podía seguir apareciendo como un cínico y un desaseado. No tenía derecho de herir los sentimientos de otras personas, en particular si ellas necesitaban su ayuda y solicitaban su presencia. Cepilló su traje con esmero. En cuanto a su ropa blanca, siempre estaba presentable, pues era muy pulcro al respecto.

Aquella mañana se aseó a fondo —Nastasia le proporcionó un trozo de jabón—: se lavó el pelo, el cuello y las manos muy especialmente. Cuando le tocó preguntarse si se afeitaba o no la pelambrera que le cubría las mejillas —Praskovia Pávlovna poseía excelentes navajas de afeitar que pertenecieron a su difunto esposo—, la respuesta fue airadamente negativa: «¡Se queda así! No vayan a pensar que me he afeitado para… ¡Y claro que lo pensarían! ¡Por nada en el mundo me afeito! Y… y sobre todo, soy tan tosco, estoy tan sucio, tengo modales de taberna; y… admitiendo que hasta cierto punto, aunque no mucho, soy un hombre decente… Pero, ¿es que voy a enorgullecerme de ser un hombre decente? Todas las personas deben ser decentes, y mucho más todavía y… y de todas maneras, lo recuerdo, he estado metido en algunos asuntillos que… aunque no fueran condenables, de todas maneras… ¡En cuanto a las intenciones!… hum… ¿Cómo puedo poner todo eso al lado de Avdotia Románovna? ¡Bueno, al demonio con todo! ¿Qué le voy a hacer? ¡Seguiré así deliberadamente, igual de sucio, de mugriento, con mis modales de taberna, y ya está!».

Zosímov, que había pasado la noche en la salita de Praskovia Pávlovna, lo encontró dialogando de ese modo.

Se marchaba a su casa, pero pasó antes a echar un vistazo al enfermo. Razumijin le dijo que estaba durmiendo como un lirón. Zosímov recomendó no molestarlo hasta que él mismo se despertara. Prometió volver a eso de las once.

—Si es que lo encuentro aquí —añadió—. ¡Es un caso! ¿Quién cura a un enfermo si no obedece al médico? Oye, ¿no sabes si va a ir *él* allá o si vendrán *ellas* aquí?

—Supongo que vendrán ellas —contestó Razumijin haciéndose cargo del sentido de la pregunta—, y que hablarán de sus asuntos familiares, naturalmente. Yo me marcharé. Tú, como médico, tienes más derecho, por supuesto.

—No soy un confesor. No haré más que llegar y marcharme. Tengo otros muchos quehaceres.

—Una cosa me preocupa —le interrumpió Razumijin con el ceño fruncido—: ayer, como estaba bebido, le conté a Rodia no sé cuántas estupideces mientras le acompañaba a su casa… no sé cuántas… pero, entre otras cosas, le dije que tú temes que… tenga tendencia a la enajenación…

—Y lo mismo se te escapó anoche hablando con las señoras.

—Ya sé que hice una tontería. ¡Es como para darme de bofetadas! Pero, ¿de verdad has tenido tú esa idea en firme?

—Bobadas… ¡Yo qué voy a tener esa idea en firme! Fuiste tú, cuando me trajiste a verlo, quien me lo describiste como un monomaniaco… Y por si fuera poco, nosotros añadimos ayer leña al fuego —quiero decir que lo hiciste tú—, con todas esas historias del pintor de puertas. ¡Buen tema de conversación fuiste a elegir cuando quizá sea eso lo que le trastornó! ¡Si yo supiera con certeza lo que ocurrió entonces en la comisaría y si algún canalla le agravió allí con sus sospechas! Hum… No habría consentido mantener ayer esa conversación. Porque estos monomaniacos, de una gota de agua hacen un océano, ven sus fantasías como realidades… Por lo que recuerdo, lo que contó ayer Zamiótov me ha aclarado a mí la mitad del asunto. ¡Se da cada caso! Recuerdo el de un hipocondríaco, un hombre de cuarenta años, que mató a un chico de ocho porque no pudo soportar

las burlas que éste le gastaba diariamente cuando estaban comiendo. Y aquí nos encontramos con un hombre harapiento, un comisario grosero, la enfermedad incubando y esa sospecha. ¡Un hipocondríaco exasperado! ¡Con una soberbia rabiosa, excepcional! ¡Como que quizá resida ahí el punto de arranque de la enfermedad! En fin… Por cierto, que ese Zamiótov es, en efecto, un chico agradable; pero, hum… hizo mal contando todo eso ayer. ¡Valiente charlatán!

—Pero, ¿a quién se lo contó? A ti y a mí.

—Ya Porfiri.

—¿Qué tiene que ver Porfiri?

—A propósito, ¿tienes alguna influencia sobre esas señoras, sobre la madre y la hermana? Convendría que fueran circunspectas hoy.

—Ya se entenderán —replicó Razumijin de mala gana.

—¿Y qué le ocurre con ese Luzhin? Es un hombre con dinero y que al parecer no le disgusta a ella… Porque ellas no tienen un céntimo, ¿verdad?

—¿A qué viene este interrogatorio? —exclamó Razumijin irritado—. ¿Yo qué sé si tienen o no tienen? Pregúntaselo tú y puede que así te enteres…

—¡Cuidado que eres estúpido algunas veces! Es la resaca de ayer… Hasta luego. Dale las gracias de mi parte a Praskovia Pávlovna por haberme albergado. Se encerró con llave, no me contestó cuando le di las buenas noches a través de la puerta y esta mañana, cuando se levantó a las siete, se hizo llevar el *samovar por* el otro pasillo desde la cocina. No me ha considerado digno de contemplarla…

Razumijin se presentó a las nueve en punto en la casa de Bakaléiev. Las señoras lo esperaban con histérica impaciencia desde hacía ya rato. Se habían levantado a las siete o antes. Razumijin entró, sombrío como la noche, saludó torpemente, circunstancia que al instante le puso furioso, contra sí mismo, naturalmente. Puljeria

Alexándrovna corrió hacia él, le tomó ambas manos y a punto estuvo de besárselas. Él miró tímidamente a Avdotia Románovna, pero también en aquel rostro altivo había en ese momento tal expresión de gratitud y afabilidad, tal respeto pleno e inesperado (en lugar de las miradas irónicas y el desdén espontáneo y mal disimulado que él pensaba encontrar) que, en verdad, habría preferido ser acogido con reproches porque aquella actitud lo dejaba demasiado confuso. Por suerte, tenía a mano un tema de conversación al que se aferró enseguida.

Al escuchar que «aún no se ha despertado» y que «todo va muy bien», Puljeria Alexándrovna declaró que ésa era la mejor noticia porque ella tenía «necesidad absoluta, lo que se dice absoluta, de hablar con él previamente». Surgió la cuestión del desayuno y la invitación de acompañarlas, ya que ellas lo habían aplazado en espera de Razumijin. Avdotia Románovna llamó, acudió un mozo sucio y harapiento a quien encargó el té que al fin fue servido, pero de un modo tan desaliñado y cochambroso que Razumijin habría soltado unos cuantos tacos contra aquella casa, pero calló, muy apurado, al acordarse de Luzhin y se llevó una alegría cuando las preguntas de Puljeria Alexándrovna cayeron por fin sobre él en torrente ininterrumpido.

Invirtió tres cuartos de hora en las respuestas, interrumpido constantemente para insistir en lo mismo, y pudo comunicarles, en la medida que él los conocía, todos los datos más importantes y necesarios relativos al último año de la vida de Rodión Románovich, terminando con la relación circunstanciada de su enfermedad. Aunque pasó por alto muchas cosas que eran preferibles callar, entre ellas la escena de la comisaría con todas sus consecuencias. Su relato fue escuchado con avidez. Pero, cuando terminó y pensó que la curiosidad de sus oyentes estaba satisfecha,

resultó que era como si, para ellas, no hubiera comenzado todavía.

—Y dígame, dígame si piensa… ay, dispense, pero todavía ignoro cómo se llama usted… —se apresuró a decir Puljeria Alexándrovna.

—Dmitri Prokófich.

—Pues bien, Dmitri Prokófich, yo quisiera saber… así, en general…, cómo considera ahora las cosas… es decir, ¿comprende usted?… ¿Cómo se lo explicaría yo, cómo se lo explicaría mejor? Lo que le gusta y lo que no le gusta. Si está siempre tan irascible. Cuáles son sus deseos y, digamos, sus sueños, si es posible. Qué es lo que más influye sobre él ahora. En una palabra, yo querría…

—¡Mamá! ¿Cómo podría contestar Dmitri Prokófich a todo eso, así, de pronto?

—¡Ay, Dios mío! Es que yo no esperaba ni por lo más remoto encontrármelo así, Dmitri Prokófich.

—Es muy natural —contestó Razumijin—. Yo no tengo madre, pero un tío mío que viene por aquí todos los años dice que no me reconoce de una vez para otra ni siquiera en lo exterior. Cuanto más con toda el agua que ha corrido en los tres años que llevan ustedes separados. ¿Y qué podría decirles? Yo conozco a Rodión desde hace año y medio. Es hosco, sombrío, altivo y orgulloso. En los últimos tiempos, o quizá venga de más atrás, se ha vuelto suspicaz e hipocondríaco. También es magnánimo y bondadoso. No le gusta revelar sus sentimientos, y antes cometería una crueldad que poner su corazón al desnudo con palabras. Aunque, en ocasiones, no es en absoluto hipocondríaco, sino sencillamente frío e insensible hasta lo inhumano; en una palabra, enteramente igual que si dentro de él alternaran dos caracteres opuestos. ¡A veces, es terriblemente taciturno! Siempre anda apurado, todo el mundo le estorba, y la verdad es que se pasa el tiempo tumbado, sin hacer

nada. No es dicharachero, y no por carecer de ingenio, sino porque no le alcanza el tiempo para esas menudencias. No presta atención a lo que le dicen. Nunca se interesa por lo que interesa a todos en un momento determinado. Se tiene en mucha estima y yo diría que no le falta cierta razón para ello. ¿Qué más…? Me parece que la llegada de ustedes ejercerá una influencia salvadora sobre él.

—¡Dios lo quiera! —exclamó Puljeria Alexándrovna, muy afectada por lo que acababa de decir Razumijin acerca de su Rodia.

Razumijin miró por fin a Avdotia Románovna con más decisión. Durante la conversación le había lanzado algunas miradas furtivas, pero apartando al instante los ojos. Avdotia Románovna se sentaba unas veces a la mesa y le escuchaba atentamente y otras se levantaba y, según su costumbre, iba de un lado para otro con los brazos cruzados, los labios prietos, haciendo alguna que otra pregunta sin interrumpir su caminar, abstraída. También tenía el hábito de no escuchar hasta el final lo que decían los demás. Llevaba un vestidillo oscuro, de tela ligera, y un echarpe blanco transparente al cuello. Razumijin advirtió enseguida, por muchos indicios, que la situación de ambas mujeres era de suma penuria. Pensaba que, de haber estado Avdotia Románovna vestida como una reina, no le habría intimidado en absoluto; pero ahora, precisamente porque vestía con tanta pobreza y él había advertido esta situación de indigencia, prendió la timidez en su corazón y empezó a temer por cada palabra, por cada ademán, circunstancia desde luego muy embarazosa para un hombre que, ya de por sí, poco confiaba en sí mismo.

—Ha expuesto usted muchos rasgos curiosos acerca del carácter de mi hermano, y lo ha hecho usted de un modo imparcial. Eso es bueno; yo pensaba que lo admiraba usted a ciegas —observó Avdotia Románovna con una sonrisa—.

También me parece cierto que debe haber una mujer a su lado —añadió pensativa.

—Yo no he dicho eso, aunque quizá tenga usted razón en esto; pero…

—¿Qué?

—Es que él no ama a nadie; y es posible que nunca llegue a amar —cortó Razumijin.

—¿O sea, que no es capaz de amar?

—¿Sabe usted una cosa, Avdotia Románovna? Usted se parece tremendamente a su hermano. ¡Incluso en todo! —soltó de pronto, sin esperarlo él mismo, y al instante se puso como la grana, todo confuso, recordando lo que acababa de decirle acerca de su hermano. Avdotia Románovna no pudo contener la risa al mirarlo.

—Por lo que se refiere a Rodia, pueden estar ustedes equivocados los dos —terció Puljeria Alexándrovna algo picada—. No me refiero a lo de ahora, Dúnechka. Pero, lo que escribe Piotr Petróvich en esa carta… y lo que nosotras hemos presupuesto puede no ser verdad; pero, no puede usted imaginarse, Dmitri Prokófich, lo fantasioso que es… o lo caprichoso, que no sé cómo expresarme. Nunca he podido fiarme de su carácter, ni siquiera cuando tenía quince años. Estoy segura de que también ahora es capaz de llegar contra sí mismo a extremos que nunca se le ocurrirían a nadie… Sin ir más lejos, ¿sabe usted hasta qué punto me asombró, me sobresaltó y casi me mató del disgusto, hace año y medio, cuando se le ocurrió casarse con… no recuerdo el nombre… con la hija de esa señora Zarnítsina, su patrona?

—¿Conoce usted algunos detalles de esa historia? —preguntó Avdotia Románovna.

—¿Cree usted —prosiguió Puljeria Alexándrovna con vehemencia— que le habrían detenido entonces mis lágrimas, mis súplicas, nuestra indigencia, una enfermedad

mía, o incluso la muerte, provocada por el disgusto? Hubiera pasado tranquilamente por encima de todos los obstáculos. Y, sin embargo, ¿acaso no nos quiere?

—Él no ha hablado nunca para nada de esta historia conmigo —contestó Razumijin con sigilo—, pero algo he oído de labios de la propia señora Zarnítsina quien, por otra parte, no es del género de las personas locuaces, y lo que he escuchado resulta incluso algo extraño…

—¿Y qué ha oído usted? —preguntaron ambas mujeres a un tiempo.

—En realidad, nada especial. Sólo he llegado a saber que dicho matrimonio, ya enteramente concertado y que no tuvo lugar tan sólo debido al fallecimiento de la novia, no era muy del agrado de la propia señora Zarnítsina… Además, se dice que la novia no era ningún dechado de belleza o, más exactamente, se dice que era incluso fea…, muy enfermiza y… y algo extraña… Aunque, según parece, poseía ciertas virtudes. Y es indudable que algunas tendría o, de lo contrario, no hay manera de entender… Tampoco tenía dote ni a él se le habría ocurrido hacer cálculos en cuanto a la dote… En fin, que es difícil hacerse un juicio en un asunto como éste.

—Estoy persuadida de que se trataba de una muchacha digna —observó escuetamente Avdotia Románovna.

—Dios me perdone, pero yo entonces me alegré de su muerte, aunque no sé cuál de los dos hubiera destrozado al otro: él a ella o ella a él —concluyó Puljeria Alexándrovna.

Luego, con cautela, haciendo pausas y mirando a cada momento a Dunia, lo que causaba evidente disgusto a la joven, se puso de nuevo a indagar acerca de la escena de la víspera entre Rodión y Luzhin. Aquel suceso parecía preocuparla más que nada, hasta el punto de hacerla estremecerse de temor. Razumijin repitió su relato, con todo detalle, pero añadió su propia conclusión: acusó

rotundamente a Raskólnikov de haber ofendido a Piotr Petróvich de manera premeditada, sin argüir apenas su enfermedad como disculpa.

—Lo tenía ya pensado antes de la enfermedad —añadió.

—También yo lo creo así —dijo Puljeria Alexándrovna abatida. Pero la sorprendió mucho que, en esta ocasión, Razumijin hablara de Piotr Petróvich con tanto comedimiento y, al parecer, incluso con respeto. Eso mismo sorprendió también a Avdotia Románovna.

—De modo que ésa es su opinión acerca de Piotr Petróvich —no pudo por menos de observar la madre.

—Yo no puedo tener otra opinión acerca del futuro esposo de su hija —replicó Razumijin con firmeza y ardor—. Y no lo digo por trivial cortesía, sino porque... porque... pues, aunque sólo sea porque Avdotia Románovna se ha dignado elegir por propia voluntad a esa persona. Y si ayer lo vituperé de esa manera, fue debido a que ayer estaba yo asquerosamente borracho y, además..., desquiciado. Sí, desquiciado, sin cabeza, loco absolutamente..., y hoy me avergüenzo de ello. —Calló, sonrojado. Avdotia Románovna se ruborizó, pero no rompió su mutismo: no había pronunciado ni una sola palabra desde el preciso instante en que se empezó a hablar de Luzhin.

En cuanto a Puljeria Alexándrovna, parecía indecisa al no contar con su apoyo. Finalmente declaró, a trompicones y mirando varias veces a su hija, que algo la preocupaba ahora extraordinariamente.

—Verá usted, Dmitri Prokófich... —comenzó, pero se interrumpió para preguntarle a su hija—: Voy a ser totalmente franca con Dmitri Prokófich, ¿te parece Dúnechka?

—Naturalmente, mamá —contestó la hija con convicción.

—Ocurre lo siguiente —se apresuró a decir, como si le hubieran quitado un peso de encima al permitirle hablar de

su angustia—. Esta mañana hemos recibido a primera hora una nota de Piotr Petróvich como respuesta a la que le enviamos nosotras ayer dándole cuenta de nuestra llegada. Porque ayer debía haber ido a recibirnos a la estación, como prometió. En su lugar, mandó a esperarnos a la estación a una especie de lacayo con la dirección de este alojamiento y para mostrarnos el camino, con el recado de que Piotr Petróvich vendría a vernos aquí esta mañana. Pero, en vez de su visita, esta mañana hemos recibido esta misiva suya... Mejor será que la lea usted mismo; aquí hay un punto que me tiene muy preocupada... usted mismo verá cuál es ese punto y... le ruego que me dé su sincera opinión, Dmitri Prokófich. Usted conoce mejor que nadie el carácter de Rodia y nos puede aconsejar mejor que nadie. Le advierto a usted que Dúnechka lo ha decidido ya todo, desde el primer paso; pero yo, yo todavía no sé qué hacer y le esperaba a usted para consultarle.

Razumijin desplegó la misiva, que tenía fecha del día anterior, y leyó lo siguiente:

> Muy señora mía, Puljeria Alexándrovna:
>
> Tengo el honor de hacerle saber que, debido a circunstancias imprevistas, no he podido acudir a recibir a ustedes en el andén, enviando con este fin a una persona sumamente diligente. Me privo igualmente del honor de ver a ustedes mañana por la mañana, impedido por asuntos urgentes en el Senado y para no ser un estorbo a la entrevista familiar de usted con su hijo y de Avdotia Románovna con su hermano. Tendré, pues, el honor de visitar y saludar a ustedes en su alojamiento en el día de mañana, a las ocho en punto de la tarde, atreviéndome a agregar mi ruego encarecido, y yo añadiría que insistente, de que a esta nuestra entrevista común no asista ya Rodión Románovich, pues me agravió con descortesía sin precedente al visitarle yo ayer debido a su enfermedad y, por otra parte, porque preciso exponerle cierto punto personalmente y en detalle sobre el cual desearía conocer su propia interpretación. Por todo lo cual, tengo el honor de advertir a usted que si, a despecho de mi súplica, me encontrase con Rodión Románovich, me veré obligado a retirarme inmediatamente y entonces habría de cargar usted

con las consecuencias. Lo digo en vista de que Rodión Románovich, que aparentaba hallarse tan enfermo durante mi visita, curó súbitamente al cabo de un par de horas y de que, pues sale a la calle, también puede ir a ver a ustedes. La confirmación de lo expuesto la obtuve por mis propios ojos en casa de un borracho a quien habían atropellado unos caballos, razón por la cual falleció, ya cuya hija, moza de airada conducta, entregó ayer veinticinco rublos, con el pretexto de contribuir al entierro, lo cual me dejó muy sorprendido, sabiendo los afanes que a usted le ha costado reunir dicha cantidad. Con el ruego de presentar mis respetos especiales a la estimada Avdotia Románovna, le ruego aceptar la expresión de respetuosa lealtad de su humilde servidor

P. Luzhin.

—¿Qué hago yo ahora, Dmitri Prokófich? —dijo Puljeria Alexándrovna casi llorando—. ¿Cómo le propongo yo a Rodia que no venga? ¡Con tanto empeño como exigía ayer que retirásemos nuestra palabra a Piotr Petróvich, y ahora nos dice que le neguemos la entrada! Si se entera, es capaz de venir a propósito y… ¿qué sucedería?

—Hagan ustedes lo que haya decidido Avdotia Románovna —contestó Razumijin inmediatamente con calma.

—¡Ay, Dios mío! Ella dice… lo que dice es extraño, y no me explico el motivo. Dice que será mejor, bueno, no mejor pero sí necesario, con no sé qué objeto, que también Rodia venga hoy a propósito a las ocho de la tarde y que se encuentren sin falta… Yo, en cambio, no quería ni siquiera mostrarle la carta y valerme, por medio de usted, de alguna argucia para que no viniera… porque, como está tan irascible… Además, no entiendo ni palabra de lo que dice de un borracho que ha fallecido, y de esa hija suya, y de cómo ha podido Rodia darle a esa hija todo el dinero que le quedaba y que…

—Y que tanto trabajo le ha costado a usted reunir, mamá —concluyó Avdotia Románovna.

—Ayer estaba fuera de sí —profirió Razumijin pensativo —. ¡Si ustedes supieran todo lo que ensartó ayer en una taberna, aunque con mucho talento… hum! En efecto, algo me contó anoche de un fallecido y de una muchacha mientras yo lo acompañaba a su casa, pero no entendí ni palabra… Aunque, yo anoche estaba…

—Lo mejor será que vayamos nosotras a verlo y le aseguro que allí nos daremos cuenta enseguida de lo que conviene hacer. Además, que ya es hora. ¡Dios mío, las diez pasadas! —exclamó consultando un precioso reloj de oro y esmalte que llevaba colgado de una fina cadena veneciana y que no armonizaba en absoluto con el resto del atuendo. «Regalo del novio», supuso Razumijin.

—¡Ay, sí! ¡Claro que ya es hora, Dúnechka! —se alarmó Puljeria Alexándrovna levantándose—. No vaya a pensar que estamos enfadadas por lo de ayer y por eso tardamos tanto. ¡Ah, Dios mío!

Mientras hablaba, se echaba apresuradamente una capita de encaje sobre los hombros y se ponía el sombrero. Dúnechka hacía lo mismo. Sus guantes estaban, no ya usados, sino rotos, como pudo advertir Razumijin y, sin embargo, aquella evidente penuria del atuendo prestaba a las dos mujeres cierta dignidad peculiar, como siempre ocurre con quien sabe llevar ropas pobres. Razumijin contemplaba a Dúnechka con embeleso y se enorgullecía de ser su acompañante. «Aquella reina que se remendaba las medias en la cárcel —se decía para sus adentros—, seguro que también parecería una auténtica reina en ese momento; incluso más que en las solemnidades y las fiestas».

—¡Dios mío! —suspiró Puljeria Alexándrovna—. ¿Cuándo iba yo a pensar que me asustaría, como me asusta ahora, una entrevista con mi hijo, con mi querido Rodia? ¡Estoy asustada, Dmitri Prokófich! —añadió mirándolo tímidamente.

—No tenga miedo, mamá —dijo Dunia besándola—, y confíe en él. Yo confío.

—¡Ay, Señor! —replicó la pobre mujer—. También yo confío, pero no he dormido en toda la noche.

Salieron a la calle.

—¿Sabes una cosa, Dunia? Esta madrugada, cuando al fin me quedé un poco traspuesta, soñé con la difunta Marfa Petrovna… Vestía toda de blanco… Se acercó a mí, me tomó una mano y se puso a mover la cabeza, muy severamente, como si me reprendiera… ¿Será de buen augurio? Por cierto, Dmitri Prokófich, usted no sabe todavía que Marfa Petrovna ha muerto.

—No, no lo sabía. ¿Quién era Marfa Petrovna?

—De repente. Y figúrese usted…

—Luego se lo contará, mamá —intervino Dunia—. Dmitri Prokófich ni siquiera sabe quién era Marfa Petrovna.

—¡Ah! ¿No lo sabe? Yo pensaba que estaba ya enterado de todo. Dispense usted, Dmitri Prokófich, pero llevo unos días con la cabeza trastornada. La verdad es que, como le tengo a usted por nuestra providencia, tenía la certeza de que ya estaba usted enterado de todo. Es que lo considero ya por alguien de la familia… No se moleste porque le hable así. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué le ocurre en la mano derecha? ¿Se ha lastimado?

—Sí, me he lastimado —farfulló Razumijin feliz.

—Algunas veces me dejo llevar demasiado de mi corazón cuando hablo, y Dunia me lo advierte… Pero, ¡en qué cuchitril vive, Dios mío! ¿Se habrá despertado ya? ¿Y se creerá esa mujer, su patrona, que eso es una habitación? Óigame: dice usted que no le gusta mostrar su buen corazón, así que, es posible que yo le importune con mis… debilidades, ¿no? Aconséjeme, Dmitri Prokófich. ¿Cómo debo comportarme con él? Estoy totalmente confusa, ¿sabe usted?

—No insista demasiado en una cuestión si ve que sus preguntas le hacen fruncir el ceño. En particular, no le pregunte demasiado acerca de su salud: no le agrada.

—¡Ay, Dmitri Prokófich, qué duro es ser madre! Hemos llegado: ésta es la escalera. ¡Qué espantosa!

—Mamá, está usted pálida. Cálmese, por favor —dijo Dunia con una caricia—. Él es quien debía sentirse feliz de verla, y usted se atormenta de esta manera… —añadió con mirada fulgurante.

—Aguarden un momento: me asomaré yo primero para ver si se ha despertado.

Las señoras siguieron más despacio a Razumijin, que se adelantó escaleras arriba, y cuando, en la cuarta planta, llegaron a la altura de la casa de la patrona, advirtieron que estaba la puerta un poco entreabierta y que, por la rendija, dos ojos negros y vivos las observaban desde la oscuridad. Al cruzarse sus miradas, la puerta se cerró de repente, con un golpe tan fuerte que Puljeria Alexándrovna estuvo a punto de gritar del susto.

III



E ENCUENTRA bien, se encuentra bien! —gritó alegremente Zosímov a los que entraban. Llevaba allí unos diez minutos y estaba sentado en el mismo extremo del sofá que la víspera. En el extremo opuesto se hallaba Raskólnikov, enteramente vestido y muy relavado y peinado, cosa que no sucedía desde hacía ya tiempo. El cuarto quedó inmediatamente abarrotado, pero Nastasia se las ingenió para colarse detrás de los visitantes y se puso a escuchar.

Raskólnikov estaba, en efecto, casi repuesto, sobre todo en comparación con la víspera, aunque muy pálido, distraído y hosco. Por su aspecto exterior, se parecía a una persona herida o que hubiera soportado un fuerte dolor físico: tenía el entrecejo fruncido, los labios prietos y los ojos congestionados. Hablaba poco, y a desgana, como cumpliendo una obligación, y sus movimientos denotaban cierta inquietud de vez en cuando.

Sólo le faltaba un brazo en cabestrillo o un dedo vendado para la total semejanza con un hombre que tuviera una uña enconada, un brazo magullado o algo por el estilo.

Sin embargo, su rostro pálido y taciturno pareció iluminarse un instante cuando entraron la madre y la hermana, pero sólo para añadir a su expresión algo así como

un dolor más reconcentrado en lugar de la angustiada vaguedad de antes. Pronto se extinguió esa luz, permaneciendo el dolor, y Zosímov, que observaba y estudiaba a su paciente con todo el ardor juvenil de un médico principiante que inicia su práctica, notó sorprendido que, con la llegada de sus familiares, Raskólnikov no manifestaba alegría, sino la dolorosa y oculta decisión de soportar una hora o dos un tormento al que no podía escapar. Luego vio que casi cada una de las palabras de la conversación sostenida parecía remover alguna herida de su paciente. Al mismo tiempo le sorprendía el arte con que el monomaniaco de la víspera, a quien casi acometía un ataque de furia a la menor palabra, se dominaba ahora y disimulaba sus sentimientos.

—Sí, también noto yo ahora que estoy casi curado —dijo Raskólnikov besando cariñosamente a la madre y la hermana, gesto que hizo resplandecer a Puljeria Alexándrovna—, y no lo digo por *lo de ayer* —añadió dirigiéndose a Razumijin con un afectuoso apretón de manos.

—A mí, casi me ha sorprendido —comenzó Zosímov, encantado de la visita, pues, en diez minutos, había perdido ya el hilo de la conversación con su enfermo—. Si continúa así, dentro de tres o cuatro días se encontrará enteramente igual que antes, es decir, igual que hace un mes, o dos... o incluso tres, ¿eh? Ahora, confiese que quizá tuvo usted mismo la culpa —añadió con sonrisa precavida, como si aún temiera irritarlo de algún modo.

—Podría muy bien ser —replicó fríamente Raskólnikov.

—Lo digo —prosiguió Zosímov, ya embalado— porque su entera recuperación depende ahora, en lo fundamental, únicamente de usted mismo. Ahora que ya se puede conversar con usted, quisiera convencerlo de que es preciso eliminar las causas iniciales, digamos radicales, que

influyeron sobre la gestación de su estado morboso y entonces se curará; yo las ignoro, pero usted sí debe conocerlas. Usted es una persona inteligente y, como es natural, se habrá observado. Yo diría que el inicio de su alteración coincide, en parte, con su salida de la Universidad. Usted no puede permanecer inactivo. Por eso opino que podrían serle de gran ayuda el trabajo y una meta netamente definida.

—Sí, sí. Tiene usted toda la razón… Pronto volveré a la Universidad y entonces todo marchará… todo marchará como sobre ruedas…

Zosímov, que había empezado a exponer sus sesudos consejos en parte también para impresionar a las señoras, se quedó algo perplejo cuando, al final de su tirada, miró a Raskólnikov y vio en su rostro una expresión de franca ironía. Aunque, fue fugaz. Puljeria Alexándrovna se apresuró a dar las gracias a Zosímov, en particular por la visita que les había hecho la noche anterior.

—Pero, ¿también os fue a ver anoche? —preguntó Raskólnikov como sobresaltado—. Entonces, ¿tampoco vosotras habéis dormido después del viaje?

—¡Ay, Rodia! Eso fue sólo hasta las dos. Y Dunia y yo tampoco solemos acostarnos antes de las dos en casa.

—Tampoco sé yo cómo expresarle mi gratitud —prosiguió Raskólnikov, repentinamente sombrío y con los ojos gachos —. Sin hablar ya de la cuestión material, y disculpe que la mencione —se dirigía a Zosímov—, no sé cómo he podido merecer una atención tan especial por parte de usted. Sencillamente, no lo comprendo… y… y me resulta incluso penoso, precisamente porque no lo entiendo: se lo digo con franqueza.

—No se sulfure —se esforzó por reír Zosímov—. Considere que es mi primer paciente y que nosotros, los que comenzamos nuestra práctica, amamos a los primeros

pacientes como si fueran nuestros propios hijos e incluso los adoramos. Y yo no puedo decir que tenga profusión de pacientes.

—Sin hablar ya de éste —añadió Raskólnikov señalando a Razumijin—, a pesar de que sólo le he proporcionado preocupaciones y agravios.

—¡Qué disparates! ¡Pues, sí que estás sentimental esta mañana! —protestó Razumijin.

Con más perspicacia, habría advertido que allí no había nada de sentimentalismo, sino más bien todo lo contrario. Pero Avdotia Románovna sí lo captó: observaba a su hermano con atención e inquietud.

—En cuanto a usted, madre, ni siquiera me atrevo a decir nada —siguió con su tirada, como si se la hubiera aprendido aquella mañana—. Únicamente hoy he logrado hacerme cargo y sólo hasta cierto punto, de cuánto tuvieron que padecer anoche aquí esperando mi regreso.

Después de estas palabras, callado y sonriente, le tendió de pronto una mano a su hermana. Pero, esta vez, la sonrisa dejaba traslucir un cariño auténtico. Dunia se apoderó al instante de su mano y la estrechó con calor, feliz y agradecida. Era la primera vez que se dirigía a ella después de la disputa de la víspera. El rostro de la madre se iluminó de exaltación y dicha ante aquella reconciliación tácita y definitiva entre el hermano y la hermana.

—¡Ahí tienen ustedes por qué lo quiero yo! —murmuró Razumijin, siempre ponderativo, girando enérgicamente en su asiento—. ¡Estos impulsos que tiene!...

«¡Qué bien le resulta todo! —pensaba la madre—. ¡Qué gestos tan nobles, y de qué modo tan sencillo y delicado ha puesto fin a todo el malentendido que se produjo anoche entre él y su hermana, con sólo adelantar la mano y mirarla!... ¡Qué ojos tan hermosos tiene, y también el rostro es bello!... Es incluso más agraciado que Dúnechka. Pero,

¡qué traje lleva, Dios mío, qué mal vestido va! Vasia, el chico de los recados que tiene Afanasi Ivánovich en su tienda va mejor vestido que él. De buena gana correría a él, lo abrazaría y… me echaría a llorar. Pero, no me atrevo, no me atrevo… ¡Qué extraño me parece, Señor! Tan cariñoso como está hablando, y no me atrevo. Pero, ¿qué es lo que temo?…».

—¡Ay, Rodia! —habló al fin, respondiendo a su observación—. Tú no sabes lo desdichadas que nos sentimos ayer Dúnechka y yo. Ahora que todo ha pasado ya y está concluido, ahora que todos volvemos a ser felices, se puede contar. Figúrate que venimos aquí corriendo para abrazarte, puede decirse que nada más apearnos del tren, y esa mujer… ¡Ah, pero si está aquí! Buenos días Nastasia… nos dice de repente que estás con una fiebre espantosa y que te acabas de escapar sin que se diera cuenta el médico, delirando, y que han salido corriendo en tu busca. ¡No sabes lo que pasó por nosotras! Inmediatamente me vino a la imaginación la muerte trágica del teniente Potánchikov, un conocido nuestro, amigo de tu padre, tú no te acordarás de él, Rodia, que también salió corriendo de su casa con fiebre, se cayó al pozo que había en el patio y no pudieron sacarlo de allí hasta el día siguiente. Y nosotras, claro, exageramos aún más tu estado. Pensamos correr en busca de Piotr Petróvich para intentar con su ayuda… porque, ten en cuenta que estábamos solas, completamente solas —recalcó con voz lastimera, y súbitamente se quedó cortada al recordar que aún era bastante peligroso hacer alusión a Piotr Petróvich a pesar de que «todos volvemos a ser felices».

—Sí, sí… Todo eso es muy lamentable, claro —farfulló Raskólnikov en respuesta, pero con un aire tan ausente y casi distraído que Dúnechka lo miró sorprendida—. ¿Qué más quería yo decir? —prosiguió haciendo un esfuerzo por recordar—. ¡Ah, sí! Por favor, madre, y tú también,

Dúnechka, no penséis que no quería ir a veros hoy y que esperaba a que vinierais vosotras primero.

—¡Qué dices, Rodia! —exclamó Puljeria Alexándrovna, también sorprendida.

«¿Qué le pasa? ¿Es que nos contesta por obligación? —pensó Dúnechka—. Eso de la reconciliación y de pedir disculpas, lo hace como si estuviera representando algo o repitiendo una lección».

—En cuanto me desperté quise ir a veros, pero no me fue posible debido a las manchas que tenía en la ropa. Ayer se me olvidó… decirle a Nastasia… que lavara la sangre… Acabo de vestirme.

—¡La sangre! ¿Qué sangre? —se alarmó la madre.

—No es nada… No se asuste. Tenía esas manchas de sangre porque ayer, mientras andaba por ahí delirando, tropecé con una persona a quien habían atropellado unos caballos… un funcionario…

—¿Estabas delirando? Pero, si lo recuerdas todo —le interrumpió Razumijin.

—Es verdad —contestó Raskólnikov con particular afán—. Lo recuerdo todo, hasta en sus menores detalles; pero lo extraño es que no puedo explicarme por qué hice tal cosa o dije tal otra o fui a tal sitio.

—Un fenómeno harto conocido —intervino Zosímov—: se realiza una cosa magistralmente, a la perfección, pero el mecanismo que dirige los actos, el principio de los actos, está alterado y depende de diferentes impresiones morbosas. Es algo semejante a un sueño.

«Quizá sea conveniente eso de que me tenga casi por un loco», se dijo Raskólnikov.

—Bueno, pero yo creo que eso les ocurre también a las personas que no están enfermas —apuntó Dúnechka mirando con inquietud a Zosímov.

—Esa es una observación bastante justa —contestó él— en el sentido de que todos estamos a menudo casi locos, con la diferencia poco sustancial de que los «enfermos» están algo más locos y, por esa causa, hay que establecer una línea divisoria. En cuanto al hombre en su plena armonía, la verdad es que apenas existe. Entre decenas, o acaso centenares, de miles de ejemplares aparece uno y, por lo general, bastante débil…

Todos arrugaron el ceño al oír la palabra «locos» que se le escapó a Zosímov, embalado con su tema predilecto. Abstraído y con una extraña sonrisa en los labios pálidos, Raskólnikov no parecía prestar atención. Seguía pensando en algo suyo.

—Bueno, ¿y qué es lo de ese hombre atropellado? Te he cortado la palabra —se apresuró a intervenir Razumijin.

Raskólnikov pareció despertar:

—¿Cómo? Sí…, pues que me manché de sangre mientras ayudaba a llevarlo a su casa… Por cierto, madre, que ayer hice algo imperdonable. De seguro que había perdido el juicio. Todo el dinero que usted me mandó se lo entregué ayer a la esposa de ese hombre… para el entierro. Ha quedado la viuda, una pobre mujer tísica… con tres pequeños huérfanos hambrientos… en una casa donde no hay de nada… También ha quedado una hija más… De haberlo visto, quizá se lo hubiera dado usted misma… Naturalmente, confieso que yo no tenía ningún derecho, sobre todo sabiendo lo que le costó a usted juntar ese dinero. Para ayudar a los demás, hay que tener primero el derecho de hacerlo; si no, «*Crevez, chiens, si vous n'êtes pas contents!*»**[73]** —soltó una carcajada—. ¿No es cierto, Dunia?

—No, no es cierto —replicó Dunia con firmeza.

—¡Bah! Tú también con buenas intenciones… —murmuró mirándola casi con odio, y sonrió irónicamente—. Debí

imaginármelo… Una actitud digna de encomio. Mejor para ti… Llegarás hasta un límite que, si no lo traspasas, serás desgraciada; pero, si lo traspasas, quizá seas más desgraciada aún… Aunque, ¡todo esto son tonterías! —añadió irritado y arrepentido de su involuntario arrebato—. Yo sólo quería decir, madre, que le pido perdón —concluyó tajante.

—¡Deja, Rodia! Estoy convencida de que todo lo que haces está perfectamente hecho —replicó la madre muy contenta.

—No debía estarlo —dijo él con una sonrisa torcida.

Se hizo un silencio. Había algo tirante en toda aquella conversación y también en el silencio, en la reconciliación y en el perdón concedido. Y todos lo notaron.

«Parece enteramente como si me tuvieran miedo —pensaba Raskólnikov para sus adentros mirando a la madre y a la hermana. En efecto, Puljeria Alexándrovna se encogía más cuanto más callaba—. Yo diría que las he amado a distancia», le pasó por la mente.

—Rodia, ¿sabes que ha muerto Marfa Petrovna? —dijo de pronto Puljeria Alexándrovna.

—¿Qué Marfa Petrovna?

—¡Pero, hombre! Marfa Petrovna Svidrigáilova. Tanto como te escribí de ella…

—¡A-a-ah! Ya recuerdo. ¿Y ha muerto? ¿De veras? —inquirió como despertándose de pronto—. ¿Conque ha muerto? ¿Y de qué?

—Imagínate que murió de repente —se apresuró a explicar Puljeria Alexándrovna, animada por su curiosidad—. Y precisamente cuando yo te envié mi carta, ¡ese mismo día!, figúrate que, según parece, ese hombre odioso fue el causante de su muerte. Cuentan que le dio una paliza feroz.

—¿Tan mal se llevaban? —preguntó a su hermana.

—No. Todo lo contrario. Él se mostraba siempre paciente con ella, incluso amable. En muchos casos, hasta era demasiado condescendiente con el carácter de ella, durante siete años… Y, de repente, perdió la paciencia…

—Entonces, no sería tan malvado si aguantó siete años. Se diría que tú lo defiendes, Dúnechka.

—¡No, no! Era un hombre espantoso. No puedo imaginarme nada más espantoso —contestó Dunia, y quedó pensativa, cejijunta.

—Eso ocurrió por la mañana —seguía Puljeria Alexándrovna muy aprisa—. Ella mandó enseguida enganchar los caballos para ir a la ciudad inmediatamente después de almorzar, porque siempre iba a la ciudad en tales casos. Almorzó, según dicen, con gran apetito…

—¿Después de la paliza?

—… La verdad es que siempre tuvo esa… costumbre. Y, nada más almorzar, para ponerse en camino cuanto antes, se fue a la caseta de baños… Porque ella hacía una cura de baños. En su finca hay un manantial de agua fría y ella se bañaba allí regularmente todos los días. Así que, no hizo más que entrar en el agua y le dio una congestión.

—No tiene nada de particular —observó Zosímov.

—¿Y fue muy fuerte la paliza?

—Eso, ya no importa —contestó Dunia.

—Hum… Aunque, no comprendo qué necesidad tenía usted de contar semejante bobada, madre —soltó de pronto Raskólnikov, con irritación y como fortuitamente.

—¡Ay, hijo! Es que ya no sé de qué hablar —se le escapó a la madre.

—Pero, ¿es que me tenéis todos miedo, o qué? —inquirió él con sonrisa torcida.

—Pues, es verdad, en efecto —pronunció Dunia mirando fija y severamente a su hermano—. Mamá, incluso se ha santiguado de miedo al llegar a la escalera.

El rostro de Raskólnikov se crispó.

—¿Qué dices, Dunia? No te enfades, Rodia, por favor… ¿Por qué has dicho eso, Dunia? —protestaba Puljeria Alexándrovna muy confusa—. Cierto que, durante el viaje, vine todo el tiempo soñando con el momento de vernos, con todo lo que nos diríamos. Y me sentía tan feliz, que no veía por dónde pasábamos. Pero, ¿qué digo? También ahora soy feliz… No debías haber dicho eso, Dunia. Si yo soy feliz sólo con verte, Rodia…

—Déjelo, madre —murmuró él, turbado, sin mirar a su madre y con los puños apretados—. ¡Ya tendremos tiempo de hablar a nuestras anchas!

Después de estas palabras, se quedó de pronto cortado y pálido: de nuevo atravesó su alma con frío mortal una reciente sensación espantosa. Volvió a percatarse, de modo totalmente nítido y explícito, de que había dicho una mentira espantosa; de que, no sólo no tendría ya nunca tiempo de hablar a sus anchas, sino de que, en adelante, no podría ya hablar de nada, nunca ni con nadie. El impacto de este doloroso pensamiento fue tan fuerte que, casi enajenado por un instante, se levantó de su sitio para salir del cuarto sin mirar a nadie.

—¿Qué te pasa? —gritó Razumijin agarrándolo del brazo.

Volvió a sentarse y mirar a su alrededor en silencio. Todos lo contemplaban, extrañados.

—¿Cómo estáis todos tan callados? —lanzó súbitamente —. ¡Decid algo! ¿Por qué estáis así? ¡Hablad! Vamos a charlar… ¿Qué hacemos aquí reunidos y callados? ¡Vamos, decid algo!

—¡Alabado sea Dios! Ya estaba temiendo que le volviera lo de ayer —dijo Puljeria Alexándrovna santiguándose.

—¿Qué te pasa, Rodia? —preguntó Avdotia Románovna con suspicacia.

—Nada. Que me he acordado de un chiste —contestó, y de repente se echó a reír.

—Pues, muy bien si se trata de un chiste —observó Zosímov levantándose del sofá—, porque también yo empezaba a pensar… Bueno, tengo que marcharme. Aún pasaré por aquí, si es que lo encuentro…

Hizo una inclinación y salió.

—¡Qué bella persona! —observó Puljeria Alexándrovna.

—Sí, una bellísima persona, un hombre maravilloso, educado, inteligente… —profirió de pronto Raskólnikov con inesperada locuacidad y una animación que no había manifestado hasta entonces—. Ya no me acuerdo en dónde lo conocí antes de mi enfermedad… Creo que en algún sitio lo vi… Y éste también es buena persona —señaló a Razumijin—. ¿Te gusta, Dunia? —le preguntó y soltó la carcajada sin razón.

—Mucho —contestó Dunia.

—¡Valiente… cuentista! —pronunció Razumijin, terriblemente confuso y ruborizado, y se levantó de su silla. Puljeria Alexándrovna sonrió levemente y Raskólnikov rió a carcajadas.

—Pero, ¿a dónde vas?

—Yo también… tengo que marcharme.

—No tienes que ir a ninguna parte. ¡Quédate! Como Zosímov se ha ido, tienes tú que marcharte también. No te vayas… ¿Qué hora es? ¿Son ya las doce? ¡Qué reloj tan bonito tienes, Dunia! Pero, ¿por qué estáis callados otra vez? Yo soy el único que habla…

—Es un regalo de Marfa Petrovna —explicó Dunia.

—Y muy valioso —añadió Puljeria Alexándrovna.

—Ah… Pues, es muy grande. Casi no parece de señora.

—A mí me gusta así —declaró Dunia.

«Entonces, no es regalo del novio», pensó Razumijin, y se alegró, sin saber de qué.

—Pues, yo pensaba que era regalo de Luzhin —observó Raskólnikov.

—No. Todavía no le ha hecho ningún presente a Dúnechka.

—Ah… ¿Se acuerda usted, madre, de cuando estuve enamorado y quería casarme? —inquirió, sin venir a cuento, mirando a su madre, que estaba sorprendida del repentino cambio de tema y del tono en que hablaba.

—¡Ay, sí, hijo! —Puljeria Alexándrovna intercambió una mirada con Dunia y con Razumijin.

—Hum… ¡Sí! ¿Y qué podría contarles? Apenas me acuerdo de nada. Era una muchacha enfermiza —prosiguió, como ensimismado de nuevo y con la vista gacha—, muy enfermiza. Le gustaba dar limosna a los pobres y no hacía más que soñar con meterse en un convento. Una vez, se echó a llorar hablándome de ello. Sí, sí… lo recuerdo… lo recuerdo muy bien. Era… bastante feílla. Francamente, no me explico por qué le tomé tanto apego entonces; creo que porque estaba siempre enferma… Si hubiera sido coja o jorobada, me parece que la habría querido todavía más. —Sonrió, pensativo—. Sí… Fue una especie de delirio de primavera…

—No, no se trató sólo de un delirio de primavera —dijo, Dúnechka con exaltación.

Raskólnikov miró atentamente a su hermana, con intensidad, pero no oyó o incluso ni siquiera comprendió sus palabras. Luego, muy absorto, se levantó, fue hacia su madre, la besó, volvió a su sitio y se sentó.

—¡Todavía la quieres! —profirió Puljeria Alexándrovna conmovida.

—¿A ella? ¿Ahora? ¡Ah, sí… lo decía por ella…! No. Ahora, me parece como si todo eso hubiera sucedido en otro mundo… y hace tanto tiempo… Y todo esto, a nuestro alrededor, es como si no sucediera aquí…

Los consideró a todos con atención.

—Y también a ustedes… me parece estar viéndolos desde mil *verstas*… El demonio sabrá por qué hablamos de esto. ¿A qué preguntar? —añadió, contrariado, y volvió a callar, mordiéndose las uñas y de nuevo abstraído.

—¡Qué cuarto tan feo tienes, Rodia! Parece un ataúd —observó de pronto Puljeria Alexándrovna rompiendo el penoso silencio—. Estoy segura de que, si te has vuelto tan melancólico, la mitad de la culpa la tiene este cuarto.

—¿El cuarto? —replicó distraído—. Sí, el cuarto ha influido mucho… yo también había pensado en ello… Si supiera usted, madre, la idea tan singular que acaba de expresar… —añadió con extraña sonrisa.

Un poco más, y le habrían resultado absolutamente insoportables aquella reunión, aquellos familiares que volvía a ver al cabo de tres años, aquel tono íntimo de conversar cuando era absolutamente imposible hablar de nada. No obstante, había un asunto inaplazable que, de una forma o de otra, tenía que ser resuelto sin falta aquel día. Así lo tenía decidido desde que se despertó. Y ahora se alegraba de que existiera ese asunto para salir de aquella situación.

—Mira, Dunia —empezó con seca gravedad—: desde luego, te pido disculpas por lo de ayer; pero, considero deber mío recordarte que no cederé en lo fundamental: o Luzhin o yo. Yo seré un villano, pero tú no debes serlo. Uno de los dos. Si te casas con Luzhin, dejaré de considerarte hermana mía desde ese mismo momento.

—¡Rodia, Rodia! ¡Pero, si estás diciendo lo mismo que ayer! —exclamó amargamente la madre—. ¿Y por qué no haces más que tildarte de villano? Yo no lo puedo soportar. Y ayer, lo mismo…

—Hermano —replicó Dunia firmemente y también con sequedad—, en todo esto hay un error de tu parte. Lo estuve pensando por la noche y he dado con él. Todo consiste en

que, al parecer, consideras que yo me sacrifico a alguien o por alguien. No es así en absoluto. Yo me caso, simplemente, para mí, porque la vida me resulta dura. Aparte de eso, claro que me alegraré si puedo ser útil a mi familia. Pero ése no es el motivo esencial de mi decisión…

«¡Está mintiendo! —se decía él mordiéndose las uñas de rabia—. ¡Qué orgullo! No quiere reconocer que su afán es favorecernos. ¡Caracteres mezquinos! Hasta cuando aman parece que odian… ¡Oh, cómo los aborrezco a todos!».

—En una palabra —prosiguió Dunia—, que me caso con Piotr Petróvich porque, entre dos males, elijo el menor. Tengo el propósito de cumplir honradamente todo lo que él espera de mí y, por consiguiente, yo no lo engaño… ¿A qué viene esa sonrisa? —Ella también se engalló, y sus ojos refulgieron de cólera.

—¿Piensas cumplirlo todo? —inquirió el hermano con sonrisa venenosa.

—Hasta cierto límite. Porque tanto el modo como la forma de la petición de mano de Piotr Petróvich me demostraron al instante lo que él quiere. Por supuesto, es posible que él se estime demasiado, pero también espero que me estime a mí. ¿Por qué te ríes otra vez?

—Y tú, ¿por qué te sonrojas de nuevo? Mientes, hermana; mientes deliberadamente, por tozudez femenina, por no ceder ni un ápice ante mí… No es posible que puedas estimar a Luzhin: yo lo he visto y he hablado con él. O sea, que te vendes a él por el dinero, o sea… o sea que, en todo caso, cometes una ruindad. Y yo me alegro de que, por lo menos, seas capaz de sonrojarte.

—¡No es cierto! ¡No miento! —lanzó Dúnechka perdiendo toda su calma—. Yo no me casaría con él si no estuviera convencida de que me aprecia y tiene buena opinión de mí. No me casaría con él sin la firme convicción de que puedo respetarlo. Por fortuna, esa convicción puedo adquirirla a

ciencia cierta, y hoy mismo. ¡Un matrimonio así no es una ruindad como dices tú! Y si tuvieras razón, si en efecto estuviera dispuesta a cometer una ruindad, ¿no es despiadado por tu parte hablarme de ese modo? ¿Por qué exiges de mí un heroísmo del que quizá no seas tú capaz? ¡Eso es despotismo, eso es imposición! Si a alguien perjudico, es a mí misma. Yo no he degollado a nadie… ¿Por qué me miras de ese modo? ¿Por qué estás demudado? Rodia, ¿qué te ocurre? ¡Rodia, querido!…

—¡Dios santo! ¡Has conseguido que se desmayara! —gritó Puljeria Alexándrovna.

—No… no… tonterías… no ha sido nada… Que se me ha ido un poco la cabeza. Pero, no es un desmayo… ¡Pues, sí que la habéis tomado con los desmayos!… Hum… ¿Qué demonios estaba yo diciendo? ¡Ah, sí! ¿De qué manera piensas adquirir hoy mismo la convicción de que puedes llegar a respetarlo y de que él… te estima, según has dicho? Porque has dicho que hoy, ¿verdad? ¿O es que he entendido mal?

—Mamá, enséñele a mi hermano la carta de Piotr Petróvich.

Puljeria Alexándrovna le entregó la carta al hijo con manos trémulas, y él la tomó muy intrigado. Pero, antes de desplegarla, miró a Dunia sorprendido.

—Es extraño —pronunció lentamente como si le asaltara de improviso un pensamiento nuevo—: ¿por qué me preocupo tanto? ¿A qué viene este griterío? ¡Cásate con quien te dé la gana!

Hablaba como para sus adentros, pero en voz alta, y contempló unos segundos a su hermana, al parecer perplejo.

Finalmente desplegó la carta sin que desapareciera su expresión de extraño asombro. Luego se puso a leerla, lenta y atentamente y al final la releyó. Puljeria Alexándrovna se

mostraba muy inquieta y también todos los demás esperaban algo particular.

—Lo que me asombra —dijo tras una breve reflexión al devolver la carta a su madre, pero sin dirigirse a nadie personalmente— es que tiene negocios entre manos, es abogado y se expresa de un modo hasta… rebuscado, pero escribe como un analfabeto.

Todos se rebulleron en sus asientos: no esperaban aquello de ninguna manera.

—Es que todos escriben así —comentó Razumijin.

—¿La has leído?

—Sí.

—Se la hemos mostrado, Rodia… Le consultamos —comenzó Puljeria Alexándrovna muy apurada.

—En realidad —intervino Razumijin—, es el lenguaje que se emplea todavía para los documentos judiciales.

—¿Judiciales? Sí, eso es: lenguaje judicial, seco. Ni muy analfabeto ni tampoco muy literario: funcional…

—Piotr Petróvich, que estudió con grandes dificultades materiales, incluso se jacta de haberse abierto camino él solo —observó Avdotia Románovna, algo picada por el tono que adoptaba su hermano.

—Pues, si se jacta, motivo tendrá para ello; no digo lo contrario. Pareces ofendida de que yo haya sacado una conclusión tan frívola de toda la carta y piensas que hablo deliberadamente de esas nimiedades porque quiero pagar contigo mi contrariedad. Todo lo contrario: ese estilo me ha sugerido una observación que no me parece nada desplazada en este caso. En un lugar de la carta se dice «habría de cargar usted con las consecuencias», expresión muy recalcada y clara y también está la amenaza de que él se marchará si estoy yo presente. Esa amenaza equivale a la amenaza de abandonaros a las dos si no sois obedientes; y de abandonaros ahora, después de que os ha hecho venir a

San Petersburgo. Dime ahora si no cabe ofenderse por esa expresión, viniendo de Luzhin, más que si la hubiera escrito él —señaló a Razumijin—, o Zosímov o cualquiera de nosotros.

—¡No…, no! —replicó Dunia irguiéndose—. Por supuesto, me di perfecta cuenta de que eso estaba escrito con excesiva ingenuidad y de que quizá se tratara sólo de que no tenga dotes literarias… Tú lo has desentrañado muy bien, hermano. No me lo esperaba…

—Está escrito en estilo judicial, estilo del que no se puede esperar otra cosa, y quizá haya resultado más grosero de lo que él quería. De todos modos, he de decepcionarte un poco: esa carta contiene otra expresión que es una calumnia contra mí, y bastante ruin, por cierto. Ayer le entregué dinero a una viuda, mujer tísica y desesperada, y no «con el pretexto de contribuir al entierro», sino efectivamente para pagar el entierro, y no lo puse en manos de una «moza de conducta airada», como él escribe, y a la que yo veía ayer por vez primera en mi vida, sino a la viuda en persona. En todo esto veo el deseo demasiado prematuro de difamarme y de enemistarme con vosotras, nuevamente expresado en estilo judicial, o sea, dejando ver a las claras una finalidad bien evidente y con una precipitación de lo más simple. Es hombre inteligente, pero la inteligencia no basta para saber comportarse sagazmente. Todo esto pinta al hombre y… no creo que te aprecie mucho. Te lo digo con el único fin de prevenirte porque deseo tu bien…

Dúnechka no contestó: había tomado ya una decisión, y sólo esperaba que llegaran las ocho de la noche.

—Entonces, ¿qué decides tú, Rodia? —preguntó Puljeria Alexándrovna, más alarmada que antes por el nuevo tono funcional que había adoptado.

—¿Qué es eso de «que decides tú»?

—Me refiero a lo que escribe Piotr Petróvich de que no estés presente esta noche y de que él se retirará si tú vienes. Conque… ¿vendrás?

—Eso, naturalmente, no puedo decidirlo yo, sino usted, en primer lugar, si es que no la ofende esa exigencia de Piotr Petróvich, y Dunia, en segundo lugar, si es que tampoco se ofende. Haré lo que sea mejor para ustedes —añadió secamente.

—Dúnechka ha tomado ya una decisión, y yo estoy plenamente de acuerdo con ella —se apresuró a anunciar la madre.

—Sí, Rodia: he decidido rogarte, y rogártelo encarecidamente, que vengas sin falta a esa entrevista —dijo Dunia—. ¿Vendrás?

—Sí.

—También a usted le ruego que venga a las ocho —pidió a Razumijin—. También le invito a él, mamá.

—Me parece muy bien, Dúnechka. Conque, sea tal y como lo habéis decidido —añadió Puljeria Alexándrovna—. Para mí, es un alivio: no me gusta disimular ni mentir. Prefiero que se hable con toda sinceridad… Y si Piotr Petróvich se enfada ahora, ¡allá él!

IV



N ESE momento se abrió la puerta sin ruido y entró una muchacha mirando a su alrededor. Todos se volvieron hacia ella, curiosos y sorprendidos. Raskólnikov no la reconoció al pronto. Era Sofía Semiónovna Marmeládova. La había visto por primera vez la víspera, pero en unas circunstancias y una situación tan especiales y trajeada de tal manera, que en su memoria se reflejaba una imagen enteramente distinta. Ahora era una muchacha vestida con sencillez, incluso pobremente, muy joven, casi una niña, de actitud modosa y recatada, y rostro abierto, aunque al parecer algo asustada. Llevaba un vestidillo de andar por casa, muy simple, y un sombrero viejo, pasado de moda. Del atuendo de la víspera, sólo se veía la sombrilla entre sus manos. Al encontrarse de pronto con tanta gente se azoró hasta el punto de desconcertarse, encogida como una niña pequeña, y casi hizo intención de marcharse.

—¡Ah!... ¿Es usted? —dijo Raskólnikov en el colmo de la sorpresa, y también se turbó.

Enseguida cayó en la cuenta de que su madre y su hermana estaban enteradas ya por la carta de la existencia de una muchacha «de conducta airada». Unos momentos antes había protestado contra la calumnia de Luzhin,

declarando que la había visto por primera vez la víspera, y de pronto se presentaba ella. Recordó también que no había objetado nada a la fórmula de «conducta airada». Todo ello le pasó confusa y rápidamente por la imaginación. Pero, al fijarse mejor advirtió que aquel ser humillado lo estaba hasta el extremo de que le inspiró compasión. Y el corazón le dio un vuelco cuando hizo intención de escapar, asustada.

—No la esperaba —se apresuró a decir deteniéndola con la mirada—. Tenga la bondad de sentarse. Supongo que viene de parte de Katerina Ivánovna. Permítame… Siéntese aquí…

Razumijin, que a la entrada de Sonia estaba sentado en una de las tres sillas de Raskólnikov, justo al lado de la puerta, se levantó para dejarla pasar. Al principio, le había señalado el extremo del sofá donde estuvo sentado Zosímov; pero, al considerar que el sofá resultaba demasiado *familiar*, puesto que le servía de lecho, cambió de parecer y le indicó aquella silla.

—Y tú, siéntate aquí —le dijo a Razumijin, señalando el extremo del sofá que había ocupado Zosímov.

Sonia tomó asiento, casi temblando de miedo, y miró con timidez a las dos señoras. Se veía que no llegaba a comprender cómo podía estar sentada a su lado. Al recapacitar en ello se asustó tanto que se levantó de un salto, totalmente azorada, y le dijo a Raskólnikov, tartamudeando:

—He venido… he venido sólo un momento, y perdone la molestia. Vengo de parte de Katerina Ivánovna porque no tenía a nadie más para traerle el recado… Katerina Ivánovna me manda a decirle que le ruega muy encarecidamente no falte al oficio que se celebrará mañana… después de la misa…, en el cementerio Mitrofánovski, y que luego venga a casa, es decir, a casa de ella… para el recordatorio… Que le haga usted ese honor… Me manda que se lo ruegue.

—Procuraré ir sin falta… Sin falta —respondió Raskólnikov, levantándose también y tartamudeando como ella—. Tenga la bondad de sentarse —añadió de pronto—. Necesito hablar con usted. Quizá tenga usted prisa, pero concédame un par de minutos, hágame ese favor…

Y le adelantó la silla. Sonia volvió a sentarse. De nuevo lanzó una fugaz mirada, tímida y desamparada, a las dos señoras, y enseguida miró al suelo.

El rostro pálido de Raskólnikov enrojeció. Sintió como una sacudida y sus ojos refulgieron.

—Madre —dijo, firme y tajante—, le presento a Sofía Semiónovna Marmeládova, hija de ese desdichado señor Marmeládov a quien atropellaron ayer delante de mis ojos y de quien le he hablado ya…

Puljeria Alexándrovna miró a Sonia y frunció ligeramente el ceño.

Pese a la turbación que le causaba la mirada fija y retadora de Rodia, no pudo renunciar a darse esa satisfacción. Dúnechka examinaba perpleja a la pobre muchacha, en cuyo rostro clavaba los ojos con expresión grave. Al oír que Raskólnikov la presentaba, Sonia levantó un poco los ojos, pero se azoró más todavía.

—Quería preguntarle —continuó volviéndose enseguida hacia ella— cómo se han arreglado las cosas. ¿Nadie las ha molestado? ¿No ha venido la policía, por ejemplo?

—No. No han surgido inconvenientes. Demasiado clara estaba la causa de la muerte. No nos han molestado. Lo que pasa es que los inquilinos protestan.

—¿Por qué?

—Porque el cuerpo lleva demasiado tiempo allí… y, como hace calor… De modo que esta tarde, a la hora de vísperas, lo trasladarán al cementerio y se quedará en la capilla hasta mañana. Al principio, Katerina Ivánovna no quería. Pero, ya se ha dado cuenta ella misma de que tiene que ser…

—¿De manera que es hoy?

—Ella le ruega que nos haga el honor de asistir mañana al oficio y luego ir a su casa para la comida de exequias.

—¿Va a dar una comida de exequias?

—Será poca cosa. Me ha mandado que le diera muchas gracias por su ayuda de ayer… Sin usted, no habríamos tenido con qué pagar el entierro.

Empezaron a temblarle los labios y la barbilla, pero hizo un esfuerzo, y enseguida volvió a clavar la mirada en el suelo.

Mientras hablaba, Raskólnikov la observaba con atención. Tenía una carita delgada, muy delgada y pálida, de rasgos bastante regulares, un poco alargada, con la naricita y la barbilla también alargadas. Habría sido difícil llamarla bonita, pero los ojos azules eran muy nítidos y, cuando se animaban, prestaban al rostro una expresión tan bondadosa y espontánea que atraía sin querer. Tanto en el semblante como en toda la figura predominaba un rasgo singular: pese a sus dieciocho años, parecía mucho más joven, casi una niña, y ello tenía a veces una graciosa manifestación en algunos de sus movimientos.

—¿Cómo ha podido arreglarse Katerina Ivánovna con unos medios tan escasos y ofrecer incluso una comida de exequias? —inquirió Raskólnikov, empeñado en sostener la conversación.

—El ataúd será sencillo…, todo será sencillo, de modo que no resultará caro… Katerina Ivánovna y yo hemos estado haciendo cuentas, y también quedará para eso… Porque Katerina Ivánovna está empeñada en que se haga así… Y no se le puede negar… ese consuelo… Ya sabe usted cómo es ella…

—Lo comprendo, lo comprendo… claro… ¿Por qué mira usted así mi cuarto? Mi madre también dice que parece un ataúd.

—¡Usted nos dio ayer todo lo que tenía! —profirió de pronto Sonia a guisa de respuesta en un susurro ardiente y atropellado, y volvió a bajar los ojos. De nuevo le temblaron los labios y la barbilla. Hacía rato que estaba sorprendida ante la indigencia del cuarto de Raskólnikov, y aquellas palabras habían brotado ahora espontáneamente. Se hizo un silencio. Algo brilló en los ojos de Dunia, y Puljeria Alexándrovna miró a Sonia hasta con afabilidad.

—Rodia —dijo levantándose—: comeremos juntos, por supuesto. Vamos, Dúnechka. En cuanto a ti, Rodia, sal a dar un paseo, luego te acuestas, descansas y vienes a vernos en cuanto puedas… Porque me temo que te hemos fatigado…

—Iré, sí, claro —contestó levantándose y como con prisa —. Aunque, la verdad es que tengo un asunto…

—¿Es posible que vayáis a comer por separado? —lanzó Razumijin mirando a Raskólnikov con sorpresa—. ¿Cómo se te ocurre?

—Sí, sí; claro que iré, claro… Y tú, quédate un momento. Porque ustedes no lo necesitan ahora, ¿verdad madre? ¿O no debo retenerlo?

—¡Oh, no, no! Y usted, venga también a comer, Dmitri Prokófich, tenga la bondad.

—Venga usted, por favor —rogó Dunia.

Razumijin se inclinó, resplandeciente. Por un instante, todos parecieron presa de una extraña turbación.

—Adiós, Rodia; mejor dicho, hasta luego. No me gusta decir «adiós». Adiós, Nastasia… Pero, ¡bueno! Ya he dicho «adiós» otra vez…

Puljeria Alexándrovna pareció a punto de despedirse también de Sonia de algún modo, pero no lo consiguió y salió presurosa.

Avdotia Románovna parecía esperar que llegara su turno y, al pasar por delante de Sonia en pos de su madre, se inclinó en un saludo atento y cortés. Confusa, Sonia se

inclinó a su vez, apresurada y medrosamente, con una expresión dolorosa en el rostro, como si la cortesía y la atención de Avdotia Románovna le causaran pesar y tormento.

—Bueno, Dunia, ¡adiós! —gritó Raskólnikov, ya en el zaguán—. ¡Dame la mano, mujer!

—Pero, ¡si ya te la he dado! ¿No te acuerdas? —contestó Dunia cariñosamente, un poco extrañada.

—No importa. Dámela otra vez.

Y estrechó con fuerza sus dedos. Dunia sonrió, se ruborizó, retiró su mano y siguió a su madre, muy dichosa sin saber por qué.

—Bueno, pues muy bien —dijo Raskólnikov a Sonia al volver a su cuarto y mirándola radiante—. Dios conceda descanso a los muertos y vida a los vivos. ¿No es así? ¿No es así? ¿Verdad?

Sonia contemplaba sorprendida su rostro, iluminado de repente; y él la miró unos instantes atentamente, callado, mientras volvía a pasar por su imaginación todo lo que el difunto padre le había contado de ella...

—¡Santo Dios, Dúnechka! —dijo Puljeria Alexándrovna en cuanto salieron a la calle—. Te aseguro que me alegro de que nos hayamos ido. Me siento aliviada. ¿Quién me habría dicho ayer, en el tren, que hasta de esto me alegraría?

—Le repito, madre, que todavía está muy enfermo. ¿No lo ve usted? ¿Quién sabe si no habrá caído enfermo de la preocupación por nosotras? Hay que ser condescendiente y perdonar muchas cosas, muchísimas.

—Pues, tú no has sido condescendiente —la interrumpió Puljeria Alexándrovna, acalorada y celosa—. ¿Sabes una cosa, Dunia? Os he observado a los dos, y tú eres enteramente su retrato, y no tanto de cara como de espíritu: los dos sois melancólicos, los dos sois sombríos e irascibles, los dos sois altivos y los dos magnánimos... Porque, él no

puede ser un egoísta, ¿verdad, Dunia? Pero, cuando pienso que vendrá a vernos esta noche, se me encoge el corazón.

—No se preocupe, mamá. Lo que sea sonará.

—Dunia: ¿te das cuenta de la situación en que nos encontramos? ¿Y si Piotr Petróvich se desdice ahora? —dejó imprudentemente escapar la pobre Puljeria Alexándrovna.

—Poco valdría si hiciera tal cosa —replicó Dúnechka, áspera y desdeñosamente.

—Hemos hecho bien en marcharnos. —Puljeria Alexándrovna cambió enseguida de tema—. Tenía que salir para algún asunto urgente. Mejor: que salga un poco, que le dé algo de aire fresco… en su cuarto se ahoga una… Aunque, ¿dónde se podría respirar aire fresco aquí? Hasta en las calles se siente una aquí como en una habitación cerrada. ¡Dios santo, qué ciudad! Espera, apártate un poco no te vayan a aplastar con eso que llevan. ¡Pero, si es un piano de cola! ¡Qué manera de empujar!… Y también me da mucho miedo esa chica…

—¿Qué chica, mamá?

—Esa Sofía Semiónovna que estaba ahí…

—¿Por qué?

—Tengo un presentimiento, Dunia. Podrás creerme o no, pero en cuanto la vi entrar pensé que ahí estaba la clave de todo…

—¡Ahí no está la clave de nada! —protestó Dunia contrariada—. Usted, siempre con sus presentimientos, mamá. No la había visto hasta ayer, y ni siquiera la reconoció cuando entró.

—Pues, ya lo verás… A mí, me preocupa. Ya lo verás, ya lo verás. Me ha dado miedo. Me miró con unos ojos… que por poco me caigo de la silla, ¿te acuerdas?, cuando Rodia la presentó. Y me resulta extraño: después de lo que escribe de ella Piotr Petróvich, él nos la presenta, ¡te la presenta a ti! ¡Eso no puede significar otra cosa sino que la aprecia!

—Tampoco vamos a hacer mucho caso de lo que ha escrito. También de nosotras han hablado y han escrito cosas. ¿O es que se le ha olvidado? Yo estoy segura de que es una chica… magnífica y que todo lo demás son tonterías.

—¡Dios lo quiera!

—En cuanto a Piotr Petróvich, es un odioso calumniador —sentenció de pronto Dúnechka.

Puljeria Alexándrovna se quedó pasmada y de allí no pasó la conversación.

—Verás, quisiera hablarte de una cosa —dijo Raskólnikov apartándose con Razumijin hacia la ventana.

—Entonces, le diré a Katerina Ivánovna que irá usted —dijo Sonia con prisa, disponiéndose a marcharse.

—Un momento, Sofía Semiónovna: no tenemos secretos y usted no nos estorba… Quisiera decirle unas palabras más… —sin terminar la frase, se volvió de nuevo hacia Razumijin—. Tú conoces a ese… ¿cómo se llama?… a ese Porfiri Petróvich, ¿verdad?

—¡Claro! Es pariente mío… —contestó Razumijin, y añadió, intrigado—: ¿Por qué lo preguntas?

—¿No está encargado ahora de ese asunto… de lo del asesinato? Me parece que hablasteis de ello ayer.

—Sí. ¿Y qué? —contestó Razumijin muy extrañado.

—Decías que está interrogando a los que tenían objetos empeñados… y el caso es que yo también le había llevado algunas cosillas. No son de gran valor, pero se trata de un anillo que me regaló mi hermana como recuerdo cuando me vine para acá y un reloj de plata de mi padre. Juntos, no valdrán más de cinco o seis rublos, pero el valor sentimental cuenta más para mí. ¿Qué te parece que haga? No quiero que se pierdan; en particular el reloj. Hace un rato, me eché a temblar pensando que mi madre quisiera verlo cuando hablábamos del reloj de Dúnechka. Es lo único que nos queda de mi padre. Si se perdiera, le costaría una

enfermedad. Ya sabes lo que son las mujeres. ¿Tú qué me aconsejas? Me imagino que debería dar parte en la comisaría. Pero, ¿no sería mejor tratar con el propio Porfiri? ¿Qué te parece? Para que la cosa vaya más rápida. Porque, ya verás cómo me pregunta mi madre por el reloj antes de la comida.

—¡Déjate de comisarías! Iremos directamente a Porfiri —gritó Razumijin singularmente agitado—. ¡Cuánto me alegro! ¿A qué esperamos? Vamos ahora mismo, es aquí a dos pasos. Seguro que lo encontramos.

—Pues... vamos...

—¡Se alegrará mucho, muchísimo, de conocerte! Yo le he hablado de ti en diversas ocasiones. Ayer mismo, sin ir más lejos. ¡Vamos!... Conque tú conocías a la vieja. ¡Vaya, vaya! ¡Magnífico, todo está resultando mag-ní-fi-co! ¡Ah, sí! Sofía Ivánovna...

—Sofía Semiónovna —le corrigió Raskólnikov—. Sofía Semiónovna, este es Razumijin, amigo mío y excelente persona.

—Si tiene que salir ahora... —comenzó Sonia, sin mirar siquiera a Razumijin y más azorada por ello.

—Sí, vámonos —decidió Raskólnikov—. Pero, hoy mismo pasaré a verla, Sofía Semiónovna. ¿Quiere darme sus señas?

No era que estuviera desconcertado, pero sí parecía tener mucha prisa y evitaba la mirada de la muchacha. Sonia le dio sus señas, sonrojándose. Los tres salieron juntos.

—¿No cierras con llave? —preguntó Razumijin al bajar la escalera detrás de ellos.

—Nunca... Aunque, hace ya dos años que quiero comprar una cerradura —añadió sin darle importancia y luego, dirigiéndose a Sonia—: Los que no tenemos necesidad de cerrar nada con llave somos gente feliz.

En la calle, se detuvieron delante de la puerta cochera.

—¿Usted va hacia la derecha, Sofía Semiónovna? A propósito: ¿cómo ha dado usted conmigo? —inquirió, aunque, por su aire, hubiera querido preguntar otra cosa y su afán era mirarse en sus ojos límpidos y serenos, pero no lo conseguía.

—¡Pero, si ayer le dio usted sus señas a Pólenka!

—¿A Pólenka? ¡Ah, sí! Pólenka… la pequeña… ¿Es hermana suya? De manera que le di mis señas, ¿eh?

—¿Se le había olvidado?

—No, no… Lo recuerdo…

—Pues, yo le había oído ya a mi padre hablar de usted… Sólo que entonces no sabía aún cómo se llamaba, ni mi padre tampoco. Y ahora, cuando he venido… como me enteré ayer de su nombre… pues hoy he preguntado si vivía aquí el señor Raskólnikov… No sabía que usted también estaba de realquilado… Adiós… Le diré a Katerina Ivánovna…

Feliz por haber escapado al fin, echó a andar con la cabeza baja, muy aprisa para desaparecer cuanto antes de su vista, para recorrer cuanto antes los veinte pasos que le faltarían para torcer a la derecha y, ya en la otra calle, quedar por fin sola y allí, sin aflojar el paso, sin mirar a nadie ni fijarse en nada, pensar, recordar y darle vueltas a cada palabra pronunciada, a cada detalle. Nunca había experimentado nada semejante; ¡jamás! Todo un mundo nuevo había penetrado en su alma confusamente, sin que ella supiera cómo. Recordó de pronto que Raskólnikov pensaba pasar por su casa ese mismo día, quizá esa misma mañana, quizá en ese momento.

—¡Que no vaya hoy, por favor, que no vaya hoy! —murmuraba con el corazón oprimido, lo mismo que suplicaría un niño pequeño—. Si viene… si entra en ese cuarto… y ve… ¡Ay, Dios mío!

Es natural que, en tal momento, no se fijara en un caballero desconocido que no la perdía de vista y la seguía paso a paso desde que salió a la calle. Cuando Raskólnikov, Razumijin y ella se detuvieron para intercambiar unas palabras en la acera, aquel transeúnte pasaba junto a ellos y pareció sobresaltarse al captar las palabras de Sonia «he preguntado si vivía aquí el señor Raskólnikov». Envolvió a los tres en una mirada fugaz pero inquisitiva, que fijó de manera especial en Raskólnikov, a quien se dirigía entonces Sonia. Luego se volvió hacia la casa para grabarla en su memoria. Todo esto lo hizo el transeúnte instantáneamente, al pasar de largo, con todo disimulo, y siguió su camino, acortando el paso y como a la espera. Esperaba a Sonia: había visto que se despedían y comprendió que la muchacha se encaminaría hacia su casa.

«¿Dónde estará su casa? Yo he visto esa cara en alguna parte —pensaba, recordando el rostro de Sonia—. Tengo que enterarme».

Al llegar a la esquina cruzó la calle, se volvió y pudo ver que Sonia caminaba ya en la misma dirección sin darse cuenta de nada, y luego torcía a la derecha. Sin perderla de vista, la siguió desde la acera opuesta. A los cincuenta pasos volvió a cruzar a la acera que seguía Sonia, le dio alcance y fue tras ella a cinco pasos de distancia.

Era un hombre de unos cincuenta años y complexión robusta, de estatura algo superior a la mediana, ancho y cargado de hombros, lo que le hacía parecer algo encorvado. Vestía ropa elegante y cómoda y tenía aire señorial. Llevaba un hermoso bastón, con el que golpeaba la acera a cada paso, y guantes impecables. El rostro, ancho y de pómulos pronunciados, era bastante agradable y su color lozano denotaba que no vivía en San Petersburgo. El cabello, muy abundante todavía, era muy rubio, quizá algo salpicado de canas, y la barba, ancha y tupida, que descendía sobre el

pecho en forma de pala, era algo más clara que el cabello. Tenía los ojos azules, de mirada fría, reconcentrada y pensativa, y los labios rojos. En una palabra, era un hombre perfectamente conservado que aparentaba mucha menos edad.

Cuando Sonia desembocó en el canal, eran las dos únicas personas que caminaban por aquella acera. Observando a la muchacha pudo advertir que estaba ensimismada y distraída. En el patio de su casa, Sonia torció hacia el rincón de la derecha, donde arrancaba la escalera que conducía a su piso. «¡Vaya!», murmuró el caballero desconocido y subió tras ella. Sólo entonces advirtió Sonia su presencia. Llegó a la tercera planta, tomó el pasillo y llamó en el número nueve, en cuya puerta estaba escrito con tiza: «Kapernaúmov. Sastre». «¡Vaya!», repitió el desconocido, maravillado de la extraña coincidencia y llamando al lado, en el número ocho. Ambas puertas apenas distaban seis pasos la una de la otra.

—¿Vive usted en casa de Kapernaúmov? —preguntó mirando a Sonia y riendo—. Ayer me arregló un chaleco. Pues, yo vivo aquí al lado, en casa de *madame* Gertrud Kárlovna Resslich. ¡Qué curioso!

Sonia lo miró atentamente.

—Somos vecinos —prosiguió él, singularmente regocijado —. Yo llegué anteayer a la ciudad. Bueno, pues hasta la vista.

Sonia no contestó. Le abrieron la puerta y ella se metió en su casa. Por algún motivo se sentía avergonzada y como intimidada…

Razumijin daba muestras de gran agitación mientras se dirigían en busca de Porfiri.

—¡Esto es magnífico, amigo! —repitió varias veces—. Y yo estoy encantado, ¡encantado!

«¿De qué estará encantado?», se preguntaba Raskólnikov.

—No sabía que también tú le empeñabas cosas a la vieja. Y… y… ¿fue hace mucho? Quiero decir si hace mucho que estuviste en su casa.

«¡Qué cretino más ingenuo!», se decía Raskólnikov.

—¿Que cuándo estuve? —se detuvo, haciendo memoria—. Pues, me parece que estuve un par de días antes de su muerte. Bueno, yo no voy ahora a desempeñar esos objetos —advirtió manifestando una singular y apremiante preocupación por sus «objetos»—. Después de mi delirio de anoche —recalcó la palabra delirio—, sólo me queda un rublo de plata.

—Sí, claro, claro —se apresuró a asentir Razumijin no se sabe a qué—. Se conoce que por eso… te impresionó entonces… Por cierto, que cuando delirabas, no hacías más que hablar de unos anillos y unas cadenitas, ¿sabes? Sí, sí, naturalmente está claro. Ahora, todo está claro.

«¡Acabáramos! Pues, ¡sí que se les ha metido bien esa idea en la cabeza a todos! Ahí está ese hombre, capaz de dejarse crucificar por mí, y se alegra de que todo haya quedado claro porque yo mencioné unos anillos cuando deliraba. ¡Sí que se les ha metido bien en la cabeza!».

—¿Lo encontraremos en casa? —preguntó en voz alta.

—Lo encontraremos, lo encontraremos —contestó Razumijin atropelladamente—. Es un muchacho estupendo, ya verás. Un poco desmañado… Bueno, también es un hombre de mundo, ¿eh? Me refiero a lo desmañado en otro sentido. Muy inteligente, mucho; no tiene ni un pelo de tonto, pero su modo de pensar es algo especial… Suspicaz, escéptico, cínico, le gusta embaucar a la gente… Bueno, yo no diría embaucar, pero sí burlarse un poco… Se atiene al viejo método de las pruebas materiales… En cuanto a su oficio, lo conoce a fondo. El año pasado, en un caso de

asesinato donde estaban perdidas casi todas las pistas, descubrió cosas que no se hubiera imaginado nadie. Tiene muchas ganas, muchísimas, de conocerte.

—¿Y a qué se debe ese afán?

—Bueno, no tiene nada de particular… Pero el caso es que, últimamente, desde que caíste enfermo, le he hablado mucho de ti. Y él me escuchaba… Por cierto, que cuando se enteró de que tú estabas estudiando Derecho y, por ciertas circunstancias, no podías terminar, dijo: «¡Qué lástima!». Por eso llegué yo a la conclusión… quiero decir que todo junto, y no sólo eso. Y ayer Zamiótov… Mira Rodia, ayer, con la borrachera, estuve diciendo disparates mientras te acompañaba a casa… y, chico, temo que tú hayas exagerado las cosas; ya ves…

—¿A qué te refieres? ¿A que me toman por loco? Pues, quizá sea verdad.

Rió con risa forzada.

—Sí, sí… Bueno, quiero decir que no, hombre… Todo lo que dije, de unas cosas y de otras, todo fueron sandeces de borracho.

—¿A qué vienen tantas disculpas? ¡Qué harto estoy de todo esto! —gritó Raskólnikov con desmesurada irritación, aunque en parte fingida.

—Lo sé, lo sé; lo comprendo. Te aseguro que lo comprendo. Hasta me da vergüenza hablar de ello.

—Pues, no hables si te da vergüenza.

Callaron los dos. Razumijin estaba más que entusiasmado y Raskólnikov lo notaba con aversión. Le inquietaba también lo que Razumijin acababa de decir de Porfiri.

«A ése también hay que tratar de embaucarlo —pensó palideciendo y con el corazón palpitante—. Y con la mayor naturalidad. Aunque lo más natural sería no intentar nada. Esforzarme por no intentar nada. No; *esforzarse* tampoco sería natural. En fin, habrá que actuar según se pongan las

cosas… veremos… Ahora, ¿hago bien o hago mal en ir a verlo? La mariposa que acude ella misma a la llama. ¡Cómo me palpita el corazón! Eso es malo».

—Es en esta casa gris —dijo Razumijin.

«Lo más importante es enterarme de si sabe o no Porfiri que estuve ayer en el piso de la vieja… y que pregunté por lo de la sangre. Debo averiguarlo inmediatamente, desde el primer paso, nada más entrar, por su expresión; de lo contrario… Lo averiguaré cueste lo que cueste».

—¿Sabes una cosa? —soltó de pronto a Razumijin con sonrisa picaresca—. He notado que, desde esta mañana, te encuentras extraordinariamente agitado. ¿Verdad que sí?

—¡Qué va! Estás equivocado. ¿A qué te refieres? —se sobresaltó Razumijin.

—No finjas, amigo, porque se te nota. Has estado todo el tiempo sentado en el borde mismo de la silla, cosa que nunca haces, sin cesar de rebullir. No parabas de pegar saltos en el asiento. Tan pronto parecías enfadado como se te ponía cara de caramelo. Incluso te sonrojabas. Sobre todo cuando te invitaron a comer: estabas como la grana.

—¡Qué va! ¡Eso es mentira!… ¿A qué te refieres?

—Quieres escurrir el bulto como un colegial. ¿Pues no está otra vez sonrojado?

—¡Cuidado que eres cerdo!

—¿Por qué te alteras de ese modo? ¡Romeo! Verás, verás cuando cuente yo todo esto en cierto sitio… ¡Ja, ja, ja! ¡Lo que se reirá mamá… y alguien más!…

—Escucha, escucha, escúchame: mira que te lo digo en serio… Si haces eso, demonio… —farfullaba Razumijin totalmente desconcertado y frío de espanto—. ¿Qué les vas a contar? Mira, muchacho, que… ¡Pero, qué cerdo eres!

—Pareces enteramente una rosa de primavera. ¡Y si vieras lo bien que te sienta! Un Romeo de casi dos metros de altura. Lo bien que te has aseado hoy… Y te has limpiado las

uñas, ¿verdad? ¿Desde cuándo no lo hacías? ¡Señores, pero si lleva el pelo engominado! A ver, agáchate.

—¡Cerdo!

Raskólnikov reía tanto que parecía incapaz de contenerse ya, y así entraron los dos en casa de Porfiri Petróvich, riendo a carcajadas. Era lo que pretendía Raskólnikov: desde el interior se podía escuchar que habían llegado riendo y que seguían con sus carcajadas en el recibimiento.

—No digas aquí ni una palabra o… ¡te rompo la crisma! —susurró Razumijin, rabioso, agarrando a Raskólnikov por un hombro.

V



ASKÓLNIKOV entraba ya en el piso con el mismo aire que si hubiera de hacer un gran esfuerzo para no soltar de nuevo la carcajada. Rojo como un tomate, larguirucho y desgarbado, Razumijin lo seguía, avergonzado de aquella hilaridad. Antes de ser presentado, Raskólnikov se inclinó ante Porfiri Petróvich, que los recibió de pie en el centro de la estancia con mirada inquisitiva. Le alargó y estrechó la mano, haciendo todavía evidentes esfuerzos por refrenar su hilaridad y pronunciar dos o tres palabras de presentación. Pero, apenas logró adoptar un aire ponderado y murmurar una frase, miró fortuitamente a Razumijin y no pudo contenerse: la risa estalló, con mayor fuerza por haber estado sofocada hasta entonces. El extraordinario furor que la risa «espontánea» de Raskólnikov despertaba en Razumijin prestaba a toda aquella escena un aire de sincero regocijo y, sobre todo, de naturalidad, que Razumijin vino a acentuar como a propósito.

—¡Maldita sea! —rugió con ademán furibundo que fue a descargar sobre un veladorcito que sostenía un vaso vacío. Todo cayó al suelo con gran estrépito.

—Cuidado con los muebles, caballeros. Son propiedad del Estado —exclamó jovialmente Porfiri Petróvich.

La escena era la siguiente: Raskólnikov seguía riendo, con la mano en la de Porfiri como si no se diera cuenta, pero

acechando, para no pasarse de la raya, el momento adecuado y ponerle fin a su risa con naturalidad; Razumijin, definitivamente corrido por la caída del velador y la rotura del vaso, contempló sombríamente los pedazos, se encogió de hombros, fue derecho hacia la ventana y allí se plantó, de espaldas a los demás, muy ceñudo, mirando por el cristal, pero sin ver nada. Porfiri Petróvich reía, y reía con ganas, pero se echaba de ver que necesitaba algunas explicaciones. En un rincón, junto a la silla de la que se había levantado al ver entrar a los visitantes, estaba Zamiótov. Tenía la sonrisa en los labios, pero contemplaba todo aquello con extrañeza y hasta suspicacia, expresión que era más bien de perplejidad cuando su mirada se posaba en Raskólnikov. La imprevista presencia de Zamiótov sorprendió desagradablemente a Raskólnikov.

«Ojo con éste, también», se dijo.

—Dispense usted, por favor —empezó, aparentando gran confusión—. Soy Raskólnikov.

—Deje, por Dios… Encantado de conocerle y de que haya venido. Pero, ¿es que ése no quiere siquiera saludar? —añadió señalando a Razumijin.

—No sé por qué se habrá enfadado tanto conmigo, palabra. Sólo se me ha ocurrido decirle, cuando veníamos hacia acá, que se parece a Romeo… y se lo he demostrado. Me parece que eso ha sido todo.

—¡Cerdo! —lanzó Razumijin sin volverse.

—Lo que significa que buenos motivos tendrá para enfadarse así por una palabra —rió Porfiri.

—¡Ya salió a relucir el juez de instrucción! Bueno, ¡que os lleve a todos el demonio! —replicó Razumijin y, riendo de pronto, se acercó a Porfiri Petróvich, alegre y como si tal cosa.

—¡Basta ya! Todos somos unos tontos. Vamos a lo que nos trae. Este amigo mío, Rodión Románovich Raskólnikov, ha

oído hablar mucho de ti y quería conocerte; eso, en primer lugar. En segundo lugar, tiene algo que consultarte. ¡Anda, pero si es Zamiótov! ¿Qué te trae por aquí? No sabía que os conocierais. ¿Desde cuándo?

«¿Qué pasa aquí?», se preguntó Raskólnikov alarmado.

Zamiótov pareció turbarse, pero no mucho.

—Ayer mismo nos conocimos en tu casa —contestó con naturalidad.

—O sea, que me habéis ahorrado un trabajo. Zamiótov estuvo pidiéndome toda la semana pasada que os presentara, y vosotros os las habéis arreglado sin mí... ¿Dónde tienes el tabaco?

Porfiri Petróvich vestía, para andar por casa, batín, camisa impecable y zapatos usados. Era hombre de unos treinta y cinco años, de estatura algo inferior a la mediana, grueso, con un poco de vientre y todo afeitado: no gastaba bigote ni patillas. Tenía la cabeza grande y redonda, abultada en la nuca, y llevaba el pelo muy recortado. El rostro, abultado, redondo y algo achatado, tenía un color enfermizo, amarillo oscuro; pero la expresión era animosa e incluso irónica. Quizá hubiera llegado a parecer bondadosa de no ser por los ojos, de escaso brillo acuoso, bajo las pestañas casi blancas, que se agitaban como si hicieran guiños a alguien. La mirada de aquellos ojos desentonaba extrañamente con toda su traza, que tenía algo de femenino y le prestaba una gravedad mucho mayor de la que podía haberse esperado a primera vista.

En cuanto oyó que el visitante tenía algo que consultarle, Porfiri Petróvich le hizo sentarse en un diván, tomó asiento también en el extremo opuesto y se le quedó mirando, a la espera inmediata de que expusiera el asunto, con esa atención sostenida y grave en exceso que pesa y cohíbe desde el primer momento, en particular si se trata de personas desconocidas y, sobre todo, cuando lo que uno

expone le parece a uno mismo que no merece la atención tan extraordinariamente considerable que le prestan. Pero Raskólnikov expuso lo que le traía en pocas y coherentes palabras y quedó tan satisfecho de sí mismo que aún se permitió observar bien a Porfiri. Éste, por su parte, no desvió ni una sola vez los ojos de él. Razumijin, sentado al otro lado de la mesa, escuchaba con viva impaciencia la exposición del caso mirándolos alternativamente, lo que resultaba ya un poco excesivo.

«¡Imbécil!», maldijo Raskólnikov para sus adentros.

—Debe usted ir a la policía —explicó Porfiri con su aire más oficial— y declarar que, enterado de tal suceso, o sea, del asesinato, solicita usted, por su parte, se informe al inspector que instruye las diligencias de que tales y tales objetos son de su propiedad y desea recuperarlos… o lo que sea… En fin, allí mismo se lo redactarán en la debida forma.

—El caso es que… en este momento —objetó Raskólnikov fingiendo la mayor turbación— no estoy muy bien de fondos y no podría reunir ni siquiera esa cantidad insignificante… Lo que yo quisiera ahora es únicamente dejar constancia de que esos objetos me pertenecen y, en cuanto tenga dinero…

—Eso no importa —replicó Porfiri Petróvich acogiendo fríamente la explicación sobre el estado de sus finanzas—. Además, también puede, si lo desea, dirigirme a mí esa declaración diciendo que enterado de tal y cual cosa y declarando que tales y tales objetos son de su pertenencia, solicita…

—¿En papel corriente? —le interrumpió Raskólnikov pensando otra vez en la cuestión financiera.

—Sí, claro, de lo más corriente —y en ese momento Porfiri Petróvich lo miró con evidente ironía y los ojos entornados como si le hiciera un guiño. Aunque, quizá fuera sólo una figuración de Raskólnikov porque fue un instante. De todas

maneras, algo ocurrió y Raskólnikov hubiera jurado que le había hecho un guiño, Dios sabe por qué.

«¡Lo sabe!». Esta idea le cruzó por la mente como un relámpago.

—Perdone que le haya molestado con estas insignificancias —prosiguió algo desconcertado—, ya que esas cosas mías valdrán en total unos cinco rublos; pero, para mí tienen un valor especial como recuerdo de las personas de quienes me vienen y confieso que me preocupé mucho al enterarme…

—Por eso pegaste un respingo ayer cuando se me escapó contarle a Zamiótov que Porfiri estaba interrogando a los clientes de la vieja —intervino Razumijin con evidente intención.

Aquello resultaba ya insoportable. Sin poderlo remediar, Raskólnikov le lanzó una mira apabulladora de sus ojos negros, fulgurantes de cólera; pero, enseguida se reportó.

—Me parece que estás burlándote de mí, muchacho —le dijo con irritación hábilmente fingida—. Admito que quizá muestre una preocupación exagerada por estas cosas que para ti pueden ser una porquería; pero, no es una razón para tenerme por un egoísta o un avaro. Y es posible que, a mis ojos, esos dos objetos insignificantes no sean ninguna porquería. Ya te dije antes que el reloj de plata, aunque no vale casi nada, es lo único que nos queda de mi padre. Ríete de mí si quieres, pero ha venido mi madre —al decir esto se volvió hacia Porfiri— y si se enterase —ahora se volvió de golpe hacia Razumijin procurando que le temblara la voz— de que el reloj se ha perdido, te juro que se llevaría un disgusto espantoso. ¡Ya sabes lo que son las mujeres!

—¡Que no, hombre! ¡Que no lo he dicho en ese sentido! Todo lo contrario —gritaba Razumijin muy apurado.

«¿Lo habré hecho bien? ¿Habré estado natural? ¿No habré exagerado? —se preguntaba Raskólnikov temblando

—. ¿Para qué habré dicho eso de las mujeres?».

—¿Ha venido a verlo su madre? —inquirió Porfiri Petróvich sin razón aparente.

—Sí.

—¿Y cuándo ha llegado?

—Anoche.

Porfiri guardó silencio como reflexionando.

—Los objetos de su propiedad no habrían podido perderse en modo alguno —prosiguió al fin con calma y fríamente—. Hace tiempo que esperaba la visita de usted.

Y, como si tal cosa, acercó un cenicero a Razumijin, quien estaba poniendo perdida la alfombra con su cigarrillo. Raskólnikov se sobresaltó, pero Porfiri no parecía fijarse en él, preocupado todavía por el cigarrillo de Razumijin.

—¿Cómo? ¿Que esperabas su visita? ¿Acaso sabías que él tenía algo empeñado *allí*? —exclamó Razumijin.

Porfiri Petróvich se dirigió a Raskólnikov:

—Esos dos objetos suyos —el anillo y el reloj—, los tenía *ella* envueltos en un papel y en ese papel estaba escrito claramente a lápiz su nombre, así como la fecha, el día del mes, en que se los tomó en prenda…

—¡Qué observador es usted! —Raskólnikov sonrió forzadamente procurando mirarle a los ojos, pero no pudo aguantar mucho y añadió—: Lo digo porque probablemente serían muchos los clientes… y yo pensaba que a usted le costaría trabajo recordarlos a todos… Pero usted, por el contrario, los recuerda a todos con tanta precisión, y… y…

«¡Qué estupidez! ¡No sirve! ¿Por qué habré añadido eso?».

—Ahora conocemos ya a casi todos los clientes. Usted era el único que no se había presentado —contestó Porfiri con un asomo de ironía.

—No me encontraba bien de salud.

—Eso me habían dicho. Y también que estaba usted muy disgustado por algo. Yo diría que incluso ahora le encuentro algo pálido.

—En absoluto… Al contrario: me siento perfectamente bien.

Raskólnikov había cambiado de tono y hablaba, tajante, con inquina y desgarro. Rebosaba de cólera que no podía dominar. De nuevo pensó fugazmente: «Con esta rabia que siento, me voy a traicionar. Pero, ¿por qué me atormentan así?».

—No estás bien del todo —protestó Razumijin—. ¡Qué va! Si hasta ayer estuviste casi inconsciente y delirando… ¿Querrás creer, Porfiri, que sin poder apenas tenerse de pie, en cuanto Zosímov y yo nos descuidamos ayer se vistió, se escapó a hurtadillas y anduvo por ahí hasta casi medianoche estando en pleno delirio? ¿Te imaginas? Un caso absolutamente excepcional.

—¿Y de verdad estaba en pleno delirio? ¡Qué cosa! —Porfiri sacudió la cabeza con gesto casi femenil.

—¡Tonterías! No le haga caso. Aunque, ya veo que usted no se lo cree —pronunció Raskólnikov con excesiva rabia, pero Porfiri Petróvich no pareció escuchar aquellas extrañas palabras.

—¿Cómo se te habría ocurrido salir si no hubieras estado delirando? —se sulfuró Razumijin—. ¿Por qué saliste? ¿Para qué?… ¿Y por qué razón a escondidas? ¡Claro que no estabas en tu sano juicio! Ahora que ha pasado el peligro, bien te lo puedo decir a las claras.

—Me tenían tan harto ayer —se volvió a Porfiri con una sonrisita insolente y retadora—, que me escapé para buscar otro alojamiento y que ellos no dieran conmigo. Llevaba un montón de dinero. Ahí está el señor Zamiótov, que lo vio. Diga, señor Zamiótov, ¿estaba yo ayer en mi sano juicio, o deliraba? Dirima la cuestión.

En ese momento daba la impresión de que habría sido capaz de estrangular a Zamiótov de tanto como le desagradaban su mirada y su silencio.

—En mi opinión, hablaba usted con gran cordura, incluso con astucia; pero estaba demasiado irascible —declaró secamente Zamiótov.

—Pues, hoy me contaba Nikodim Fomich —intervino Porfiri Petróvich— que se encontró con usted anoche, a hora ya muy avanzada, en casa de un funcionario que había sido arrollado por unos caballos…

—A propósito de ese funcionario —aprovechó Razumijin —, ¿vas a decirme que no te comportaste como un loco en su casa? ¡Le diste a la viuda todo el dinero que tenías para el entierro! Si querías ayudarla, podías haberle dado quince rublos, podías haberle dado veinte, pero quedándote por lo menos tres para ti, y no soltarle los veinticinco, todo lo que tenías.

—¿Y si he encontrado un tesoro en alguna parte y tú no lo sabes? A eso se debe mi largueza de ayer… Ahí está el señor Zamiótov: él sabe que he encontrado un tesoro… Disculpe usted, por favor —le hablaba a Porfiri con labios trémulos—, pero llevamos media hora molestándole con este montón de tonterías. Estará ya harto de nosotros, ¿verdad?

—¿Qué dice usted? ¡Al contrario, muy al contrario! ¡Si supiera cuánto me interesa usted! Resulta curioso verlo y escucharlo… Y le aseguro que me alegro infinito de que, finalmente, haya tenido a bien venir…

—Podías ofrecerme un vaso de té, por lo menos. Tengo la garganta seca —lanzó Razumijin.

—¡Excelente idea! Podríamos acompañarte todos. ¿Y no quieres algo más… sustancial antes del té?

—¡Quita de ahí!

Porfiri salió a dar orden de que sirvieran el té.

Los pensamientos giraban como un remolino en la mente de Raskólnikov. Estaba terriblemente irritado.

«Lo peor es que ya no disimulan ni se andan con cumplidos. ¿Y por qué motivo, puesto que no me conoces en absoluto, tenías tú que hablar de mí con Nikodim Fomich? Eso significa que ni siquiera quieren disimular que me siguen los pasos como una jauría. ¡Están escupiéndome en mi misma cara! —rumiaba, temblando de rabia—. ¡Venga! Atizadme ya y no juguéis conmigo como el gato con el ratón. Eso es una descortesía, Porfiri Petróvich, y todavía puede ocurrir que no lo permita… Soy capaz de levantarme y arrojaros toda la verdad a la jeta. ¡Y entonces veréis cómo os desprecio!… —jadeaba—. ¿Y si sólo son figuraciones mías? ¿Y si sólo es un espejismo, si me equivoco de parte a parte, si mi rabia se debe a mi inexperiencia, si no soy capaz de representar mi infame papel? ¿Y si nada de esto es intencionado? Sus palabras son corrientes, pero algo hay en ellas. Son cosas que pueden decirse siempre, pero algo encierran. ¿Por qué ha dicho claramente que lo tenía “ella”? ¿Por qué ha añadido Zamiótov que yo hablo *con astucia*? ¿Por qué emplean ese tono? Sí… el tono… Razumijin estaba aquí, ¿cómo es que no ve nada? ¡Ese ingenuo cretino nunca ve nada! ¡Ya vuelve la fiebre! ¿Me hizo un guiño Porfiri o no me lo hizo? Seguro que es una figuración mía. ¿Por qué iba a hacerme un guiño? ¿Será que quieren probar mis nervios o exacerbarme? ¡O todo es un espejismo o *lo saben*!… Incluso Zamiótov está insolente. ¿Está insolente Zamiótov? Zamiótov ha cambiado de parecer desde anoche. ¡Ya lo presentía yo! Está aquí, como en su propia casa, y eso que es la primera vez. Porfiri no lo trata como a una simple visita: se ha sentado de espaldas a él. ¡Están conchabados! Y *por mi causa*, desde luego. Sin duda estaban hablando de mí antes de que llegáramos… ¿Sabrán que fui a visitar el piso? ¡Ojalá termine todo pronto!… Cuando he dicho que

ayer me escapé para buscar otro alojamiento, lo ha pasado por alto… Ese cuento ha sido una buena jugada: puede servirme más adelante… Con decir que deliraba… ¡Ja, ja, ja! Está enterado de todo lo que ocurrió ayer por la noche; pero no de la llegada de mi madre. ¡Y la bruja tenía apuntada la fecha con lápiz! ¡Bien equivocados están si se han creído que voy a traicionarme! Porque, no hay ningún hecho concreto; son cosas en el aire. Lo que hace falta son pruebas. Y la visita al piso no es una prueba, sino una consecuencia de la fiebre. Yo sé lo que tengo que decirles. ¿Sabrán que estuve en el piso? ¡No me iré sin averiguarlo! ¿A qué he venido? Ya me estoy sulfurando, y eso sí puede ser una prueba. ¡Qué irascible me vuelvo! Aunque, quizá le vaya bien eso a mi papel de enfermo… Me está tanteando. Tratará de desconcertarme. ¿Por qué habré venido?».

Todo esto le pasó por la mente como un relámpago.

Porfiri Petróvich volvió enseguida. Parecía más alegre de pronto. Se dirigió a Razumijin riendo y en un tono muy diferente:

—Desde tu cuchipanda de ayer tengo la cabeza como un bombo y estoy desmadejado.

—¿Qué tal resultó? Como yo me marché en el momento más interesante… ¿Quién venció?

—Nadie, por supuesto. Terminamos dándoles vueltas a las cuestiones de siempre y remontándonos hasta las nubes.

—Imagínate hasta dónde llegamos discutiendo anoche: ¡a si existe o no el delito! ¡Qué manera de desbarrar! Fue el colmo, ya te lo dije.

—¿Y qué tiene de particular? Una cuestión social común y corriente —replicó Raskólnikov distraído.

—La cuestión no se formuló así —objetó Porfiri.

—No del todo, es cierto —asintió al instante Razumijin, atropelladamente y exaltándose según su costumbre—. Mira, Rodia: escucha y daños tu opinión. Quiero conocerla.

Anoche me quedé ronco discutiendo con ellos y estaba deseando que llegaras tú; les había anunciado que vendrías... La discusión empezó con la teoría de los socialistas. Ya se sabe: el delito es una protesta contra la anormalidad de la estructura social... Y eso es todo, no se admite ninguna otra causa... ¡Nada más!

—¡Ya está desbarrando! —lanzó Porfiri Petróvich, que se animaba y reía a cada instante mirando a Razumijin, con lo cual le azuzaba más.

—¡No se admite na-da más! —le interrumpió Razumijin muy acalorado—. Y yo no desbarro... Puedo enseñarte sus folletos: para ellos todo se debe a la «influencia del medio ambiente». ¡Y nada más! ¡Es su frase predilecta! De ahí se deduce claramente que, si se le da a la sociedad una estructuración normal, desaparecerán de golpe todos los delitos, pues no habrá nada contra lo que protestar y, sin más, todos nos convertiremos en justos. La naturaleza humana no se toma en consideración: ¡es excluida, no existe! Según ellos, no es la humanidad, desarrollada hasta el extremo por la vía de un proceso histórico *vivo*, la que finalmente se convertirá por sí misma en una sociedad normal, sino que, por el contrario, es un sistema social nacido de algún cerebro matemático el que estructura de golpe toda la humanidad y la convierte instantáneamente en justa y pura, antes que cualquier proceso vivo y sin necesidad de ninguna vía histórica ni viva. A eso se debe que detesten instintivamente la historia: «no contiene más que falsedades y estupideces» y por esas estupideces se explica todo. Por eso detestan el proceso *vivo* de la existencia: ¡nada de *alma viva*! ¡El alma viva exige vida, el alma viva no obedece a la mecánica, el alma viva es sospechosa, el alma viva es retrógrada! Con su método, aunque huela un poco a cadaverina, se puede fabricar un alma de caucho pero, a cambio de eso, no estará viva, no

tendrá voluntad; porque, a cambio de eso, será servil y no se rebelará. En resumidas cuentas, resulta que todo lo han reducido a la colocación de los ladrillos y a la distribución de los pasillos y los aposentos de un falansterio. Ya tienen listo el falansterio, sí, pero la naturaleza humana no está lista todavía para el falansterio; ella lo que desea es vida. No ha completado su ciclo vital, es pronto para que la lleven al cementerio. No se puede saltar por encima de la naturaleza humana sin más pertrecho que la lógica. La lógica sólo prevé tres posibilidades, ¡pero hay muchísimas! ¿Eliminarlas en su totalidad y reducirlo todo a una simple cuestión de comodidad? ¡Esa es la solución más fácil! Y sugestivamente clara, pues no hace falta pensar. Ahí está el quid: ¡no hace falta pensar! Todo el misterio de la vida cabe en dos folios impresos.

—¡Ya no hay quién le pare! Habría que atarlo —rió Porfiri, y se volvió hacia Raskólnikov—: Figúrese usted a seis voces como ésta despotricando anoche en un cuarto... y eso después del ponche que nos ofreció. ¿Se lo puede imaginar? No, chico; estás equivocado: el «medio ambiente» influye mucho en el delito. Eso, te lo aseguro yo.

—Ya sé que influye mucho. Pero, dime: un hombre de cuarenta años viola a una niña de diez. ¿Ha sido el «medio ambiente» lo que le ha inducido a ello?

—Pues, en el sentido estricto, es posible que también haya influido el medio ambiente —observó Porfiri con sorprendente empaque—. Es posible, incluso muy posible, explicar la violación de una niña por la influencia del «medio ambiente».

Razumijin estaba casi frenético.

—Si quieres —rugió—, así soy capaz de *deducir* que la razón de que tú tengas las pestañas blancas se debe exclusivamente a que la iglesia de Iván el Grande mide treinta y cinco *sazhen* de altura y de deducirlo, además, con

claridad y precisión, progresivamente y hasta con su pincelada de liberalismo. Soy muy capaz. ¿Quieres apostar algo?

—De acuerdo. Escuchemos tu deducción.

—¡El muy hipócrita! —gritó Razumijin, y se levantó de un brinco, manoteando—. ¿Para qué hablar contigo? Te advierto que todo esto lo dice a propósito. Tú no lo conoces todavía, Rodión. Y si ayer se puso del lado de los otros, sólo fue para burlarse. ¡Las cosas que dijo, Dios santo! Y los otros, encantados… Es capaz de aguantar así dos semanas. El año pasado, no sé por qué, nos aseguró que iba a entrar en un convento; y con ese tema nos tuvo dos meses. Hace poco, le dio por decirnos que se casaba, que todo estaba listo para la boda y hasta le habían hecho ya el traje. Nosotros, claro, le dimos la enhorabuena. Pues, bien: ni había novia ni había nada. Era pura fantasía suya.

—Estás equivocado. Me habían hecho ya el traje con anterioridad, y el traje me sugirió la idea de gastaros una broma.

—¿De verdad finge usted de esa manera? —preguntó Raskólnikov sin intención aparente.

—¿No se lo imaginaba usted? Pues, espere, que también caerá. ¡Ja, ja, ja! Verá usted, le seré franco. Con motivo de todas estas cuestiones de delitos, del medio ambiente, de niñas violadas y demás, acaba de venirme a la memoria, aunque siempre me ha interesado, un artículo suyo titulado «Acerca del delito…», o algo por el estilo, no recuerdo muy bien. Hace dos meses tuve el placer de leerlo en la *Revista Periódica*.

—¿Mi artículo? ¿En la *Revista Periódica*? —preguntó Raskólnikov sorprendido—. Es cierto que, cuando dejé la Universidad, hace cosa de seis meses, escribí un artículo acerca de un libro. Pero, yo lo llevé entonces a la *Revista Semanal* y no a la *Revista Periódica*.

—Pues, salió en la *Revista Periódica*.

—No lo publicaron entonces porque la *Revista Semanal* dejó de existir.

—Cierto. Pero, al dejar de existir, la *Revista Semanal se* fundió con la *Revista Periódica* y por eso se publicó en ésta su artículo hace dos meses. ¿No lo sabía?

En efecto, Raskólnikov no lo sabía.

—Oiga: puede usted pedirles que se lo paguen. Tiene usted un carácter algo extraño. Vive tan apartado del mundo que no se entera de cosas que le atañen tan de cerca. Eso no tiene vuelta de hoja.

—¡Bravo, Rodia! ¡Tampoco yo lo sabía! —gritó Razumijin —. Hoy mismo pasaré por la sala de lectura y pediré ese número. ¿Hace dos meses que apareció? ¿Qué día? Es igual: de todas maneras lo encontraré. ¡Qué cosas! ¡Y se lo tiene tan callado!

—Y usted, ¿cómo se enteró de que el artículo era mío? Sólo iba firmado con una inicial.

—Me enteré por casualidad, sólo hace unos días, a través del director, que es conocido mío, y a quien le interesó mucho.

—Recuerdo que analizaba el estado psicológico del delincuente a lo largo de toda la comisión del delito.

—Sí. Y mantenía que el acto de comisión del delito lleva siempre emparejado una enfermedad. Muy original, mucho; aunque lo que a mí me interesó no fue esa parte del artículo, sino una idea que apunta al final pero que, desgraciadamente, sólo trata usted por alusión, sin concretar… Me refiero, si recuerda usted, a su alusión a que existen en el mundo ciertas personas que pueden… mejor dicho, no que pueden, sino que tienen pleno derecho para ello, cometer toda clase de desmanes y transgresiones porque la ley no reza con ellas.

Raskólnikov acogió con sonrisa irónica aquella tergiversación exagerada y deliberada de su idea.

—¿Cómo? ¿Qué significa eso? ¿Derecho a delinquir? ¿Y debido a la «influencia del medio ambiente»? —inquirió Razumijin casi alarmado.

—No, no es en absoluto debido a eso —contestó Porfiri—. Lo que ocurre es que, en el artículo de este señor, todas las personas están en cierto modo divididas en «ordinarias» y «extraordinarias». Las ordinarias deben vivir en la obediencia y no tienen el derecho de transgredir la ley porque, ya ven ustedes, son ordinarias. Pero las extraordinarias sí tienen el derecho de cometer todo género de delitos y transgresiones de la ley, sólo por el hecho de ser extraordinarias. Si no me equivoco, eso es lo que dice, ¿verdad?

—Pero, ¿qué dices? ¡Eso no puede ser! —murmuró Razumijin perplejo.

Raskólnikov sonrió de nuevo. Enseguida comprendió de lo que se trataba y hasta dónde querían conducirlo. Recordaba muy bien su artículo. Optó por aceptar el reto.

—Eso no es exactamente lo que digo —empezó con sencillez y modestia—, aunque confieso que lo ha expuesto usted casi correctamente o incluso, si lo desea, con plena corrección… —parecía como si le resultara agradable admitir la plena corrección de la interpretación—. Con la única diferencia de que yo no sostengo en absoluto que las personas extraordinarias deban irremisiblemente y tengan la obligación de cometer siempre todo género de desmanes, como usted afirma. Incluso opino que un artículo así no habría podido publicarse. Yo aludía simplemente a que la persona «extraordinaria» tiene el derecho… o sea, no un derecho oficial, sino un derecho propio, de saltar por encima de ciertos obstáculos y aun eso, tan sólo en el caso de que así lo exija la realización de una idea suya, en ocasiones

salvadora, quizá, para toda la humanidad. Dice usted que mi artículo no está claro. Pues bien, en la medida de mis posibilidades, estoy dispuesto a aclararle todo lo que desee. Es posible que no ande equivocado al suponer que así es. Permítame. A mi entender, si los descubrimientos de Kepler[74] o de Newton[75], por los motivos que fueran, no hubieran podido ser conocidos, sino a costa del sacrificio de una persona… o de diez, o de ciento, de cuantas usted quiera poner… que fueran un estorbo para esos descubrimientos o que se alzaran como un obstáculo en su camino, Newton habría tenido el derecho, incluso la obligación, de eliminar a esas diez, o a esas cien, personas para hacer llegar sus descubrimientos a la humanidad entera. Lo cual no significa en modo alguno que Newton tuviera el derecho de matar a diestro y siniestro a quien quisiera o de robar a diario en el mercado. Hay más: recuerdo haber expuesto luego en mi artículo que todos… por ejemplo, los legisladores y los rectores de la humanidad, empezando por los más antiguos y siguiendo con los Licurgos, los Solones, los Mahomas, los Napoleones[76] y demás…, todos sin excepción, fueron delincuentes aunque sólo sea por el hecho de que, al promulgar una ley nueva, violaban la antigua, venerada por la sociedad y legada por los padres y, desde luego, no se detenían ante la efusión de sangre, si es que la sangre, a menudo totalmente inocente y derramada con valor por la ley antigua, podía serles útil. Lo notable es que la mayor parte de estos bienhechores y rectores de la humanidad son los que más sangre han hecho correr. En una palabra, expongo que todos aquellos que, sin alcanzar la grandeza, descuellan un poco, que son capaces de decir algo medianamente nuevo, han de ser forzosamente delincuentes por naturaleza propia… en mayor o menor grado, como es lógico. De lo contrario, es difícil descollar y habrían de quedarse en la mediocridad,

cosa que no pueden admitir y que, en mi opinión y también debido a su naturaleza propia, tienen incluso la obligación de no admitir. En una palabra, y como está usted viendo, hasta ahora no hay aquí nada esencialmente nuevo. Eso mismo ha sido impreso y leído miles de veces. Por lo que se refiere a mi diferenciación de las personas entre ordinarias y extraordinarias, estoy conforme en que es algo arbitraria, pero tampoco hago hincapié en las cifras exactas. Yo sólo creo en mi idea cardinal; a saber: que los seres humanos, en general, se dividen por ley natural en dos categorías: una inferior (los ordinarios), o sea el material, digámoslo así, que sirve únicamente para la reproducción de su especie, y otra compuesta por los que tienen el don o el talento de decir *algo nuevo* en su medio. Las subdivisiones son infinitas, pero los rasgos distintivos de cada categoría son bastante acentuados: la primera, o sea, el material humano hablando en términos generales, se compone de seres conservadores por naturaleza, apacibles, que viven en la obediencia y gustan de ser obedientes. A mi entender, tienen la obligación de ser obedientes puesto que tal es su destino, y en eso no hay nada humillante para ellos. En la segunda categoría, todos infringen la ley, son destructores o se inclinan a la destrucción en función de sus capacidades. Los delitos de estos seres, como es natural, son relativos y variados. La mayoría de ellos pide, en declaraciones de lo más diversas, la destrucción de lo existente en aras de algo mejor. Pero si un tal individuo necesita, en bien de su idea, pasar por encima de un cadáver o de un charco de sangre, opino que se puede permitir, en su fuero interno y según su conciencia, pasar por encima de ese charco de sangre, en función siempre, fíjese bien, de la magnitud de la idea y la extensión del charco. Este es el único sentido en que me refiero en mi artículo al derecho de delinquir que tienen esos individuos. Recuerde usted que hemos arrancado del

aspecto jurídico. Pero, no hay que alarmarse demasiado: la masa, que casi nunca les reconoce ese derecho, los ejecuta y los ahorca (más o menos), cumpliendo así con plena justicia su misión conservadora; pero también, sin embargo, para que las generaciones siguientes coloquen a esa masa en un pedestal y la reverencien (más o menos). La primera categoría es siempre señora del presente; la segunda, señora del futuro. Los individuos de la primera salvaguardan al mundo y lo multiplican numéricamente. Los de la segunda, mueven al mundo y lo conducen hacia su meta. Unos y otros tienen absolutamente el mismo derecho a la existencia. En una palabra, para mí todos tienen un derecho equivalente y *Vive la guerre éternelle*…[77] hasta la Nueva Jerusalén, por supuesto.

—De modo que, a pesar de todo, usted cree en la Nueva Jerusalén.

—Sí —respondió Raskólnikov con firmeza y con la mirada clavada en la alfombra, igual que había estado durante toda la perorata anterior, como si buscara algo en ella.

—Y… ¿cree usted en Dios? Disculpe si soy indiscreto.

—Sí —contestó Raskólnikov alzando los ojos hacia Porfiri.

—Y… ¿cree usted en la resurrección de Lázaro?

—Sí… creo. ¿Para qué quiere saber todo eso?

—¿Cree al pie de la letra?

—Al pie de la letra.

—Ya… Tenía curiosidad. Discúlpeme usted. Pero, veamos… y permítame volver a lo de antes: es que a todos no los ejecutan; algunos, por el contrario…

—¿Triunfan en vida? ¡Oh, sí! Algunos logran su meta en vida y entonces…

—¿Empiezan ellos a ejecutar…?

—Si es necesario. ¿Y sabe usted una cosa? La mayoría de ellos lo hacen. Esa observación suya es muy aguda.

—Gracias. Y, ahora, dígame una cosa: ¿cómo distinguir a esos individuos extraordinarios de los ordinarios? ¿Acaso tienen alguna marca cuando nacen? Me refiero a que haría falta mayor exactitud, más definición exterior, si se puede decir. Disculpe esta preocupación natural de un hombre práctico y bien intencionado, pero, ¿no se podría introducir un modo especial de vestir, hacerles llevar alguna prenda especial, un sello, algo…? Porque, convendrá usted conmigo en que si se produce una confusión, si a uno de una categoría le da por imaginarse que pertenece a la otra categoría y empieza a «eliminar todos los obstáculos», según la expresión tan afortunada que ha empleado usted, pues…

—¡Oh, es cosa que ocurre con gran frecuencia! Y esta observación suya es incluso más aguda que la anterior.

—Gracias…

—No las merece. Pero, considere usted que la confusión sólo es posible entre los individuos de la primera categoría, o sea, entre los «ordinarios», como los he llamado yo, quizá con poco acierto. A despecho de su congénita propensión a la obediencia y debido a cierto capricho de la naturaleza que puede aparecer incluso en una vaca, a muchos de ellos les gusta posar de hombres avanzados, de «destructores» y lanzarse en pos de lo nuevo, con plena convicción, además. Al mismo tiempo, es muy frecuente que no reconozcan a los que son genuinamente *nuevos* e incluso que los desprecien como a individuos atrasados y de bajos pensamientos. A mi entender, sin embargo, no existe aquí gran peligro y, la verdad, no tiene usted motivo de alarma, ya que nunca van muy lejos. En caso de que se extralimiten, se les puede infligir de vez en cuando una corrección, naturalmente, para recordarles cuál es su sitio; pero, nada más. Y ni siquiera hace falta un ejecutor: ellos mismos se azotarán porque son muy concienzudos. Los hay que se prestarán ese servicio los

unos a los otros y los hay que se castigarán por su propia mano… Se imponen diferentes actos de contrición pública. Resulta bonito y edificante. En una palabra, que no tiene usted por qué preocuparse… Es una ley.

—¡Vaya! Por lo menos me ha tranquilizado usted un poco en este aspecto. Sin embargo, hay algo más que me inquieta: quiere decirme, por favor, si son muchos esos que tienen el derecho de matar a los demás, los «extraordinarios». Naturalmente, yo estoy dispuesto a reverenciarlos; pero, no me negará usted que sería inquietante el que hubiera muchos, ¿verdad?

—¡Oh! No se preocupe tampoco por eso —prosiguió Raskólnikov en el mismo tono—. En general, son muy pocos, increíblemente pocos, los individuos que nacen aunque sólo sea con un atisbo de aptitud para decir algo *nuevo*. Una única cosa está clara y es que la pauta de reproducción de los seres humanos, de todas esas categorías y sus divisiones, debe ser determinada con seguridad y precisión extremas por alguna ley de la naturaleza. Claro que esa ley, la desconocemos ahora, pero tengo la convicción de que existe y de que puede llegar a revelarse más adelante. La inmensa masa humana, el material, existe tan sólo para que, por medio de cierto esfuerzo, a través de algún proceso ignorado hasta ahora, mediante algún cruce de razas y especies, pueda concentrar su energía y traer por fin al mundo individuos con un ápice de espíritu de independencia… aunque no sea más que uno de cada mil. Con un grado de independencia algo más amplio nace, quizá uno de cada diez mil. Estoy hablando aproximadamente, a bulto. Con una independencia mayor todavía, uno de cada cien mil. Los hombres de genio son uno entre millones y los grandes genios, las lumbreras de la humanidad, de esos quizá aparezca sobre la tierra uno entre muchos miles de millones. En una palabra, y si bien no me

he asomado a la retorta donde sucede todo esto, existe forzosamente, tiene que existir, una ley definida. En esto, la casualidad está descartada.

—Pero, ¿es que estáis de broma los dos? —estalló al fin Razumijin—. ¿Os estáis tomando el pelo el uno al otro? ¿Hablas en serio, Rodia?

Raskólnikov levantó hacia él su rostro pálido, un tanto triste, y no contestó nada. Y a Razumijin le extrañó, en contraste con ese rostro sereno y triste, el sarcasmo manifiesto, insistente, irascible y descortés de Porfiri.

—Porque, si hablas efectivamente en serio, amigo, entonces… Naturalmente, tienes razón cuando dices que no hay nada de nuevo en lo que expones y que hemos leído y oído miles de veces cosas parecidas; pero, lo auténticamente original, lo que, en efecto, sólo a ti te pertenece y a mí me horroriza, es que a pesar de todo admites la efusión de sangre dictada por *la conciencia*. Y, perdóname, pero hablas de ello hasta con fanatismo… De modo que en eso consiste la idea esencial de tu artículo. Porque ese permiso de derramar la sangre por mandato de la conciencia… eso me parece más espantoso que el permiso oficial, legítimo…

—Tienes toda la razón: es más espantoso —asintió Porfiri.

—No. Algo habrás exagerado. Tiene que haber un error. Tengo que leer el artículo… ¡Has exagerado! No puedes pensar así. Lo leeré.

—En el artículo no hay nada de esto; sólo hay alusiones —explicó Raskólnikov.

—Bien, bien… —Porfiri no podía estarse quieto en su asiento—. Ahora veo ya casi con toda claridad su modo de enfocar el delito; pero… y disculpe mi insistencia porque estoy importunándole tanto que me siento avergonzado… Verá usted: antes ha logrado tranquilizarme mucho en lo relativo a los casos de confusión entre categorías… Sin

embargo, hay aspectos prácticos que vuelven a preocuparme. ¿Y si un hombre, o un joven, se imagina que es Licurgo o Mahoma, para el futuro, claro… y se pone a eliminar todos los obstáculos? Además, como el camino a recorrer es largo y para el camino se necesita dinero, ¿qué pasa, ya sabe, si empieza a agenciárselo?

Zamiótov soltó la risa en su rincón. Raskólnikov, ni se dignó mirarlo.

—Debo admitir —contestó con calma— que esos casos deben darse, en efecto. Los bobos y los vanidosos son los que más pican en ese anzuelo; en particular si son jóvenes.

—¿Ve usted? ¿Y entonces?

—Pues, lo mismo —sonrió Raskólnikov—. Yo no tengo la culpa, así es y así será siempre. Éste acaba de decir —señaló a Razumijin— que yo permito la efusión de sangre. ¿Y qué? La sociedad está demasiado pertrechada de lugares de destierro, de cárceles, de jueces de instrucción, de presidios… ¿A qué preocuparse? ¡Busquen al ladrón!

—¿Y si lo encontramos?

—Le estará bien empleado.

—Es usted muy lógico. Bueno, ¿y qué hay de su conciencia?

—¿Ya usted qué le importa?

—Digamos que me importa por razones de humanismo.

—Al que la tenga, le tocará padecer si reconoce su error. Ese será su castigo, además de los trabajos forzados.

—Bueno, ¿y los que son verdaderamente geniales? —insistió Porfiri cejijunto—. Esos que tienen el derecho de matar, ¿esos no deben sufrir en absoluto, ni siquiera por la sangre derramada?

—¿A qué viene la palabra *deben*? Aquí no hay ni derecho ni prohibición. Que sufra, si le da lástima de la víctima… El sufrimiento y el dolor son siempre obligatorios para una mente amplia y un corazón profundo. Los hombres

auténticamente grandes deben experimentar, creo yo, un gran pesar en el mundo —añadió de pronto, pensativo, y en un tono que no era el de la conversación.

Levantó los ojos, miró a todos, siempre pensativo, sonrió y tomó su gorra. Estaba demasiado sereno en comparación con su estado anímico al entrar, y se daba cuenta de ello. Todos se pusieron en pie.

—Mire: me diga lo que me diga, aunque se enfade conmigo, no puedo resistir a la tentación —volvió a la carga Porfiri Petróvich—. Permítame una preguntita más… y sé que le estoy importunando mucho… Sólo se trata de una pequeña idea que quisiera formular con el único fin de que no se me olvide…

—Está bien. Exponga usted su pequeña idea.

Pálido y grave, Raskólnikov esperaba, de pie frente a él.

—Pues, verá… Francamente, no sé cómo expresarme mejor… Se trata de una pequeña idea demasiado frívola…, psicológica… Verá: mientras usted escribía su artículo… digo yo que es imposible, ¡je, je!, que no se considerara también usted… pongamos que sólo un ápice… un individuo «extraordinario» con *algo nuevo* que decir… en el sentido que usted le da a esa expresión. ¿Es así?

—Muy posible —contestó despectivamente Raskólnikov.

Razumijin hizo un movimiento.

—Y, siendo así, ¿se habría usted resuelto, debido a estrecheces y fallos cotidianos o para prestar servicio a la humanidad entera, a pasar por encima de un obstáculo? ¿A matar y robar, por ejemplo?

Y, de repente, volvió a guiñarle el ojo izquierdo y a reír sin ruido, justo como había hecho antes.

—Si hubiera pasado por encima, tenga la seguridad de que no se lo diría —le contestó Raskólnikov con un desprecio retador y arrogante.

—No, si era sólo por curiosidad… De hecho, para comprender mejor el artículo de usted y únicamente en el aspecto literario.

«¡Puah! —pensó Raskólnikov con repugnancia—. ¡Qué evidente y descarado resulta!».

—Permítame decirle —contestó con sequedad— que yo no me tengo por un Mahoma o un Napoleón… ni por ningún otro personaje de esa especie y que, en consecuencia, puesto que no lo soy, me veo en la imposibilidad de explicarle satisfactoriamente la conducta que habría seguido.

—¡Pero, hombre! ¿Quién no se tiene hoy por un Napoleón en nuestra Rusia? —replicó Porfiri con extraña familiaridad y, esta vez, traslucía algo muy deliberado en su entonación.

—¿No sería acaso uno de esos futuros Napoleones quien terminó a hachazos con Aliona Ivánovna la semana pasada? —soltó Zamiótov desde su rincón.

Raskólnikov callaba y miraba fija y firmemente a Porfiri. Razumijin estaba sombrío y cejijunto. Ya había empezado antes a barruntar algo. Miró iracundo a su alrededor. Transcurrió un minuto de hosco silencio. Raskólnikov dio media vuelta para irse.

—¡Se marcha usted ya! —exclamó amablemente Porfiri Petróvich, y le tendió la mano con gran afabilidad—. Encantado de haberlo conocido, encantado. En cuanto a su solicitud, puede estar tranquilo. Escriba usted la declaración como le he indicado. O, mejor todavía, pase a verme a la comisaría un día de estos… mañana, por ejemplo. A eso de las once me encontrará seguramente. Lo arreglaremos todo… charlaremos… Porque, siendo usted uno de los últimos que estuvieron *allí*, quizá pudiera decirnos algo… —añadió con aire bonachón.

—¿Quiere usted interrogarme oficialmente, en el entorno adecuado? —inquirió ásperamente Raskólnikov.

—¡Qué dice usted! De momento, no hay ninguna necesidad. Me ha entendido usted mal. No dejo pasar ninguna oportunidad, ¿comprende usted?, y… he hablado ya con todos los clientes de la víctima… A algunos les he tomado declaración… y usted, como fue el último… ¡Ah, sí! A propósito —gritó como agradablemente sorprendido—: acabo de recordar… ¡Pero, qué cabeza!… —Se volvió hacia Razumijin—. Y, por cierto, fuiste tú quien tanta lata me dio con ese Mikolái. No, no, si ya sé —ahora se dirigía de nuevo a Raskólnikov—, ya sé que el muchacho es inocente; pero, ¿qué se le va a hacer? También a Mitri hubo que molestarlo… Le diré de lo que se trata: cuando usted subía por la escalera entonces… Perdone, pero, ¿no eran ya las siete pasadas?

—En efecto —contestó Raskólnikov, y al instante se dijo, contrariado, que podía muy bien no haber contestado.

—Pues bien: al subir por la escalera a las siete y pico ¿no vio a dos obreros, o por lo menos a uno de ellos, en un piso de la segunda planta que estaba abierto, se acuerda? Estaban pintando, ¿no se fijó? Esta es una cuestión muy, muy importante para ellos.

—¿Unos pintores? Pues, no; no los vi… —contestó Raskólnikov lentamente, como rebuscando en sus recuerdos, tenso todo él y angustiado por el afán de adivinar al instante dónde estaba la trampa y de no pasar nada por alto—. No, no los vi, ni tampoco advertí que hubiera ningún piso abierto allí… Pero, en cambio —había descubierto dónde estaba la trampa y ahora dominaba la situación—, sí recuerdo que en la cuarta planta se mudaba de casa un funcionario… justo enfrente de Aliona Ivánovna… recuerdo… eso sí lo recuerdo bien… que unos soldados sacaban en ese momento un sofá y tuve que pegarme a la pared… Pero, pintores… No, no recuerdo que hubiera

pintores… ni tampoco que hubiera ningún otro piso abierto. No, no lo había…

—¡Pero, oye…! —gritó Razumijin como si cayera en la cuenta de algo—. Si esos chicos estuvieron pintando el piso el día mismo del asesinato y Rodia había ido tres días antes. ¿A qué vienen esas preguntas?

—¡Vaya, hombre! Me he hecho un lío —Porfiri se pegó una palmada en la frente—. ¡Demonios! Este caso me está haciendo perder la chaveta —se dirigía a Raskólnikov, en cierto modo como disculpándose—. Sería tan importante para nosotros averiguar si alguien los había visto en el piso a esa hora, que se me ocurrió pensar si no podría usted decirnos algo… Sí que me he hecho un buen lío…

—Pues, hay que tener más cuidado —observó hoscamente Razumijin.

Las últimas palabras fueron pronunciadas ya en el recibimiento. Porfiri Petróvich los acompañó hasta la puerta con suma amabilidad. Salieron los dos a la calle, adustos y sombríos, y dieron algunos pasos sin decir palabra. Raskólnikov respiró hondo.

VI



O ME lo creo! ¡No me lo puedo creer! —repetía Razumijin, perplejo y empeñado en refutar los argumentos de Raskólnikov. Se aproximaban ya a la casa de Bakaléiev, donde Puljeria Alexándrovna y Dunia los esperaban desde hacía ya tiempo. En el calor de la conversación, Razumijin se detenía a cada momento, confuso y agitado ya por el solo hecho de que era la primera vez que hablaban francamente de eso.

—Pues no te lo creas —contestó Raskólnikov con sonrisa fría y displicente—. Como de costumbre, tú no te has dado cuenta de nada; pero, yo he sopesado cada palabra.

—Las has sopesado porque eres suspicaz. Hum… Estoy de acuerdo, sí, en que el tono de Porfiri ha sido bastante extraño. Y sobre todo ese miserable de Zamiótov… Tienes razón, algo raro había en él. Pero, ¿por qué? ¿Por qué?

—Habrá cambiado de parecer durante la noche.

—¡Al contrario, hombre, al contrario! Si se les hubiera ocurrido esa idea insensata, habrían hecho todo lo posible por disimular, por esconder su juego para luego echar la garra… Pero, esto es una desfachatez y una imprudencia.

—Si tuvieran pruebas, pruebas tangibles, o, por lo menos, sospechas con cierto fundamento, entonces sí habrían procurado ocultar efectivamente su juego con la esperanza

de sacar más. Y hace tiempo que hubieran hecho un registro, claro. Pero, no tienen pruebas; ni una. Todo son fantasías, suposiciones de doble filo, una idea en el aire, y por eso recurren a la insolencia. Aunque, también es posible que esté irritado por carecer de pruebas y esa misma irritación le haya sacado de sus casillas. O puede tener otro propósito… Parece un hombre inteligente… Quizá tratara de asustarme insinuando que sabe algo… Ellos tienen su psicología… En fin, es repugnante meterse en esas explicaciones. ¡Vamos a dejarlo!

—Repugnante y ofensivo. ¡Ofensivo! Te comprendo. Pero… ya que estamos hablando con franqueza, y me parece estupendo que lo hagamos por fin, estoy encantado… ahora te confieso sin rodeos que hace tiempo, desde que ocurrió la cosa, vengo notando en ellos esta idea, cierto que como algo vago, sin definir. Pero, aunque sea vagamente, ¿cómo se les ha podido ocurrir? ¿En qué se basan? ¡Si supieras la rabia que me entró! Y todo porque un estudiante pobre, maltrecho por la miseria y la hipocondría, al borde de una grave enfermedad que le hará delirar y que, ¡fíjate bien!, quizá esté gestándose ya, un muchacho suspicaz, orgulloso, que sabe lo que vale, que lleva seis meses en su rincón sin ver a nadie, vestido de andrajos y con las botas desfondadas, tiene que presentarse ante unos polizontes y soportar sus afrentas y se encuentra con que le meten de pronto por las narices un pagaré caducado y endosado al tal Chebárov, consejero civil… Añádele la peste a pintura, los treinta grados de calor, el aire irrespirable, el hacinamiento de gente, el relato del asesinato de una persona en cuya casa estuvo la víspera… ¡y todo esto, con el estómago vacío! ¿Cómo no iba a desmayarse? ¡Y fundarse en eso, sólo en eso! ¡Demonios! Comprendo que es muy enojoso; pero yo en tu lugar, Rodia, me reiría en las narices de todos ellos o, mejor aún, les escupiría bien escupido en toda la jeta y

repartiría a diestro y siniestro un par de docenas de trastazos, bien aplicados, que es como se debe hacer siempre, y lo daría todo por terminado. ¡No hagas caso! ¡Anímate! ¡Es una vergüenza!

«¡Vaya si lo ha expuesto bien!», pensó Raskólnikov.

—¿Que no haga caso? Y mañana, ¡vuelta con el interrogatorio! —replicó con amargura—. ¿Acaso debo meterme en explicaciones con ellos? Estoy tan fastidiado que ayer, en el Palacio de Cristal, llegué a rebajarme hasta el nivel de Zamiótov…

—¡Qué demonios! Voy a ir yo a ver a Porfiri y me va a oír en *plan de pariente*. Hasta que lo suelte todo. En cuanto a Zamiótov.

«¡Por fin ha caído en la cuenta!», pensó Raskólnikov.

—¡Espera! —exclamó Razumijin agarrándolo por un hombro—. ¡Espera! ¡Te has equivocado! Ahora caigo en la cuenta de que te has equivocado. Eso no podía ser una trampa. ¿No dices que la pregunta acerca de esos pintores de puertas era una trampa? Si tú hubieras hecho *eso*, ¿ibas a decir que habías visto que estaban pintando un piso… y que habías visto a los pintores? Al contrario: habrías dicho que no viste nada aunque lo vieses. ¿Quién iba a demostrar lo contrario?

—De haber hecho yo *eso*, habría dicho indudablemente que vi el piso abierto y que vi a los pintores —contestó Raskólnikov de mala gana y con evidente repugnancia.

—¿Y por qué tenías que hablar contra ti mismo?

—Porque sólo la gente de pocos alcances y los novatos se empecinan en negarlo todo durante los interrogatorios. Pero, por poco listo y experto que sea un hombre, tendrá buen cuidado, en la medida de lo posible, de reconocer todos los hechos externos e innegables. Lo que hará será buscarles otras causas, sugerir una versión propia, singular e insólita, que les preste una significación enteramente distinta y los

presente bajo otro ángulo. Porfiri pudo suponer que yo contestaría justo así y diría, para mayor verosimilitud, que los había visto, inventando algo más a guisa de explicación.

—Pero, él te hubiera objetado al momento que los pintores no podían haber estado allí dos días antes y que, por consiguiente, fuiste tú quien estuvo allí el día del crimen entre las siete y las ocho de la tarde. Y te hubiera pescado en ese detalle.

—Sí. Lo que él esperaba era que, sin pararme a reflexionar, me apresurase a responder del modo más verosímil posible, pero olvidándome de que los obreros no habrían podido estar dos días antes.

—¿Cómo se te iba a olvidar?

—Eso es muy fácil que ocurra. Precisamente en esos detalles sin importancia es donde tropieza la gente astuta. Cuanto más astuta es la persona, menos se imagina que puedan atraparla en un detalle sencillo. Por eso, al más astuto hay que atraparlo en lo más sencillo. Porfiri no es, ni con mucho, tan tonto como tú crees…

—Con todo esto, lo que es Porfiri es un canalla.

Raskólnikov no pudo contener la risa. Pero, en ese mismo momento, se extrañó de la animación y la desenvoltura con que había expuesto la última explicación mientras que había mantenido toda la conversación anterior con áspera repugnancia, sin duda por necesidad y con algún propósito deliberado.

«Parece que estoy tomándole el gusto a ciertas cosas», se dijo.

Sin embargo, casi en ese mismo instante se sintió desasosegado, como si le asaltase un pensamiento inesperado y alarmante. Su desazón iba en aumento. Habían llegado a la casa de Bakaléiev.

—Entra tú —dijo de pronto Raskólnikov—, que yo enseguida vuelvo.

—¿A dónde vas? Pero, ¡si ya hemos llegado!

—Tengo que ir a un sitio… a un asunto… Dentro de media hora estaré aquí… Díselo a ellas.

—Tú dirás lo que quieras, pero yo voy contigo.

—¿También tú quieres atormentarme? —gritó con una irritación tan amarga y tal desesperación en la mirada que Razumijin se sintió apabullado. Permaneció un rato en el porche, mirando con aire tétrico cómo se alejaba el otro rápidamente hacia la calle donde vivía. Por último, rechinando los dientes y con los puños apretados, se juró exprimir aquel mismo día a Porfiri como un limón y subió a tranquilizar a Puljeria Alexándrovna, alarmada ya por su retraso.

Cuando Raskólnikov llegó frente a su casa, estaba jadeante y tenía las sienes perladas de sudor. Subió precipitadamente la escalera, entró en su cuarto, que no estaba cenado, y echó el pestillo. Luego, sobrecogido y desquiciado, corrió hacia el rincón, hacia el agujero del papel de la pared donde había tenido escondidos los objetos, metió la mano y estuvo varios minutos tanteando todos los resquicios en su interior y palpando los dobleces del papel. Al no descubrir nada, se incorporó y respiró hondo. Y es que, cuando llegaban poco antes al porche de la casa de Bakaléiev, se le ocurrió de repente que un objeto cualquiera —una cadenita, un pasador o incluso el papel donde estuvieran envueltos con una anotación de la vieja usurera— podía haberse deslizado y perdido en alguna grieta para reaparecer de pronto como prueba inesperada e irrefutable.

Y allí estaba, absorto, con una sonrisa humilde y alelada en los labios. Recogió por fin su gorra y salió del cuarto sin hacer ruido. Tenía las ideas embrolladas. Se dirigió, ensimismado, hacia la puerta cochera.

—¡Ahí lo tiene usted! —oyó decir en voz alta, y levantó la cabeza.

Delante de su cuchitril, el *dvornik* le señalaba con el dedo a un hombre bajito, de aire corriente, vestido con una especie de batín y un chaleco por encima y que, desde lejos, parecía enteramente una mujer. La cabeza, tocada con una gorra mugrienta, se inclinaba hacia abajo y todo él parecía encorvado. El rostro, fofo y arrugado, acusaba más de la cincuentena. Los ojos, diminutos entre los pliegues de grasa, tenían una mirada osca, severa y hostil.

—¿Qué ocurre? —inquirió Raskólnikov yendo hacia el *dvornik*.

El hombre lo miró de reojo, observándolo con atención y fijeza, lentamente. Luego giró despacio y, sin decir palabra, salió por la puerta cochera a la calle.

—Pero, ¿qué pasa? —insistió Raskólnikov.

—Ése, que ha preguntado si vivía aquí un estudiante, le ha nombrado y quería saber en casa de quién se hospedaba. En eso ha salido usted, yo le he señalado y él se ha ido. Es todo lo que ha pasado.

El *dvornik* también estaba algo extrañado, aunque no mucho, de modo que, después de pensarlo un poco más, dio media vuelta y se metió en su cuchitril.

Raskólnikov se lanzó detrás del desconocido y enseguida lo vio, caminando por la acera opuesta con el mismo paso lento y regular, con los ojos clavados en el suelo como si fuera cavilando. Pronto le dio alcance, pero durante algún tiempo se limitó a seguirlo; finalmente, apretó el paso hasta colocarse a su lado para verle la cara de refilón. El hombre advirtió enseguida su presencia, le lanzó una mirada rápida, volvió a agachar los ojos y así caminaron cosa de un minuto, el uno al lado del otro y sin decir palabra.

—¿Preguntaba por mí… al *dvornik*? —inquirió por fin Raskólnikov, pero en voz no muy alta.

El hombre no le dio ninguna respuesta y ni siquiera lo miró. Volvieron a callar.

—¿Cómo se entiende?… Ha ido a preguntar por mí… y ahora calla… ¿Qué significa esto? —a Raskólnikov se le cortaba la voz y las palabras se resistían a salir.

El hombre alzó esta vez la vista y posó en Raskólnikov una mirada siniestra y sombría.

—¡Asesino! —dijo de pronto con voz baja, pero clara.

A Raskólnikov, que caminaba junto a él, se le doblaron las piernas, sintió un escalofrío por la espalda y le pareció que se le paraba el corazón un instante, pero al punto reanudó sus latidos como si escapara a algo que lo oprimiera. Así recorrieron unos cien pasos, emparejados, y otra vez en absoluto silencio.

El hombre no lo miraba.

—Pero, ¿qué… qué… quién es un asesino? —farfulló Raskólnikov con un hilo de voz.

—*Tú* lo eres —pronunció el otro con claridad y energía mayores y acompañó sus palabras con una sonrisa de inquina y triunfo, clavando otra vez la mirada en el rostro pálido de Raskólnikov y en sus ojos sin brillo.

Habían llegado a una encrucijada. El hombre tiró a la izquierda y siguió andando sin mirar para atrás. Raskólnikov se quedó donde estaba, viendo cómo se alejaba. El hombre estaría ya a unos cincuenta pasos cuando se volvió para mirarlo, parado en el mismo sitio. Y aunque no habría podido asegurarlo debido a la distancia, a Raskólnikov le pareció distinguir también esa vez la fría sonrisa de inquina y de triunfo.

Con paso flojo, las rodillas temblonas y el cuerpo aterido Raskólnikov emprendió el camino de vuelta y subió a su cuchitril. Se quitó la gorra, que dejó encima de la mesa y se quedó al lado, quieto, unos diez minutos. Luego, extenuado, se desplomó en el sofá y, penosamente, se tendió en él con

leve gemido. Tenía los ojos cerrados. Así permaneció cosa de media hora.

No pensaba en nada. Por su mente pasaban vagas ideas o retazos de ideas, algunas imágenes sin orden ni concierto: rostros de personas vistas en su niñez o que había encontrado en algún sitio una sola vez y de las que nunca había vuelto a acordarse, un campanario, la sala de billar de una taberna y un oficial al lado, el olor de los cigarros en un estanco instalado en su sótano, una tasca, una escalera de servicio totalmente oscura, con los peldaños salpicados de lavazas y cáscaras de huevo y, llegando de alguna parte, el tañido de unas campanas llamando al oficio de los domingos... Las imágenes se sucedían y giraban en remolinos. Algunas le agradaban y quería retenerlas, pero ellas se desvanecían. Dentro experimentaba cierta opresión, pero no excesiva. A veces, hasta resultaba agradable. Persistía el ligero escalofrío, y también resultaba casi agradable experimentarlo.

Oyó los pasos precipitados y la voz de Razumijin; cerró los ojos y fingió que dormía. Razumijin abrió la puerta y se quedó un rato en el umbral, como reflexionando. Luego entró sin ruido y se acercó cautelosamente al sofá. Se oyó un murmullo de Nastasia:

—No lo despiertes. Déjalo dormir. Ya comerá luego.

—Tienes razón —contestó Razumijin.

Los dos salieron y cerraron la puerta con cuidado. Raskólnikov abrió los ojos, se volvió de espaldas y cruzó las manos detrás de la cabeza.

«¿Quién será? ¿Quién será ese hombre surgido como de bajo tierra? ¿Dónde estaría y qué vio? Porque, es indudable que lo vio todo. Pero, ¿dónde estaba entonces y desde dónde miraba? ¿Y por qué sale únicamente ahora del subsuelo? ¿Cómo pudo ver nada? ¿Es posible? —seguía preguntándose Raskólnikov, estremeciéndose—. Hum... Y el

estuche que encontró Mikolái detrás de la puerta, ¿acaso es también posible? ¿Pruebas? Basta pasar por alto un detalle ínfimo y, cuando quieres darte cuenta, se ha convertido en una prueba del tamaño de una pirámide de Egipto. Una mosca que pasó volando y lo vio. ¿Es eso posible?».

De pronto notó con repugnancia cuánto se había debilitado, físicamente.

«Tenía que haberlo sabido —pensaba con amarga sonrisa—. ¿Y cómo fui capaz, conociéndome, *presintiéndome*, de agarrar un hacha y derramar sangre? Hubiera debido saberlo… ¡Bah! Pero, ¡si lo sabía de antemano!», murmuró, desesperado.

A ratos lo dominaba algún pensamiento.

«No; esos seres “extraordinarios” no están hechos de la misma pasta. El auténtico *dominador, a* quien todo se le permite, arrasa Toulon, hace una matanza en París, olvida un ejército en Egipto, *derrocha* medio millón de hombres en Vilna. Y cuando muere, le levantan estatuas, de lo cual se infiere que *todo* le está permitido[78]. No, esos seres no están hechos de carne, sino de bronce».

Una imprevista idea, ajena, casi le hizo reír:

«Napoleón, las pirámides, Waterloo… y la escuálida y asquerosa viuda de un funcionario, una viejuca, una usurera que guarda la ropa de vestir debajo de la cama… ¡Eso, ni Porfiri Petróvich podría digerirlo! ¡Qué va!… Se lo impediría la estética: ¿cómo iba un Napoleón a meterse a rebuscar debajo de la cama de una viejuca? ¡Qué asco!».

En algunos minutos notaba como si delirase: se adueñaba de él una exaltación febril.

«Lo de la vieja es lo de menos —pensaba con ardor e incoherencia—; la vieja puede haber sido un error y no se trata de ella. La vieja no era más que una enfermedad… que yo quería superar cuanto antes… ¡Yo no he matado a una persona… he matado un principio! El principio, lo he

matado; pero, en cuanto a superar, no he superado nada: me he quedado del lado de acá… Sólo he sido capaz de matar. Y ni siquiera eso, según parece… ¿El principio? ¿Por qué despotricaba ayer ese imbécil de Razumijin contra los socialistas? Son gente laboriosa y entendida, preocupada por la “dicha universal”. No; a mí la vida me la han dado una vez y no volverán a dármela nunca: no quiero esperar a que llegue la “dicha universal”. También yo quiero tener una vida pletórica o, de lo contrario, más vale no vivir. ¿Qué ha sucedido? Sencillamente, que no he querido pasar delante de mi madre hambrienta apretando mi rublo en el bolsillo, en espera de la “dicha universal”. A mí no me sirve eso de que “aporto mi ladrillo al edificio de la dicha universal y con eso me basta para tener el corazón tranquilo”[79]. ¡Ja, ja! ¿Por qué me habéis echado a un lado? Yo vivo una sola vez y yo también quiero… Bah… ¡Yo no soy más que un piojo estético! —añadió con risa de loco—. Sí, soy efectivamente un piojo —continuó aferrándose a esa idea con un deleite insano, gozándose en hurgar en ella—, aunque sólo sea, en primer lugar, porque estoy razonando que soy un piojo; en segundo lugar, porque me he pasado un mes entero importunando a la benévola providencia para tomarla como testigo de que no emprendía aquello para satisfacer mis apetitos y mis caprichos personales, sino con una finalidad elevada y agradable. ¡Ja, ja! En tercer lugar, porque me propuse observar, en la realización, toda la equidad posible en lo relativo a peso y medida y a la aritmética: entre todos los piojos, elegí el más inútil y, después de matarlo, decidí quitarle estrictamente lo que necesitaba para dar el primer paso, ni más ni menos, de modo que el resto habría ido al monasterio, como había dispuesto en su testamento. ¡Ja, ja! Y soy definitivamente un piojo —añadió rechinando los dientes— porque quizá sea yo más odioso y repugnante que el piojo matado por mí, porque de antemano *presentía* que

me diría esto, pero ya *después* de matarlo. ¿Hay nada comparable con este horror? ¡Oh, vileza! ¡Oh, ruindad!... ¡Qué bien comprendo al "profeta", con su sable, a caballo: Alá lo ordena, y tú obedece, desdeñable criatura! Tiene razón, tiene razón el "profeta" cuando planta una buena batería en medio de la calle y barre con ella a justos y a pecadores sin dignarse siquiera dar una explicación. ¡Sométete, desdeñable criatura, y no *desees* porque eso no es cosa tuya...! ¡Oh, jamás perdonaré a la vieja! ¡Jamás!».

Tenía el cabello húmedo de sudor, le temblaban los labios resecos y su mirada quieta estaba clavada en el techo.

«¡Mamá, Dunia! ¡Cuánto las quería! ¿Por qué las aborrezco ahora? Sí, las aborrezco, las aborrezco físicamente, no puedo soportarlas a mi lado... Hace poco me acerqué a mi madre y la besé. Lo recuerdo... ¡Abrazarla y pensar que, si supiera...! ¿Debí decírselo entonces? Habría sido capaz. Hum... *Ella* debe ser igual que yo —añadió, haciendo un esfuerzo por pensar, como luchando contra el delirio que le invadía—. ¡Oh, cómo odio ahora a la vieja! ¡Creo que sería capaz de matarla otra vez si resucitara! ¡Pobre Lizaveta! ¿Por qué entraría en ese momento? Es extraño, pero apenas pienso en ella como si no la hubiera matado... ¡Lizaveta! ¡Sonia! ¡Pobres criaturas mansas, de ojos también mansos!... ¡Pobrecitas! ¿Por qué no lloran? ¿Por qué no gimen? Lo dan todo... con mirada tímida y dulce... ¡Sonia, Sonia! ¡Dulce Sonia!...».

Se quedó traspuesto y le pareció extraño no recordar cómo pudo encontrarse en la calle. Anochecía. Avanzaba el crepúsculo, la luna lucía con creciente intensidad, pero el bochorno era asfixiante. Las calles eran un hormiguero de gente. Artesanos y operarios volvían a sus casas; otros paseaban. Olía a cal, a polvo, a agua estancada. Raskólnikov caminaba, triste y ensimismado. Recordaba muy bien que había salido de su casa con algún propósito, que debía hacer

algo sin pérdida de tiempo, pero se le había olvidado lo que era. De pronto se detuvo y vio a un hombre que le llamaba con la mano desde la otra acera. Fue hacia él, cruzando la calle, pero el hombre dio media vuelta y se alejó, como si tal cosa, gacha la cabeza, sin volverse ni dar muestras de que le hubiera llamado. «¿De verdad me habrá hecho una seña?», se preguntó Raskólnikov, pero fue tras él. Diez pasos antes de darle alcance lo reconoció y se sobresaltó: era el hombre de antes, con el mismo batín, igual de encorvado. Raskólnikov lo siguió de lejos con el corazón palpitante. El hombre se metió por la puerta cochera de una casa grande. Raskólnikov se apresuró para llegar a tiempo de ver si no se volvía y le llamaba. Efectivamente, después de recorrer todo el túnel de la puerta cochera, y a punto ya de desembocar en el patio, el otro se volvió y pareció hacer nuevamente un gesto con la mano. Raskólnikov se metió inmediatamente por la puerta cochera, pero el hombre no estaba ya en el patio pues había entrado en el primer portal. Raskólnikov hizo lo mismo. En efecto, dos tramos más arriba se escuchaban todavía unos pasos lentos y mesurados. Cosa extraña, le parecía reconocer aquella escalera. La ventana de la primera planta: el cristal dejaba filtrar la luz triste y misteriosa de la luna. Llegó a la segunda planta. ¡Ah! El piso donde habían estado pintado aquellos hombres… ¿Cómo no había caído en la cuenta enseguida? No se escuchaban ya los pasos del hombre que le precedía: «eso es que se ha parado o se ha detenido en alguna parte». Ya estaba en la tercera planta. ¿Debía continuar? ¡Qué silencio había allí! Hasta daba miedo… Pero, él siguió. El ruido de sus propios pasos le asustaba, le alarmaba. ¡Qué oscuridad! Seguro que el hombre se había escondido allí en algún rincón. ¡Ah! Un piso con la puerta abierta de par en par. Entró después de una leve vacilación. El recibimiento estaba muy oscuro y vacío como si se lo hubieran llevado todo. Y nadie.

Sigilosamente, de puntillas, entró en la sala, bañada por la luz de la luna. Allí, todo seguía igual: las sillas, el espejo, el sofá amarillo y las estampas en sus marcos. Una luna enorme, redonda, de cobre rojizo, se asomaba a la ventana. «Es la luna la que produce este silencio —pensó Raskólnikov —, estará desentrañando algún misterio». Estaba allí parado, esperando. Esperó mucho tiempo, y cuanto más silenciosa era la luz de la luna, con mayor violencia le latía el corazón, hasta el punto de hacerle daño. Continuaba el silencio, que sólo interrumpió por un instante un breve chasquido seco como cuando se parte una astilla. Una mosca, despertada de su sopor, echó a volar, pegó contra el cristal y aleteó, quejumbrosa. En ese mismo momento descubrió Raskólnikov una bata de mujer colgada de la pared entre una pequeña alacena y la ventana. «¿Qué hará aquí esto? —se preguntó—. Antes no estaba...». Se acercó sigilosamente y adivinó que alguien se escondía detrás. La apartó con cuidado: allí había una silla, y en la silla estaba sentada la vieja, en un rincón, toda encogida y con la cabeza tan inclinada que no pudo verle la cara; pero, era ella. Se quedó a su lado. «¡Tiene miedo!», pensó mientras liberaba cautelosamente el hacha de su lazo y la descargaba una vez, y otra, sobre la cabeza de la vieja. Pero, cosa extraña, ella ni siquiera se estremeció por los golpes. Parecía de palo. Asustado, se inclinó para verle la cara de cerca, pero ella agachó todavía más la cabeza. Entonces se inclinó él casi hasta el suelo para mirarla desde abajo; la miró y se quedó helado de espanto: la vieja estaba riendo, pero riendo a todo reír, calladamente, esforzándose por que él no la oyera. En esto le pareció que la puerta del dormitorio se entreabría y que también allí reía y cuchicheaba alguien. Embargado por la furia, se puso a pegar a la vieja en la cabeza; pero, a cada hachazo crecían la risa y el cuchicheo en el dormitorio y la vieja se retorcía de tanto reír.

Emprendió la fuga, pero el recibimiento estaba ya lleno de gente y las puertas de todos los pisos abiertas de par en par. En el descansillo y en la escalera, hasta abajo, todo era gente que se apretujaba y miraba, pero al acecho, expectante… Se le oprimió el corazón, tenía las piernas paralizadas, los pies pegados al suelo… Quiso gritar, y se despertó.

Respiró hondo; pero, cosa extraña, tuvo la impresión de que continuaba su sueño: su puerta estaba abierta y, desde el umbral, un hombre totalmente desconocido lo observaba con atención.

Raskólnikov, que aún no había abierto del todo los ojos, los volvió a cerrar. Tendido boca arriba, no se movía. «¿Será que continúa el sueño o no?», pensó, y de nuevo entreabrió imperceptiblemente los párpados para mirar: el desconocido seguía en el mismo sitio y lo observaba. Ahora traspuso cautelosamente el umbral, cerró bien la puerta, se aproximó a la mesa, aguardó cosa de un minuto, a todo esto sin apartar los ojos de Raskólnikov, y tomó asiento, despacio y sin ruido, en una silla cerca del sofá. Dejó el sombrero a sus pies, en el suelo, se apoyó con ambas manos en el puño del bastón y posó la barbilla en ellas. Era evidente que se había preparado para una larga espera. Por lo que Raskólnikov podía vislumbrar a través de sus pestañas agitadas, era un hombre ya de cierta edad, corpulento, con una abundante barba clara, casi blanca…

Transcurrieron unos diez minutos. Aún había bastante luz, pero atardecía ya. El silencio que reinaba en la habitación era absoluto. Ni siquiera de la escalera llegaba un solo ruido. Sólo una mosca-grande zumbaba y aleteaba al pegar contra el cristal. Aquello se hacía ya intolerable. Raskólnikov se incorporó de golpe y se sentó en el sofá.

—Diga de una vez lo que quiere.

—Ya sabía yo que no estaba dormido, sino que fingía dormir —fue la extraña respuesta del desconocido, que se echó a reír con toda tranquilidad—. Permítame que me presente: Arkadi Ivánovich Svidrigáilov…



Cuarta parte

I



STARÉ todavía soñando?», pensó Raskólnikov una vez más. Observaba al inesperado visitante con recelo y suspicacia.

—¿Svidrigáilov? ¡Qué absurdo! ¡No puede ser! —exclamó al fin, perplejo, en voz alta.

Al visitante no pareció extrañarle aquella salida.

—He venido a verlo en virtud de dos razones: primera, porque deseaba conocerlo en persona, pues hace tiempo que oigo hablar de usted en términos muy interesantes y elogiosos y, segunda, porque abrigo la esperanza de que quizá no me niegue su apoyo en un proyecto que atañe directamente a los intereses de Avdotia Románovna, su hermana. Es posible que, de presentarme yo solo a verla, ella se negara a recibirme debido a ciertos prejuicios. Pero, con la ayuda de usted, espero que, por el contrario…

—Pues, espera usted mal —le interrumpió Raskólnikov.

—Si me permite la pregunta, tengo entendido que llegó ayer tarde, ¿verdad?

Raskólnikov no contestó.

—Sí, llegó ayer. Lo sé. Le advierto que tampoco llevo yo aquí más de dos días. Verá usted lo que quisiera decirle

sobre el particular, Rodión Románovich. Aunque considero innecesario justificarme, permítame preguntarle qué se me puede impugnar de esencialmente delictivo, considerando las cosas sin prejuicios, conforme al sentido común.

Raskólnikov seguía mirándolo en silencio.

—¿Que en mi propia casa perseguí a una muchacha indefensa y la ofendí con mis «proposiciones deshonestas»? Ya ve que me anticipo a las acusaciones. Pero, basta con hacerse cargo de que también yo soy un hombre *et nihil humanum*[80]… En una palabra, que también yo soy capaz de sentirme atraído y de enamorarme… cosa que, por supuesto, no depende de nuestra voluntad… y entonces todo se explica del modo más natural. Toda la cuestión consiste en saber si soy un monstruo o en si soy la víctima. ¿Y si fuera yo la víctima? Porque, al proponer al objeto de mi pasión que huyera conmigo a América o a Suiza, es posible que alimentara los sentimientos más respetuosos hacia ella y, además, pensara en cimentar nuestra mutua felicidad… Ya sabe que la razón es esclava de las pasiones. ¿Quién sabe si el mal no fuera mayor para mí?

—Pero, ¡si no se trata de eso! —le atajó Raskólnikov con repugnancia—. Se trata, sencillamente, de que, con razón o sin ella, resulta usted un hombre odioso, y esa es la causa de que no se le quiera recibir, de que no se tolere su presencia… Así que, ¡ya puede usted marcharse!

Svidrigáilov soltó la carcajada.

—Ya veo…, ya veo que a usted no se le puede embaucar… —profirió riendo sin ningún recato—. Yo pensaba buscarle un poco las vueltas; pero, usted ha puesto el dedo justo en la llaga.

—Pero, ¡si todavía sigue intentándolo!

—¿Y qué? ¿Qué pasa con eso? —Svidrigáilov seguía riendo—. Es *de bonne guerre*[81], es lo que se llama una argucia perfectamente lícita… Pero, me ha interrumpido

usted y yo quisiera reiterar que, de no ser por lo ocurrido en el jardín, no habría surgido ningún disgusto. Marfa Petrovna…

—Según dicen, a Marfa Petrovna también la ha quitado usted de en medio —le atajó groseramente Raskólnikov.

—Conque, también ha oído eso, ¿eh? Aunque, es natural que llegara a sus oídos… Pues, en cuanto a esa cuestión, la verdad es que no sé qué decirle, aunque tengo la conciencia perfectamente tranquila al respecto. O sea, no vaya usted a pensar que yo abrigara el más mínimo temor sobre el particular, pues todas las normas fueron observadas con absoluta precisión: la autopsia reveló una apoplejía como consecuencia de haberse bañado inmediatamente después de una comida fuerte acompañada por casi una botella de vino. En realidad, no podía revelar otra cosa… Sí, señor. Durante algún tiempo, y en particular mientras venía en el tren, me he preguntado si no habré contribuido a la desgracia moralmente, causándole irritación o de algún otro modo. Y he llegado a la conclusión de que también eso queda de todo punto excluido.

Raskólnikov se echó a reír.

—¡Ganas son de preocuparse!…

—¿De qué se ríe? Considere usted que sólo le pegué dos veces con la fusta, que ni siquiera le quedaron señales… No me tome por un cínico, pues sé que fue una vileza por mi parte, etcétera, etcétera, pero también estoy seguro de que quizá le agradara a Marfa Petrovna ese arrebato mío, por llamarlo de algún modo. El incidente relacionado con Avdotia Románovna no daba más de sí y era el tercer día que Marfa Petrovna se pasaba en casa, sin nada que andar contando por la ciudad donde, dicho sea de pasada, tenía harta a la gente con la famosa carta. Porque supongo que habrá oído usted hablar de eso… ¡Y, de pronto, dos fustazos como llovidos del cielo! Lo primero que hizo fue mandar que

engancharan el coche… Y no voy a meterme en que hay casos en que a las mujeres les encanta que las maltraten a despecho de toda su aparente indignación. A todas les ocurre alguna vez. Y es que al ser humano, en general, le encanta ser maltratado, ¿no se ha dado usted cuenta? Pero, sobre todo a las mujeres. Hasta podría decirse que es su única diversión.

Hubo un momento en que Raskólnikov tuvo la intención de levantarse y salir, terminando de ese modo la entrevista. Pero le retuvieron cierta curiosidad y un poco de cálculo.

—¿Le gusta reñir? —preguntó distraídamente.

—No. No mucho —contestó Svidrigáilov con calma—. Apenas reñíamos Marfa Petrovna y yo. Vivíamos en buena armonía y Marfa Petrovna se mostró siempre contenta de mí. En nuestros siete años de matrimonio, sólo empleé la fusta un par de veces, si no contamos otra ocasión, muy ambigua, por lo demás. La primera vez, a los dos meses de casados, recién llegados a nuestra finca, y la segunda vez, ésta de ahora. ¡Y usted ya pensaba que yo soy un monstruo, un retrógrado, un esclavista! ¡Ja, ja!… Por cierto, ¿no recuerda usted, Rodión Románovich, que hace algunos años, por aquella bendita época en que se publicaba y se comentaba cuanto se quería, todo el mundo arremetió, verbalmente o por escrito, contra un noble, cuyo apellido no recuerdo, por haber vapuleado a una alemana en un vagón de ferrocarril? **[82]** Si no me equivoco, fue el mismo año en que se produjo la «escandalosa acción» de la revista *Vek*. Tiene usted que acordarse, hombre: la lectura pública de *Noches de Egipto*[83], los ojos negros, los días dorados de nuestra juventud… Bueno, pues si quiere conocer mi opinión, le diré que yo no siento la menor simpatía por el caballero que pegó a la alemana porque, francamente… no creo que merezca simpatía. Con todo y con eso, debo confesar que tropieza uno a veces con alemanas tan insidiosas que, a mi

entender, no hay progresista capaz de responder de su conducta en tales casos. En aquella ocasión, nadie consideró el asunto desde ese punto de vista, aunque ese punto de vista es el auténticamente humano, la verdad.

Después de esta tirada, Svidrigáilov soltó de nuevo la risa. Raskólnikov comprendió que se hallaba ante un hombre en su sano juicio y que había tomado alguna firme decisión.

—Usted no ha hablado con nadie desde hace varios días, ¿verdad? —preguntó.

—Casi con nadie. ¿Por qué lo pregunta? ¿Le parezco un hombre acomodaticio?

—No. Lo que me sorprende es que lo sea usted demasiado.

—¿Y eso se debe a que no me ofendo con la grosería de sus preguntas? ¿Es eso? Bueno… ¿y por qué tengo que ofenderme? Según me ha preguntado, así le he contestado —añadió con sorprendente expresión de sencillez—. La verdad es que casi nada me interesa gran cosa —añadió pensativo—. Particularmente ahora, que no tengo ninguna ocupación. Por supuesto, está usted en su derecho si piensa que trato de congraciarme con usted, en particular porque yo mismo le he hecho saber que me trae un asunto relacionado con su hermana. Pero, le diré sin rodeos que me aburro mucho… sobre todo estos tres días. De manera, que hasta me alegro de verlo. No se ofenda, Rodión Románovich pero también a usted le encuentro yo así como muy raro. Usted podrá decirme lo que quiera, pero algo le ocurre. Y en particular ahora, sin referirme a este momento concreto, sino ahora, en general… Está bien, está bien: no insisto, conque no ponga ese ceño. No soy el oso que usted se figura.

Raskólnikov lo miró torvamente.

—Es posible que no sea usted en absoluto un oso. Incluso me parece que es usted un hombre de la buena sociedad o,

por lo menos, sabe comportarse con decoro cuando la ocasión lo requiere.

—La verdad es que no me interesa mucho la opinión de nadie —replicó Svidrigáilov secamente y hasta con un asomo de altivez—. Entonces, ¿por qué no ser chabacano cuando la chabacanería es un atuendo tan cómodo en nuestra latitud y… y, sobre todo, si uno tiende a ello por inclinación natural? —añadió riendo de nuevo.

—Sin embargo, he oído decir que tiene usted muchos conocidos. Es usted lo que se suele llamar «un hombre no carente de relaciones». Por eso, ¿a qué viene usted a mí si no es con un fin determinado?

—En eso de que tengo muchos conocidos, está usted en lo cierto —asintió Svidrigáilov sin contestar al punto esencial—. Ya me he cruzado con algunos porque llevo tres días paseando al azar, de modo que yo los reconozco y, me parece, también ellos me reconocen a mí… Es natural: visto bien y estoy considerado como persona que no carece de medios. La emancipación de los siervos no nos ha afectado, ya que los bosques y los prados anegadizos siguen rindiendo lo mismo… Pero, no me tira eso. Estoy hastiado de lo de antes y llevo tres días sin reanudar ninguna relación por aquí. Y, además, ¡esta ciudad! ¿Podría usted decirme cómo ha llegado a ser lo que es? ¡Una ciudad de oficinistas y de estudiantes de toda índole! La verdad es que se me pasaron muchas cosas por alto, hace cosa de ocho años, cuando anduve por aquí danzando… Ahora, en lo único que confío es en la anatomía, se lo juro.

—¿La anatomía?

—Me refiero a los clubs, a los restaurantes como el de Dussot[84], a esas *pointes* juego que tienen ustedes, y quizá también al progreso, Pero, todo eso ya no va conmigo —prosiguió, y tampoco contestó a la pregunta—. Además, ¿para qué meterse uno a tahúr?

—¿Lo ha sido usted?

—¿Cómo se puede evitar? Hace cosa de ocho años, éramos toda una pandilla. Pasábamos el rato… Y le advierto que era gente bien: había poetas, había capitalistas. Porque, en nuestra sociedad rusa, la gente realmente bien es la que ha pasado ya lo suyo, ¿no se ha fijado usted? Yo, si me he vuelto más basto, es de haber vivido en el campo. En resumidas cuentas, que entonces terminé en la cárcel por deudas. Un miserable griego residente en Nezhin tuvo la culpa. Es cuando apareció Marfa Petrovna y, regateando, me sacó por treinta mil rublos-plata. Yo debía setenta mil en total. Nos unimos en legítimo matrimonio y ella me condujo inmediatamente a su finca como si fuera un tesoro. Le advierto que me llevaba cinco años. Me quería muchísimo. En siete años, no salí de la aldea. Y, fíjese bien, toda su vida conservó contra mí un pagaré a terceros por valor de esos treinta mil rublos. De modo que, si me hubiera resbalado por cualquier cosa, iba a la cárcel de cabeza. ¡Y lo habría hecho! Las mujeres son así: pueden compaginar diversos sentimientos.

—Y de no existir el documento, ¿se habría largado?

—No sé qué decirle. El documento apenas me coartaba. No me atraía ir a ninguna parte. La propia Marfa Petrovna me propuso un par de veces, viendo lo que me aburría, que hiciéramos un viaje al extranjero. ¿Para qué? Yo había estado ya en el extranjero, y siempre me había encontrado a disgusto. Y no por alguna razón especial, pero la salida del sol, Nápoles, el mar… Uno mira todo eso, y le entra tristeza. Y lo peor es que, efectivamente, se pone uno triste. Nada, donde mejor está uno es en su tierra. Aquí, por lo menos, le echa uno la culpa de todo a los demás y se queda tan campante. Quizá me fuese ahora de buena gana con una expedición al Polo Norte porque *j'ai le vin mauvais*[85], y me repugna beber pero ya no me queda más que la bebida. Lo

he intentado. Dicen que, el domingo próximo, Berg va a remontarse en un globo enorme desde el Jardín de Yusúpov y que acepta viajeros por cierta cantidad. ¿Es verdad?

—¿Sería usted capaz de subir?

—¿Yo? No… Era un decir… —murmuró Svidrigáilov, que parecía realmente absorto.

«Pero, ¿a qué vendrá todo esto?», se preguntaba Raskólnikov.

—No, el pagaré no me coartaba —prosiguió Svidrigáilov pensativo—. Era yo quien no hacía el propósito de salir de la aldea. Además, hace ya un año que, el día de mi santo, Marfa Petrovna me devolvió el documento acompañado de una bonita cantidad de dinero. Porque ella tenía capital, ¿sabe? «Para que vea la confianza que tengo en usted, Arkadi Ivánovich», fue lo que dijo. ¿No cree usted que se expresó así? Pues le advierto que allí me hice un buen administrador. Como tal me conocen en todo el contorno. También me hacía enviar libros. Al principio, Marfa Petrovna lo veía con buenos ojos; pero luego le entró miedo de que aprendiera demasiado.

—Tengo la impresión de que añora usted mucho a Marfa Petrovna.

—¿Yo? Es posible. Sí, es posible. A propósito: ¿usted cree en los fantasmas?

—¿En qué clase de fantasmas?

—Pues, en los corrientes. ¿Qué otros podrían ser?

—Y usted, ¿cree en ellos?

—*Pour vous plaire*[86], yo diría que no. Aunque, no es que no crea…

—¿Ha visto alguno?

Svidrigáilov lo miró de modo extraño.

—A Marfa Petrovna le ha dado por visitarme algunas veces —contestó con la boca torcida por una curiosa sonrisa.

—¿Que le ha dado por visitarle?

—Sí; ha venido ya tres veces. La primera vez, la vi el día mismo del entierro, una hora después de volver del cementerio. Fue la víspera de mi salida para acá. La segunda vez fue durante el viaje, anteayer, cuando amanecía y el tren pasaba por la estación de Malaia Vishera, y la tercera vez hace tres horas, en la casa donde me hospedo. Estaba solo en mi habitación.

—¿Despierto?

—Perfectamente despierto. Las tres veces. Llega, habla cosa de un minuto y sale por la puerta. Siempre por la puerta: hasta me parece oír el ruido que hace.

—No sé por qué, yo pensaba que a usted le ocurría efectivamente algo por el estilo —dijo Raskólnikov, y al instante se sorprendió de haberlo dicho. Estaba muy agitado.

—¿Sí? ¿Lo pensaba usted? —inquirió Svidrigáilov sorprendido—. ¿Es posible? ¿Ve usted? ¿No decía yo que hay entre nosotros cierto punto común? ¿Eh?

—¡Usted jamás ha dicho eso! —contestó Raskólnikov ásperamente y con viveza.

—¿Que no?

—¡No!

—Creía haberlo dicho. Hace un rato, cuando entré y lo vi acostado y con los ojos cerrados fingiendo dormir, me dije: «Este es mi hombre».

—¿Qué significa «mi hombre»? ¿A qué se refiere? —gritó Raskólnikov.

—¿A qué me refiero? Pues, la verdad, no lo sé… —murmuró francamente Svidrigáilov y como desconcertado él mismo.

Permanecieron callados unos momentos. Uno y otro se observaban fijamente.

—¡Todo esto es un disparate! —estalló Raskólnikov—. ¿Y qué le dice cuando se le aparece?

—¿Lo que me dice? Imagínese que sólo me habla de insignificancias y, lo que somos las personas, eso es lo que a mí me irrita. La primera vez entró… Yo, ¿sabe usted?, estaba rendido con lo del funeral, la misa, el sepelio y luego la comida de exequias, hasta que, por fin, me quedé solo en mi despacho, encendí un cigarro y me puse a pensar… Ella entró por la puerta y me dijo: «Hoy, con tantos quehaceres, se le ha olvidado darle cuerda al reloj del comedor, Arkadi Ivánovich». Y era verdad: durante los siete años, yo le había dado cuerda a aquel reloj todas las semanas y, si alguna vez se me olvidaba, ella me lo recordaba. Al día siguiente me puse en camino para acá. Al amanecer, cuando llegué a la estación, rendido de la mala noche, con los ojos adormilados, pedí un café y de pronto vi que Marfa Petrovna se sentaba a mi lado con una baraja en la mano y me preguntaba: «¿No quiere que le eche las cartas antes del viaje, Arkadi Ivánovich?». Porque tenía mucho arte para echar las cartas. Nunca me perdonaré no habérselo permitido. Conque, escapé corriendo, todo asustado, aunque también es cierto que estaban dando la salida. Finalmente hoy, estaba fumando, con el estómago pesado después de un pésimo almuerzo traído de una fonda, cuando se me presenta de nuevo Marfa Petrovna, toda emperifollada, con un vestido nuevo de seda verde y cola muy larga, y me dice: «Buenas tardes, Arkadi Ivánovich. ¿Le gusta mi vestido nuevo? Aniska sería incapaz de hacer nada igual». Aniska es una modista que tenemos en la aldea, una chica bonita, antigua sierva, que aprendió el oficio en Moscú. Y, a todo esto, venga dar vueltas delante de mí. Yo miré el vestido, luego la miré fijamente a ella y le dije: «Hace falta tener poca cabeza para importunarme con semejantes tonterías». Y ella contestó: «¡Por Dios, *bátiushka*! Pero, ¿es que no puede una molestarte lo más mínimo?». Entonces, para hacerla rabiar, le dije: «Quiero casarme, Marfa Petrovna».

—«Es muy capaz de hacerlo, Arkadi Ivánovich. Pero, no es muy decoroso eso de ir corriendo a casarse cuando apenas se ha entenado a la esposa. Y si por lo menos eligieras bien; pero, estoy convencida de que los dos serán desgraciados y la irrisión de la gente». Agarró y se marchó. Hasta me pareció oír el susurro de la cola de su vestido. ¡Qué tontería! ¿Verdad?

—A lo mejor, todo lo que me está contando es mentira —replicó Raskólnikov.

—Yo miento en muy pocas ocasiones —contestó Svidrigáilov ensimismado y, al parecer, sin haber advertido siquiera la grosería de la contestación.

—Y, anteriormente, ¿nunca se le había aparecido nadie?

—Pues… sólo una vez en mi vida, hace seis años. Acababan de enterrar a Filka, un criado mío, y yo, sin acordarme, grité: «¡Mi pipa, Filka!». Él entró y fue derecho al mueble donde guardo las pipas. Yo me dije: «Esto lo hace para vengarse» porque poco antes de su muerte le había reñido violentamente. Entonces le dije: «¿Cómo te atreves a presentarte con un codo roto? ¡Largo de aquí, granuja!». Él dio media vuelta, salió y nunca más lo vi. Por entonces no le dije nada a Marfa Petrovna. Tuve intención de que celebraran una misa por él, pero me dio vergüenza.

—Consulte con un médico.

—Sin que usted me lo diga, demasiado comprendo que no estoy bien; aunque, la verdad, no sé lo que tengo. A mi entender, es posible que tenga cinco veces más salud que usted. Yo no le he preguntado si cree o no en que se le aparezcan a alguien fantasmas. Le he preguntado si cree o no que los fantasmas existen.

—¡No, no lo creo en absoluto! —gritó Raskólnikov hasta con rabia.

—¿Qué suele decir la gente? —murmuraba Svidrigáilov como para sus adentros, mirando hacia otra parte y con la

cabeza inclinada—. La gente suele decir: «Estás enfermo y, por consiguiente, lo que se te aparece es algo que no existe». Pero, eso no es rigurosamente lógico. Estoy de acuerdo en que los fantasmas sólo se les aparecen a los enfermos. Bien: esto demuestra que los fantasmas pueden aparecérseles exclusivamente a los enfermos; pero, no que no existan.

—¡Claro que no! —insistió Raskólnikov irritado.

—¿No? ¿No lo cree así? —prosiguió Svidrigáilov volviéndose lentamente para mirarlo—. Pero, ¿y si razonamos de otro modo? A ver, ayúdeme: «Los fantasmas son, digámoslo así, retazos y fragmentos de otros mundos, su comienzo. El hombre sano, como es natural, no tiene por qué verlos, pues el hombre sano es el hombre más terrenal y, por lo tanto, debe vivir exclusivamente la vida de aquí, para la plenitud y el orden. Pero, en cuanto enferma un poco, en cuanto se altera un poco el orden terrenal de su organismo, inmediatamente empieza a manifestarse la posibilidad de otro mundo; y cuanto más enfermo está, mayor es su contacto con ese otro mundo, de modo que cuando el hombre muere del todo, pasa directamente a él». Hace tiempo que yo vengo pensando en esto. Si se cree en una vida futura, también hay que creer en este razonamiento.

—Yo no creo en una vida futura —dijo Raskólnikov.

Svidrigáilov seguía ensimismado.

—¿Y si allí no hubiera más que arañas o cosas por el estilo? —preguntó de pronto.

«Está loco», pensó Raskólnikov.

—Todos nos imaginamos la eternidad como una idea que no es posible comprender, como algo inmenso, ¡inmenso! Pero, ¿por qué ha de ser inevitablemente inmenso? Y ahora imagínese que, en lugar de todo eso, se encuentra de pronto con que se trata sólo de un cuartucho, algo así como la

caseta de un baño rural, negra de hollín, y con arañas por todos los rincones, y que ésa es toda la eternidad. ¿Sabe usted? A mí se me figura así algunas veces.

—¿Es posible que no pueda imaginarse nada más consolador y ecuánime que eso? ¿Es posible? —exclamó Raskólnikov con un sentimiento de dolor.

—¿Más ecuánime? ¿Y quién nos dice que esto no lo es? Yo, ¿sabe usted?, lo haría precisamente así —contestó Svidrigáilov sonriendo ambiguamente.

Raskólnikov experimentó una sensación de frío al escuchar aquella horrible respuesta. Svidrigáilov alzó la cabeza, lo miró fijamente y de pronto se echó a reír.

—¿Se da usted cuenta? —gritó—. Hace media hora, no nos habíamos visto nunca, nos consideramos enemigos y entre nosotros existe un asunto por dirimir. Pues bien, nos hemos desentendido de él para meternos en estas disquisiciones. ¿No tenía yo razón al decir que somos muy parecidos?

—Permítame —dijo Raskólnikov irritado—. Permítame rogarle que se explique cuanto antes, que haga saber a qué debo el honor de su visita… y… y… Tengo prisa, necesito salir…

—Sí, sí, por supuesto. Su hermana, Avdotia Románovna, ¿se casa con el señor Luzhin, Piotr Petróvich?

—¿Sería mucho pedirle que eludiera cualquier asunto relacionado con mi hermana y que ni siquiera mencionara su nombre? La verdad, no me explico, si en efecto es usted Svidrigáilov, ¿cómo se atreve usted a nombrarla?

—¿Y cómo no voy a nombrarla si he venido a hablar de ella?

—Bueno: hable, pero sin darle más vueltas.

—Por lo que se refiere a ese señor Luzhin, pariente mío por línea de mi difunta esposa, usted se habrá forjado ya una opinión si ha tenido ocasión de verlo aunque sólo sea

media hora o si ha escuchado algún comentario justo y fidedigno. No se merece a Avdotia Románovna. A mi entender, Avdotia Románovna se está sacrificando del modo más generoso y desinteresado en beneficio… en beneficio de su familia. Por todo lo que he oído hablar de usted, me parece que, por su parte, sentiría gran satisfacción si este casamiento se deshiciera sin perjuicio para los intereses de ustedes. Ahora que le he conocido personalmente, estoy seguro de ello.

—Todo esto me parece muy ingenuo por su parte. Perdón: he querido decir insolente —replicó Raskólnikov.

—Con eso quiere usted decir que busco mi provecho propio. No lo crea, Rodión Románovich. Si yo anduviera buscando mi provecho propio, no hablaría con tanta franqueza. No soy tonto hasta ese extremo. A ese respecto, quiero confesarle algo psicológicamente curioso. Hace un rato, cuando quería justificar mi amor por Avdotia Románovna, dije que era la víctima. Pues sepa que ahora no experimento ningún amor, en absoluto, lo cual me sorprende a mí mismo porque yo sentía efectivamente algo…

—Consecuencias de la holganza y la depravación —le interrumpió Raskólnikov.

—Cierto. Soy un hombre holgazán y depravado. Pero su hermana de usted posee tantas cualidades que yo no podía resistirme a cierta atracción. Aunque, todo eso fue una tontería, según yo mismo comprendo ahora.

—¿Hace mucho tiempo que lo ha comprendido?

—Ya lo había advertido antes, pero no estuve persuadido de ello hasta anteayer, casi en el momento de llegar a San Petersburgo. Sin embargo, todavía estando en Moscú pensaba que venía para tratar de obtener la mano de su hermana y convertirme en el rival del señor Luzhin.

—Perdone que le interrumpa y concédame un favor: ¿no podría usted abreviar y pasar directamente al objeto de su visita? Tengo prisa y deseo salir…

—Con sumo gusto. Una vez aquí, y decidido a emprender cierto… *voyage*[87], he querido tomar algunas disposiciones previas e indispensables. Mis hijos han quedado al cuidado de una de sus tías. Son ricos y no necesitan de mí personalmente. Además, no soy un padre modelo. Para mí, me he quedado sólo con lo que Marfa Petrovna me regaló hace un año. Me basta. Ahora pasaré al asunto propiamente dicho, y perdone la demora. Antes del *voyage* que quizá realice, quisiera ajustar cuentas con el señor Luzhin. Y no porque le tenga tan entre ojos, sino porque fue el culpable de que riñera con Marfa Petrovna al enterarme de que ella había amañado este casamiento. Ahora desearía entrevistarme con Avdotia Románovna por mediación de usted y en presencia suya si lo desea, en primer lugar para explicarle que, lejos de obtener el menor beneficio del señor Luzhin, lo más probable es que salga positivamente perjudicada. Luego, y ya que me haya disculpado por todos esos recientes agravios, yo le rogaría me permitiera hacerle entrega de diez mil rublos, facilitándole así la ruptura con el señor Luzhin, ruptura que, estoy seguro, no eludiría ella si se presentara la ocasión.

—¡Pero, usted está loco, verdaderamente loco! —gritó Raskólnikov, no tan irritado como sorprendido—. ¿Cómo se atreve a hablar de ese modo?

—Ya sabía yo que se escandalizaría. Pero, en primer lugar, aunque no soy rico tampoco me causa extorsión disponer de esos diez mil rublos porque no me hacen ninguna falta. Si Avdotia Románovna los rechaza, es probable que los despilfarre del modo más estúpido. Eso, en primer lugar. En segundo lugar, tengo la conciencia bien tranquila, ya que hago la oferta sin doble intención. Me crea o no me crea,

Avdotia Románovna y usted lo reconocerán a la larga. Porque el caso es que yo le causé efectivamente a su muy respetable hermana ciertas molestias y contrariedades. Ahora, sinceramente arrepentido, deseo de todo corazón hacer algo en favor suyo, y no para resarcirla de aquellas contrariedades ni para comprar su perdón, sino para demostrar que no tengo el privilegio exclusivo de hacer daño a la gente. Si en mi oferta hubiera aunque sólo fuera una millonésima parte de cálculo, no le ofrecería sólo diez mil rublos cuando, hace cinco semanas, le ofrecía mucho más. Sin contar que quizá me case muy pronto con cierta señorita, lo que haría desvanecer cualquier suspicacia sobre mis designios con respecto a Avdotia Románovna. Para terminar añadiré que, de casarse con el señor Luzhin, Avdotia Románovna aceptaría también dinero, aunque de procedencia distinta… Y no se enfade, Rodión Románovich: piénselo con calma y fríamente.

Al hablar así, también Svidrigáilov mostraba mucha calma y sangre fría.

—Le ruego que termine —dijo Raskólnikov—. Como quiera que se mire, esto es de una insolencia imperdonable.

—En absoluto. Con tales consideraciones resulta que, en este mundo, al hombre sólo le es dado hacer el mal y, por el contrario, no tiene el derecho de hacer ni pizca de bien, todo ello en virtud de absurdos convencionalismos. No tiene sentido. Porque si yo, pongamos por caso, me hubiera muerto dejándole esa cantidad a su hermana en mi testamento, ¿también se habría negado entonces a aceptarla?

—Es muy posible.

—Eso, no me lo creo. En fin, si piensa usted que no los aceptaría, lo dejaremos. Aunque, diez mil rublos son una bonita suma para un caso de necesidad. En todo caso, le ruego transmita lo dicho a Avdotia Románovna.

—No. No se lo transmitiré.

—Entonces Rodión Románovich, me veré obligado a solicitar una entrevista personal y, por lo tanto, a molestarla.

—Y si se lo transmito, ¿no insistirá usted en obtener una entrevista personal?

—Francamente, no sé qué decirle. Me agradaría mucho verla una vez más.

—No lo espere.

—Lo siento. Claro que usted no me conoce, pero quizá lleguemos a tratarnos más de cerca.

—¿Usted cree que llegaremos a tratarnos más de cerca?

—¿Y por qué no? —dijo Svidrigáilov sonriente mientras se levantaba y tomaba su sombrero—. Yo no tenía la intención de molestarle ni tampoco esperaba gran cosa al venir aquí, aunque su rostro me impresionó ya esta mañana…

—¿Dónde me vio esta mañana? —preguntó Raskólnikov inquieto.

—Fue por casualidad… Sigo pensando que usted se parece algo a mí… No se preocupe, que no soy pelma. Me he llevado bien con los tahúres, no he llegado a fastidiar al príncipe Svirbei, gran personaje y lejano pariente mío, he sabido escribir algo sobre la *Madonna* de Rafael en el álbum de la señora Prilukova, he vivido siete años con Marfa Petrovna sin salir de la aldea, en tiempos pasé algunas veces la noche en la casa de Viázemski[88] en la plaza Sennáia y es posible que suba con Berg[89] en su globo.

—Muy bien. ¿Y podría preguntarle si piensa emprender pronto ese viaje?

—¿Qué viaje?

—Pues, ese *voyage* que proyecta… Usted mismo lo ha dicho.

—¿Un *voyage*? ¡Ah, sí!… Es verdad que le hablado de eso… Se trata de algo bastante amplio… ¡Si supiera usted lo que me está preguntando! —añadió con una risa breve y

sonora—. Es posible que me case en vez de salir de viaje. Me están buscando novia.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Cuándo le ha dado tiempo para ocuparse de ello?

—De todas maneras, tengo vivos deseos de ver a Avdotia Románovna una vez más. Se lo ruego encarecidamente. En fin, hasta la vista… ¡Ah, sí! Se me olvidaba una cosa. Hágale saber a su hermana, Rodión Románovich, que Marfa Petrovna le deja un legado de tres mil rublos en su testamento. Es absolutamente cierto. Marfa Petrovna lo dispuso así una semana antes de su fallecimiento *y yo* estaba presente. Avdotia Románovna podrá percibir esa cantidad dentro de dos o tres semanas.

—¿Es verdad lo que dice?

—Sí. Dígaselo usted. Servidor… No vivo lejos de aquí.

Al salir, Svidrigáilov se cruzó en la puerta con Razumijin.

II



RAN YA casi las ocho. Raskólnikov y Razumijin se apresuraron a salir para llegar a la casa de Bakaléiev antes que Luzhin.

—¿Quién era ése? —preguntó Razumijin en cuanto estuvieron en la calle.

—Era Svidrigáilov, el terrateniente en cuya casa ofendieron a mi hermana cuando estaba allí de institutriz. Debido a sus pretensiones amorosas tuvo que abandonar la casa porque la echó Marfa Petrovna, la esposa. Esa misma Marfa Petrovna le pidió luego perdón a Dunia y ahora acaba de morir repentinamente. De ella hablábamos ayer. No sé por qué, pero le tengo miedo a este hombre. Ha venido inmediatamente después del entierro de su mujer. Es un tipo muy extraño y se diría que ha tomado cierta decisión… Parece como si supiera algo… Hay que proteger a Dunia de él… Eso es lo que quería decirte, ¿oyes?

—¿Protegerla? ¿Qué podría hacer contra Avdotia Románovna? Gracias por hablarme así, Rodia… ¡Claro que la protegeremos!… ¿Dónde vive?

—No lo sé.

—¿Por qué no se lo has preguntado? Es una lástima. Aunque, ya me enteraré yo.

—¿Lo has visto? —preguntó Raskólnikov después de una breve pausa.

—Sí. Me he fijado en él. Me he fijado bien.

—¿Estás seguro? ¿Estás seguro de haberlo visto claramente? —insistía Raskólnikov.

—Que sí, hombre, con toda claridad. Podría reconocerlo entre mil. Soy buen fisonomista.

Callaron otra vez.

—Hum… Menos mal —murmuró Raskólnikov—. Porque, ¿sabes?… había llegado a pensar… me parecía… que podía ser una alucinación.

—Me refiero a que como todos andáis diciendo que estoy loco… —prosiguió Raskólnikov con una sonrisa torcida—. Pues ahora me ha parecido que quizá esté efectivamente loco y sólo haya visto a un fantasma.

—Pero ¿a qué viene esto?

—¿Quién sabe? Puedo haber perdido el juicio y puede ser que todo lo ocurrido estos días sólo sean figuraciones…

—¡Ay, Rodia! A ti te han dado otro disgusto. ¿Qué te ha dicho ese hombre? ¿A qué ha venido?

Raskólnikov no contestaba, y entonces habló Razumijin después de reflexionar un instante:

—Ahora escucha lo que te voy a contar. Vine a verte y estabas dormido. Luego almorzamos y me fui a casa de Porfiri. Allí seguía Zamiótov. Quise ir al grano enseguida, pero no me salía, no encontraba las frases adecuadas. Ellos, como si no entendieran ni pudieran entender, pero sin demostrar el menor apuro. Me llevé a Porfiri hacia la ventana y me puse a hablar con él; pero, nada, tampoco resultaba. Él miraba para un lado y yo miraba para otro. Finalmente le puse el puño delante de las narices y le dije que iba a desbaratarle la jeta, así, en plan de pariente. Él se limitó a mirarme. Entonces agarré y me fui. Eso es todo. Una estupidez. A Zamiótov, no le dije ni una palabra. Yo pensaba

que lo había echado todo a perder; pero de repente, ¿sabes?, cuando bajaba la escalera, se me ocurrió una idea que me dejó pasmado: ¿por qué nos agitamos de esta manera? Porque, si corrieras un peligro o cualquier otra cosa, entonces bueno… Pero, ¿a ti qué te importa? Tú no tienes nada que ver, conque ¡allá ellos! Verás cómo nos reímos luego de ellos. Yo que tú, todavía les gastaría alguna broma pesada. ¡Lo corridos que se van a quedar luego! No hagas caso. Ya tendremos ocasión de atizarles después; pero, de momento, basta con reírnos.

—¡Claro que sí! —contestó Raskólnikov.

«¿Y qué dirás mañana?», pensó para sus adentros. Cosa extraña, hasta entonces no se le había ocurrido preguntarse lo que podría pensar Razumijin cuando se enterase. Ahora, al pasarle esa idea por la mente, lo observó con atención. Lo que le había contado Razumijin acerca de su visita a Porfiri le interesaba muy poco. ¡Tantas cosas habían pasado desde entonces!

En el pasillo de la casa de Bakaléiev se encontraron con Luzhin. Había llegado a las ocho en punto y buscaba el número de la habitación, de manera que entraron los tres juntos, pero sin mirarse ni saludarse. Los jóvenes siguieron adelante, pero Luzhin, para guardar las apariencias, se rezagó un poco en la entrada mientras se quitaba el abrigo. Puljeria Alexándrovna salió enseguida a recibirlo a la puerta. Dunia saludaba a su hermano.

Piotr Petróvich entró y se inclinó ante las señoras con amabilidad, pero también con redoblado empaque. Sin embargo, parecía como si estuviera desconcertado y no lograra recobrarse. Puljeria Alexándrovna, que también estaba como algo confusa, se apresuró a ofrecer asiento a todos en torno a la mesa redonda donde hervía ya el *samovar*. Dunia y Luzhin se sentaron frente a frente y los

dos jóvenes de cara a Puljeria Alexándrovna: Razumijin al lado de Luzhin y Raskólnikov junto a su hermana.

Hubo un momento de silencio. Piotr Petróvich sacó parsimoniosamente un pañuelo de batista que expandió una oleada de perfume y se sonó la nariz con el aire de un hombre que, aunque benévolo, se sentía algo agraviado en su dignidad y, además, firmemente decidido a exigir explicaciones. Antes de entrar en la habitación había tenido el impulso de no quitarse el abrigo y marcharse, infligiendo así a las dos señoras una lección clara y rigurosa que dejara las cosas bien en su sitio. Pero, no se decidió. Además, era hombre reacio a la incertidumbre y allí había que esclarecer el motivo de que sus órdenes hubieran sido tan evidentemente desobedecidas. Y convenía enterarse ya, aunque para castigar siempre tendría tiempo. Era cosa que estaba en sus manos.

—Espero que hayan hecho ustedes un buen viaje —dijo, dirigiéndose a Puljeria Alexándrovna.

—Sí, Piotr Petróvich. A Dios gracias.

—Me alegro mucho. ¿Tampoco está fatigada Avdotia Románovna?

—Yo soy joven y no me canso; pero, sí ha sido muy fatigoso para mamá —contestó Dunia.

—¿Qué hacer? Las vías férreas de nuestro país son muy largas. Nuestra «madre Rusia», como le decimos, es inmensa… Y yo, a despecho de todos mis buenos deseos, me encontré en la imposibilidad de acudir a recibirlas a ustedes. Espero, sin embargo, que todo se arreglase sin inconvenientes.

—¡Ay, pues no lo crea usted, Piotr Petróvich! —se apresuró a replicar Puljeria Alexándrovna en tono muy especial—. Y, de no haber llegado Dmitri Prokófich como enviado por el cielo, no sé lo que habría sido de nosotras.

Permítame que le presente: Dmitri Prokófich Razumijin —añadió con un ademán hacia este último.

—Ya tuve el gusto… ayer —farfulló Luzhin, ceñudo, con una hostil mirada de reojo hacia Razumijin, y luego calló.

La verdad es que Piotr Petróvich pertenecía a esa clase de personas que en sociedad derrochan cortesía y alardean de ella pero que, al menor tropiezo, pierden inmediatamente toda su maña y acaban por parecerse más a un costal de harina que a un hombre de mundo animado y desenvuelto. Todos callaban: Raskólnikov porque no parecía dispuesto a abandonar su mutismo; Dunia, porque no quería romper el silencio de momento y Razumijin porque no tenía nada que decir. De modo que fue nuevamente Puljeria Alexándrovna quien habló:

—¿Se ha enterado usted de que Marfa Petrovna ha muerto? —preguntó recurriendo al primer tema que se le ocurrió.

—Sí, claro que me he enterado. Fui de los primeros en saberlo y precisamente he venido a informarlas de que, nada más enterrar a su esposa, Arkadi Ivánovich Svidrigáilov partió con toda premura hacia acá, hacia San Petersburgo. Así se desprende, al menos, de los informes, absolutamente fidedignos, que he recibido.

—¿Está en San Petersburgo? ¿Aquí? —preguntó Dúnechka inquieta, y madre e hija intercambiaron una mirada.

—Así mismo. Y es de suponer que con su cuenta y razón, dada la premura de su partida y, en general, de las circunstancias precedentes.

—¡Dios Santo! Pero, ¿es que tampoco aquí va a dejar tranquila a Dunia? —exclamó Puljeria Alexándrovna.

—Me parece que el hecho no debe ser motivo de alarma para usted ni para Avdotia Románovna siempre que ustedes, por supuesto, no deseen establecer ninguna relación con él.

Por mi parte, estoy al tanto y ahora ando indagando dónde se hospeda…

—¡Ay, Piotr Petróvich! No puede usted imaginarse el susto que me ha dado —prosiguió Puljeria Alexándrovna—. Sólo lo he visto dos veces, y me pareció terrible, ¡terrible! Estoy convencida de que fue el causante de la muerte de Marfa Petrovna.

—Eso, no se puede afirmar. Poseo informes precisos. No discuto que quizá contribuyera a acelerar el curso de las cosas, pongamos que debido al influjo moral de un agravio. Pero, en lo que atañe a la conducta y a la característica moral del individuo, estoy de acuerdo con usted. Ignoro si ahora es rico o cuánto le ha dejado Marfa Petrovna, aunque lo sabré en breve, pero es un hecho que, si posee algunos recursos pecuniarios, aquí en San Petersburgo volverá muy pronto a las andadas. De todos los entes de su calaña, es el más depravado y más propenso a todos los vicios. Razones sobradas tengo para suponer que Marfa Petrovna, quien tuvo la desdicha de enamorarse de él y pagar sus deudas hace ocho años, le sacó también de otro apuro: exclusivamente gracias a sus afanes y sus sacrificios se echó tierra a una causa criminal apenas iniciada por un homicidio brutal y fantástico, por así llamarlo, que hubiera podido muy posiblemente mandarlo a Siberia. Si quiere saberlo, así es ese hombre.

—¡Dios mío! —gritó Puljeria Alexándrovna.

Raskólnikov escuchaba con atención.

—¿De verdad tiene usted información exacta al respecto? —preguntó Dunia muy seria.

—Me limito a repetir lo que la difunta Marfa Petrovna me contó en secreto. Es de observar que, desde el punto de vista jurídico, éste es un asunto muy oscuro. Aquí residía, y creo que aún reside, una tal Resslich, extranjera que, aparte de otros negocios, practicaba también la usura. Con esa

Resslich mantenía el señor Svidrigáilov, desde hacía tiempo, ciertas relaciones muy íntimas y misteriosas. Vivía con la Resslich una parienta, sobrina creo, que era sordomuda, de unos quince o quizá catorce años, a quien esa mujer odiaba, echándole en cara cada trozo de pan que comía, y llegaba a pegarle palizas de muerte. Un día encontraron a esa muchacha ahorcada en la buhardilla. Se dictaminó suicidio y, tras las diligencias de rigor, ahí concluyó el asunto. Sin embargo, más adelante apareció una denuncia según la cual la criatura había sido… vilmente ultrajada por Svidrigáilov. Cierto que todo aquello resultaba oscuro, que la denuncia provenía de otra alemana, mujer de costumbres licenciosas y poco de fiar, que la denuncia no llegó a ser presentada en regla gracias a los afanes y el dinero de Marfa Petrovna y que todo quedó en rumores. No obstante, esos rumores eran muy significativos. Viviendo en casa de los Svidrigáilov, usted misma habrá oído contar, Avdotia Románovna, la historia de Filipp, un criado que murió hace unos seis años, antes de la emancipación de los siervos, como consecuencia de los malos tratos de que era objeto.

—Lo que yo oí decir, por el contrario, es que Filipp se ahorcó.

—Exacto; pero, lo que le obligó o, mejor dicho, le indujo a darse esa muerte fueron las reprimendas y los malos tratos de que le hacía constantemente víctima el señor Svidrigáilov.

—Yo, eso lo ignoro —replicó secamente Dunia—. Solamente oí contar una historia algo extraña: que ese Filipp era hipocondríaco\ una especie de filósofo doméstico de quien la gente decía que había perdido la chaveta de tanto leer y que se suicidó, más que por los golpes que le propinaba el señor Svidrigáilov, debido a las burlas de que era objeto. Yo siempre le vi tratar bien a los criados, que

hasta le tenían cariño, aunque también le culpaban de la muerte de Filipp, en efecto.

—Veo que, de pronto, tiene usted tendencia a justificarlo, Avdotia Románovna —observó Luzhin con los labios crispados por una sonrisa ambigua—. Indudablemente, es un hombre astuto y seductor cuando trata con el bello sexo, como puede verse en el lamentable ejemplo de Marfa Petrovna, muerta de modo tan extraño. Yo sólo quería brindarles mi consejo a usted y a su mamá, en la convicción de que emprenderá sin duda nuevas tentativas. Por lo que a mí se refiere, estoy persuadido de que ese hombre volverá a la cárcel por deudas. Pensando en sus hijos, Marfa Petrovna no tuvo nunca intención de dejarle sus bienes y, si algo le ha legado, habrá sido lo estrictamente necesario, efímero y de poca monta, que no le alcanzará ni para un año a un hombre de sus hábitos.

—Deje ya de hablar del señor Svidrigáilov, se lo ruego Piotr Petróvich. Me pone enferma oírle —dijo Dunia.

—Ha ido a verme —dijo de repente Raskólnikov rompiendo su mutismo por primera vez.

Todos se volvieron hacia él con exclamaciones de asombro. Incluso Luzhin manifestó agitación.

—Hace cosa de hora y media, estaba yo durmiendo cuando él entró, me despertó y se presentó —prosiguió Raskólnikov—. Se mostró bastante desenvuelto y jovial y está firmemente convencido de que llegaremos a ser amigos. Por cierto, que desea y ruega encarecidamente tener una entrevista contigo, Dunia, y te lo hace saber por mi conducto, para hacerte una proposición, de cuya índole me dio cuenta. Además, me ha comunicado que, una semana antes de fallecer, Marfa Petrovna te había incluido en su testamento con un legado de tres mil rublos, cantidad que podrás hacer efectiva dentro de muy breve plazo.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Puljeria Románovna, y se santiguó.

—Es la pura verdad —se le escapó a Luzhin.

—Bueno, ¿y qué pasó luego? —preguntó Dunia impaciente.

—Pues, luego me dijo que él no es rico, que todos los bienes quedan para los hijos, actualmente en casa de una de sus tías. También me dijo que se ha hospedado no lejos de mi casa, aunque no sé exactamente dónde porque no se lo pregunté…

—¿Y qué proposición trae para Dúnechka? —preguntó Puljeria Alexándrovna sobresaltada—. ¿Te lo ha dicho?

—Sí.

—¿Qué es?

—Ya hablaremos luego. —Raskólnikov guardó silencio y centró su atención en el té.

Piotr Petróvich sacó su reloj y miró la hora.

—Necesito atender un asunto… y, además, así no estorbaré —dijo algo picado, haciendo intención de levantarse.

—No se vaya, Piotr Petróvich, puesto que pensaba pasar aquí la velada —dijo Dunia—. Además, usted mismo apuntó en su carta que deseaba hablar de algo con mamá.

—En efecto, Avdotia Románovna —contestó Luzhin muy tieso y volviendo a sentarse, aunque sin soltar el sombrero—, deseaba tener una explicación con usted y con su respetable madre sobre puntos de suma importancia. Pero, al igual que su hermano no puede exponer delante de mí ciertas proposiciones del señor Svidrigáilov, tampoco deseo ni puedo yo tratar… en presencia de otras personas… ciertos puntos de extrema importancia. Sin contar que he visto desatendido mi ruego esencial y más encarecido…

Luzhin adoptó un aire agraviado y calló.

—Si el ruego suyo de que mi hermano no asistiera a nuestra entrevista se ha desatendido, ha sido única y exclusivamente a instancias mías —dijo Dunia—. Nos ha escrito usted diciendo que mi hermano le había agraviado. Pienso que eso debe aclararse sin demora y que ustedes deben reconciliarse. Si Rodia le agravió efectivamente, él debe pedirle disculpas, y así lo hará.

Piotr Petróvich se engalló enseguida.

—Hay agravios que ni con la mejor voluntad del mundo pueden ser olvidados, Avdotia Románovna. En todo hay un límite que es peligroso trasponer porque, cuando se traspone, no es posible volver atrás.

—Yo no me refería propiamente a eso, Piotr Petróvich —le atajó Dunia con cierta impaciencia—. Entienda usted, por favor, que todo nuestro porvenir depende de que esto se aclare y se resuelva cuanto antes. Con toda franqueza, le declaro desde ya que no puedo considerar las cosas de otro modo y que si tiene usted un mínimo de estimación por mí, contribuirá también a que, aunque resulte difícil, toda esta historia termine hoy mismo. Repito que si mi hermano tiene alguna culpa, le presentará sus excusas.

—Me sorprende su modo de plantear la cuestión, Avdotia Románovna —contestó Luzhin con creciente irritación—. Con toda mi estimación, y yo diría incluso adoración, por usted, yo puedo perfectamente no sentir cariño por alguno de sus familiares. Y al aspirar a la dicha de obtener su mano, no puedo aceptar, al mismo tiempo, obligaciones que no son compatibles...

—¡Por favor, Piotr Petróvich! —le interrumpió Dunia con enojo—. Abandone esas suspicacias y siga usted siendo el hombre inteligente y noble por quien siempre lo he tenido y quisiera seguir teniéndolo. Le he dado mi palabra, soy su prometida. Confíe, pues, en mí y tenga la seguridad de que soy capaz de juzgar este asunto de manera imparcial. El

hecho de que yo asuma el papel de árbitro es una sorpresa tanto para mi hermano como para usted. Cuando, después de la carta de usted, le pedí a mi hermano que asistiera a nuestra entrevista, no le informé de mis propósitos. Comprenda que, si no llegan a reconciliarse, me veré obligada a elegir entre él y usted. Así está planteada la cuestión, tanto por parte de Rodia como por parte de usted. Y yo no quiero ni debo equivocarme al elegir. Para usted, yo debo romper con mi hermano; para mi hermano, yo debo romper con usted. Quiero y puedo saber ahora a ciencia cierta si él es un auténtico hermano para mí; y, en lo que a usted respecta, quiero saber si me estima, si será un auténtico esposo para mí.

—Avdotia Románovna —pronunció Luzhin mortificado—, sus palabras son demasiado explícitas, incluso diré que ofensivas para mí, considerando la situación en que tengo el honor de encontrarme respecto a usted. Sin hablar ya de la ofensiva y extraña comparación que, al colocarnos al mismo nivel, establece usted entre mi persona y… un joven impertinente, con sus palabras da a entender la posibilidad de romper su compromiso conmigo. Me dice: «o usted o él», demostrando así lo poco que significo para usted… Y yo no lo puedo consentir, dadas las relaciones y… las obligaciones existentes entre nosotros.

—¡Cómo! —estalló Dunia—. ¡Coloco sus intereses al nivel de todo lo que hasta ahora ha sido lo más preciado de mi vida, de lo que hasta ahora ha constituido *toda* mi vida, y usted se ofende considerando que le tengo en poco!

Raskólnikov, callado, sonreía con sarcasmo, Razumijin estaba desencajado; pero Luzhin, lejos de aceptar las objeciones, se volvía más quisquilloso e irascible a cada palabra, como si le enardeciera la discusión.

—El amor al futuro compañero de la vida, al esposo, debe estar por encima del amor a un hermano —sentenció—. En

todo caso, a mí no me puede colocar al mismo nivel… Y, aunque antes insistí en que no deseaba ni podía exponer delante de su hermano todo lo que aquí me traía, sí me propongo ahora dirigirme a su respetable mamá para el indispensable esclarecimiento de un punto esencialísimo y afrentoso para mí. Su hijo, Puljeria Alexándrovna, me ofendió ayer en presencia del señor Rassudkin… o acaso me confundo y perdone si he olvidado su apellido —hizo una cortés inclinación a Razumijin— al desvirtuar la idea mía, que en su momento, y en privado, expuse a usted mientras tomábamos una taza de café, de que el matrimonio con una joven pobre, que ha conocido ya los sinsabores de la vida, es a mi entender más ventajoso, desde el punto de vista conyugal, que el matrimonio con una joven que ha vivido en la abundancia, pues resulta más valedero para la moralidad. Su hijo exageró deliberadamente hasta lo absurdo el sentido de mis palabras acusándome de intenciones pérfidas y fundándose, según pude colegir, en una carta de usted. Me consideraría feliz, Puljeria Alexándrovna, si le fuera posible persuadirme de lo contrario y tranquilizarme así considerablemente. ¿Podría informarme de los términos empleados por usted para transmitir mis palabras en su carta a Rodión Románovich?

—No los recuerdo —se desconcertó Puljeria Alexándrovna —. Las transmití según las comprendí yo. Ignoro cómo se las habrá repetido a usted Rodia… Quizá haya exagerado un poco.

—Sin instigación por parte de usted, no habría podido exagerar.

—Piotr Petróvich —pronunció Puljeria Alexándrovna con dignidad—: el hecho de que se encuentre usted *aquí* es la prueba de que ni Dunia ni yo hemos interpretado mal sus palabras.

—¡Bien mamá! —aprobó Dunia.

—Resulta que también en esto tengo yo la culpa —observó Luzhin agraviado.

—Lo cierto es, Piotr Petróvich, que no cesa usted de acusar a Rodia cuando usted mismo, en su carta de ayer, dice algo que no corresponde a la verdad acerca de él —añadió Puljeria Alexándrovna más segura de sí misma.

—No recuerdo haber escrito nada que no sea verdad.

—Pues, ha escrito usted —intervino ásperamente Raskólnikov sin volverse hacia Luzhin— que ayer no le entregué dinero a la viuda del hombre que murió atropellado, como ocurrió en efecto, sino que se lo di a la hija, persona a quien yo no había visto nunca hasta entonces. Lo ha escrito así para ponerme a mal con mi familia, añadiendo con el mismo fin expresiones infames acerca de la conducta de una joven a quien no conoce. Eso es una calumnia y una bajeza.

—Perdone, señor mío —replicó Luzhin temblando de furia—, pero si en mi carta me explayé acerca de la conducta y las cualidades de usted fue exclusivamente a requerimiento de su madre y su hermana, quienes deseaban saber cómo lo encontraba y la impresión que me había causado. En cuanto al contenido de mi carta, señáleme si puede un solo renglón falso; o sea, demuestre que no se desprendió de ese dinero y que en la familia en cuestión, aunque infortunada, no hay personas indignas.

—Pues yo opino que usted, con todas sus virtudes, no vale ni el dedo meñique de esa desdichada muchacha a quien arroja piedras.

—¿Significa eso que se atrevería a introducirla en el círculo de su familia, de su madre y su hermana?

—Por si quiere saberlo, ya lo he hecho: hoy la he sentado junto a mi madre y a Dunia.

—¡Rodia! —exclamó Puljeria Alexándrovna.

Dunia se ruborizó y Razumijin frunció el ceño. Luzhin sonrió con sarcasmo y altivez.

—Como podrá usted ver, Puljeria Alexándrovna, aquí no hay acuerdo posible —dijo—. Espero que este asunto quede explicado y concluido de una vez para siempre. Por mi parte, me retiro para no quitarle encanto a su reunión familiar y al intercambio de secretos. —Se levantó y tomó su sombrero—. Sin embargo, al marcharme me permito observar que, en el futuro, espero verme libre de este género de entrevistas y compromisos, por llamarlos de algún modo. Y se lo ruego a usted en particular, respetable Puljeria Alexándrovna, con mayor encarecimiento por cuanto mi carta iba dirigida a usted y a nadie más.

Puljeria Alexándrovna se mostró algo agraviada.

—Cualquiera diría que nos tiene usted ya totalmente en su poder, Piotr Petróvich. Dunia le ha explicado ya la razón de que su requerimiento no fuera atendido: lo hizo con la mejor intención. Además, me escribe usted igual que si me diera órdenes. ¿Acaso debemos considerar como una orden cualquiera de sus deseos? Pues yo le digo, por el contrario, que es usted quien debe mostrarse ahora especialmente delicado y condescendiente con nosotras porque, confiando en usted, lo hemos abandonado todo y nos hemos trasladado aquí y, por lo tanto, con eso nos encontramos ya casi a merced suya.

—Eso no es exactamente así, Puljeria Alexándrovna, sobre todo en el momento actual, ahora que llega la notificación de los tres mil rublos legados por Marfa Petrovna, y muy a propósito si consideramos el tono distinto que emplea usted conmigo —añadió con mordacidad.

—A juzgar por esa observación, se puede efectivamente colegir que contaba usted con nuestro desamparo —observó Dunia irritada.

—Cosa que, al parecer, no puedo ya hacer ahora. Pero, sobre todo, no quiero estorbar con mi presencia la comunicación de las propuestas secretas que Arkadi Ivánovich Svidrigáilov ha encomendado les transmita su hermano y que, por lo que veo, tienen para ustedes un interés esencial y quizá también muy agradable.

—¡Ay, Dios santo! —lanzó Puljeria Alexándrovna.

Razumijin no paraba de rebullir en su asiento.

—¿Y no te da vergüenza ahora, hermana? —preguntó Raskólnikov.

—Sí, Rodia, me da vergüenza —contestó Dunia y, blanca de ira, se dirigió a Luzhin—: ¡Salga de aquí, Piotr Petróvich!

Al parecer, Luzhin no esperaba en absoluto semejante desenlace. Confiaba demasiado en sí mismo, en su poder y en el desamparo de sus víctimas; tanto que aún se resistía a creerlo. Se quedó lívido y le temblaron los labios.

—Avdotia Románovna, si salgo ahora por esa puerta y después de semejante despedida, tenga muy en cuenta que no volveré jamás. Reflexione bien. Soy hombre de palabra firme.

—¡Qué insolencia! —gritó Dunia levantándose impulsivamente—. ¡Pero, si lo que yo quiero es que no vuelva usted!

—¿Cómo? ¿Esas tenemos? —gritó Luzhin que, hasta el último instante, se resistía a dar crédito a semejante final y, por eso, había perdido enteramente el hilo—. ¿Esas tenemos? Pero, ¿sabe usted que yo podría protestar, Avdotia Románovna?

—¿Con qué derecho le habla usted así? —intervino con calor Puljeria Alexándrovna—. ¿De qué podría protestar? ¿Qué derechos son los suyos? Loca estaría yo si le entregara mi Dunia a un hombre como usted. Márchese y déjenos para siempre. La culpa es nuestra, y mía más que de Dunia, por habernos metido en un asunto improcedente…

Luzhin replicó atropelladamente, de lo furioso que estaba:

—Puljeria Alexándrovna, ustedes me ataron dándome una palabra de la que ahora se desdicen… y, en fin… En fin, que por lo mismo, me he visto arrastrado a ciertos desembolsos…

Este último argumento cuadraba tan bien con el carácter de Piotr Petróvich que Raskólnikov, hasta entonces pálido de la rabia y el esfuerzo que hacía por contenerla, no pudo aguantar más y soltó de pronto una carcajada. Pero Puljeria Alexándrovna estaba fuera de sí.

—¿En desembolsos? ¿A qué desembolsos se refiere? No hablará usted de nuestro baúl, ¿eh? Porque el revisor del tren se lo trajo de balde. ¡Que nosotras lo hemos atado! ¿Ha perdido la razón? Muy por el contrario, fue usted, Piotr Petróvich, quien nos ató a nosotras de pies y manos.

—¡Basta mamá! ¡Por favor, basta ya! —rogaba Dunia—. Piotr Petróvich, ¡hágame la merced de marcharse!

—Me marcharé, sí; pero no antes de unas últimas palabras —pronunció Luzhin, que apenas si podía controlarse ya—. Su mamá parece haber olvidado por completo que yo me decidí a pedirla a usted en matrimonio después de que la fama de la ciudad, digámoslo así, hizo llegar a todos los contornos rumores acerca de su reputación. Ya que por usted desdeñaba la opinión general y rehabilitaba su reputación, bien podía esperar o incluso exigir la gratitud de usted como compensación… ¡Hasta ahora no se me habían abierto los ojos! Y veo que obré con precipitación harto excesiva al no prestar oído a la voz pública…

—¡Este hombre se está jugando la cabeza! —clamó Razumijin botando de su asiento y dispuesto a agredirlo.

—¡Es usted un villano y un malvado! —dijo Dunia.

—¡Ni una palabra más! ¡Ni un gesto! —lanzó Raskólnikov sujetando a Razumijin.

Luego se acercó a Luzhin hasta casi tocarlo y añadió, silabeando con toda claridad:

—Haga el favor de marcharse. Y ni una palabra más, o…

Lívido, con la cara crispada de rabia, Piotr Petróvich lo consideró unos instantes, luego dio media vuelta y salió. Y quizá ningún hombre haya abrigado jamás contra nadie en su corazón un odio tan furibundo como sentía Luzhin por Raskólnikov. A él y sólo a él culpaba de todo. Lo curioso es que, cuando ya bajaba la escalera, seguía pensando que quizá no estuviera todavía perdido del todo el asunto y que, en lo referente a las dos señoras, posiblemente fuera «pero que muy, muy» remediable.

III



O ESENCIAL era que, hasta el último momento, estaba lejos de esperar semejante desenlace. Había hecho el perdonavidas sin imaginar siquiera la posibilidad de que dos mujeres indigentes y desamparadas pudieran zafarse de su yugo. Mucho habían contribuido a tal convicción la vanidad y ese grado de engreimiento que mejor sería calificar de egolatría. Piotr Petróvich, que se había abierto camino partiendo de la nada, tenía el hábito morboso de admirarse a sí mismo, consideraba su inteligencia y sus aptitudes como cimas de lo alcanzable y, en ocasiones, contemplaba arrobado su rostro en el espejo cuando estaba solo. Pero, lo que más amaba y valoraba en el mundo era su dinero, acopiado con empeño y por todos los medios: su dinero lo equiparaba a todo lo que había por encima de él.

Al recordarle acerbamente a Dunia que se había resuelto a desposarla a despecho de su mala fama, Piotr Petróvich había dicho lo que sentía y ahora experimentaba una profunda indignación contra tan «negra ingratitud». Sin embargo, cuando pidió a Dunia en matrimonio estaba firmemente persuadido de que todos aquellos chismes carecían en absoluto de fundamento, que la propia Marfa

Petrovna les había dado desmentido público, que desde hacía tiempo no ocupaban ya para nada a los habitantes de la pequeña ciudad donde residían, cuyas simpatías estaban al lado de la muchacha. Es más: ni él mismo habría negado que ya estaba enterado de todo ello entonces. No obstante, seguía dando un gran valor, y aún la consideraba como proeza, a su decisión de alzar a Dunia hasta su nivel. Al hablarle ahora de ello a Dunia le había desvelado un recóndito y mimado pensamiento que hasta solía causarle arrobo; y no podía comprender que los demás no admirasen también su hazaña. Su visita a Raskólnikov era para Luzhin la de un benefactor dispuesto a recoger los frutos de su filantropía y a escuchar alabanzas de lo más halagadoras. Y, por supuesto, mientras bajaba la escalera iba pensando que había sido agraviado y desestimado en grado sumo.

La boda con Dunia era para él sencillamente indispensable y no concebía tener que renunciar a ella. Desde hacía tiempo, desde hacía varios años, acariciaba con fruición la idea del casamiento, pero había ido dándole largas y acopiando dinero. Muy en secreto, pensaba con deleite en una muchacha virtuosa y pobre (lo de pobre era condición forzosa), muy jovencita, muy linda, digna y educada, muy encogida, que hubiera pasado muchos sinsabores, desamparada ante él; una mujer que le tuviese toda la vida por su salvador, que estuviera pendiente de él, que fuera sumisa y lo admirase a él y sólo a él. ¡Cuántas escenas, cuántos dulces episodios había forjado en su imaginación sobre este tema sugestivo y travieso en la calma del ocio que le dejaban los asuntos! Y, al cabo de tantos años, casi se había hecho realidad su sueño: la belleza y la perfecta educación de Avdotia Románovna le habían seducido a la vez que la desvalidez de su situación le brindaba el mayor incentivo. Se hallaba ante algo más de lo que había soñado: se hallaba ante una muchacha con

orgullo, de carácter firme, virtuosa, superior a él (lo notaba él mismo) por su crianza y sus conocimientos… y una criatura con tales cualidades habría de agradecer humildemente durante toda la vida su hazaña, alienando fervorosamente su personalidad ante él mientras él ejercía su dominio ilimitado y absoluto. Y precisamente poco después de haber resuelto, al cabo de largas cavilaciones y demoras, darle un giro nuevo a su carrera y entrar en un círculo de actividades más amplio, que a la vez le permitiera acceder poco a poco al nivel social superior en el que pensaba con delicias desde hacía largo tiempo… En una palabra, había decidido probar fortuna en San Petersburgo. Sabía que las mujeres pueden ser una ventaja «muy, pero que muy» considerable. El hechizo de una mujer encantadora, virtuosa y educada podía allanar notablemente su camino, atraer a la gente, crearle una aureola… ¡Y todo se venía abajo! La actual ruptura, inesperada y espantosa, le produjo el efecto de un rayo. Era como una broma pesada, un disparate. Se había limitado a engallarse un poco, sin llegar a exponer lo que pensaba, limitándose a una chanza, aunque quizá se pasara un poco de cierto límite. ¡Y el asunto había tomado un cariz tan serio al final! Por si fuera poco, había empezado ya a querer a Dunia a su manera y, en sueños, incluso le imponía su dominio… Y, de pronto… Nada, nada: al día siguiente, sin pérdida de tiempo, era preciso volver las cosas a su antiguo cauce, limar asperezas, enmendar el entuerto y, como primera diligencia, aplastar a ese mocoso engreído que tenía la culpa de todo. Involuntariamente, recordó también con desazón a Razumijin, aunque pronto le dio de lado. «¿Equipararlo conmigo? ¡No faltaba más!», pensó. A quien le temía de verdad era a Svidrigáilov. En una palabra, que aún le esperaban muchos quebraderos de cabeza…

* * *

—¡Sí, mamá, sí! Yo soy quien más culpa tiene —decía Dunia abrazada a su madre y besándola—. Me dejé tentar por su dinero. Pero, no podía imaginarme que fuera un hombre tan ruin, te lo juro, hermano. Si me hubiera fijado antes, ten por seguro que no me habría pasado. ¡Discúlpame, hermano!

—¡Dios nos ha salvado! ¡Dios nos ha salvado! —murmuraba Puljeria Alexándrovna, pero maquinalmente, como si aún no tuviera plena conciencia de lo sucedido.

Todos estaban eufóricos y, a los cinco minutos, incluso reían ya. Únicamente Dúnechka palidecía a ratos y fruncía el ceño al recordar lo que acababa de pasar. Puljeria Alexándrovna estaba asombrada de alegrarse también ella: aquella misma mañana, la ruptura con Luzhin le parecía una auténtica tragedia. En cuanto a Razumijin, estaba encantado. Aún no se atrevía a exteriorizar plenamente su alegría, pero le agitaba un temblor febril y notaba como si le hubieran quitado un peso tremendo de encima. Ahora tenía el derecho de consagrar su vida entera a servirlas… ¡Ahora serían posibles tantas cosas! Aunque, temía darle alas a su fantasía. Raskólnikov era el único que seguía en el mismo sitio, sombrío e incluso ausente. Después de haber sido el más empeñado en arrojar a Luzhin de allí, ahora parecía el menos interesado por la escena anterior. Dunia no podía por menos de pensar que continuaba muy enojado con ella y Puljeria Alexándrovna le observaba con temor.

—¿Qué te ha dicho Svidrigáilov? —preguntó Dunia acercándose a su hermano.

—¡Ay, sí, es verdad! —exclamó Puljeria Alexándrovna.

Raskólnikov levantó la cabeza.

—Está empeñado en regalarte diez mil rublos y desearía verte una vez, en mi presencia.

—¿Que quiere verla? ¡Por nada del mundo! —gritó Puljeria Alexándrovna—. ¿Y cómo se atreve a ofrecerle dinero?

Raskólnikov repitió luego, con bastante sequedad, su conversación con Svidrigáilov, pasando por alto las apariciones de Marfa Petrovna para no entrar en detalles superfluos y porque le asqueaba hablar más de lo imprescindible.

—¿Y qué le contestaste? —preguntó Dunia.

—Al principio le dije que no te transmitiría ningún recado. Y entonces me declaró que él procuraría por todos los medios conseguir esa entrevista sin ayuda mía. Afirma que su pasión fue sólo un arrebato y que ahora no siente nada por ti… No quiere que te cases con Luzhin. La verdad es que no hablaba muy coherentemente.

—¿Qué idea te has hecho tú de él, Rodia? ¿Qué te ha parecido?

—Confieso que no le entiendo muy bien. Ofrece diez mil rublos y dice que no es rico. Anuncia que tiene la intención de marcharse a algún sitio y, a los diez minutos, se le olvida que lo ha dicho. De pronto dice también que va a casarse y le han buscado ya novia… No cabe duda de que persigue ciertos fines… probablemente inconfesables. Pero, por otra parte, cuesta admitir que se comportara de un modo tan estúpido si abrigase malas intenciones hacia ti… Ya supondrás que he rechazado rotundamente ese dinero en nombre tuyo. En general, me ha parecido un individuo muy raro y… hasta… como con indicios de enajenación. Aunque, puedo estar equivocado y quizá se trate simplemente de que finge. Parece que le tiene impresionado la muerte de Marfa Petrovna…

—¡Dios la tenga en su gloria! —exclamó Puljeria Alexándrovna—. Yo siempre rezaré por ella. ¿Te figuras, Dunia, lo que habría sido ahora de nosotras sin esos tres mil rublos? ¡Pero, si nos han caído del cielo, Señor! ¡Ay, Rodia! Esta mañana sólo nos quedaban tres rublos y ya estábamos pensando en el modo de empeñar cuanto antes el reloj de Dúnechka en cualquier parte con tal de no pedirle nada a ese hombre mientras no se le ocurriera a él.

Dunia, al parecer profundamente sorprendida por la oferta de Svidrigáilov, estaba muy pensativa.

—¡Algo espantoso está tramando! —susurró como para sus adentros, casi estremecida.

Raskólnikov advirtió ese temor desmesurado.

—Creo que tendré que verlo más de una vez todavía —le dijo a su hermana.

—Estaremos alertas. Yo le seguiré los pasos —lanzó enérgicamente Razumijin—. No lo perderé de vista. Rodia me lo ha permitido ya antes al decirme «protege a mi hermana». ¿Me lo permite usted también, Avdotia Románovna?

Dunia sonrió al tenderle la mano, pero en su rostro seguía pintada la alarma. Puljeria Alexándrovna la miraba tímidamente, pero se notaba que aquellos tres mil rublos le habían inspirado seguridad.

Al cabo de un cuarto de hora, todos conversaban animadamente. Incluso Raskólnikov prestó atención algún tiempo a la charla, aunque sin intervenir en ella. Quien peroraba era Razumijin.

—¿Qué necesidad tienen ustedes de marcharse, vamos a ver, y qué van a hacer en su pequeña ciudad? —preguntaba con exaltación y vehemencia—. Aquí, en cambio, lo esencial es que estarán los tres juntos y se necesitan los unos a los otros. ¡Ya lo creo que se necesitan! Compréndanlo. Aunque sólo sea por un tiempo… En cuanto a mí, si me aceptan

como amigo, como socio, les aseguro que podríamos montar un negocio de lo más lucrativo. Escuchen, y les explicaré con el máximo detalle todo el proyecto. Esta misma mañana, antes de que sucediera nada, me pasó ya por la mente… Verán: yo tengo un tío (ya se lo presentaré a ustedes, es un viejecillo de lo más servicial y respetable) que posee un capital de mil rublos que no necesita puesto que vive de su pensión. Lleva más de un año empeñado en que yo emplee esos mil rublos pagándole a él un seis por ciento anual. Yo entiendo a la perfección que su afán es ayudarme. Pero el año pasado yo no necesitaba nada. De modo que si de sus tres mil rublos pusieran ustedes también mil, sería bastante para empezar, y nos asociaríamos. Ahora voy a explicarles lo que haríamos.

Razumijin se puso entonces a exponer su proyecto y habló largo y tendido de que los editores y los libreros no entendían gran cosa del valor de su mercancía y por eso solían ser malos editores a pesar de que las buenas publicaciones se agotaban dejando unos beneficios a veces considerables. Un negocio editorial era el sueño de Razumijin, que había trabajado ya dos años en casas del gremio y conocía bastante bien tres lenguas europeas a pesar de haberle dicho seis días antes a Raskólnikov que andaba mal de alemán para que aceptara la mitad de la traducción que él tenía entre manos y, de pasada, tres rublos de anticipo. Entonces había mentido y Raskólnikov lo sabía a la perfección.

—¿Por qué vamos a desaprovechar esta oportunidad cuando tenemos entre las manos dinero propio, que es uno de los elementos esenciales? —decía Razumijin con gran vehemencia—. Por supuesto, habrá que trabajar de firme, pero trabajaremos: yo el primero, y usted, Avdotia Románovna, y Rodión… Hay publicaciones que rinden ahora bastante. Lo esencial del negocio es que nosotros sabremos

lo que conviene traducir. Traduciremos, editaremos y estudiaremos, todo al mismo tiempo. Yo ahora puedo ser útil porque tengo experiencia. Llevo casi dos años metido entre editores y me conozco al dedillo todas sus artimañas. Les aseguro que no se necesita mucha ciencia. ¿Por qué no aprovechar la ocasión, vamos a ver? Sé de dos o tres libros, y me cuido mucho de no divulgarlo, con cada uno de los cuales se podrían muy bien sacar cien rublos sólo por la idea de traducirlos y editarlos; y uno, en particular, que ni por quinientos rublos soltaría prenda. Y, ya ven ustedes: si se lo propusiera a alguno, sería capaz de vacilar, el muy zoquete. Y todo lo relativo a las gestiones, la imprenta, el papel, la distribución, me lo dejan a mí, que yo sé por dónde me ando. Empezaremos por poco y llegaremos a mucho. En cualquier caso sacaremos para vivir y, desde luego, recuperaremos nuestra inversión.

A Dunia le brillaban los ojos.

—Lo que usted sugiere me gusta mucho, Dmitri Prokófich —dijo.

—Yo, desde luego, no sé nada de esto —intervino Puljeria Alexándrovna—. Puede que sea una buena idea; pero, ¿quién sabe? Es una cosa nueva para nosotros, desconocida. Claro que debemos quedarnos aquí, al menos por algún tiempo…

Miró a Rodia.

—¿A ti que te parece, hermano? —preguntó Dunia.

—Me parece que ha tenido una idea muy buena —contestó Raskólnikov—. Desde luego, sería prematuro pensar ya en montar una editorial; pero, cinco o seis libros, se podrían publicar con indudable éxito. También yo sé de una obra que se vendería bien. En cuanto a la capacidad de éste para llevar el negocio, no cabe la menor duda: lo entiende. Aunque, aún tendréis tiempo de poneros de acuerdo…

—¡Bravo! —gritó Razumijin—. Ahora, otra cosa: aquí, en esta misma casa, hay un piso, propiedad también de estos dueños, pero independiente, sin comunicación con esta parte de las habitaciones de alquiler, que consta de tres aposentos, renta poco y está amueblado. ¿Por qué no se instalan en él de momento? Me dan ustedes el reloj, mañana lo empeño, les traigo el dinero y todo quedará arreglado. Lo esencial es que podrán vivir los tres juntos y Rodia estará con ustedes… Pero, Rodia, ¿adónde vas?

—¿Cómo es esto, Rodia? ¿Te marchas ya? —preguntó Puljeria Alexándrovna hasta con cierto sobresalto.

—¡En un momento así! —lanzó Razumijin.

Dunia contempló con incrédula sorpresa a Raskólnikov que tenía la gorra en la mano y se disponía a salir.

—Cualquiera diría que me lleváis a enterrar o que os despedís de mí para siempre —profirió de un modo extraño y con una sonrisa que no parecía sonrisa—. Aunque, ¿quién sabe si no será ésta la última vez que nos veamos? —añadió sin querer.

Lo estaba pensando para sus adentros, pero la frase se le escapó involuntariamente en voz alta.

—Pero, ¿qué te sucede? —preguntó la madre.

—¿A dónde vas, Rodia? —inquirió Dunia de una forma especial.

—A una cosa que debo hacer —contestó vagamente, como si no estuviera seguro de lo que deseaba decir, pero su rostro pálido delataba una firme resolución—. Lo que pensaba… mientras venía hacia acá… lo que quería decirles, a usted, mamá, y a ti, Dunia es que será preferible que nos separemos por algún tiempo. No me encuentro bien, estoy agitado… Vendré más tarde, vendré yo mismo, cuando… sea posible. Os llevo en el recuerdo y os quiero… ¡Dejadme! ¡Dejadme solo! Así lo tenía decidido desde antes… Es una decisión firme. Me pase lo que me pase, tanto si me hundo

como si no, quiero estar solo. Olvidadme del todo. Es lo mejor… No preguntéis por mí. Cuando sea necesario, yo vendré. O… si no, os llamaré a vosotras. Quizá resucite todo… Pero de momento, si de verdad me queréis, renunciad a mí… De lo contrario, llegaré a odiaros, lo noto… ¡Adiós!

—¡Santo cielo! —gimió Puljeria Alexándrovna.

Madre e hija estaban verdaderamente espantadas; Razumijin, también.

—¡Rodia, Rodia! Haz las paces con nosotras, volvamos a ser como antes —rogaba la pobre madre.

Raskólnikov se volvió lentamente hacia la puerta y caminó pausadamente por la habitación. Dunia le dio alcance.

—¡Hermano! ¿Qué estás haciendo con mamá? —susurró, y sus ojos ardían de indignación.

Él la contempló con mirada dolorosa.

—No es nada. Vendré. Volveré por aquí —murmuró a media voz, como si no supiera muy bien lo que quería decir y salió.

—¡Eres un egoísta sin alma ni sentimientos! —gritó Dunia.

—¡Ése es un loco y no un egoísta! ¡Ha perdido la razón! ¿No lo está viendo? ¡Usted es quien carece de sentimientos ahora! —le susurró arrebatadamente Razumijin en el mismo oído estrujándole una mano.

—¡Enseguida vuelvo! —gritó a Puljeria Alexándrovna, que estaba medio muerta, y salió corriendo.

Raskólnikov lo esperaba al final del pasillo.

—Ya sabía yo que saldrías como una exhalación —dijo—. Vuelve y quédate con ellas… Quédate también mañana… y siempre. Yo… quizá venga… si es posible. ¡Adiós!

Y se alejó, sin tenderle la mano.

—Pero, ¿a dónde vas? ¿Qué te pasa? ¿Te sucede algo? Esta no es manera de comportarse… —murmuraba

Razumijin, totalmente desconcertado.

Raskólnikov se detuvo de nuevo.

—Escucha de una vez para siempre: no me preguntes nunca nada porque no tengo nada que contestarte… No vayas a verme. Es posible que venga por aquí… Déjame a mí, pero a ellas, no *las dejes. ¿Me* entiendes?

Aunque el pasillo estaba mal alumbrado, ellos se hallaban cerca de un quinqué. Permanecieron cosa de un minuto contemplándose en silencio y Razumijin habría de recordar toda su vida aquel minuto. La mirada fija y ardiente de Raskólnikov parecía intensificarse a cada instante, penetraba en su alma y en su conciencia. Razumijin se estremeció de pronto y fue como si algo extraño pasara entre ellos… como si se deslizara una idea o más bien una insinuación, algo espantoso, horripilante, pero súbitamente comprensible para ambas partes… Razumijin se quedó lívido como un cadáver.

—¿Comprendes ahora?… —inquirió entonces Raskólnikov con el rostro crispado de dolor—. Vuelve, vuelve con ellas —añadió de pronto, dio rápidamente media vuelta y salió de la casa…

No intentaré describir aquella velada en el cuarto de Puljeria Alexándrovna: la vuelta de Razumijin, su afán por tranquilizar a las dos mujeres afirmando que era preciso dejar que Rodia se recuperara de su dolencia, jurándoles que Rodia vendría a verlas sin falta, que vendría a diario, que estaba muy, muy desquiciado y no había que disgustarlo; que él, Razumijin, estaría al cuidado, que le buscaría un buen médico, el mejor, incluso organizaría una junta de médicos… En una palabra, que a partir de aquella velada se convirtió Razumijin en hijo y hermano para las dos mujeres.

IV



N CUANTO a Raskólnikov, fue directamente a la casa donde se hospedaba Sonia. Era un inmueble viejo, de tres plantas y color verde, que daba al canal. Buscó al *dvornik*, de quien obtuvo una vaga orientación acerca de dónde vivía el sastre Kapernaúmov. Cuando hubo encontrado, en una esquina del patio, la entrada a una escalera angosta y oscura, subió por fin a la segunda planta y accedió a un corredor que contorneaba todo el patio. Vagaba en la oscuridad, preguntándose perplejo cuál sería la puerta de Kapernaúmov cuando otra se abrió a tres pasos y Raskólnikov se agarró maquinalmente a ella.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz de mujer alarmada.

—Soy yo… venía a verla —contestó Raskólnikov y entró en un minúsculo recibimiento. Encima de una silla desvencijada ardía una vela en una palmatoria de cobre torcida.

—¿Es usted? ¡Dios mío! —exclamó débilmente Sonia y se quedó como paralizada.

—¿Cuál es su habitación? ¿Por aquí?

Y Raskólnikov se metió a toda prisa en aquel cuarto procurando no mirar a Sonia.

Al cabo de un instante entró la muchacha con la vela, que dejó sobre la mesa, y se detuvo frente a él, totalmente desconcertada, presa de indecible agitación y, al parecer, sobresaltada por su imprevista visita. El rubor invadió de pronto su rostro pálido y los ojos se le arrasaron en lágrimas... Sentía malestar, vergüenza y también gozo... Raskólnikov se apresuró a dar media vuelta y tomó asiento junto a la mesa. Una fugaz mirada le bastó para abarcar todo el cuarto.

Era una habitación grande, pero muy baja de techo, la única que alquilaban los Kapernaúmov, a cuyo cuarto se accedía por una puerta, ahora cerrada, de la pared de la izquierda. En la pared de enfrente había otra puerta, siempre hermética. Aquello formaba ya parte de otro apartamento con otro número. La habitación de Sonia se parecía a un desván y tenía la forma de un cuadrángulo tan irregular que resultaba disparatada. Una pared con tres ventanas que daban al canal cruzaba la estancia oblicuamente de modo que uno de los ángulos, muy agudo, se adentraba hacia unas lobregueces que la escasa luz de la vela no permitía vislumbrar, mientras que el otro ángulo era abierto hasta la exageración. Apenas había muebles en tanto espacio. La cama se hallaba en el rincón de la derecha y junto a ella había, más cerca de la puerta, una silla. Junto a la misma pared de la cama, y pegada a la puerta del piso contiguo, había una mesa pequeña, de tablas sin pintar, cubierta por un mantelillo azul y con dos sillas de anea al lado. Enfrente, cerca del ángulo, una pequeña cómoda de madera corriente parecía perdida en el vacío. Aquello era todo el mobiliario. El papel de las paredes, amarillento, sucio y ajado, negreaba en los rincones. Se conoce que allí había humedad y tufo en el invierno. La pobreza saltaba a la vista. Ni siquiera había cortinas junto a la cama.

Sonia contemplaba en silencio al visitante que tan atenta y descaradamente inspeccionaba su cuarto; hasta que se puso a temblar de miedo como si se hallara frente a un juez del que dependiera su destino.

—Quizá sea una hora muy tardía… Acaso las once… —dijo Raskólnikov sin atreverse a mirarla todavía.

—Sí —balbuceó Sonia—. Es verdad, sí —añadió a toda prisa como si encontrara una escapatoria en el tema—. Acaban de dar en el reloj de la patrona… Las he oído… Son ya las once, sí.

—He venido a verla por última vez —anunció Raskólnikov sombríamente, aunque aquélla era su primera visita—. Es posible que no vuelva a verla.

—¿Se va usted… fuera?

—No lo sé… Todo se decidirá mañana…

A Sonia le tembló la voz al preguntar:

—Entonces, ¿no irá mañana a casa de Katerina Ivánovna?

—No lo sé. Ya le digo que mañana por la mañana… Pero, no se trata de eso. He venido a decirle unas palabras…

Alzó hacia Sonia su mirada pensativa, y entonces se dio cuenta de que él estaba sentado mientras que la muchacha seguía en pie delante de él.

—¿Por qué está de pie? Siéntese —dijo, en súbita transición, con voz baja y cariñosa.

Sonia se sentó y él se quedó mirándola unos instantes, afablemente y casi con compasión.

—¡Qué delgada está usted! Mire qué mano: se transparenta. Los dedos son como los de un esqueleto.

Había tomado una de sus manos. Sonia esbozó una sonrisa.

—Siempre he sido así.

—¿También cuando vivía con su familia?

—También.

—Sí, claro —profirió Raskólnikov con un nuevo cambio brusco de expresión y de voz, echando otra mirada a su alrededor.

—¿Éste es el cuarto que le alquilan los Kapernaúmov?

—Sí…

—¿Y ellos viven detrás de esa puerta?

—Sí. En una habitación igual.

—¿Todos juntos?

—Sí…

—A mí, en este cuarto suyo, me entraría miedo por las noches —observó Raskólnikov hoscamente.

—Los dueños son muy buenos, muy cariñosos —replicó Sonia, confusa y sin recobrarse todavía—. Los muebles son suyos… y todo lo demás… lo ponen ellos. Y ellos son muy buenos, y los niños también… pasan a menudo a verme…

—¿Los tartamudos?

—Sí… Él, sí es tartamudo, y cojo. Y su mujer también… Aunque, ella, no es que tartamudee, sino que no habla claro. Es muy buena. Él fue siervo, pero de los que estaban de criados en la casa señorial. Tienen siete hijos… y el mayor es el único tartamudo. Los demás, sólo están enfermos… pero no son tartamudos… Y usted, ¿de qué los conoce? —añadió algo sorprendida.

—El padre de usted me lo contó una vez… Y también de usted me habló… Del día que salió a las seis de la tarde y volvió a las ocho pasadas y de cómo se arrodilló Katerina Ivánovna junto a su cama.

Sonia se turbó.

—Hoy me pareció enteramente estar viéndolo —murmuró un tanto indecisa.

—¿A quién?

—A mi padre. Yo iba por la calle, a las nueve y pico, y aquí cerca, en la esquina, me pareció verlo caminar delante.

Parecía enteramente él. Como que sentí el impulso de acercarme a casa de Katerina Ivánovna…

—¿Había salido a dar un paseo?

—Sí —susurró Sonia, confusa otra vez y con la mirada gacha.

—Según tengo entendido, Katerina Ivánovna la trataba de mala manera, casi a golpes.

Sonia le miró casi asustada:

—¡Qué va! ¿Qué dice usted? ¡En absoluto!

—De manera que la quiere usted, ¿no?

—¿Que si la quiero? ¡Pues, claro! —contestó Sonia con voz lastimera y juntando devotamente las manos—. ¡Ay, pero si usted… si usted la conociera! Es igual que una criatura… Parece enteramente como si hubiera perdido el juicio del dolor. ¡Tan inteligente como era, tan generosa… tan buena! Usted no sabe… no se puede imaginar… ¡Ay!

Sonia había hablado como en un arrebato, agitada y afligida, retorciéndose las manos. Sus pálidas mejillas estaban de nuevo arreboladas y los ojos tenían expresión de sufrimiento. Se notaba que muchos sentimientos se habían removido en su interior, que ansiaba decir algo, explayarse, interceder por alguien. Todos los rasgos de su semblante expresaron de pronto una compasión *insaciable* si puede decirse así.

—¿Que me trataba a golpes? Pero, ¿qué dice usted? ¡Tratarme a golpes, Dios mío! Además, aunque me hubiera pegado, ¿qué? ¿Qué, vamos a ver? Usted no sabe nada, lo que se dice nada… ¡Es tan desdichada, tan desdichada! Y está enferma… Ella, lo que busca es la justicia… Es un alma pura. Está persuadida de que en todo tiene que haber justicia, y la exige… Y aunque la atormentasen sería incapaz de hacer nada injusto. Pero, no se da cuenta, no comprende la imposibilidad de que la justicia viva en las personas, y se

enfada… ¡Igual que una criatura, igual que una criatura! Pero, ella es recta, es justa.

—¿Y qué será de usted?

Sonia lo miró, inquisitiva.

—Me refiero a que todos quedan ahora a su cargo. Claro que también antes recaía todo sobre sus espaldas y que incluso acudía a usted el difunto a pedirle dinero para quitarse la resaca. Pero, ahora, ¿qué va a pasar?

—No lo sé —contestó Sonia con tristeza.

—¿Se quedarán allí?

—No lo sé. Allí deben dinero del alquiler. Pero resulta, según tengo entendido, que la patrona ha dicho hoy que los va a echar y Katerina Ivánovna, por su parte, asegura que no quiere quedarse allí ni un minuto más.

—¿Y por qué se engalla de esa manera? ¿Porque espera que cargue usted con todo?

—¡Oh, no! ¡No diga eso! Nosotros somos un todo, vivimos como un solo ser. —Sonia se agitaba de nuevo, incluso se irritaba, exactamente igual que lo hubiera hecho un canario o cualquier otra avecilla—. Además, ¿qué va a hacer ella? ¿Qué puede hacer ella, vamos a ver? —preguntaba, ardiente y atribulada—. ¡Y lo que ha llorado hoy, lo que ha podido llorar! Tiene la mente desquiciada, ¿no lo ha notado usted? Sí, sí, desvaría: tan pronto le entra la preocupación, como si fuera una niña pequeña, de que todo sea digno mañana, de que no falte comida y demás… y a renglón seguido se retuerce las manos, escupe sangre, llora… se desespera y empieza de repente a pegarse cabezazos contra la pared. Luego se calma de pronto, habla de usted como de su salvador, dice que usted la va a ayudar, que ella pedirá prestado dinero en alguna parte y que volverá a su ciudad, conmigo, que allí abrirá un pensionado para señoritas de la alta sociedad y a mí me pondrá de inspectora, que empezaremos una vida nueva y hermosa… y entonces me

besa, me abraza, me dice palabras de consuelo… ¡Y el caso es que se lo cree, que se cree a pies juntillas sus fantasías! ¿Quién sería capaz de llevarle la contraria? Y hoy se ha dedicado todo el santo día a lavar, a limpiar, a remendar; con sus pobrecitas fuerzas, ha metido ella sola el barreño en la habitación, con tantas fatigas que se desplomó en la cama; y esta mañana salimos a comprarles calzado a Pólechka y a Liona porque el que tienen está hecho trizas, pero resultó que el dinero que llevábamos no alcanzaba, faltaba mucho. ¡Y ella que había elegido unas botitas tan lindas!… Porque tiene buen gusto, ¿sabe? Pues allí mismo, en la tienda, rompió a llorar, delante de los dependientes, porque no le alcanzaba… Se partía el corazón de verla.

—Después de todo eso, se comprende que usted… viva así —observó Raskólnikov con una sonrisa amarga.

—¿Pero, es que a usted no le da lástima de ella? ¿No le da lástima? Sin embargo, yo sé que, aun sin haber visto nada, le dio usted todo el dinero que tenía. Conque, si lo hubiera visto todo… ¡Dios mío! ¡Y las veces que yo la habré hecho llorar! La semana pasada, sin ir más lejos. ¿Cómo fui capaz? Una semana antes de que muriera mi padre. Fui cruel con ella. Y también lo he sido otras muchas veces. Y ahora, ¡cuánto he sufrido todo el día sólo de recordarlo!

En efecto, Sonia sufría tanto con aquel recuerdo que se retorcía las manos.

—¿Y usted dice que ha sido cruel?

—¡Sí, sí, yo! Llegué aquel día —continuaba recordando—, y mi difunto padre me dijo: «Léeme algo, Sonia. Me duele un poco la cabeza; léeme algo… Ahí tienes ese libro». Era un libro que le había pedido prestado a Andréi Semiónovich, a Lebeziátnikov, un señor que vive aquí y siempre le prestaba libros divertidos. Y yo le dije «tengo que marcharme» porque no tenía ganas de leer y a lo que había ido era a enseñarle a Katerina Ivánovna unos cuellos: un juego de cuello y puños

que Lizaveta me había vendido muy baratos, pero eran muy bonitos, casi nuevos y con un adorno. A Katerina Ivánovna le gustaron mucho. Se los puso, se miró en el espejo y le encantaron. Conque, me dijo: «Regálamelos, Sonia, por favor». *Por favor* me los pidió, de tanto como deseaba tenerlos. ¿Para qué los querría, si no va a ninguna parte? Pero, se conoce que le hacían recordar tiempos mejores. Se miraba al espejo, muy complacida, la pobrecita que, desde hace años no tiene nada, pero lo que se dice nada, de ropa. Y nunca le ha pedido nada a nadie porque tiene su orgullo y preferiría dar ella hasta el último pingo. Y aquellas pobres prendas, me las pidió de tanto como le habían gustado. Y yo no fui capaz de dárselas. «¿Qué falta le hacen a usted, Katerina Ivánovna?», le dije. Así mismo: «Qué falta le hacen». Y, eso, no debía habérselo dicho de ninguna manera. Y su tristeza no era por no tener el cuello y los puños, sino porque yo se los había negado. Me di cuenta. ¡Ay, si pudiera ahora volver a ese día, enmendarlo todo, borrar esas palabras! ¡Yo, no sé…! Pero, ¿qué le importa a usted todo esto?

—¿Usted conocía a Lizaveta la prendera?

—Sí. Y usted, ¿la conocía de antes? —preguntó a su vez Sonia, algo sorprendida.

—Katerina Ivánovna tiene tisis, ya muy avanzada; pronto morirá —dijo Raskólnikov después de una pausa y sin contestar a la pregunta.

—¡Oh, no! ¡No puede ser! —protestó Sonia y, con gesto inconsciente, se apoderó de las manos de Raskólnikov como suplicándole que aquello no ocurriese.

—Pero, si será mejor que se muera.

—No, no será mejor, no será mejor. ¡No será mejor, en absoluto! —repetía ella angustiada.

—¿Y los niños? ¿A dónde irán si usted no los recoge?

—¡Ay, no lo sé! —gritó Sonia casi desesperada y se llevó las manos a la cabeza; se notaba que aquel pensamiento le había pasado muchas veces por la imaginación y Raskólnikov solamente lo había hecho brotar de nuevo.

—¿Y qué ocurrirá si, aun en vida de Katerina Ivánovna, usted cae enferma y la llevan al hospital? —insistió despiadadamente.

—¡Calle, calle, por favor! ¡Eso no puede ocurrir! —una expresión de pánico contrajo el rostro de Sonia.

—¿Cómo que no puede ocurrir? —prosiguió Raskólnikov con un rictus cruel—. Usted no está a salvo de enfermedades. ¿Qué será de ellos entonces? Se echarán todos a la calle, ella tosiendo, pidiendo limosna y pegándose en la cabeza contra la pared como ha hecho hoy y los niños llorando… Luego se caerá en cualquier sitio, la llevarán a la comisaría, luego al hospital, allí morirá y los niños…

—¡No, no! ¡Dios no lo consentirá!

El grito escapó al fin del pecho oprimido de Sonia, que le escuchaba implorante, con las manos unidas en muda súplica como si todo dependiera de él.

Raskólnikov se levantó y empezó a ir y venir por el cuarto. Transcurrió cosa de un minuto. Sonia continuaba de pie, con la cabeza y los brazos caídos, en actitud de tremendo abatimiento.

—¿Y ahorrar? ¿No puede guardar algo para un momento de apuro? —preguntó de pronto deteniéndose delante de ella.

—No —murmuró Sonia.

—¡Claro que no! Pero ¿lo ha intentado? —insistió él casi irónicamente.

—Sí.

—Y no dio resultado. Es comprensible. ¿A qué preguntar?

Reanudó sus paseos por el cuarto. Transcurrió cosa de un minuto:

—Hay días que no se saca nada, ¿verdad?

Sonia se turbó más todavía y volvió a ruborizarse.

—Sí —musitó con doloroso esfuerzo.

—A Pólechka[90] le ocurrirá probablemente lo mismo —dijo Raskólnikov bruscamente.

—¡No! ¡No! ¡Eso no puede ser! —El alarido de Sonia fue desesperado, como si hubiera recibido una puñalada—. ¡Dios no permitirá una cosa tan horrible! ¡No lo permitirá!…

—Bien lo permite para otras.

—¡No, no! Dios la protegerá… —repitió Sonia fuera de sí.

—Es posible que ni siquiera exista Dios —replicó Raskólnikov hasta con inquina; luego se echó a reír y la miró.

El rostro de Sonia se contrajo, demudado. Miró a Raskólnikov con inefable reproche, estuvo a punto de decir algo; pero, antes de poder pronunciar una sola palabra, prorrumpió en amargos sollozos ocultando el rostro entre las manos.

—Dice que Katerina Ivánovna está perdiendo el juicio; pero eso es lo que le ocurre a usted —dijo Raskólnikov al cabo de una breve pausa.

Transcurrieron cinco minutos. Raskólnikov continuaba su ir y venir, callado y sin mirar a la muchacha. Por fin se acercó a ella con los ojos fulgurantes, le puso las manos sobre los hombros y clavó los ojos en su rostro, bañado por las lágrimas, una mirada hosca, febril y punzante; le temblaban los labios. Súbitamente se inclinó y postrándose en el suelo, le besó un pie. Espantada, Sonia se apartó de él como si se tratara de un loco. Y, en efecto, tenía todo el aspecto de un loco.

—¿Qué hace? ¿Qué hace usted? ¡Arrodillándose delante de mí!… —murmuró, muy pálida, y con el corazón oprimido.

Raskólnikov se incorporó al instante.

—No me he arrodillado delante de ti, sino delante de todo el sufrimiento humano —declaró con arrebato y se apartó hacia una ventana—. Escucha —añadió volviendo enseguida hacia ella—: hace un rato le he dicho a un malvado que él no valía ni lo que tu dedo meñique... y que hoy había honrado a mi hermana sentándola a tu lado.

—¡Ay! ¿Por qué le dijo eso? ¿Y delante de ella? —inquirió Sonia sobresaltada—. Honrarla sentándola a mi lado... ¡Pero, si yo soy una mujer sin honra! ¡Una pecadora! ¿Por qué dijo usted eso?

—No lo dije refiriéndome a tu deshonra y a tu pecado, sino a tu mucho padecimiento. Lo de que eres una pecadora, es cierto —añadió casi extasiado—; pero tu mayor pecado es el de haberte aniquilado y traicionado a ti misma *en vano*. ¡Eso, sí que es espantoso! Porque, ¿no es espantoso que vivas en ese fango que aborreces sabiendo tú misma a ciencia cierta (basta abrir los ojos para verlo) que con ello no ayudas a nadie ni puedes salvar a nadie de nada? Explícame, si hay modo de explicarlo —exigió casi frenético —, cómo pueden convivir dentro de ti tanto oprobio y tanta ruindad con otros sentimientos opuestos y santos. Más justo, mil veces más justo y sensato, sería tirarse de cabeza al agua y terminar de una vez.

—Y entonces, ¿qué sería de ellos? —preguntó débilmente Sonia mirándolo angustiada pero, al mismo tiempo, sin parecer sorprendida en absoluto de su sugerencia.

Raskólnikov la contempló de un modo extraño y todo lo leyó en la mirada de la muchacha. Sí, también ella había tenido ese mismo pensamiento. Era posible que, en su desesperación, muchas veces le hubiera dado vueltas con toda seriedad al modo de terminar de una vez para siempre; con tanta seriedad que ahora apenas la había sorprendido aquella sugerencia. Ni siquiera había advertido la crueldad de sus palabras. Claro que tampoco había advertido el

sentido de sus reproches ni su peculiar punto de vista acerca de su vergüenza. Raskólnikov se daba cuenta de ello, y también comprendió perfectamente el atroz sufrimiento que le causaba, desde hacía ya tiempo, el sentido de su deshonra y de su vergonzosa situación. Y se preguntaba qué motivo la habría impedido terminar así hasta ahora. Sólo entonces comprendió hasta el fondo lo que significaban para ella aquellos desdichados huerfanitos y aquella pobre Katerina Ivánovna, medio loca, con su tisis y sus cabezazos contra la pared.

No obstante, volvía a considerar claramente que, con su carácter y la relativa educación recibida, Sonia no podía en modo alguno permanecer así. Y para él continuaba siendo una incógnita la razón de que hubiera podido aguantar tanto tiempo sin volverse loca, ya que era incapaz de tirarse al agua. Comprendía, por supuesto, que la situación de Sonia era un fenómeno social fortuito, aunque desgraciadamente estaba lejos de ser único ni excepcional. Pero, precisamente lo fortuito del caso, esa relativa educación suya y toda su experiencia anterior hubieran podido destruirla nada más dar el primer paso por aquel odioso camino. ¿Qué la sostenía? No podía ser la depravación ya que, evidentemente, toda aquella infamia no llegaba a rozarla sino de un modo superficial. De la auténtica depravación, no había penetrado ni una gota en su corazón. Él se daba cuenta: la muchacha que tenía delante era diáfana como el cristal…

«Tiene tres opciones —pensaba Raskólnikov—: el canal, el manicomio… o… sumirse finalmente en la depravación que enturbia la mente y petrifica el corazón». La última hipótesis era la que mayor repugnancia le causaba; pero, él se había vuelto ya escéptico, era joven, indiferente, y por lo tanto cruel, de manera que no podía rechazar la convicción

de que la última eventualidad, la depravación, fuera la más probable.

«¿Será verdad? —exclamó para sus adentros—. ¿Será posible que también esta criatura, todavía pura de espíritu, termine sumiéndose conscientemente en ese hediondo pozo de podredumbre? ¿Será posible que haya comenzado ya ese deslizamiento y que si ha podido aguantar hasta ahora es porque el vicio no le parece ya tan repelente? ¡No, no! ¡Eso no puede ser! —exclamaba lo mismo que Sonia poco antes —. Lo que hasta ahora le ha impedido tirarse al canal ha sido la idea del pecado y *ellos*... Y si todavía no se ha vuelto loca... Pero, ¿quién ha dicho que no se ha vuelto loca? ¿Acaso está en su sano juicio? ¿Acaso se puede hablar como habla ella? ¿Acaso se puede razonar, estando en su sano juicio, como razona ella? ¿Acaso es posible permanecer al borde de la perdición, al borde de esa sima de podredumbre que está tragándosela ya y limitarse a agitar las manos y taparse los oídos cuando se la advierte del peligro? ¿Qué le ocurre? ¿Es que espera un milagro? Seguro que sí. ¿Y no son estos síntomas de locura?».

Se aferró tercamente a esta idea. Ese desenlace le agradaba más que ningún otro. Se puso a observarla con mayor atención.

—Tú le rezas mucho a Dios, ¿verdad, Sonia? —preguntó.

Sonia callaba y él esperaba la respuesta, de pie junto a ella.

—¿Y qué sería yo sin Dios? —contestó al cabo con un susurro enérgico, lanzándole de refilón una mirada fulgurante de pronto, a la vez que le estrujaba una mano con la suya.

«Estaba seguro», pensó Raskólnikov, y siguió inquiriendo:

—¿Y qué hace Dios por ti a cambio?

Sonia tardó un rato en dar la respuesta, como si no pudiera encontrarla. Su pecho débil se agitaba todo de

emoción.

—¡Calle! ¡No pregunte nada! No se merece... —gritó de pronto, mirándolo con severidad y cólera.

«Estaba seguro, estaba seguro», se repetía Raskólnikov una y otra vez.

—¡Él lo hace todo! —murmuró muy aprisa, de nuevo con la mirada gacha.

«Esa es la salida. ¡Ahí está la explicación!», concluyó Raskólnikov para sus adentros mientras la miraba con ávida curiosidad.

Ahora observaba con un sentimiento nuevo, extraño y casi morboso, aquel semblante pálido y demacrado, anguloso, de facciones irregulares, aquellos tímidos ojos azules, capaces de refulgir con tanto ardor, con tanta pasión sombría y enérgica, aquel cuerpo menudo, que aún temblaba de indignación y de ira, y todo ello le parecía más sorprendente, por no decir imposible. «¡Una beata, una beata!», se decía.

Encima de la cómoda había un libro. Raskólnikov se había fijado varias veces en él en su ir y venir por el cuarto. Ahora lo tomó para mirarlo. Era el Nuevo Testamento en versión rusa, un libro viejo, manoseado, encuadernado en piel.

—¿Cómo tienes esto? —le preguntó desde el otro lado de la habitación a Sonia, que continuaba en el mismo sitio, a tres pasos de la mesa.

—Me lo han traído —contestó Sonia como a la fuerza y sin mirarlo.

—¿Quién?

—Lizaveta. Yo se lo había pedido.

«¡Lizaveta! ¡Qué extraño!», pensó Raskólnikov. Todo lo relacionado con Sonia se le hacía a cada instante más extraño y chocante. Acercó el libro a la vela y se puso a hojearlo.

—¿Dónde está lo de Lázaro? —preguntó de pronto.

Sonia, que estaba cerca de la mesa, un poco de costado, miraba al suelo y no contestaba.

—Lo de la resurrección de Lázaro, ¿dónde está? Búscamelo, Sonia.

La muchacha lo miró de reojo.

—No está ahí donde busca… Está en el cuarto Evangelio… —murmuró hoscamente, sin acercarse.

—Encuéntralo y léemelo —dijo Raskólnikov y, sentándose, se acodó en la mesa, apoyó la cabeza en una mano y se dispuso a escuchar con la mirada sombría fija en un rincón.

«Dentro de nada acabará en un manicomio. Y me parece que yo también, si no paro en un sitio peor», murmuró para sus adentros.

Indecisa, Sonia se dirigió hacia la mesa después de escuchar con incredulidad la extraña petición de Raskólnikov. Sin embargo, tomó el libro.

—¿Es que no lo ha leído usted? —preguntó mirándolo de reojo desde el otro lado de la mesa. La aspereza de su voz se acentuaba por momentos.

—Hace tiempo… Cuando iba a la escuela. ¡Lee!

—¿Y no lo ha escuchado en la iglesia?

—Yo… no suelo ir. Y tú, ¿vas a menudo?

—No… —susurró Sonia.

—Comprendo… —rió Raskólnikov—. De manera que mañana no irás al entierro de tu padre.

—Sí que iré. Y también fui la semana pasada… para asistir a un funeral.

—¿Por quién fue el funeral?

—Por Lizaveta. La mataron a hachazos.

Los nervios de Raskólnikov estaban más y más tensos La cabeza empezaba a darle vueltas.

—¿Tenías amistad con Lizaveta?

—Sí… Era buena… Solía venir… no muy a menudo… no podía ser. Leíamos y hablábamos. Ella verá al Señor.

Aquellas palabras le sonaban de un modo extraño. Además, se encontraba con otra sorpresa: esas misteriosas reuniones de Lizaveta y Sonia, las dos beatas.

«Aquí, cualquiera puede terminar igual. ¡Es contagioso!», pensó. Y gritó de pronto, imperiosamente, con irritación:

—¡Lee!

Sonia dudaba todavía. El corazón le latía con fuerza. No se atrevía a leer para él, y él contemplaba casi con angustia a la «desdichada demente».

—¿Para qué, si usted no cree?… —murmuró suavemente y casi ahogándose.

—¡Lee! ¡Quiero que leas! —insistió él—. ¿No leías para Lizaveta?

Sonia abrió el libro y encontró el texto que buscaba. Le temblaban las manos y se le quebraba la voz. Dos veces empezó, sin poder pasar de la primera sílaba.

—«Había un enfermo, Lázaro, de Betania…» —pronunció al fin, con esfuerzo; pero, a partir de la tercera palabra, su voz vibró de pronto y se quedó lo mismo que una cuerda demasiado tirante. Se le cortó el aliento y sintió opresión en el pecho.

Raskólnikov comprendía, en parte, por qué se resistía Sonia a leerle aquello y, cuanto más lo comprendía, con más dureza e irritación insistía en la lectura. Demasiado bien comprendía lo doloroso que le resultaba ahora a la muchacha descubrir y revelar su sentir más íntimo. Comprendía que aquellos sentimientos constituían efectivamente su secreto actual, que bien podía ser antiguo y remontarse al comienzo de su adolescencia, cuando aún vivía en familia, junto a su infortunado padre y una madrastra enajenada de tanto padecer, entre niños hambrientos, gritos destemplados y reproches. Pero, al

mismo tiempo, había descubierto y lo había descubierto a ciencia cierta, que, aunque algo la angustiaba y la asustaba terriblemente al iniciar ahora la lectura, ella misma sentía el ansia atormentadora de leer, a despecho de toda su angustia y todos sus temores, y de leerle precisamente *a él*, para que lo oyera, y precisamente *ahora* «ocurriera lo que ocurriera después»… Todo esto lo leyó Raskólnikov en los ojos de Sonia, lo coligió de su exaltación… Ella logró sobreponerse, dominó el espasmo de la garganta que le había cortado la voz al principio y continuó la lectura del versículo once del Evangelio de San Juan. Así llegó hasta el versículo diecinueve:

—«… y muchos judíos habían venido a Marta y a María para consolarlas por su hermano. Marta, pues, en cuanto oyó que Jesús llegaba, le salió al encuentro; pero Marta se quedó sentada en casa. Dijo, pues, Marta a Jesús: Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; pero sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo otorgará».

Sonia hizo otra pausa aquí, ruborizada, presintiendo que de nuevo le temblaría la voz y se le quebraría…

«Díjole Jesús: Resucitará tu hermano. Marta le dijo: Sé que resucitará en la resurrección, en el último día. Díjole Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees tú esto? Díjole ella…».

Y, tomando aliento como con dolor, Sonia leyó enérgica y claramente, igual que si hiciera acto público de contrición:

—«Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, que ha venido a este mundo».

Sonia iba a detenerse, le lanzó una mirada fugaz, pero se sobrepuso y continuó leyendo. Raskólnikov escuchaba, quieto, sin volverse, acodado en la mesa y mirando hacia un lado. Llegaron al versículo treinta y dos:

—«Así que María llegó donde Jesús estaba, viéndolo, se echó a sus pies, diciendo: Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano. Viéndola Jesús llorar y que lloraban también los judíos que venían con ella, se conmovió hondamente y se turbó, y dijo: ¿Dónde lo habéis puesto? Dijéronle: Señor, ven y ve. Lloró Jesús y los judíos decían: ¡Cómo le amaba! Algunos de ellos dijeron: ¿No pudo éste, que abrió los ojos del ciego, hacer que no muriese?».

Raskólnikov se volvió hacia la muchacha y la miró emocionado. Estaba seguro de lo que iba a suceder: Sonia estaba toda temblorosa, presa de un auténtico acceso de fiebre. Él lo esperaba porque se acercaban al relato del portentoso e inaudito milagro y una sensación de inmenso triunfo se había apoderado de ella. Su voz vibraba como el metal y el triunfo y la alegría resonaban en ella dándole fuerza. Los renglones saltaban delante de sus ojos porque los tenía empañados, pero ella se sabía de memoria lo que estaba leyendo. Al llegar a aquel último versículo de «¿no pudo éste, que abrió los ojos del ciego…?» había transmitido con ardor y pasión, sofocando la voz, la duda, el reproche y la burla de los invidentes judíos incrédulos que, como alcanzados por un rayo, se desploman, sollozantes, y creen… «También *él*, igualmente ciego e incrédulo, también *él* escuchará ahora y creerá, ¡sí, sí!, ahora, en este instante», soñaba, estremecida de gozosa espera.

—«Jesús, otra vez conmovido en su interior, llegó al sepulcro que era una cueva tapada con una piedra. Dijo Jesús: Quitad la piedra. Díjole María, la hermana del muerto: Señor, ya hiede, pues lleva cuatro días».

Sonia acentuó enérgicamente la palabra *cuatro*.

—«Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si creyeres, verás la Gloria de Dios? Quitaron, pues, la piedra, y Jesús, alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que siempre me escuchas, pero por la

muchedumbre que me rodea lo digo, para que crean que tú me has enviado. Diciendo esto, gritó con fuerte voz: Lázaro, sal fuera. Salió el muerto…».

Sonia leía con voz sonora y exaltada, trémula y aterida, como si estuviera presenciando la escena.

—«… ligados con fajas pies y manos y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Soltadle y dejadle ir. Muchos de los judíos que habían venido a María y vieron lo que había hecho, creyeron en Él».

Sonia no continuó leyendo, ni podía hacerlo. Cerró el libro y se levantó rápidamente de su silla.

—Eso es todo acerca de la resurrección de Lázaro —murmuró grave y escuetamente, y se quedó quieta, vuelta hacia un lado, sin atreverse a mirarlo como si el rubor se lo impidiera. Su temblor febril no había cesado. El pabilo que quedaba de la vela en la palmatoria retorcida parpadeaba hacía ya rato, alumbrando apenas en el mísero aposento al asesino y a la ramera, reunidos de forma tan peregrina para la lectura de la Biblia. Pasaron cinco minutos o quizá más.

—He venido a hablarte de un asunto —profirió de pronto Raskólnikov en voz alta, con el ceño fruncido. Se levantó y fue hacia Sonia que, callada, alzó entonces los ojos. Captó su mirada, particularmente grave en ese momento, que reflejaba una resolución inquebrantable—. Hoy he abandonado a mi familia, a mi madre y a mi hermana —dijo—. No volveré a su lado. He roto definitivamente con ellas.

—¿Por qué? —preguntó Sonia atónita.

La entrevista que había tenido con la madre y la hermana de Raskólnikov había causado en ella una impresión extraordinaria aunque confusa. Escuchó casi con espanto la noticia de la ruptura.

—Ahora no tengo a nadie más que a ti —agregó—. Vamos juntos. He acudido a ti. Los dos estamos malditos, conque iremos los dos.

Sus ojos refulgían. «Parece medio loco», pensó a su vez Sonia.

—¿A dónde vamos a ir? —preguntó asustada y retrocedió involuntariamente.

—¿Qué sé yo? Únicamente sé que debemos ir por el mismo camino. Eso, sí lo sé de seguro, pero nada más. La meta es la misma.

Ella lo miró buscando una explicación porque tan sólo comprendía que era desgraciado, infinita y terriblemente desgraciado.

—De esos, si les hablas, ninguno te comprenderá; pero, yo sí he comprendido. Te necesito, y por eso he acudido a ti.

—No entiendo... —murmuró Sonia.

—Ya entenderás más tarde. ¿No has hecho tú lo mismo? Tú también has delinquido..., has sido capaz de delinquir. Has atentado contra ti misma, has destruido una vida... *la tuya* (¡es lo mismo!). Podías haber vivido con tu espíritu y tu razón, y ahora terminarás en la plaza Sennáia. Pero, no podrás soportarlo y, si te quedas *sola*, te volverás loca lo mismo que yo. ¡Si ya estás ahora como enajenada! Por eso debemos seguir juntos el mismo camino. ¡Vamos!

—¿Para qué? ¿Por qué dice eso? —pronunció Sonia, extraña y violentamente agitada por sus palabras.

—¿Por qué? Pues, porque no se puede seguir así. Por eso. Hay que mirar las cosas de frente y con seriedad en vez de gimotear puerilmente y gritar que Dios no lo consentirá. ¿Qué pasaría si, en efecto, te llevaran mañana al hospital? Ésa, loca y tísica, pronto se morirá; pero, ¿y los niños? ¿No terminará mal Pólechka? ¿Acaso no has visto por aquí, en las esquinas, a niños pidiendo limosna porque los mandan sus madres? Yo me he enterado dónde viven esas madres y en qué ambiente. En tales lugares, los niños no pueden seguir siendo niños. Allí, un chiquillo de siete años es ya un vicioso y un ladrón. Y eso que los niños son la imagen de Cristo:

«suyo es el reino de los cielos». Él ordenó honrarlos y amarlos, ellos son la futura humanidad…

—Pero, ¿qué hacer? ¿Qué hacer? —repetía Sonia llorando convulsivamente y retorciéndose las manos.

—¿Qué hacer? Romper lo que sea necesario romper de una vez por todas, y nada más. Y cargar con el sufrimiento. ¿Qué? ¿No comprendes? Ya comprenderás más tarde… ¡Libertad y dominio! Más que nada dominio. Dominio sobre todos los entes temblorosos, sobre todo el hormiguero… ¡Esa es la meta! Compréndelo. Estas son mis palabras de despedida. Quizá esté hablando contigo por última vez. Si no he vuelto mañana, tú misma te enterarás de todo y entonces recordarás estas palabras mías. Y algún día, después, con el correr de los años y de la vida, comprenderás lo que significan. Pero, si vengo mañana, te diré quién mató a Lizaveta. ¡Adiós!

Sonia se estremeció de espanto.

—Pero, ¿sabe usted quién la mató? —preguntó, paralizada de horror y mirándolo con los ojos desorbitados.

—Lo sé, y te lo diré… A ti sola. Te he elegido a ti. No vendré a pedir tu perdón, sino simplemente a decírtelo. Hace tiempo que te elegí para decirte esto; fue cuando tu padre me habló de ti y Lizaveta aún vivía. Adiós. No me des la mano. ¡Mañana!

Y salió. Sonia había estado mirándolo como a un demente, aunque también ella parecía haber perdido el juicio y se daba cuenta de ello. La cabeza le daba vueltas. «¡Dios mío! ¡Sabe quién mató a Lizaveta! ¿Qué habrá querido decir? ¡Esto es horrible! —pensaba; pero, al mismo tiempo, la *idea* no le pasaba por la imaginación. Ni por lo más remoto—. ¡Oh! ¡Debe sentirse muy desgraciado! Ha dejado a su madre y a su hermana. ¿Por qué? ¿Qué habrá ocurrido? ¿Qué propósitos tendrá? ¿Qué me ha dicho? Me ha

besado un pie y ha dicho… ha dicho, sí, lo ha dicho claramente, que no puede vivir sin mí… ¡Dios mío!».

Pasó una noche de fiebre y delirio. Unas veces se incorporaba sobresaltada, lloraba, se retorcía las manos y otras recaía en un letargo calenturiento en el que se le aparecían Pólechka, Katerina Ivánovna, Lizaveta, la lectura del Evangelio y él… él, con su rostro pálido y sus ojos ardientes… y le besaba los pies llorando… ¡Oh, Dios!

Tras la puerta de la derecha, la que separaba la habitación de Sonia y el piso de Gertrud Kárlovna Resslich, había un cuarto, perteneciente a esta última, que se hallaba desde hacía ya tiempo vacío y por alquilar según atestiguaban un aviso puesto en el portón y papeles pegados en las ventanas que daban al canal. Sonia estaba acostumbrada a considerar el cuarto deshabitado. Sin embargo, durante todo aquel rato, el señor Svidrigáilov había estado allí escuchando sigilosamente, pegado a la puerta. Cuando Raskólnikov se marchó, siguió allí unos momentos reflexionando, se deslizó de puntillas hasta el cuarto contiguo, que era el suyo, tomó una silla y la dejó sin ruido junto a la puerta que daba al cuarto de Sonia. La conversación escuchada le había parecido interesante, significativa y tan de su agrado que trasladó allí la silla precisamente con vistas a eludir en el futuro, al día siguiente, por ejemplo, la molestia de pasarse una hora a pie firme, instalándose con toda comodidad para que el placer fuera completo.

V



LA MAÑANA siguiente, cuando Raskólnikov se presentó a las once en punto en el Departamento de Investigación de la comisaría y se hizo anunciar a Porfiri Petróvich, le chocó que tardaran tanto en recibirlo: transcurrieron por lo menos diez minutos antes de que le hicieran pasar, cuando, según su idea, debían haber caído sobre él al instante. Sin embargo, permaneció en la antesala viendo ir y venir a la gente que no parecía reparar en él. En la sala contigua, una oficina, trabajaban varios escribientes y, evidentemente, ninguno de ellos tenía la menor idea de quién o qué era Raskólnikov. Éste, por su parte, observaba con inquietud y suspicacia a su alrededor por si descubría cerca a alguien con aspecto de celador y mirada alerta puesto allí para que no se escapara. Pero, no había nada parecido. Sólo veía a los escribientes, con la expresión trivial que ponían en sus rostros los quehaceres oficinescos, y algunas otras personas; pero, nadie le prestaba la menor atención y podía perfectamente largarse adonde quisiera. Con el paso del tiempo, arraigaba más en Raskólnikov la idea de que si el hombre misterioso de la víspera, aquel fantasma surgido de bajo tierra, lo sabía y lo había visto efectivamente todo, no le habrían dejado ahora a él esperar allí tan campante. Ni tampoco habrían aguardado hasta las once de la mañana a que se dignara él presentarse. De manera que, o bien aquel hombre no le había denunciado o bien… o bien, simplemente, tampoco sabía nada ni había visto nada por sus propios ojos (además, ¿cómo podía haber visto algo?) y, por consiguiente, todo lo que le había sucedido a Raskólnikov el día anterior era también una visión inventada y abultada por su morbosa mente sobreexcitada. Era ésta una conjetura que había

comenzado a tomar cuerpo ya la víspera, en los momentos de mayor ansiedad y desesperación. Mientras le daba ahora vueltas a todo y se preparaba para un nuevo enfrentamiento, notó de pronto que estaba temblando y sintió por dentro un estallido de indignación al pensar que temblaba de miedo ante el aborrecible Porfiri Petróvich. Lo más terrible para él era encararse de nuevo con aquel hombre: lo odiaba infinita y desmedidamente; tanto, que temía traicionarse debido a ese odio. Y era tal su indignación, que acabó de golpe con el temblor. Se dispuso a entrar con aire frío e insolente, jurándose hablar lo menos posible, observar y prestar oído y, por lo menos esa vez, sobreponerse a toda costa a su naturaleza morbosamente irascible. Entonces le anunciaron que Porfiri Petróvich lo esperaba.

En ese momento, Porfiri Petróvich estaba solo en su despacho, local de medianas dimensiones, cuyo mobiliario consistía en una gran mesa de escritorio colocada delante de un diván de hule, un buró, una estantería en un rincón y unas cuantas sillas, todo ello de madera amarilla barnizada y la factura corriente en los lugares oficiales. En un rincón de la pared trasera, que más bien era un tabique, había una puerta cerrada; probablemente daría paso a otros locales. Porfiri Petróvich cerró enseguida la puerta por donde había entrado Raskólnikov y se quedaron solos. Acogió al visitante con aire muy cordial y afable en apariencia y sólo al cabo de unos minutos advirtió Raskólnikov, por ciertos indicios, una especie de confusión, como si le hubieran desconcertado o sorprendido en algún quehacer muy particular y secreto.

—¡Ah, mi muy estimable! ¡Usted por estos lares…! —comenzó Porfiri Petróvich adelantando ambas manos—. Pero, tome asiento, *bátiushka*. Perdón, pero acaso no le agrade que le llamen muy estimable y *bátiushka* así, *tout court*[91]. Disculpe la familiaridad, por favor… Aquí, en el diván…

Raskólnikov tomó asiento sin apartar la mirada de él.

Lo de «por estos lares», la disculpa por su familiaridad, la expresión francesa *tout court* y demás eran indicios significativos. «Me ha tendido las dos manos, pero las ha retirado antes de darme ninguna». Ambos se observaban pero, cuando sus miradas se cruzaban, las desviaban con la celeridad del rayo.

—Le he traído este papel… acerca del reloj… Aquí lo tiene. ¿Sirve así, o hay que redactarlo de nuevo?

—¿Cómo? ¿Un papel? Sí, sí… No se preocupe. Está bien —replicó Porfiri Petróvich igual que si tuviera prisa por ir a alguna parte, y sólo después de estas palabras tomó el papel y le echó un vistazo—. Sí, está bien. No hace falta nada más —confirmó con la misma precipitación y dejó el papel encima de la mesa. Al poco rato, mientras hablaba de otra cosa, volvió a tomarlo de la mesa y lo llevó al buró.

—Si no recuerdo mal, ayer dijo usted que quería interrogarme… oficialmente… acerca de mi trato con esa mujer… asesinada —comenzó de nuevo Raskólnikov.

Nada más hablar, le cruzó por la mente como un relámpago una duda: «¿Por qué habré metido lo de *si no recuerdo mal*?»; pero, inmediatamente, y también como un relámpago, se le ocurrió la objeción: «¿Y por qué me preocupa tanto haber metido lo de si no *recuerdo mal*?».

De súbito, notó que sólo por el hecho de hallarse frente a Porfiri Petróvich, sólo por haber intercambiado un par de palabras y un par de miradas, su suspicacia había adquirido al instante proporciones monstruosas… y que eso era peligrosísimo: se le ponían los nervios de punta y aumentaba la tensión. «Mala cosa… Mala cosa… Voy a traicionarme otra vez».

—Sí, claro, sí. Pero, no se preocupe. Hay tiempo de sobra. Hay tiempo… —murmuraba Porfiri Petróvich, que no cesaba de ir y venir junto a la mesa, dirigiéndose tan pronto a la

ventana, al buró o de nuevo a la mesa, unas veces rehuyendo la mirada suspicaz de Raskólnikov y otras deteniéndose en seco para clavarle fijamente los ojos. Bajito, grueso y redondo, ofrecía la extraña imagen de una pelota que rodase de un lado para otro y rebotara siempre de todas las paredes y todos los rincones.

—Ya nos ocuparemos de eso… ¿Fuma usted? ¿Un cigarrillo…? —ofreció al visitante—. Le recibo aquí ¿sabe usted?, aunque mi apartamento, el que me proporciona el Estado se halla ahí mismo, detrás de ese tabique, porque de momento no lo ocupo: está en obras. Necesitaba ciertos retoques. Casi está ya listo. Estos apartamentos oficiales son una gran cosa, ¿verdad? ¿Qué le parece a usted?

—Sí, una gran cosa —replicó Raskólnikov mirándolo casi con sorna.

—Una gran cosa, una gran cosa… —repetía Porfiri Petróvich, pero como si se hubiera puesto a pensar de pronto en algo totalmente distinto—. ¡Sí! ¡Una gran cosa! —gritó casi al final, deteniéndose bruscamente a dos pasos de Raskólnikov, y alzó los ojos hacia él. Aquella boba repetición de que la vivienda proporcionada por el Estado era una gran cosa contrastaba en exceso, por su trivialidad, con la mirada grave, inteligente y enigmática que clavaba ahora en su visitante.

Pero esta circunstancia exacerbó la furia de Raskólnikov, que no pudo contener ya un reto zumbón y bastante imprudente.

—¿Sabe usted una cosa? —preguntó de pronto casi con insolencia, y al parecer recreándose en ella—. Existe, según tengo entendido, una norma o un hábito jurídico, igual para todos los jueces de instrucción imaginables, consistente en comenzar desde lejos, con preguntas triviales o incluso serias pero ajenas al caso, para que el interrogado se relaje o, mejor dicho, para distraerlo, para embotar su cautela y

luego, de golpe y porrazo, descargarle sobre los sesos la pregunta más fatídica y peligrosa. ¿Es así? Creo que se alude a ello en todas las reglas y recomendaciones.

—Ya, ya… Y usted ha pensado que yo le hablo de la vivienda del Estado… ¿eh? —Dicho lo cual, Porfiri Petróvich entornó los párpados, hizo un guiño, y una sombra divertida corrió por su rostro: se alisaron las arrugas de su frente, los ojillos se estrecharon, las facciones se distendieron, y él soltó, con los ojos clavados en Raskólnikov, una risa nerviosa y prolongada que sacudió y bamboleó todo su cuerpo. Raskólnikov optó por imitarlo, haciendo un esfuerzo, pero cuando la hilaridad de Porfiri Petróvich, al reparar en ello, aumentó hasta el punto de congestionarlo, la repugnancia de Raskólnikov fue superior a su prudencia: dejó de reírse, frunció el ceño y estuvo mirando con odio al juez, sin apartar los ojos de él, durante todo el tiempo que duró su risa, deliberadamente sostenida, al parecer. La imprudencia, por otra parte, era recíproca: resultaba que Porfiri Petróvich se reía de su visitante en su propia cara sin importarle gran cosa que éste acogiera su risa con odio. Esta circunstancia era muy significativa para Raskólnikov, pues comprendió que Porfiri Petróvich no había experimentado probablemente la menor confusión durante todo ese tiempo y él, por el contrario, quizá hubiera caído en una trampa; comprendió que allí había algo, algún motivo que él ignoraba, que quizá estuviera ya todo preparado para revelarse y descargar sobre él de un momento a otro…

Enseguida fue derecho al grano: se levantó y tomó su gorra.

—Porfiri Petróvich —comenzó resueltamente, pero con bastante irritación—: usted manifestó ayer el deseo de que me pasara por aquí para cierto interrogatorio —hizo particular hincapié en la palabra *interrogatorio*—. He venido y, si necesita preguntarme algo hágalo; de lo contrario,

permítame retirarme. Tengo que hacer y ando alcanzado de tiempo… Quiero ir al entierro del funcionario atropellado… como también sabe usted… —añadió; al instante se disgustó consigo mismo por haber dicho eso, y el disgusto se transformó enseguida en mayor irritación—. Estoy harto de todo esto, y desde hace mucho tiempo, ¿me oye?… En parte, ése ha sido el motivo de mi enfermedad… En una palabra… —gritó casi al notar que la alusión a su enfermedad estaba aún más desplazada—. En una palabra, haga el favor de interrogarme o de dejar que me vaya ahora mismo… Y si me interroga, que sea en la debida forma… De lo contrario, no lo consentiré. Así que adiós de momento, ya que no tenemos ahora nada que hacer juntos.

—¡Por Dios! ¿Qué dice? Pero, ¿a son de qué iba yo a interrogarlo? —cacareó Porfiri Petróvich, que al momento cambió de tono y de actitud y dejó de reír—. ¡Por favor, no se ponga así! —Se agitaba de nuevo, tan pronto volviendo a sus idas y venidas como ofreciendo asiento a Raskólnikov—. ¡Tiempo habrá para todo! ¡Y de sobra! Todo esto son tonterías. Yo, en cambio, estoy encantado de que al fin haya venido usted por aquí… Le recibo como a un invitado. Y en cuanto a esa maldita risa, no lo tome a mal, Rodión Románovich. No confundo el patronímico, ¿verdad? Es cosa de los nervios, y que me ha hecho mucha gracia la agudeza de su observación. Hay veces que me entra la risa y así me paso media hora, botando como si fuera de goma… Sí, soy muy dado a la risa. Y, en vista de mi complexión, incluso temo que pueda acarrearme un ataque de parálisis. Pero, siéntese, vamos… ¿Qué hace de pie? Por favor, siéntese o pensaré que se ha enfadado…

Raskólnikov callaba, escuchaba y observaba sin desarrugar el entrecejo. No obstante, tomó asiento, aunque sin soltar la gorra.

—Una cosa quiero decirle sobre mi modo de ser, Rodión Románovich, *bátiushka* —continuó Porfiri Petróvich, siempre moviéndose por la estancia y como rehuyendo cruzar la mirada con el visitante—: yo soy un hombre soltero, ni mundano ni conocido y, además, un hombre poco ágil, anquilosado, y… ¿Ha advertido usted, Rodión Románovich que aquí…, me refiero a Rusia y, más en especial, a nuestro San Petersburgo, cuando se encuentran dos personas inteligentes, que no se conocen demasiado pero se aprecian, como nos ha ocurrido ahora a nosotros, se pasan su buena media hora sin poder hallar tema de conversación, confusos y encogidos el uno frente al otro? Todo el mundo tiene tema de conversación… Las señoras, por ejemplo, cuando están en sociedad, las personas de las altas esferas, siempre tienen temas de conversación, *c'est de rigueur*[92]; *en* cambio los hombres de la capa media, como nosotros, los hombres pensantes, son encogidos y callados. ¿Por qué será, eh? Me pregunto si será porque no tenemos intereses sociales o porque somos tan honrados que no queremos engañarnos mutuamente. ¿Eh? ¿Qué le parece a usted? Pero, deje la gorra, hombre. Hasta da fatiga mirarlo, como si fuera a marcharse ahora mismo… Yo, en cambio, me alegro tanto…

Raskólnikov dejó la gorra, pero siguió callado y escuchando la cháchara hueca y deshilvanada de Porfiri. «¿Qué pretenderá? ¿Querrá distraer mi atención con su estúpido parloteo?».

—No le ofrezco una taza de café porque no es el sitio adecuado; pero, ¿por qué no pasar cinco minutos con un amigo para distraerse un poco? —continuaba Porfiri sin una pausa—. Ya sabe usted lo que son todas estas obligaciones del servicio… Y no se moleste, *bátiushka*, por este ir y venir mío; disculpe, *bátiushka*, porque no quisiera molestarle en modo alguno, pero este ejercicio me es simplemente

indispensable. Me paso tanto tiempo sentado que me alegro de poder caminar unos minutos… las hemorroides, ¿comprende? Tengo intención de tratarme por la gimnasia. Según dicen, hay consejeros civiles, consejeros titulares e incluso consejeros privados que lo hacen saltando a la comba, sí… Ya ve usted a lo que ha llegado la ciencia en nuestros tiempos… sí… En cuanto a las obligaciones cotidianas que tengo aquí, los interrogatorios y demás formalidades… usted mismo, *bátiushka*, acaba de aludir ahora a los interrogatorios… pues sepa usted, *bátiushka* Rodión Románovich, que hay ocasiones en que esos interrogatorios desorientan más al investigador que al interrogado… Usted mismo, *bátiushka*, acaba de observarlo ahora con todo ingenio y acierto. —Raskólnikov no había hecho ninguna observación parecida—. Termina uno embrollándose. De veras que sí. Y, siempre lo mismo, ¡siempre lo mismo como si diera vueltas a una noria! Ahora, con esto de la Reforma[93], al menos se nos denominará de otra manera. ¡Je, je, je! Pero, en lo referente a nuestros métodos jurídicos, como ha tenido usted a bien expresarse con todo acierto, abundo plenamente en su opinión. No encontrará usted, entre todos los procesados, ni uno solo, ni aun el más palurdo, que no sepa, por ejemplo, que el interrogatorio se iniciará con preguntas ajenas al caso para embotar su cautela, según la acertada expresión de usted, para luego descargarle las otras sobre los sesos, según la atinada imagen de usted. ¡Je, je! Y usted pensó, en efecto, que al hablarle yo de la vivienda que nos proporciona el Estado, yo pretendía… ¡Je, je! Es usted muy irónico. Bueno, no se hable más. Y, a propósito… Una palabra tira de la otra, una idea sugiere otra… Al aludir antes al interrogatorio, tuvo usted a bien mencionar que había de hacerse en la debida forma… Pero, ¿qué es la debida forma? En muchas ocasiones, no tiene sentido atenerse a la «debida forma». A

veces, da mejor resultado limitarse a una charla amistosa. Siempre está uno a tiempo de llevar el interrogatorio «en la debida forma»; eso, se lo aseguro para su tranquilidad. Pero, ¿puede usted decirme lo que eso significa, en esencia? Hay formalidades con las que no se puede coartar a cada paso al investigador. El trabajo del investigador es, en cierta forma y por decirlo de algún modo, semejante al ejercicio de una profesión liberal… ¡Je, je, je!

Porfiri Petróvich interrumpió un instante, para tomar aliento, aquel raudal de verborrea disparatada en el que deslizaba de pronto alguna que otra palabreja enigmática para volver enseguida al discurso descabellado. Ahora se movía por la habitación casi a la carrera, acelerando más y más el paso de sus piernas, breves y gordas, con la mirada fija en el piso, la mano derecha a la espalda y la izquierda en acción continua, pero cuyos gestos, curiosamente, no casaban en absoluto con sus palabras. Raskólnikov tuvo la impresión de que, en su ir y venir, se había detenido un par de veces junto a la puerta un instante como si prestara oído… «¿Estará esperando algo?».

—Efectivamente, tiene usted toda la razón, sí… —Porfiri volvía a tomar el hilo y miraba a Raskólnikov con expresión jovial y casi de simpleza, lo que hizo que éste se pusiera inmediatamente en guardia, sobresaltado—. Tiene toda la razón al burlarse con tanto ingenio como lo hace, de estas formalidades jurídicas nuestras, ¡je, je! En verdad que estos métodos nuestros tan sesudamente psicológicos (algunos, claro está) resultan de lo más ridículos y también inútiles, quizá, cuando las normativas son demasiado estrictas. Sí… Bueno, vuelta a lo mismo: el caso es que si en algún asunto que yo esté investigando tengo la certeza o la sospecha de que éste, aquél o el de más allá es culpable… ¿Usted estudia Derecho, verdad, Rodión Románovich?

—Estudiaba, sí…

—Pues aquí tiene, digamos, un ejemplo para el porvenir… Pero, no vaya usted a pensar que me atrevo a darle lecciones, sobre todo conociendo los artículos que escribe usted sobre la materia. Lo que hago es exponerle un hecho, un pequeño ejemplo. De manera que si yo considero culpable a éste, al otro o al de más allá, ¿qué necesidad tengo, vamos a ver, de ponerlo sobre aviso antes de tiempo aun cuando posea pruebas contra él? A un delincuente, por ejemplo, tendría la obligación de detenerlo al instante mientras que a otro, de carácter muy distinto, puedo dejarlo danzar todavía un tiempo por la ciudad. ¡Je, je! Pero, veo que no acaba usted de comprenderme, y se lo voy a explicar con mayor claridad. Supongamos, y es un ejemplo, que me precipito con el encarcelamiento; pues bien, de ese modo, le proporciono quizá un apoyo moral, ¡je, je! ¿Se ríe usted? —Raskólnikov, que no tenía la menor intención de reírse, permanecía en el mismo sitio, con los labios crispados y los ojos clavados en Porfiri—. Y, sin embargo, así sucede con ciertos sujetos, porque las personas son diferentes y, en cambio, sólo existe un procedimiento aplicable a todas. Hace poco se refería usted a las pruebas; pero el caso es que, admitiendo que existan, las pruebas son, en la mayoría de los casos, armas de doble filo, *bátiushka*, y yo no soy más que un investigador, o sea, un hombre débil, lo confieso: me gustaría tener una prueba tan clara como que dos y dos son cuatro, una prueba evidente e irrefutable. Pero, si encierro al sospechoso antes de tiempo, aunque esté persuadido de que él es el culpable, es posible que así me prive yo mismo de medios para desenmascararlo. ¿Y por qué? Pues, porque le doy en cierto modo una posición determinada; porque, en cierto modo, le defino psicológicamente, porque lo tranquilizo y entonces él se me escapa, refugiándose en su caparazón, y al fin comprende que es un reo. Cuentan que en Sebastopol, inmediatamente después de lo del río

Alma[94], hombres de gran entendimiento temblaron ante la idea de que el enemigo se lanzara de un momento a otro al ataque abierto y tomara de golpe Sebastopol; pero cuando vieron que el adversario prefería un asedio en toda regla y empezaba a levantar el primer parapeto, cuentan que esos hombres de gran entendimiento se llevaron una gran alegría y se tranquilizaron porque suponía un respiro de lo menos dos meses, si es que llegaban a tomar la ciudad por asedio. ¿Se ríe otra vez? ¿Tampoco me cree ahora? No, si tiene usted razón, desde luego. ¡Tiene razón, sí, tiene razón! Todos estos son casos particulares, de acuerdo; y el que acabo de exponerle también lo es, sí. No obstante, mi buen Rodión Románovich, algo hay que conviene tener en cuenta y es que el caso general, el caso al cual son aplicables todas las fórmulas y las normas jurídicas y para el cual han sido previstas y recogidas en los manuales, no existe en absoluto puesto que cualquier caso, cualquier delito, digamos, se convierte, nada más ocurrir realmente, en un caso especial; tan especial que, en ocasiones, no se parece a ningún otro anterior. En este sentido, se dan algunos de lo más cómicos. Si yo dejo a un señor a su aire, sin detenerlo ni molestarlo, pero sabiendo, o al menos sospechando, a cada hora, a cada minuto, que estoy enterado de todo, de todo absolutamente, y que lo vigilo día y noche sin quitarle ojo; si lo mantengo así, de una forma deliberada, en estado permanente de incertidumbre y de terror, por Dios que empezará a desazonarse hasta que venga él mismo a confesar, o bien hará algo de lo que sí resulte que dos más dos… algo que tenga lógica matemática, vamos… Eso es muy agradable. Y si esto puede ocurrirle a cualquier palurdo del pueblo, cuánto más a un hombre de clase superior, a un hombre inteligente de nuestra época, sobre todo si está cultivado en cierto sentido. Porque, amigo mío, es importantísimo saber en qué dirección se ha cultivado una persona… ¿Y qué me

dice usted de los nervios, eh, qué me dice usted de ellos? ¿Los ha olvidado? Ahora que todo el mundo tiene los nervios enfermos, de punta, irritados… ¿Y la bilis? ¡Pero, si todo el mundo la tiene ahora revuelta! Como que, en ocasiones, todo eso es un auténtico filón para nosotros. ¿Por qué ha de preocuparme que ese hombre ande suelto por la calle? Que vaya y venga a su antojo de momento, sí, sí; porque yo sé muy bien que es mi presa y no se me escapará. Además, ¿a dónde iba a escapar? ¡Je, je! ¿Al extranjero? Al extranjero puede escapar un polaco; pero *él*, no. Sobre todo porque yo le vigilo y he tomado mis medidas. ¿Iba a escapar a algún rincón apartado de nuestro país? ¡Pero, si allí viven los *mujiks*[95], los auténticos y zafios *mujiks* rusos! Y un hombre cultivado, un hombre de nuestra época, antes optaría por la cárcel que por vivir entre seres ajenos a él como son nuestros *mujiks*. ¡Je, je! Pero, todas éstas son nimiedades superficiales. ¿Escaparse? ¿Qué significa eso? Sólo es una fórmula. Lo esencial es otra cosa: si no escapa, no es solamente porque no tenga adonde escapar. No escapa porque está retenido *psicológicamente*. ¡Je, je! ¿Ha visto usted qué expresión, eh? Si no escapa, aunque tuviera adonde escapar, es por ley natural. ¿Ha observado usted a una mariposa alrededor de una vela encendida? Pues, así estará él, dando vueltas y más vueltas a mi alrededor como alrededor de una vela encendida. Dejará de encontrarle encanto a la libertad. Empezará a cavilar, a sentirse apresado entre redes tejidas por él mismo y le embargará un desasosiego de muerte… Es más: me bastará darle un respiro algo más duradero para que él mismo me proporcione uno de esos hechos matemáticos tan claros como que dos y dos son cuatro… Y no cejará en sus vueltas a mi alrededor, cada una de radio más reducido, hasta que, ¡zas!, se me meta en la boca y yo me lo trague. Resultará muy agradable, ¡je, je! ¿No lo cree usted?

Raskólnikov no contestó. Quieto, pálido, seguía observando fijamente a Porfiri Petróvich con la misma expresión.

«¡Buena lección! —pensó con un escalofrío—. Ya no es sólo lo del gato jugando con el ratón, como ayer. Y no se trata de una simple demostración, ni un alarde, de su poder: es demasiado inteligente para ello. Tiene otra finalidad; pero, ¿cuál? ¡Quiá, hombre! Lo que pretendes, amigo, es asustarme y por eso recurres a la astucia. Ni tú tienes pruebas ni ha existido el hombre que me abordó ayer. Tú quieres sencillamente desorientarme e irritarme, para empezar, y luego pescarme cuando esté a punto. Pero, te equivocas: no lo vas a conseguir, ¡no! ¿A qué vienen todas esas sugerencias? ¿Confiará en que fallen mis pobres nervios? ¡Que no, hombre, que no conseguirás nada por mucho que te hayas preparado! Conque, vamos a ver lo que has preparado».

Hizo acopio de todas sus energías para enfrentarse a una tremenda e ignota catástrofe. En algunos momentos sentía el deseo de lanzarse sobre Porfiri y estrangularlo allí mismo. Nada más entrar había experimentado ya el temor de ceder a ese arrebato. Notaba la boca seca, el corazón le latía con fuerza y la saliva se le cuajaba en los labios. De todos modos, optó por callar y, de momento, no decir ni palabra. Comprendía que, en su situación, aquélla era la mejor táctica porque, además de no soltar prenda, con su silencio irritaba al enemigo y quizá acabara éste por irse de la lengua. Al menos, eso era lo que esperaba.

—Ya veo que no me cree usted. Piensa que sólo se trata de bromas inocentes —siguió Porfiri, al parecer cada vez más divertido, con sus constantes risitas de contento, y volviendo a sus paseos por la estancia—. Y con razón, por supuesto: esta facha que Dios me ha dado sólo parece inspirarles pensamientos cómicos a los demás. Un bufón,

vamos. Pero, lo que le digo y le repito, *batiushka* Rodión Románovich, y perdone estas palabras a un viejo como yo, es que, como hombre todavía joven, como hombre en su primera juventud, diría yo, lo que más aprecia usted, siguiendo la corriente de toda la juventud, es el intelecto humano. Le sugestiona la traviesa agudeza del entendimiento igual que le sucedió, por ejemplo, al antiguo Hofkniegsrat[96] austríaco, por supuesto, hablando en la medida que yo puedo juzgar de temas bélicos: sobre el papel habían derrotado a Napoleón, le habían hecho prisionero, todo lo tenían calculado y resuelto con el mayor ingenio en su gabinete, y resultó que el general Mack[97] se rindió con todo su ejército, ¡je, je! Ya veo, ya veo, Rodión Románovich, que se burla usted de mí porque, siendo un hombre tan eminentemente civil, saco todos mis ejemplos de la historia de las guerras. ¿Qué le voy a hacer? Es mi debilidad: me gusta todo lo castrense y, en particular, me encanta leer todos esos relatos militares… Realmente, creo que me equivoqué al elegir una carrera. Debería haber optado por el ejército, palabra. Un Napoleón, no habría llegado a ser. Pero, seguro que hubiera alcanzado el grado de Mayor. ¡Je, je! Bueno; ahora, mi querido amigo, voy a contarle ce por be toda la verdad acerca de lo que es un caso especial porque la realidad y la naturaleza, caballero, son cosas importantes y, en ocasiones, echan por tierra los cálculos más perspicaces. Haga usted caso a este viejo, Rodión Románovich, se lo digo en serio. —Y Porfiri Petróvich, que apenas tenía treinta y cinco años, daba la impresión, al hablar así, de haber envejecido efectivamente de pronto: hasta le había cambiado la voz y estaba todo encogido—. Además, soy un hombre sincero. ¿Usted qué opina: soy sincero o no? Yo creo que mucho: ya ve usted todas las cosas que le cuento de balde, sin pedirle nada a cambio, ¡je, je! Bien: continúo. El ingenio es, a mi entender, una cosa

magnífica. Es, digámoslo así, ornato de la naturaleza y consuelo en la vida; es capaz de tales juegos malabares que, desde luego, le colocan a veces en un atolladero al pobrecito investigador que, por si fuera poco, cede a su propia fantasía, pues también es un ser humano. Lo malo es que la naturaleza saca del apuro al pobrecito investigador, circunstancia en la que no se para a pensar la juventud, orgullosa de su ingenio, «que salta por encima de todos los obstáculos», como ha tenido usted a bien expresarse con el mayor ingenio y la mayor astucia. Supongamos que miente —me refiero al individuo, al caso especial, al incógnito—, y que miente a la perfección, del modo más ingenioso. Aparentemente, ha triunfado y sólo le queda saborear los frutos de su ingenio, cuando, ¡zas!, se desmaya en el momento más interesante y más aparatoso. Claro que puede estar enfermo, que el ambiente de una habitación resulta a veces asfixiante. Pero, de todas maneras… De todas maneras, da que pensar. Ha mentido admirablemente, pero sin tomar en consideración la naturaleza humana. ¡Ahí está la perfidia! En otra ocasión, cediendo a su travieso ingenio, empieza a burlarse de la persona a quien inspira sospechas, se pone pálido a propósito, como quien desempeña un papel, pero la palidez es *demasiado natural*, se parece demasiado a la verdad, y otra vez da que pensar. Puede engañar la primera vez; pero el otro, que tampoco es tonto, saca sus conclusiones durante la noche. Eso ocurre a cada paso. Hay más: el individuo pretende pasarse de listo, meterse donde no le llaman, habla constantemente de lo que, por el contrario, debería callar, se lanza a expresarse por alegorías, ¡je, je!, viene él mismo a preguntar por qué tardan tanto en convocarlo. ¡Je, je, je! Y todo esto le puede suceder incluso al hombre más ingenioso, a un psicólogo, a un literato. La naturaleza humana es un espejo, sí señor, un espejo de lo más transparente. No hay más que

contemplarse en él y admirarse. Pero, ¿cómo se ha puesto tan pálido, Rodión Románovich? ¿Acaso hace aquí demasiado calor? ¿Abro la ventana?

—¡Oh, no se moleste, por favor! —exclamó Raskólnikov y soltó la carcajada—. ¡Por favor, no se moleste!

Porfiri se detuvo delante de él, aguardó un poco y también se puso a reír de pronto. Raskólnikov se levantó del diván, cortando de golpe su hilaridad, que tenía todo el aire de una risa histérica.

—Porfiri Petróvich —profirió en voz alta y neta, aunque apenas le sostenían las piernas temblorosas—: al fin veo con claridad que usted sospecha de mí de haber asesinado a esa anciana y a su hermana Lizaveta. Por mi parte, le declaro que estoy harto de todo esto desde hace ya tiempo. Si considera que está en el derecho de perseguirme y detenerme, persígame y deténgame. Pero lo que no consiento es que nadie se burle de mí en mi cara y me atormente.

De súbito le temblaron los labios, los ojos le refulgieron de cólera y estalló la voz, hasta entonces reprimida.

—¡No lo consiento! —gritó, descargando con todas sus fuerzas un puñetazo en la mesa—. ¿Lo oye usted, Porfiri Petróvich? ¡No lo consiento!

—¡Dios mío! ¿Qué le ocurre de nuevo? —exclamó Porfiri Petróvich realmente asustado al parecer—. ¡*Bátiushka*! ¡Rodión Románovich! ¡Amigo mío! Pero, ¿qué le sucede?

—¡No lo consiento! —volvió a gritar Raskólnikov.

—¡Baje la voz, *bátiushka*! Si le oyen, vendrá gente. ¿Y qué íbamos a decir? ¿Se imagina? —susurró Porfiri Petróvich espantado, con el rostro pegado al de Raskólnikov.

—¡No lo consiento! ¡No lo consiento! —repitió maquinalmente Raskólnikov, aunque pasando también de pronto al susurro.

Porfiri dio media vuelta y corrió a abrir la ventana.

—Así, que entre aire fresco. Y también le convendría beber un poco de agua, amigo mío. Porque esto es un ataqué de nervios —y ya se precipitaba hacia la puerta para pedir que trajeran agua, pero precisamente descubrió allí una jarra en un rincón—. Beba un poco —susurraba al volver a toda prisa con la jarra—, le sentará bien…

La alarma y el propio afán de Porfiri Petróvich resultaban tan naturales, que Raskólnikov calló y se puso a observarlo con profunda curiosidad, aunque rechazó el agua.

—¡Rodión Románovich! ¡Pero hombre! Si se pone de esta manera, le va a suceder algo, se lo aseguro. ¡Oh! ¡Ah! Beba un poco, aunque sólo sea un sorbo.

Logró que Raskólnikov tomara el vaso. Se lo llevó maquinalmente a los labios, pero reaccionó y lo depositó con repugnancia encima de la mesa.

—¡Vaya si le ha dado a usted un ataque! Como siga así, amigo mío, volverá a caer enfermo —cacareaba Porfiri Petróvich con cordial afán, aunque parecía aún algo desconcertado—, ¡Dios mío! Debe usted cuidarse. Ya ve usted: Dmitri Prokófich vino a verme ayer… Sí, sí, estoy de acuerdo en que tengo muy mal carácter, un carácter mordaz; pero, de ahí a sacar semejantes conclusiones… ¡Dios Santo! Conque, vino ayer, después de marcharse usted, y cuando nos sentamos a comer se lanzó a hablar de tal manera que yo me hacía cruces. ¡Señores! Pero, ¿de dónde habrá sacado todo eso? ¿Venía de casa de usted? Pero, siéntese, *bátiushka*, siéntese por el amor de Dios.

—No, no venía de mi casa. Pero, yo sabía que venía a verlo a usted y para qué —contestó ásperamente Raskólnikov.

—¿Lo sabía?

—Sí. ¿Y qué?

—Pues, que también conozco otras andanzas suyas, *bátiushka* Rodión Románovich. Estoy enterado de todo.

Estoy enterado de que anduvo usted *buscando piso* al caer la tarde, casi anochecido, que tiró no sé cuántas veces de la campanilla, que preguntó si habían limpiado la sangre del suelo, pero despistó a los que estaban allí pintando y a los *dvorniki*. Comprendo el estado de ánimo que tenía usted entonces, sí… Pero es que, si sigue así, terminará loco, palabra. No va a parar de dar vueltas. Está usted ardiendo de indignación, una noble indignación debida a los agravios de que ha sido objeto, primero por parte del destino y luego de los guardias, y ésa es la razón de que ande usted de un lado para otro, buscando que todos se manifiesten cuanto antes y terminar de una vez para siempre porque ya está harto de tantas estupideces y tantas suspicacias. ¿No es así? ¿No he adivinado su estado de ánimo?… Pero el caso es que, de esta manera, no se marea sólo a sí mismo, sino que también nos marea a mí y a Razumijin. Y ya sabe que él es un hombre demasiado *bondadoso* para hacerle esto. Lo de usted es enfermedad, pero lo de él es virtud innata, y resulta que su enfermedad se la ha contagiado… Ya le contaré cuando se haya calmado… ¡Pero, siéntese, por el amor de Cristo! Descanse un poco, haga el favor. Está demudado. ¡Siéntese ya!

Raskólnikov volvió a sentarse. Se le iba pasando el temblor y ahora empezaba a arderle todo el cuerpo. Asombrado y tenso, escuchaba lo que decía Porfiri Petróvich mientras le atendía con sobresalto y cordial afán, pero sin fiarse de una sola de sus palabras, aunque sentía una extraña tendencia a creerle. La inesperada alusión de Porfiri Petróvich a lo del piso le había dejado totalmente sorprendido. «De manera que está enterado de lo del piso y me lo dice él mismo», pensaba.

—Le advierto que una vez tuve un caso psicológico casi análogo en mi práctica jurídica —proseguía Porfiri atropelladamente—. Un individuo que se declaró autor de

un asesinato armando todo un tinglado: presentó pruebas, relató las circunstancias, despistó y embrolló a todos y a cada uno de nosotros… ¿Y todo por qué? Pues porque él fue, en parte y sin ninguna intención, la causa del asesinato. Sólo en parte, ya le digo; pero, al enterarse de que les había dado a los asesinos pretexto para cometer el crimen, le entró la murria, se obsesionó, empezó a tener alucinaciones, se puso a desvariar y terminó persuadiéndose de que el asesino era él. Menos mal que el Senado esclareció por fin el asunto y el desdichado fue absuelto y puesto en tratamiento. ¡Menos mal! ¡Vaya, vaya, vaya! ¿Cómo puede uno comportarse así, *bátiushka*? Por ese camino, si le da rienda suelta a los nervios y anda por ahí de noche tirando de las campanillas y preguntando por manchas de sangre, puede terminar con unas calenturas. Esta clase de psicología, la he aprendido yo durante la práctica de mi profesión. En situaciones análogas, hay quien siente el impulso de arrojarse por una ventana o desde lo alto de un campanario. Y es un impulso muy sugestivo. Lo mismo que lo de llamar a las campanillas. Se trata de dolencias, Rodión Románovich, y nada más que de dolencias. Y usted empieza a desentenderse demasiado de la suya. Le convendría consultar con un buen médico porque ese gordinflón que le atiende… Lo que le ocurre a usted es que delira y todo lo que hace, lo hace cuando está delirando.

Por un instante, Raskólnikov tuvo la impresión de que todo daba vueltas a su alrededor.

«¿Será posible que también esté mintiendo ahora? ¿Será posible? —se preguntó, pero enseguida rechazó la idea—: No, seguro que no», presintiendo hasta qué grado de rabia y de furor podría conducirle, presintiendo que podría volverse loco de ira.

—¡No era cosa del delirio, era realidad! —gritó tensando todas las fuerzas de su entendimiento para penetrar en el

juego de Porfiri—. ¡Realidad, realidad! ¿Me oye usted?

—Sí, lo entiendo y le oigo. También dijo ayer, haciendo particular hincapié en ello, que no estaba delirando. Todo lo que pueda decirme, lo entiendo. Sí, hombre, sí. Pero, atienda usted aunque sólo sea a una razón, amigo mío, Rodión Románovich. Fíjese: si usted fuera en verdad culpable o tuviera alguna parte en ese maldito asunto, ¿iba a empeñarse tanto en afirmar que no era presa del delirio, sino que, por el contrario, se hallaba en su sano juicio? ¿Iba usted a afirmarlo con tanto empeño, con tanto tesón? ¿Le parece eso posible, eh, le parece posible? Yo creo que haría todo lo contrario. En efecto, si notara cierta culpabilidad, lo que habría de hacer, precisamente, era mantener a rajatabla que se hallaba bajo los efectos del delirio. ¿Digo bien? ¿No es así?

En la pregunta sonaba cierta nota de astucia. Raskólnikov se retiró contra el respaldo del diván, rehuyendo a Porfiri, cuando éste se inclinó sobre él, perplejo, para observarlo callada y fijamente.

—Igual ocurre con lo relativo al señor Razumijin, a si vino ayer a hablar conmigo de propio impulso o instigado por usted. Lo que le convenía a usted decir era que vino por su cuenta y no a instigación suya. ¡Y usted no lo disimula! Lo que hace es mantener que vino a instigación suya.

Raskólnikov no había mantenido nunca semejante cosa. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Miente usted —profirió, lenta y débilmente, con los labios crispados por una sonrisa enfermiza—. Otra vez quiere hacer creer que conoce mi juego y se sabe de antemano todas mis respuestas —dijo casi consciente de que ya no pesaba debidamente sus palabras—. Quiere atemorizarme… o simplemente se ríe de mí…

Al hablar seguía mirándolo con fijeza y, de pronto, brilló en sus ojos un fulgor de infinita inquina.

—Miente usted —repitió en un grito—. Demasiado sabe que la mejor táctica que puede adoptar un delincuente consiste en no ocultar, en la medida de lo posible, lo que puede no ser ocultado. ¡No le creo a usted!

—¡Pero, qué escurridizo es usted! —observó Porfiri con una risita—. Con esa monomanía suya, no hay manera de que nos entendamos. Conque no me cree, ¿eh? Pues, yo le digo que ya me cree bastante y lograré que me crea del todo porque le aprecio de verdad y, sinceramente, le deseo lo mejor.

A Raskólnikov le temblaron los labios.

—Sí que lo deseo; y le digo con toda franqueza… —prosiguió Porfiri rozando familiarmente el brazo de Raskólnikov un poco por encima del codo—, le digo con toda franqueza que no debe descuidar su dolencia. Más aún ahora que han venido su madre y su hermana. Piense en ellas. En lugar de procurarles calma y cuidados, lo que hace es sobresaltarlas…

—¿Y a usted, qué le importa? Además, ¿cómo está enterado de su llegada? ¿A qué viene ese interés? ¿Acaso está vigilándome y quiere que yo me entere?

—¡Por Dios! ¡Pero, si me enteré por usted, por usted mismo me enteré! Con ese desasosiego suyo, no advierte que lo cuenta todo, a mí y a los demás. A través del señor Razumijin, Dmitri Prokófich, también me enteré ayer de otros muchos detalles interesantes; pero quiero decirle que, con todo su ingenio, debido a esa suspicacia suya ha dejado de enfocar las cosas con ecuanimidad. Por ejemplo, y volviendo al mismo tema, lo de los campanillazos: ¿se da usted cuenta del tesoro que le he proporcionado sin más ni más al darle ese dato (¡todo un hecho!), yo que soy el investigador? ¿Y no le dice eso nada? ¿Me comportaría yo así en el caso de que tuviera la menor sospecha? Por el contrario, lo que debía hacer era calmar sus recelos, disimular que estoy

enterado de ese hecho, distraer su atención hacia otro lado y, de pronto, descargarle la noticia sobre los sesos, como usted se expresa, y soltarle a bocajarro: «¿Y podría decirme lo que hacía en el piso de la víctima a las diez largas o casi las once de la noche? ¿Por qué tiró de la campanilla? ¿Por qué preguntó lo de las manchas de sangre? ¿Por qué trató de despistar a los *dvorniki* diciéndoles que fueran con usted a la comisaría?». Así es como debería yo haberme comportado si abrigara la menor sospecha con respecto a usted. Debería haberle tomado declaración en toda regla, proceder a un registro y, quizá, también a su detención… Puesto que me he comportado de otra manera, quiere decirse que no tengo sospechas. Usted, en cambio, ha perdido el enfoque sensato de las cosas y no ve nada, se lo repito.

Porfiri Petróvich no pudo por menos de advertir el fuerte estremecimiento que recorrió el cuerpo de Raskólnikov.

—¡Miente! —gritó—. Ignoro cuáles serán sus propósitos, pero no hace más que mentir. Antes no hablaba de esa manera, estoy seguro. ¡Miente!

—¿Que yo miento? —replicó Porfiri aparentemente acalorado aunque conservando su aire más alegre y zumbón y sin que pareciera importarle la opinión que le mereciese a Raskólnikov—. ¿Que yo miento? ¿Y qué me dice usted de cómo acabo de comportarme, yo, el investigador, sugiriéndole y suministrándole todos los medios de defensa, exponiéndole toda esa psicología de la motivación; la enfermedad, el delirio, los agravios, la melancolía, los guardias… y demás? ¿Eh? ¡Je, je, je! Aunque, por otra parte, le diré de pasada que todos esos recursos psicológicos de defensa, todas esas excusas, son muy poco consistentes y tienen doble filo. La enfermedad, el delirio, las alucinaciones, las figuraciones, la pérdida de memoria… Todo eso puede ocurrir, en efecto; pero, ¿cómo es, *bátiushka*,

que en el delirio se le aparecen precisamente esas alucinaciones y no otras? Porque también se le podían aparecer otras, ¿verdad? ¿No es cierto? ¡Je, je, je!

Raskólnikov lo miró con altivez y desprecio.

—En una palabra —pronunció en voz alta y enérgica, levantándose y empujando un poco a Porfiri al hacerlo—, lo que quiero saber es si me considera usted definitivamente libre de sospechas o no. Dígamelo, Porfiri Petróvich, clara y definitivamente, y ahora mismo. ¡Ya!

—¡Buena me ha caído con usted! —exclamó Porfiri con aire muy divertido, picaresco y nada inquieto—. Pero, ¿qué necesidad tiene de saberlo? ¿Qué necesidad tiene de saber tanto, si todavía no han empezado a importunarlo en absoluto? Parece una criatura empeñada en jugar con fuego. ¿A qué viene esa alteración? ¿Por qué causa se empeña en venir aquí? ¿Eh? ¡Je, je, je!

—Le repito —clamó Raskólnikov frenético—, que no puedo soportarlo más…

—¿Qué cosa no puede soportar? ¿La incertidumbre? —le interrumpió Porfiri.

—¡Déjese de puyas! ¡No quiero!… ¡Le digo que no puedo ni quiero!… ¿Me oye? —gritó pegando otro puñetazo en la mesa.

—¡Baje la voz! Le van a oír. Y le recomiendo, con toda seriedad, que se cuide. ¡No lo digo en broma! —susurró Porfiri, y su rostro no tenía ya la expresión benévola y sobresaltada de antes. Por el contrario, ahora *ordenaba*, clara y tajantemente, cejijunto y como barriendo de golpe todos los misterios y los equívocos. Sin embargo, fue sólo un instante. Raskólnikov, casi perplejo, cedió de pronto a un auténtico frenesí aunque, hecho curioso, acató de nuevo la orden de bajar la voz a pesar de hallarse en el paroxismo de la exasperación.

—No consentiré que se me atormente —volvió al susurro de antes, confesándose con dolor y odio que no podía desacatar la orden y enfureciéndose aún más con esa idea —. Deténgame, regístreme, pero hágalo en la debida forma y no juegue conmigo. ¡Eso, no!

—¡Deje ya de preocuparse tanto por la forma! —le interrumpió Porfiri con la sonrisita artera de antes y como disfrutando de ver el estado en que se encontraba Raskólnikov—. Ahora le he invitado a venir en plan amistoso y no oficial.

—No quiero saber nada de su amistad ni me importa un bledo. ¿Me oye? Conque, agarro mi gorra y me voy. A ver, ¿qué dice ahora si tiene el propósito de detenerme?

Raskólnikov recogió efectivamente su gorra y se dirigió hacia la puerta.

—¿Y no le gustaría ver una sorpresita? —inquirió Porfiri con su risita habitual, y le agarró nuevamente del brazo, un poco por encima del codo, deteniéndole cerca de la puerta. Parecía más alegre y divertido a cada momento, circunstancia que desconcertó definitivamente a Raskólnikov.

—¿Qué sorpresita? ¿A qué se refiere? —preguntó, parándose en seco y mirando con susto a Porfiri.

—Pues, una sorpresita que tengo aquí sentada detrás de la puerta, ¡je, je, je! —señaló la puerta cerrada del tabique que daba paso a su vivienda—. Y la tengo encerrada con llave, para que no se escape.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Dónde? —Raskólnikov fue hacia la puerta y trató de abrirla, pero tenía la llave echada.

—Está cerrada, sí, y ésta es la llave.

En efecto, le mostró una llave que sacó del bolsillo.

—¡Mientes! —rugió Raskólnikov sin poderse contener ya —. ¡Mientes, maldito polichinela! —y se abalanzó sobre

Porfiri, que retrocedía hacia la puerta, pero sin aparentar temor alguno.

—Entiendo, entiendo muy bien —corrió hacia él—. Mientes y te burlas de mí para ver si me delato…

—Más de lo que se ha delatado ya, imposible, Rodión Románovich. Se ha puesto frenético. Y no grite, o llamaré a mi gente.

—¡Mentira! ¡No pasará nada! ¡Llama a quien quieras! Tú sabías que estoy enfermo y has querido irritarme, llevarme hasta la exasperación para que me traicionara. ¡Ese era tu propósito! Pero, ¡quiá! Lo que debes presentar son hechos. ¡Ya lo entiendo! Tú no tienes hechos, tú sólo tienes las hipótesis estúpidas e insignificantes de Zamiótov… Conociendo mi carácter, lo que has querido es sacarme de mis casillas y luego entregarme a los que deben conducirme ante la justicia… ¿Estás esperándolos? ¿Eh? Pues, ¡que vengan!

—¡Qué cosas se le ocurren! Los procedimientos son otros. No se puede actuar como dice usted, hombre… En cuanto a la investigación en debida forma, siempre podremos echar mano de ella. Ya lo verá usted… —farfulló Porfiri prestando oído a algo que ocurría fuera.

En efecto, parecía escucharse cierto ruido detrás de la puerta que daba a la antesala.

—¡Ya vienen! —gritó Raskólnikov—. ¡Los has mandado llamar! ¡Los esperabas! Lo tenías todo calculado… Bueno, pues que vengan todos: los jueces, los testigos, lo que quieras… ¡Que vengan! ¡Yo estoy preparado, estoy preparado!…

Sin embargo, en este punto se produjo un extraño incidente, algo tan inesperado para el curso normal de las cosas, que ni Raskólnikov ni Porfiri Petróvich habrían podido imaginarse tal desenlace.

VI



ÁS TARDE, al rememorar aquel momento, Raskólnikov se lo representaba de la siguiente manera.

Creció rápidamente el ruido que se escuchaba detrás de la puerta, y ésta se entreabrió.

—¿Qué pasa? —gritó Porfiri Petróvich contrariado—. He advertido que…

Nadie contestó de momento, pero era evidente que, detrás de la puerta, varias personas parecían impedir el paso a alguien.

—Pero, ¿qué ocurre ahí? —repitió Porfiri Petróvich alarmado.

—Traemos detenido a Mikolái —anunció una voz.

—¡Ahora, no! ¡Largo! ¡Que espere!… ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Qué desorden es éste? —gritó Porfiri corriendo hacia la puerta.

—Es que él… —comenzó la misma voz, y calló de pronto.

Durante un par de segundos se produjo una auténtica lucha, luego dio la impresión de que alguien se desprendía violentamente de los que le sujetaban y un hombre muy pálido se coló en el despacho de Porfiri Petróvich.

A primera vista, el hombre aquel ofrecía un aspecto muy extraño. Miraba fijamente hacia delante, pero como si no viera a nadie. En sus ojos brillaba una firme resolución,

aunque estaba tan lívido como si lo condujeran al patíbulo. Los labios, totalmente blancos, le temblaban un poco.

Vestía como la gente del pueblo, era todavía muy joven, enjuto, de mediana estatura y rasgos finos, como secos, y llevaba el pelo cortado en redondo. El guardia del que había logrado desasirse se metió tras él en el despacho y pudo agarrarlo por un hombro, pero Mikolái volvió a soltarse de un tirón.

En el hueco de la puerta se habían agolpado varios curiosos, y algunos intentaban entrar. Todo lo descrito había sucedido casi en un instante.

—¡Fuera! ¡Todavía es temprano! ¡Espera a que te llamen!… ¿Por qué le habéis traído tan temprano? —farfullaba Porfiri Petróvich muy contrariado y como si lo hubieran pillado desprevenido.

Pero, de pronto, Mikolái se hincó de rodillas.

—¿Qué te pasa? —gritó Porfiri asombrado.

—¡He sido yo! ¡Yo lo hice! ¡Soy el asesino! —soltó Mikolái, algo jadeante, aunque con voz bastante recia.

Durante unos diez minutos reinó el silencio como si todos hubieran quedado petrificados. Incluso el guardia pegó un respingo y no volvió a acercarse a Mikolái, sino que se retiró maquinalmente hacia la puerta, y allí se quedó inmóvil.

—Pero, ¿qué es esto? —lanzó Porfiri Petróvich saliendo de su pasajera estupefacción.

—Yo… soy el asesino… —repitió Mikolái al cabo de un breve silencio.

—Que… tú… qué… ¿A quién has asesinado?

Porfiri Petróvich estaba evidentemente desorientado.

Mikolái calló otro instante.

—A Aliona Ivánovna y a su hermana Lizaveta Ivánovna… las maté yo… Con un hacha. Se me fue la razón… —añadió de pronto y calló nuevamente. Continuaba de rodillas.

Porfiri Petróvich permaneció unos instantes como cavilando, pero se encrespó de repente otra vez y manoteó para que se marcharan los testigos importunos. Estos desaparecieron a toda prisa y la puerta se cerró. Porfiri miró a Raskólnikov que, desde un rincón, contemplaba con ojos desorbitados a Mikolái, hizo intención de dirigirse hacia él, pero se detuvo, paseó varias veces la mirada del uno al otro y, súbitamente, como en un arrebato, arremetió contra Mikolái.

—¿A qué viene eso de largar por delante el cuento de que se te fue la razón? —le gritó casi con rabia—. Yo no te he preguntado todavía si se te fue la razón o no… ¿Fuiste tú quien las mató, di?

—Yo soy el asesino… Quiero declarar —pronunció Mikolái.

—¡Válgame Dios! ¿Con qué las mataste?

—Con un hacha. La tenía preparada.

—¡Ya se desbocó otra vez! ¿Solo?

Mikolái no comprendió la pregunta.

—¿Que si las mataste tú solo?

—Sí. Mitka no tiene parte ni culpa en esto.

—Deja a Mitka en paz de momento. ¡Vaya, hombre! Bueno, ¿y cómo fue que escapaste tú entonces por las escaleras? ¿No se cruzaron los *dvorniki* con los dos?

—Es que yo…, eché a correr con Mitka… para despistar —contestó Nikolái con tanta premura como si tuviera la respuesta preparada.

—¡Ya lo sabía yo! —exclamó Porfiri furioso—. Habla por boca de ganso —murmuró como para sus adentros y, en esto, se fijó de nuevo en Raskólnikov.

Al parecer, tenía la atención tan concentrada en Nikolái que se olvidó de la presencia de Raskólnikov y ahora le había dejado sorprendido y hasta confuso… Corrió a él:

—¡Rodión Románovich, *bátiushka*! Disculpe; esto no está permitido… Por favor… no puede quedarse aquí… Es que

yo… ¡Ya ve usted qué sorpresas!… Tenga la bondad…

Y, tomándole por un brazo, lo dirigió hacia la puerta.

—Me parece que no esperaba usted esto —profirió Raskólnikov que, aunque por supuesto aún no entendía nada a las claras, había tenido tiempo de recobrarse considerablemente.

—Ni tampoco se lo esperaba usted. ¡Fíjese cómo le tiembla la mano! ¡Je, je!

—A usted también le tiembla, Porfiri Petróvich.

—Pues, sí: no lo esperaba…

Había llegado a la puerta y Porfiri aguardaba con impaciencia a que Raskólnikov se marchara.

—¿No va a enseñarme por fin la sorpresa? —preguntó entonces.

—Todavía le castañeaban los dientes, y miren con la que sale. ¡Je, je! Es usted un hombre irónico. En fin, hasta la vista.

—Yo diría más bien *adiós*.

—Será lo que Dios quiera —murmuró Porfiri con una sonrisa torcida.

Al cruzar la oficina, Raskólnikov notó que muchos lo miraban con atención. En la antesala pudo divisar, entre el gentío, a los dos *dvorniki* de la otra casa, a quienes había retado la noche anterior a que lo acompañaran a la comisaría. Parecían esperar algo. Luego, en cuanto llegó a la escalera, escuchó de pronto la voz de Porfiri Petróvich a sus espaldas. Al volverse vio que trataba de darle alcance, todo jadeante.

—Una palabra más, Rodión Románovich: respecto a lo de antes, será lo que Dios quiera; pero, de todas maneras, algunas preguntas tendré que formularle oficialmente… De modo que todavía nos veremos, ¿verdad?

Y Porfiri se detuvo delante de él, sonriente.

—¿Verdad? —insistió. Daba la impresión de que habría querido decir algo más, pero no le salía.

—Y usted, Porfiri Petróvich, disculpe lo de hace un rato… Me acaloré… —empezó Raskólnikov, tan recobrado que sentía el impulso irresistible de gallear.

—No se preocupe, no se preocupe —replicó Porfiri casi con alborozo—. También yo… Tengo un carácter imposible, lo reconozco, sí, lo reconozco. Conque, todavía nos veremos… Si Dios lo quiere, nos veremos, ya lo creo que nos veremos…

—Y acabaremos por conocernos muy bien.

—Eso es: acabaremos por conocernos muy bien —asintió Porfiri Petróvich y, entornando los párpados, lo miró con mucha seriedad—. ¿Va usted de santo?

—Voy de entierro.

—Sí, claro, de entierro. ¡Cuide de su salud, cuídese!…

—Por mi parte, yo no sé qué desearle —replicó Raskólnikov que ya bajaba las escaleras, pero súbitamente se volvió hacia él de nuevo—. Le desearía grandes aciertos en su profesión; pero ya ve usted lo cómica que resulta a veces.

—¿Cómica? ¿Por qué? —se picó enseguida Porfiri Petróvich, que también había dado media vuelta.

—Ahí tiene al pobre Mikolá. Me imagino cuánto tiempo habrá estado usted atormentándolo; psicológicamente, claro, a su manera, para que confesara. Día y noche habrá estado repitiéndole: «Tú eres el asesino, tú eres el asesino…». Y ahora que ha confesado, vuelta a atosigarle: «¡Mientes! ¡Tú no eres el asesino! ¡No has podido ser tú! ¡Hablas por boca de ganso!». ¿Y después de esto me va a decir que no es cómica su profesión?

—¡Je, je, je! ¿Y también se ha dado cuenta de que le he dicho a Nikolái que hablaba por boca de ganso?

—¡Claro que sí!

—¡Je, je! Es usted ingenioso, muy ingenioso. Se da cuenta de todo. Tiene usted un talento especial para captar la nota cómica, ¡je, je! De los escritores, Gógol[98] era, según dicen, quien más sobresalía por este rasgo, ¿verdad?

—Sí, Gógol.

—Cierto, Gógol… Bueno, pues hasta el placer de verlo…

—Lo mismo digo.

Raskólnikov se fue derecho a su casa. Tan desconcertado y perplejo estaba, que se pasó cosa de un cuarto de hora tirado en el sofá para descansar y tratar de poner cierto orden en sus ideas. El caso de Nikolái, ni siquiera intentó dilucidarlo: en el colmo del asombro notaba que en la confesión de Nikolái había algo inexplicable, sorprendente, cuyo sentido era incapaz de captar en ese momento. Pero la confesión de Nikolái era un hecho real y enseguida vio con claridad las consecuencias de ese hecho: su falsedad se descubriría inevitablemente, y entonces la emprenderían de nuevo con él. Pero, por lo menos hasta entonces, estaba libre y algo debía hacer sin falta para sí mismo, pues el peligro era inevitable.

Sin embargo, ¿hasta qué punto? La situación empezaba a esclarecerse. Al recordar *en borrador*, a grandes rasgos, toda su reciente entrevista con Porfiri se estremeció otra vez de espanto sin poderlo remediar. Claro que aún no conocía todas las intenciones de Porfiri, ni podía penetrar el sentido de todas las jugadas que acababa de hacer. Sin embargo, parte del juego había sido descubierta y, por supuesto, nadie podía comprender mejor que Raskólnikov lo peligrosa que había sido para él esa «jugada» de Porfiri. Un poco más, y Raskólnikov habría podido delatarse totalmente, ya de hecho. Porfiri, que conocía lo receloso de su carácter y que había sabido captarlo y discernirlo desde el primer golpe de vista, había obrado quizá con excesiva decisión, pero casi a ciencia cierta. Era indudable que Raskólnikov se había

comprometido demasiado, pero la cosa no había llegado aún hasta las pruebas y todo continuaba siendo relativo. Sin embargo, ¿era justa su presente visión de las cosas? ¿No se equivocaría? ¿Qué resultado había estado persiguiendo exactamente Porfiri? ¿Tenía de verdad algo preparado? ¿Y qué era? ¿De verdad esperaba algo especial o no? ¿Cómo se habrían separado realmente esa mañana de no haberse producido una inesperada catástrofe a través de Nikolái?

Porfiri había revelado casi todo su juego, claro que arriesgándose, pero lo había revelado y si en efecto hubiera tenido algo más, creía Raskólnikov, lo habría revelado igualmente. ¿Qué sería la sorpresa? ¿Una burla? ¿Significaría algo o no? ¿Podía ocultarse detrás algo así como una prueba, como una acusación patente? ¿El hombre de la víspera? ¿Dónde se habría metido? ¿Dónde andaría? Si algo patente tenía Porfiri, desde luego que estaría relacionado con el hombre de la víspera…

Estaba sentado en el sofá, con la cabeza gacha, los codos clavados en las rodillas y la cara entre las manos. El temblor nervioso seguía sacudiéndole todo el cuerpo. Al fin se levantó, tomó la gorra y se dirigió hacia la puerta después de reflexionar un momento.

Tenía el vago presentimiento de que, al menos por ese día, podía considerarse fuera de peligro casi a ciencia cierta. El corazón le latió de pronto con una sensación casi de alegría y quiso acercarse enseguida a casa de Katerina Ivánovna. Para asistir al entierro se le había hecho tarde, por supuesto, pero aún llegaría a tiempo para la comida de exequias, y allí vería a Sonia.

Se detuvo, reflexionó un poco, y una sonrisa enfermiza asomó a sus labios.

—¡Hoy! ¡Hoy! ¡Hoy mismo! Tiene que ser así…

Iba a abrir la puerta cuando advirtió que se abría ella sola. Se echó a temblar y retrocedió de un salto. La puerta

seguía abriéndose lentamente, sin ruido, hasta que apareció una figura: el hombre de la víspera, el que había salido *de bajo tierra*.

El hombre se detuvo en el umbral, contempló en silencio a Raskólnikov y dio un paso, entrando en el cuarto. Tenía el aspecto exacto de la víspera —la misma figura, la misma ropa—, pero en su rostro y en su mirada se había producido un cambio considerable: ahora parecía abatido y al cabo de un instante exhaló un profundo suspiro. Sólo le faltaba, para tener todo el aire de una mujeruca, llevarse una mano a la mejilla y torcer la cabeza hacia un lado.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó Raskólnikov aterrorizado.

El hombre guardó todavía silencio, pero de pronto se inclinó delante de Raskólnikov hasta el suelo o por lo menos lo rozó con un dedo de la mano derecha.

—¿Qué quiere? —gritó Raskólnikov.

—Perdone usted —murmuró el hombre.

—¿Qué tengo que perdonarle?

—Mis malos sentimientos.

Los dos se miraron.

—Es que me dio rabia. Cuando llegó la otra noche, quizá bebido, y les dijo a los *dvorniki* que lo acompañaran a la comisaría, y preguntó lo de las manchas de sangre, me dio rabia de que ellos creyeran que estaba borracho y le dejaran marcharse tan campante. Tanta rabia me entró, que perdí el sueño. Pero, como nos acordábamos de las señas, vinimos a preguntar…

—¿Quién vino? —inquirió Raskólnikov, que empezaba a recordar.

—Yo. Y me he portado mal con usted.

—De manera que vive en aquella casa, ¿eh?

—Pero, si yo estaba entonces con los demás, junto al portón… ¿Se le ha olvidado? Allí tenemos nuestro taller… de

toda la vida. Somos artesanos, peleteros, y trabajamos de encargo… Lo que más rabia me dio…

Toda la escena de la antevíspera, junto al portón, acudió entonces a la mente de Raskólnikov. Cayó en la cuenta de que, además de los *dvorniki*, había allí otras personas y, entre ellas, algunas mujeres. Recordó una voz que sugería conducirlo directamente a la comisaría. No podía representarse el rostro del que había hablado, ni lo había reconocido, pero sí recordaba que algo le había contestado volviéndose hacia él.

¡Conque en eso había desembocado todo el horror de la víspera! Lo más espantoso era pensar que, en efecto, había estado a punto de perderse por una circunstancia *insignificante*. O sea, que aquel hombre no podía contar nada aparte de que Raskólnikov andaba buscando piso y que preguntó por las manchas de sangre. Por consiguiente, tampoco Porfiri tenía otra cosa aparte de lo del *delirio*, ningún hecho más que la *psicología*, un *arma de dos filos*; en conclusión, nada patente. Así pues, si no aparecían nuevos hechos —y no debían aparecer; no, no debían aparecer—, ¿qué podían hacerle? ¿De qué podían acusarlo aunque lo detuvieran? Y Porfiri no se había enterado hasta entonces de lo del piso.

—¿Ha sido usted quien le ha dicho hoy a Porfiri… que yo estuve allí? —preguntó sorprendido por aquella idea repentina.

—¿A qué Porfiri?

—Al juez de instrucción.

—Sí. Como los *dvorniki* no quisieron ir, entonces fui yo.

—¿Hoy?

—Poco antes que usted. Y he oído todo lo que le decía.

—¿Dónde? ¿Qué dice? ¿Cuándo?

—Allí mismo: estuve todo el rato sentado al otro lado del tabique.

—¿Cómo? ¿Conque era usted la sorpresa? ¿Cómo es posible? ¡Qué cosa!

—Cuando les dije a los *dvorniki* que fuéramos a la comisaría —empezó a contar el hombre—, y ellos no quisieron porque decían que ya era tarde y en la policía podían enfadarse con nosotros por no haber ido antes, me entró tanta rabia que hasta perdí el sueño. Conque fui yo, después de enterarme ayer de todo. La primera vez que llegué, él no estaba. Volví una hora después y no me dejaron pasar, pero a la tercera, sí. Me puse a contarle todo, tal y como había pasado, y él empezó a dar zancadas por el despacho y a pegarse puñetazos en el pecho. Y decía: «¿Qué jugarreta es ésta, bandidos? ¡Si lo llego a saber, hago que lo traigan atado codo con codo!». Luego salió corriendo a llamar a alguien, estuvo cuchicheando con él en un rincón y vino otra vez a hacerme preguntas y a regañarme. Me regañó mucho. Yo se lo conté todo y le dije que usted no había podido contestar nada a mis palabras de ayer y que no me había reconocido. Entonces él se puso otra vez a correr por el despacho, a pegarse puñetazos en el pecho, a bufar y a ir de un lado para otro, pero cuando vinieron a decirle que había llegado usted, a mí me mandó: «Métete detrás del tabique y quédate ahí, sin moverte, oigas lo que oigas. Es posible que te mande llamar». Él mismo me trajo una silla y cerró la puerta con llave. Y cuando trajeron a Nikolái, me soltó después de que se marchó usted y me dijo que volvería a llamarme para hacerme unas preguntas…

—¿Interrogó a Nikolái mientras estuvo usted allí?

—No. Me soltó nada más despedirle a usted y entonces se puso a interrogar a Nikolái.

El hombre calló, y de nuevo se inclinó delante de Raskólnikov rozando el suelo con un dedo.

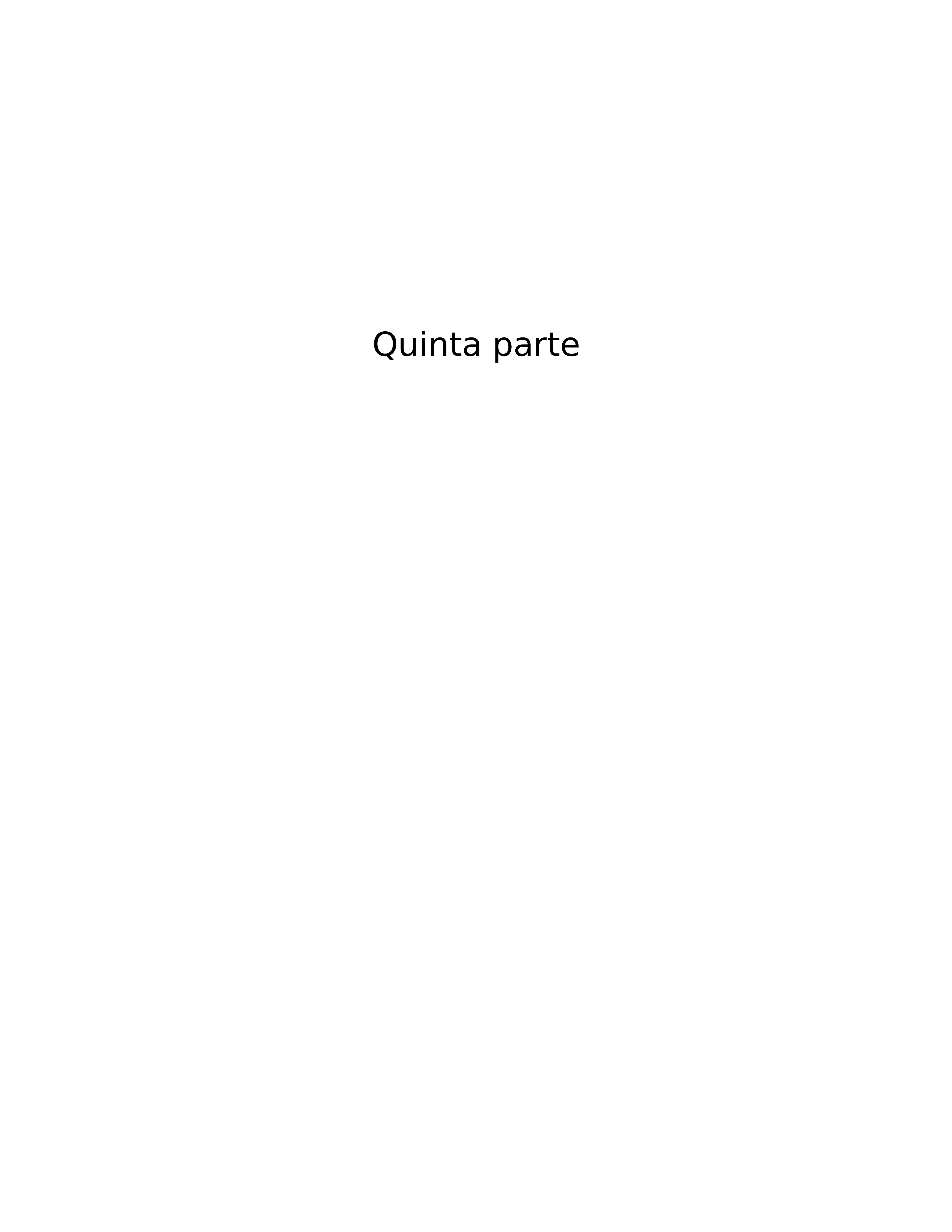
—Perdóneme por haberle delatado y por mi maldad.

—Que Dios le perdone —contestó Raskólnikov.

Apenas escuchó estas palabras, el hombre se inclinó, pero ya sin tocar el suelo, doblándose simplemente por la cintura, giró sin prisa y salió del cuarto.

«Todo tiene doble filo ahora, todo tiene doble filo», se repetía Raskólnikov al abandonar el cuarto, más animoso que nunca.

«Ahora vamos a medir nuestras fuerzas», se decía con inquina mientras bajaba la escalera, y la inquina iba dirigida contra él mismo: recordaba con desprecio y vergüenza su *pusilanimidad*.



Quinta parte

I



A MAÑANA siguiente a su explicación con Dúnechka y Puljeria Alexándrovna, tan desastrosa para él, ejerció una acción mitigadora sobre Piotr Petróvich. Por mucho que le repugnara hacerlo, hubo de admitir poco a poco, como hecho consumado e irreversible, lo que todavía la víspera le parecía un suceso fantástico y como imposible aún, a despecho de que hubiera ocurrido ya. Durante toda la noche le había roído el corazón la negra alimaña del amor propio herido. Nada más levantarse, Piotr Petróvich se miró al espejo, temeroso de que se le hubiera revuelto la bilis. Pero, de momento, todo marchaba bien por ese lado y, después de contemplar su noble faz, blanca y algo embotada últimamente, Piotr Petróvich halló incluso un efímero consuelo en la convicción de que en algún otro sitio encontraría una novia aún mejor. Claro que recapacitó al instante y escupió con rabia hacia un lado, provocando una sonrisa callada pero sarcástica de su joven amigo Andréi Semiónovich Lebeziátnikov, cuya habitación compartía. Piotr Petróvich captó aquella sonrisa y al momento se la cargó en cuenta a su joven amigo, como venía haciendo últimamente con otras muchas cosas. Su rabia se duplicó al reconocer que no debía haberle contado a Andréi Semiónovich el resultado de su entrevista del día anterior. Era el segundo desliz que había cometido la víspera, y lo había cometido impulsivamente, por exceso de expansión, porque estaba irritado… Por si fuera poco, durante toda la mañana se habían sucedido los contratiempos. Incluso en el Senado le esperaba un revés en el asunto que estaba tramitando. Lo que más le sacaba de quicio era la actitud del propietario del piso que había alquilado con vistas a la inminente boda y hacía acondicionar por su cuenta. Dicho propietario, un

artesano alemán enriquecido, se negaba en rotundo a rescindir el contrato recién firmado y exigía la fianza estipulada en el mismo, aunque Piotr Petróvich le devolvía el piso casi enteramente renovado. Lo mismo le sucedía en la tienda de muebles, donde se negaban a devolverle un solo rublo del anticipo por un mobiliario que ni siquiera le había sido entregado. «¡No voy a organizar otra boda sólo porque tengo los muebles!», se decía Piotr Petróvich rechinando los dientes, aunque aún abrigaba un atisbo de esperanza: «¿Será posible que todo esté perdido y terminado sin remedio? ¿Y si lo intentara otra vez?». Al pensar en Dúnechka se le oprimió voluptuosamente el corazón. Con un esfuerzo, se rehízo de aquel momento doloroso; pero si entonces hubiera sido posible matar a Raskólnikov con sólo formular un deseo, Piotr Petróvich no habría vacilado en hacerlo inmediatamente.

«Y también cometí el error de no darles nada de dinero —pensaba, alicaído, mientras regresaba al cuartucho de Lebeziátnikov—. ¿Por qué demonios he sido tan tacaño? ¡Si no tenía ningún sentido! Yo pensaba que dejándolas en sus apuros materiales acabarían mirándome como a su Providencia... ¡y ahí las tienen ustedes! ¡Maldita sea!... Porque, si en todo este tiempo, yo les hubiera dado un millar y medio de rublos, por ejemplo, para el ajuar y todas esas chucherías de cajitas, neceseres, broches de coralina, telas y demás estupideces de la tienda de Knopp o del almacén inglés, la cosa estaría más clara y más firme. No les habría sido tan fácil despedirme ahora. Con su modo de ser, en ese caso se considerarían obligadas a devolver el dinero y los presentes. ¿De dónde lo iban a sacar? Además, les habría dado pena. Sin contar con los escrúpulos de conciencia: ¿cómo se puede romper de pronto con un hombre que se ha mostrado tan generoso y bastante delicado? Hum... ¡He hecho el tonto!». Y, rechinando otra vez los dientes, Piotr

Petróvich no dudó en llamarse estúpido… para sus adentros, naturalmente.

Habiendo llegado a esta conclusión, regresó a su casa el doble de rabioso e irascible que al salir. Al pasar, le llamaron la atención los preparativos de la comida de exequias que se llevaban a cabo en el cuarto de Katerina Ivánovna. Algún comentario había escuchado la víspera sobre el particular y hasta parecía recordar que le habían invitado; pero sus propios contratiempos le habían hecho pasar por alto todo lo demás. Se informó cerca de la señora Lippewechsel, quien en ausencia de Katerina Ivánovna que se encontraba en el cementerio, daba los últimos toques a la mesa, y supo que las cosas se habían dispuesto por todo lo alto, que estaban invitados casi todos los inquilinos, incluidos algunos que ni siquiera conocían al difunto, que hasta Andréi Semiónovich Lebeziátnikov estaba invitado a despecho de su algarada con Katerina Ivánovna y, en fin, que Piotr Petróvich, por su parte, no sólo estaba invitado sino que su presencia era esperada con gran impaciencia por ser casi el más importante de los huéspedes. La propia Amalia Ivánovna había sido igualmente invitada con todos los honores a pesar de todos los roces habidos con anterioridad y por eso desplegaba ahora toda aquella actividad, muy orgullosa, casi con placer, sin contar que se había puesto de tiros largos, con ropa de luto, sí, pero toda nueva y de seda. Todos estos datos y detalles hicieron volver a Piotr Petróvich a sus cavilaciones, y se dirigió a su cuarto o, mejor dicho, al cuarto de Andréi Semiónovich Lebeziátnikov, algo pensativo. Porque también había sabido que, entre los invitados, se encontraba Raskólnikov.

Aquella mañana, Andréi Semiónovich no había salido. Entre este señor y Piotr Petróvich existían unas relaciones extrañas, aunque también naturales en parte: Piotr Petróvich lo despreciaba y lo odiaba por encima de toda

ponderación desde el día mismo en que fue a hospedarse con él; pero, a la vez, le tenía algo de miedo. Si Piotr Petróvich compartía su hospedaje desde su llegada a San Petersburgo, no era sólo por tacañería, aunque ésta fuera la causa principal, sino también por otra razón. Antes de venir había oído hablar ya en su provincia de Andréi Semiónovich, su antiguo pupilo, como de uno de los jóvenes progresistas más avanzados, que incluso desempeñaba un papel considerable en determinados círculos, tan misteriosos como legendarios. El hecho impresionó a Piotr Petróvich. Hacía tiempo que esos círculos poderosos, omniscientes, que despreciaban y desenmascaraban a todo el mundo, inspiraban a Piotr Petróvich cierto terror especial aunque, por otra parte, totalmente indefinido. Está claro que, por sí solo y más aún lejos de la capital, él no podía hacerse una idea, ni siquiera aproximado, acerca de nada *semejante*. Como todo el mundo, había oído comentar que existían, particularmente en San Petersburgo, progresistas, nihilistas, acusadores y otros; pero, al igual que muchas personas, exageraba y desvirtuaba hasta un límite absurdo el sentido y la importancia de estos calificativos. Lo que más temía, desde hacía ya unos años, era la denuncia, causa primordial de una inquietud permanente y exagerada, en particular cuando soñaba con trasladar su actividad a San Petersburgo. A este respecto, estaba asustado como a veces se asustan los niños pequeños. Algunos años atrás, cuando iniciaba su carrera en provincias, tropezó con dos casos de implacable denuncia de personajes bastante influyentes por allí, a quienes se había aferrado él hasta entonces y que lo protegían. Uno de los casos estuvo a punto de convertirse en escándalo. Por eso se propuso Piotr Petróvich ponerse al corriente nada más llegar a San Petersburgo y, por si acaso, tomarles la delantera a «nuestras generaciones nuevas». Para ello confiaba en Andréi Semiónovich y, cuando visitó a

Raskólnikov, por ejemplo, había aprendido ya a manejar algunas de las frases escuchadas.

Huelga decir que no tardó en darse cuenta de que Lebeziátnikov era una persona de lo más trivial y simple. Esta circunstancia, sin embargo, no le hizo cambiar de parecer ni aplacó sus temores, porque su inquietud no habría menguado ni aun en el caso de persuadirse de que todos los progresistas eran igual de estúpidos. En realidad, le tenían sin cuidado todos aquellos pensamientos, teorías y sistemas que Andréi Semiónovich descargó sobre él. Luzhin se había trazado su finalidad propia. Necesitaba enterarse cuanto antes de lo que había sucedido *allí y cómo*; de si tenía o no fuerza *aquella gente*; de si debía temerles o no; de si le denunciarían o no en caso de que emprendiera algo y, si lo hacían, por qué y para qué. Y también le interesaba tantear si sería posible valerse de ellos de algún modo, en el supuesto de que tuvieran efectivamente fuerza, y burlarlos a renglón seguido; de si debía o no hacerlo, de si no habría manera, por ejemplo, de impulsar su carrera precisamente por mediación de ellos. En una palabra, que se planteaba centenares de preguntas.

Andréi Semiónovich, empleado en la Administración, era un hombre de escasa estatura, enjuto y escrofuloso[99], rubio hasta la exageración, y usaba unas patillas en boca de hacha de las que estaba muy ufano. Además, casi siempre padecía de los ojos. Tenía bastante buen fondo, pero hablaba en tono engreído y a veces en extremo arrogante, lo que solía mover a risa debido a su apariencia. Sin embargo, Amalia Ivánovna le contaba entre sus inquilinos más notables, ya que no se emborrachaba ni se demoraba en el pago del alquiler. A pesar de todas estas cualidades, era bastante corto de entendimiento. Se había incorporado con pasión a la corriente del progreso y de «nuestras generaciones nuevas». Era uno de tantos, en esa

incalculable y abigarrada legión de majaderos de escasos alcances, engreídos aunque nunca llegan a adquirir conocimientos sólidos, que se adhieren sin falta a cualquier idea puesta en boga para vulgarizarla al momento, para poner en ridículo todo aquello que ellos mismos profesan, en ocasiones con absoluta buena intención.

Pese a su natural bondadoso, Lebeziátnikov también empezaba a considerar insoportable a su actual compañero de habitación y antiguo tutor. Era un proceso que se había producido en ambos de modo espontáneo y simultáneamente. Por simple que fuera, Andréi Semiónovich empezó a darse cuenta de que Piotr Petróvich le embaucaba y, en el fondo, le despreciaba y que no era, ni con mucho, «la clase de persona que pretendía ser». Él había intentado explicarle el sistema de Fourier[100] y la teoría de Darwin[101], pero Piotr Petróvich empezaba a escucharle ahora con excesivo sarcasmo y, últimamente, llegaba incluso a insultarle. Porque su instinto le hacía vislumbrar que, además de su trivialidad y su simpleza, Lebeziátnikov pecaba también de embustero, que no tenía contactos de cierta importancia ni siquiera entre terceros. Más aún, quizá no estuviese preparado ni para su labor de proselitismo, porque se embrollaba mucho y no tenía ni la menor aptitud para hacer de denunciador. Observemos de pasada que, a lo largo de aquella semana y media, sobre todo al principio, Piotr Petróvich había escuchado muy complacido hasta los elogios más extraños de Andréi Semiónovich. Por ejemplo, no protestaba cuando le atribuía el deseo de contribuir a la organización de una «comuna» en un futuro inmediato y allí mismo, en la calle Meschánskaia; o el propósito de no ponerle impedimentos a Dúnechka si se le ocurría echarse un amante desde el primer mes de matrimonio; o el de no bautizar a sus futuros hijos… Y así sucesivamente. En cuanto a Piotr Petróvich, era tan sensible al incienso que, según su

costumbre, no objetaba nada a las cualidades que le atribuía y se dejaba ensalzar.

Piotr Petróvich, que para ciertos menesteres había cambiado aquella mañana algunos bonos del cinco por ciento, estaba sentado a la mesa y recontaba unos fajos de billetes mientras Lebeziátnikov, casi siempre desprovisto de fondos, paseaba por el cuarto fingiendo para sí mismo que miraba todo aquel dinero con indiferencia e incluso con desprecio. Desde luego, Luzhin no habría admitido nunca que Andréi Semiónovich pudiera de verdad mirar con indiferencia semejante cantidad y, por su lado, Andréi Semiónovich se decía con amargura que Piotr Petróvich era muy capaz de pensarlo así y hasta era posible que celebrara la ocasión que se le ofrecía de causarle envidia y desasosiego a su joven amigo con la exhibición de los fajos de billetes allí extendidos, recordándole su insignificancia y la distancia que, a su entender, existía entre ellos.

Aquella vez, Andréi Semiónovich encontraba a Luzhin incomparablemente más irascible y descortés que nunca. Se había lanzado a disertar sobre su tema predilecto —la creación de una «comuna» nueva y especial—, y las lacónicas objeciones y observaciones que lanzaba Piotr Petróvich, cuando suspendía momentáneamente el manejo de las bolas del ábaco, respiraban la burla y la descortesía más deliberadas. Pero Andréi Semiónovich, debido a su carácter benigno, achacaba el estado anímico de Piotr Petróvich a lo impresionado que estaba debido a su reciente ruptura con Dúnechka, y sentía impaciencia por abordar aquel tema: podía exponer al respecto, dentro de la línea del progreso y del proselitismo, razones capaces de reconfortar a su estimable amigo y de favorecer, «indudablemente», su sucesiva ilustración.

—¿Qué es eso de la comida de exequias que están preparando donde esa… viuda? —preguntó de pronto

Luzhin, interrumpiendo a Lebeziátnikov en el párrafo más interesante.

—Pero, si lo sabe usted. Ayer mismo le hablé del particular y le expuse mi parecer acerca de todos esos ritos… Además, tengo entendido que le ha invitado a usted… Y también estuvo hablando ayer con ella…

—Lo que menos me esperaba es que esa mísera estúpida despilfarrara en una comida de exequias el dinero que le dio ese otro estúpido de Raskólnikov. Ahora, al pasar, me he quedado sorprendido al ver tantos preparativos, tantos vinos… Ha invitado a bastante gente. ¡Increíble! —proseguía Piotr Petróvich que, con sus preguntas, parecía conducir la conversación hacia una meta determinada—. ¿Cómo? ¿Dice usted que yo estoy invitado? —añadió levantando la cabeza —. ¿Cuándo ha sido eso? No lo recuerdo. Aunque, no pienso ir. ¿Qué pinto yo allí? Ayer sólo hablé con ella, y de pasada, acerca de la posibilidad de que perciba, como viuda indigente de un funcionario, el sueldo de un año a título de ayuda. ¿Me habrá invitado por eso? ¡Je, je!

—Tampoco yo pienso asistir —dijo Lebeziátnikov.

—Ya me lo figuro. Después de la paliza que le pegó… Se comprende que le dé vergüenza. ¡Je, je, je!

—¿Una paliza? ¿A quién? —saltó Lebeziátnikov, y hasta se sonrojó.

—Sí. Una paliza que le pegó usted a Katerina Ivánovna. Hace cosa de un mes. Me enteré ayer… ¡Vaya con las convicciones!… ¿Y qué me dice de la defensa de los derechos de la mujer? ¡Je, je, je!

Y Piotr Petróvich volvió a su ábaco como si se sintiera más aliviado.

—¡Eso es una estupidez y una calumnia! —estalló Lebeziátnikov, a quien siempre escocía el recuerdo de aquel incidente—. Además, no ocurrió así. Fue otra cosa. Le han informado mal. ¡Son chismes! Lo único que hice fue

defenderme. Ella empezó primero: se tiró a arañarme, me arrancó una patilla… A cualquiera le está permitido defender su integridad física, digo yo. Además, que no consiento a nadie que use la violencia conmigo… Es una cuestión de principios. Porque eso supone ya casi despotismo. ¿Qué iba a hacer yo? ¿Quedarme de brazos cruzados delante de ella? Yo me limité a rechazarla.

—¡Je, je, je! —volvió Luzhin a su risita malvada.

—Usted está pagando conmigo su enfado y su rabia… Pero, lo que dice es absurdo y no tiene nada que ver con la cuestión de los derechos de la mujer. Usted lo entiende mal. Yo me dije que, una vez sentado que la mujer es igual al hombre, incluso en fuerza como se empieza a afirmar ya por ahí, también en esto debía haber igualdad. Luego, claro, reflexioné en que la cuestión ni siquiera debe plantearse, en esencia, ya que no deben existir las peleas, porque las peleas son inconcebibles en la sociedad futura…, porque resulta extraño, naturalmente, aplicar la igualdad a las peleas. Yo no soy tan estúpido… Aunque, hay peleas, por supuesto…, pero quiero decir que luego no las habrá, pero que ahora las hay todavía… ¡Demonios! ¡Con usted, cualquiera se hace un lío! Si no voy a la comida de exequias, no es por lo de aquel incidente. No iré, sencillamente, por principio, por no participar en el odioso prejuicio que representa. ¡Eso es! Aunque, también cabe la posibilidad de asistir sólo en son de mofa… ¡Lástima que no haya popes[102]! Entonces, sí que iría.

—¿Quiere decir que aceptaría el pan y la sal de una mesa ajena para luego despreciarlos lo mismo que a quienes se los hubieran ofrecido? ¿Es eso lo que quiere decir?

—No se trata en absoluto de despreciar, sino de protestar. Con una finalidad digna. Así, podría fomentar indirectamente el progreso y la propaganda, lanzar una idea, una semilla… De esa semilla surgiría un hecho. ¿Qué

daño les hago con eso? Primero podrán sentirse agraviados, pero luego verán que les he hecho un bien. Por aquí se ha censurado mucho a esa muchacha… Terebíeva, la que está ahora en la comuna, sí; porque, cuando abandonó su casa y… se entregó, les escribió al padre y a la madre que no quería vivir rodeada de prejuicios y que iba a contraer una unión libre. La gente dice que aquello fue demasiado descarado, que a sus padres podía haberlos tratado con más miramiento, con mayor delicadeza. A mí, ese modo de ver me parece estúpido. Lo que hace falta no es andarse con remilgos, sino protestar. Ahí tiene usted a la Varents: a los siete años de casada abandonó a sus dos hijos y le escribió bien a las claras al marido: «He comprendido que no puedo ser feliz con usted. Nunca le perdonaré haberme engañado ocultándome que existe una forma distinta de vivir en sociedad, que es la comuna. Hace poco que lo he sabido a través de un hombre noble al que me he entregado y con quien voy a fundar una comuna. Se lo digo con toda claridad porque me parece indigno engañarle. Actúe como le parezca bien. No espere hacerme volver: es demasiado tarde. Le deseo que sea feliz». Así es como se deben escribir las cartas de esa índole.

—Esa Terebíeva, ¿no es la misma de quien me habló usted una vez y que va ya por su tercera unión libre?

—En realidad, es sólo la segunda. Además, aunque fueran ya cuatro, aunque fueran quince, ¿eso qué importa? Si alguna vez he lamentado que mis padres hayan muerto, ha sido, desde luego, en este caso. Varias veces he pensado con fruición en cómo les haría sentir mi protesta si aún vivieran… Les habría jugado una buena. Y que luego hablaran del hijo descastado si querían. ¡Entonces habrían visto! ¡Entonces se habrían dado cuenta de lo que es bueno! ¡Lástima que no tenga a nadie!

—¿Nadie a quien asombrar, quiere decir? ¡Je, je! En fin, sea como usted quiera —le interrumpió Piotr Petróvich—. Y, ahora, dígame una cosa: usted conoce a la hija del difunto, una muy menudita, ¿verdad? ¿Es cierto lo que dicen de ella?

—¿Qué pasa con eso? A mi entender, o sea, según mi convicción personal, esa es la condición normal para una mujer. ¿Por qué no? Ahora bien, *distinguons*[103]. No es del todo normal en la sociedad presente, puesto que es una condición obligada; pero, en la sociedad futura, será perfectamente normal, ya que será una condición libre. Además, también ahora tenía derecho de hacer lo que ha hecho: ése era un fondo, un capital propio, digámoslo así, del que tenía pleno derecho a disponer como quisiera. Por supuesto, en la sociedad futura no se precisarán fondos de esa índole; pero su papel tendrá una significación distinta, estará definido de manera lógica y racional. En lo que se refiere a Sofía Semiónovna personalmente, hoy por hoy estimo su conducta como una protesta enérgica contra la organización social y, por ello, me inspira un profundo respeto. ¡Incluso gozo mirándola!

—Pues, a mí me han contado que fue usted quien la hizo salir de esta casa.

Lebeziátnikov se puso furioso.

—¡Eso es otro infundio! —rugió—. No ocurrió así en absoluto. ¡Pero, lo que se dice en absoluto! Todo eso se lo inventó Katerina Ivánovna porque no lo entendió. Yo no tenía el menor propósito de seducir a Sofía Semiónovna. Lo que hacía era contribuir a su formación, con todo desinterés, para despertar en ella el espíritu de protesta… Lo único que yo quería lograr era su protesta. Además, que Sofía Semiónovna no habría podido permanecer ya en esta casa de todas maneras.

—O sea, que usted le sugería entrar en una comuna, ¿no?

—Usted no hace más que reírse, y con muy poca gracia, permítame que se lo diga. ¡No entiende nada! En la comuna no existen esos papeles. Precisamente, la comuna se organiza para que esos papeles no existan. En la comuna, se transforma toda la esencia actual de ese papel y lo que aquí es estúpido se convertirá allí en sensato; lo que en las actuales circunstancias resulta aquí artificial, allí resultará perfectamente natural. Todo depende del ambiente y el medio en que se desarrolla la persona. Todo depende de eso porque el individuo, por sí solo, no es nada. En cuanto a Sofía Semiónovna, yo sigo llevándome muy bien con ella, lo que le demostrará que nunca me ha tenido por enemigo ni detractor suyo. ¡Eso es! Yo la incito ahora a que entre en una comuna, pero por muy distintas consideraciones. ¿De qué se ríe? Queremos fundar una comuna propia, específica, con una base más amplia que las anteriores. Hemos llegado más lejos en nuestras convicciones. ¡Rechazamos muchas más cosas que antes! Si Dobroliúbov[104] saliera de su tumba, yo discutiría con él. Y a Belinski[105] le dejaría en pañales. Mientras tanto, sigo con la instrucción de Sofía Semiónovna. Es una naturaleza maravillosa, ¡maravillosa!

—Y usted se aprovecha de esa maravillosa naturaleza, ¿eh? ¡Je, je!

—¡No, no! ¡Qué va! ¡Al contrario!

—¡Al contrario, dice! ¡Je, je, je! ¡Qué ocurrencia!

—¡Puede creerlo! Además, ¿quiere decirme por qué motivos iba yo a ocultárselo? Al revés. A mí, hasta me sorprenden la castidad y la timidez casi exageradas, casi temerosas, en su trato conmigo.

—Y usted, claro, contribuye a su formación… ¡Je, je! Le demuestra que esos sentimientos son una majadería…

—¡En absoluto! ¡En absoluto! ¡Hay que ver de qué manera tan grosera e incluso estúpida, con perdón, entiende usted esas palabras! Mejor dicho, no entiende

absolutamente nada. ¡Dios mío… que falta de preparación la suya! Nosotros buscamos la emancipación de la mujer y ustedes no piensan más que en una cosa… Dejando de lado la castidad y el pudor femeninos como cualidades inútiles de por sí, e incluso como prejuicios, yo admito sin ninguna reserva su castidad hacia mí porque tal es su voluntad y está en su pleno derecho. Claro que si ella misma me dijera «Quiero tenerte», lo consideraría como una buena fortuna, porque la muchacha me gusta mucho. Pero, al menos por ahora, nadie la ha tratado nunca con más consideración y cortesía que yo, con mayor respeto a su dignidad… Aguardo y conservo la esperanza… Eso es todo.

—Mejor sería que le hiciera usted algún presente. Apuesto a que ni siquiera se le ha ocurrido esa idea.

—Le repito que usted no entiende nada de nada. Su situación es ésa, cierto; pero, ¡se trata de una cuestión distinta, de todo punto distinta! Usted la desprecia, sencillamente. Ante un caso que usted, por error, considera digno de desprecio, ya se niega a mirar humanamente a una persona. ¡Usted no sabe qué clase de persona es! Lo que lamento es que en los últimos tiempos haya dejado totalmente de leer y ya no me pida libros prestados. Antes, sí me los pedía. También es una lástima que, con toda su energía y su voluntad de protesta, que ha demostrado ya en varias ocasiones, aún tenga, al parecer, poca independencia, poca fuerza de rechazo para desprenderse del todo de ciertos prejuicios y… sandeces. Sin embargo, comprende a la perfección algunas cuestiones. Por ejemplo, ha asimilado muy bien la cuestión del besamanos, o sea, que cuando un hombre besa la mano a una mujer la ofende porque así resalta la desigualdad. Nosotros debatimos esta cuestión y yo enseguida se lo comuniqué a ella. También escuchó con atención lo que le conté de las asociaciones de obreros en Francia. Ahora estoy explicándole que, en la sociedad futura,

cualquiera podrá entrar libremente en todas las habitaciones.

—Y eso, ¿qué quiere decir?

—Últimamente se venía debatiendo la cuestión de si un miembro de la comuna tiene el derecho de entrar en la habitación de cualquier otro, hombre o mujer, a cualquier hora… Y se ha decidido que sí lo tiene…

—Bueno, ¿y qué pasa si esa persona, hombre o mujer, está atendiendo en ese momento a alguna necesidad natural? ¡Je, je!

Andréi Semiónovich se enfadó de verdad.

—Usted, siempre con lo mismo, ¡siempre con esas malditas «necesidades»! —gritó con rabia—. Lamento de verdad haberle hablado prematuramente de esas malditas necesidades al exponerle el sistema. ¡Maldita sea! Es la piedra de toque para los que se parecen a usted y de todo se mofan antes de saber de qué se trata. ¡Y se creen que tienen razón! ¡Y hacen gala de ello! ¡Bah! Yo he afirmado varias veces que, a un novato, toda esta cuestión no se le puede explicar hasta el final, cuando ya tiene fe en el sistema, cuando ya está preparado y orientado. Por ejemplo, ¿quiere decirme qué ve usted de vergonzoso y repugnante en los pozos negros? Yo soy el primero que estaría dispuesto a limpiar esos pozos negros, ya ve usted. ¡Eso no supone ningún sacrificio! Eso es, sencillamente, un trabajo, una actividad noble y útil para la sociedad como cualquier otra y muy superior a la actividad de un Rafael[106] o un Pushkin, digamos, por el hecho de ser útil.

—Y más noble, más noble, ¡je, je, je!

—¿Qué significa más noble? Yo no entiendo el alcance de esas expresiones para definir una actividad humana. «Más noble», «más generoso»… Todas esas palabras son necedades y absurdos, la expresión de viejos prejuicios que yo reniego. Todo lo que es *útil para* la humanidad también es

noble. Para mí, sólo existe la palabra *útil. Puede* reírse todo lo que quiera, pero así es.

En efecto, Piotr Petróvich se rió mucho. Había guardado el dinero cuando terminó de contarlo, aunque todavía quedaba una parte encima de la mesa. A pesar de su trivialidad, «la cuestión de los pozos negros» había dado ya lugar en diversas ocasiones a disputas y desacuerdos entre Luzhin y su joven amigo. Lo más estúpido era que Andréi Semiónovich se enfadaba de verdad, mientras que Luzhin encontraba un desahogo en aquellos debates y, en ese momento, estaba encantado de hacerle rabiar.

—Lo que le pasa es que está furioso por lo de las calabazas de ayer y la paga conmigo —estalló por fin Lebeziátnikov quien, a pesar de su «independencia» y sus «protestas», no se atrevía a contradecir mucho a Piotr Petróvich y, por lo general, le trataba con cierto hábito de respeto adquirido años atrás.

—Mejor será que me diga —le interrumpió Luzhin con altivez y enojo— si puede… En una palabra: ¿tiene usted con esa joven persona una relación bastante estrecha como para rogarle que venga aquí un momento, a este cuarto? Se diría que han vuelto ya todos del cementerio… Oigo que andan por ahí… Y yo quisiera ver a esa persona.

—¿Para qué? —se sorprendió Lebeziátnikov.

—Para cierto asunto. Como pienso marcharme de aquí hoy o mañana, desearía comunicarle… Puede usted estar presente, si lo desea, durante la explicación. Incluso será mejor. De lo contrario, es capaz de pensar sabe Dios qué.

—No voy a pensar nada… Lo he dicho por decir y, si tiene algún asunto que tratar con ella, nada más fácil que llamarla. Voy enseguida. Y tenga por seguro que no les voy a molestar.

En efecto, Lebeziátnikov volvió a los cinco minutos acompañado de Sónechka. La muchacha entró muy

sorprendida y, como de costumbre, intimidada. Siempre se encogía de temor cuando tenía que tratar con personas desconocidas. Era una reacción adquirida desde niña y que ahora se había acentuado… Piotr Petróvich la acogió «afable y cortésmente», aunque con cierto matiz de jovial familiaridad, a su entender adecuada en un hombre importante y respetable como él, hacia una personita tan joven y, de algún modo, tan *interesante*. Para «darle confianza», enseguida le ofreció un asiento junto a la mesa, frente a él. Sonia se sentó, miró a su alrededor, a Lebeziátnikov, el dinero que había encima de la mesa, y volvió los ojos hacia Luzhin para no apartarlos ya de éste. Lebeziátnikov se dirigió hacia la puerta, pero Piotr Petróvich se levantó, invitando a Sonia con un ademán a que continuara sentada, y retuvo a Lebeziátnikov antes de que saliera.

—¿Está ese Raskólnikov ahí? ¿Ha venido? —preguntó en voz baja.

—¿Raskólnikov? Sí. ¿Por qué? Sí, está ahí… Acaba de entrar y lo he visto… ¿Qué pasa?

—Entonces, razón de más para rogarle que se quede usted aquí con nosotros y no me deje a solas con esta… señorita. Se trata de un asunto de nada, pero sabe Dios las conclusiones que podrían sacar. No quiero que Raskólnikov vaya contándolo *allá*… ¿Comprende lo que quiero decir?

—¡Comprendo, comprendo! —exclamó Lebeziátnikov cayendo en la cuenta—. Tiene usted razón… Yo, desde luego, estoy persuadido de que exagera sus aprensiones, pero… tiene razón. Me quedaré, puesto que lo desea. Estaré aquí, junto a la ventana, y no les estorbaré. Me parece que tiene usted razón.

Piotr Petróvich volvió al sofá, se sentó frente a Sonia, la miró fijamente y de pronto adoptó un aire muy digno y hasta algo severo como si le diera a entender: «Señorita, no te

vayas a pensar lo que no es». El azoramiento de Sonia subió de punto.

—En primer lugar, Sofía Semiónovna, tenga la bondad de presentarle mis excusas a su respetable madre… Porque, así es, ¿verdad? Katerina Ivánovna hace para usted las veces de madre —empezó Piotr Petróvich muy engolado, aunque con bastante afabilidad, y estaba claro que sus intenciones eran de lo más amistosas.

—Sí, así es; sí. Hace las veces de madre —asintió Sonia, apurada y tímida.

—Pues bien: preséntele mis excusas porque, debido a circunstancias imprevistas, me veo obligado a hacerle el desaire de no acompañar a ustedes en eso de los *crepés…* quiero decir en la comida de exequias, a pesar de su gentil invitación.

—Sí, muy bien. Se lo diré… Voy enseguida… —contestó Sonia levantándose con premura.

—Espere. Eso no es *todo* —la retuvo Piotr Petróvich sonriendo ante su simplicidad y su desconocimiento de los convencionalismos—. Y no me conoce usted bien, mi querida Sofía Semiónovna, si cree que por una causa tan insignificante y particular habría importunado a una persona como usted haciéndola venir aquí. Se trata de otra cuestión.

Sonia se apresuró a sentarse de nuevo. Los billetes de distintos colores que aún quedaban sobre la mesa atrajeron otra vez sus ojos, pero enseguida volvió la cara y la alzó hacia Luzhin: de pronto le había parecido de lo más indecoroso, sobre todo en *ella*, fijarse en el dinero ajeno. Posó la mirada en los impertinentes de oro que Piotr Petróvich sostenía en la mano izquierda y, al mismo tiempo, en la bella sortija, grande y maciza, adornada con una piedra amarilla, que llevaba en el dedo corazón de la misma mano, pero también apartó enseguida los ojos y, desasosegada, acabó por clavarlos en los de Piotr Petróvich

quien, después de una pausa, prosiguió, más enfático que antes:

—Ayer tuve ocasión de intercambiar un par de palabras, de pasada, con la infortunada Katerina Ivánovna y esas dos palabras me bastaron para comprender que se halla en un estado… anormal, si puedo expresarme así…

—Sí, señor…, anormal —asintió Sonia al instante.

—O sea, dicho llana y sencillamente, está enferma.

—Sí, señor. Llana y sencilla… Enferma, sí.

—Eso es. Pues bien: por un sentimiento humanitario y… digamos que de compasión, yo desearía, a mi vez, serle de alguna utilidad, pues preveo la triste suerte que la espera inexorablemente. Según entiendo, toda esa pobre familia depende ahora exclusivamente de usted.

—Permítame preguntarle —inquirió Sonia levantándose— si le habló usted ayer de la posibilidad de que le concedieran una pensión. Porque ayer me dijo que se había brindado usted a hacer las gestiones necesarias. ¿Es verdad?

—En modo alguno. Y me parece hasta cierto punto absurdo. Yo sólo aludí a que existe la práctica de conceder un socorro a la viuda de un funcionario en el momento de fallecer éste hallándose en servicio activo, siempre que alguien influyente la gestione. Pero, me parece que su difunto padre no se hallaba en servicio activo y ni siquiera desempeñaba ningún empleo últimamente. En una palabra, que esa esperanza, aunque se pudiese abrigar, sería muy efímera pues, de hecho, en este caso no existe ningún derecho a ese socorro sino más bien todo lo contrario… Y ya está imaginándose ella que le van a dar una pensión, ¡je, je, je! ¡Mucho corre esa señora!

—Sí, se lo imagina… Porque es crédula y bondadosa y su propia bondad hace que se lo crea todo y… y… como tiene

esa cabeza… Sí… Usted perdone… —dijo Sonia, y de nuevo hizo intención de marcharse.

—Un momento. Aún debe escuchar algo.

—Sí. Algo… —murmuró Sonia.

—Pero, siéntese.

A Sonia le entró un apuro muy grande y volvió a sentarse por tercera vez.

—Ante la situación en que se encuentra Katerina Ivánovna, con esos desdichados pequeños, yo quisiera, como he dicho ya, prestarle alguna ayuda en la medida de mis fuerzas; pero lo que se dice en la medida de mis fuerzas, y nada más. Por ejemplo, se podría abrir una suscripción en beneficio suyo, o bien organizar una rifa… o algo por el estilo, como hacen siempre, en tales casos, los allegados o incluso personas extrañas, pero que desean ayudar. Eso es lo que me proponía exponerle a usted. ¿Sería posible?

—Sí, señor; está bien… Dios se lo pague… —murmuraba Sonia mirando fijamente a Luzhin.

—Sería posible… Eso se dejaría para más adelante… Aunque, algo se podría empezar hoy mismo. Esta tarde nos veremos, hablaremos de ello y sentaremos las bases, por decirlo así. Venga usted por aquí a eso de las siete. Espero que también participará Andréi Semiónovich… Sin embargo… Pero, hay una circunstancia que se debe tener previamente muy en cuenta. A ella se debe, Sofía Semiónovna, que me haya permitido importunarla rogándole que pasara a verme. Se trata de que, a mi entender, no convendría poner el dinero en manos de Katerina Ivánovna; incluso sería arriesgado a juzgar por esta comida de exequias que ha organizado hoy. No tiene ni un mendrugo de pan para mañana… carece de calzado y de todo lo demás, y hoy compra ron de Jamaica y hasta vino de Madera y… café, según parece. Lo he visto al pasar. Y mañana, todo, hasta el último pedazo de pan, volverá a

depender de usted. Eso no tiene sentido. Por lo mismo, opino personalmente que la suscripción se debe organizar de modo que la desdichada viuda no se entere de lo del dinero y lo sepa únicamente usted, por ejemplo. ¿Digo bien?

—No sé. Esto, lo ha hecho sólo hoy… una vez en su vida… Por el deseo tan grande que tenía de honrar la memoria de su marido, en recuerdo suyo… Pero, Katerina Ivánovna es muy inteligente. Claro que se hará como usted disponga… y yo le quedaré muy, muy agradecida… Todos le estaremos muy agradecidos, mucho… Y a usted, Dios… y esos niños huérfanos…

Sin concluir la frase, Sonia se echó a llorar.

—Bueno. Pues, ya está. Téngalo en cuenta. Y ahora le ruego me acepte, para empezar, una modesta cantidad en favor de su pariente. Eso sí: con el ruego muy encarecido de que no se mencione para nada mi nombre en este asunto. Aquí tiene… Dados los compromisos que también pesan sobre mí, no me es posible aportar más…

Y Luzhin presentó a Sonia un billete de diez rublos bien extendido. Sonia lo tomó, ruborizada, se levantó impetuosamente y murmuró algunas palabras, apresurándose a despedirse. Luzhin la acompañó con mucho empaque hasta la puerta. La muchacha abandonó al fin la habitación, toda emocionada y sorprendida, y volvió junto a Katerina Ivánovna presa de profunda turbación.

Durante toda la escena anterior, Andréi Semiónovich se había pasado unos ratos junto a la ventana y otros paseando por el cuarto para no interrumpir la conversación. Pero, cuando salió Sonia, se acercó a Piotr Petróvich y le tendió solemnemente la mano.

—Todo lo he oído y lo he *visto* —dijo, poniendo un acento especial en la última palabra—. Esto que acaba de hacer es noble. ¡Humano, quisiera decir! Lo ha hecho para eludir las expresiones de gratitud de la muchacha. ¡Me he dado

cuenta! Y aunque, se lo confieso, mis principios no me permiten ver con simpatía las manifestaciones de beneficencia particular, pues lejos de arrancar el mal de raíz lo fomenta todavía más, no puedo por menos de reconocer que he visto con agrado ese gesto suyo. Sí, sí, eso me gusta.

—¡Bah! No tiene nada de particular —murmuró Luzhin algo desasosegado y observando a Lebeziátnikov.

—Sí que lo tiene. Un hombre agraviado y contrariado como usted por lo sucedido ayer y que, sin embargo, es capaz de pensar en la desgracia de los demás… un hombre así…, aunque con su comportamiento cometa un error social, es de todas maneras… digno de respeto. La verdad es que no me lo esperaba de usted, Piotr Petróvich, sobre todo debido a sus puntos de vista. ¡Oh, qué lastre constituyen todavía para usted esos puntos de vista! Por ejemplo, ¿cómo puede afectarle tanto el revés que sufrió ayer? —exclamó Andréi Semiónovich con toda su buena fe, sintiendo una simpatía renovada por Luzhin—. Explíqueme usted, mi bueno y noble Piotr Petróvich, ¿por qué ha de contraer forzosamente ese matrimonio, ese matrimonio *legítimo*? ¿Qué falta le hace forzosamente esa legalidad en el matrimonio? Puede pegarme si quiere, pero lo cierto es que me alegro, sí, me alegro mucho de que se haya desbaratado, de que usted permanezca libre, de que aún no esté definitivamente perdido para la humanidad; sí, me alegro… ¡Ya lo sabe usted!

—¿Para qué me hace falta? Pues, para no ser un cornudo ni criar hijos ajenos si optara por la unión libre que usted preconiza. Para eso me hace falta el matrimonio legítimo —dijo Luzhin por contestar algo, pues se le notaba muy preocupado y pensativo.

—¿Hijos? ¿Ha aludido a los hijos? —Andréi Semiónovich se estremeció como un caballo de batalla al escuchar un clarín—. Los hijos son un problema social, y un problema

primordial, de acuerdo. Pero ese problema de los hijos se resuelve de otro modo. Hay quien los rechaza en rotundo, al igual que cualquier otra alusión a la familia. De momento, vamos a dejar a los hijos a un lado y empecemos por hablar de los cuernos. Le confieso que ese tema es mi punto flaco. En el léxico del futuro, ni siquiera se concibe la existencia de ese vocablo vilipendioso que emplean los húsares y Pushkin. Además, ¿qué es eso de los cuernos? ¡Valiente aberración! ¿De qué cuernos se trata? ¿A qué vienen los cuernos? ¡Menuda estupidez! ¡Pero si, por el contrario, es precisamente en la unión libre donde no existirán! Los cuernos no son más que una consecuencia natural del matrimonio legítimo, un correctivo, una protesta; de modo que, en ese sentido, ni siquiera tienen nada de humillante… Y si, admitiendo lo inverosímil, yo contrajera algún día matrimonio legítimo, hasta me alegraría de llevar esos malditos cuernos de que habla. «Querida mía —le diría a mi esposa—, hasta ahora sólo te había amado; desde ahora, también te respeto porque has sido capaz de protestar». ¿Se ríe usted? Eso es porque todavía no tiene fuerzas para desprenderse de sus prejuicios. ¡Demonios! Demasiado comprendo lo desagradable que debe ser que le engañen a uno en un matrimonio legítimo. Pero, eso es sólo la ignominiosa consecuencia de una situación ignominiosa en la que ambas partes son humilladas. En cambio, cuando los cuernos son puestos a la luz del día, y así ocurre en una unión libre, entonces, ni siquiera existen, dejan de tener sentido, pierden hasta la apelación de cuernos. Es más: lo que hará la mujer en ese caso no será sino demostrar que le respeta a uno al considerarle incapaz de oponerse a la felicidad de ella y lo suficientemente avanzado como para no tomar venganza de su nueva pareja. ¡Demonios! A veces pienso que si a mí me casaran, en libre unión o en matrimonio legítimo, pues para el caso es lo mismo, yo en

persona le buscaría un amante a mi mujer si ella tardara en encontrarlo. «Querida —le diría—, te amo; pero, además, deseo que me respetes». ¡Así mismo! ¿Digo bien o no digo bien?…

Mientras le escuchaba, Luzhin había estado riendo con su risita zumbona, aunque sin ninguna alegría. Podría decirse que apenas había escuchado. Estaba, efectivamente, cavilando en alguna otra cosa y Lebeziátnikov terminó por darse cuenta. Priotr Petróvich parecía incluso desazonado, se frotaba las manos, se quedaba absorto. De todos estos detalles sacaría luego Lebeziátnikov ciertas conclusiones al recordarlos.

II



ABRÍA sido difícil determinar con exactitud las causas que engendraron en la mente trastornada de Katerina Ivánovna la idea de aquella disparatada comida de exequias. Efectivamente, en ella se fueron casi diez rublos de los veinte y pico recibidos de Raskólnikov para el entierro de Marmeládov. Acaso se consideraba Katerina Ivánovna en la obligación de honrar la memoria del difunto «como debe hacerse» para que todos los inquilinos, y Amalia Ivánovna en particular, supieran «que no era en nada inferior a ellos y hasta posiblemente muy superior» y que ninguno tenía derecho a «mirarla a ella por encima del hombro». Lo que más influyó en su ánimo fue, acaso, ese singular «orgullo de los pobres» en virtud del cual muchas personas de escasos recursos pecuniarios emplean todos sus esfuerzos y se desprenden del último *kopek* con tal de no quedar «peor que los demás» y que esos «demás» no las critiquen. También era muy probable que, precisamente en este caso, precisamente en el momento en que, a juzgar por las apariencias, había sido abandonada por todo el mundo, quisiera demostrar Katerina Ivánovna a todos esos «insignificantes y viles inquilinos», no sólo que ella sabía «cómo vivir y cómo recibir invitados», sino que ella no había sido educada para semejante suerte; que había sido educada «en la noble casa, hasta podía decirse en la aristocrática casa de un coronel» y, por supuesto, nunca fue preparada para barrer ella misma los suelos ni para lavar por la noche los andrajos de sus hijos. Estos paroxismos de orgullo y de amor propio acometen, en ocasiones, a las personas más pobres y desheredadas y pueden degenerar en imperiosa e irrefrenable exigencia. Por encima de todo esto, Katerina Ivánovna no era de las personas que se

amilanan: las circunstancias podían destruirla, pero no era posible *amilanarla* moralmente, es decir, amedrentarla y someter su albedrío. Por encima de todo esto, Pónechka había dicho de ella con pleno fundamento, que tenía la cabeza trastornada. Cierto que aún no se podía afirmar tal cosa de modo concluyente y definitivo, pero la realidad era que en los últimos tiempos, a lo largo de todo el año anterior, su pobre mente había padecido demasiado para no desquiciarse un tanto. Una agravación galopante de la tisis, según los médicos, también contribuye al trastorno de las facultades mentales.

Vino de distintas marcas y en abundancia no había, ni tampoco *Madera*; pero, sí había bebidas. Había *vodka*, ron y vino de Lisboa, todo ello de pésima calidad, aunque en cantidad suficiente. De comida, aparte de la *kutia*, había tres o cuatro platos, entre ellos *crepés*, salidos de la cocina de Amalia Ivánovna, amén de tres *samovares* preparados para el té y el ponche que se ofrecerían después de la comida. Katerina Ivánovna había realizado personalmente todas las compras, asistida por uno de los inquilinos, un pobre polaco insignificante, hospedado en casa de la señora Lippewechsel sabe Dios por qué, que se había brindado inmediatamente a hacer de recadero para Katerina Ivánovna, con lo cual había andado la víspera y toda aquella mañana de un lado para otro a toda velocidad y con la lengua fuera, circunstancia esta última que parecía tener singular interés en poner de manifiesto. Acudía constantemente a Katerina Ivánovna por cualquier nimiedad, incluso yendo a Gostini dvor[107] para consultarla, la llamaba a cada momento *pani horuyina*[108] y acabó por agobiarla, aunque al principio decía ella que no habría podido hacer nada sin aquel hombre «tan servicial y magnánimo». Un rasgo característico de Katerina Ivánovna era el de adornar con los colores más radiantes al primero que encontraba, cantar sus alabanzas hasta el punto de

azorarle, inventar en favor suyo circunstancias que jamás habían existido, pero de las que ella se persuadía con toda sinceridad y buena fe, para luego decepcionarse de golpe y porrazo, romper con la persona a la que reverenciaba literalmente una hora antes, desairarla y echarla a empellones. Risueña, ocurrente y afable por naturaleza, los contratiempos y los reveses constantes la habían llevado a desear y exigir tan furiosamente que todo el mundo viviera en paz y armonía y no se atreviera a vivir de otro modo, que la más leve disonancia o el menor revés la ponía al borde de la exasperación y, en un instante, de las esperanzas y las fantasías más esplendentes pasaba a maldecir del destino, a destrozar cuanto hallaba a mano y a pegarse de cabezazos contra la pared. También a Amalia Ivánovna le había concedido de pronto una importancia y un respeto inusitados, quizá tan sólo debido a los preparativos de aquella comida de exequias y a que Amalia Ivánovna se había puesto de todo corazón a participar en ellos: se ofreció a disponer la mesa, proporcionando mantel, vajilla y demás, y a que se guisara en su propia cocina. Mientras iba al cementerio, Katerina Ivánovna la dejó al frente de todo en su lugar. En efecto, todo quedó listo a su hora y a la perfección: la mesa tenía un aspecto bastante presentable, con vajilla, tenedores, cuchillos, copas, vasos y tazas, todo ello heterogéneo por la forma y el tamaño, pues era contribución de distintos huéspedes; pero, allí estaban las cosas, en su sitio y a su debido tiempo. Consciente de haber salido airosa de su cometido, Amalia Ivánovna recibió a los que regresaban del cementerio con cierto orgullo y muy peripuesta, con vestido negro y cofia de la que colgaban cintas negras en señal de duelo. Aquel orgullo, aunque justificado, no le gustó a Katerina Ivánovna. «¡Vamos! ¡Como si no hubiera sabido disponer yo la mesa sin ayuda de Amalia Ivánovna!». Tampoco fueron de su agrado la cofia

con sus cintas negras. «Esa imbécil de alemana es capaz de presumir porque es la patrona y, por compasión, se ha avenido a ayudar a sus pobres huéspedes. ¿Por compasión? ¡Vamos hombre! En casa del papá de Katerina Ivánovna, que era coronel y casi gobernador, hubo veces de servir la mesa a cuarenta comensales. De modo que a una Amalia Ivánovna, mejor dicho Ludwígovna, cualquiera, ni le hubieran permitido asomar por la cocina...». Sin embargo, Katerina Ivánovna optó por no exteriorizar, de momento, aquel sentir suyo, aunque en su fuero interno decidió que aquel mismo día tendría que pegarle un parón a Amalia Ivánovna y recordarle el sitio que le correspondía para que no se le subieran los humos a la cabeza. Pero, de momento, se limitó a tratarla con frialdad. Otra contrariedad contribuía también en parte a la irritación de Katerina Ivánovna: salvo el pequeño polaco, que también había estado en el cementerio, casi ninguno de los inquilinos invitados había asistido al funeral. Y ahora, a la comida de exequias, se presentaron los más insignificantes y menesterosos, alguno de ellos sin arreglarse... ¡Gentuza, vaya! Los de más categoría faltaron todos, como si se hubieran puesto de acuerdo. Piotr Petróvich Luzhin, por ejemplo, el más importante de todos podía decirse, no se había presentado. Y el caso era que Katerina Ivánovna se había lanzado ya la tarde anterior a contarle a todo el mundo, o sea, a Amalia Ivánovna, a Pólechka, a Sonia y al pequeño polaco, que se trataba de un caballero de lo más noble y generoso, adinerado, con un círculo amplísimo de relaciones, amigo de su primar esposo y recibido en casa de su padre, y que le había prometido emplear todas sus influencias para gestionarle una considerable viudedad. Observemos aquí que cuando Katerina Ivánovna encomiaba la fortuna o las relaciones de alguien, lo hacía con todo desinterés, sin ningún cálculo personal, lo que se dice porque se lo pedía el

corazón, por el solo placer de elogiar y dar mayor realce a la persona elogiada. Al igual que Luzhin, y probablemente «siguiendo su ejemplo», no había hecho acto de presencia ese «miserable asqueroso de Lebeziátnikov». «Y ése, ¿de qué presumirá?». Sólo se le ha invitado por miramiento, porque comparte la habitación con Luzhin y lo conoce. Y, claro, «habría resultado violento no invitarlo». Tampoco se habían presentado cierta señora encopetada y su hija, «solterona muy pasadita», que se hospedaban en casa de Amalia Ivánovna desde hacía solamente un par de semanas, pero se habían quejado ya varias veces del ruido y los gritos procedentes del cuarto de los Marmeládov, en particular cuando el difunto volvía a casa borracho. Todo esto, como era de esperar, había llegado a conocimiento de Katerina Ivánovna a través de la propia patrona, cuando ésta, en una de sus grescas con ella y amenazándola con poner en la calle a toda la familia, gritaba a voz en cuello que molestaban a unas inquilinas «tan dignas, que ellos no valían ni lo que un pie suyo». Por eso se había hecho Katerina Ivánovna el propósito de invitar a esa señora y a su hija, aunque ella no valiera «ni lo que un pie suyo» y más aún porque, hasta entonces, dicha señora había vuelto la cabeza altivamente hacia otro lado cuando se tropezaban por casualidad. Así: para que se enterara de que «allí había quien pensaba y sentía con más altura y hacía sus invitaciones sin rencores»; y para que todos vieran que Katerina Ivánovna estaba hecha a vivir de modo muy distinto. Estas manifestaciones, tenía el propósito de hacérselas cuando estuvieran sentados a la mesa, así como el cargo de gobernador de su difunto padre, y al mismo tiempo aludir, de pasada, a que no tenían por qué volver la cabeza cuando se cruzaban con ella, pues era una solemne tontería. Faltó también un obeso teniente coronel, que en realidad era sólo un capitán retirado, porque resultó que «la

estaba durmiendo desde la mañana anterior». En una palabra, que sólo acudieron el pequeño polaco, luego un oficinista escuchimizado, que no era capaz de ensartar dos palabras, con un frac mugriento, la cara llena de granos y un tufillo repugnante y después, otro viejo, sordo y casi ciego, que en una época había estado empleado en una estafeta de Correos y a quien, desde tiempo inmemorial, alguien mantenía en casa de Amalia Ivánovna no se sabía por qué. Se presentó también un ex teniente retirado, que de hecho sólo había sido empleado en Intendencia, riendo indecorosamente a carcajada limpia y «¡figúrense ustedes!», sin chaleco. Un sujeto fue derecho a sentarse a la mesa sin saludar siquiera a Katerina Ivánovna y, por último, un individuo quiso entrar en bata de casa, porque no tenía otra ropa, pero aquello era ya tan sumamente irrespetuoso, que entre Amalia Ivánovna y el pequeño polaco lo echaron. El pequeño polaco, por su parte, había traído a dos polacos más, que nunca se habían hospedado en casa de Amalia Ivánovna y a quienes nadie había visto hasta entonces por allí. Este conjunto de desagradables circunstancias le produjo a Katerina Ivánovna una extraordinaria irritación. «Entonces, ¿para qué se han hecho todos estos preparativos?». Para dejar más sitio, ni siquiera habían sentado a los niños con los adultos, sino que se les había improvisado una mesa encima del baúl que había en un rincón. Los dos pequeños estaban sentados en un banquito y Pólechka, por ser la mayor, tenía la misión de vigilarlos, darles de comer y limpiarles la nariz como «a niños bien educados». En una palabra, que Katerina Ivánovna se vio obligada, aun en contra de su voluntad, a acoger a sus invitados con recalcada dignidad y hasta con altanería. A algunos, sobre todo, los contempló con particular rigor y les invitó desdeñosamente a sentarse a la mesa. Habiendo llegado a la peregrina conclusión de que Amalia Ivánovna

era la responsable de todas las ausencias, empezó a tratarla con sumo desdén, actitud que la otra advirtió al instante y tomó muy mal. Aquel comienzo no auguraba un buen final. Al cabo, todos tomaron asiento.

Raskólnikov había llegado casi en el momento en que regresaban del cementerio. Katerina Ivánovna se llevó una gran alegría al verlo. Primero, porque entre todos los presentes era el único «hombre cultivado» quien, «como es notorio, se preparaba para desempeñar una cátedra en la Universidad dentro de un par de años»; segundo, porque se había apresurado a presentarle con todo respeto sus disculpas por no haber podido asistir al entierro a pesar de sus buenos deseos. Katerina Ivánovna se apoderó de él, lo sentó a su lado, a la izquierda (a la derecha estaba Amalia Ivánovna) y, aunque pendiente de que se sirviera bien la comida y alcanzara para todos, aunque la tos desgarradora, que parecía haber arraigado particularmente en los dos últimos días, la interrumpía y la ahogaba a cada momento, ella se volvía incesantemente hacia Raskólnikov para confiarle en atropellado murmullo, todos los sentimientos que habían ido acopiándose en su interior y toda su justa indignación al ver malograda la comida de exequias. Con la particularidad de que, a menudo, sucedía a la indignación una risa de lo más divertida e incontenible al burlarse de los presentes y, especialmente, de Amalia Ivánovna.

—La culpa de todo la tiene esa fantoche. Comprende a quién me refiero, ¿verdad? Me refiero a ésta, a ésta —y, con un movimiento de cabeza, señalaba a la patrona—. Mírela: casi se le saltan los ojos, porque sabe que estamos hablando de ella y no oye lo que decimos. ¡Parece una lechuza! ¡Ja, ja, ja! ¡Ejem, ejem! ¿A son de qué se habrá puesto esa cofia? ¡Ejem, ejem, ejem! Está empeñada en demostrar que me protege y que me honra con su presencia, ¿se ha fijado usted? Yo pensé que podía fiarme de ella para que invitara a

lo mejorcito, especialmente a los conocidos de mi difunto, y ¡mire usted lo que ha traído! Un atajo de bufones apestosos. Fíjese en ése de los granos: parece un gorgojo con dos patas. ¿Y esos polacos? ¡Ja, ja, ja! ¡Ejem, ejem, ejem! Nadie los ha visto aquí jamás; nadie, y yo tampoco. ¿Quiere decirme a qué han venido? Mírelos, sentados tan juntitos. ¡Eh, pan[109]! —le gritó a uno de ellos—. ¿Ha probado los *crepés*? Sírvase más. Y tome cerveza, cerveza. ¿No quiere *vodka*? Mire el brinco que ha pegado para hacerme una reverencia; mire, mire. Los pobres, parecen estar muertos de hambre. Bueno, pues que coman. Por lo menos, no alborotan. Sólo que… temo por los cubiertos de plata de la patrona. Amalia Ivánovna —le dijo a ésta casi en voz alta—: si desaparece alguna cuchara, yo no respondo, se lo advierto de antemano. ¡Ja, ja, ja! —rió, vuelta de nuevo hacia Raskólnikov, encantada de su ocurrencia y señalando otra vez a su patrona con la cabeza—. Tampoco ha entendido ahora. Mírela, sentada con la boca abierta: una lechuza, lo que se dice una auténtica lechuza con cintas nuevas. ¡Ja, ja, ja!

Esta vez, la risa se convirtió nuevamente en un acceso de tos insoportable que duró cinco minutos. Katerina Ivánovna tenía la frente perlada de sudor y en su pañuelo quedaron unas manchas de sangre que le mostró a Raskólnikov sin decir nada. Pero, en cuanto recobró un poco el aliento, reanudó sus comentarios a media voz, muy animada y con dos manchones rojos en las mejillas:

—Mire usted: yo le di el encargo, podríamos decir que delicado, de invitar a esa señora y a su hija… Ya sabe usted a quién me refiero, ¿verdad? En un caso así, hay que tener un tacto muy especial y comportarse con la mayor finura, claro. Bueno, pues no sé cómo se las habrá ingeniado, pero esa necia forastera, esa presumida, esa provinciana insignificante, que se da tono sólo por ser viuda de un

comandante, que va haciendo antesala de una oficina a otra, para gestiona una pensión, que a los cincuenta y cinco años, como es notorio, se pinta el pelo, se estuca la cara y se da colorete… esa individua, no solamente no se ha dignado venir, sino que ni siquiera ha mandado recado excusando su ausencia, como en tales casos exige la más elemental cortesía. Tampoco me explico que no haya venido Piotr Petróvich. Por cierto, ¿y Sonia? ¿A dónde habrá ido? ¡Ah, aquí llega! ¿Qué es esto, Sonia, dónde has estado? Me extraña esta falta de puntualidad tuya en el entierro de tu padre. Rodión Románovich, hágale usted sitio a su lado. Siéntate ahí, Sonia…, sírvete lo que quieras. Toma carne en gelatina, es lo mejor. Ahora traerán los *crepés*. ¿Han servido a los niños? ¿Tenéis vosotros de todo, Pólechka? ¡Ejem, ejem, ejem! Bueno, muy bien, Liona[110]; y tú, Kolia, no muevas las piernas, siéntate como un niño bien criado. ¿Decías algo, Sonia?

Sonia se apresuró a transmitirle las excusas de Piotr Petróvich, procurando hablar en voz lo suficientemente alta como para que todos la oyeran y empleando las expresiones más respetuosas y selectas que ella se iba inventando y adornando en nombre de Piotr Petróvich quien, añadió, había insistido mucho en hacerle saber que, tan pronto le fuera posible, la visitaría para hablar de *asuntos* en privado, convenir lo que se podría hacer y gestionar, etc., etc.

Sonia sabía que estas frases calmarían y consolarían a Katerina Ivánovna, que la halagarían y, por encima de todo, serían una satisfacción para su orgullo. Tomó asiento junto a Raskólnikov, después de saludarle con una leve inclinación y lanzarle una fugaz mirada de curiosidad, aunque desde ese momento procuró no mirarlo ya ni hablar con él. Parecía ausente, si bien no apartaba los ojos del rostro de Katerina Ivánovna para adivinar sus deseos. Ninguna de las dos vestía de luto por falta de ropa adecuada. Sonia iba de

marrón oscuro y Katerina Ivánovna llevaba su único vestido, de percal, también oscuro, a rayas. El recado de Piotr Petróvich fue como un bálsamo. Katerina Ivánovna escuchó ponderadamente a Sonia y, con el mismo aire, se informó de la salud de Piotr Petróvich. Luego, despacio y casi en voz alta, le murmuró a Raskólnikov que, en efecto, le habría resultado chocante a una persona tan digna y respetable como Piotr Petróvich alternar con una «reunión tan extraña, a despecho de toda su devoción por la familia de ella y de la amistad que le había unido a su padre».

—Por eso le agradezco a usted tanto, Rodión Románovich, que no haya desdeñado mi invitación, ni aun en circunstancias como éstas —añadió, también casi en voz alta—, aunque, estoy convencida, únicamente su amistad con el pobre difunto ha podido impulsarle a cumplir su palabra.

Consideró de nuevo a los presentes con una mirada digna y altiva y luego interpeló de pronto, en voz alta y por encima de la mesa, al viejecillo sordo para informarse de si quería otro poco de asado y si le habían servido vino de Lisboa. El viejecillo no contestó y tardó mucho en comprender lo que le preguntaban, aunque sus vecinos de mesa gesticulaban fingidas explicaciones por pura diversión. Él se limitaba a mirar en torno con la boca abierta para mayor hilaridad de todos.

—¡Pero, qué zoquete! Mire, fíjese. ¿Para qué lo habrán traído? Por lo que atañe a Piotr Petróvich, yo siempre he confiado en él —siguió diciéndole Katerina Ivánovna a Raskólnikov—. Y, desde luego, no se parece en nada… —pronunció con voz áspera y dura volviendo hacia Amalia Ivánovna un rostro tan severo que la dejó cortada—. No se parece en nada a ciertas fachendosas emperifolladas a quienes mi papá no habría admitido ni de cocineras y a

quienes mi difunto esposo, si las trataba, era cediendo a su infinita bondad.

—Sí, señor. Le gustaba beber, sí. ¡Y vaya si bebía! —lanzó de pronto el jubilado de Intendencia apurando una copa de *vodka* que hacía ya el número doce.

—Es cierto: mi difunto esposo tenía esa debilidad, y todos lo sabían —arremetió Katerina Ivánovna contra él—. Pero, era un hombre noble y bondadoso, amante y respetuoso de su familia. Lo malo es que, por su misma bondad, se fiaba de cualquier depravado y bebía sabe Dios con qué gentuza que ni siquiera le llegaba a la suela del zapato. Imagínese, Rodión Románovich, que se Te encontró un gallito de pan de especias en el bolsillo. Volvía borracho perdido, sí, pero se había acordado de los niños.

—¿Un ga-lli-to? ¿Ha dicho usted un ga-lli-to? —gritó el de Intendencia.

Katerina Ivánovna no se dignó contestarle. Se había quedado pensativa y exhaló un suspiro.

—Quizá piense usted, lo mismo que todos, que yo era demasiado severa con él —dijo, hablando de nuevo a Raskólnikov—. Pero, ¡qué va! Él me respetaba, me respetaba muchísimo. Era un hombre de buen corazón. A veces me daba tanta lástima que sentía el deseo de hacerle una caricia, pero luego me decía: «Si me ablando, volverá a beber». La severidad era lo único que podía retenerle un poco de beber.

—Sí, señor. Como que más de una vez lo han arrastrado de los pelos. ¡Ya lo creo! —rugió de nuevo el de Intendencia y se echó al coleto otra copa de *vodka*.

—A algunos imbéciles no bastaría con arrastrarlos de los pelos; también les vendría bien atizarles de escobazos. ¡Y no me refiero ahora al difunto! —le replicó secamente Katerina Ivánovna.

Los rosetones de sus mejillas iban haciéndose más rojos y la respiración jadeante agitaba su pecho. Un minuto más y podía empezar una pelotera. Muchos de los comensales reían socarronamente y estaba claro que se divertían: azuzaban al de Intendencia hablándole al oído y con el evidente propósito de que se enzarzaran.

—Y podría saberse… —comenzó el de Intendencia sin gran coherencia—. A qué se refiere… A cuenta de quién… de qué persona decente… ¿Por qué acaba de…? Aunque, déjelo. ¡Tonterías! ¡Una viuda! ¡Una pobrecita viuda! Está perdonada… ¡Yo paso! —y volvió al *vodka*.

Raskólnikov escuchaba, en silencio y con asco. Por pura cortesía, con el único fin de no desairarla, probaba lo que Katerina Ivánovna servía a cada momento en su plato. Observaba con atención a Sonia, que parecía cada vez más inquieta y preocupada. También ella presentía que la comida de exequias no terminaría en paz y veía con espanto que la irritación de Katerina Ivánovna iba en aumento. Por otra parte, sabía que era ella, Sonia, la causa principal de que las dos señoras forasteras hubieran rechazado con tanto desdén la invitación de Katerina Ivánovna. A la propia patrona le había oído decir que la señora se había sentido hasta ofendida por la invitación, replicando que «cómo podía sentar ella a su hija al lado de *semejante persona*». Sonia presentía que Katerina Ivánovna se había enterado y, de algún modo, un agravio a Sonia le dolía más que si se lo hubieran hecho a ella, a sus hijos, a su papá; en una palabra, que lo consideraba como una ofensa mortal. Y estaba segura de que Katerina Ivánovna no se quedaría tranquila hasta «haberles demostrado a esas dos engreídas lo que eran ellas de verdad» etcétera, etcétera. Como si fuera a propósito, alguien le había hecho llegar a Sonia, en ese momento, desde el otro extremo de la mesa, un plato con dos corazones de miga de pan de centeno atravesados

por una flecha. Katerina Ivánovna se puso como la grana y observó en voz alta, por encima de la mesa, que quien hubiera enviado aquello era un «asno borracho». Amalia Ivánovna, notando a su vez que la cosa iba a terminar mal, y profundamente dolida por la altivez de Katerina Ivánovna, se puso a referir sin ton ni son, para mitigar el malestar general y, de pasada, elevar su prestigio a ojos de todos, que un conocido suyo, «Karl, el de la botica», iba una noche en coche de alquiler y «el cochero matar quiso a Karl y Karl mucho bastante pedía que no matará a él y llorar, y rogar y juntar las manos suyas y tanto asustado que el susto rompió el corazón suyo». Aunque sonrió, Katerina Ivánovna observó al momento que a Amalia Ivánovna no la favorecía, en absoluto, contar anécdotas en otro idioma que el suyo, con lo cual la patrona se ofendió más todavía y objetó que su «*fater aus Berlín*[111] era un hombre mucho muy importante y anda siempre metiendo manos en bolsillos». La burlona Katerina Ivánovna no pudo aguantar más y soltó tales carcajadas que Amalia Ivánovna empezó a perder la poca paciencia que le quedaba y apenas lograba contenerse. Katerina Ivánovna, casi divertida, le susurró a Raskólnikov:

—¡Pero, qué lechuza! Quería decir que llevaba las manos metidas en los bolsillos y ha dicho que metía mano en bolsillos ajenos, ¡ejem, ejem, ejem! ¿Ha notado usted, Rodión Románovich, que todos esos extranjeros que viven aquí son siempre, siempre, más tontos que nosotros? Dígame a mí si es posible contar que a «Karl, el de la botica, el susto rompió el suyo corazón» y que el muy mocoso, en vez de atar al cochero, «mucho pedir que no matará a él y llorar y rogar y juntar las manos suyas». ¡Será pánfila! A lo mejor, se cree que lo que cuenta es conmovedor y no se da cuenta de que está haciendo el tonto. Me parece, que ese borrachín de Intendencia es mucho más listo que ella: por lo menos, se ve que es juerguista, que se ha gastado en bebida

todo lo que tenía, mientras que esos otros son tan estirados, tan serios… ¡Mire, mire a ésa! Parece que se le van a saltar los ojos. ¡Qué enfadada está! ¡Ja, ja, ja! ¡Ejem, ejem, ejem!

Ahora que se había puesto de buen humor, Katerina Ivánovna charló de unas cosas y otras hasta que de pronto habló del pensionado para señoritas de la aristocracia que abriría en T, su ciudad natal, con la viudedad que le concedieran. Como no le había participado aún a Raskólnikov este proyecto, se lanzó a explicárselo con sugestivos pormenores. Súbitamente, y sin que se supiera cómo, apareció entre sus manos el «diploma de honor» que Marmeládov mencionó en la taberna al contarle a Raskólnikov que Katerina Ivánovna, su esposa, «bailó con un chal delante del gobernador y otras personalidades en la fiesta de fin de estudios de la institución para señoritas de la nobleza, donde se había educado». Aquel diploma de honor debía servir, aparentemente, como prueba del derecho de Katerina Ivánovna a regir ella, ahora, un pensionado; pero, por supuesto, estaba preparado a fin de apabullar definitivamente «a esas dos arrastracolas emperifolladas» y demostrarles a las claras que Katerina Ivánovna, «hija de un coronel», era de cuna noble, por no decir aristocrática y, a buen seguro, muy superior a ciertas buscadoras de aventuras que tanto abundaban en los últimos tiempos. El diploma de honor fue pasando entre los comensales ebrios, sin la menor objeción por parte de Katerina Ivánovna, pues allí constaba en *toutes lettres*[112] que era hija de un consejero civil, condecorado y, por lo tanto, casi hija de un coronel. Enardecida, Katerina Ivánovna, se lanzó inmediatamente a exponer con todo detalle lo que sería su vida tranquila y dichosa en T, habló de los profesores que elegiría para dar clase en su pensionado; de *monsieur* Mangot, un respetable caballero de edad que le había enseñado francés a la propia Katerina Ivánovna cuando ella

estudiaba, que seguía viviendo en T y, de seguro, aceptaría un empleo en su pensionado por un sueldo módico. Finalmente, explicó que Sonia iría «con ella a T y la ayudaría en todo». En esto, alguien lanzó una risita al final de la mesa. Aunque Katerina Ivánovna trató al instante de fingir que la pasaba desdeñosamente por alto, también al instante alzó la voz de manera deliberada y se puso a hablar con exaltación de las indudables aptitudes de Sonia para ser su auxiliar, de «su modestia, su paciencia, su abnegación, su nobleza y su buena crianza». Le dio una palmadita en la mejilla y, levantándose un poco, la besó dos veces con ardor. Sonia se ruborizó y Katerina Ivánovna rompió de pronto a llorar diciéndose que era «una necia incapaz de controlar sus nervios, que estaba demasiado alterada, que ya era hora de terminar con aquello y de servir el té, puesto que no quedaba ya nada sobre la mesa». En ese preciso instante se le ocurrió a la patrona, muy dolida porque no había participado para nada en la conversación ni le hacían el menor caso, arriesgar un último intento para hacerse notar y, con recóndito resabio le sugirió a Katerina Ivánovna la idea, práctica y sesuda, de que en el futuro pensionado convendría «prestar una atención especial a la ropa blanca, *die Wasche*, de las señoritas», que haría falta una «*gute Dame*[113] para cuidar bien la ropa blanca» en primer lugar y, en segundo lugar, para que las jóvenes señoritas «no pusieran a leer alguna novela escondiendo por noches». Katerina Ivánovna, que en efecto estaba alterada, muy fatigada y harta ya de aquella reunión, replicó tajantemente que Amalia Ivánovna estaba «diciendo sandeces y no entendía nada de nada; que el cuidado de la ropa blanca incumbía al ama de llaves y no a la directora de un pensionado aristocrático, que su alusión a la lectura de novelas era simplemente indecorosa y que le rogaba que se callara». Amalia Ivánovna se puso colorada y replicó,

furibunda, que ella lo decía todo «por bien», que ella deseaba «por mucho bien» y que hacía mucho tiempo no habían pagado «ni un *geld*[114] por el alquiler». Al momento, Katerina Ivánovna «le paró los pies», diciendo que eso de «desear por mucho bien» era mentira porque la víspera, sin ir más lejos, había ido a importunarla con lo del pago del alquiler, cuando el difunto yacía aún sobre la mesa. A lo cual, contestó Amalia Ivánovna con lógica abrumadora, que había transmitido «su invitación a esas damas, pero esas damas son decentes damas y no pueden estar donde están damas no decentes». Katerina Ivánovna replicó enseguida que, siendo Amalia Ivánovna una plebeya, difícilmente podría juzgar de lo que es decencia. Amalia Ivánovna no pudo soportar aquello y declaró que «su *fater aus Berlin* era hombre mucho muy importante y metiendo dos manos en bolsillos andaba y todo tiempo haciendo ¡puf, puf, puf!, así». Para que quedara más claro, se levantó, metió las manos en los bolsillos, hinchó los mofletes y emitió unos extraños ¡puf, puf, puf!, entre las carcajadas de todos los huéspedes quienes, previendo ya la trifulca, azuzaban a la patrona con su aprobación. Pero, Katerina Ivánovna no podía ya soportar aquello y «recalcó» muy a las claras y en voz bien alta que posiblemente no hubiera tenido nunca padre Amalia Ivánovna, sino que era una de esas *chujonka*[115] borrachas que andan por San Petersburgo y seguro que había servido antes de criada o quizá de algo peor en alguna parte. Amalia Ivánovna, roja como un cangrejo, chilló que sería Katerina Ivánovna quien «no había tenido nunca *fater*, pero que ella tuvo *fater aus Berlin*, con levita así larga lleva y así hacía siempre ¡puf, puf!». Con mucha altivez, Katerina Ivánovna hizo observar que el linaje suyo sí era conocido de todos y que en el diploma de honor se decía bien claramente y en letra de molde que su papá era coronel; en cuanto al padre de Amalia Ivánovna (si era que alguna vez tuvo padre) sería

cualquiera de esos *chujontsi* que venden leche por las calles de San Petersburgo, aunque lo más probable, era que jamás hubiera tenido padre, puesto que si nadie lograba aclarar su patronímico era Ivánovna o Ludwígovna. Totalmente fuera de sí, Amalia Ivánovna pegó un puñetazo en la mesa y se puso a chillar que era Ivánovna y no Ludwígovna, que «su *fater* llamaban Johann y estuvo *Bürgermeister*[116], pero que *fater* de Katerina Ivánovna nunca no era *Bürgermeister*». Katerina Ivánovna dejó su asiento y le advirtió gravemente y con voz al parecer tranquila, si bien ella estaba muy pálida y jadeaba, que «si se atrevía, aunque sólo fuera una vez más, a establecer la más mínima comparación entre ese mísero *fatercillo* suyo y su papá el coronel, ella, Katerina Ivánovna, le arrancaría la cofia y la patearía…». Al oírla, Amalia Ivánovna se puso a correr de un lado para otro y a gritar que ella era allí el ama y que Katerina Ivánovna se largara inmediatamente de su casa. Luego, sin razón aparente, empezó a retirar de la mesa las cucharillas de plata. Se armó una escandalera, los niños rompieron a llorar, Sonia corrió a contener a su madrastra, pero cuando Amalia Ivánovna lanzó de pronto una puya acerca de la tarjeta amarilla, Katerina Ivánovna se abalanzó a ella con el propósito de cumplir en el acto su amenaza de arrancarle la cofia. En ese preciso instante se abrió la puerta y apareció Piotr Petróvich Luzhin. Detenido en el umbral, contemplaba con mirada atenta toda aquella reunión. Katerina Ivánovna se precipitó hacia él.

III



IOTR Petróvich! —gritó—. ¡Defiéndame usted, por lo menos! Hágale comprender a este bicho estúpido que no puede tratar así a una señora digna, caída en la desgracia... que acudiré a los tribunales... al Gobernador general en persona... Tendrá que responder... Recuerde la hospitalidad de mi padre y proteja a estos desamparados.

—Permítame, señora... Por favor, permítame, señora, permítame... —Luzhin intentaba apartarla—. Como sabe usted muy bien, yo jamás tuve el honor de conocer a su papá... ¡Permítame, señora! —alguien soltó una carcajada—. Yo no tengo el menor propósito de tomar parte en sus constantes grescas con Amalia Ivánovna... Lo que me trae es un asunto personal... y desearía tener ahora mismo una explicación con su hijastra... con Sofía... ¿Ivánovna? ¿No es Sofía Ivánovna? Permítame entrar...

Luzhin se deslizó de costado, para evitar a Katerina Ivánovna, hacia el rincón opuesto, donde se hallaba Sonia.

Katerina Ivánovna se había quedado clavada en el sitio, como fulminada por un rayo. No llegaba a comprender cómo había podido negar Piotr Petróvich la hospitalidad que le brindó su padre: se había inventado esa fábula y ahora creía en ella a pies juntillas. La sorprendió también el tono seco y tajante de Piotr Petróvich, preñado incluso de cierta

amenaza despectiva. Además, todos fueron apaciguándose y enmudeciendo poco a poco desde que apareció. Por otra parte, aquel hombre de negocios, serio, desentonaba demasiado con el conjunto de los reunidos y saltaba a la vista que se había presentado allí por alguna causa importante, pues sólo una razón extraordinaria podía hacerle codearse con los presentes y, por lo tanto, algo tenía que suceder. Raskólnikov, que se hallaba junto a Sonia, se apartó para dejar pasar a Piotr Petróvich, pero éste no pareció advertir su presencia. Al minuto llegó también Lebeziátnikov; no entró en el cuarto, sino que se detuvo en el umbral, con cierta curiosidad, casi perplejo. Estuvo escuchando, y durante un buen rato, dio la impresión de que no entendía lo que pasaba.

—Disculpen ustedes si interrumpo, pero me trae un asunto de bastante importancia —dijo Piotr Petróvich en general, sin dirigirse a nadie en particular— y hasta me alegro de la presencia de otras personas. Amalia Ivánovna, como patrona de este piso, preste oído atento a lo que voy a tratar con Sofía Ivánovna. Sofía Ivánovna —prosiguió dirigiéndose exclusivamente a Sonia quien, en el colmo del asombro, estaba ya asustada de antemano—: inmediatamente después de haber estado usted en el cuarto de mi amigo Andréi Semiónovich Lebeziátnikov, ha desaparecido de mi mesa un billete de banco de mi pertenencia, de cien rublos de valor. Si de algún modo sabe usted dónde se encuentra ahora y nos lo dice, le aseguro bajo palabra de honor, y tomo por testigos a todos los presentes, que el asunto quedará así zanjado. En caso contrario, me veré obligado a recurrir a medidas muy serias… y nadie tendrá la culpa más que usted.

En el cuarto se hizo un profundo silencio. Incluso los niños, que lloraban, se callaron. Lívida, Sonia contemplaba a

Luzhin sin poder contestar nada y sin comprender todavía. Transcurrieron unos segundos.

—Bueno, ¿qué nos dice usted? —preguntó Luzhin mirándola fijamente.

—No sé… Yo no sé nada… —profirió finalmente Sonia con voz ahogada.

—¿No? ¿No lo sabe? —insistió Luzhin y aún esperó unos segundos—. Reflexione, *mademoiselle*[117] —prosiguió al cabo, aunque todavía en tono de amonestación—. Piénselo. Estoy dispuesto a concederle algún tiempo más para recapacitar. Tenga en cuenta que, dada mi experiencia, si no estuviera tan seguro no me arriesgaría a acusarla de forma tan directa porque, en cierto sentido, sería a mí a quien podrían exigir responsabilidad en caso de resultar falsa o simplemente equivocada semejante acusación lanzada directa y públicamente. Eso, yo lo sé. Para ciertos menesteres, yo cambié esta mañana varios bonos del cinco por ciento por un valor nominal de tres mil rublos. Tengo la operación anotada en mi agenda de bolsillo. Al llegar a casa, y Andréi Semiónovich es testigo, reconté el dinero, aparté dos mil trescientos rublos que guardé en mi cartera y ésta en el bolsillo interior de mi levita. Sobre la mesa quedaron unos quinientos rublos en papel y, entre ellos, tres billetes de cien cada uno. En ese momento llegó usted, respondiendo a mi llamada, y luego se mostró sumamente turbada durante todo el tiempo que duró su visita; tanto que, mientras hablábamos, tres veces se levantó usted para retirarse precipitadamente, aunque no había concluido aún nuestra conversación. Andréi Semiónovich puede dar fe de cuanto digo. Supongo no se negará usted, *mademoiselle*, a declarar y confirmar que si la hice llamar por conducto de Andréi Semiónovich fue exclusivamente con el propósito de hablar con usted de la situación de necesidad y desamparo en que se halla su pariente, Katerina Ivánovna, cuya

invitación para la comida de exequias no pude atender, y de la conveniencia de organizar en su favor algo como una suscripción, una rifa o cosa por el estilo. Usted me dio las gracias e incluso se le saltaron las lágrimas. Lo cuento todo tal y como sucedió, en primer lugar, para recordárselo a usted y, en segundo lugar, para demostrarle que no se ha borrado de mi memoria ni el menor detalle. Luego, yo tomé de la mesa un billete de diez rublos y se lo entregué a título de contribución personal y primera ayuda para su pariente. Todo esto lo presenció Andréi Semiónovich. Luego, la acompañé a usted, que seguía igual de turbada, hasta la puerta, quedándome a solas con Andréi Semiónovich, quien salió a su vez después de mantener juntos unos diez minutos de charla, y yo volví hacia la mesa, encima de la cual se encontraba el dinero restante, con el fin de recontarlo y guardarlo aparte como tenía pensado. Con gran asombro mío advertí que faltaba un billete de cien rublos. Ya comprenderá usted que yo no podía sospechar de Andréi Semiónovich ni por lo más remoto; sólo de pensarlo me avergüenzo. Tampoco podía tratarse de un error en mis cálculos porque acababa de comprobarlos un minuto antes de la llegada de usted y estaban bien. Comprenderá usted que, al recordar su turbación, su prisa por marcharse y el hecho de que por algún tiempo posó usted las manos sobre la mesa y, en fin, tomando en consideración su posición social y los hábitos que lleva emparejados, yo me vi *obligado*, con horror y hasta contra mi voluntad, a darle cuerpo a una sospecha, cruel desde luego, pero justificada. Añado y repito que, a pesar de mi evidente convicción, esta presente acusación mía conlleva algún riesgo para mí. Pero, como verá, tengo mis razones para desdeñarlo. Estoy indignado y le diré por qué: ¡única y exclusivamente, señorita, debido a su inconcebible ingratitud! ¿Cómo puede ser? La llamo a usted para hablar de los intereses de su

desdichada pariente, le hago entrega de diez rublos, el donativo que puedo permitirme, y usted, a renglón seguido, en ese mismo instante, ¡me paga todo eso con una acción semejante! ¡Eso no está nada bien! Eso merece una corrección, sí. Reflexione. Es más: como sincero amigo suyo (y en este momento no puede usted tener mejor amigo que yo), le pido que recapacite. De lo contrario, seré despiadado. ¿Y bien?

—Yo no le he quitado nada a usted —murmuró Sonia horrorizada—. Usted me dio diez rublos. Tenga usted: aquí los tiene. —Sacó un pañuelo del bolsillo, deshizo el nudo que tenía en un pico y de allí extrajo un billete de diez rublos que le tendió a Luzhin.

—¿Y los otros cien? ¿No quiere confesar? —insistió él con reproche, sin tomar el billete.

Sonia miró a su alrededor. Todos la contemplaban con rostros horribles, severos, burlones y acusadores. La muchacha se volvió hacia Raskólnikov, quien, cruzado de brazos y recostado en la pared, la observaba con ojos fulgurantes.

—¡Dios mío! —exhaló Sonia.

—Amalia Ivánovna, habrá que dar parte a la policía; conque, le ruego que empiece por llamar al *dvornik* —pronunció Luzhin en voz contenida e incluso amable.

—*Gott der barmherzige!*[118] ¡Ya sabía yo que ladrona era! —exclamó la patrona con un aspaviento.

—De modo que lo sabía, ¿eh? —comentó Luzhin—. O sea, que ya tenía usted con anterioridad ciertos fundamentos para sacar esa conclusión. Le ruego, respetable Amalia Ivánovna, que recuerde estas palabras suyas, pronunciadas delante de testigos, además.

Todos los presentes prorrumpieron en exclamaciones.

—¿Có-mo? —gritó de pronto Katerina Ivánovna recobrándose, y se abalanzó hacia Luzhin como impelida por

alguna fuerza extraña—. ¿Cómo? ¿Que la acusa de haber robado? ¿A Sonia? ¡Miserable, más que miserable! —y, corriendo a Sonia, la estrechó entre sus brazos enflaquecidos como si fueran tenazas—. ¡Sonia! ¿Cómo has sido capaz de aceptar diez rublos de él? ¡Tonta! Trae acá esos diez rublos. ¡Así! ¡Ahí los tiene!

Katerina le arrebató el billete a Sonia, lo arrugó entre sus dedos y lo arrojó al rostro de Luzhin, hecho una pelota que le pegó en un ojo, rebotó y cayó al suelo. Amalia Ivánovna corrió a recogerlo. Luzhin estaba furioso.

—¡Sujeten a esa loca! —gritó.

Para entonces se habían agolpado ya en la puerta, junto a Lebeziátnikov, varias personas y entre ellas las dos señoras forasteras.

—¿Loca? ¿Qué dice? ¿Loca yo? ¡Imbécil! —chilló Katerina Ivánovna—. Porque eres un imbécil, rata de juzgado, rastrero. ¡Que Sonia le ha quitado dinero! ¡Que Sonia es una ladrona! ¡Pero si ella sería capaz de darte a ti el último *kopek* que tuviera, cretino! —y Katerina soltó una carcajada histérica—. ¿Han visto ustedes mayor estúpido? —Iba de un lado para otro, señalando a Luzhin, a todos—. ¿Cómo? ¿Tú también? —arremetió contra la patrona al fijarse en ella—. ¿Tú también, salchichera, afirmas que «ella robar», asquerosa pata de gallina prusiana con crinolina? ¡Y ustedes… ustedes todos! ¡Pero, si no ha salido de este cuarto y, nada más venir de hablar contigo, so canalla, se sentó aquí, al lado de Rodión Románovich!… ¡Pueden registrarla! Puesto que no ha salido de aquí, tiene que llevar el dinero encima. ¡Búscalo, anda búscalo! Pero te advierto que, como no lo encuentres, amigo mío, vas a tener que responder. ¡Ya lo creo que sí! ¡Iré a Palacio, a palacio! Llegaré hasta el propio Zar misericordioso y me hincaré de rodillas a sus pies. ¡Hoy mismo, ahora mismo! ¡Soy una mujer desamparada! ¡Me dejarán entrar! ¿Crees que no me van a

dejar? Pues, estás muy equivocado. ¡Llegaré hasta el Zar! ¡Llegaré! Tú contabas con que ésta es muy modosita, ¿verdad? Por eso te has atrevido, ¿eh? En cambio, yo no soy de las que se apocan. ¡Conmigo no te vale! ¡Busca, anda! ¿Por qué no buscas tu dinero, di?

Y Katerina Ivánovna, frenética, tiraba de Luzhin para llevarle hacia Sonia.

—Yo estoy dispuesto a responder… Pero, ¡cálmese, señora, cálmese! ¡Demasiado veo que no se deja apocar! Esto… No puede hacerse así —farfullaba Luzhin—. Esto debe ser en presencia de la policía… aunque hay testigos más que suficientes… Yo estoy dispuesto… Pero, en todo caso, resulta embarazoso para un hombre por razones de sexo… Claro que, con ayuda de Amalia Ivánovna… aunque, por supuesto, las cosas no se hacen así… ¿Cómo es posible?

—¡Que lo haga el que quiera! El que quiera puede registrarla —gritaba Katerina Ivánovna—. ¡Sonia, vuélvete los bolsillos! ¡Mira, mira, miserable! Un bolsillo vacío, donde llevaba el pañuelo, ¿ves? Y mira el otro bolsillo, Katerina Ivánovna tiró de ellos hacia fuera. Pero del segundo, del de la derecha, saltó de pronto un papel, que, después de describir una parábola en el aire, fue a caer a los pies de Luzhin. Todos lo vieron y algunos gritaron. Luzhin se agachó, recogió el papel con dos dedos a la vista de todos y lo desplegó. Era un billete de cien rublos doblado en ocho. Piotr Petróvich se lo mostró a toda la concurrencia describiendo un círculo con la mano.

—¡Ladrona! ¡Fuera de aquí! ¡*Polize! ¡Polize!* —aulló Amalia Ivánovna—. ¡A Siberia hay que mandar! ¡Fuera!

Brotaron exclamaciones desde todos lados. Raskólnikov callaba, sin apartar los ojos de Sonia más que para lanzar alguna mirada fugaz a Luzhin. Sonia continuaba en el mismo sitio, como pasmada. Ni siquiera parecía sorprendida.

Una oleada de rubor invadió de pronto sus mejillas. Lanzó un grito y se tapó la cara con las manos.

—¡No! ¡No he sido yo! ¡Yo no he cogido ese dinero! —gritó con alarido desgarrador, y corrió hacia Katerina Ivánovna, que la acogió y la estrechó con fuerza entre sus brazos como si quisiera defenderla con su pecho contra todos.

—¡Sonia! ¡Sonia! ¡Yo no lo creo! ¿Ves como no lo creo? —gritaba Katerina Ivánovna, a pesar de la evidencia, meciéndola igual que a una niña pequeña, cubriéndola de besos y apoderándose de sus manos para besarlas con fervor—. ¿Que tú seas capaz de robar? ¡Gente más estúpida! ¡Dios mío! Pero, ¿son ustedes tontos? —exclamó a la redonda—. ¡Ustedes no saben el corazón que tiene esta muchacha! ¿Ella robar algo? ¡Qué disparate! Pero, ¡si sería capaz de vender hasta su último vestido, de caminar descalza para dárselo a ustedes si lo necesitaran! ¡Así es ella! Igual que lo de la tarjeta amarilla: la sacó porque mis hijos se morían de hambre, ¡por eso se vendió ella! ¡Ay, esposo mío! ¿Tú ves esto desde donde estás? ¿Lo ves? ¡Vaya comida de exequias que hemos ofrecido a tu memoria! ¡Dios mío! ¿Es que no va a defenderla nadie? ¿Qué hacen ahí todos parados? ¡Rodión Románovich! Usted, ¿por qué no sale en defensa suya? ¿O es que también se lo cree? ¡Señor Todopoderoso, ampárala Tú!

El llanto de la infeliz Katerina Ivánovna, enferma y desamparada, produjo un profundo impacto en los presentes. Había tanto sufrimiento y tanta angustia en aquel rostro crispado de dolor, consumido por la tisis, en aquellos labios resecos, manchados de sangre coagulada, en aquella voz enronquecida, en aquel llanto desconsolado como de una criatura, en aquella pueril súplica de ayuda, desesperada y a la vez tan crédula, que todos parecieron

compadecerse de la desdichada. Por lo menos, Piotr Petróvich se compadeció al momento.

—¡Señora! ¡Señora! —exclamó con voz persuasiva—. Este hecho no la atañe a usted para nada. Nadie va a acusarla de instigación ni de complicidad, más aun cuando ha sido usted misma quien lo ha descubierto volviéndole los bolsillos del revés, lo que demuestra que nada sospechaba usted. Estoy enteramente inclinado a la compasión si ha sido la pobreza, digamos, lo que ha impelido a Sofía Semiónovna. Pero, *mademoiselle, ¿por qué* no ha querido confesarlo? ¿Estaba avergonzada? ¿Ha sido un primer paso? ¿Acaso se ofuscó? Se comprende, se comprende muy bien… Pero, ¿por qué rebajarse a semejante acción? ¡Señores! —se dirigía a todos los presentes—. ¡Señores! Por compasión y digamos que por condolencia, estoy dispuesto a perdonar incluso ahora, a despecho de los agravios personales que se me han dirigido. Que su presente ignominia le sirva de lección para el futuro, *mademoiselle* —le dijo a Sonia—. En cuanto a mí, doy el caso por terminado. ¡Basta!

Piotr Petróvich miró de soslayo a Raskólnikov. Sus ojos se encontraron. La mirada ardiente de Raskólnikov hubiera querido reducirlo a cenizas. Entre tanto, Katerina Ivánovna parecía haber dejado de oír: abrazaba y besaba a Sonia como una demente. Los niños rodeaban también a Sonia con sus bracitos por todos los lados y Pólechka, aunque no había entendido muy bien lo sucedido, estaba hecha un mar de lágrimas y, ahogada por los sollozos, ocultaba en el hombro de Sonia su linda carita que el llanto congestionaba.

—¡Qué villanía! —pronunció de súbito una voz recia desde la puerta. Luzhin volvió la cara rápidamente.

—¡Pero, qué villanía! —repitió Lebeziátnikov mirándolo fijamente.

Luzhin pareció estremecerse, y todos lo notaron, como habían de recordar luego. Lebeziátnikov dio un paso y entró

en el cuarto.

—¿Y ha tenido usted la osadía de invocar mi testimonio? —preguntó al acercarse a Piotr Petróvich.

—¿Qué significa esto, Andréi Semiónovich? ¿A qué se refiere? —farfulló Luzhin.

—Esto significa que es usted… un difamador. Esto es lo que significan mis palabras —profirió impetuosamente Lebeziátnikov, y sus ojillos cegatos lo miraban con severidad. Estaba indignado.

Raskólnikov tenía la mirada clavada en Lebeziátnikov como si recogiera y sopesara cada una de sus palabras. Volvió a reinar el silencio. Piotr Petróvich casi llegó a descentrarse. Sobre todo en el primer momento.

—Si se refiere a mí… —tartamudeó—. Pero, ¿qué le ocurre? ¿Está en sus cabales?

—Yo, sí. Lo que ocurre es que usted es un canalla. ¡Pero, que ruindad! He estado escuchándolo todo, esperando a propósito para comprender bien, porque confieso que aun ahora no me resulta enteramente lógico… No entiendo para qué ha hecho todo esto.

—¿Y qué he hecho yo? ¿Quiere dejarse de absurdos enigmas? ¿O es que está borracho?

—Borracho, podrá estarlo usted, que bebe, tipo repugnante. ¡Pero yo no bebo! Ni pruebo el *vodka* porque va en contra de mis convicciones. ¡Imagínense que fue él, con sus propias manos, quien le entregó ese billete de cien rublos a Sofía Semiónovna! ¡Yo lo vi, yo fui testigo y estoy dispuesto a jurarlo! ¡Fue él, sí; él! —repetía Lebeziátnikov dirigiéndose a todos y a cada uno.

—Pero, ¿ha perdido la chaveta, mocoso? —chilló Luzhin—. Aquí está ella, aquí la tienen delante, y ella misma aquí, ahora mismo, ante todos, ha confirmado que no ha recibido de mí nada más que diez rublos. Entonces, ¿de qué modo pude darle más?

—¡Yo lo vi, yo lo vi! —gritaba y remachaba Lebeziátnikov—. Y, aunque vaya en contra de mis principios, estoy dispuesto a hacer ahora mismo el juramento que se me exija ante un tribunal. ¡Porque yo vi cómo le deslizó ese dinero a hurtadillas! Sólo que yo, ¡tonto de mí!, pensé que lo hacía de buena fe. Al lado de la puerta, cuando la despedía y ella se volvió, le estrechó una mano con la diestra mientras con la otra, con la izquierda, le deslizó con mucho tiento el billete en el bolsillo. ¡Yo lo vi, yo lo vi!

Luzhin se estremeció.

—¡Mentira! —protestó con descaro—. Además, ¿cómo pudo ver, estando junto a la ventana, que se trataba de un billete? Con esos ojos cegatos… se le habrá figurado. ¡Usted delira!

—No, no ha sido figuración mía. Aunque estaba algo apartado, lo vi todo, todo; y aunque desde la ventana no era fácil ver que se trataba de un billete, en eso tiene razón, en esta circunstancia especial yo sabía a ciencia cierta que se trataba de un billete de cien porque, cuando le dio los diez rublos a Sofía Semiónovna, yo vi a la perfección que cogía usted también un billete de cien de encima de la mesa. Lo vi porque estaba cerca y, como entonces se me ocurrió una idea, no se me ha olvidado que tenía usted un billete en la mano. Lo dobló y lo tuvo todo el tiempo en el puño cerrado. Luego, casi se me olvidó; poro, cuando se levantó, lo pasó usted de la mano derecha a la izquierda, y casi se le cayó al suelo. Entonces volví a acordarme porque me vino a la mente la misma idea de antes: que quería usted socorrer a la muchacha sin que yo me diera cuenta. Ya se puede figurar con qué atención me puse a observar. Y, claro, vi que lograba deslizar el billete en el bolsillo de Sofía Semiónovna. ¡Yo lo vi, sí; lo vi y estoy dispuesto a jurarlo!

Lebeziátnikov casi se ahogaba. Desde todas partes empezaron a brotar exclamaciones, más que nada de

asombro; pero también había otras que adquirían un tono de amenaza. Todos los presentes se agolparon en torno a Piotr Petróvich, y Katerina Ivánovna corrió a Lebeziátnikov.

—Andréi Semiónovich, yo estaba equivocada en cuanto a usted. ¡Defiéndala! ¡Usted es el único que está a su favor! ¡Dios lo ha enviado junto a esta pobre huérfana, Andréi Semiónovich, amigo mío, *bátiushka*!

Y Katerina Ivánovna, casi enajenada, cayó a sus pies de rodillas.

—¡Tonterías! —rugió Piotr Petróvich frenético—. ¡Todo lo que está diciendo son tonterías, señor mío! «Casi se me olvidó, volví a acordarme, se me olvidó…». ¿Qué significa todo eso? ¿Insinúa que metí el billete en el bolsillo a propósito? ¿Para qué? ¿Con qué finalidad? ¿Qué tengo yo de común con esta…?

—¿Para qué? Eso es, precisamente, lo que yo no entiendo. Ahora bien, que estoy refiriendo un hecho cierto, eso pueden tenerlo por seguro. Estoy tan seguro, ¡so canalla, so criminal!, que ésa fue la pregunta que me hice sobre el particular cuando le tendí a usted la mano diciéndole que había visto con agrado aquel gesto suyo. Sí, me pregunté por qué le habría deslizado el dinero a hurtadillas. ¿Por qué precisamente a hurtadillas? ¿Sería tan sólo para ocultármelo a mí, sabiendo que yo opino de otra manera y niego la beneficencia particular porque no remedia nada radicalmente? En fin, llegué a la conclusión de que le resultaba violento entregar tal cantidad de dinero delante de mí, y también pensé que quizá deseara darle una sorpresa a Sofía Semiónovna, maravillarla cuando encontrara nada menos que cien rublos en el bolsillo. En efecto, hay benefactores a quienes les gusta dilatar así sus buenas acciones; yo lo sé. Luego, se me ocurrió también que quería usted ponerla a prueba, ver si venía a darle las gracias cuando encontrara el dinero. Luego, que quería

eludir las manifestaciones de gratitud y eso de que la mano derecha no sepa… bueno, como se diga… o algo por el estilo. En una palabra, me pasaron tantas ideas por la imaginación que decidí dejar las reflexiones para más tarde. Fuera como fuera, consideré una indelicadeza darle a entender que conocía su secreto. Sin embargo, al instante me hice otra pregunta: ¿y si Sofía Semiónovna perdía el dinero antes de haberlo encontrado? Por eso decidí venir, llamarla aparte y notificarle que le habían puesto cien rublos en el bolsillo. De camino, pasé primero por el cuarto de las señoras Kobeliátnikov a fin de llevarles un ejemplar de la *Exposición general del método positivo* y recomendarles el artículo de Piderit y también el de Wagner[119], por cierto. Finalmente llego aquí, y me encuentro con este cuadro. Y ahora, dígame si se me podían haber ocurrido todas estas ideas y reflexiones, de no haber visto yo realmente que le deslizaba usted esos cien rublos en el bolsillo.

Cuando Andréi Semiónovich concluyó su prolijo exordio con una deducción tan lógica, estaba horriblemente fatigado y el sudor le corría por la cara. Como, por desgracia, no sabía expresarse bien en ruso, aunque tampoco conocía ninguna otra lengua, se había quedado exhausto de golpe y hasta parecía haber enflaquecido después de su proeza oratoria. Sin embargo, su discurso produjo un impacto extraordinario. Había hablado con tanto ímpetu, con tanta convicción, que visiblemente, todos le habían creído. Piotr Petróvich se olió que la cosa se ponía fea.

—¿Y qué me importa a mí si le acuden al caletre preguntas tan estúpidas? —gritó—. Eso no es ninguna prueba. Todo eso, ha podido verlo en sueños, y ya está. Pero, yo le digo que miente. Miente y calumnia porque me tiene inquina, sí; por el rencor de que no haya aceptado sus planteamientos sociales de librepensador y ateo. ¡Eso es!

Pero, esta jugada no le favoreció a Luzhin. Por el contrario, se escucharon murmullos de reproche desde todas partes.

—¿Ahora va a salir con ésas? —gritó a su vez Lebeziátnikov—. Pues, de nada te va a servir. Llama a la policía y verás cómo presto juramento. De todas maneras, lo que no llego a comprender es para qué se ha lanzado a una acción tan ruin. ¡Qué hombre más miserable y rastrero!

—Pues, yo sí puedo explicar para qué se ha lanzado a semejante acción y, si fuera preciso, también yo prestaría juramento —pronunció al fin Raskólnikov con voz firme, y se adelantó.

Aparentemente estaba decidido y sereno. Sólo con mirarlo para todos quedó claro que, en efecto, sabía de lo que se trataba y que se aproximaba al desenlace.

—Ahora lo veo todo con plena claridad —prosiguió Raskólnikov dirigiéndose a Luzhin—. Desde el comienzo de esta historia venía yo sospechando alguna sucia maquinación. Y venía sospechándolo en virtud de determinadas circunstancias especiales que sólo yo conozco y que voy a explicar a todos porque de ellas arranca la cuestión. Ha sido usted, Andréi Semiónovich, quien me lo ha aclarado definitivamente con su valioso testimonio. Les ruego a todos, a todos, que presten atención. Hace poco, este señor —señaló a Luzhin— pidió en matrimonio a una señorita, concretamente a mi hermana, Avdotia Románovna Raskólnikova. Pero, anteayer, al poco de llegar a San Petersburgo, tuvo una disputa conmigo durante nuestra primera entrevista, y yo le eché de mi casa, en presencia de dos testigos. Es un hombre muy rencoroso… Anteayer yo ignoraba todavía que se hospedaba aquí, en la propia habitación de usted, Andréi Semiónovich, y que, por lo tanto, el mismo día que reñimos, o sea anteayer, tuvo ocasión de ver que, en mi calidad de amigo del difunto

señor Marmeládov, yo le entregaba a su esposa, Katerina Ivánovna, algún dinero para el entierro. Inmediatamente, Luzhin envió a mi madre una esquela informándola de que yo le había entregado todo mi dinero, no a Katerina Ivánovna, sino a Sofía Semiónovna, con comentarios de lo más ruines al… al carácter de Sofía Semiónovna, es decir, al carácter de mis relaciones con ella. Todo esto, como ustedes comprenderán, para indisponerme con mi madre y mi hermana al insinuarles que yo despilfarraba para fines inconfesables el dinero que ellas reúnen a costa de privaciones para ayudarme. Ayer por la tarde, en presencia de mi madre y de mi hermana, y también del propio Luzhin, yo restablecí la verdad y demostré que le había entregado ese dinero para el entierro a Katerina Ivánovna y no a Sofía Semiónovna y que, anteayer, ni siquiera conocía yo a Sofía Semiónovna ni la había visto en mi vida. Añadí que, con todas sus cualidades, Piotr Petróvich Luzhin no valía ni lo que el dedo meñique de Sofía Semiónovna, de quien tan mal hablaba. Y a su pregunta de si yo sentaría a mi hermana junto a Sofía Semiónovna, le contesté que ya lo había hecho ese mismo día. Irritado porque mi madre y mi hermana no querían reñir conmigo, a instigación suya, se dejó arrastrar por la ira hasta el punto de expresarse con imperdonable grosería. Se produjo una ruptura definitiva y Luzhin fue arrojado de la casa. Todo esto sucedió ayer tarde. Ahora, les ruego que presten particular atención: imagínense que hubiera logrado probar ahora que Sofía Semiónovna es una ladrona. En primer lugar, demostraría a mi madre y a mi hermana que no andaba descaminado en sus sospechas, que con razón se había enfadado al haber equiparado yo a mi hermana y a Sofía Semiónovna y que, cuando me atacaba, lo que hacía era defender el honor de mi hermana y prometida suya. En una palabra, que con todo este ardid podría incluso volver a enemistarme con mi familia y a

congraciarse él. Sin hablar de que se vengaba de mí personalmente, pues tiene motivo para suponer que el honor y la dicha de Sofía Semiónovna me son preciosos. ¡Esos eran sus cálculos! ¡Así es como yo entiendo el asunto! ¡Esa es la razón de su conducta, y no puede haber otra!

Sobre poco más o menos, así terminó Raskólnikov su exposición, interrumpida a menudo por las exclamaciones de los presentes que le habían escuchado, por cierto, con profunda atención. No obstante las interrupciones, había hablado en forma dura, serena, precisa, clara y firme. Su voz áspera, su tono convincente y su rostro severo produjeron en todos un impacto extraordinario.

—¡Claro, claro! ¡Eso es! —asintió Lebeziátnikov encantado—. Tiene que ser así porque, nada más llegar Sofía Semiónovna a nuestro cuarto, me preguntó Luzhin si estaba usted aquí, si lo había visto entre los invitados de Katerina Ivánovna. Para preguntarlo en voz baja se apartó conmigo hacia la ventana. O sea, que la presencia de usted le era absolutamente precisa. ¡Así es, todo es así!

Luzhin callaba y sonreía con desdén. Aunque, estaba muy pálido. Parecía buscar una escapatoria. Quizá le hubiera gustado abandonarlo todo y marcharse, pero en ese momento resultaba casi imposible, pues habría supuesto reconocer por entero la consistencia de las acusaciones que se le hacían y admitir que había difamado a Sofía Semiónovna. Por añadidura, los que le rodeaban estaban bastante bebidos y daban muestras de suma agitación. El de Intendencia, aunque lo cierto es que no se había enterado bien de lo que pasaba, chillaba más que nadie y proponía medidas de lo más desagradables para Luzhin. Pero, también había gente sobria: todos los que habían acudido de las demás habitaciones y se apiñaban allí. Los tres polacos estaban excitadísimos, gritaban sin cesar «¡el *pan* es un bribón!» y mascullaban amenazas en su lengua. Sonia

había estado escuchando, tensa, pero como si tampoco lo entendiera todo, como si acabara de volver de un desmayo. No apartaba los ojos de Raskólnikov, consciente de que era su único defensor. Katerina Ivánovna, con la respiración jadeante y ronca, parecía sumamente extenuada. La figura cómica era la de Amalia Ivánovna, alelada, con la boca abierta. Sólo veía que Luzhin andaba malparado. Raskólnikov empezó a hablar de nuevo, pero esta vez no le dejaron terminar: todos los presentes gritaban, apiñados en torno a Luzhin, insultos y amenazas.

—¡Paso, señores, permítanme! ¡No se agolpen! ¡Abran paso! —decía, regateando entre la gente—. ¡Y déjense de amenazas, por favor! Les aseguro que es inútil, que así no conseguirán nada. Yo no soy de los que se achantan. ¡Al contrario! En cuanto a ustedes, señores, tendrán que responder por haber encubierto un delito empleando la violencia. La ladrona ha sido más que desenmascarada, y yo procederé contra ella. En los tribunales no están tan ciegos... ni tan borrachos y no darán crédito a dos ateos, rebeldes y librepensadores empedernidos que levantan acusaciones contra mí por venganza personal, como ellos mismos tienen la estupidez de confesar... Conque, ¡dejen paso de una vez!

—Ahora mismo, que no quede ni rastro de usted en mi cuarto —dijo Lebeziátnikov—. Haga el favor de largarse, y todo ha terminado entre nosotros. ¡Con todo lo que me he esforzado por meterle algunas verdades en la cabeza! Dos semanas enteras explicándoselo...

—Demasiado sabe, Andréi Semiónovich, que ya le anuncié antes mi propósito de marcharme de aquí. Y usted quería retenerme. Ahora, sólo me queda por añadir que es usted un imbécil, sí señor. Le deseo que se mejore de la cabeza y de esos ojos cegatos. ¡Abran paso de una vez, señores!

Se abrió camino a codazos. Sin embargo, el de Intendencia no quería dejarlo escapar sin más daño que los insultos; agarró un vaso de encima de la mesa, tomó impulso y se lo arrojó a Piotr Petróvich, pero el proyectil fue derecho a Amalia Ivánovna. La patrona lanzó un chillido y el de Intendencia, perdido el equilibrio, cayó pesadamente debajo de la mesa. Piotr Petróvich llegó a su cuarto y, a la media hora, ya no estaba en la casa. Sonia, tímida por naturaleza, bien sabía que ella era más vulnerable que los demás y que cualquiera que se lo propusiera podía maltratarla casi impunemente. No obstante, hasta aquel minuto le había parecido que sería posible evitarlo mostrándose mansa, respetuosa y sumisa. Su decepción fue demasiado dolorosa. Cierto que era capaz de soportarlo todo, incluso aquello, con paciencia y resignación. Pero, en el primer instante, el pesar había sido abrumador. A despecho de su triunfo y de su vindicación, un sentimiento de desvalidez y de agravio le oprimió dolorosamente el corazón cuando, pasado el primer susto y la primera inercia, lo comprendió y lo juzgó todo con claridad. Casi le dio un ataque de nervios y, sin poderse contener más, escapó del cuarto y corrió a su casa, poco después de haberse marchado Luzhin. En cuanto a Amalia Ivánovna, al recibir el impacto del vaso, en medio de la hilaridad general, consideró que las cosas habían llegado demasiado lejos y, furiosa, se lanzó bufando contra Katerina Ivánovna, a quien tenía por culpable de todo.

—¡Fuera de mi casa! ¡Ahora mismo! ¡Largo!

Con estas palabras comenzó a echar mano y estrellar contra el suelo todos los objetos propiedad de Katerina Ivánovna que encontraba a mano. Katerina Ivánovna, pálida, jadeante, que estaba abrumada y a punto de perder el conocimiento, saltó de la cama donde se había dejado caer extenuada y arremetió contra Amalia Ivánovna. Pero la lucha

era demasiado desigual y la patrona la rechazó como si fuera una pluma.

—¿Qué es esto? Por si no bastara con esa calumnia odiosa, ¿se va a meter ahora conmigo esta sabandija? ¿Qué es esto? El mismo día en que he enterrado a mi marido, después de ofrecerle yo el pan y la sal, ¿me va a echar de casa, a la calle, con estas criaturas huérfanas? Pero, ¿a dónde voy a ir? —clamaba la pobre mujer sollozando, sin poder respirar— ¡Señor! —imploró en un alarido, con los ojos llameantes—. ¿Es que no hay justicia? ¿A quién puedes brindarle Tu amparo más que a nosotras, tan desvalidas? Pero, ¡ya lo veremos! Todavía existen la justicia y la verdad sobre la tierra. ¡Todavía existen, y yo las encontraré! Espera y lo verás, ¡mal bicho! Pólechka, quédate con los niños hasta que yo vuelva. Esperadme, aunque sea en la calle. ¡Ya veremos si hay o no hay justicia en el mundo!

Y, echándose sobre la cabeza el mantón de paño verde del que le había hablado el difunto Marmeládov a Raskólnikov, Katerina Ivánovna se abrió paso entre el tropel de huéspedes ebrios y alborotadores que aún llenaban el cuarto y, llorando, escapó a la calle con un alarido, impelida por el vago propósito de encontrar en algún sitio la justicia, ya, inmediatamente, y a toda costa. Aterrada, Pólechka se acurrucó en un rincón, encima del baúl, abrazando a los dos pequeños, y se dispuso a esperar el regreso de su madre. Amalia Ivánovna iba y venía por el cuarto, chillaba, se lamentaba, alborotaba y tiraba al suelo cuanto encontraba a mano. Los invitados vociferaban a su antojo, unos comentando a su modo lo sucedido, otros reñían y se insultaban; algunos se pusieron a cantar…

«Creo que ahora me toca a mí marcharme —pensó Raskólnikov—. Bien… Veremos lo que dice usted ahora, Sofía Semiónovna».

Y se dirigió a casa de Sonia.

IV



ASKÓLNIKOV había sido un eficiente y audaz defensor de Sonia frente a Luzhin a pesar de tanto horror y tanto sufrimiento como embargaban su propio espíritu. Después de todo lo padecido esta mañana, acogió en cierto modo con alegría la ocasión de darles otro rumbo a sus impresiones, que se hacían insoportables, sin hablar de la inclinación que le impulsaba a salir en defensa de Sonia. Aparte de eso, no perdía de vista, en algunos momentos con terrible desasosiego, su inminente entrevista con Sonia: tenía que decirle quién había matado a Lizaveta, presentía el tremendo sufrimiento que le iba a causar y lo rechazaba casi manoteando. Por eso, cuando al salir del cuarto de Katerina Ivánovna exclamó «veremos lo que dice usted ahora, Sofía Semiónovna», evidentemente se hallaba todavía en cierto estado de exaltación, arrebato y desafío, consecuencia de su triunfo sobre Luzhin. Pero, algo curioso le sucedió: al llegar al piso de los Kapernaúmov experimentó un desfallecimiento y un terror inesperados. Se detuvo pensativo delante de la puerta y se hizo esta extraña pregunta: «¿Es preciso decirle quién mató a Lizaveta?». La pregunta era extraña porque al mismo tiempo notó que, además de no ser posible evitar el decírselo, ni siquiera era posible aplazar ese instante por algún tiempo. Aún no sabía por qué era imposible; solamente lo *notaba*. Y casi se sentía anonadado por la dolorosa percepción de su impotencia ante lo inevitable. Para no cavilar ni atormentarse más, abrió la puerta de golpe y se quedó mirando a Sonia desde el umbral. Estaba sentada, con los codos sobre la mesa y el rostro entre las manos, pero se levantó precipitadamente al ver a Raskólnikov y se adelantó a su encuentro como si estuviera esperándolo.

—¿Qué habría sido de mí sin usted? —dijo al instante, cuando se reunieron en el centro de la habitación.

Al parecer, eso era lo único que deseaba decirle sin pérdida de tiempo. Por eso lo esperaba.

Raskólnikov fue hacia la mesa y se sentó en la silla de la que ella acababa de levantarse. Sonia se quedó delante de él, a dos pasos, igual que la víspera.

—¿Qué hay, Sonia? —dijo Raskólnikov, y notó que le temblaba la voz—. Todo era cuestión del «estado social y de los hábitos anejos a él». ¿Lo has comprendido?

El rostro de Sonia reflejó angustia.

—¡No me hable como ayer! —le atajó—. ¡Por favor, no empiece! Bastante sufrimiento tengo…

Se apresuró a sonreír, temerosa de que pudiera contrariarle el reproche.

—Hice una tontería al marcharme de allí. ¿Qué está pasando ahora? Quería volver enseguida, pero esperaba… eso… que viniera usted.

Raskólnikov le contó que Amalia Ivánovna echaba a su familia de la casa y que Katerina Ivánovna había escapado corriendo «en busca de justicia».

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Sonia—. Vamos allá enseguida…

Y echó mano de su capita.

—¡Siempre lo mismo! —gritó Raskólnikov irritado—. ¡No piensa más que en ellos! Quédese conmigo.

—Pero… ¿y Katerina Ivánovna?

—A Katerina Ivánovna no se la quitará de encima, téngalo por seguro. Ya vendrá ella, puesto que ha salido corriendo de casa —refunfuñó Raskólnikov—. Conque, si no la encuentra aquí, la culpa será de usted…

Sonia se sentó, angustiada e indecisa. Raskólnikov callaba, con la mirada clavada en el suelo, cavilando.

—Pongamos que Luzhin no ha querido llevar las cosas hasta el extremo esta vez —habló sin mirar a Sonia—. Pero, de haber querido hacerlo, o si de algún modo hubiera entrado en sus cálculos, la hubiera metido en la cárcel de no haber estado allí nosotros, Lebeziátnikov y yo. ¿Cierto?

—Sí —asintió ella con voz ahogada—. ¡Sí! —repitió con desconcierto y alarma.

—Y yo podía muy bien no haber estado. En cuanto a Lebeziátnikov, apareció por pura casualidad.

Sonia callaba.

—¿Y si la hubieran metido en la cárcel? ¿Qué habría ocurrido entonces? ¿Recuerda lo que le dije ayer?

Tampoco contestó Sonia esta vez. Raskólnikov esperaba.

—Pensé que iba a gritar otra vez «¡No hable así! ¡Calle!» —rió Raskólnikov, pero con risa forzada—. ¿Qué, sigue callada? —preguntó al cabo de un instante—. Pero, de algo hay que hablar, ¿verdad? Por ejemplo, me gustaría saber cómo resolvería usted ahora cierta «cuestión», según se expresa Luzhin. —Parecía que empezaba a embrollarse—. No, de verdad, lo digo en serio. Supongamos que hubiera conocido usted de antemano todos los propósitos de Luzhin, que hubiera sabido, pero a ciencia cierta, que serían fatales para Katerina Ivánovna, para los niños y también para usted, por añadidura. Digo por *añadidura* porque no se concede ningún valor a sí misma. Sin hablar ya de Pólechka, porque tendría que seguir el mismo camino. Pues, bien: si de pronto le concedieran a usted la facultad de opción entre que vivieran el uno o los otros, es decir, de que Luzhin siguiera viviendo y haciendo canalladas o de que muriera Katerina Ivánovna, ¿qué decisión adoptaría usted? ¿Quién debería morir? Conteste.

Sonia lo miró, alarmada. Algo peculiar había percibido en aquellas frases retorcidas, que parecían conducir a una meta, pero dando un rodeo.

—Ya barruntaba yo que me preguntaría una cosa por el estilo —dijo mirándolo inquisitivamente.

—Bueno, de acuerdo. Pero, ¿qué decidiría usted?

—¿Por qué lo pregunta si no puede suceder? —inquirió a su vez Sonia con repulsa.

—Entonces, ¿sería mejor que Luzhin siguiera viviendo y haciendo canalladas? ¿Ni siquiera eso se atreve a decidir?

—Yo no puedo adivinar los designios divinos… Además, ¿por qué pregunta cosas que no se pueden preguntar? ¿Por qué hace esas preguntas inútiles? ¿Cómo podría suceder que eso dependiera de una decisión mía? ¿Y quién me ha puesto aquí de juez para decidir qué personas deben vivir y cuáles no deben vivir?

—Por supuesto, en cuanto entran en juego los designios divinos… ya no hay nada que hacer —profirió sombríamente Raskólnikov.

—Dígame ya claramente lo que quiere —exclamó Sonia acongojada—. Algo está insinuando otra vez. Pero, ¿es que ha venido únicamente para hacerme sufrir?

Sin poderlo evitar, rompió a llorar amargamente. Raskólnikov la contemplaba con hosca angustia. Así transcurrieron unos cinco minutos.

—Tienes razón, Sonia —murmuró al fin Raskólnikov, y cambió de súbito: desapareció el tono de fingida insolencia y vano desafío, y hasta la voz se debilitó—. Ayer mismo te dije que no vendría a solicitar clemencia, y casi he empezado hoy por ahí… Lo que he dicho de Luzhin y de los designios divinos, lo decía por mí… Lo que hacía era pedir clemencia…

Quiso sonreír, pero en su pálida sonrisa había algo desmayado e inconcluso. Agachó la cabeza y ocultó el rostro entre las manos.

En esto le traspasó el corazón una extraña e inesperada sensación de odio acerbo hacia Sonia. Como sorprendido y

asustado él mismo de esa sensación, alzó la cabeza y clavó los ojos en Sonia. Tropezó con su mirada, inquieta y dolorosamente solícita, que expresaba amor. El odio de Raskólnikov se desvaneció como un fantasma. Se había confundido. Había tomado un sentimiento por otro. Aquello significaba solamente que había llegado *el momento*.

De nuevo se tapó el rostro con las manos y bajó la cabeza. Palideció de pronto, se levantó de la silla, miró a Sonia y, sin una palabra, fue a sentarse automáticamente encima de la cama.

En su percepción, el instante tenía una terrible analogía con aquel otro en que, situado detrás de la vieja y con el hacha ya libre de su nudo, notó que «no había ni un momento que perder».

—¿Qué le pasa? —preguntó Sonia muy intimidada.

Raskólnikov no pudo articular ni una sílaba. No era así, en absoluto, como había pensado explicarse, y no comprendía lo que le estaba ocurriendo. Sonia se acercó suavemente, tomó asiento a su lado y esperó sin apartar los ojos de él El corazón le latía con fuerza y a veces parecía detenerse. La situación se le hacía insostenible a Raskólnikov: volvió hacia Sonia su semblante lívido, con los labios crispados por una mueca de desamparo, esforzándose por decir algo. Espantada, Sonia notó que se le oprimía el corazón.

—¿Qué le pasa? —repitió, apartándose un poco.

—Nada, Sonia. No te asustes… ¡Tonterías! Bien mirado, no es más que una tontería —farfulló con el aire de una persona que delira—. ¿Por qué habré venido a preocuparte? —agregó mirándola—. Es verdad, ¿por qué? No paro de hacerme esa pregunta, Sonia…

Es posible que se hubiera hecho esa pregunta un cuarto de hora atrás; pero ahora hablaba desmadejado, casi desfallecido y notando un temblor constante en todo el cuerpo.

—¡Oh, cómo sufre usted! —pronunció Sonia, observándolo compadecida.

—¡Todo eso son tonterías! Escucha, Sonia —durante un par de segundos sonrió con una sonrisa pálida y desvaída—. ¿Recuerdas lo que quería decirte ayer?

Sonia esperaba, inquieta.

—Al marcharme te dije que quizá me despidiera entonces de ti para siempre; pero, que si volvía hoy, te diría… quién mató a Lizaveta.

La muchacha empezó a temblar con todo el cuerpo.

—Bueno, pues he venido a decírtelo.

—De manera que ayer, de verdad… —murmuró Sonia con esfuerzo—. ¿Y cómo lo sabe usted? —preguntó enseguida, como si de pronto cayera en la cuenta. Había empezado a respirar con dificultad y su palidez iba en aumento.

—Lo sé.

Ella calló cosa de un minuto.

—¿Es que lo han encontrado? —preguntó con timidez.

—No, no lo han encontrado.

—Entonces, ¿cómo sabe usted eso? —inquirió de nuevo con un hilo de voz, y de nuevo hubo un silencio de un minuto.

—Adivínalo —profirió él con la misma sonrisa desvaída de antes.

Una convulsión recorrió el cuerpo de la muchacha.

—Usted… ¿Por qué… me asusta usted… de esta manera? —pronunció, sonriendo como una criatura.

—Puesto que lo sé, será que soy un gran amigo suyo —continuó Raskólnikov, que seguía mirándola fijamente a la cara como si no pudiera apartar los ojos de ella—. El… no quería matar a… Lizaveta… A ella, la mató por azar… A quien quería matar… era a la vieja… cuando estuviera sola… y fue allí… En esto entró Lizaveta… Entonces… también la mató a ella.

Transcurrió otro minuto horroroso. Los dos se miraban fijamente.

—¿Es que no puedes adivinarlo? —preguntó al cabo Raskólnikov con la misma sensación que había experimentado ya antes: miraba a Sonia y, súbitamente, le pareció ver en su rostro el rostro de Lizaveta. Se le había quedado grabada en la mente la expresión de Lizaveta cuando avanzaba sobre ella empuñando el hacha y ella retrocedía hacia la pared, adelantando una mano y con un terror enteramente infantil pintado en la cara, igualito que los niños pequeños, cuando algo los asusta de pronto, contemplan el objeto que los asusta con mirada desvalida y alarmada, retroceden y, a punto de llorar, adelantan una manita para protegerse. Casi lo mismo le sucedía ahora a Sonia: estuvo mirándolo algún tiempo con idéntico desvalimiento y con idéntica alarma, hasta que adelantó de pronto la mano izquierda, le apoyó levemente los dedos en el pecho y se levantó poco a poco de la cama, apartándose más y más de Raskólnikov, a la vez que su mirada se clavaba en él con mayor fijeza. Su espanto se lo transmitió a él de repente: en su rostro se pintó un susto análogo, se puso a mirarla a ella de un modo análogo y hasta casi con análoga sonrisa infantil.

—¿Has adivinado? —murmuró al fin.

—¡Dios mío!

Un horrible alarido escapó del pecho de Sonia. Cayó sin fuerza sobre la cama y hundió el rostro en la almohada. Pero al instante se incorporó de golpe, fue a él impetuosamente, se apoderó de sus manos y, estrechándolas entre sus finos dedos como si fueran tenazas, se lo quedó mirando otra vez intensa y fijamente. Con esta última mirada de desesperación intentaba descubrir y captar algún atisbo de esperanza. Pero, no la había. Ya no había lugar para la menor duda. ¡Todo había ocurrido así! Más adelante, al rememorar

ese momento, se maravillaba de haber advertido entonces *de golpe* que no había ya lugar a la menor duda. Y no podía decir, por ejemplo, que había presentido algo de ese género. Sin embargo ahora, en cuanto él habló, le pareció súbitamente que, en efecto, *eso* mismo había presentido ella.

—¡Basta Sonia, basta! ¡No me atormentes! —rogó Raskólnikov con voz plañidera.

No era de ese modo, no era en absoluto de ese modo, como habría querido él descubrirle la verdad; pero, había resultado *así*.

Como enajenada, Sonia saltó de la cama y llegó hasta el centro del cuarto retorciéndose las manos, aunque enseguida volvió a sentarse junto a Raskólnikov, casi hombro con hombro. De repente se estremeció, como herida por un puñal, lanzó un grito y, sin saber ella misma por qué, se hincó de rodillas delante de él.

—¿Cómo ha podido… cómo ha podido cargar con eso sobre su conciencia? —profirió, desesperada. Se levantó y le echó los brazos al cuello, estrechándolo con todas sus fuerzas.

Raskólnikov se apartó y la contempló con una sonrisa triste.

—Eres extraña, Sonia —dijo—. Me abrazas y me besas después de que te he contado *eso*. No sabes lo que haces.

—No, no. Ahora no hay en el mundo entero nadie más desdichado que tú —exclamó ella exaltada, sin atender a su observación, y de pronto estalló en sollozos, como presa de un ataque de nervios.

Un sentimiento desconocido desde hacía ya mucho tiempo inundó el alma de Raskólnikov y la ablandó de golpe con su oleada. No le opuso resistencia: dos lágrimas brotaron de sus ojos y se quedaron prendidas en las pestañas.

—Entonces, ¿no me abandonarás, Sonia? —preguntó, mirándola casi con esperanza.

—¡No, no! ¡Jamás ni en ninguna parte! —gritó Sonia—. Te seguiré adonde quiera que vayas, sea adonde sea. ¡Dios santo!… ¡Qué desgraciada soy! ¿Por qué no te habré conocido antes? ¿Por qué no viniste hasta ahora? ¡Dios santo!

—Ahora he venido.

—¡Ahora! ¡Ay! ¿Y qué se puede hacer ahora? ¡Juntos, juntos! —repitió como enajenada, y lo abrazó de nuevo—. ¡Iré contigo a Siberia!

—Es que quizá no quiera yo ir a Siberia.

Sonia le lanzó una mirada fugaz.

Después del primer impulso de arrebatada y dolorosa compasión por el desdichado, la sobrecogió de nuevo la terrible idea del asesinato. En el tono distinto de sus palabras le pareció escuchar la voz del asesino. Lo miró, asombrada. Aún no sabía nada: ni el porqué, ni el cómo ni la finalidad. Ahora, todas esas preguntas se le presentaron repentinamente. Una vez más, se negaba a creerlo. ¿Un asesino él? ¿Él? ¡Imposible!

—Pero, ¿qué es esto? ¿Dónde estoy? —profirió, turbada hasta lo más profundo y sin lograr recobrarse todavía, al parecer—. ¿Y cómo pudo usted… un hombre como usted…? ¿Cómo pudo llegar a semejante cosa? ¿Qué es esto, Dios santo?

—Pues, para robar, mujer. ¡Y, déjalo ya, Sonia! —replicó como cansado y hasta con cierta contrariedad.

Sonia, que estaba como aturdida, lanzó un grito:

—¡Tenías hambre! Fue… para ayudar a tu madre, ¿verdad?

—No, Sonia, no —murmuró Raskólnikov volviendo la cabeza gacha—. No tenía yo tanta hambre… Quería ayudar

a mi madre, es cierto; pero… tampoco eso es enteramente cierto. ¡No me atormentes, Sonia!

La muchacha juntó las manos.

—Pero, ¿es posible que todo esto sea verdad? ¡Dios mío! ¿Qué clase de verdad es ésa? ¿Quién va a creérsela? ¿Y cómo es que se desprende usted del único dinero que tiene y luego va a robar? ¡Ah! Ese dinero, el que le dio a Katerina Ivánovna… ese dinero… ¡Dios mío! Es posible que también ese dinero…

—No, Sonia —la atajó él enseguida—. Ese dinero no era de aquel otro dinero, tranquilízate. Ése, me lo mandó mi madre por mediación de un comerciante y lo recibí cuando estaba enfermo, el mismo día que se lo di a Katerina Ivánovna… Razumijin lo vio… y él fue quien se hizo cargo de él en mi lugar… Ese dinero era mío, de mi propiedad, auténticamente mío.

Sonia le escuchaba, aturdida, esforzándose por comprender.

—En cuanto al *otro* dinero… la verdad es que ni siquiera puedo decirte si lo había —añadió a media voz, como reflexionando—. Le quité una bolsita que llevaba al cuello, una bolsita de ante… abultada, llena de algo… Pero, no miré lo que había dentro: se conoce que no me dio tiempo… Luego, los objetos… cadenitas, gemelos…, eso y la bolsita lo escondí a la mañana siguiente debajo de una piedra en un patio de la avenida Voznesenski, y allí sigue todo…

Sonia escuchaba con ansiedad.

—Entonces, ¿cómo es eso? Dice que lo hizo para robar, y no se llevó nada. ¿Cómo es eso? —preguntó ella al momento, buscando algo a lo que aferrarse.

—No sé… Todavía no he decidido si voy a usar ese dinero —contestó, como cavilando otra vez, pero no tardó en soltar una risa breve, irónica—. ¡Valiente majadería acabo de hacer! ¿Eh?

A Sonia le pasó por la mente la idea de si no estaría loco, pero la rechazó enseguida: no, aquello era otra cosa. Decididamente, no comprendía nada.

—¿Sabes una cosa, Sonia? —habló con cierta exaltación —. ¿Sabes lo que te digo? Pues, que si hubiera matado impelido únicamente por el hambre —prosiguió recalcando cada palabra y mirando a la muchacha enigmáticamente aunque con franqueza—, ¡ahora sería *feliz*! ¡Para que te enteres!

Y al cabo de un instante gritó con una especie de desesperación:

—¿Y a ti qué podría importarte, di, qué te importaría si yo confesara ahora que he cometido una mala acción? ¿Qué ibas a ganar con esa necia victoria sobre mí? ¡Ay, Sonia! ¿Piensas que he venido ahora para eso?

De nuevo iba a hablar Sonia, pero no lo hizo.

—Si ayer te pedí que me acompañaras, es porque sólo a ti puedo recurrir ya.

—¿A dónde querías que te acompañara? —preguntó Sonia apocada.

—No temas, no es a ningún sitio para robar, ni para matar —replicó él mordazmente—. Estamos hechos de muy distinto barro. ¿Sabes, Sonia? Tan sólo ahora, tan sólo en este momento acabo de comprender *a dónde* quería que me acompañaras ayer. Pero ayer, cuando te lo pedí, ni yo mismo lo sabía a ciencia cierta. Pues, bien, con un solo propósito vine y con un único propósito te pedí que me acompañaras: para que no me dejaras solo. No me abandonarás, ¿verdad, Sonia?

La muchacha le estrechó una mano y él continuó después de una pausa, mirándola con desesperación y una congoja infinita.

—¿Por qué te lo habré dicho? ¿Por qué lo habré revelado? Tú esperas una explicación; sí, veo que la estás esperando.

Pero, ¿qué te puedo decir? No podrías entenderlo y el único resultado sería hacerte padecer… por culpa mía. ¿Ves? Ya estás llorando… y me abrazas. ¿Por qué me premias con tu abrazo? ¿Por qué no he soportado este fardo y he venido a descargarlo sobre otra persona como quien piensa «sufre tú también y a mí me será más leve»? ¿Puedes tú amar a un canalla semejante?

—¿Acaso no sufres tú también? —gimió Sonia.

El mismo sentimiento de antes inundó el alma de Raskólnikov y, por un instante, volvió a ablandarla con su oleada.

—Sonia, yo tengo mal corazón, no lo olvides, y ésa puede ser la explicación de muchas cosas. Si he acudido a ti es porque soy un malvado. Hay personas que no lo hubieran hecho. Pero, yo soy un cobarde… y un miserable. Bueno… No se trata de eso… Ahora hay que hablar y no sé cómo empezar…

Hizo una pausa, pensativo.

—¡Ay, qué distintos somos! No encajamos. ¿Para qué habré venido? ¿Para qué? ¡Jamás me lo perdonaré!

—¡Qué va! ¡Has hecho muy bien en venir! —exclamó Sonia—. Es mejor que yo lo sepa. ¡Muchísimo mejor!

Raskólnikov la contempló con dolor; luego, pareció haber encontrado una salida.

—¿Y si se lo dijera tal y como fue? Porque, así fue en efecto. Verás: yo quise ser un Napoleón, y por eso maté… ¿Lo entiendes ahora?

—N-no —murmuró Sonia ingenua y tímidamente—. Pero, habla; tú, sigue hablando. Comprenderé; comprenderé *para mis adentros* —suplicó.

—¿Lo comprenderás? Está bien. Ahora lo veremos.

Se quedó cavilando un buen rato.

—El caso es que una vez me pregunté: si en mi lugar se encontrara, por ejemplo, Napoleón, sin Tolón, Egipto ni el

paso del Mont Blanc para iniciar su carrera, si en vez de todos estos espléndidos y monumentales jalones se encontrara tan sólo frente a una vieja ridícula, viuda de un funcionario de poca monta y, además, fuera preciso matarla para sustraerle el dinero del baúl (en provecho de su carrera, claro), ¿se decidiría Napoleón a matarla en el supuesto de que no existiera otra alternativa? ¿Habría desistido por hallarse esa acción demasiado lejos de lo monumental y… por ser un pecado? Como te digo, estuve mucho tiempo atormentándome con esta pregunta, de modo que sentí una terrible vergüenza cuando al fin caí en la cuenta, inesperadamente, por cierto, de que lejos de desistir de su propósito, ni siquiera le habría pasado por la imaginación la idea de que aquella acción no tenía nada de monumental… ni tampoco habría podido explicarse por qué tenía que desistir. Y, de no haber existido otra salida, la habría matado sin dejarla decir ni pío y sin la menor vacilación. Conque, también yo… deseché mis vacilaciones y… la maté… siguiendo un ejemplo tan prestigioso… Así ocurrió exactamente. ¿Te hace gracia? Pues, sí, Sonia: lo más gracioso del caso es que quizá ocurriera en efecto de esa manera…

A Sonia no le hacía ninguna gracia aquello.

—Mejor será que me lo cuentes con claridad, dejándote de… ejemplos —pidió, con mayor timidez y voz ahogada.

Raskólnikov se volvió hacia ella, la miró con tristeza y le tomó una mano.

—También esta vez tienes razón, Sonia. Todo esto es una tontería… palabras, y casi nada más. Verás: tú ya sabes que mi madre apenas tiene medios. Mi hermana, a quien pudo dar cierta educación por puro azar, y estaba condenada a servir como institutriz. Para las dos, yo era la única esperanza. Estaba estudiando, pero tuve que abandonar la Universidad porque no podía mantenerme. Aun en el caso

de que hubiera podido aguantar, sólo dentro de diez o de doce años, y eso en el supuesto de que las circunstancias me hubieran sido favorables, habría podido llegar a ser maestro o funcionario con mil rublos de sueldo al año. —Hablaba como si recitara una lección—. Para entonces, mi madre estaría consumida por la estrechez y la pena que yo no habría podido remediar, y mi hermana… Bueno, a mi hermana quizá le hubiera sucedido algo peor todavía. ¿Y yo? Yo habría tenido que pasar de todo para el resto de mi vida, renunciar a todo, desentenderme de mi madre y soportar con dignidad los agravios infligidos a mi hermana. ¿Para qué? Para luego, después de enterrarlas a ellas, cargar con nuevas obligaciones —la esposa, los hijos— y al final dejarlos también sin un *kopek*, sin un pedazo de pan. Conque… conque tomé la decisión de hacerme con el dinero de la vieja y emplearlo para los años inmediatos, para mantenerme en la Universidad sin sacrificar a mi madre y para dar luego los primeros pasos… Y hacer todo esto a lo grande, radicalmente, para iniciar una carrera nueva y emprender un camino nuevo, independiente… Y… y eso es todo… Claro que hice mal en matar a la vieja, por supuesto. Y… bueno, ¡basta ya!

Cuando terminó de hablar estaba extenuado y agachó la cabeza.

—¡Ay, no! ¡Que no! —exclamó Sonia angustiada—. ¿Cómo puede ser esto? ¡No, no es así, no es cierto!

—Tú misma dices que no es así y, sin embargo, te he contado sinceramente toda la verdad.

—¡Esa no puede ser la verdad! ¡Ay, Dios santo!

—Yo sólo maté a un piojo, Sonia. Un piojo asqueroso, inútil, maligno.

—¿Piojo un ser humano?

—Ya sé que no es un piojo, claro —replicó Raskólnikov mirando a Sonia de un modo extraño—. Aunque, miento —

añadió—. No hago más que mentir desde hace no sé cuánto tiempo… No se trata de eso, tienes razón. Los motivos son otros, muy distintos… Hace mucho tiempo que no hablo con nadie, Sonia… Ahora me duele mucho la cabeza.

Sus ojos tenían un brillo febril. Casi empezaba a delirar. En sus labios aleteaba una sonrisa inquieta. Su estado anímico de excitación dejaba traslucir ya un tremendo decaimiento. Sonia se percató de todo lo que sufría. También ella empezaba a sentir vértigo. Raskólnikov hablaba de una manera extraña: algo parecía coherente, pero… ¿Cómo era posible? ¡Oh, Dios! Y se retorcía las manos de desesperación.

—No, Sonia, no es así —volvió a hablar Raskólnikov levantando la cabeza como si sus ideas hubieran tomado súbitamente un nuevo giro, sorprendiéndolo y agitándolo otra vez—. ¡No es así! Verás: suponte mejor… Sí, eso es efectivamente mejor… Suponte que yo soy ambicioso, malvado, envidioso, ruin, vengativo… y, quizá, también propenso a la demencia. Así, para que haya de todo… De la demencia, ya han hablado. Yo se lo he oído decir. Ya te expliqué antes que no pude mantenerme en la Universidad. Pero, ¿sabes que quizá hubiera podido? Mi madre me habría mandado lo necesario para las matrículas y yo hubiera podido ganar para el vestido, el calzado y la comida; ¡seguro! Me salieron lecciones particulares a medio rublo cada una. ¿No es lo que hace Razumijin? Pero, me exasperé y no quise aceptarlas. Sí, me *exasperé*; esa es la palabra adecuada. Y entonces me metí en mi rincón como una araña. Tú has estado en mi cuchitril y lo has visto… ¿Y sabes tú, Sonia, que los techos bajos y las habitaciones exiguas deprimen el alma y la mente? ¡Qué odio le tomé a ese cuchitril! Y, sin embargo, no quería salir de él. ¡Deliberadamente no quería! Días enteros me pasaba sin salir, sin ganas de trabajar y ni siquiera de comer, todo el tiempo acostado. Si Nastasia me traía algo, comía; si no, así

me pasaba el día. De pura rabia, ni se lo pedía. Cuando llegaba la noche seguía acostado, a oscuras porque no tenía velas ni quería trabajar para comprarlas. Debía estudiar, y vendí los libros. En cuanto a los apuntes, a los cuadernos, ahí están encima de la mesa con un dedo de polvo. Lo que más me gustaba era estarme acostado y ponerme a pensar, pensar… Y todos los sueños que tenía, aunque distintos, eran extraños todos. No vamos a hablar de ellos. Sólo que entonces empezó a parecerme que… ¡No, no es eso! Ya estoy contándolo de otra manera… Verás: yo entonces me preguntaba por qué era yo tan tonto que, puesto que los demás eran tontos, y yo sabía a ciencia cierta que eran tontos, ¿por qué no quería yo ser más listo que ellos? Luego comprendí que, si me ponía a esperar a que los demás se volvieran listos, tendría que esperar demasiado… Comprendí también que eso no sucederá nunca, que las personas no cambiarán ni nadie podrá transformarlas y que no merece la pena empeñarse en ello. ¡Sí, así es! Esa es su ley… ¡La ley, Sonia! ¡Así es!… Y ahora sé, Sonia, que tiene poder sobre las personas quien es fuerte por su inteligencia y su espíritu. Para la gente, el que se atreve a mucho es el que lleva la razón. El que más cosas menosprecia se convierte en su legislador y el más atrevido es el más escuchado. Así ha ocurrido hasta ahora, y así será siempre. ¡Sólo un ciego no lo vería!

Aunque Raskólnikov miraba a Sonia al hablar, ya no se preocupaba de si la muchacha comprendía o no. Totalmente embargado por la fiebre, era presa de sombría exaltación. En efecto, hacía mucho tiempo que no hablaba con nadie. Sonia se percataba de que aquel lúgubre catecismo se había convertido en su ley y su creencia.

—Entonces, Sonia —prosiguió arrebatado—, descubrí que el poder sólo cae en manos de quien tiene la osadía de agacharse para tomarlo. Con una sola condición, una sola:

tener esa osadía. Por primera vez en la vida se me ocurrió entonces una idea que a nadie se le había ocurrido nunca antes que a mí. ¡A nadie! Lo vi con claridad meridiana: ¿cómo es que nadie se ha atrevido hasta ahora, ni se atreve, al pasar junto a todos esos disparates, a agarrarlos por el rabo y mandarlos al demonio? Yo… Yo quise *atreverme*, y maté… Yo sólo quería *atreverme*, Sonia, y ése es todo el motivo.

—¡Oh, calle, cállese! —gritó Sonia juntando las manos—. Usted se apartó de Dios, y Dios le ha castigado entregándolo al demonio.

—Por cierto, Sonia, cuando yo estaba acostado, a oscuras, y le daba vueltas y más vueltas a todo esto, ¿era el demonio el que venía a llevarme por ese camino? ¿Eh?

—¡Calle! ¡No se ría, blasfemo! Usted no entiende nada, ¡nada! ¡Dios santo! ¡No entiende nada, no; absolutamente nada!

—¡Calla tú, Sonia! Yo no me río en absoluto. Demasiado sé que fue el demonio el que me condujo. ¡Calla, Sonia, calla! —repitió con huraña insistencia—. Lo sé todo. Todo esto, me lo pensé y me lo dije ya entonces, acostado a oscuras… Todo esto, lo debatí conmigo mismo hasta el menor detalle y lo sé todo, ¡todo! ¡Qué harto, pero qué harto estaba de toda esa palabrería! Yo quería olvidarlo todo y empezar de nuevo, Sonia, y dejar las palabras a un lado. ¿O te has creído que yo, como un necio, me lancé de cabeza a lo que hice? Al contrario: me metí en ello con toda mi listeza, y eso fue lo que me perdió. ¿Te has creído que yo no sabía, por ejemplo, que si había empezado ya a preguntarme una y otra vez si tenía o no derecho a hacerme con ese poder, eso significaba que no tenía ese derecho? ¿O que si me preguntaba si el hombre es un piojo quería decirse que el hombre no es un piojo *para mí*, sino que es un piojo para quien no piensa en ello y va por la vida sin

hacerse preguntas? ¿Que si tantos días me atormenté cavilando en si Napoleón lo hubiera hecho o no, se debía a que yo me daba cuenta de que no era un Napoleón? Yo soporté todo el tormento de esa palabrería, todo entero, y quise quitármelo de encima: yo quise matar sin casuística, Sonia, matar para mí, para mí solo. No quería mentir acerca de ese deseo; ni siquiera mentirme a mí mismo. Si maté, no fue para ayudar a mi madre. ¡Tonterías! Si maté, no fue con el fin de agenciarme dinero y poder para convertirme en benefactor de la humanidad. ¡Tonterías! Yo maté, sencillamente; maté para mí, para mí solo. Y, en ese momento, seguro que me tenía sin cuidado saber si llegaría a ser el benefactor de alguien o me pasaría toda la vida como una araña, apresando a todos en mi tela y sorbiéndole su savia vital a todo ser viviente... Cuando maté, Sonia, el dinero no era lo esencial que necesitaba: más que el dinero me hacía falta otra cosa... Todo eso, lo sé ahora. Compréndeme: es posible que, aun siguiendo por el mismo camino, nunca más hubiera repetido el asesinato... Era otra cosa lo que necesitaba saber y otro impulso lo que me conducía: entonces necesitaba saber, y lo antes posible, si era yo un piojo como los demás o era una persona. Si sería capaz de trasponer el límite o no sería capaz. Si tendría la osadía de agacharme para recoger el poder o si no la tendría. Si era una criatura deleznable o tenía el *derecho*...

—¿De matar? ¿Si tenía el derecho de matar? —inquirió Sonia con un aspaviento.

—¡Pero, Sonia! —gritó él, irritado, y quiso objetar algo, pero optó por callar desdeñosamente—. ¡No me interrumpas, Sonia! Sólo pretendía demostrarte una cosa: que fue el demonio el que me condujo entonces y únicamente después me explicó que no tenía derecho de haber ido allá porque soy tan piojo como los demás. Se burló de mí y ahora he venido. ¡Aquí me tienes! ¿Habría venido si no fuera un

piojo? Escucha: cuando fui donde la vieja, iba sólo a *probar*… Para que lo sepas.

—¡Y mataste! ¡Mataste!

—Pero, ¿cómo maté? ¿Acaso se mata así? ¿Acaso se va a matar como fui yo? Algún día te contaré cómo fue… ¿Acaso maté a la vieja? A quien maté fue a mí mismo y no a la vieja. De esa manera me maté yo para siempre… Pero, a la vieja esa, la mató el demonio y no yo… Basta, Sonia. ¡Basta! ¡Déjame! —gritó con angustia febril—. ¡Déjame!

Se acodó en las rodillas y apretó la cabeza entre las manos como si fueran tenazas.

—¡Cómo sufre! —se le escapó a Sonia en doloroso alarido.

—Y qué hago ahora, ¿di? —preguntó de improviso Raskólnikov, levantando la cabeza y mirando a Sonia con el semblante descompuesto por la desesperación.

—¿Qué hacer? —exclamó ella y saltó de la cama. Sus ojos, hasta entonces arrasados de lágrimas, fulguraban ahora—. ¡Levántate! —Le agarró de un hombro, y él se levantó, casi pasmado—. Ve ahora mismo a una encrucijada, ve ahora mismo, prostérnate primero y besa la tierra que has mancillado, luego prostérnate ante el mundo, a los cuatro puntos cardinales, y diles a todos en voz alta: «¡He matado!». Entonces, Dios te enviará de nuevo la vida. ¿Vas a ir, di, vas a ir? —preguntaba, trémula, casi histérica, a la vez que le estrujaba ambas manos con todas sus fuerzas y lo miraba con ojos de fuego.

Raskólnikov se sorprendió.

—¿Estás aludiendo al presidio? ¿A que debo ir a entregarme? —preguntó hoscamente.

—Lo que debes hacer es aceptar el sufrimiento y redimirte por él.

—¡No! ¡No iré a entregarme, Sonia!

—Entonces, ¿cómo vas a vivir, di, cómo vas a vivir con ese peso encima? ¿Cómo va a ser posible ahora? ¿Cómo le

hablarás a tu madre ahora? ¿Y ellas? ¿Qué será de ellas ahora? Aunque, ¿qué estoy diciendo? ¡Si ya las has abandonado a las dos, a tu madre y a tu hermana! ¡Dios santo! ¡Demasiado sabes tú todo esto! ¿Y cómo se puede vivir sin un ser humano al lado? ¿Cómo? ¿Qué será de ti ahora?

—No seas niña, Sonia —murmuró Raskólnikov—. ¿De qué soy culpable ante la gente? ¿Por qué he de ir a la policía? ¿Qué iba a decirles? Todo esto es un espejismo… Ellos destruyen a millones de personas y encima se comportan como si hicieran un bien. Son granujas y miserables, Sonia… No iré. Además, ¿qué les voy a decir? ¿Que he matado pero que no me atreví a quedarme con el dinero y que lo he escondido debajo de una piedra? —añadió con sonrisa cáustica—. Pero, ¡si se reirían de mí! ¡Un cobarde y un estúpido! No comprenderían nada, lo que se dice nada, ni tampoco son dignos de comprender. ¿Para qué voy a ir? ¡No iré! No seas niña, Sonia…

—¡Cuánto vas a sufrir! ¡Cuánto vas a sufrir! —repetía Sonia adelantando las manos hacia él en gesto de súplica desesperada.

—Es posible que no me haya difamado todavía —observó Raskólnikov sombríamente, como cavilando—. Es posible que todavía sea yo una persona y no un piojo y que me haya precipitado al juzgarme mal… *Todavía* lucharé.

En sus labios se dibujaba una sonrisa altiva.

—¿Cómo vas a soportar ese tormento? Y para toda la vida, ¿te das cuenta?, para toda la vida.

—Me acostumbraré… —afirmó, huraño y pensativo. Y, al momento, continuó—: Escucha, deja de llorar y hablemos: he venido a decirte que ahora me buscan, que andan detrás de mí…

—¡Oh! —gritó Sonia espantada.

—¿Por qué gritas, di? ¿Primero quieres que vaya a presidio y ahora te asustas? Pero, escucha una cosa: yo no me doy por vencido. Todavía lucharé con ellos y no conseguirán nada. No tienen pruebas de cargo. Todas las pruebas que tienen son de doble filo, o sea, que puedo volver sus acusaciones en mi favor, ¿comprendes? Y lo haré. Porque ahora he aprendido. Pero, de seguro que me meten en la cárcel. De no haber sido por una cosa que pasó, es posible, o incluso seguro, que me hubieran encarcelado ya, y aún es posible que lo hagan hoy… Pero, no importa, Sonia: me tendrán algún tiempo encerrado y me soltarán… porque no tienen ni una sola prueba de peso, ni la tendrán, te doy mi palabra. Con lo que tienen, no se puede empapelar a una persona. Bueno, basta ya. Lo he dicho solamente para que lo sepas… Por lo que se refiere a mi madre y a mi hermana, ya me explicaré sin asustarlas. Mi hermana, según parece, ahora está ya libre de apuros… Por consiguiente, también mi madre lo está… En fin, esto es todo. Pero, por si acaso, ten cuidado. ¿Irás a verme a la cárcel cuando me encierren?

—¡Oh, sí! ¡Claro que sí!

Estaban sentados el uno al lado de la otra, tristes y abatidos, igual que dos náufragos en una costa desierta después de la tempestad. Raskólnikov miraba a Sonia y notaba todo el amor que sentía la muchacha por él. Pero, cosa extraña, de pronto le causó agobio y dolor el ser amado así. ¡Era una sensación insólita y terrible! Al dirigirse a casa de Sonia, iba convencido de que en ella estaba toda su esperanza, todo su consuelo. Pensaba descargarse por lo menos de una parte de sus sufrimientos y, de pronto, ahora que todo el corazón de la muchacha se volcaba en él, se percató de que se había vuelto incomparablemente más desdichado que antes.

—Sonia —dijo—, mejor será que no vayas a verme cuando esté en la cárcel.

La muchacha no contestó: estaba llorando. Al cabo de unos instantes preguntó inopinadamente como si se acordara de súbito:

—¿Tienes una cruz[120]?

Al pronto, Raskólnikov no comprendió a qué se refería.

—No, ¿verdad? Entonces, toma ésta, de madera de ciprés. A mí me queda otra, de cobre, que me dio Lizaveta. Hicimos un cambio: Lizaveta me dio su crucifijo y yo le di una imagen mía. Desde ahora llevaré el de Lizaveta, y éste te lo doy a ti. Tómalo, que es mío. ¡Te digo que es mío! —insistió—. Ya que iremos a padecer juntos, juntos llevaremos la cruz…

—Sí, dámela —dijo Raskólnikov. No quería disgustar a Sonia, pero al momento retiró la mano que adelantaba para tomar el crucifijo.

—Ahora, no, Sonia. —Y añadió para tranquilizarla—: mejor será que me lo des luego.

—Sí, sí. ¡Será mejor, sí! —asintió ella con ímpetu—. Cuando vayas a purgar tus culpas, entonces te la pondrás. Vienes aquí, yo te la pondré al cuello, rezaremos juntos y nos pondremos en camino.

En ese momento, alguien llamó tres veces a la puerta con los nudillos.

—Sofía Seminóvna, ¿se puede? —preguntó una voz cortés, muy conocida.

Sonia corrió a la puerta, asustada, y la cabeza rubia del señor Lebeziátnikov asomó en la habitación.

V



EBEZIÁTNIKOV tenía aire preocupado.

—Vengo a verla a usted, Sofía Semiónovna. Perdone… —se volvió hacia Raskólnikov—. Ya me figuraba que lo encontraría aquí… Es decir, no me figuraba nada de particular… Pero, sí pensaba… Allá, en casa, Katerina Ivánovna ha perdido el juicio —le soltó a Sonia, desentendiéndose de Raskólnikov.

Sonia exhaló un grito.

—Es decir, por lo menos, así parece. Aunque… En fin, lo cierto es que no sabemos qué hacer. Ha vuelto de algún sitio adonde fue y de donde parece que la han echado y hasta es posible que la hayan maltratado… O así parece, por lo menos… Corrió a ver al jefe de Semión Zajárich y no lo encontró porque comía en casa de otro general[121]… Conque, figúrese que allá fue, a casa del otro general… donde comía y figúrese que insistió hasta lograr que saliera el jefe de Semión Zajárich, haciéndole levantar de la mesa, además. Ya puede imaginarse lo que allí pasó. La echaron, por supuesto, y ella dice que le insultó y hasta le tiró algo a la cabeza. Es increíble… Ni me explico cómo no la detuvieron. Ahora se lo cuenta a todo el mundo, y también a Amalia Ivánovna, aunque resulta difícil entenderla porque habla a gritos y está muy soliviantada. ¡Ah, sí! También dice a gritos que, en

vista de que todos la han abandonado, se echará a la calle con los niños tocando un organillo, que los niños cantarán y bailarán, y ella también, que así recogerán dinero y que todos los días se plantarán bajo la ventana del general... «Para que vean cómo andan por la calle, igual que mendigos, los hijos honorables de un funcionario», dice. Pega a los niños, y los niños lloran. Está enseñando a Lida a cantar *La alquería*, al niño a bailar y a Pólechka también, desgarra la ropa para fabricarles gorros como los de los cómicos y, a guisa de instrumento musical, quiere llevar una palancana para tocar en ella. No atiende a razones... ¿Se figura? Es sencillamente inconcebible.

Lebeziátnikov habría seguido hablando, pero Sonia, que le escuchaba casi sin aliento, agarró su capa y su sombrero y, poniéndoselos sobre la marcha, salió del cuarto como una exhalación. Raskólnikov corrió tras ella y Lebeziátnikov le siguió.

—¡Es indudable que se ha vuelto loca! —le dijo a Raskólnikov cuando salieron a la calle—. Para no asustar a Sofía Semiónovna, he dicho que *parece*; pero, no cabe la menor duda. Dicen que, en los casos de tisis, salen unos bultitos en el cerebro. Lástima no entender de Medicina. Le advierto que yo he tratado de disuadirla, pero ella no hace caso a nadie.

—¿Le ha hablado a ella de esos bultitos?

—Propiamente dicho, no. Además, no habría entendido nada. Lo que yo digo es que, si se persuade a una persona, por medio de la lógica, de que en esencia no tiene razones para llorar, pues dejará de llorar. Eso es obvio. ¿Y usted cree que no?

—De esa manera, el vivir resultaría demasiado fácil —contestó Raskólnikov.

—Permítame, permítame. A Katerina Ivánovna, claro, le sería bastante dificultoso comprender. Pero, ¿sabe usted que

en París se han llevado ya a cabo rigurosos experimentos acerca de la posibilidad de curar a los locos actuando tan sólo por medio de la persuasión lógica? Un profesor recientemente fallecido allí, científico de peso, opinaba que así se les puede curar. Su idea básica es que los dementes no padecen una alteración especial del organismo y que la demencia, por así decirlo, es un fallo de lógica, un error del razonamiento, un enfoque equivocado de las cosas. Él iba llevándole paulatinamente la contraria al enfermo y figúrese usted que, según dicen, lograba buenos resultados. Pero en vista de que, paralelamente, recurría también a las duchas, los resultados de este tratamiento son objeto de duda, claro… Por lo menos, así parece…

Hacía ya rato que Raskólnikov no le escuchaba. Al llegar a la altura de su casa, le hizo una leve inclinación de cabeza y se metió por el portón. Lebeziátnikov interrumpió su exposición, miró en torno y siguió adelante.

Raskólnikov entró en su cuchitril y se quedó plantado en el centro. ¿Para qué había vuelto allí? Vio el papel sucio y amarillento de las paredes, el polvo, el sofá… Del patio llegaba un golpeteo agudo y persistente, como si estuvieran clavando clavos en alguna parte. Se acercó a la ventana y, de puntillas, escudriñó un buen rato el patio con aire de extraordinaria atención. Pero el patio estaba vacío y no se veía a los que martilleaban. A la izquierda, en un pabelloncito, había algunas ventanas abiertas con tiestos de geranios raquíticos y ropa puesta a secar… Todo eso se lo sabía de memoria. Dio media vuelta y se sentó en el sofá.

Nunca, nunca hasta entonces, se había sentido tan espantosamente solo.

Sí, notó de nuevo que quizá llegara a odiar a Sonia, y precisamente ahora que la había hecho más desgraciada. «¿Qué falta me hacía ir a implorar sus lágrimas? ¿Qué

necesidad tan apremiante tengo de envenenarle la vida? ¡Qué ruindad!».

—Me quedaré solo —profirió resueltamente—. No irá a verme a la cárcel.

Al cabo de unos cinco minutos alzó la cabeza con una sonrisa extraña. Se le había ocurrido una idea extraña también: «Quizá se esté efectivamente mejor en presidio».

No recordaba el tiempo que llevaría allí, dándole vueltas a los vagos pensamientos que se agolpaban en su mente, cuando se abrió la puerta y apareció Avdotia Románovna. Primero se detuvo y lo miró desde el umbral como había mirado él poco antes a Sonia, luego entró y tomó asiento frente a él, en el mismo sitio que la víspera. Raskólnikov la miraba, en silencio y como ausente.

—No te enfades, hermano; sólo me quedaré un momento.

La expresión de Dunia era pensativa, pero no severa. Raskólnikov comprendió que también ella acudía a él con amor.

—Ahora lo sé *todo*, hermano. Todo me lo ha explicado y contado Dmitri Prokófich. Te persiguen y te atormentan por una infame y estúpida sospecha... Dmitri Prokófich me ha dicho que no corres ningún peligro y que haces mal en tomarte las cosas tan a pecho. Yo no opino lo mismo: comprendo perfectamente lo indignado que debes estar en tu fuero interno y también que esa indignación puede dejarte marcado para siempre. Eso es lo que temo. No te censuro, ni te censuraré, por habernos abandonado, y perdóname si te lo he reprochado antes. Yo misma siento que también me habría apartado de todos si tuviera que soportar un dolor tan grande. A mamá no le contaré nada de *esto*, pero sí le hablaré de ti constantemente y le diré de tu parte que volverás muy pronto. No te atormentes: yo me encargo de tranquilizarla; pero, por tu parte, no la hagas sufrir. Recuerda que es madre y ven a verla por lo menos

una vez. Ahora, sólo he venido a decirte —Dunia se levantaba ya— que si acaso me necesitas para algo o si necesitas… mi vida entera o lo que sea… no tienes más que llamarme y acudiré. ¡Adiós!

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta, pero Raskólnikov la detuvo llamándola:

—¡Dunia! —se levantó y fue a ella—. Ese Razumijin, Dmitri Prokófich, es un hombre muy bueno.

Dunia se sonrojó un poco.

—¿Y qué? —preguntó después de una breve pausa.

—Es un hombre práctico, trabajador, honrado y capaz de amar profundamente. Adiós, Dunia.

La muchacha, que se había puesto ahora como la grana, enseguida se alarmó:

—¿Qué ocurre, hermano? ¿Acaso nos separamos definitivamente para siempre? Me hablas… como si hicieras testamento.

—No importa… Adiós…

Le volvió la espalda y fue hacia la ventana. Dunia permaneció allí todavía unos instantes, lo miró alarmada y salió presa de zozobra.

No, no había estado frío con ella. Hubo un momento, el último, en que sintió un vivo deseo de abrazarla con fuerza y *despedirse* de ella, hasta de *decírselo*; pero, ni siquiera se atrevió a darle la mano. «No vaya a ser que se estremezca luego al recordar que la he abrazado y diga que le robé un beso».

«Y *ésta*, ¿aguantará o no aguantará? —añadió al poco rato para sus adentros—. No, no aguantará. Las que son así no pueden aguantar. Las que son así no aguantan nunca…».

Y pensó en Sonia.

Por la ventana entró una bocanada de aire fresco. En el patio no había ya tanta luz. De pronto, tomó su gorra y salió.

Naturalmente, Raskólnikov no podía, ni tampoco quería, ocuparse de su estado de salud. Sin embargo, toda aquella alarma constante y todo aquel horror espiritual habían de acarrear forzosamente consecuencias. Y si la fiebre no le había postrado hasta entonces, quizá fuera, justamente, porque la permanente zozobra interior le mantenía, de momento, en pie y consciente, pero de manera artificial.

Vagaba sin rumbo. El sol se ponía. Últimamente empezaba a embargarle una ansiedad singular, pero que no tenía nada de muy acre ni muy candente, de la que emanaba un algo continuo e infinito, que auguraba años de desamparo dentro de aquella fría angustia deletérea; que auguraba una eternidad en «un *arshin* de espacio». Esa sensación solía agobiarle con mayor intensidad a la hora del crepúsculo.

—A ver quién puede abstenerse de cometer tonterías con estos desfallecimientos más que estúpidos, puramente físicos, condicionados por una puesta de sol cualquiera. En estas circunstancias, uno es capaz de recurrir, no sólo a Sonia sino también a Dunia —murmuró con rabia.

Oyó que alguien le llamaba. Volvió la cabeza: era Lebeziátnikov que corría a él.

—Imagínese que vengo de su casa. Ando buscándolo. Imagínese que Katerina Ivánovna ha hecho lo que decía y se ha llevado a los niños. A Sofía Semiónovna y a mí nos ha costado Dios y ayuda encontrarlos. Ella repica en una sartén y hace bailar a los niños. Los niños lloran. Se detienen en las esquinas y delante de las tiendas. Los sigue una caterva de papanatas. Vamos corriendo.

—¿Y Sonia? —inquirió Raskólnikov, preocupado, mientras seguía a Lebeziátnikov.

—Está sencillamente frenética. No me refiero a que Sofía Semiónovna está frenética, sino a Katerina Ivánovna. Aunque, la verdad es que también Sofía Semiónovna está

fuera de sí. Pero Katerina Ivánovna es quien está totalmente frenética. Le digo a usted que ha perdido definitivamente el juicio. Acabará en la comisaría. Ya puede usted suponer la impresión que le causaría... Ahora están en el malecón del canal, junto al puente, muy cerca de donde vive Sofía Semiónovna. Muy cerca.

En el malecón del canal, no lejos del puente y dos casas antes de la que habitaba Sonia, se apiñaba un grupo, en particular chiquillos. Desde el puente se escuchaba ya la voz ronca y cascada de Katerina Ivánovna. Aquél era, en verdad, un cuadro singular, capaz de atraer la atención del público callejero. Katerina Ivánovna, con su viejo vestido, el mantón de paño verde y un lamentable sombrero de paja, torcido hacia un lado, hecho un guiñapo, era realmente presa de un acceso de frenesí. Estaba fatigada y jadeante. Su rostro, minado por la tisis, ofrecía un aspecto más lastimoso que nunca, pues ya se sabe que, en la calle y a la luz del sol, un tísico parece siempre más enfermo y demacrado que en casa; pero su estado de alteración no cedía y su irritación parecía ir en aumento. Arremetía contra los niños, los regañaba, los reconvenía, les explicaba allí mismo, delante de la gente, cómo tenían que bailar y lo que debían cantar, les decía por qué habían de hacerlo, se desesperaba porque no la entendían y los golpeaba... Luego se volvía hacia el público y, si descubría a alguien medianamente trajeado que se había detenido por curiosidad, se lanzaba a explicarle hasta qué extremo habían llegado unos niños «de casa distinguida y hasta se podría decir que aristocrática». Si escuchaba alguna risa o alguna burla, se encaraba con quien fuera y le insultaba. Porque algunos reían, otros sacudían la cabeza y todos miraban con curiosidad a la loca y a los niños asustados. No se veía, o por lo menos no la vio Raskólnikov, la sartén mencionada por Lebeziátnikov; pero, en lugar de golpear en una sartén, Katerina Ivánovna

marcaba el compás con sus palmas resecas cuando hacía que Pólechka cantara y que Lida y Kolia bailaran. También ella intentaba hacerles coro, pero la tos desgarradora la interrumpía cada vez al segundo compás, con lo cual le acometía de nuevo la desesperación, maldecía la tos y hasta lloraba. Lo que más la sacaba de sus casillas eran el llanto y el susto de los pequeños. Era cierto que había querido vestirlos como suelen vestir los cantantes callejeros. El niño llevaba un turbante rojo y blanco para parecer un turco y, como no había con qué disfrazar a Lida, le había puesto un gorro de estambre rojo, el gorro de dormir del difunto Semión Zajárich, adornado con un vestigio de pluma de avestruz blanca que había pertenecido a la abuela de Katerina Ivánovna y que ésta guardaba en el baúl como reliquia de familia. Pólechka llevaba su vestidillo de siempre. No se apartaba de su madre, a quien contemplaba con mirada tímida y confusa y, percatándose de su locura, miraba inquieta a su alrededor, sorbiéndose las lágrimas. La calle y el gentío le causaban pavor. Sonia seguía todos los pasos de Katerina Ivánovna, llorando y rogándole que volviera a casa. Pero Katerina Ivánovna se negaba en rotundo. Entre jadeos y golpes de tos, le gritaba voluble y atropelladamente:

—¡Déjalo ya, Sonia! ¡Déjalo! No sabes lo que pides. Ni que fueras una criatura. Deja que vea todo el mundo, que todo San Petersburgo vea, cómo piden limosna los hijos de un padre honorable que toda la vida atendió sus funciones con dedicación y fidelidad; que, como quien dice, murió en servicio activo... —Katerina Ivánovna se había forjado esa leyenda y la creía ya a pies juntillas—. Deja que los vea ese bribón de generalillo. Además, eres tonta, Sonia. ¿Cómo vamos a mantenernos ahora, di? Bastante hemos abusado de ti. No quiero seguir lo mismo. ¡Ah! ¡Es usted, Rodión Románovich! —exclamó al ver a Raskólnikov—. Tenga la

bondad de explicarle a esta bobalicona que no se puede hacer nada mejor. Hasta los músicos callejeros sacan algo. Todo el mundo verá que nosotros somos diferentes. Que somos una digna y pobre familia de desamparados reducidos a la indigencia. En cuanto a ese generalillo, perderá su cargo. ¡Ya lo verá usted! Nos plantaremos a diario debajo de sus ventanas. Y si alguna vez pasa por allí el Zar, me hincaré de rodillas, pondré a éstos delante y le diré señalándolos: «¡Ampáralos, Padre!». Porque él es un padre para los desamparados, es misericordioso y nos protegerá, ya lo verá usted. En cuanto a ese generalillo… ¡Lida, *tenez-vous droite*![122]. Tú, Kolia, vas a bailar otra vez. ¿Por qué lloriqueas? ¡Ya está otra vez lloriqueando! Pero, ¿de qué tienes miedo, so tonto? ¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer con ellos, Rodión Románovich? ¡Si supiera usted lo inútiles que son! ¿Qué se puede hacer con unos niños así, vamos a ver?

Y, casi llorando también, sin que ello fuera óbice al raudal ininterrumpido de sus palabras, señalaba a los niños que gimoteaban. Raskólnikov intentó persuadirla de que volviera a su casa, incluso le dijo, con la idea de tocar su amor propio, que no le cuadraba andar como los músicos callejeros a una señora que se disponía a dirigir un pensionado para señoritas.

—¡El pensionado! ¡Ja, ja, ja! ¡Castillos en el aire! —exclamó Katerina Ivánovna con un golpe de tos provocado por la risa—. ¡Quiá! Ese sueño se ha esfumado, Rodión Románovich. Todo el mundo nos ha abandonado… Y ese generalillo… ¿Sabe usted, Rodión Románovich, que le tiré un tintero? Precisamente estaba encima de la mesa de la antesala, junto al librillo donde firman las visitas y también firmé yo. Le tiré el tintero y salí corriendo. ¡Qué canallas! ¡Pero, qué canallas! Aunque, me tiene sin cuidado. A estos niños, ya los mantendré yo ahora sin humillarme ante nadie. Porque a ella —señaló a Sonia—, bastante la hemos hecho

sufrir. Pólechka, enséñame cuánto has recogido. ¿Cómo? ¿Dos *kopeks* nada más? ¡Qué mezquina es la gente! ¡No dan nada! No hacen más que correr detrás de nosotros sacando la lengua. ¿De qué se reirá ese mastuerzo? —señalaba a alguno de los que hacían corro a su alrededor—. Y todo es por la torpeza de Kolia. ¡Hay que tener una paciencia con él! ¿Qué quieres, Pólechka? Háblame en francés, *parlez-moi français*. Yo te he enseñado y ya conoces algunas frases. Si no, ¿cómo se va a dar cuenta la gente de que sois unos niños educados, de buena familia, y no como los otros cantantes callejeros? No andamos por las calles con una función de marionetas, sino que vamos a cantar una romanza fina… ¡Ah, sí! ¿Qué vamos a cantar? No hacéis más que interrumpirme… Verá usted, Rodión Románovich: nos hemos detenido aquí para elegir lo que vamos a cantar. Algo que también pueda bailar Kolia… Porque todo esto, como usted comprenderá, es improvisado. Ahora tenemos que decidir, para ensayarlo todo bien y luego ir a la avenida del Nevá, donde hay mucha más gente de la alta sociedad y enseguida se fijarán en nosotros. Lida sabe *La alquería*. Pero, es que todos cantan *La alquería*, y venga con *La alquería*… Nosotros debemos cantar algo mucho más fino. ¿Se te ha ocurrido algo, Pólechka? A ver si tú, por lo menos, ayudas un poco a tu madre. ¡Esta memoria mía! ¡Si yo pudiera recordar algo! Porque, no es cosa de ponernos a cantar *El húsar, en su sable apoyado*[123]… ¡Ah! Vamos a cantar *Cinq sous*[124] en francés, la gente verá enseguida que sois niños de familia hidalga y resultará mucho más conmovedor… Tampoco estaría mal *Malborough s'en va-t-en guerre*[125], porque es una pequeña canción exclusivamente infantil y en las casas aristocráticas se canta para dormir a los niños

Malborough sen va-t-en querre,
Ne sait quand reviendra…[126]

—comenzó ella—. Pero, no; mejor será *Cinq sous*. A ver, Kolia, las manos en las caderas, venga… Y tú, Lida, gira también, pero en el otro sentido, mientras Pólechka y yo coreamos y hacemos palmas.

Cinq sous, cinq sous
Pour monter notre ménage…[127]

¡Ejem, ejem, ejem! —Otro acceso de tos—. Sujétate el vestido, Pólechka, que se te cae de los hombros —observó, entre jadeos, mientras tosía—. Ahora es cuando mejor tenéis que portaros, con buenos modales, para que todos vean que sois niños de buena familia. Ya decía yo, cuando cortamos este jubón, que debía ser más largo y de dos piezas, Sonia. Pero, tú, con tus consejos de siempre, «más corto, más corto», y ahí tienes a la criatura hecha un adefesio. Pero, bueno, ¿por qué estáis todos llorando otra vez? ¿Qué os pasa, so tontos? Anda, Kolia, empieza ya. Vamos, vamos, vamos… ¡Este niño es inaguantable!…

Cinq sous, cinq sous…

¿Otro soldado? ¿Qué quieres, vamos a ver?

En efecto, un guardia se abría paso entre la gente. Pero, al mismo tiempo, un señor con uniforme y capote, algún alto funcionario de unos cincuenta años, con una condecoración al cuello (circunstancia que agradó mucho a Katerina Ivánovna y que impresionó al guardia) se acercó a Katerina Ivánovna y le entregó un billete verde de tres rublos sin decir nada. Su semblante expresaba auténtica conmiseración. Katerina Ivánovna tomó el dinero con una reverencia cortés, casi aristocrática.

—Gracias, caballero —empezó muy digna—. Las circunstancias que nos han impelido... Toma el dinero, Pólechka. Ya ves que aún existen personas nobles y generosas dispuestas a ayudar inmediatamente a una pobre hidalga caída en la desgracia. Está usted viendo, caballero, a huérfanos de buena familia, podría decirse que relacionados con la mejor aristocracia... Mientras ese generalillo, que estaba comiendo una perdiz... se puso incluso a pegar patadas en el suelo porque yo le había importunado... Le dije: «Excelencia, proteja a estos huérfanos, ya que usted conocía bien a Semión Zajárich, mi difunto esposo, y a su única hija difamada, el día mismo que ha perdido a su padre, por el más canalla de los canallas». ¡Otra vez el soldado! ¡Ampáreme! —le gritó al funcionario—. ¿Qué quiere de mí este soldado? Ya hemos escapado de otro igual en la Meschánskaia... ¿A qué vienes aquí, estúpido?

—A que en las calles está prohibido. Haga el favor de no alborotar.

—El que alborota eres tú. Es lo mismo que si anduviera con un organillo. ¿A ti qué te importa?

—Para ir con un organillo hace falta tener un permiso. Y como usted anda así por su cuenta, pues alborota a la gente. ¿Dónde vive?

—¿Un permiso? —clamó Katerina Ivánovna—. He enterrado hoy a mi marido, ¿y voy a andarme con permisos?

—Señora, señora, cálmese —intervino el funcionario—. Venga usted, yo la acompañaré. Este no es el sitio de usted, aquí, entre la gente. Parece usted enferma...

—Caballero, caballero, ¡usted no sabe nada! Vamos a ir a la avenida del Nevá. ¡Sonia, Sonia! Pero, ¿dónde se habrá metido? ¡También está llorando! ¿Qué os pasa a todos, vamos a ver?... ¡Kolia, Lida! ¿A dónde vais? —gritó alarmada—. ¡Qué criaturas tan tontas! ¡Kolia, Lida! Pero, ¿a dónde irán?

Lo que pasaba era que Kolia y Lida, en el límite del terror entre el gentío y los ramalazos de locura de su madre, y viendo además al guardia, que quería agarrarlos y llevárselos no sabían a dónde, se cogieron de pronto instintivamente de la mano y echaron a correr. La pobre Katerina Ivánovna se lanzó tras ellos, gritando y llorando. Daba pena y bochorno verla correr, llorar y jadear. Sonia y Pólechka la siguieron a toda prisa.

—¡Alcánzalos, Sonia! ¡Tráelos aquí! ¡Qué niños tan tontos y desagradecidos! ¡Pólechka! ¡Alcánzalos! Si es por vosotros…

Tropezó, según iba corriendo, y se desplomó.

—¡Está sangrando! ¡Se ha matado! ¡Santo Dios! —gritó Sonia inclinándose sobre ella.

Todos los que habían presenciado la caída acudieron, todos se apiñaron alrededor. Raskólnikov y Lebeziátnikov llegaron los primeros. El funcionario los siguió y también el guardia, refunfuñando «¡maldita sea!» y con gesto consternado al comprender lo que se le venía encima.

—¡Circulen, circulen! —ordenó para dispersar a los que se agolpaban en torno.

—¡Se está muriendo! —gritó alguien.

—Se ha vuelto loca —opinó otro.

—¡Dios nos ampare! —murmuró una mujer santiguándose —. ¿Han cogido a los pequeños? ¡Ah, aquí están! Los trae la mayorcita… ¡Miren qué traviesos!

Sin embargo, cuando examinaron mejor a Katerina Ivánovna descubrieron que no se había herido con una piedra como pensó al principio Sonia, sino que la sangre que salpicaba la calzada le brotaba de los pulmones por la boca.

—Yo sé lo que es esto. Lo he visto antes —murmuró el funcionario a Raskólnikov y Lebeziátnikov—. Esto es tisis. Brota así la sanare y los ahoga. Hace poco, lo mismo le

ocurrió a una pariente mía. Yo lo presencié: de repente, vaso y medio de sangre… Pero, algo hay que hacer. Se va a morir.

—Tráiganla aquí, a mi casa —suplicaba Sonia yendo de unos a otros—. Yo vivo aquí al lado, en esa casa, la segunda. ¡Llévenla enseguida! Que llamen a un médico… ¡Dios mío!

Todo se arregló gracias a la presencia del funcionario, y hasta el guardia ayudó a transportar a Katerina Ivánovna. Ya moribunda, la llevaron al cuarto de Sonia y la acostaron en la cama. Continuaba el vómito de sangre, pero ella parecía recobrar el conocimiento. Con Sonia entraron Raskólnikov, Lebeziátnikov, el funcionario y el guardia, este último después de dispersar a los curiosos, algunos de los cuales habían llegado hasta la misma puerta. Pólechka llevaba de la mano a Kolia y Lida, trémulos y llorosos. Acudieron también los Kapernaúmov: él, un hombre de aspecto singular, cojo y tuerto, con el cabello y las patillas erizados, su mujer con cara de susto permanente y algunos de sus hijos, con la boca abierta y una expresión de pasmo que no se les quitaba nunca. En medio de aquella extraña reunión apareció también repentinamente Svidrigáilov. Raskólnikov lo miró sorprendido, preguntándose de dónde habría salido, porque no recordaba haberlo visto entre los curiosos.

Se habló de un médico y de un sacerdote. El funcionario, aunque le susurró a Raskólnikov que, aparentemente, el médico no tenía ya nada que hacer, mandó que llamaran a uno. Kapernaúmov se encargó de ello.

Entre tanto, Katerina Ivánovna había recobrado el aliento y ya no brotaba la sangre. Con su mirada de enferma, pero fija y penetrante, contemplaba a Sonia que, pálida y temblorosa, le enjugaba el sudor de la frente con un pañuelo. Al fin pidió que la incorporasen. La sentaron en la cama, sosteniéndola por ambos lados.

—¿Dónde están los niños? —preguntó con voz débil—. ¿Los has traído, Pólechka? ¡Pero, qué tontos!… ¿Por qué os

escapasteis? ¡Ay!…

La sangre cubría aún sus labios resecos. Paseó la mirada en torno.

—Conque así es como vives, Sonia… No había estado nunca en tu cuarto… y mira cómo me han traído…

La miró con sufrimiento.

—Te hemos comido viva, Sonia… Pólechka, Lida, Kolia, venid… Aquí están, Sonia, todos… Tómalos… Te los entrego en propia mano… porque yo no puedo más… ¡Se acabó el baile! —la tos le produjo un estertor—. Acostadme. Dejadme morir en paz por lo menos.

Volvieron a acostarla, con la cabeza reclinada en la almohada.

—¿Cómo? ¿Un sacerdote? No… ¿Para gastar todo un rublo, que ni siquiera tenéis? Yo no tengo pecados… Dios debe perdonarme sin más. ¡Demasiado sabe Él lo que he sufrido!… Y si no me perdona, lo mismo me da.

Iba entrando en un delirio agitado. A veces se estremecía, miraba a su alrededor, reconocía a todos por un momento, pero enseguida sucedía el desvarío a la lucidez. Tenía la respiración ronca y entrecortada y parecía como si algo borboteara en su garganta.

—Le digo: «Excelencia…» —gritaba, tomando aliento después de cada palabra—. ¡Esa Amalia Ludwígovna! ¡Ay! ¡Lida, Kolia! Las manos en las caderas, vamos, vamos, *glissez, glissez, pas de basque*[128]… Ahora, unos golpes en el suelo… Hay que hacerlo con gracia.

Du hast Diamanten und Perlen…[129]

¿Cómo sigue? Estaría bien que lo cantáramos…

Du hast die schönsten Augen,

Mädchen, was willst du mehr?[130]

«¿Qué más quieres?», dice. Was *cillst du mehr*. ¡Valiente ocurrencia! ¡Pánfilo! ¡Ah, sí! Esta otra:

Un tórrido mediodía en un valle del Daguestán…[131]

¡Ay, cómo me gustaba!… Yo adoraba esta romanza, Pólechka… ¿Sabes? Tu padre la cantaba… cuando éramos novios… ¡Qué días aquellos!… Eso es lo que deberíamos cantar… ¿Y cómo sigue?… ¡Ay, se me ha olvidado!… A ver si os acordáis vosotros.

Estaba agitadísima y hacía esfuerzos por incorporarse. Finalmente se puso a cantar con una voz ronca y cascada que daba miedo, gritando y ahogándose a cada palabra, y con aire de terror creciente:

Un tórrido mediodía… en un valle del Daguestán…
Con una bala en el pecho…

¡Excelencia! —clamó súbitamente con alarido desgarrador y un raudal de lágrimas—. ¡Ampare a estos huérfanos! Recuerde la hidalguía del difunto Semión Zajárich. Incluso su aristocracia podría decir… —se estremeció y lanzó un estertor, contemplando a todos con una especie de espanto, pero enseguida reconoció a Sonia —. ¡Sonia, Sonia! —pronunció con voz suave y acariciadora, como sorprendida de verla a su lado—. Sonia, querida, ¿también estás tú aquí?

La incorporaron de nuevo.

—¡Basta! ¡Ya es hora!… ¡Adiós, pobrecita mía!… Han reventado a esta vieja yegua… ¡Se acabó! —gritó con desesperación y odio y se desplomó sobre la almohada.

De nuevo desfalleció, pero por poco tiempo. El rostro lívido y demacrado cayó hacia atrás, se abrió la boca, las piernas se estiraron convulsivamente. Exhaló un profundo suspiro, el último.

Sonia cayó sobre el cuerpo rígido, lo abrazó y así se quedó, con la cabeza posada sobre el pecho consumido de la difunta. Pólechka, apoyada la frente en los pies de su madre, los cubrió de besos llorando con desconsuelo. Kolia y Lida, que aún no comprendían lo sucedido pero barruntaban ya algo muy terrible, se agarraron de los hombros el uno a la otra y, mirándose fijamente a los ojos, abrieron la boca al mismo tiempo y rompieron a llorar a gritos. Seguían vestidos igual, el uno con el turbante y la otra con el gorro de estambre y la pluma de avestruz.

¿Por qué extraño conducto llegaría el famoso «diploma de honor» hasta el lecho mortuorio de Katerina Ivánovna? El caso es que allí estaba, junto a la almohada. Raskólnikov lo vio y se apartó hacia la ventana. Enseguida acudió Lebeziátnikov.

—Ha muerto —anunció.

—Rodión Románovich: quisiera decirle dos palabras importantes.

Era Svidrigáilov, que se les había unido. Lebeziátnikov le cedió enseguida el sitio y se retiró discretamente. Svidrigáilov se llevó a Raskólnikov, que estaba muy sorprendido, todavía más lejos, hasta un rincón.

—De todo este engorro, o sea, del entierro y demás, me encargo yo. Que habiendo dinero… Y ya le dije que a mí me sobra. A estos dos pajarillos, y a Pólechka, los colocaré en orfanatos de lo mejorcito, asignando a cada uno mil quinientos rublos de capital para cuando alcancen la mayoría de edad, a fin de que Sofía Semiónovna pueda estar tranquila. A ella, la sacaré de la vida que lleva porque es una buena muchacha, ¿no es cierto? Conque, dígale a Avdotia

Románovna que así es como voy a gastar los diez mil rublos que le ofrecí.

—¿A qué se debe tanta filantropía? —preguntó Raskólnikov.

—¡Ay, hombre escéptico! —rió Svidrigáilov—. Ya le he dicho que ese dinero me sobra. ¿No puede admitir que lo hago por un simple sentimiento de humanismo? Porque ella no era un «piojo» —señaló el rincón donde yacía la muerta— como una vieja usurera cualquiera. Y, ya sabe, el dilema de que «Luzhin siga viviendo y haciendo canalladas o que muera Katerina Ivánovna». Y, de no prestar yo esta ayuda, Pólechka, por ejemplo, «tendrá que seguir el mismo camino».

Dijo todo esto con cierto aire de jovial complicidad y picardía, sin apartar la mirada de Raskólnikov, que palideció y se quedó frío al escuchar las mismas expresiones que había empleado él hablando con Sonia. Retrocedió y miró horrorizado a Svidrigáilov.

—¿Por qué... lo sabe? —murmuró casi sin aliento.

—Es que yo me hospedo en casa de *madame* Resslich, detrás de este tabique. Este es el piso de los Kapernaúmov y el contiguo es el de *madame* Resslich, una antigua y buena amiga mía. Conque, soy vecino de usted.

—¿Usted?

—Sí —prosiguió Svidrigáilov retorciéndose de risa—. Y puedo asegurarle por mi honor, querido Rodión Románovich, que me ha interesado usted prodigiosamente. ¿No le dije que llegaríamos a tratarnos? Se lo advertí, y ésta es la prueba de que tenía razón. Ya verá qué carácter tan acomodaticio tengo. Ya verá lo fácil que es congeniar conmigo.



Sexta parte

I



OMENZÓ para Raskólnikov un período extraño: era como si la niebla le hubiera envuelto de pronto, sumiéndole en una soledad abrumadora, de la que no había evasión posible. Al rememorarlo luego, mucho tiempo después, se percataba de que la mente se le había, nublado a veces y que ese estado de cosas había durado, con algunos intervalos, hasta la catástrofe final. Estaba rotundamente persuadido de que entonces se hallaba ofuscado en muchos aspectos. Por ejemplo, en la duración y el tiempo de algunos sucesos. En todo caso, al rememorar posteriormente y tratar de explicarse lo que recordaba, llegó a conocer muchas cosas relacionadas con él mismo rigiéndose ya por los datos que le suministraron otras personas. Confundía unos acontecimientos con otros y algunos los consideraba consecuencia de hechos que sólo existían en su imaginación. A ratos le embargaba una inquietud morbosa que llegaba a convertirse en pánico. Recordaba también que pasó por minutos, horas y hasta probablemente días de total apatía que se adueñaba de él como en contraposición con el miedo anterior; una apatía semejante al estado de morbosa indiferencia de algunos moribundos. De hecho, durante aquellos últimos días daba la impresión de que procuraba eludir la comprensión plena y neta de la situación en que se encontraba. Le abrumaban, en particular, ciertos hechos esenciales que exigían una dilucidación inmediata. Y le habría encantado desentenderse y huir de algunas preocupaciones cuyo olvido podía acarrearle, en sus condiciones, la total e inevitable perdición.

Le inquietaba, en particular, Svidrigáilov y hasta podría decirse que había concentrado toda su atención en él. Desde que Svidrigáilov había pronunciado en el cuarto de

Sonia, recién fallecida Katerina Ivánovna, aquellas palabras tan tremendamente diáfanas y tan tremendamente amenazadoras para Raskólnikov, parecía haberse alterado el curso normal de sus pensamientos. Sin embargo, a pesar de que esta nueva circunstancia le preocupaba en extremo, Raskólnikov le daba largas al momento de buscarle una explicación. A veces le sucedía acordarse de pronto de Svidrigáilov hallándose en algún lugar apartado de la ciudad, sentado solo y meditabundo en una taberna de mala muerte, sin saber apenas cómo había llegado hasta allí. Entonces comprendía, alarmado y con claridad meridiana, que necesitaba entrevistarse cuanto antes con aquel hombre y, de ser posible, llegar a una decisión definitiva. En una ocasión en que había caminado hasta más allá de la barrera, incluso se imaginó que estaba esperando a Svidrigáilov porque se habían citado allí. Otra vez, se despertó al amanecer entre unos arbustos, acostado sobre la tierra y casi sin saber cómo había llegado a aquel lugar. Sin embargo, en los dos o tres días siguientes a la muerte de Katerina Ivánovna, se había encontrado un par de veces con Svidrigáilov en casa de Sonia, por donde pasaba de manera esporádica y sólo por unos momentos. Los dos hombres se limitaron a intercambiar unas breves palabras, sin aludir al tema capital, como si entre ellos existiera el acuerdo tácito de no tocarlo por el momento. Katerina Ivánovna continuaba de cuerpo presente. Svidrigáilov estaba dedicado a organizar el entierro y otras gestiones. Sonia también debía atender a muchos quehaceres. En el último encuentro que tuvieron, Svidrigáilov le explicó a Raskólnikov que el asunto de los niños estaba arreglado, y con buen éxito; que, a través de ciertas relaciones, había llegado a personas gracias a cuya ayuda los tres huérfanos fueron inmediatamente colocados en establecimientos muy decentes; que el dinero asignado por él a cada uno también

había sido un aliciente, ya que siempre resultaba más fácil colocar a huérfanos en posesión de cierto capital que a huérfanos de personas indigentes. También aludió de algún modo a Sonia y anunció que en breve pasaría él por casa de Raskólnikov, que «quería pedirle consejo», que necesitaban «hablar sin falta», que había «ciertos asuntos»… La conversación tenía lugar en el zaguán, cerca de la escalera. Svidrigáilov miraba fijamente a Raskólnikov y de repente preguntó, después de una pausa y bajando la voz:

—Pero, ¿qué le sucede, Rodión Románovich, para estar tan desasosegado? De verdad. Escucha y mira, pero no parece comprender. ¡Anímese, hombre! Tendríamos que hablar. Lo malo es que debo atender a tantos asuntos propios y ajenos… ¡Ay, Rodión Románovich! —añadió súbitamente—. Todas las personas necesitamos aire, aire, aire, sí… ¡Eso, ante todo!

Se apartó para ceder el paso a un sacerdote y su acólito que subían: por disposición de Svidrigáilov, mañana y tarde se decía misa en el cuarto donde yacía Katerina Ivánovna. Luego, Svidrigáilov se marchó y Raskólnikov siguió al sacerdote al cuarto de Sonia después de unos instantes de reflexión.

Se quedó en la puerta. Comenzaba el oficio, pausado y triste. De siempre, desde niño, la muerte o la sensación de su presencia había representado para él algo opresivo, místicamente horrible; además, hacía mucho tiempo que no escuchaba una misa de difuntos. Por añadidura, allí había algo más patético y sobrecogedor. Miraba a los niños, todos arrodillados junto al féretro. Pólechka lloraba. Detrás, llorando también, rezaba Sonia, en silencio y como tímidamente. «En estos últimos días no me ha mirado ni una sola vez y tampoco me ha dicho una palabra», se le ocurrió de pronto a Raskólnikov. El sol inundaba el cuarto de luz, el humo del incienso se remontaba en remolinos y el sacerdote

recitaba las oraciones de difuntos. Raskólnikov permaneció allí todo el tiempo que duró el oficio. Al retirarse dando la bendición, el sacerdote miró extrañado a su alrededor. Raskólnikov se acercó entonces a Sonia que le tomó de pronto ambas manos y reclinó la cabeza en su hombro. Aquel impulso fugaz desconcertó a Raskólnikov, incluso le resultó extraño. ¿Cómo? ¡Ni la menor repugnancia, ni la menor aversión hacia él, ni el más leve temblor en su mano! Aquello era ya el colmo de la propia humillación. Por lo menos, así lo interpretó. Sonia no dijo nada. Raskólnikov le estrechó una mano y salió. Estaba destrozado. Si hubiera sido posible escapar a alguna parte en aquel mismo momento y quedarse totalmente solo, aun para toda la vida, se habría considerado feliz. En efecto, aunque últimamente había estado casi siempre solo, el caso era que no conseguía notar que estaba solo. Le había sucedido salir de la ciudad, llegar a la carretera, incluso una vez a un bosquecillo y, sin embargo, cuanto más recoleto era el lugar, más fuerte era la percepción de una presencia inquietante y próxima, aunque no amenazadora, pero sí muy fastidiosa, y entonces volvía presuroso a la ciudad, se mezclaba con la muchedumbre, se metía en tabernas y figones, iba al Tolkuchi o a la Sennáia**[132]** Allí sentía más alivio y hasta mayor aislamiento. Una tarde había gente cantando en un figón: él se pasó una hora entera oyéndoles y recordaba que había sido muy agradable. Pero, al final, le volvió de pronto la inquietud, como acometido por un remordimiento: «¡Estoy aquí, oyendo cantar, como si no tuviera nada más que hacer!», se le ocurrió. Aunque, enseguida cayó en la cuenta de que no era eso lo único que le preocupaba: había algo que exigía una solución inmediata, aunque él no pudiera darle forma mentalmente ni expresarlo con palabras. Todo formaba una maraña. «¡Cualquier lucha sería preferible! Más valdría otra vez Porfiri… o Svidrigáilov. De nuevo cualquier

reto o el ataque de alguien... ¡Sí, sí!», pensó. Salió del figón y casi echó a correr. Sin motivo, el recuerdo de Dunia y de su madre le infundieron pánico. Precisamente esa noche, cuando amanecía, se despertó entre unos arbustos de la isla Krestovski, aterido, febril. Se dirigió a su casa, adonde llegó ya de día. La fiebre desapareció al cabo de unas horas de sueño, y se despertó ya tarde: a las dos.

Recordó que aquel día era el entierro de Katerina Ivánovna y se alegró de no haber asistido. Nastasia le subió el almuerzo y él comió y bebió con gran apetito, incluso con avidez. Tenía la cabeza despejada y estaba más tranquilo que en los tres días anteriores. Hasta se sorprendió un poco de sus pasados accesos de pánico. Se abrió la puerta y apareció Razumijin.

—Comiendo, ¿eh? De manera que no estás enfermo —dijo y, tomando una silla, se sentó frente a Raskólnikov. Estaba preocupado y no trataba de disimularlo. Hablaba con evidente contrariedad, aunque sin apresurarse ni levantar la voz. Se habría dicho que venía con algún propósito especial o incluso excepcional—. Escucha —comenzó resueltamente —: por mí, podéis iros todos a los infiernos; pero, de lo que veo ahora, y lo veo claramente, no entiendo nada. Y haz el favor de no pensar que he venido a interrogarte. Me tiene todo sin cuidado. Ni lo quiero saber. Es más: si ahora quisieras tú explicármelo todo y descubrirme todos vuestros secretos, es posible que no quiera oírte, que te mande a paseo y me vaya. Sólo he venido a enterarme, personal y definitivamente, en primer lugar, de si es cierto que estás loco. Porque, ¿sabes?, por ahí, por algún lugar, cunde la opinión de que estás loco o le andas muy cerca. Confieso que me siento muy inclinado a apoyar esa opinión, primero, debido a tus actos, estúpidos y en parte ruines, además de inexplicables y, segundo, debido a tu reciente conducta con tu hermana y tu madre. De no estar loco, sólo un malvado o

un villano podría comportarse con ellas como lo has hecho tú; de lo cual se infiere que estás loco.

—¿Hace mucho que las has visto?

—Acabo de dejarlas. Y tú, ¿no las has visto desde entonces? ¿Quieres hacerme el favor de decirme dónde te metes, que he pasado ya tres veces por aquí sin encontrarte? Tu madre está muy enferma desde anoche. Quería venir a verte. Avdotia Románovna intentó disuadirla, pero no se avino a razones: «Si está enfermo, si está perdiendo el juicio, ¿quién mejor que su madre para atenderlo?», dijo. Conque, vinimos aquí los tres, porque no era cosa de dejarla sola, rogándola hasta en tu misma puerta que se calmara, y cuando entramos no te encontramos. Aquí mismo estuvo sentada, cosa de diez minutos, y nosotros callados a su lado, hasta que se levantó diciendo: «Si sale a la calle, quiere decirse que no está enfermo y se ha olvidado de su madre; por consiguiente, es vergonzoso y humillante que la madre espere a su puerta mendigando afecto como una limosna». De vuelta a casa tuvo que acostarse y ahora está con fiebre. «Ya veo que para su muchacha sí encuentra tiempo», dijo. Ella piensa que tu muchacha es Sofía Semiónovna, tu novia o tu amante, no sé con certeza. Me fui enseguida a casa de Sofía Semiónovna porque, la verdad, quería enterarme de lo que pasaba y, cuando llego, me encuentro con un ataúd, los niños llorando y Sofía Semiónovna probándoles unas ropas de luto. Tú no estabas. Cuando vi aquello me disculpé, salí de allí y fui a contárselo a Avdotia Románovna. O sea, que todo son tonterías, que no hay ninguna muchacha, sino que, de seguro, se trata de locura. Y aquí te encuentro, zampando carne hervida a dos carrillos como si no hubieras comido en tres días. Admitiendo que también comen los locos, y aunque todavía no me has dicho ni una palabra…, tú no estás loco y soy capaz de jurarlo. Ante todo, tú no estás loco. De modo que

marchaos todos al infierno porque aquí hay algún misterio, algún secreto y yo no estoy dispuesto a devanarme los sesos con él. He venido sencillamente a desahogarme echándote todo esto en cara —concluyó al levantarse— y ahora me largo a hacer lo que yo me sé.

—¿Y qué es?

—¿A ti qué te importa lo que quiero hacer ahora?

—Ojo, porque tú vas a emborracharte.

—¿Cómo…, cómo lo sabes?

—¡Si está más claro que el agua!

Razumijin tardó cosa de un minuto en replicar:

—Tú has sido siempre un hombre muy sensato y nunca has estado loco; nunca —observó con calor—. Que me emborracho ahora es un hecho. ¡Adiós! —Hizo intención de marcharse.

—Le he hablado de ti a mi hermana, Razumijin. Me parece que fue anteayer.

—¿De mí? Y… ¿dónde pudiste verla anteayer? —Razumijin se detuvo en seco y hasta palideció un poco. Era fácil adivinar que el corazón le latía con fuerza.

—Vino ella. Sola. Y estuvo hablando conmigo.

—¿Que vino sola?

—Sí.

—¿Y qué le dijiste? Bueno… ¿qué le dijiste de mí?

—Le dije que eres un hombre muy bueno, honrado y trabajador.

Que la amas, no se lo dije porque demasiado lo sabe ella.

—¿Que lo sabe ella?

—Pues, claro. Conque, vaya yo donde vaya y me ocurra lo que me ocurra, tú quedarás como su providencia. Te las confío, Razumijin. Te hablo así porque sé perfectamente que la amas y estoy seguro de la pureza de tu corazón. También sé que ella puede amarte y que posiblemente te ama ya.

Ahora, tú verás lo que más te conviene y si debes emborracharte o no.

—Rodia… Ya ves… Bueno… ¡Demonios! Pero, tú, ¿a dónde quieres largarte? Verás: si todo esto es un secreto, bien está. Pero yo… yo descubriré ese secreto… Y estoy seguro de que se trata de cualquier nimiedad, de una tontería que te has inventado tú mismo. De todas maneras, eres un gran tipo, un chico estupendo.

—Pues precisamente iba a decirte cuando me has interrumpido que tenías toda la razón al decir antes que no querías devanarte los sesos con estos misterios y estos secretos. Déjalo de momento. No te preocupes. De todo te enterarás a su hora, justo cuando sea necesario. Alguien me dijo ayer que lo que necesitan las personas es aire, ¡aire, aire! Quiero ir a verlo ahora para enterarme de lo que quiere decir eso.

Agitado, Razumijin parecía estar dándole vueltas a algo en la mente.

«¡Es un conspirador político! ¡Seguro! Y está en vísperas de dar algún paso decisivo. Salta a la vista. No puede ser otra cosa y… y Dunia lo sabe…», se dijo de pronto.

—De modo que viene a verte Avdotia Románovna —profirió sopesando las palabras—, ahora eres tú quien desea entrevistarte con alguien que dice que lo más necesario para las personas es tener aire y más aire y… y, por lo tanto, también esa carta… tendrá algo que ver con lo mismo —concluyó casi para sus adentros.

—¿A qué carta te refieres?

—A una que recibió hoy y la preocupó mucho. Mucho. Incluso demasiado. Empecé a hablarle de ti, y ella me rogó que me callara. Luego… luego dijo que quizá tuviéramos que separarnos muy pronto y se puso a darme calurosamente las gracias por algo y entonces se encerró en su cuarto.

—¿Ha recibido una carta? —repitió Raskólnikov pensativo.

—Sí, una carta. ¿Tú no lo sabías? ¡Hum!

Se hizo un silencio.

—Adiós, Rodión. Hubo un tiempo… Hubo un tiempo, hermano, en que yo… En fin, adiós. Porque hubo un tiempo, ¿sabes?… Bueno, adiós. Se me hace tarde. No voy a beber. Ahora no lo necesito… En absoluto.

Tenía prisa por marcharse. Sin embargo, cuando ya salía y casi había cerrado la puerta volvió a abrirla y dijo, mirando hacia otro lado:

—A propósito: ¿te acuerdas de ese asesinato? Ya sabes, el que llevaba Porfiri, el de la vieja prestamista. Bueno, pues ha aparecido el asesino. Ha confesado y existen todas las pruebas evidentes. Es uno de los obreros que estaban pintando el piso vacío, figúrate. ¿Te acuerdas de cómo los defendía yo? ¿Y querrás creer que todo ese espectáculo de la pelea y las risas con su compañero, en la escalera, cuando subían los otros, el *dvornik* y los dos testigos, lo organizó todo a propósito, para despistar? ¡Qué astucia y qué sangre fría la de ese cachorro! Cuesta trabajo creerlo, pero él mismo lo ha confesado todo. ¡Qué coladura la mía! A mi entender, ese tipo es un genio de la hipocresía y la ocurrencia, un genio de la mistificación de la justicia y, por lo tanto, no hay que sorprenderse. ¿No puede haber gente así? Y me inspira más credibilidad todavía el hecho de que no haya podido aguantar más tiempo y haya confesado. Resulta más verosímil. ¿Y qué me dices de mí, de mi coladura? Si estaba empeñado en defenderlos…

—Oye, ¿dónde te has enterado de todo eso y por qué te interesa tanto? —preguntó Raskólnikov con evidente agitación.

—¡Hombre! ¿Que por qué me interesa? ¡Vaya pregunta!… Lo he sabido, entre otros, por Porfiri. En realidad, por él me

he enterado de casi todo.

—¿Por Porfiri?

—Sí.

—Y él…, ¿qué piensa él? —inquirió Raskólnikov sobresaltado.

—Me lo explicó a la perfección. Psicológicamente, claro, según su costumbre.

—¿Te lo explicó él? ¿Él mismo?

—Que sí, hombre, que sí. Bueno, adiós. Luego te contaré algo más, pero ahora tengo que hacer una cosa. Allí… Hubo un tiempo en que yo pensé… En fin, vamos a dejarlo, hasta luego… ¿Para qué voy a emborracharme yo ahora? Ya lo has hecho tú sin necesidad de vino. Sí, estoy borracho, Rodia. Ahora estoy borracho sin haber bebido. Bueno, ¡adiós! Pronto volveré por aquí.

Y salió.

«Es un conspirador político. ¡Seguro, seguro! —Esta fue la conclusión definitiva a la que llegó mentalmente Razumijin mientras bajaba muy despacio la escalera—. Y ha arrastrado a su hermana, cosa que cuadra muy bien con el carácter de Avdotia Románovna. Tienen ciertas entrevistas… Si ella misma me lo dio a entender. Por muchas de sus palabras y medias palabras… y alusiones… Está más claro que el agua. Y, si no, ¿cómo se explica todo este embrollo? Hum… Y yo que estuve a punto de creer… ¡Dios santo, lo que estuve a punto de creer! Fue una ofuscación en la que nunca debí caer. Claro que él me dio pie con aquella conversación que mantuvimos en el pasillo, junto al quinqué. ¡Púa! Por mi parte, fue una idea odiosa, ruin, canallesca… Menos mal que ha confesado el bueno de Nikolái. Y todo lo anterior queda explicado. Su enfermedad de entonces y ese extraño comportamiento suyo, incluso de antes, de mucho antes, cuando en la Universidad andaba siempre tan huraño y tan sombrío… Y, ahora, ¿qué significa esa carta? Andará

relacionada con lo mismo. ¿De quién será? Sospecho que… Hum… Nada, nada: tengo que averiguarlo».

Se puso a recordar y sopesar todo lo que sabía de Dúnechka y se le oprimió el corazón. Reanudó su camino a la carrera.

Raskólnikov se levantó nada más salir Razumijin, se acercó a la ventana, luego fue de un rincón a otro de su cuartucho, como si no recordara su exigüidad, y… volvió a sentarse en el sofá. Sentía unas energías renovadas. De nuevo iba a entablarse la lucha y se vislumbraba un desenlace.

«Sí, se vislumbra un desenlace».

Porque aquella situación agobiante, hermética, empezaba a oprimirle dolorosamente, a entumecerle. Desde la irrupción de Mikolka en el despacho de Porfiri había sentido el ahogo de un entorno angosto, sin salida. A la escena con Mikolka había sucedido la que se produjo en casa de Sonia aquel mismo día, escena que condujo y terminó de modo muy distinto a como él se lo había imaginado… Eso significaba que se había debilitado instantánea y radicalmente. ¡De golpe! Y bien había admitido entonces lo que decía Sonia: había admitido él mismo, de todo corazón, que no podría vivir él solo, con aquel peso sobre la conciencia. ¿Y Svidrigáilov? Svidrigáilov era un enigma… Svidrigáilov le preocupaba, sí; pero no por ese lado. Con Svidrigáilov, quizá tuviera que luchar todavía. Svidrigáilov quizá fuera también todo un desenlace. Porque, sin embargo, era algo totalmente distinto.

Así pues, el propio Porfiri le había explicado las cosas a Razumijin. ¡Y se las había explicado psicológicamente! ¡Ya estaba otra vez con su maldita psicología a vueltas! ¿Porfiri? Porfiri no había dado crédito ni por un instante a la culpabilidad de Mikolka después de la escena que habían tenido ellos dos a solas, anterior a la aparición de Mikolka y

a la que sólo podía darse una única interpretación lógica. Varias veces durante aquellos días le habían pasado por la imaginación a Raskólnikov retazos de toda la escena con Porfiri; sólo retazos, porque no habría podido soportar el recuerdo del conjunto. Las palabras que se cruzaron entonces entre ellos, los ademanes y los gestos que hicieron, las miradas que intercambiaron, la voz con que fueron pronunciados algunos conceptos habían alcanzado tales extremos que las aseveraciones de Mikolka, Mikolka a quien Porfiri había calado ya desde la primera palabra y el primer gesto, no hubieran podido quebrantar el fundamento de sus convicciones.

¡Vaya, vaya! Incluso Razumijin había empezado a sospechar. La escena del pasillo, junto al quinqué, surtió efecto y le hizo correr en busca de Porfiri. Pero, ¿a son de qué le había embaucado Porfiri de ese modo? ¿Con qué finalidad se proponía desviar la atención de Razumijin hacia Mikolka? Algo estaría maquinando; algún propósito tendría. Pero, ¿cuál? Cierto que desde aquella mañana había transcurrido mucho tiempo, incluso demasiado, sí, demasiado, sin que Porfiri hubiera dado señales de vida. Y eso, desde luego, era peor…

Raskólnikov tomó su gorra y salió, pensativo. Era la primera vez, en esos días, que se sentía en plena posesión de sus facultades mentales. «Hay que dejar las cosas claras con Svidrigáilov, a toda costa y lo antes posible. Al parecer, éste también espera que sea yo quien vaya a verlo», pensó. Y en ese instante brotó de su corazón fatigado tal oleada de odio que hubiera podido impulsarle a matar a uno de los dos: a Svidrigáilov o a Porfiri. Por lo menos, notó que sería capaz de hacerlo, si no en aquel momento, sí más tarde. «Veremos, ya veremos», se repetía.

Pero, nada más abrir la puerta del zaguán, tropezó con el propio Porfiri, que venía a verlo. Al pronto, Raskólnikov se

quedó atónito. Cosa extraña, ni se sorprendió mucho ni apenas se sobresaltó, y enseguida dominó un leve estremecimiento. «Puede ser el desenlace. Pero, ¿cómo habrá llegado tan cautelosamente, lo mismo que un gato? Ni lo he oído. ¿Estaría escuchando a la puerta?».

—Parece que no esperaba usted visita, Rodión Románovich —exclamó riendo—. Pues yo, hace tiempo que pensaba acercarme por aquí y ahora, al pasar, me he dicho que quizá fuera una buena ocasión de charlar cinco minutos con usted. ¿Salía usted? No le retendré mucho. Sólo el tiempo de fumar un cigarrillo, si me lo permite.

—Pero, tome asiento, Porfiri Petróvich, siéntese —le invitaba Raskólnikov con un aire tan afable y jovial que le habría sorprendido a él mismo si hubiera podido verse. Estaba haciendo de tripas corazón como podría ocurrirle a quien, después de media hora de espanto frente a un forajido, descubre que su terror ha desaparecido cuando finalmente siente el cuchillo en la garganta. Se sentó enfrente de Porfiri, mirándolo sin pestañear. Porfiri entornó un poco los ojos al encender un cigarrillo.

«Habla, hombre, habla ya —hubiera querido gritarle Raskólnikov desde el fondo de su corazón—. Vamos, ¿a qué esperas? ¿Por qué no hablas?».

II



STOS cigarrillos!... —habló finalmente Porfiri Petróvich después de encender el suyo y lanzando una bocanada de humo —. Es un vicio, y no puedo dejarlo, aunque me hace daño: toso, me pica la garganta, jadeo... Y soy aprensivo, ¿sabe? Hace poco fui a consultar al doctor B. Un hombre que, como mínimo, se pasa media hora reconociendo a cada uno de sus pacientes. Pues, hasta se rió de verme. Estuvo auscultándome, pegándome golpecitos, para terminar diciéndome que me hace daño el tabaco, que tengo los pulmones dilatados. Pero, ¿cómo voy a dejarlo? ¿Con qué lo sustituyo? Porque yo no bebo. Sí, eso es lo malo, ¡je, je! Lo malo es que no bebo. Ya se sabe que todo es relativo, Rodión Románovich; todo es relativo.

«¿Qué es esto? ¿Pensará volver a las andadas?», pensó Raskólnikov asqueado. Recordó de súbito toda la reciente escena de su última entrevista y la misma sensación de entonces inundó su corazón.

—Le advierto que también pasé a verlo anteayer por la tarde. ¿No lo sabía usted? —continuaba Porfiri Petróvich con una ojeada al cuarto—. Aquí estuve, en esta misma habitación. Igual que hoy, pasaba por aquí y me dije: «¿Y si le hiciera una pequeña visita?». Al llegar me encontré la puerta de par en par, conque eché un vistazo, esperé un

poco y me marché sin dejarle siquiera recado a su criada. ¿No cierra usted nunca?

El rostro de Raskólnikov se ensombrecía más y más. Porfiri pareció adivinar sus pensamientos.

—He venido a que nos expliquemos, mi querido Rodión Románovich; sí, a que nos expliquemos. Porque yo tengo que explicarme con usted —prosiguió con una sonrisita y hasta le dio una leve palmada a Raskólnikov en la rodilla; pero, casi en el mismo instante, su rostro cobró una expresión grave y preocupada y hasta lo nubló un velo de tristeza para gran sorpresa de Raskólnikov. Nunca le había visto esa expresión ni sospechaba que pudiera tenerla—. La última vez ocurrió una extraña escena entre nosotros, Rodión Románovich. Aunque, quizá fuera también extraña la escena de nuestro primer encuentro. Si bien entonces… Pero, bueno, lo mismo da. El caso es que posiblemente le deba yo disculpas; me doy cuenta, sí. Porque, ya se acordará de cómo nos separamos: usted con los nervios de punta y las piernas flojas y yo con las piernas flojas y los nervios de punta. Pues, mire usted: lo que ocurrió entonces entre nosotros no estuvo ni medio bien, no fue digno de caballeros. Y nosotros, al fin y al cabo, somos unos caballeros; mejor dicho, ante todo somos caballeros. Eso, hay que tenerlo en cuenta, sí. Recuerde hasta dónde llegó la cosa… Aquello fue hasta indecoroso.

«¿A qué vendrá todo esto? ¿Por quién me habrá tomado?», se preguntaba Raskólnikov perplejo, levantando la cabeza para mirar a Porfiri con atención.

—He pensado que nos conviene más actuar con franqueza —prosiguió Porfiri Petróvich con la cabeza un poco echada hacia atrás y los ojos algo entornados como si evitara desconcertar a su reciente víctima con la mirada y desechara los métodos y las argucias anteriores—. Sí, señor: sospechas y escenas como ésas no pueden prolongarse

mucho tiempo. De no haber sido por Mikolka, me pregunto hasta dónde habríamos podido llegar nosotros dos. Y ese condenado artesano que había colocado yo al otro lado del tabique... ¿Se imagina? Usted ya está enterado, claro; además, también yo sé que fue a verlo más tarde. Pero lo que usted supuso entonces no era cierto: yo no había mandado a buscar a nadie ni había tomado ninguna disposición. ¿Que por qué no lo hice? ¿Cómo decirle? Quizá porque a mí mismo me pilló todo aquello de sopetón. Incluso a los *dvorniki*, cuya presencia advirtió usted probablemente al pasar, los convoqué por puro azar. Y es que me había pasado una idea por la mente con la velocidad de un rayo, ¿sabe usted, Rodión Románovich?, y yo tenía entonces la firme convicción de que estaba en lo cierto. Y me dije que, aunque de momento dejara un cabo suelto, los otros los tenía bien agarrados y me saldría con la mía. Usted, Rodión Románovich, es muy irascible por naturaleza; incluso demasiado, a despecho de todas las otras cualidades esenciales de su carácter y su corazón que me precio de haber descubierto en parte. Naturalmente, también entonces podía yo calcular que no siempre se da el caso de que un individuo se plante y suelte toda la historia tal y como ha ocurrido. Cierto que a veces sucede, pero es cuando se conduce a una persona hasta el límite de su aguante; en resumidas cuentas, muy raramente. Y eso lo sabía yo. Lo que me dije, pues, es que necesitaba algún indicio, aunque fuese mínimo; sólo uno, pero tangible, que fuera algo corpóreo y no pura psicología. Porque si un hombre es culpable, me dije, está claro que, en todo caso, algo sustancial se puede esperar de él; incluso es permisible contar con el resultado más inesperado. Y yo entonces contaba con su carácter, Rodión Románovich; con su carácter más que nada, sí. Muchas esperanzas fundaba entonces en usted.

—¿Y a qué viene hablarme ahora de ese modo? —murmuró al fin Raskólnikov sin comprender muy bien su propia pregunta y pensando para sus adentros: «¿De qué estará hablando? ¿Será posible que de verdad me tenga por inocente?».

—¿A qué viene hablar así? Precisamente a eso se debe mi visita: a que considero un deber sagrado el explicarme. Quiero exponerle a usted todo hasta el fondo, tal y como fue; toda la historia de toda esa ofuscación de entonces, digámoslo así. Mucho le he hecho pasar, Rodión Románovich. Y yo no soy un monstruo. Comprendo lo que le debe costar soportar todo esto a un hombre abrumado, sí, pero altivo, imperioso e impaciente, ¡sobre todo impaciente! Yo, en todo caso, le tengo a usted por un hombre de lo más noble, y aun con ribetes de magnanimidad, aunque no comparto todas sus convicciones, considerando deber mío hacérselo saber desde ya, claramente y con toda sinceridad, pues nada más lejos de mi ánimo que el deseo de engañarlo. Según he ido conociéndolo, he sentido aprecio por usted. Quizá le causen risa estas palabras mías. Es usted muy dueño. Soy consciente de que le he inspirado a usted antipatía desde el primer momento porque, de hecho, no hay razón alguna para simpatizar conmigo. Piense lo que quiera; pero, por mi parte, desearía poner todos los medios a mi alcance para borrar esa impresión y demostrarle que también yo soy hombre de honor y de corazón. Se lo digo sinceramente.

Porfiri Petróvich hizo una pausa, muy digno, y Raskólnikov sintió el acceso de un terror nuevo. De repente, había empezado a asustarle la idea de que Porfiri le tenía por inocente.

—No me parece necesario, y hasta lo considero superfluo, referirle punto por punto cómo empezó todo de pronto —prosiguió Porfiri Petróvich—. Además, creo que no podría.

Porque, ¿cómo explicar eso en detalle? Al principio cundieron los rumores. A mi entender, también huelga exponer qué rumores fueron, de quién partieron y cuándo… y por qué razón fue rodando la pelota hasta usted. En lo que me atañe, la cosa empezó por un hecho fortuito, un hecho de lo más fortuito, que podía perfectamente no haberse producido. ¿Qué fue? ¡Bah! Tampoco hay por qué hablar de ello, creo yo. Todo esto de los rumores y el hecho fortuito acabó por cuajar en un pensamiento. Reconozco sinceramente, pues llegado el momento de reconocer las cosas hay que reconocerlo todo, que la primer finta partió de mí. Porque todo eso de las anotaciones de la vieja en las prendas empeñadas y demás no eran más que tonterías. Esas circunstancias se dan a centenares. También tuve entonces ocasión de enterarme en todos sus detalles de lo sucedido en la comisaría; me enteré también fortuitamente, y no por encima, sino de labios de un narrador muy peculiar, esencial, que, sin darse cuenta, la reprodujo con pelos y señales. Y todos eran detalles que se acumulaban, mi querido Rodión Románovich. ¿Cómo no inclinarse hacia cierto lado? Con cien conejos no se puede hacer un caballo ni con cien sospechas se puede constituir una prueba, dice un refrán inglés. Y es cierto, pero sólo desde el punto de vista del sentido común. ¿Y las pasiones? ¿Quién domina las pasiones, teniendo en cuenta que también un juez de instrucción es un ser humano? También me vino a la mente el artículo que publicó usted en aquella revista, ¿se acuerda?, y del que hablamos largo y tendido durante su primera visita. Yo entonces me burlé, pero con el único fin de hacerle ir más lejos en sus apreciaciones. Le repito que es usted muy impaciente, Rodión Románovich, y que está enfermo. En cuanto a que es usted audaz, altanero, serio… y ha padecido, ha padecido mucho, de eso, estaba yo enterado hacía ya tiempo. Todas esas sensaciones me eran

familiares y por eso leí su artículo como algo familiar. Había sido concebido en noches de insomnio y de frenesí, con el corazón exaltado y palpitante, con entusiasmo reprimido. ¡Y qué peligroso es, en la juventud, este altivo entusiasmo reprimido! Yo entonces me burlé, pero debo decirle ahora que, en general, me encantan esos primeros pasos de una pluma juvenil y ardiente. Todo es humo, niebla, y una cuerda vibrando en esa niebla. Su artículo es absurdo, una fantasía, pero trasluce una profunda sinceridad, hay en él orgullo juvenil e insobornable, tiene la audacia de la desesperación. Es un artículo sombrío, pero eso es bueno. Yo lo leí, lo dejé aparte y al dejarlo entonces aparte pensé: «Con un hombre así, las cosas no serán fáciles». Y ahora dígame si, con ese precedente, era posible no apasionarse con lo que vino después. ¡Santo Dios! ¿Acaso digo yo algo? ¿Acaso afirmo yo ahora algo? Sólo se trata de una observación que hice entonces. ¿Qué hay aquí?, me pregunto. Aquí no hay nada, lo que se dice absolutamente nada y es posible que nada en superlativo. Por otra parte, es hasta indecoroso que yo, un juez de instrucción, me apasione de esa manera. Tengo a Mikolka sobre los brazos, y con pruebas; porque, se tome como se tome, son pruebas. Y también pone pegas con su psicología. Hay que ocuparse de él, porque es asunto de vida o muerte. ¿Para qué le explico yo ahora todo esto? Pues, para que lo sepa y no me reproche, ni con el corazón ni con la mente, mi treta de entonces. No fue rastrera, se lo digo sinceramente, ¡je, je! ¿Qué se ha creído? ¿Que no hice un registro en su cuarto? Pues, lo hice, sí, lo hice, ¡je, je! Lo hice cuando estaba usted enfermo, en la cama. No fue un registro, ni procedí yo en persona, pero tuvo lugar. Se registró el cuarto sin pasar ni un pelo por alto, nada más surgir las primeras sospechas; pero… *umsonst!*[133] «Ese hombre vendrá ahora por su propia voluntad, me dije; vendrá, y muy pronto. Si es culpable, vendrá sin falta. Otro

no vendría; pero éste, sí». ¿Se acuerda de cuando el señor Razumijin empezó a hacerle vagas alusiones? Eso, lo ideamos nosotros para soliviantarlo a usted; lanzamos ese rumor adrede, para que el señor Razumijin, hombre incapaz de refrenar su noble indignación, lo recogiera y corriera a contárselo indignado. Al señor Zamiótov es a quien primero le saltó a la vista la ira y la descarada audacia de usted, que buena falta hace para soltar de pronto en una taberna: «¡Yo la maté!». Demasiado audaz, demasiado atrevido. Y entonces me dije: «Si es culpable, será un terrible adversario». Eso pensé entonces. Y me puse a esperar. A esperar con los cinco sentidos. Pero usted le pegó un revolcón a Zamiótov y… ahí está el quid: toda esa maldita psicología es un arma de dos filos. Así que, seguí esperando hasta que Dios guió sus pasos y le vi llegar. Me dio un vuelco el corazón. ¡Ay! Pero, ¿por qué tenía usted que venir entonces? ¿Y su risa al entrar, se acuerda de su risa? Entonces lo adiviné yo todo, lo vi como a través de un cristal. Sin embargo, de no haber estado esperándolo con ese afán tan sostenido, es posible que ni en su risa hubiera advertido nada. Ahí tiene lo que puede hacer un estado anímico determinado. Y el señor Razumijin, entonces… ¡Ah, sí, la piedra! La piedra, ¿se acuerda?, la piedra debajo de la cual dijo haber escondido los objetos. Nada, que me parecía estar viéndola, tirada allá en un huerto… Porque así le dijo usted a Zamiótov, ¿verdad?, que estaba en un huerto, y lo mismo repitió aquí luego. Y después, cuando nos pusimos a analizar su artículo y usted fue exponiendo sus teorías, cada una de sus palabras podía considerarse desde dos puntos de vista, como si hubiese algo oculto tras ella. Así es, Rodión Románovich, y me recobré al pegarme de frente contra ella. Me dije que andaba equivocado. Porque, de proponérselo uno, a todo aquello, hasta en sus menores detalles, se le podía dar la vuelta y encontrarle una explicación aún más

verosímil. ¡Qué tormento! Y me dije que no, que lo que yo necesitaba era algún dato, por insignificante que fuese. Por eso, cuando supe lo de los campanillazos, me quedé sobrecogido, hasta me entró temblor. «¡Ahí está ese pequeño dato, ahí está!», me dije. Ni me paré a reflexionar ni quería hacerlo, sencillamente. Mil rublos habría dado de mi propio peculio en ese momento por verlo, *con mis ojos*, caminar cien pasos al lado de aquel artesano después de que él le llamó asesino en su cara y usted no se atrevió a preguntarle nada a lo largo de esos cien pasos… ¿Y el escalofrío que le recorrió la espalda? ¿Y los campanillazos, y la enfermedad, y el vago delirio? Después de todo esto, Rodión Románovich, ¿cómo puede sorprenderle que yo le gastara esas bromas? ¿Y por qué se presentó usted mismo en ese preciso instante? Fue como si alguien le hubiera empujado, palabra. Y, de no haber interferido entonces Mikolka, pues… ¿Recuerda la aparición de Mikolka? ¿La recuerda bien? ¡Cayó como un rayo! Un rayo que partió tronando de un nubarrón. ¿Y cómo le acogí yo? Usted pudo ver que no le di el menor crédito a ese rayo. ¡Qué va! Ni aun después de marcharse usted, cuando fue contestando a determinadas preguntas de una manera tan lógica que a mí mismo me sorprendió, ni aun entonces le di el menor crédito. Ahí tiene lo que significa mantenerse firme como una roca. «No. *Morgen früh!*[134] Mikolka no tiene nada que ver en esto», me dije.

—Pues, Razumijin acaba de contarme que usted considera culpable a Nikolái y así se lo ha asegurado…

Se quedó cortado y no concluyó la frase. Había escuchado con inefable agitación a aquel hombre, que lo había calado de parte a parte, refutar sus propias conclusiones y se resistía a darle crédito. No le creía. En las palabras, todavía ambiguas, buscaba y rastreaba con ansiedad algo más concreto y definido.

—¡El señor Razumijin! ¡Je, je, je! —lanzó Porfiri Petróvich, al parecer encantado de la pregunta que había sacado a Raskólnikov de su persistente mutismo—. ¡Pero, si de lo que se trataba era de despistar al señor Razumijin! Cuando dos personas se traen un asunto entre manos, cualquier otro individuo está de más. Y me refiero al señor Razumijin quien, sin tener nada que ver en esto, acudió a verme, todo pálido… En fin, vamos a dejarlo en paz. En cuanto a Mikolka, ¿quiere saber qué clase de sujeto es, tal y como yo lo entiendo? Primero y ante todo, se trata todavía de un crío inmaduro y, aunque no se le puede tildar de cobarde, sí tiene algo del modo de ser de un artista. Y no se burle usted si lo describo de esta manera. Es ingenuo y, según dicen, narra los cuentos con tanto arte que la gente viene de otros sitios sólo por escucharlo. Asiste a la escuela, se desternilla de risa por cualquier bobada, se emborracha hasta perder la noción de las cosas, y no por vicio sino, a veces, como un chiquillo, cuando le hacen beber. Por ejemplo, en esta ocasión, robó; pero sin considerar que robaba pues, ¿cómo puede ser robo el levantar una cosa del suelo? ¿Sabía usted que es seguidor de los cismáticos o simplemente de alguna secta? En su familia ha habido alguno de esos que se llaman *escapados* y él mismo acaba de pasarse dos años enteros en el campo, bajo la dirección espiritual de un anciano, una especie de anacoreta. Todo esto lo he sabido por el propio Mikolka y por sus paisanos de Zaraisk. Y hay más: hasta quería *escapar* al desierto. Tenía mucho afán, por las noches rezaba y leía y releía libros antiguos que él consideraba «verdaderos». San Petersburgo ha influido poderosamente en él, sobre todo en lo que se refiere a las mujeres y la bebida. Y porque es tan impresionable, se ha olvidado ya del anacoreta y todo lo demás. He sabido que un pintor se interesó por él, que Mikolka solía ir por su taller, pero sucedió esto. Se asustó, quiso ahorcarse, huir… ¿Cómo se

puede combatir el concepto que se ha formado nuestro pueblo de la Justicia? Hay quien se asusta sólo de oír la palabra proceso. ¿Quién tendrá la culpa de esta actitud? Veremos si los nuevos tribunales nos proporcionan la respuesta[135]. ¡Dios lo quiera! Volviendo a Mikolka, parece ser que, al encontrarse detenido, ha vuelto a acordarse del venerable anciano y también ha salido a relucir de nuevo la Biblia. ¿Sabe usted, Rodión Románovich, lo que para esta clase de personas significa «sufrir»? No me refiero a sufrir por alguien, sino sencillamente a la «necesidad de sufrir», de aceptar el sufrimiento y con mayor razón si es impuesto por las autoridades. Recuerdo a un preso de lo más pacífico que llevaba ya un año detenido y se pasaba las noches leyendo la Biblia tendido en el rellano de la estufa y tanto la leyó y releyó que un día, sin más ni más, agarró un ladrillo y se lo tiró al oficial que no le había hecho nada. Pero, hay que tener en cuenta cómo lo tiró, apuntando deliberadamente mal para no causarle ningún daño. Y, como ya se sabe el final de un preso que ataca a un oficial de la prisión, «aceptó el sufrimiento». Eso mismo sospecho yo ahora de Mikolka: que quiere «aceptar el sufrimiento» o algo por el estilo. Mejor dicho, lo sé a ciencia cierta, por algunos detalles, aunque él ignora que lo sé. ¿Qué? ¿No admite que entre estas personas surgen individuos fantásticos? Pues, surgen a cada paso. El influjo del anciano anacoreta vuelve a dejarse sentir, sobre todo después de la tentativa de ahorcarse. Sin embargo, él mismo vendrá a contármelo todo. ¿Usted cree que va a aguantar? Ya verá cómo se derrumba. Espero que de un momento a otro venga a retractarse de sus declaraciones. Le he tomado apego a ese Mikolka y estoy estudiándolo a fondo. Imagínese, ¡je, je!, que sobre algunos particulares contestó con plena coherencia: se ve que había recogido los datos necesarios y se había preparado de firme. Y, al revés, en otros aspectos no da pie con bola, ignora todo

lo relacionado con ellos, y ni siquiera sabe que lo ignora. No, mi querido Rodión Románovich: en este asunto, Mikolka no ha tenido arte ni parte. Se trata de un caso fantástico, tenebroso, un caso típico de ahora, de esta época nuestra en que el corazón de los hombres está confundido, en que se esgrime la frase de que «la sangre refresca», en que la existencia entera se concibe dentro del confort. Aquí se advierten ensoñaciones librescas, aquí está presente un corazón soliviantado por las teorías, aquí se evidencia la decisión tomada al dar el primer paso, pero una decisión muy particular, la misma que si se cayera por un precipicio o desde un campanario, que si no hubiera ido a cometer el crimen por su propio pie. Se le olvidó cerrar la puerta después de entrar y, sin embargo, mató; mató a dos personas para sustentar una teoría. Mató, pero no fue capaz de tomar el dinero y, lo que se llevó, lo metió debajo de una piedra. Como si no le bastara con lo que padeció detrás de la puerta mientras los otros la zarandeaban y llamaban a la campanilla, aún tuvo que volver, casi delirando de fiebre, al piso ya vacío, impelido por el recuerdo de la campanilla, volver porque necesitaba experimentar de nuevo el escalofrío por la espalda… Admitamos, sí, que fue cosa de la enfermedad. Pero, hay algo más: mató y se tiene por un hombre honrado, desprecia a la gente y anda por el mundo como un ángel pálido… ¡Quiá! Mikolka no es así. Mikolka no tiene nada que ver en todo esto, mi querido Rodión Románovich.

Después de todo lo dicho anteriormente y que tanto se parecía a una retractación, estas últimas palabras resultaban tan sumamente inesperadas que Raskólnikov se estremeció, acusando el golpe.

—Pues… entonces, ¿quién… mató? —preguntó, jadeante, sin poderse contener.

Porfiri Petróvich pegó un respingo contra el respaldo de su silla como si ahora le tocara a él sorprenderse ante una pregunta tan inesperada.

—¿Cómo que quién mató? —repitió igual que si no diera crédito a sus oídos—. Mató *usted*, Rodión Románovich. Usted fue quien mató… —añadió casi en un susurro, con plena convicción.

Raskólnikov se levantó de un salto, permaneciendo unos segundos de pie y volvió a sentarse en el sofá sin decir palabra. Le corrieron por el rostro unas ligeras convulsiones.

—Le tiembla el labio lo mismo que entonces —murmuró Porfiri Petróvich casi compasivo—. Me parece que no me ha entendido usted bien —añadió después de una breve pausa — y por eso se ha extrañado tanto. Precisamente he venido para hablarlo todo y poner las cartas boca arriba.

—No fui yo —quiso defenderse Raskólnikov igual que hacen los niños asustados cuando los sorprenden cometiendo alguna fechoría.

—Claro que fue usted, Rodión Románovich; usted, sí señor, y nadie más que usted —murmuró Porfiri, severo y convencido.

Los dos callaron, y el silencio se prolongó un tiempo inusitadamente largo, quizá diez minutos. Acodado en la mesa, Raskólnikov se revolvía el cabello con los dedos. Porfiri Petróvich esperaba pacientemente. Raskólnikov lo miró de pronto con desdén.

—¿Ya estamos con lo mismo, Porfiri Petróvich? ¿Vuelta a los viejos métodos? No sé cómo no se aburre con ellos, la verdad.

—¡Bah! Deje eso, hombre. ¿Qué me importan a mí ahora los métodos? Otra cosa sería si hubiera testigos aquí. Pero, estamos los dos solos y hablamos en voz baja. Usted mismo puede ver que no he venido a acosarlo y cazarlo como a una liebre. En este momento, lo mismo se me da que confiese o

no. Para mí, estoy convencido sin necesidad de que me diga nada.

—En ese caso, ¿a qué ha venido? —inquirió Raskólnikov irritado—. Y le repito la pregunta de antes: si me considera culpable, ¿por qué no me mete en la cárcel?

—¡Vaya pregunta! Le contestaré por partes: en primer lugar, no me conviene detenerlo ahora.

—¿Que no le conviene? Pero, si está convencido, tiene la obligación…

—¿De qué me sirve estar convencido? De momento, sólo se trata de suposiciones mías. Además, ¿qué gano yo *dejándolo tranquilo*? Porque ese sería el resultado, usted lo sabe y por eso lo pide. Por ejemplo, le llevo al artesano ese para un careo y usted le dice: «¿Estás borracho, o qué? ¿Me ha visto alguien contigo? Te tomé sencillamente por un borracho, y borracho estabas, en efecto». ¿Qué puedo yo objetar entonces si, por añadidura, la declaración de usted es más verosímil que la del otro?, porque la declaración del otro es pura psicología por mal que le cuadre a su jeta, mientras que usted habrá dado justo en la llaga, pues el miserable bebe y demasiado es sabido que agarra unas borracheras de marca mayor. Yo mismo le he dicho francamente varias veces que esa psicología tiene dos caras, que la segunda importa más y ofrece mayor verosimilitud y, aparte de eso, yo no tengo de momento nada contra usted. Y aunque a pesar de todo le meteré en la cárcel y hasta he venido yo mismo, en contra de lo corriente, a anunciárselo por adelantado, le digo con franqueza, y también en contra de lo corriente, que no me conviene hacerlo. Así que, he venido, en segundo lugar…

—¡Ah, sí! En segundo lugar, ¿qué? —Raskólnikov jadeaba todavía.

—Pues, en segundo lugar, porque como acabo de decirle, me considero obligado a darle una explicación. No quiero

que me tenga usted por un monstruo, cuanto más que, lo crea o no, siento por usted sincero apego. Por lo tanto, y en tercer lugar, vengo a proponerle, clara y abiertamente, que se entregue a la justicia. Para usted será mucho más ventajoso, y para mí también porque me quitaré este peso de encima. Y ahora, dígame si no es esto franqueza por mi parte.

Raskólnikov reflexionó unos instantes.

—Óigame, Porfiri Petróvich. Está usted diciendo que sólo es psicología, pero se ha metido en las matemáticas. ¿Y si se equivocara?

—No, Rodión Románovich, no me equivoco. Porque tengo cierto pequeño dato…, un dato pequeño que Dios me mandó entonces.

—¿De qué dato se trata?

—No se lo diré, Rodión Románovich. En todo caso, ahora no tengo ya el derecho de darle más largas al asunto. Lo detendré. Así que piénselo: a mí, *ahora*, ya me da lo mismo; por consiguiente, lo que hago es por usted. Eso será lo mejor, Rodión Románovich, se lo aseguro.

Raskólnikov sonrió con inquina.

—Esto no es sólo ridículo, sino hasta vergonzoso. Aun en el caso de que fuera culpable, cosa que no afirmo en absoluto, ¿a santo de qué iba yo a entregarme cuando usted mismo dice que allí iba a estar *tranquilo*?

—Bueno, tampoco se fíe tanto de las palabras, Rodión Románovich. Quizá no estuviera allí tan *tranquilo*. Al fin y al cabo, sólo se trata de una teoría; una teoría mía, además. ¿Y qué prestigio tengo yo a sus ojos? Es posible que también le esté ocultando algo ahora, ¡je, je! No es cosa de revelárselo todo, ¿verdad? Segundo punto: ¿qué ventaja puede sacar entregándose? ¿Ignora la atenuante que representaría a la hora de dictar sentencia? Porque, fíjese en qué momento iba a entregarse, fíjese bien. Iba a hacerlo cuando otro individuo

se ha declarado culpable del delito y ha embrollado todo el asunto. Por mi parte, le juro por Dios santo que amañaré y arreglaré las cosas *allí* de tal modo que su decisión de entregarse a la justicia parezca totalmente inesperada. Echaremos abajo toda esa psicología, reduciré a la nada todas las sospechas acumuladas contra usted, de modo que su delito aparezca como una ofuscación ya que, en conciencia, una ofuscación ha sido. Soy hombre de honor, Rodión Románovich, y cumpliré mi palabra.

Cabizbajo, Raskólnikov callaba melancólicamente. Estuvo meditando un buen rato y al cabo sonrió de nuevo, pero esta vez con sonrisa triste y humilde.

—¡Bah, déjelo! —profirió, como abandonando ya todo disimulo frente a Porfiri—. ¡No merece la pena! Ni me hace falta esa atenuación.

—¡Eso es lo que yo me temía! —exclamó Porfiri con ardor y como involuntariamente—. Eso es lo que yo me temía: que no le importe que le rebajemos la pena.

Raskólnikov lo miró con tristeza y gravedad.

—No desdeñe así la vida —prosiguió Porfiri—, que aún queda mucha por delante. ¿Cómo no va a importarle que le rebajen la pena? ¡Qué hombre tan impaciente!

—¿De qué queda mucho por delante?

—De vida. ¿Qué clase de profeta es usted para saber tantas cosas? Buscad y hallaréis[136]. ¿Quién le dice que no le tenía Dios predestinado para esto? Además, que los grilletes no son para siempre…

—Una atenuante… —rió Raskólnikov.

—¿Qué? ¿Le teme al escándalo burgués? Es posible que le tema, sin darse cuenta, porque es joven. De todos modos, es usted el menos indicado para temer entregarse a la justicia o avergonzarse de ello.

—¡Bah! ¡Al diablo con todo! —murmuró desdeñosamente Raskólnikov y con asco, como si no quisiera hablar. De nuevo

hizo intención de levantarse como si pensara ir a alguna parte, pero volvió a sentarse con evidente desesperación.

—Al diablo con todo, ¿eh? Como ya no tiene fe en nada, piensa que ésta es una burda lisonja. Pero, ¡si no ha vivido apenas, si no comprende todavía las cosas! Se inventó una teoría, y ahora se avergüenza de que no sea válida ni tan original como usted se creía. El resultado ha sido una vileza, cierto; pero usted no es un ser vil sin remedio. Por lo menos, no ha tanteado mucho tiempo, sino que ha llegado enseguida al extremo. ¿Que por quién le tomo? Pues, le tomo por uno de esos individuos que, aunque les arranquen las entrañas, son capaces de mirar sonriendo a sus verdugos si han encontrado a Dios o les inspira alguna creencia. Encuentre usted también algo y viva. En primer lugar, hace mucho tiempo que necesita cambiar de aire. El sufrimiento también es una buena cosa. Acéptelo. Quizá tenga razón Mikolka al querer sufrir. Ya sé que usted no lo cree así, pero, tampoco se pase de listo. Entréguese a la vida sin vacilar, sin cavilaciones. Y no se preocupe, que ella le llevará hasta la orilla y le encauzará. ¿Hasta qué orilla? ¡No lo sé! De lo que sí estoy persuadido es de que aún le queda mucho por vivir. Sé que mis palabras le parecen ahora un sermón pre parado. Sin embargo, es posible que las recuerde más tarde y le sirvan de algo. Por eso hablo así. Y menos mal que sólo ha matado a esa vieja. Porque, si hubiera inventado una teoría distinta, quizá habría cometido un crimen cien millones de veces peor. Es posible que todavía deba darle gracias a Dios. Porque, ¿quién sabe si Dios no le tiene predestinado para algo? Usted tiene un corazón firme; conque, deseche los temores. ¿Le arredra el cumplimiento de la gran tarea que le espera? No; en este caso, resultaría vergonzoso arredrarse. Ya que ha dado ese paso, tiene que hacerse fuerte. Es de justicia. Cumpla, pues, lo que la

justicia exige. Y luego lo apreciará. Ahora, lo único que necesita es aire. ¡Aire, aire!

Raskólnikov no pudo reprimir un estremecimiento.

—Y usted, ¿quién es? ¿Qué clase de profeta? —gritó—. ¿Desde la altura de qué calma olímpica me hace esas enigmáticas profecías?

—¿Yo? Yo soy un hombre acabado, y nada más. Un hombre que siente y compadece, quizá, un hombre con ciertos conocimientos, quizá, pero que ya está totalmente acabado. Usted, es otra cosa: a usted, Dios le ha trazado una vida determinada, aunque también podría ser que todo se reduzca a humo y no suceda nada. ¿Qué importa si se ve encasillado en otra categoría de personas? Con su corazón, no irá a echar de menos las comodidades materiales, ¿verdad? ¿Que posiblemente no le vea a usted nadie en mucho tiempo? Lo que cuenta no es el tiempo, sino usted mismo. Llegue a resplandecer como un sol, y todo el mundo lo verá. Lo que el sol necesita, ante todo, es ser un sol. ¿Sonríe otra vez? ¿Le suena a Schiller lo que digo? Apuesto a que piensa que trato de embaucarle. ¿Quién sabe si no lo estaré intentando? ¡Je, je! Lo mejor será que no se fíe de mis palabras, Rodión Románovich, incluso que no se fíe nunca del todo; ése es mi modo de ser, lo reconozco. Sólo quiero añadir que, según me parece, usted mismo puede hacerse una idea de hasta qué punto soy un hombre ruin y hasta qué punto soy honrado. Es lo que más le conviene, palabra que sí.

—¿Cuándo se propone detenerme?

—Todavía puedo dejarle suelto un día y medio o dos. Reflexione, amigo mío, récele a Dios.

—¿Y si me escapo? —sugirió Raskólnikov con una sonrisa extraña.

—No, usted no se escaparía. Podría escaparse un hombre cualquiera, podría escaparse uno de esos sectarios a la

moda, esclavo de un pensamiento ajeno, a quien basta enseñarle la punta del meñique para que, como el contramaestre Dirka[137], crea ya toda su vida en lo que usted quiera inculcarle. Pero usted no cree ya en su propia teoría. Entonces, ¿qué puede impulsarle a la fuga? La existencia del prófugo es dura y mezquina, mientras que usted necesita, ante todo, una existencia y una posición determinadas. Su aire propio. ¿Y qué aire iba a respirar en esas circunstancias? Si se fugara, volvería. *No puede prescindir de nosotros*. Supongamos que ahora no lo detengo; pues bien: dentro de un mes, de dos o de tres a lo sumo, y recuerde lo que le digo, se presentará usted a confesar, por su propia voluntad y quizá sin proponérselo, sin haberlo pensado una hora antes. Ya ve: creo que hasta querrá «aceptar el sufrimiento». Porque el sufrimiento, Rodión Románovich, es una gran cosa. Y no se burle por ser yo quien lo dice: el sufrimiento contiene una idea. Mikolka tiene razón. No, usted no se escaparía, Rodión Románovich.

Raskólnikov se levantó y tomó su gorra. Porfiri Petróvich también abandonó su silla.

—¿Va usted a dar un paseo? Parece que tendremos una buena tarde. Si no descarga una tormenta, claro. Aunque, así refrescaría.

También tomó su gorra.

—Quisiera, Porfiri Petróvich —advirtió gravemente Raskólnikov—, que no se le metiera en la cabeza la idea de que le he confesado nada. Es usted un hombre extraño y le he escuchado por pura curiosidad. Pero, yo no he confesado nada… Recuérdelo.

—Eso, ya lo sé. Y lo recordaré, así que no tiene por qué temblar así. No se preocupe, amigo. Será como usted lo desea. Vaya a dar un paseíto, pero tampoco hay que pasear demasiado. De todos modos —añadió bajando la voz—, tengo un pequeño ruego que hacerle. Es poco delicado, pero

importante: si por casualidad, aunque no lo creo y le considero a usted totalmente incapaz de tal cosa, pero por si acaso sucediera que en el transcurso de estas cuarenta o cincuenta horas le entraran ganas de darle fin al asunto de otro modo, por algún procedimiento estrambótico como sería el atentar contra su vida, por ejemplo, suposición absurda y por la cual le pido me disculpe, tenga la bondad de dejar una notita, breve pero explícita. Dos líneas, dos líneas nada más, aludiendo también a la piedra: resultaría más noble. Bueno, pues hasta la vista. Le deseo que sus pensamientos sean agradables y sus decisiones acertadas.

Porfiri salió, algo encorvado y como evitando mirar a Raskólnikov. Éste fue hacia la ventana y allí estuvo esperando, irritado e impaciente, para dar tiempo a que Porfiri llegara a la calle y se alejara. Luego, también salió él precipitadamente del cuarto.

III



ASKÓLNIKOV tenía prisa por entrevistarse con Svidrigáilov. Ignoraba lo que podría esperar de aquel hombre que, sin embargo, ejercía cierto misterioso ascendiente sobre él. Esta circunstancia, una vez que la hubo reconocido, le tenía desasosegado y ahora había llegado el momento de enfrentarse con lo que fuera.

Por el camino, lo que más le preocupaba era la idea de si Svidrigáilov habría ido a ver a Porfiri.

En lo que podía juzgar, habría jurado que no, que no fue a verlo. Reflexionó una y otra vez, recapacitó sobre todos los pormenores de la visita de Porfiri y llegó a la conclusión de que no había estado. ¡No, claro que no!

Pero, en el caso de que no lo hubiera hecho aún, ¿acabaría o no acudiendo a Porfiri?

De momento, le parecía que no iría. ¿Por qué? No hubiera podido explicarlo ni tampoco se habría devanado los sesos sobre el particular, aunque hubiera podido encontrarle explicación. Le rondaba por la mente y, al mismo tiempo, no le importaba gran cosa. Hecho extraño, y al que nadie hubiera dado crédito, quizá, su suerte actual, su suerte inmediata, sólo le preocupaba débil y vagamente. Le preocupaba algo mucho más importante y específico,

relacionado con él y con nadie más que con él, pero distinto, esencial. Por si fuera poco, experimentaba un infinito cansancio moral, aunque su cerebro funcionaba mejor que en los últimos días.

¿Merecía la pena, después de todo lo sucedido, afanarse por superar los nuevos contratiempos ínfimos? Por ejemplo, ¿merecía la pena intrigar para evitar que Svidrigáilov fuese a ver a Porfiri? ¡Estudiar, indagar y perder el tiempo con un Svidrigáilov cualquiera!

¡Cómo le hastiaba todo aquello!

Sin embargo, y a pesar de todo, tenía prisa por ver a Svidrigáilov. ¿Sería que esperaba de él algo nuevo, algunos indicios, una salida? Agarrarse a un clavo ardiendo… ¿Sería el destino o un instinto lo que los juntaba? Quizá fuera sólo efecto del cansancio, de la desesperación. Quizá no fuese a Svidrigáilov a quien necesitaba, sino a alguna otra persona, y Svidrigáilov se había metido fortuitamente de por medio. ¿Sonia? ¿A santo de qué habría acudido ahora a Sonia? ¿A pedirle de nuevo sus lágrimas? Además, que Sonia le asustaba ahora. Sonia personificaba una sentencia irrevocable, una solución sin alternativa. No cabía más opción que el camino de ella o el suyo. Se sentía incapaz de encararse con ella, sobre todo en aquel minuto. ¿No sería mejor sonsacarle a Svidrigáilov de qué se trataba? Y Raskólnikov tenía que reconocer en su fuero interno que, en efecto, hacía tiempo que necesitaba a aquel hombre para algo.

Sin embargo, ¿qué podría haber de común entre ellos? Ni siquiera la maldad podía ser idéntica en los dos. Por añadidura, ese hombre era desagradable, evidentemente depravado en grado sumo, sin duda astuto y falso y quizá muy malvado. Contaban de él tales cosas que… Cierto que había hecho gestiones para los niños de Katerina Ivánovna; pero, ¿quién sabía para qué ni lo que eso significaba? Ese

hombre tenía siempre unas intenciones y unos proyectos peculiares.

Durante todos aquellos días no había cesado de rondarle la cabeza a Raskólnikov una idea que le preocupaba mucho, aunque procuraba ahuyentarla de tanto como le agobiaba. A veces pensaba que Svidrigáilov había estado dando vueltas a su alrededor y seguía haciéndolo, que Svidrigáilov conocía su secreto, que Svidrigáilov había abrigado malos propósitos con respecto a Dunia. ¿Y si los abrigaba todavía? Casi se podía contestar afirmativamente. ¿Y si ahora, una vez en posesión de ese secreto y teniendo así a Raskólnikov bajo su férula, quisiera utilizarlo como un arma contra Dunia?

Ese pensamiento lo había atormentado a veces incluso en sueños, pero nunca con la claridad meridiana que ahora, cuando iba en busca de Svidrigáilov. Y eso bastaba para desencadenar en él una furia sombría. En primer lugar, todo cambiaría, incluso en su propia situación, y tendría que revelarle inmediatamente su secreto a Dúnechka. ¿O debía entregarse él mismo a la policía para evitarle a Dunia cualquier paso imprudente? Su hermana había recibido una carta aquella mañana. ¿De quién podía recibir ella cartas en San Petersburgo? ¿Acaso de Luzhin? Cierto que allí estaba Razumijin alerta. Pero, Razumijin no sabía nada. ¿Revelarle también su secreto a Razumijin? La idea le resultaba odiosa.

Llegó a la conclusión definitiva de que, en todo caso, necesitaba ver a Svidrigáilov cuanto antes. A Dios gracias, con él se podía ir directamente al grano sin meterse en detalles. Pero, si el tal Svidrigáilov era capaz de…, si estaba tramando algo contra Dunia, entonces…

Raskólnikov estaba tan agotado de todo aquel tiempo, de todo aquel mes, que ya no encontraba, para tales cuestiones, nada más que una solución: «Entonces, lo mataré», pensó con fría desesperación. Con el corazón oprimido por un sentimiento doloroso se detuvo en medio de

la calle y miró a su alrededor para orientarse: ¿qué camino seguía y a dónde había llegado? Se encontraba en la avenida Obújovski, a unos treinta o cuarenta pasos de la plaza Sennáia que acababa de cruzar. La segunda planta de una casa de la izquierda estaba ocupada por una taberna. Tenía las ventanas abiertas de par en par y, a juzgar por las siluetas que se vislumbraban a través de éstas, se hallaba abarrotada de gente. Se escuchaban canciones, los sones de un clarinete y un violín y el retumbar de un tambor. También se oían chillidos de mujer. Raskólnikov iba a dar media vuelta, extrañado de haber torcido por allí, cuando descubrió a Svidrigáilov, con la pipa entre los dientes, sentado ante un velador próximo a una ventana de la taberna. Su vista le produjo una tremenda y desagradable sorpresa. Svidrigáilov lo observaba con gran atención, en silencio, y a Raskólnikov le pareció que intentaba levantarse y escabullirse sigilosamente antes de que él lo viera. Muy extrañado, al instante fingió que, en efecto, no lo había visto y estaba mirando hacia otro lado, aunque siguió observándolo con el rabillo del ojo. El corazón le latía sobresaltado. No cabía duda de que Svidrigáilov no quería ser visto. Se quitó la pipa de los labios y hacía intención de ocultarse cuando, al ponerse en pie y empujar la silla, se dio cuenta de que Raskólnikov lo había visto y lo observaba. Se produjo entre ellos una escena parecida a la de su primer encuentro, en casa de Raskólnikov, cuando éste fingía estar dormido. Una sonrisa maliciosa afloró al rostro de Svidrigáilov y fue ampliándose. Ambos sabían que se habían visto y se observaban. Finalmente, Svidrigáilov soltó una carcajada.

—¡Vamos, hombre, entre si quiere! Estoy aquí —gritó por la ventana.

Raskólnikov subió a la taberna.

Encontró a Svidrigáilov en un pequeño reservado, contiguo a la sala grande donde comerciantes, funcionarios y demás público tomaban té en torno a una veintena de veladores, entre los gritos de un coro desafinado y el ruido de bolas de billar que llegaba de alguna parte. Sobre el velador de Svidrigáilov había un vaso mediado y una botella de champán descorchada. Allí se encontraban también una muchacha de unos dieciocho años, recia y de mejillas coloradas, con una falda a rayas arremangada y un sombrero tirolés adornado con cintas, y un chico con un organillo de mano. Acompañaba a la muchacha que, pese a la algarabía de los que cantaban a coro en la sala, entonaba una copla vulgar con voz de contralto bastante ronca.

—Bueno, basta ya —la interrumpió Svidrigáilov cuando entró Raskólnikov.

La muchacha enmudeció al instante y aguardó respetuosamente. También tenía un aire grave y respetuoso mientras cantaba su copla chabacana.

—¡Eh, Filipp! Otro vaso —gritó Svidrigáilov.

—No quiero beber —dijo Raskólnikov.

—Como guste. No lo he pedido para usted. Toma, Katia, bebe. Por hoy no te necesito ya, conque puedes largarte. —Llenó un vaso y dejó un billete encima del velador.

Katia apuró el vaso como suelen hacerlo las mujeres, en veinte sorbitos, pero sin soltarlo, tomó el billete, besó la mano de Svidrigáilov, que lo consintió imperturbable, y salió seguida del chico con su organillo. Ambos habían sido traídos de la calle. Svidrigáilov no llevaba todavía una semana en San Petersburgo y, sin embargo, todo había adquirido ya un aire patriarcal a su alrededor. Filipp, el mozo de la taberna, también era ya un «conocido» y se desvivía por atenderlo. Una vez cerrada la puerta, el gabinete quedaba aislado de la sala y Svidrigáilov se encontraba entonces como en su propia casa en aquel reducido local

donde se pasaba quizá días enteros. La taberna, descuidada y sucia, era de ínfima categoría.

—Iba a buscarlo a su casa —empezó Raskólnikov— y, no sé cómo, torcí de la Sennáia hacia acá. Nunca lo hago ni paso por aquí. Después de cruzar la Sennáia, suelo torcer a la derecha. Además, éste no es el camino de su casa. Sin embargo, nada más dar la vuelta a la esquina, le encuentro a usted. Es extraño.

—¿Por qué no dice sin rodeos que ha sido un milagro?

—Pues, porque quizá no haya sido nada más que una casualidad.

—Todos ustedes son iguales —rió Svidrigáilov—. Aunque en su fuero interno crean en los milagros, no lo confiesan. Usted mismo dice que «quizá» sea sólo una casualidad. No puede imaginarse, Rodión Románovich, lo cobardes que son aquí todos cuando se trata de exponer una opinión personal. Y no lo digo por usted, que sí tiene su opinión propia y no se asusta de tenerla. Por eso me ha llamado la atención.

—¿Únicamente por eso?

—Me parece que ya es bastante.

Svidrigáilov estaba evidentemente algo alegre, aunque en grado prudencial, pues sólo había bebido un vaso y medio.

—Yo diría que usted fue a verme antes de haberse enterado de que soy capaz de tener lo que usted llama opinión propia —observó Raskólnikov.

—Aquello fue distinto. Cada cual actúa a su manera. En cuanto al milagro, por lo visto se ha pasado usted durmiendo los dos o tres últimos días. Yo mismo le mencioné esta taberna y no es ningún milagro el que haya venido a ella, puesto que le expliqué el camino a seguir, el lugar dónde se encuentra y las horas a las que suelo estar aquí. ¿Recuerda?

—Se me había olvidado —replicó Raskólnikov sorprendido.

—Lo creo, pues se lo repetí dos veces. La dirección se la quedaría grabada automáticamente en la memoria y automáticamente ha venido justo a estas señas sin saberlo. Ya me pareció a mí entonces que no me entendía. Se delata usted con excesiva facilidad, Rodión Románovich. Otra cosa: me he persuadido de que en San Petersburgo hay muchas personas que van hablando solas al caminar. Es una ciudad de gente medio loca. Si se cultivaran las ciencias en nuestro país, los médicos, los juristas y los filósofos podrían realizar en San Petersburgo investigaciones valiosísimas en sus respectivas especialidades. Sería difícil encontrar otro sitio donde el espíritu humano esté sometido a influjos tan tétricos, perniciosos y extraños. Aparte del daño que pueden causar los factores climatológicos, sin ir más lejos. Por otro lado, se trata del centro administrativo de Rusia entera, circunstancia que ha de imprimir su huella en todo. Pero, no me refiero ahora a eso, sino a que le he observado a usted varias veces sin que se diera cuenta y he visto que al salir de casa lleva la cabeza erguida, a los veinte pasos comienza a agacharla, cruza las manos a la espalda, no parece ver nada de lo que mira delante ni a los lados y, finalmente, se pone a mover los labios y a hablar solo, a veces, soltando las manos y gesticulando hasta que se detiene un buen rato en medio de la calle. Eso no es nada bueno porque puede verlo cualquiera que no sea yo, y a usted no le conviene. A mí, en realidad, me tiene sin cuidado y no intentaré hacerlo cambiar; pero, ya me entiende…

—¿Usted sabe que me vigilan? —preguntó Raskólnikov con mirada escrutadora.

—No. No sé nada —contestó Svidrigáilov, al parecer extrañado.

—Entonces, dejemos de ocuparnos de mí —murmuró Raskólnikov hoscamente.

—Está bien. Dejemos de ocuparnos de usted.

—Mejor será que me explique lo siguiente: si viene a beber aquí y me ha indicado este lugar como el sitio donde podía encontrarlo, ¿a qué se debe que haya tratado de ocultarse y escabullirse cuando he mirado hacia la ventana desde la calle? Porque, me he dado perfecta cuenta.

—¡Je, je! ¿Y a qué se debe que el día que fui a verlo y estuve mirándolo desde el umbral, usted permaneciera acostado en su sofá y con los ojos cerrados, fingiendo dormir, si en realidad no dormía? Porque, me di perfecta cuenta…

—Podía tener… mis motivos… Y usted lo sabe muy bien.

—También yo puedo tener los míos aunque usted no los conozca.

Raskólnikov apoyó el codo derecho en la mesa, sostuvo el mentón desde abajo con los dedos de la mano y miró fijamente a Svidrigáilov. Durante cosa de un minuto observó su rostro, que ya le había llamado la atención antes. Era un rostro peculiar, que se daba cierto aire a una máscara: tez blanca, pómulos rojos, labios bermejos y barba pajiza, con el marco de una cabellera rubia, todavía abundante. Sus ojos eran como demasiado azules y su mirada como demasiado pesada y quieta. Algo terriblemente desagradable había en aquel rostro, agraciado y en exceso juvenil para la edad del hombre. Svidrigáilov vestía elegantemente de verano, con traje ligero y camisa esmerada. En uno de los dedos lucía una enorme sortija con una piedra preciosa.

—¿Tendré que habérmelas ahora con usted también? —inquirió de pronto Raskólnikov yendo derecho al grano con convulsiva impaciencia—. Aunque quizá sea usted el hombre más peligroso si se propone perjudicarme, yo no pienso seguir dándole más vueltas a la cabeza. Voy a

demostrarle que no aprecio tanto mi pelleja como cree usted probablemente. He venido a decirle a las claras que si continúa abrigando las mismas intenciones con respecto a mi hermana, y si para ello piensa valerse de lo que ha descubierto en los últimos tiempos, lo mato antes de que me haga encarcelar. Y le advierto que yo mantengo mis palabras. Segundo: si quiere decirme algo, porque eso me parece desde que estoy aquí, hágalo cuanto antes, pues el tiempo es precioso y quizá sea ya tarde dentro de poco.

—¿A dónde va con tantas prisas? —preguntó Svidrigáilov observándolo curiosamente.

—Cada cual tiene que atender a sus cosas —replicó Raskólnikov impaciente y sombrío.

—Usted acaba de pedir que hable claro, y se niega a contestar a la primera pregunta —apuntó con una sonrisa—. Sigue pareciéndole que abrigo ciertas intenciones y por eso me mira con suspicacia. En su situación, es muy comprensible. Pero, por mucho que desee su trato, no me tomaré el trabajo de desengañarlo. No merece la pena, se lo aseguro; además, no me proponía hablarle de nada especial.

—Entonces, ¿qué falta le hago? Porque, es usted quien anda rondando a mi alrededor.

—Sólo porque me parece un objeto digno de observación. Me ha atraído esa situación tan inusitada en que se encuentra usted. Eso es todo. Aparte, como es natural, de que es usted hermano de una persona por quien he sentido un profundo interés y, en fin, de que habiendo oído hablar mucho y a menudo de usted a esa misma persona, deduje que ejerce usted un gran ascendiente sobre ella. ¿Le parece poco? ¡Je, je, je! Reconozco, sin embargo, que su pregunta es muy compleja para mí y me resulta difícil contestarla. Por ejemplo, usted ha venido ahora a verme no sólo para un asunto determinado, sino también para algo nuevo, ¿verdad? ¿Verdad que sí? —insistía Svidrigáilov con sonrisa

zumbona—. Bueno, pues figúrese que, por mi parte, venía pensando en el tren que quizá me contara usted algo nuevo o que pudiera aprovecharme de algo, ya ve usted.

—¿Aprovecharse de qué?

—¿Cómo decirle? ¡Qué sé yo! Ya ve en qué figón me paso el tiempo, y me gusta; mejor dicho, no es que me guste, pero en algún sitio hay que estar. A esa pobre Katia, ya la ha visto, ¿verdad? Todavía, si fuera un glotón o un gastrónomo de los que van al club… Pero, fíjese en lo que puedo comer —señaló hacia un rincón donde, encima de una mesita, había una fuente de metal con los restos de un horrible filete con patatas—. A propósito, ¿ha comido usted? Yo he tomado un bocado y no tengo más apetito. El vino, como no sea champán, ni lo pruebo. Incluso el champán, me basta un vaso en toda una velada para que me levante dolor de cabeza. Éste, lo he pedido para estimularme un poco: debo ir a cierto lugar y me encuentra usted en un estado de ánimo especial. Precisamente a eso se debe que me escondiera hace un rato como un colegial: temí que alterara usted mis planes. Pero —sacó el reloj— son las cuatro y media y me parece que puedo dedicarle una hora. Si por lo menos me dedicara a algo… ¡Qué sé yo! Si fuera terrateniente, padre de familia, ulano[138], fotógrafo, periodista… Pero, no; no tengo ninguna ocupación determinada. A veces, hasta resulta aburrido. De verdad, pensaba que me contaría alguna novedad.

—Pero, ¿quién es usted y a qué ha venido?

—¿Quién soy? Ya lo sabe usted: un noble que sirvió dos años en un regimiento de caballería, que anduvo luego rondando por aquí, por San Petersburgo, que se casó con Marfa Petrovna y vivió en sus tierras. ¡Esa es mi biografía!

—Si no me equivoco, es usted jugador.

—¿Jugador? No; un tahúr no es un jugador.

—¿Y ha sido usted tahúr?

—Sí, también lo he sido.

—¿Le atizaron alguna vez?

—Se dieron casos. ¿Y qué?

—Pues, que podía haber desafiado a alguien… En fin, cualquier cosa que pusiera animación en su vida.

—No voy a llevarle la contraria. Entre otras cosas, porque no ando muy fuerte en eso de filosofar. Le advierto que he acudido aquí, más que nada por las mujeres.

—¿Nada más enterrar a Marfa Petrovna?

—Pues sí —sonrió Svidrigáilov con apabulladora franqueza—. ¿Y qué? Por lo visto, a usted no le parece bien que hable así de las mujeres.

—¿Se refiere a si me parece bien o mal el libertinaje?

—¡El libertinaje! ¡Miren a dónde va a parar! Pero, vamos por partes. Empezaré por la cuestión de las mujeres en general. Le advierto que soy amigo de hablar. Dígame por qué razón he de abstenerme. ¿Por qué no he de buscarlas, ya que tanto me gustan? Al fin y al cabo, es una ocupación.

—O sea, que el libertinaje es lo único que le atrae aquí.

—Bueno, ¿y qué pasa si es el libertinaje? ¡Qué tabarra con el tal libertinaje! Me gustan las cuestiones claras. Por lo menos, este libertinaje tiene algo de constante, incluso basado en la naturaleza y no supeditado a las fantasías, algo que se lleva en la sangre como una llama siempre encendida, eternamente abrasadora, y cuyo fuego tarda uno mucho tiempo en extinguir, incluso con el paso de los años. No me negará que es una ocupación, en cierto modo.

—¿Y se congratula de ello? Pues, es una enfermedad, y peligrosa.

—¿Se refiere a ese peligro? De acuerdo. Es una enfermedad como toda pasión que rebasa cierto límite, y ésta tiene forzosamente que rebasarlo. Pero, en primer lugar, a un hombre le afecta de una manera y a otro de manera distinta; en segundo lugar, hay que saber

moderarse y calcularlo todo, por supuesto. Podrá ser una infamia; pero, ¿qué hacer? Si no fuera así, habría para pegarse un tiro. Estoy conforme con que un hombre respetable tiene la obligación de soportar el aburrimiento. Pero, por otra parte…

—¿Y usted sería capaz de pegarse un tiro?

—¡Pero, hombre! —protestó Svidrigáilov con evidente repugnancia—. Hágame el favor de no hablar de eso —añadió precipitadamente, casi demudado y sin sombra de la fanfarronería que acusaban todas sus palabras anteriores—. Reconozco que es una debilidad imperdonable, pero no lo puedo remediar: le temo a la muerte y no me gusta que se hable de ella. ¿Sabe que, en cierto modo, yo soy un místico?

—¡Ah! ¡El espectro de Marfa Petrovna! ¿Sigue apareciéndosele?

—¡Deje! ¡No lo mencione! Aquí, en San Petersburgo, todavía no. ¡El demonio se lo lleve! —lanzó con aire irascible—. Dejémoslo… Aunque… ¡Hum! Siento no poder quedarme más tiempo con usted. Es una lástima. Le habría contado algunas cosas.

—¿Tiene una cita con alguna mujer?

—Sí, con una mujer. Pura casualidad. Algo imprevisto… Pero, yo no me refería a eso.

—¿Ya no le produce efecto la inmundicia de toda esta situación? ¿No tiene fuerza de voluntad para detenerse?

—¿Me va usted a hablar de fuerza de voluntad? ¡Je, je, je! Acaba de dejarme pasmado, Rodión Románovich, aunque ya sabía yo que iba a ocurrir así. ¡Usted es un idealista! Naturalmente, todo esto debía resultar así y lo chocante hubiera sido que resultara de otro modo. Sin embargo, es extraño verlo en la realidad. Siento andar tan alcanzado de tiempo porque es usted un sujeto de lo más curioso. A propósito, ¿le gusta Schiller? A mí, sí; muchísimo.

—¡Pero, qué fanfarrón es usted! —profirió Raskólnikov con cierta repugnancia.

—¡Le aseguro que no! —protestó Svidrigáilov riendo—. Aunque, no lo voy a discutir. Admitamos que soy un fanfarrón. ¿Y por qué no fanfarronear cuando no se perjudica a nadie? Después de pasar siete años en el campo con Marfa Petrovna, ahora tropiezo con un hombre inteligente como usted, inteligente y en grado sumo interesante, me encanta poder charlar. Además, que el champán se me ha subido un poco a la cabeza. Pero, sobre todo, existe una circunstancia que me ha soliviantado mucho aunque… no hablaré de ella. ¿A dónde va usted? —inquirió de pronto sobresaltado.

Raskólnikov se disponía a marcharse. Sentía opresión, ahogo y hasta vergüenza de haber subido al figón aquel. Ahora estaba persuadido de que Svidrigáilov era el bribón más trivial y despreciable del mundo.

—¡Quédese un rato, hombre! —rogaba Svidrigáilov—. Pediremos que le sirvan té, por lo menos. Vamos, quédese, que no diré más tonterías. De mí, naturalmente. Le contaré algo. ¿Quiere que le cuente, empleando una expresión suya, cómo «trató de salvarme» una mujer? Será la respuesta a su primera pregunta, ya que la persona en cuestión fue su hermana. ¿Se lo cuento? Así mataremos el tiempo.

—Cuéntelo. Pero, espero que…

—¡Pierda cuidado! Además, que Avdotia Románovna sólo puede inspirar el más profundo de los respetos incluso a un individuo tan miserable y superficial como yo.

IV



UIZÁ sepa usted, aunque claro que lo sabe puesto que yo mismo se lo he contado —empezó Svidrigáilov—, que yo estuve encarcelado aquí por deudas. Se trataba de una cantidad muy considerable y yo carecía hasta del menor recurso para satisfacerla. No voy a entrar en los detalles de cómo me sacó del apuro Marfa Petrovna. ¿Sabe usted hasta qué grado de enajenación puede amar a veces una mujer? Era una mujer honrada y nada tonta, aunque sin ninguna clase de instrucción. Pues, figúrese que esa mujer, celosísima y honrada, llegó a rebajarse, después de muchos soponcios y reproches, hasta el punto de concertar conmigo una especie de contrato que cumplió durante todo el tiempo de nuestro matrimonio. Le advierto que era bastante mayor que yo. Tuve la suficiente bellaquería, y también franqueza, en cierto modo, para declararle sin rodeos que no sería capaz de guardarle fidelidad completa. Esta confesión la puso frenética; pero, al parecer, mi brutal sinceridad le agradó. «Si me lo dice de antemano, señal de que no quiere engañarme», pensaría. Y, para una mujer celosa, eso es lo esencial. Al cabo de muchas llantinas se estableció entre nosotros una especie de acuerdo verbal que consistía en lo siguiente: primero, yo nunca abandonaría a Marfa Petrovna y sería siempre su esposo; segundo, no me ausentaría sin saberlo ella; tercero, nunca tendría una amante fija; cuarto, a cambio de ello, Marfa Petrovna me permitiría elegir de vez en cuando entre las criadas de la casa, pero informándola a ella confidencialmente; quinto, que Dios me librara de enamorarme de una mujer de nuestra esfera social; sexto, revelarle a ella la verdad en caso de que, ¡no lo permitiera Dios!, arraigara en mí una pasión grande y profunda. En lo relativo al último punto, Marfa Petrovna estuvo siempre

bastante tranquila. Era mujer inteligente y, por lo tanto, sólo podía ver en mí a un libertino y un mujeriego incapaz de sentir auténtico amor. Pero lo malo está en que mujer inteligente y mujer celosa son dos cosas distintas. Para hacerse un juicio imparcial de algunas personas hay que desechar primero ciertas opiniones erróneas, así como nuestra actitud habitual hacia la gente y los objetos que suelen rodearnos. Me considero en el derecho de confiar en el buen juicio de usted más que en el de nadie. Posiblemente haya oído hablar usted contar ya muchas cosas ridículas y absurdas acerca de Marfa Petrovna. Es indudable que tenía algunos hábitos de lo más peregrinos; pero le diré con franqueza que lamento sinceramente los muchos sinsabores que le causé. Bien, creo que con esto basta para una digna *oraison funèbre*[139] del más tierno de los esposos a la más tierna de las esposas. Cuando reñíamos, yo solía guardar silencio sin irritarme, y pocas veces fallaba el efecto de esta caballerosidad: subyugaba a mi mujer y hasta le agradaba. En ciertas ocasiones, llegó a sentirse orgullosa de mí. Pero lo de Avdotia Románovna no pudo soportarlo. ¿Cómo se arriesgaría a tener de institutriz, en su propia casa, a una mujer tan hermosa? La única explicación es que, por ser mujer arrebatada e impresionable, se quedó prendada, lo que se dice prendada, de su hermana de usted. ¡Caramba, con Avdotia Románovna! Yo comprendí a la perfección, nada más verla, que aquello era mal asunto. ¿Y qué diría usted que se me ocurrió? Pues, se me ocurrió no mirarla siquiera a la cara. ¿Podrá usted creer que fue Avdotia Románovna quien dio el primer paso? ¿Y podrá creer también que, al principio, mi mujer llegó a enfadarse conmigo debido a mi persistente silencio acerca de la hermana de usted y a la indiferencia con que acogía sus constantes ditirambos sobre la institutriz? No llego a explicarme lo que se proponía. Pero está claro que le contó

punto por punto todo lo que a mí se refiere: tenía la desdichada costumbre de quejarse de mí y contar nuestros secretos domésticos a todo el mundo. ¿Cómo no iba a hacer lo mismo con esa nueva y excelente amiga? Sospecho que era el único tema de conversación entre ellas y que Avdotia Románovna se enteró indudablemente de todas las tétricas y misteriosas fábulas que se me atribuyen… Y apuesto a que también usted ha oído algo de eso.

—En efecto. Luzhin le acusa a usted de haber causado la muerte de una niña. ¿Es cierto?

—Hágame la merced de dejar tranquilas todas esas estupideces —protestó Svidrigáilov con repugnancia y enojo —. Si desea enterarse de todos esos disparates, algún día se los contaré. Pero, ahora…

—También me han hablado de un criado que tenía en la finca y a quien le sucedió igualmente algo relacionado con usted.

—¡Basta, por favor! —le interrumpió de nuevo Svidrigáilov con evidente impaciencia.

—¿No es el mismo criado que…, según me contó usted, vino después de muerto a prepararle una pipa? —La irritación de Raskólnikov iba en aumento.

Svidrigáilov lo miró atentamente. Y Raskólnikov tuvo la impresión de que en sus ojos brillaba fugazmente, como un relámpago, una malévola ironía. Pero Svidrigáilov se dominó y contestó:

—El mismo. Veo que este suceso también le interesa mucho y me considero en el deber de satisfacer con todo detalle su curiosidad en cuanto se presente una ocasión oportuna. ¡Demonios! Estoy viendo que hay personas a quienes puedo parecer, efectivamente, una figura romántica. Después de esto, piense lo mucho que debo agradecerle a la difunta Marfa Petrovna haberle contado a la hermana de usted tantas cosas notables y misteriosas

acerca de mí. No intentaré analizar el efecto que pudieron producirle; pero, a mí me favorecieron. A despecho de la natural aversión que Avdotia Románovna sintiera por mí y a despecho de mi aire siempre adusto y repelente, acabó por tenerme lástima. Sintió lástima por un hombre caído. Y cuando un corazón empieza a sentir lástima por un hombre es cuando más peligro corre una muchacha con el imperioso deseo de «salvarlo», de hacerle entrar en razón, de regenerarlo, de conducirlo hacia metas más nobles, de resucitarlo a una existencia y una actividad nuevas... Y tantos sueños más como se puede forjar. Enseguida me di cuenta de que el avecilla acudía al señuelo y me hice mi composición de lugar. ¿Frunce usted el ceño, Rodión Románovich? No hay razones para ello porque la cosa, como usted sabe, no pasó a mayores. ¡Caramba, estoy bebiendo demasiado! ¿Sabe usted una cosa? Siempre he lamentado, desde el primer momento, que el destino no trajera al mundo a Avdotia Románovna como hija de algún señor poderoso, un gobernador o un procónsul, allá por los siglos II o III de nuestra era, en el Asia Menor. Habría sido, sin duda, una de las que marcharon por propia voluntad al martirio y, desde luego, hubiera sonreído cuando le quemaran el pecho con unas tenazas al rojo. Y en los siglos IV o V se habría retirado al desierto de Egipto para vivir allí treinta años, alimentándose de raíces, de éxtasis y de visiones. Es lo que ansía y exige: padecer por alguien. Y, si no sufre ese martirio, es capaz de tirarse por una ventana. Algo he oído de un tal señor Razumijin. Dicen que es un chico juicioso, ¿verdad? Bueno, pues que cuide de su hermana. En una palabra, creo que he llegado a comprenderla y lo considero un honor. Pero, al principio, cuando la conocí, ya sabe usted lo que pasa, uno se muestra más frívolo y más tonto que de costumbre. ¡Demonios! ¿Por qué es tan guapa? Yo no tengo la culpa. En resumidas cuentas, que me acometió un acceso

sensual irresistible. Avdotia Románovna es tremendamente casta, de una castidad inaudita y extremada. Fíjese en que le digo esto de su hermana como un hecho. Su castidad es posiblemente hasta morbosa, a pesar de su gran amplitud de miras, y acabará por perjudicarla. También por entonces trajeron de otra de las propiedades de Marfa Petrovna a una muchacha para servir dentro de casa: Parasha, Parasha la de los ojos negros. Yo no la había visto nunca. Era muy linda, pero tonta hasta la exageración: rompió a llorar, alborotó toda la casa con sus gritos y se formó un escándalo. A los pocos días, después del almuerzo, Avdotia Románovna fue a buscarme mientras paseaba yo solo por el jardín y, con ojos fulgurantes, me *exigió* que dejara a la pobre Parasha en paz. Esta fue, me parece, la primera conversación que mantuvimos a solas. Por supuesto, yo dije que sería para mí un honor cumplir su deseo, procuré fingirme abochornado y confuso; en una palabra, no desempeñé mal mi papel. A esto siguieron las entrevistas, los coloquios recatados, las reprimendas, las exhortaciones, los ruegos, las súplicas, incluso las lágrimas, ¿se imagina? Ahí tiene usted hasta dónde llega la pasión redentora de algunas jóvenes. Como es natural, yo cargué la culpa de todo a mi sino, me mostré hambriento y sediento de luz y, finalmente, empleé el recurso mejor y más seguro para rendir el corazón de una mujer, un recurso que nunca le falla a nadie y que surte efecto con todas las mujeres sin excepción: el conocido recurso de la adulación. Nada hay en este mundo más difícil que la franqueza ni nada tan fácil como la adulación. Si en la franqueza trasluce el menor matiz de falsedad, se produce al instante una disonancia que conduce al desastre. En cambio la adulación, aunque sea falsa hasta la raíz, es acogida con agrado y cierta satisfacción; satisfacción burda, lo admito, pero al fin y al cabo satisfacción. Y por tosca que sea la adulación, por lo menos a medias es aceptada como

verdad. Esta regla es aplicable a todas las etapas del desarrollo humano y a todas las clases de la sociedad. Hasta una vestal[140] puede ser seducida con la adulación. ¡Y no digamos el común de los mortales! No puedo recordar sin reírme cómo seduje a una señora muy amante de su esposo, de sus hijos y de sus virtudes. ¡Qué divertido fue y con qué poco esfuerzo! Porque la señora era efectivamente virtuosa, por lo menos a su manera. Toda mi táctica consistió en mostrarme siempre apabullado y admirado por su castidad. La adulaba sin la menor vergüenza. ¿Que conseguía estrechar su mano o una mirada suya? Me reprochaba haberle arrancado esa merced a la fuerza, juraba que ella se había resistido; se había resistido tanto que, de no ser por mi falta de escrúpulos, nunca lo hubiera conseguido; que ella, en su inocencia, no previno mi perfidia, que había cedido inconscientemente, sin pensarlo ni saber lo que hacía, etcétera, etcétera. En una palabra, que logré mi propósito y la buena señora continuaba plenamente convencida de su inocencia y su castidad, de que se mantenía fiel al cumplimiento de sus deberes y obligaciones y de que había sucumbido por pura casualidad. ¡Y cómo se enfadó conmigo cuando terminé de exponerle mi sincera convicción de que ella iba en busca de placeres lo mismo que yo! La pobre Marfa Petrovna también era muy sensible a la adulación y, de habérmelo yo propuesto, seguro que aún en vida hubiera puesto todos sus bienes a mi nombre. Me parece que estoy bebiendo demasiado y hablando demasiado también. Espero no se enfade usted si le digo ahora que el mismo efecto empezaba a notarse en Avdotia Románovna. Lo malo es que fui estúpido e impaciente y todo lo eché a perder. ¿Querrá usted creer que varias veces, y una en particular, no le gustó a Avdotia Románovna la expresión de mis ojos? La verdad es que a ellos asomaba con fuerza y osadía crecientes un fuego que la asustaba y

que finalmente se le hizo odioso. No voy a meterme en detalles, pero el hecho es que nos distanciamos. Y entonces cometí otra tontería. Empecé a burlarme groseramente de sus prédicas morales y su catequesis; Parasha volvió a salir a colación, y no sólo ella… Total, que aquello se hacía insoportable. ¡Si viera usted, Rodión Románovich, cómo son capaces de refulgir los ojos de su hermana! No se fije en que estoy borracho y acabo de beberme un vaso de champán: lo que le digo es cierto. Le aseguro que esa mirada se me aparecía en sueños y terminé por no poder soportar el susurro de su falda. Pensé que iba a volverme histérico; nunca creí que podría llegar a ese grado de frenesí. En una palabra, necesitaba hacer las paces con ella, pero ya era imposible. ¿Y sabe usted lo que hice entonces? ¡Hasta qué grado de obcecación puede conducir la rabia a una persona! No emprenda usted nada cuando esté rabioso, Rodión Románovich. Basándome en que Avdotia Románovna se hallaba en la indigencia… Perdone, yo no quería… Aunque, ¿qué importa la palabra si expresa la idea? En fin, basándome en que vivía de su trabajo y aún tenía que mantenerles a su madre y a usted… ¡Demonios, ya pone otra vez mala cara!… pensé ofrecerle cuanto poseía, y entonces podía convertir en metálico hasta treinta mil rublos, si se escapaba conmigo aunque fuera aquí, a San Petersburgo. Claro que le hubiera jurado amor eterno, felicidad y todo el resto. Créame: estaba tan perdidamente enamorado que, si me hubiera mandado degollar o envenenar a Marfa Petrovna para casarme con ella, lo habría hecho. Pero, todo terminó catastróficamente, como sabe, y ya puede figurarse la furia que me entró al enterarme de que Marfa Petrovna echó entonces mano de ese miserable de Luzhin y casi concertó un casorio que, en fin de cuentas, era lo mismo que yo proponía. ¿No es cierto? ¿No es cierto? ¡Pues, claro que sí!

Observo que ahora me escucha con mucha atención… Es usted un joven interesante…

Impaciente, Svidrigáilov pegó un puñetazo en la mesa. Estaba congestionado. Raskólnikov se dio cuenta de que el champán, bebido distraídamente a sorbos, le había sentado mal y decidió aprovechar la ocasión porque Svidrigáilov le parecía muy sospechoso.

—Ahora es cuando tengo el pleno convencimiento de que ha venido a San Petersburgo pensando en mi hermana —le dijo sin rodeos ni disimulo para irritarlo más todavía. Pero Svidrigáilov pareció recobrarse de pronto.

—Vamos a dejarlo. Ya le he dicho antes… Además, que su hermana no puede soportarme.

—De sobra sé que no puede soportarlo. Pero, ahora no se trata de eso.

—¿De verdad está seguro de que ella no puede soportarme? —Svidrigáilov quiño los ojos y sonrió con ironía —. No me tiene afecto, está usted en lo cierto. Sin embargo, no se jacte usted nunca de conocer lo que hay entre esposos o entre amantes. En su relación hay siempre un rinconcito ignorado del mundo entero y sólo conocido de ellos dos. ¿Está usted seguro de que Avdotia Románovna me miraba con repugnancia?

—Por algunas de las palabras y las expresiones que ha empleado durante su relato he podido colegir que sigue usted abrigando ciertas intenciones, canallescas, desde luego, con respecto a mi hermana y tiene prisa por llevarlas a cabo.

—¿Cómo? ¿Se me han escapado ciertas palabras y expresiones? —exclamó Svidrigáilov fingiendo ingenuo sobresalto, pero sin hacer el menor caso del epíteto aplicado a sus intenciones.

—Y todavía se le escapan. Por ejemplo, ¿qué teme usted? ¿Qué le asusta tanto ahora?

—¿Que yo temo? ¿Que yo me asusto? Más lógico sería que me temiese usted a mí, *cher ami*[141]. Valiente tontería… Pero, veo que estoy mareado y por poco me voy otra vez de la lengua. ¡Al demonio el alcohol! ¡A ver, agua!

Agarró la botella y, sin más ni más, la arrojó por la ventana. Filipp acudió con una jarra de agua.

—Todo eso son tonterías —dijo Svidrigáilov mientras humedecía una servilleta y se la aplicaba a la cabeza—. Con una sola palabra, puedo apabullarle y reducir a cenizas sus sospechas. Por ejemplo, ¿sabe usted que voy a casarme?

—Ya me lo dijo antes.

—¿De veras? Pues, se me había olvidado. Pero antes de ahora no pude decírselo de una manera positiva porque ni siquiera había visto a la novia. Era sólo un propósito. Ahora, en cambio, tengo ya novia, todo está arreglado y, de no reclamarme unos asuntos inaplazables, le llevaría sin más a conocer a toda la familia porque quisiera pedir a usted consejo. ¡Demonios! Sólo me quedan diez minutos: mire usted la hora. De todas maneras, voy a contarle lo de mi casamiento porque, a su modo, es una cosa curiosa. Pero, ¿a dónde va? ¿Otra vez quiere largarse?

—No; ahora, ya no me voy.

—¿No se va? Entonces, veamos. Le llevaré a conocer a mi novia, se lo aseguro. Pero, ahora no podrá ser. Ahora, tendrá usted que marcharse ya muy pronto. Saldremos de aquí, usted tirará a la derecha y yo a la izquierda. ¿Conoce usted a la Resslich? La Resslich en cuya casa me hospedo yo ahora, ¿eh? ¿Me oye? La misma Resslich de quien dicen que una chiquilla que vivía en su casa se tiró al agua en pleno invierno. ¿Me oye, eh? ¿Me oye? Bueno, pues ella es quien lo ha arreglado todo. El otro día me dijo: «Estás aburrido y debes buscarte alguna diversión». Porque la verdad es que yo soy un hombre lúgubre y fastidioso. ¿Se había pensado que soy alegre? Pues, no: soy lúgubre. Con eso no le hago

daño a nadie, ¿eh? Me meto en un rincón y hay veces que no pronuncio una palabra en tres días. ¡Menuda lagarta es la tal Resslich! Porque ella se ha hecho ya sus planes: me aburro de mi mujer, la abandono y me largo, y entonces ella cae en manos de la Resslich, que la pone en circulación, entre gente de nuestra clase, claro, o incluso más alta. Me pintó el cuadro: un padre impedido, funcionario jubilado, que lleva dos años largos en un sillón sin poder valerse de las piernas, una madre con la cabeza muy bien sentada, un hermano que tiene un empleo en provincias y no les ayuda, una hija mayor, casada, que no los visita nunca y, por si fuera poco, dos sobrinos pequeños a su cargo. Conque a esta chiquilla, la menor de las hijas, la han sacado del liceo antes de terminar el curso porque al mes que viene cumple dieciséis años, de manera que dentro de un mes podrán casarla. Conmigo. Allá fuimos la Resslich y yo. ¡Qué cuadro! Me presenté: terrateniente, viudo, apellido conocido, bien relacionado, con un capital… ¿Que tengo cincuenta años y la chica no llega a los dieciséis? ¿Qué importa? ¿Quién repara en eso? ¿No le parece tentador, eh? ¡Claro que es tentador! ¡Tenía que haberme visto explayarme con el papá y la mamá! Habría merecido la pena pagar por verme. Sale la chica, hace una reverencia… Todavía vestida de corto, imagínese, un capullo sin abrir… Se ruboriza con los colores de la aurora (seguro que se lo habrán dicho ya). Ignoro lo que pensará usted de los rostros femeninos; pero, a mi entender, esos dieciséis años, esos ojos pueriles aún, esa timidez, esas lagrimitas pudorosas… todo eso vale más que la belleza. Pero es que, por añadidura, ésta es lindísima. Cabello claro, en pequeños bucles como los corderillos, labios bermejos, abultaditos, pies diminutos… ¡Un encanto! Hechas las presentaciones, anuncié que estaba apremiado por ciertos asuntos domésticos, de modo que al día siguiente, o sea, anteayer, recibimos la bendición de los

padres de la muchacha como prometidos. Desde entonces, en cuanto llego la siento sobre mis rodillas y ya no la suelto… Ella se ruboriza, yo la beso a cada instante y la mamá, naturalmente, le explica que yo soy su prometido y que así deben ser las cosas. ¡Una maravilla, vamos! Yo diría que esta situación actual, la de prometido, puede ser incluso mejor que la de esposo. Esto es, podríamos decir, *la nature et la vérité*[142]. Hemos charlado un par de veces, y no es nada tonta. Me lanza algunas miradas de reojo que me encandilan. En la cara se da cierto aire a la *Madonna* de Rafael. Porque el rostro de la *Madonna* de San Sixto[143] tiene algo de fantástico, es el rostro de una beata doliente, ¿no lo ha notado usted? Bueno, pues algo por el estilo. Al día siguiente de que sus padres nos dieran su bendición me gasté mil quinientos rublos y me presenté con un aderezo de brillantes y otro de perlas y un estuche de plata así de grande, lleno de no sé cuántos adminículos, de modo que incluso a ella, incluso a la *madonna*, se le encendió la carita. Ayer, al sentarla sobre mis rodillas, debí de hacerlo con excesivo descaro porque se puso como la grana y se le saltaron las lágrimas; pero, aunque quisiera disimularlo, se la notaba muy excitada. Hubo un momento en que nos dejaron fortuitamente solos y entonces ella me echó los brazos al cuello (la primera vez por propio impulso) y, abrazándome y besándome me juró que sería una buena esposa, sumisa y fiel, que me haría feliz y que me consagraría su vida entera, cada minuto de su existencia, que me lo sacrificaría todo, absolutamente todo, y que a cambio aspiraba *sólo a mi respeto* y no quería de mí «nada, nada más, ningún regalo». Convendrá usted en que resulta bastante sugestivo escuchar a solas una confesión así en boca de un ser angelical de dieciséis años, candorosamente ruborizado y con lágrimas de entusiasmo en los ojos… ¿Verdad que es sugestivo? ¿Verdad que merece la pena?

¿Verdad que sí? Bueno, pues escuche… Iremos a ver a mi novia… Pero, no ahora.

—En una palabra, que en usted despierta la lujuria esa monstruosa diferencia de edad y de experiencia. ¿Y realmente va a casarse así?

—Claro que sí. Cada cual piensa ante todo en sí mismo y el que más se divierte es el que mejor sabe engañarse. ¡Ja, ja! ¿Por qué quiere aplicarnos a todos la férula de la virtud? No lo haga conmigo, que soy un pobre pecador. ¡Je, je, je!

—Sin embargo, usted se ha ocupado de los hijos de Katerina Ivánovna. Aunque… aunque tenía sus razones para ello… Ahora lo comprendo todo.

—A mí me gustan los niños, me gustan mucho —rió Svidrigáilov—. Y a este respecto puedo contarle una pequeña historia muy curiosa que aún no ha terminado. El mismo día de mi llegada a San Petersburgo me lancé a visitar los antros de por aquí, con verdadera ansia al cabo de siete años. Habrá usted observado que no tengo mucha prisa por reanudar el trato con los amigos y conocidos de antes. Y procuraré evitarlos todo el tiempo que pueda. Mientras viví en la finca de Marfa Petrovna, ¿sabe usted?, padecí un verdadero martirio al recordar todos esos lugares y rincones misteriosos donde tantas cosas puede encontrar quien los conoce. ¡Demonios! La gente del pueblo se emborracha, la juventud cultivada se consume en la inacción, entregada a fantasías y ensoñaciones imposibles, desquiciada por las teorías, hay una invasión de judíos que acaparan el dinero y el resto de la gente se entrega al libertinaje. Ese fue el olor conocido que esta ciudad me arrojó a la nariz nada más llegar. Fui a parar a una de esas llamadas veladas de baile, una cloaca inmunda, pero a mí las cloacas me gustan precisamente así, y me encontré con un cancán[144] inverosímil, como no los había en mi época. En eso se ha progresado, sí señor. De pronto descubrí a una

chiquilla de unos trece años, bien vestidita, bailando con un verdadero virtuoso mientras otro la observaba enfrente. La madre de la niña estaba sentada junto a la pared. Ya puede usted imaginarse qué clase de cancán era aquél. La muchacha, avergonzada, se ruborizó, acabó por ofenderse y se puso a llorar. El virtuoso la sujetó y empezó a hacerla girar mientras él pirueteaba delante de ella. Todo el mundo reía a carcajadas. A mí, el público, incluso el de los bailes del cancán, me encanta en esos momentos. La concurrencia reía y gritaba: «¡Así se hace! ¡Le está bien empleado! ¡Para que no traigan aquí a criaturas!». Por mí, allá ellos. Además, ¿qué me importa si es lógico o no que acallen así su conciencia? Enseguida hice mi composición de lugar, fui a sentarme cerca de la madre, empecé por decirle que también yo era forastero, que la gente de aquí no tiene educación, que no sabe distinguir la verdadera decencia y respetarla debidamente. Le di a entender que estaba en buena posición, me brindé a llevarlas en mi coche, las acompañé hasta su casa, un cuartucho realquilado porque acababan de llegar, charlamos un poco… La madre dijo que ella y su hija consideraban un honor el haberme conocido; me enteré de que no tenían dónde caerse muertas, que habían venido a presentar no sé qué solicitud en una oficina del Estado; les ofrecí mis servicios y dinero; supe que habían acudido a aquella velada por error, pensando que allí enseñaban efectivamente a bailar; por mi parte me ofrecí a contribuir a la educación de la jovencita dándole clases de francés y de baile, ofrecimiento que fue acogido con entusiasmo y como un honor, y así continuamos… Si quiere, le llevaré a verlas, aunque no en este momento.

—¡Deje, déjese ya de historias sucias! Es usted un libertino, un ser abyecto y crapuloso.

—Lo que digo: un Schiller. ¡Un Schiller ruso! *Où la vertu va-t-elle se nicher?*[145] ¿Sabe lo que le digo? Pues, que le

voy a contar más cosas por el estilo para escuchar sus aspavientos. Será un placer.

—Claro. Y seguro que yo le resulto ridículo en este momento —murmuró Raskólnikov con enojo.

Svidrigáilov reía a carcajadas. Finalmente llamó a Filipp, pagó la cuenta y se dispuso a marcharse.

—¡Vaya si estoy borracho! *Assez causé!*[146] —dijo—. ¡Qué placer! —Seguro que es un placer para usted. Un depravado tiene que gozar contando esas andanzas, en estas circunstancias y a un hombre como yo, mientras está tramando alguna otra mala acción por el estilo… Eso le excita.

—Si a eso vamos —replicó Svidrigáilov considerando a Raskólnikov hasta con algo de asombro—, también usted es un cínico redomado. En todo caso, tiene usted tela de sobra para serlo. Usted es capaz de comprender muchas cosas, muchísimas… pero, también es capaz de hacer otras muchas. En fin, basta ya. Lamento sinceramente haber hablado tan poco con usted, pero aún encontraré otra ocasión… No tiene más que esperar.

Svidrigáilov se dirigió hacia la salida y Raskólnikov lo siguió. A pesar de lo que decía, Svidrigáilov no estaba muy borracho. Los vapores del alcohol, que se le habían subido un poco a la cabeza, se disipaban rápidamente. Parecía preocupado, y preocupado por algo de importancia, a juzgar por el ceño fruncido. Se conoce que algo inminente lo tenía turbado e inquieto. Durante los últimos minutos había cambiado súbitamente de actitud con Raskólnikov, volviéndose más grosero e irónico. Raskólnikov se había dado cuenta de ello y también estaba intranquilo. Svidrigáilov le resultaba muy sospechoso y decidió seguirlo.

Llegaron juntos a la acera.

—Usted por la derecha y yo por la izquierda, o al revés si lo prefiere; pero, *adieu mon plaisir*[147]. Hasta más ver.

Y torció a la derecha, en dirección a la plaza Sennáia.

V



ASKÓLNIKOV fue tras él.

—¿Qué es esto? —gritó Svidrigáilov volviéndose—. Creo haberle dicho…

—Esto significa que ahora no me aparto de usted.

—¿Có-mo-o?

Los dos se habían detenido y durante un minuto se midieron con la mirada.

—De todos sus cuentos de borracho —le atajó secamente Raskólnikov— he sacado la *rotunda* conclusión de que, lejos de desistir de sus odiosos designios con respecto a mi hermana, usted se aferra a ellos ahora más que nunca. Sé que mi hermana recibió una carta esta mañana. He visto que ha estado todo el tiempo en vilo. Supongamos que, en sus andanzas, ha encontrado a una joven con quien piensa casarse; pero, eso no significa nada. Quiero cerciorarme personalmente.

Es posible que Raskólnikov no hubiera podido definir lo que quería con exactitud ni de qué deseaba cerciorarse personalmente.

—¿De veras? ¿Quiere usted que llame a un guardia?

—Llámelo.

De nuevo permanecieron un momento frente a frente. Por fin cambió la expresión de Svidrigáilov. Viendo que a Raskólnikov no le asustaba su amenaza, tomó de pronto el aire más alegre y jovial.

—¡Qué hombre este! Me he abstenido deliberadamente de hablarle de su asunto, aunque me muero de curiosidad. ¡Un caso fantástico! Lo habría dejado para otra ocasión, pero lo cierto es que puede sacar de sus casillas a un muerto… Vamos, pues; pero le advierto que sólo pasaré un momento por casa a recoger dinero, luego tomaré un coche y me iré a las Islas hasta la noche. ¿Qué necesidad tiene de seguirme?

—De momento, lo seguiré hasta su domicilio, pero no para subir a su casa sino a la de Sofía Semiónovna y disculparme por no haber asistido al entierro.

—Como guste, pero Sofía Semiónovna no está. Ha llevado a los niños a casa de una anciana dama de la aristocracia, antigua conocida mía, que patrocina varios orfanatos. Dicha señora quedó encantada de mí cuando le entregué el dinero que he asignado a los tres pequeños de Katerina Ivánovna y, además, cierta cantidad para otros orfanatos. Finalmente, le referí la historia de Sofía Semiónovna, con todos los *honneurs*[148], sin omitir detalle. El efecto que le produje fue indescriptible. A eso se debe que Sofía Semiónovna haya sido convocada hoy al hotel donde se hospeda esta señora, que ha venido de su casa de campo a pasar unos días.

—No importa. Iré de todos modos.

—Como quiera. Pero, yo no lo acompaño. ¿Qué tengo que ver yo? Ya llegamos. Escuche: estoy seguro de que me mira con recelo porque he sido lo bastante delicado como para no importunarlo hasta ahora con preguntas… ¿Comprende? Le ha parecido raro. ¡Apuesto a que sí! Para que se ande uno con delicadezas…

—¿Y escuchar detrás de las puertas?

—¡Ah, se refiere a eso! —rió Svidrigáilov—. Ya me extrañaba a mí que, después de todo esto, lo pasara por alto. ¡Ja, ja! Algo entendí, sí, de sus andanzas por ahí… de lo que le contaba luego a Sofía Semiónovna. Pero, ¿de qué se trata en fin de cuentas? Quizá sea yo tan anticuado que no

logro comprender nada. Pues, explíquemelo usted, hombre, por favor. Ábrame los ojos a los nuevos principios.

—Usted no pudo oír nada; está mintiendo.

—Pero, si ahora no hablo de eso… aunque, sí que oí algo… No; no hablo de eso, sino de que ahora no hace más que gemir y lamentarse. El Schiller que lleva dentro le trae a mal traer. Ahora resulta que no se debe escuchar detrás de las puertas. En ese caso, vaya a la policía y explique allí que le ha sucedido un lance curioso, que ha surgido un pequeño fallo en la teoría. Si está persuadido de que no se debe escuchar detrás de las puertas, pero sí se puede atizar a mansalva a las viejas con lo primero que se encuentra a mano, váyase cuanto antes a América. ¡Lárguese a toda prisa, joven! Quizá esté a tiempo todavía. Se lo digo sinceramente. ¿No tiene dinero? Yo le daré para el viaje…

—No estoy pensando en eso ni por lo más remoto —replicó Raskólnikov con repugnancia.

—Comprendo. Y, no se esfuerce por hablar mucho si no quiere. Comprendo sus problemas. ¿Son cuestiones morales? ¿Son cuestiones que atañen al ciudadano y al hombre? Déjelas de lado. ¿Qué falta le hacen ahora? ¡Je, je! ¿Le importan porque continúa siendo un ciudadano y un hombre? En tal caso, no debía haberse metido en ese lío. En fin, ¡péguese un tiro! ¿O es que no quiere?

—Se conoce que usted pretende deliberadamente irritarme para obligarme a dejarlo solo…

—¡Qué hombre este! Bueno, ya hemos llegado: ésta es la escalera. ¿Ve usted? Ahí está la puerta de Sofía Semiónovna. Mire, no hay nadie. ¿No se lo cree? Pregúnteselo a los Kapernaúmov, que es a quienes deja la llave. Mire: aquí está *madame* Kapernaúmov en persona. ¿Eh? ¿Cómo? Está un poco sorda, ¿sabe? ¿Ha salido? ¿A dónde? ¿Se ha enterado ahora? No está en casa y quizá no vuelva hasta la noche. Ahora, pasemos a mis habitaciones. ¿No quería venir a

verme también? Pues, ya estamos en mi alojamiento. *Madame* Resslich ha salido. Es una mujer que siempre anda de un lado para otro, pero buena persona, se lo aseguro… Es posible que le conviniera a usted si fuera más sensato. Y ahora, mire: tomo del pupitre este bono del cinco por ciento. Ya ve que me quedan muchos, pero éste voy a cambiarlo hoy. ¿Ha visto? Bueno, pues ahora no puedo perder más tiempo. Ahora se cierra el pupitre, se echa la llave a la puerta, y ya estamos nuevamente en la escalera. ¿Le parece que tomemos un coche? Porque, yo voy a las Islas. ¿No quiere darse un paseo? Tomaré éste hasta la isla de Elaguin. ¿Eh? ¿No quiere? ¿Ya no aguanta más? ¡Bah! Anímese y suba conmigo. Parece que va a llover. No importa: levantaremos la capota…

Svidrigáilov había subido ya al coche. Raskólnikov se dijo que, al menos de momento, sus sospechas estaban injustificadas. Sin contestar ni palabra, dio media vuelta y se dirigió de nuevo hacia la Sennáia. Si se le hubiera ocurrido mirar para atrás habría visto que, a los cien pasos, Svidrigáilov pagó al cochero y se apeó; pero él llegó a la esquina y torció por la otra calle. Una profunda repugnancia le impelía a alejarse de Svidrigáilov. «¿Cómo he podido yo esperar, ni por un instante, algo de ese malvado, de ese miserable depravado?», profirió casi en voz alta. Aunque, lo cierto es que Raskólnikov había emitido su juicio con una precipitación y una ligereza excesivas. En todo el comportamiento de Svidrigáilov había algo que, por lo menos, le infería cierta originalidad por no decir misterio. En lo referente a su hermana, Raskólnikov continuaba convencido de que Svidrigáilov no la dejaría en paz. Pero, le estaba resultando ya demasiado penoso e insoportable darle vueltas y más vueltas a todo ello en la cabeza.

Como de costumbre, a los veinte pasos de caminar solo cayó en una profunda cavilación. En el puente, se detuvo

junto al pretil y se puso a mirar el agua. Lo curioso es que Avdotia Románovna se encontraba muy cerca de él. Se había cruzado con ella a la entrada del puente, pero pasó de largo sin verla. Dúnechka, que nunca lo había encontrado por la calle en esa guisa, casi se sobresaltó. Se detuvo, sorprendida, sin saber si interpelarle o no.

En esto divisó a Svidrigáilov que acudía presuroso del lado de la Sennáia. Daba la impresión de que se acercaba con cautela. No se metió por el puente, sino que se detuvo a un lado, en la acera, procurando con todo afán que Raskólnikov no lo descubriera. Había visto ya a Dunia y le hacía señas. A la muchacha le pareció que con aquellas señas le rogaba que no llamara la atención de su hermano, que le dejara en paz y viniera al lado suyo. Así lo hizo: se deslizó junto a su hermano y fue hacia Svidrigáilov.

—Vámonos enseguida de aquí —murmuró Svidrigáilov—. No quiero que Rodión Románovich se entere de que nos hemos visto. Le advierto que acabo de pasar un rato con él aquí cerca, en una taberna adonde vino él a buscarme y me ha costado mucho trabajo deshacerme de él. De alguna manera se ha enterado de que le he mandado a usted una carta y algo sospecha. Me imagino que no se lo habrá dicho usted. Entonces, ¿quién habrá sido?

—Ya hemos doblado la esquina —le interrumpió Dunia—, y mi hermano no puede vernos. Le afirmo que no pasaré de aquí con usted. Dígame lo que sea. Puede explicarse en la calle.

—En primer lugar, esto no se puede contar en la calle; en segundo lugar, también tiene usted que escuchar a Sofía Semiónovna; en tercer lugar, he de mostrarle algunos documentos… Finalmente, si no acepta usted acompañarme, me niego a darle cualquier explicación y me retiro al instante. Y le ruego no olvide que un secreto muy particular de su amadísimo hermano se encuentra entre mis manos.

Dunia se detuvo, indecisa, y dirigió una mirada inquisitiva a Svidrigáilov.

—¿Qué teme usted? —observó él con calma—. Estamos en la ciudad y no en una aldea. Y bien sabe que allí me perjudicó a mí más que yo a usted. Conque, aquí…

—¿Está advertida Sofía Semiónovna?

—No, no le he dicho ni palabra y ni siquiera tengo la seguridad de que se encuentre ahora en casa. Aunque, es probable que sí. Hoy ha enterrado a su madrastra, así que no es día para andar de visitas. De momento, no quiero decirle nada a nadie y hasta me arrepiento de haberlo comentado con usted. En un caso como éste, la menor imprudencia equivale ya a una delación. Yo vivo aquí, en esta casa; ya hemos llegado. Este es el *dvornik* de nuestra casa y me conoce perfectamente. Fíjese cómo me saluda. Ha visto que vengo con una señora y se ha fijado en la cara de usted, desde luego; una garantía para usted si siente miedo y no se fía de mí. Disculpe si hablo tan hoscamente. Aquí estoy de realquilado. Sofía Semiónovna vive, también de realquilada, en el piso contiguo a éste. Toda la planta se compone de habitaciones alquiladas. ¿Por qué se asusta como una criatura? ¿Tan terrible soy?

El rostro de Svidrigáilov se contrajo en una sonrisa condescendiente, aunque no estaba para sonrisas. El corazón le latía violentamente y la respiración le oprimía el pecho. Hablaba deliberadamente más alto que de costumbre para disimular su creciente agitación. Pero Dunia no había llegado a advertir esa singular agitación: la había irritado demasiado la observación de que estaba asustada como una criatura y de que él no era tan terrible…

—Aun sabiendo que es usted un hombre… sin honor, no le tengo el menor miedo. Vaya delante —añadió, tranquila en apariencia, pero muy pálida.

Svidrigáilov se detuvo ante la puerta de Sonia.

—Permítame ver si está en casa. No, no está. ¡Mala suerte! Pero, sé que puede volver de un momento a otro. Si ha salido, será a visitar a una dama para lo de los niños. Como se ha muerto la madre… También he tomado yo parte en las gestiones. En el caso de que Sofía Semiónovna no haya regresado dentro de diez minutos, se la mandaré hoy mismo si quiere. Hemos llegado. Estas son las dos habitaciones que ocupo. Detrás de esta puerta están los aposentos de mi patrona, la señora Resslich. Ahora, asómese aquí y verá los documentos de que le hablaba: esta puerta de mi dormitorio da acceso a dos habitaciones que también suelen alquilarse, pero que se hallan totalmente vacías. Aquí las tiene, y le conviene fijarse con alguna atención…

Svidrigáilov ocupaba, efectivamente, dos habitaciones amuebladas bastante espaciosas. Dúnechka miraba a su alrededor con desconfianza, pero no advirtió nada de particular, ni en el mobiliario ni en la disposición de los aposentos, aunque algo podía chocar. Por ejemplo, que las habitaciones de Svidrigáilov se encontraban entre dos apartamentos casi deshabitados y no se accedía a ellas directamente desde el pasillo, sino a través de dos cuartos, casi vacíos también, de la patrona. Desde su dormitorio, Svidrigáilov mostró a Dunia, abriendo una puerta cerrada con llave, otro apartamento que estaba igualmente por alquilar e igualmente vacío. Dúnechka se detuvo en el umbral, sin comprender por qué la invitaba a pasar Svidrigáilov, pero éste se apresuró a explicar:

—Vea esta otra habitación grande. Fíjese en esta puerta cerrada con llave. Al lado hay una silla: el único mueble de estas dos habitaciones. La traje yo de mi apartamento para escuchar con mayor comodidad. Detrás de esa puerta está la mesa de Sofía Semiónovna, y sentados a esa mesa estuvieron hablando ella y Rodión Románovich mientras yo escuchaba, sentado en esta silla. Dos veladas seguidas y

durante un par de horas cada vez. Conque, tiempo tuve para enterarme de algo, ¿no le parece?

—¿Estuvo escuchando?

—Sí. Estuve escuchando. Ahora volvamos a mi apartamento porque aquí no hay dónde sentarse.

Condujo a Avdotia Románovna de vuelta a la primera de sus habitaciones, que le servía de sala, y le ofreció una silla. Él tomó asiento en el extremo opuesto de la mesa, casi a dos metros de distancia, pero probablemente brillaba ya en sus ojos el mismo fuego que tanto había asustado a Dúnechka antes, porque se estremeció y miró de nuevo a su alrededor con suspicacia. Fue un movimiento instintivo, ya que al parecer no quería mostrar desconfianza, pero finalmente le había chocado la ubicación aislada del apartamento de Svidrigáilov. Hubiera querido preguntar si por lo menos estaba la patrona en casa, pero no lo hizo… por amor propio. Además, le oprimía el corazón un sufrimiento incomparablemente mayor que la angustia por su propia seguridad.

—Aquí está su carta —comenzó dejándola sobre la mesa —. ¿Cómo puede ser posible lo que escribe en ella? Alude a un crimen que habría cometido mi hermano. Y lo hace con excesiva claridad para que ose retractarse ahora. Ha de saber que antes de que usted escribiera esto, ya me había llegado el rumor de esa estúpida historia y no creo ni una palabra de ella. Es una sospecha infame y ridícula. Conozco esa historia y cómo y por qué ha sido inventada. Usted no puede tener prueba alguna. Pero, ya que ha prometido demostrarlo, ¡hable! Aunque, sepa de antemano, que no lo creo. ¡No lo creo!

Dúnechka había hablado con vehemencia, atropelladamente, y el rubor inundó su rostro por un momento.

—Si no lo creyera, ¿cómo es posible que se hubiese arriesgado a venir sola a mi casa? ¿A qué ha venido? ¿Sólo por curiosidad?

—No me atosigue. Hable, ¡hable ya!

—No se puede negar que es usted una muchacha intrépida. Pensé que le pediría usted al señor Razumijin que la acompañara, palabra. Pero he visto, y me he fijado bien, que no venía con usted ni rondaba por allí. Eso supone valor y demuestra que quiere usted proteger a Rodión Románovich. La verdad, todo en usted es divino… En cuanto a su hermano, ¿qué puedo decirle? Usted acaba de verlo. ¿Qué le ha parecido?

—¿Y se basa en eso solamente?

—No. No me baso en eso, sino en sus propias palabras. Dos tardes seguidas vino aquí a ver a Sofía Semiónovna. Ya le he indicado dónde estaban sentados. Él se lo confesó todo. Es un asesino. Mató a una vieja prestamista, viuda de un funcionario, a quien había empeñado algunos objetos. Y mató también a una hermana de ésta, una prendera llamada Lizaveta, que entró fortuitamente cuando asesinaba a la otra. Las mató con un hacha que llevaba. Las mató para robar, y robó. Robó dinero y algunos objetos… Todo esto, palabra por palabra, se lo contó a Sofía Semiónovna, la única que conoce el secreto, aunque ella no fue cómplice, ni de hecho ni de palabra. Al contrario: se quedó horrorizada igual que usted ahora. Puede estar tranquila, que ella no lo delatará.

—¡Eso no puede ser! —murmuraba Dúnechka, jadeante, con los labios lívidos—. ¡No puede ser! No hay ni el más leve motivo, no lo hay… ¡Es mentira! ¡Mentira!

—El robo: ahí está el motivo. Robó dinero y objetos. Cierto que, según confesión propia, no hizo uso del dinero ni de los objetos, sino que lo enterró todo no sé dónde, debajo

de una piedra, y allí sigue. Pero eso fue porque no se atrevió a hacer uso de ellos.

—¿A quién le cabe en la cabeza que haya podido robar, saquear? ¡Ni pensarlo siquiera! —gritó Dunia y se levantó impetuosamente de la silla. Usted lo conoce, lo ha visto. ¿Le parece que puede ser un ladrón?

Parecía suplicar a Svidrigáilov, olvidada de todo su temor.

—Aquí, Avdotia Románovna, hay miles e incluso millones de combinaciones y posibilidades. El ladrón roba y, para sus adentros, sabe que es un canalla. Sin embargo, he oído hablar de un hombre digno que asaltó una estafeta de Correos. ¿Quién sabe si no estaría pensando que cometía una acción digna? Por supuesto, yo como usted tampoco me lo habría creído si alguien me lo hubiese contado. Pero a mis propios oídos tuve que darles crédito. A Sofía Semiónovna le expuso también todos sus motivos. Tampoco ella quería dar crédito a sus oídos al principio; pero finalmente bien tuvo que dar crédito a sus propios ojos, puesto que se lo dijo él mismo.

—Pero, ¿qué motivos...?

—Sería largo de contar, Avdotia Románovna. Se trata, ¿cómo le diría yo?, de una especie de teoría; algo parecido, por ejemplo, a lo que me hace considerar a mí que una mala acción aislada es permisible cuando el objetivo principal es bueno. ¡Una única mala acción y cien buenas! Naturalmente, también tiene que ser vejatorio para un joven de talento, con una ambición desmedida, saber que, con poseer tan sólo tres mil rublos, por ejemplo, toda su carrera y toda su vida futura tomarían un rumbo distinto... y no tener esos tres mil rublos. Añada a esto la irritación que produce pasar hambre, vivir en un cuchitril, llevar ropa andrajosa, tener conciencia clara de su posición social y también de la posición de la hermana y la madre. Y, por encima de todo, la vanidad, el orgullo y la vanidad; aunque,

quién sabe si no tiene buenas cualidades también. Por favor, no vaya usted a creer que yo le culpo. No es cosa mía. También ha jugado su papel esa pequeña teoría suya, un tanto extraña, la verdad, según la cual el conjunto de las personas se divide, ya ve usted, en materia corriente y en seres especiales, es decir, seres para quienes las leyes no rigen debido a su condición superior y que, por el contrario, son los que dictan las leyes al resto de las personas, a la materia corriente, a la basura. Vaya teoría, ¿eh? En fin, *une théorie comme une autre*[149]. A su hermano, le fascinó Napoleón; en realidad, le fascinó el hecho de que muchos genios no se han detenido ante una mala acción aislada, sino que han pasado por encima sin vacilación. Me parece que también él se ha imaginado ser un genio o, por lo menos, tal ha sido su convicción durante algún tiempo. Ha padecido mucho, y aún padece, de pensar que ha sido capaz de elaborar la teoría, sí, pero no de pasar por encima del mal sin vacilación y, por consiguiente, él no es un genio. Y eso, claro, es humillante para un joven con amor propio, sobre todo en nuestros días…

—¿Y el remordimiento? ¿Va usted a negarle todo sentimiento moral? ¿Acaso piensa que es así?

—¡Ay, Avdotia Románovna! Ahora, todo es confusión; aunque, la verdad es que tampoco han estado nunca las cosas muy claras. Los rusos somos gente de amplias miras, tan amplias como nuestra tierra, y muy proclives a lo fantástico y lo desordenado; lo malo es cuando estos rasgos no tienen el respaldo de un genio auténtico. Recuerde lo mucho que hemos hablado usted y yo, a solas, sobre cosas por el estilo y sobre el mismo tema, sentados en la terraza del jardín después de cenar. Precisamente me reprochaba usted esa amplitud. ¿Quién sabe si no hablábamos de ello justamente cuando él estaba aquí dándole vueltas a sus cavilaciones? Tenga usted en cuenta que en nuestra

sociedad cultivada no existen tradiciones especialmente sagradas. Si acaso, alguien se hace más o menos una idea a través de los libros… o descubre algo en las crónicas antiguas. Pero, generalmente, se trata de eruditos, gente de origen oscuro en cierto modo; conque, para un hombre de mundo, resultaría hasta indecoroso ocuparse de eso. Usted ya conoce mis opiniones: yo no culpo absolutamente a nadie. Soy un hombre ocioso y a ello me atengo. En fin, ya hemos hablado varias veces de lo mismo. Incluso tuve la fortuna de que mis opiniones suscitaran su interés… Está usted muy pálida, Avdotia Románovna.

—Conozco esa teoría de mi hermano. He leído en una revista un artículo suyo sobre las personas a quienes todo les está permitido… Me lo trajo Razumijin.

—¿El señor Razumijin? ¿Un artículo de su hermano? ¿En una revista? ¿Existe ese artículo? No lo sabía. ¡Sí que debe de ser curioso! Pero, ¿a dónde va, Avdotia Románovna?

—Quisiera ver a Sofía Semiónovna —profirió Dúnechka con voz débil—. ¿Cómo se va a su cuarto? Quizá haya regresado ya. Quiero verla ahora mismo. Que ella…

Literalmente sin aliento, no pudo concluir la frase…

—Sofía Semiónovna no volverá hasta la noche. Eso creo yo. Debía regresar enseguida o, de lo contrario, ya muy tarde…

—¡Qué manera de mentir! Ya veo que has mentido… que has estado mintiendo todo el tiempo… ¡No te creo! ¡No! ¡No te creo! —gritaba Dúnechka fuera de sí, perdiendo totalmente la cabeza.

Casi desmayada, se dejó caer en una silla que Svidrigáilov se apresuró a acercarle.

—¡Avdotia Románovna! ¿Qué le ocurre? ¡Repóngase! Aquí tiene agua. Tome un sorbo…

Le salpicó un poco de agua a la cara. Dunia se estremeció recobrándose.

«¡Sí que le ha hecho efecto!», murmuró Svidrigáilov para sus adentros frunciendo el ceño.

—¡Cálmese, Avdotia Románovna! Sepa que su hermano tiene amigos. Lo salvaremos, le echaremos una mano. ¿Quiere que me lo lleve al extranjero? Tengo dinero, puedo gestionar el billete en tres días. Y, lo de haber matado, eso podrá expiarlo haciendo muchas cosas buenas. ¡Cálmese! Aún puede llegar a ser un gran hombre. Vamos, ¿qué le ocurre? ¿Cómo se encuentra usted?

—¡Mala persona! Todavía se burla. Deje que me vaya…

—¿A dónde va? ¿A dónde va usted?

—Voy en su busca. ¿Dónde está? ¿Usted lo sabe? ¿Por qué no se abre esta puerta? Hemos entrado por ella y ahora está cerrada con llave. ¿Cuándo se las ha ingeniado para echar la llave?

—No era cosa de que se enteraran por todo el piso de lo que hemos hablado aquí. Y no me burlo en absoluto. Lo que ocurre es que estoy harto de hablar este lenguaje. ¿A dónde va usted en ese estado? ¿Acaso quiere delatarlo? Lo hará él mismo si lo lleva hasta la exasperación. Porque ha de saber usted que ya está vigilado, que han encontrado ya una pista. Lo que haría usted así es delatarlo. Espere. Yo lo he visto y he hablado con él hace un rato. Aún es posible salvarlo. Espere un poco, siéntese y vamos a pensar juntos. Para eso le pedí esta entrevista, para hablar de esto a solas y pensarlo todo bien. Pero, siéntese.

—¿De qué modo podría usted salvarlo? ¿Acaso es posible?

Dunia se sentó y Svidrigáilov también tomó asiento a su lado.

—Todo depende de usted, de usted y solamente de usted —comenzó con ojos fulgurantes, casi en un susurro y tan agitado que tartamudeaba y se comía parte de las palabras.

Asustada, Dunia se apartó de él, que estaba todo trémulo.

—Usted… Una palabra suya, y su hermano está salvado. Yo… yo lo salvaré. Tengo dinero, tengo amigos… Puedo hacer que salga inmediatamente del país. Yo también sacaré un pasaporte, sacaré dos pasaportes. Uno para él y otro para mí. Tengo amigos, conozco a gente influyente… ¿Quiere? También sacaré pasaporte para usted… y para su madre… ¿Qué falta le hace Razumijin? Yo la amo también… La amo infinitamente. ¡Déjeme besar el borde de su vestido! ¡Déjeme, déjeme! No puedo escuchar el susurro que hace. Mándeme hacer lo que sea, y lo haré. Cualquier cosa. Lo imposible. Creeré en lo que usted crea. ¡Haré todo lo que quiera, todo! Pero, ¡no me mire así! Me está matando…

Estaba a punto de desvariar. Algo le había sucedido de pronto, como si un ramalazo le nublara la mente. Dunia se levantó de un salto y corrió a la puerta.

—¡Abran! ¡Abran, por favor! —gritaba a través de la puerta, golpeándola con las manos, llamando a alguien—. ¡Abran esta puerta! Pero, ¿es que no hay nadie?

Svidrigáilov se levantó a su vez, algo recobrado. Una sonrisa malvada y sarcástica afloraba lentamente a sus labios todavía trémulos.

—No hay nadie en toda la casa —profirió en voz baja y pausada—. La patrona ha salido y es inútil gritar de ese modo. Lo único que va a conseguir es soliviantarse en vano.

—¿Dónde está la llave? Abra ahora mismo esta puerta. ¡Ahora mismo, so canalla!

—¿La llave? La he perdido y no logro encontrarla.

—¡Ah! ¡Esto es hacerme violencia! —lanzó Dunia, pálida como la cera; corrió hacia un rincón y se protegió con una mesita que halló al paso. No gritaba, pero tenía los ojos clavados en su enemigo, acechando cada uno de sus movimientos. Pero Svidrigáilov estaba quieto frente a ella, en el extremo opuesto de la habitación. Se había dominado,

al menos en apariencia, aunque su rostro continuaba pálido. Su sonrisa sarcástica no había desaparecido.

—Ha dicho usted «violencia», Avdotia Románovna. Si se trata de hacerle violencia, ya podrá comprender que he tomado mis medidas. Sofía Semiónovna no está en casa. Los Kapernaúmov están muy lejos: de aquí hasta ellos, hay cinco habitaciones cerradas. Finalmente, yo soy por lo menos el doble de fuerte que usted y no tengo nada que temer porque usted tampoco podrá quejarse después: ¿no querrá traicionar a su hermano, verdad? Además, ¿quién iba a creerla? ¿A santo de qué iba a ir una muchacha, sin nadie que la acompañe, a casa de un hombre que vive solo? De manera que, aun sacrificando a su hermano, tampoco conseguiría demostrar nada. La violencia es una cosa muy difícil de demostrar, Avdotia Románovna.

—¡Miserable! —murmuró Dunia indignada.

—Como quiera. Pero, tenga en cuenta que, hasta ahora, sólo he hablado en hipótesis. Tengo la profunda convicción de que está usted en lo cierto: la violencia es odiosa. Hablaba en el sentido de que no tendría por qué remorderle la conciencia aun en el caso… aun en el caso de que usted accediera a salvar a su hermano voluntariamente, por el procedimiento que yo sugiero. Significaría que había cedido sencillamente a las circunstancias… o la violencia, en fin de cuentas, si no se puede prescindir de esa palabra. Piénselo: la suerte de su hermano y la de su madre están en sus manos. En cuanto a mí, yo seré su esclavo… toda la vida… La espero aquí.

Svidrigáilov tomó asiento en el sofá a unos ocho pasos de Dunia. A ella, no le quedaba ya ni la menor duda en cuanto a la firme decisión del hombre. Además, lo conocía… De pronto sacó un revólver del bolsillo, lo amartilló y apoyó en la mesita la mano con el arma. Svidrigáilov se levantó de un salto.

—¡Vaya! ¡Miren ustedes! —gritó sorprendido, pero con una sonrisa malvada—. Esto cambia completamente las cosas. Usted misma me lo pone todo mucho más fácil, Avdotia Románovna. ¿De dónde ha sacado usted un revólver? ¿No se lo habrá dado el señor Razumijin? ¡Anda! Pero, ¡si es el mío! ¡Un viejo amigo! ¡Lo que pude buscarlo por todas partes! De manera que las lecciones de tiro que tuve el honor de darle allá en la finca no han sido inútiles.

—Este revólver no es tuyo. Era de Marfa Petrovna, a quien tú has matado, miserable. En aquella casa no había nada que te perteneciera. Yo lo cogí cuando empecé a sospechar de lo que eres capaz. Si das un solo paso, juro que te mato.

Dunia estaba fuera de sí y tenía el revólver amartillado.

—¿Y qué hay del hermano? Lo pregunto por curiosidad —dijo Svidrigáilov sin moverse del sitio.

—Delátale si quieres. ¡No te muevas! No te acerques o disparo. Tú envenenaste a tu mujer. Lo sé. Tú sí que eres un asesino…

—¿De veras cree que yo envenené a Marfa Petrovna?

—¡Tú sí! Tú mismo me lo diste a entender…, me hablaste de veneno… Yo sé que fuiste a comprarlo… lo tenías todo preparado… Seguro que fuiste tú, ¡canalla!

—Aun en el supuesto de que fuera verdad, lo habría hecho por ti… Tú habrías sido, al fin y al cabo, la causa.

—¡Mentira! Yo siempre te odié, ¡siempre!

—¡Quia! Usted parece haberse olvidado, Avdotia Románovna, de que en el ardor de sus prédicas ya sentía cierta inclinación… se iba ablandando ya… Yo se lo notaba en los ojos. ¿Recuerda aquella vez, cuando charlábamos a la luz de la luna y cantaba el ruiseñor?

—¡Mentira! —los ojos de Dunia refulgieron de rabia—. ¡Es una calumnia, embustero!

—¿Que miento? Bueno, pongamos que miento. He mentido. A las mujeres, no se les deben recordar estas cosas.

—Sonrió—. Ya sé que eres capaz de disparar, fierecilla bonita. Pues, ¡dispara!

Dunia levantó el revólver y, lívida, con el labio inferior descolorido y trémulo, con los grandes ojos negros llameantes, lo miró, decidida, calculando la distancia y a la espera de que hiciese el menor movimiento. Nunca la había visto Svidrigáilov tan hermosa. El fuego que lanzaban sus ojos cuando alzó el revolver pareció abrasarlo y su corazón se oprimió dolorosamente. Dio un paso y resonó un disparo. La bala resbaló por sus cabellos y fue a clavarse en la pared, a su espalda. Se detuvo y rió calladamente.

—Me ha picado una avispa. Me apuntaba a la cabeza. ¿Qué es esto? Sangre.

Sacó un pañuelo para restañar el hilillo de sangre que le corría por la sien derecha. Al parecer, la bala le había levantado un poco la piel. Dunia había bajado el revólver y contemplaba a Svidrigáilov, no podría decirse que con espanto, pero sí con feroz perplejidad. Como si ya no comprendiera lo que había hecho ni lo que estaba ocurriendo.

—¡Falló el tiro! Dispare otra vez. Espero —profirió Svidrigáilov en voz baja y sonriendo todavía, pero ya sombríamente—. Si sigue así, me dará tiempo de caer sobre usted antes de que levante el gatillo.

Dunia se estremeció, montó rápidamente el revólver y lo levantó de nuevo.

—¡Déjeme! —pronunció desesperada—. Le juro que volveré a disparar… ¡Lo… mataré!

—Claro… a tres pasos, no le costará hacerlo. Pero, si no me mata… entonces… —Los ojos de Svidrigáilov refulgieron. Avanzó dos pasos más.

Dúnechka apretó el gatillo, pero no sonó el disparo.

—Está mal cargado. No importa. Aún queda una bala. Compruébelo. Yo espero.

A dos pasos de ella, aguardaba y la observaba con mirada dura, arrebatada por la pasión, que expresaba una resolución feroz. Dunia comprendió que estaba dispuesto a morir antes que dejarla ir. «Y… ahora, a dos pasos, claro que puedo matarlo…».

De repente, tiró el revólver al suelo.

—¡Lo ha tirado! —pronunció Svidrigáilov sorprendido y respiró hondo. Fue como si, de golpe, sintiera el corazón aliviado, y no sólo del peso del temor a la muerte que, posiblemente, ni siquiera experimentaba en ese momento. Se había librado de un sentimiento distinto, más acerbo y lúgubre, que no habría podido definir en toda su amplitud.

Se acercó a Dunia y la abrazó suavemente por la cintura. La muchacha no se resistía, pero temblaba como la hoja en el árbol y lo miraba con ojos suplicantes. Él quiso decir algo, y sólo pudo crispar los labios sin pronunciar ni una palabra.

—Deja que me vaya —imploró Dunia.

Svidrigáilov se estremeció: el tuteo no tenía ya el matiz de antes.

—Conque… no me quieres —pronunció en voz baja.

Dunia denegó con la cabeza.

—¿Y… no podrías? ¿Nunca? —murmuró desesperado.

—¡Nunca! —contestó Dunia en el mismo tono.

Transcurrió un instante de lucha muda y atroz en el corazón de Svidrigáilov. Contemplaba a la muchacha con expresión inefable. De pronto retiró el brazo, dio media vuelta, fue rápidamente hacia la ventana y allí se quedó, de espaldas al cuarto.

Transcurrió otro instante.

—Aquí está la llave —la sacó del bolsillo izquierdo del gabán y la dejó sobre la mesa que tenía detrás, sin volverse ni mirar a Dunia—. Tómela y váyase enseguida…

Continuaba mirando por la ventana.

—¡Váyase! ¡Váyase! —repitió.

No se había movido y seguía de espaldas, pero en aquel «váyase» vibraba una nota terrible.

Dunia comprendió, agarró la llave, corrió a la puerta, la abrió con premura y escapó del cuarto. Un momento después, como loca, fuera de sí, llegó al malecón del canal y echó a correr hacia el puente Voznesenski.

Svidrigáilov permaneció dos o tres minutos más de cara a la ventana. Al fin se volvió lentamente, miró en torno y se pasó una mano por la frente. Una extraña sonrisa crispaba su rostro: la sonrisa lamentable, patética y débil de la desesperación. Retiró la mano algo manchada por la sangre casi seca. La miró con rabia. Luego humedeció una toalla y se lavó bien la sien. De pronto descubrió el revólver, que había ido a parar cerca de la puerta cuando Dunia lo arrojó al suelo. Lo recogió y lo observó. Era un pequeño revólver de bolsillo, ya anticuado, de tres tiros. En el tambor quedaban dos casquillos y un proyectil. Se podía hacer un disparo más. Reflexionó un poco, se guardó el revólver en el bolsillo, tomó su sombrero y salió.

VI



ODA aquella velada, hasta las diez de la noche, se la pasó Svidrigáilov rodando por tabernas y antros. En uno de ellos tropezó de nuevo con Katia, que le cantó otra de sus coplas arrabaleras acerca de cierto «miserable y tirano» que «… se puso a besar a Katia».

Svidrigáilov convidó a beber a Katia, al chico del organillo, a cantantes y camareros y a un par de escribientes. Había incluido a los dos escribientes en la ronda porque ambos tenían la nariz torcida, el uno hacia la derecha y el otro hacia la izquierda, y esta circunstancia le llamó la atención. Ellos acabaron por llevárselo a un jardín de recreo cuya entrada les pagó. Todo el jardín consistía en un abeto enclenque de tres años y tres arbustos, amén de un *Vauxhall*[150], que en realidad sólo era una tasca con unos cuantos veladores y sillas verdes, donde también se podía tomar té. Entretenían al público un coro detestable y un alemán de Munich, borracho, una especie de payaso con la nariz colorada y aire muy melancólico. Los escribientes armaron bronca con otros escribientes y casi llegaron a las manos. Eligieron a Svidrigáilov para que arbitrara su disputa. Estuvo escuchándoles cosa de un cuarto de hora, pero gritaban tanto que no había manera de entender nada. Lo más probable era que uno de ellos había robado una cuchara, ingeniándoselas para vendérsela a

renglón seguido a un judío que andaba por allí, y luego no quiso compartir la ganancia con su compañero. Finalmente, se aclaró que el objeto robado era una cucharilla propiedad del *Vauxhall*. Descubierto el hurto, el asunto comenzó a ponerse feo. Svidrigáilov pagó el importe de la cucharilla, se levantó y abandonó el jardín. Eran alrededor de las diez. En todo ese tiempo, Svidrigáilov no había tomado ni una gota de alcohol. Incluso en el jardín se había limitado a pedir té, y eso por no desentonar. La noche era oscura y bochornosa. A eso de las diez comenzaron a acudir nubes de todas partes, sonó un trueno y descargó la lluvia a torrentes. El agua no caía a gotas, sino que azotaba la tierra a chorros. Los relámpagos se sucedían sin interrupción y se podían contar hasta cinco en cada descarga. Svidrigáilov llegó a su casa calado hasta los huesos, echó la llave a la puerta, abrió el pupitre, sacó todo el dinero que allí guardaba y rompió dos o tres papeles. Luego, al guardarse el dinero en el bolsillo pensó cambiarse de ropa, pero se encogió de hombros al mirar por la ventana y escuchar el fragor de la tormenta y la lluvia; tomó su sombrero y salió sin cerrar la puerta con llave.

Desde allí, fue derecho a casa de Sonia. La muchacha había vuelto, pero no estaba sola, sino rodeada de los cuatro niños de los Kapernaúmov y tomando té con ellos. Recibió a Svidrigáilov callada y respetuosamente y, aunque miró con asombro su ropa empapada, no hizo ningún comentario. Los niños escaparon al instante con un terror indescriptible.

—Es posible que me vaya a América, ¿sabe usted, Sofía Semiónovna? —dijo Svidrigáilov—. Y ya que nos vemos probablemente por última vez, he venido a disponer algunas cosas. Ha visto usted a esa señora esta mañana, ¿verdad? No necesita repetirme lo que le ha dicho porque lo sé. —Sonia inició un movimiento, ruborizada—. Las personas de esa clase tienen su modo de ver las cosas. Sus hermanitos,

las dos niñas y el niño, quedan en efecto bien colocados. En cuanto al dinero destinado a cada uno, lo he depositado en manos seguras y a cambio de los correspondientes recibos. Esos recibos, lo mejor será que los guarde usted, por si acaso. Aquí están. Asunto zanjado. Ahora, tenga estos tres bonos del cinco por ciento cuyo valor es de tres mil rublos. Tómelos. Estos son para usted. Oiga usted lo que oiga, que esto quede entre nosotros y que nadie se entere. Le harán falta porque no está bien que siga viviendo como hasta ahora ni tiene necesidad de hacerlo.

—Ha sido tanta su generosidad para con nosotros, con los huérfanos y con la difunta —se apresuró a replicar Sonia—, que si hasta ahora no le he expresado bastante mi gratitud, crea usted…

—Basta. Deje eso.

—En cuanto a este dinero, se lo agradezco mucho, Arkadi Ivánovich, pero ahora no lo necesito. Yo siempre podré mantenerme, y no lo tome por ingratitud. Pero, si tan generoso es usted, ese mismo dinero…

—Es para usted, Sofía Semiónovna; para usted. Y vamos a dejarnos de discusiones porque no tengo tiempo para ellas. Ese dinero le hará falta. Rodión Románovich sólo tiene dos salidas: un tiro en la cabeza o la Vladímirovka[151]. —Sonia lo miró horrorizada y se estremeció—. No se preocupe: lo sé todo porque me lo ha contado él mismo; pero, yo no soy parlanchín. No se lo diré a nadie. Lo que le ha sugerido usted de que se presente voluntariamente a la policía y confiese es un buen consejo. Sería lo más conveniente para él. Y si le toca echar a andar por la Vladímirovka, usted lo seguirá, ¿verdad? ¿Verdad que sí? Siendo así, necesitará dinero. Lo necesitará para él, ¿me entiende? Además, le ha prometido usted a Amalia Ivánovna pagarle lo que se le debe. La oí a usted cuando se lo dijo. Pero, Sofía Semiónovna, ¿cómo se echa encima tantas obligaciones con

esa ligereza? Quien le ha dejado a deber dinero a esa alemana ha sido Katerina Ivánovna y no usted. Si un día, pongamos que hoy o mañana, le preguntan por mí o algo acerca de mí, y le preguntarán, no mencione que he venido ahora a verla ni menos aún le enseñe a nadie ese dinero ni diga que se lo he dado yo. Bueno, adiós. —Se levantó—. Recuerdos a Rodión Románovich. A propósito: de momento, dele a guardar ese dinero al señor Razumijin. ¿Conoce al señor Razumijin? Sí, claro. No es mal chico. Lléveselo mañana o… cuando se presente la ocasión. Y, entre tanto, escóndalo bien.

Sonia también se levantó precipitadamente y lo miró asustada. Habría querido decirle algo, preguntarle algo, pero al pronto no se atrevió ni sabía cómo empezar.

—¿Y cómo… cómo va usted a marcharse ahora, con esta lluvia?

—Cuando se planea un viaje a América, no es cosa de temerle a la lluvia, ¡je, je! ¡Adiós, Sofía Semiónovna, querida! Le deseo una larga vida y sé que ayudará a mucha gente. A propósito… dígale al señor Razumijin que le mando saludos. Dígaselo así: que Arkadi Ivánovich Svidrigáilov le manda saludos. No deje de hacerlo.

Salió, dejando a Sonia sorprendida, asustada y presa de un vago y triste presentimiento.

Luego se supo que, a las once pasadas de aquella misma noche, realizó otra visita de lo más excéntrica e inesperada. Eran las once y veinte cuando entró, todo empapado, en el exiguo apartamento que ocupaban los padres de su novia en la línea Tercera[152], esquina a la avenida Mali, en la isla Vasílievski. Tuvo que llamar un buen rato y su aparición produjo, al principio, gran confusión. Pero como Arkadi Ivánovich era, cuando se lo proponía, un hombre de modales encantadores, pronto disipó la hipótesis inicial, y por cierto muy aguda, de los prudentes progenitores de su prometida

de que se había emborrachado ya en alguna parte y no sabía por dónde se andaba. La benévola y sensata madre de la novia trajo al padre impedido en su sillón y, según su costumbre, inició una serie de preguntas que no tenían nada que ver, ni por lo más remoto, con aquella situación. Porque la buena señora no hacía nunca preguntas directas; primero sonreía, se frotaba las manos y luego, si necesitaba enterarse de algo a ciencia cierta —por ejemplo, para cuándo deseaba Arkadi Ivánovich fijar la fecha de la boda—, empezaba preguntando con gran curiosidad, casi con avidez, acerca de París y la vida de su corte para llegar con muchos rodeos a la línea Tercera de la isla Vasílievski. En otro momento, por supuesto, este proceder habría inspirado mucho respeto; pero Arkadi Ivánovich manifestó esta vez singular impaciencia y expresó el rotundo deseo de ver a su prometida, aunque desde el primer instante se le hizo saber que ya estaba acostada. Claro que la joven se presentó al fin y Arkadi Ivánovich la informó de que circunstancias perentorias le obligaban a ausentarse de San Petersburgo, razón por la cual le traía quince mil rublos en plata y papel moneda, rogándole aceptara el presente, pues hacía tiempo que había decidido ofrecerle aquella insignificancia antes de la boda. Estas explicaciones no revelaban un vínculo muy lógico entre el regalo, su partida inmediata y la absoluta necesidad de presentarse bajo un chaparrón y a medianoche; pero la cosa pasó, sin mayor dificultad. Y hasta las inevitables exclamaciones de asombro, las preguntas y los aspavientos bajaron de pronto a un tono de lo más moderado y sobrio. Las palabras de gratitud, en cambio, fueron ardientes y hasta tuvieron el sello de las lágrimas de la más sensata de las madres. Arkadi Ivánovich se levantó riendo, besó a su prometida, le dio una palmadita en la mejilla, confirmó que pronto regresaría y, al advertir en sus ojos, además de la curiosidad pueril, una pregunta tácita

muy seria, reflexionó un poco, volvió a besarla y entonces sintió verdadera contrariedad al pensar que su regalo quedaría inmediatamente guardado bajo llave por la más sensata de las madres. Se marchó dejando a todos en un estado de suma excitación. La tierna madre aclaró enseguida, en voz baja y atropelladamente, algunas vaguedades. Dijo que Arkadi Ivánovich era una persona importante, un hombre de negocios bien relacionado, rico; que podía permitirse emprender un viaje o regalar dinero cuando se le antojara sin que hubiera que asombrarse por ello. Era extraño, sí, que se presentara calado de pies a cabeza; pero los ingleses, por ejemplo, eran todavía más excéntricos y, además, toda esa gente de campanillas se cuidaba muy poco de lo que se dijera de ella y no se andaba con cumplidos. Hasta era posible que se presentara así a propósito, para demostrar que no le preocupaba el juicio de los demás. Lo esencial era no decirle a nadie ni palabra de todo aquello porque Dios sabía lo que podría resultar todavía. Por fortuna, Fedosia, la criada, no había asomado por allí. Sobre todo, mucho ojo con contarle nada de aquello, lo que se dice nada, a esa mangante de la Resslich. Y así sucesivamente. Allí se quedaron marido y mujer cuchicheando hasta las dos de la madrugada. La novia había vuelto a acostarse mucho antes, perpleja y un poco triste.

Mientras tanto, y justo a medianoche, Svidrigáilov cruzaba el puente Tuchkov dirigiéndose hacia el barrio Petersbúrgskaia. Había cesado la lluvia, pero soplaba el viento, y él empezó a tiritar. Hubo un momento en que contempló el agua negra del Pequeño Nevá con mirada singularmente curiosa y hasta inquisitiva. Pero, pronto le pareció que hacía mucho frío cerca del agua, dio media vuelta y enfiló la avenida Bolshoi. Anduvo un buen rato, casi media hora, por aquella avenida interminable, y más de una vez tropezó en los tablones de la acera, buscando algo con

mucho afán en la parte de la derecha. Hacía poco que, al pasar por allí en coche, había visto, ya al final de la avenida, un edificio de madera, bastante grande, que era un hotel llamado Adrianopolis, si no recordaba mal. No se había equivocado: en aquel barrio apartado, el hotel saltaba tanto a la vista que era imposible no dar con él, incluso en la oscuridad. Era un edificio largo, de madera renegrida, donde a pesar de la hora avanzada se veían luces y se notaba cierta animación. Entró y pidió una habitación al camarero andrajoso que lo recibió en el pasillo. El camarero miró a Svidrigáilov, se despabiló y lo condujo a una habitación, exigua y mal ventilada, que había al final del pasillo, en un rincón debajo de la escalera. Era la única que quedaba libre. El camarero andrajoso lo miró, interrogante.

—¿Hay té? —preguntó Svidrigáilov.

—Puedo traérselo.

—¿Y de comer?

—Ternera, *vodka*, entremeses.

—Tráeme ternera y té.

—¿No desea nada más? —preguntó el camarero algo perplejo.

—Nada más, nada más.

El camarero andrajoso salió, muy decepcionado.

«Parece el sitio adecuado —pensó Svidrigáilov—. Es extraño que yo no lo conociera. Yo debo de tener el aire de alguien que vuelve de algún café cantante y ha tenido ya un lance por el camino. Sería curioso saber quién se aloja y pernocta en un sitio como éste».

Encendió una vela y examinó con detenimiento el cuarto, tan exiguo que apenas si podía Svidrigáilov moverse en él. Tenía una sola ventana, el suelo de tablas, y ocupaban casi todo el espacio una cama bastante sucia, una mesa de madera pintada y una silla. Las paredes, que parecían de tablas, estaban cubiertas de un papel mugriento, tan roto y

ajado que, si bien el color amarillo podía adivinarse todavía, no se distinguía ya nada del dibujo. El techo cortaba oblicuamente una de las paredes, como sucede en las buhardillas, porque la escalera pasaba por allí. Svidrigáilov dejó la palmatoria encima de la mesa, se sentó en la cama y se puso a cavilar. Pero al cabo de un rato le llamó la atención un extraño murmullo ininterrumpido, que a veces se convertía casi en grito; llegaba desde el cuartucho contiguo y no había cesado desde que él entró en el suyo. Prestó oído: alguien reprendía a otra persona y le hacía reproches casi llorando, pero sólo se escuchaba una voz. Svidrigáilov se levantó, hizo pantalla a la vela con la mano y enseguida descubrió una rendija luminosa en la pared. Se acercó a mirar. En la otra habitación, algo mayor que la suya, había dos hombres. Uno de ellos, en mangas de camisa, con el pelo muy rizoso y la cara roja congestionada, había adoptado una postura de orador. Con las piernas separadas para mantener el equilibrio y dándose golpes en el pecho, le reprochaba patéticamente al otro el ser un mendigo que no tenía ni el más mísero empleo; que él lo había sacado del arroyo y podía volverle al mismo sitio cuando le viniera en gana sin más testigo que el Todopoderoso. El objeto de los reproches estaba sentado en una silla con todo el aire de quien quiere estornudar y no puede. De vez en cuando alzaba hacia el orador una mirada apagada de cordero, aunque evidentemente no tenía ni la menor idea de a qué aludía el otro y hasta es posible que ni le oyera. Encima de la mesa, donde se consumía una vela, había una garrafita de *vodka* casi vacía, copas, pan, pepinos y vasos con restos de té. Después de observar aquel cuadro, Svidrigáilov se apartó de la rendija con indiferencia y volvió a sentarse en la cama.

Al traerle el té y la ternera, el camarero andrajoso no pudo resistir la tentación de preguntarle de nuevo si no

deseaba algo más y, al recibir otra negativa, se retiró definitivamente.

Para entrar en calor, Svidrigáilov empezó por tomarse un vaso de té, pero no pudo probar bocado: había perdido totalmente el apetito. Parecía que empezaba a tener fiebre. Se quitó el gabán y la chaqueta y se acostó en la cama envuelto en el edredón. Estaba contrariado. «En esta ocasión, habría preferido encontrarme sano», pensó, y sonrió con ironía. El ambiente del cuarto estaba enrarecido, la vela ardía mal, fuera soplaba el viento y un ratón roía en alguna parte. La verdad era que toda la habitación parecía oler a ratones y como a curtidos. Los pensamientos de Svidrigáilov se sucedían como ensoñaciones, y él hubiera querido fijar su imaginación en algo particularmente. «Se conoce que hay algún jardín al pie de la ventana —pensó—. Se oye el rumor de los árboles. ¡Qué poco me gusta el rumor de los árboles en la oscuridad de la noche cuando hay tormenta! ¡Qué sensación más desagradable!...». Y recordó que hasta le había causado un repeluzno aquel rumor al pasar poco antes por el parque Petrovski. Por asociación de ideas recordó también el puente Tuchkov y el Pequeño Nevá y creyó sentir frío como entonces, junto al agua. «Nunca en la vida me ha gustado el agua, ni siquiera en los paisajes —pensó de nuevo, y de pronto volvió a sonreír sarcásticamente a una extraña idea—. Ahora que no deberían importarme gran cosa las cuestiones de estética y confort es cuando me parece que me estoy volviendo más exigente, lo mismo que un animal busca un lugar a propósito... en caso semejante. Debí meterme precisamente por el parque Petrovski. Me pareció que estaba oscuro, que hacía frío, ¡je, je! ¡Como si ahora necesitara sensaciones agradables! Y, a todo esto, ¿por qué no apago la vela? —La apagó—. Los de al lado se han acostado —se dijo al no ver luz por la rendija—. Ahora es cuando debía presentarse usted, Marfa Petrovna: estamos

a oscuras, el sitio es adecuado y el momento original. Pero, justamente ahora es cuando no vendrá…».

En esto, le acudió a la mente cómo había recomendado a Raskólnikov, una hora antes de llevar a cabo su designio contra Dúnechka, que confiase la protección de su hermana a Razumijin. «En realidad, es posible que lo dijera para encorajinarme yo mismo, y así lo adivinó Raskólnikov. ¡Valiente bribón está hecho el tal Raskólnikov! ¡Y buena se ha echado encima! Puede llegar a ser un pillo de marca mayor cuando se le pasen todas las bobadas que le llenan la cabeza; pero, ahora, tiene unas ganas *excesivas* de vivir. En ese sentido, los tipos como él son de cuidado. ¡Bah, al demonio con él! Puede hacer lo que le dé la gana. ¿A mí qué me importa?».

No lograba conciliar el sueño. Poco a poco se le fue apareciendo la imagen de Dúnechka tal y como la había visto aquella tarde, y de pronto le corrió un escalofrío por todo el cuerpo. «No, no. Eso, tengo que olvidarlo ahora —pensó, recobrándose—. Necesito pensar en otra cosa. Es gracioso, pero, aunque parezca extraño, nunca le he tenido mucho odio a nadie y ni siquiera he experimentado nunca de modo especial el deseo de venganza. Y eso es mala señal, ¡muy mala! Tampoco me ha gustado nunca discutir ni acalorarme. ¡Otra mala señal! ¡Hay que ver todo lo que le prometí a Avdotia Románovna esta tarde! ¿Quién sabe si no me hubiera hecho ella cambiar?». Apretó los dientes porque se le había aparecido otra vez la imagen de Dunia exactamente igual que cuando, después de hacer el primer disparo, bajó el revólver y se quedó mirándolo, horrorizada y tan sobrecogida que él habría tenido tiempo de sobra para dominarla sin que la muchacha intentara un ademán de defensa si él no la hubiera prevenido. Recordó que en ese momento sintió lástima de ella y se le encogió el corazón.

«¡Demonios! ¡Esos pensamientos otra vez! Tengo que olvidar todo eso. ¡Tengo que olvidarlo!».

Se quedaba traspuesto. El temblor febril iba cediendo cuando notó que algo le corría por un brazo y una pierna debajo del edredón. Pegó un respingo. «¡Qué asco! Apuesto a que es un ratón —pensó—. Habrá venido al olor de la ternera que quedó sobre la mesa…». Se resistía a desabrigarse, dejar la cama y pasar frío, pero en esto notó de nuevo un roce desagradable en la pierna. Rechazó el edredón y encendió la vela. Tiritando de calentura, se inclinó para inspeccionar el lecho; no había nada sospechoso. Sacudió el edredón y cayó un ratón sobre la sábana. Quiso cazarlo, pero el ratón regateaba por el lecho, sin saltar al suelo, resbalaba entre sus dedos, le corría por las manos y de repente se deslizó debajo de la almohada. Svidrigáilov la tiró al suelo y en ese instante notó que algo se le colaba por debajo de la camisa, le corría por el cuerpo, le llegaba a la espalda. Entonces se despertó temblando nerviosamente: seguía en la cama, envuelto en el edredón, y el viento aullaba al otro lado de la ventana. «¡Qué porquería!», pensó contrariado.

Se levantó y tomó asiento al borde de la cama, de espaldas a la ventana. «Prefiero no dormir», decidió. Por la ventana entraba frío y humedad. Sin moverse del sitio, tiró del edredón y volvió a arrebujarse en él. No encendió la vela. No pensaba en nada ni quería pensar, pero por su mente desfilaban ensoñaciones y retazos de pensamientos sin cohesión, sin pies ni cabeza. Le entraba sopor. Ya fuera por causa del frío, de las tinieblas, de la humedad o del viento que aullaba al pie de la ventana y mecía los árboles, el caso es que en él despertaba una tenaz inclinación a lo fantástico; pero todo lo que se le aparecía estaba relacionado con las flores. Un paisaje encantador en un día de fiesta tibio, casi caluroso: el domingo de Pentecostés.

Una rica y lujosa casa de campo de estilo inglés, rodeada de plantas trepadoras que nacían entre rosales; la escalera, clara y fresca, ricamente alfombrada, adornada con flores exóticas en jarrones chinos. Le llamaron sobre todo la atención, en las ventanas, ramos de narcisos blancos y delicados que, en búcaros con agua, se inclinaban sobre sus largos tallos carnosos, de un verde intenso, exhalando un aroma penetrante. No habría querido apartarse de ellos, pero subió la escalera y se encontró en una sala espaciosa, alta de techo, donde también había profusión de flores: en las ventanas, junto a las puertas que daban a la terraza, en la propia terraza. Los suelos estaban tapizados de hierba fragante, recién segada, y las ventanas, a cuyo pie gorjeaban unas avecillas, abiertas de par en par dejando entrar una brisa tenue y refrescante. En medio de la sala, sobre una mesa con tapete de raso blanco, había un ataúd. El ataúd estaba forrado de seda napolitana blanca y rematado por un volante de tul blanco muy fruncido. Por todas partes lo rodeaban guirnaldas de flores. Dentro yacía, entre flores, una niña vestida de tul blanco con las manos, que parecían talladas en mármol, cruzadas sobre el pecho. Tenía el cabello rubio suelto y mojado, bajo una corona de rosas que le ceñía la frente. El perfil, severo y ya rígido, también se hubiera dicho tallado en mármol, pero la sonrisa de sus labios pálidos, que no tenía nada de infantil, reflejaba un inmenso desconsuelo y una gran lamentación. Svidrigáilov conocía a aquella niña en torno a cuyo féretro no había iconos ni cirios encendidos ni tampoco se escuchaban oraciones. Aquella niña se había quitado la vida arrojándose al agua. Apenas tenía catorce años, pero era ya un corazón roto que no quiso seguir latiendo, escarnecido por el agravio que espantó y perturbó una conciencia infantil, anegó en inmerecido oprobio un alma angelical, arrancándole un último grito de desesperación que fue

desoído y vilmente sofocado al amparo de una noche tenebrosa y fría, cuando la humedad del deshielo calaba hasta los huesos y el viento ululaba.

Svidrigáilov salió de su modorra. Se levantó, fue hacia la ventana y la abrió después de encontrar a tientas la falleba. El viento penetró rugiendo en el cuartucho y le puso como una capa de escarcha en la cara y el pecho, sólo protegido por la camisa. Al pie de la ventana debía de haber, en efecto, algo como un jardín con visos de lugar de recreo donde probablemente se cantaba por las tardes y servían el té en mesitas al aire libre. Pero, esa noche, los árboles y los arbustos arrojaban gotas de agua a la ventana y la tiniebla era tan profunda que apenas permitía distinguir unos manchones negros en lugar de los objetos. Acodado en el alféizar de la ventana, Svidrigáilov permaneció cosa de cinco minutos asomado hacia fuera, contemplando aquella lobreguez. En medio de la oscuridad retumbó un cañonazo**[153]** seguido de otro.

«¡Ah, la señal! Está subiendo el río —pensó—. Cuando amanezca se habrá desbordado ya en los barrios más bajos, inundará las primeras plantas y los sótanos, empezarán a salir las ratas de las cuevas y, bajo la lluvia y el viento, la gente tendrá que subir sus cuatro trastos a los pisos de arriba, calada hasta los huesos y maldiciendo su suerte… A todo esto, ¿qué hora será?». Allí cerca, un reloj de pared pareció contestarle con tres campanadas muy seguidas, como si tuviera prisa. «¡Vaya! Dentro de una hora será de día. ¿A qué esperar más? Ahora salgo, me voy derecho al parque Petrovski, encuentro algún arbusto bañado por la lluvia que, en cuanto lo roce con el hombro, vierta sobre mi cabeza millones de gotitas…». Se apartó de la ventana, la cerró, encendió la vela, se puso la chaqueta, el gabán y el sombrero y, con la palmatoria en la mano, salió al pasillo en busca del camarero andrajoso que dormiría en cualquier

cuchitril entre pingos y cabos de vela, para pagar la habitación y marcharse del hotel. «Es el momento. ¡Imposible encontrar otro mejor!».

Anduvo un buen rato por el pasillo largo y angosto sin encontrar a nadie y se disponía a llamar a voces cuando en un rincón oscuro, entre un viejo armario y una puerta, divisó un objeto extraño, algo que parecía vivo. Se agachó y, a la luz de la vela, vio a una niña que no pasaría de cinco años, temblando de frío y llorando, con el vestidillo chorreando agua igual que un trapo de fregar los suelos. No pareció asustarse al ver a Svidrigáilov, pero lo miró con profundo asombro en sus grandes ojos negros. De vez en cuando exhalaba un suspiro como les ocurre a los niños que, aunque ya calmados después de una llantina, dejan todavía escapar algún que otro gemido. La niña estaba aterida y su carita pálida denotaba cansancio. ¿Cómo habría ido a parar allí? Aparentemente había estado escondida, sin dormir toda la noche. Svidrigáilov se puso a interrogarla. La niña se despabiló y rompió de pronto a parlotear en su media lengua infantil. Algo decía de «mamaíta» y de que «mamaíta» le pegaría por haber roto una taza. No paraba de hablar y de todo lo que decía se podía colegir que era una criatura desamada cuya madre, quizá alguna criada eternamente bebida de aquel mismo hotel, la tenía atemorizada a fuerza de golpes; que la niña había roto una taza de su mamaíta y, del susto, había huido la tarde anterior. Probablemente había estado escondida en algún sitio, acurrucada bajo la lluvia, hasta que se metió allí, donde había pasado la noche oculta en un rincón detrás del armario, llorando y tiritando de frío, porque estaba empapada, de miedo a la oscuridad y a ser golpeada por todo ello. Svidrigáilov la tomó en brazos, volvió a su cuarto y la sentó en la cama. Primero la descalzó: los zapatos, agujereados, estaban tan mojados como si hubieran pasado

la noche tirados en un charco. Luego le quitó la ropa, la acostó y la arrebujó en el edredón. La criatura se durmió al instante. Svidrigáilov volvió a sus lúgubres cavilaciones.

«¿Para qué me habré metido en esto? —pensó con desagrado y enojo—. ¡Qué estupidez!». Contrariado, agarró la palmatoria para encontrar a toda costa al camarero y marcharse cuanto antes de allí. «¡Vaya con la niña!», se dijo con disgusto cuando abría la puerta, pero volvió hacia la cama para cerciorarse de si estaba dormida. Con cuidado, apartó un pico del edredón. La niña dormía profundamente. Había entrado en calor, y sus pálidas mejillas se sonrosaban. Pero, cosa extraña, aquel color era más intenso de lo que suele ser el arrebol infantil. «Tendrá fiebre», pensó Svidrigáilov, aunque más parecía sofoco producido por el alcohol, como si alguien le hubiera hecho ingerir un vaso entero de Debida. Los labios rojos semejaban una llamarada. Pero, ¿qué era aquello? Tuvo de pronto la impresión de que las largas pestañas negras se estremecían, se agitaban y, entreabiertas, dejaban escapar una mirada nada infantil, parpadeante, sagaz y astuta, igual que si la niña sólo fingiera dormir. Así era: sus labios se distendieron en una sonrisa que aún trataba de contener a juzgar por el temblor de las comisuras, pero que terminó en franca risa; una risa incitante y procaz en un rostro adulto. Aquello era depravación, era el semblante de una ramera, el semblante de una ramera francesa. Ya se abrían ambos ojos, sin el menor disimulo, le envolvían en una mirada ardiente e impúdica, le llamaban, reían… Había algo infinitamente vejatorio y monstruoso en la risa, en los ojos, en la indecencia pintada en el rostro de una criatura. «¿Cómo? ¿A los cinco años? Pero… Pero, ¿qué es esto?», murmuró Svidrigáilov con auténtico horror al ver que la niña volvía hacia él su carita ardorosa y abría los brazos… «¡Maldita

seas!», gritó asqueado, con una mano en alto para golpearla. Y en ese instante se despertó.

Seguía acostado, envuelto en el edredón. La vela estaba apagada, pero por la ventana entraba luz de día.

«¡Qué pesadilla toda la noche!». Se incorporó, malhumorado, rendido y con dolor en todos los huesos. Fuera, una densa niebla lechosa no permitía ver nada. Serían cerca de las cinco. Había dormido demasiado. Se levantó y se puso la chaqueta y el gabán todavía húmedo. Palpó el revólver, lo sacó del bolsillo y corrigió la posición del proyectil que quedaba. Luego se sentó, sacó una libreta de notas y trazó unos renglones en la primera página, en lugar bien visible y con letra grande. Releyó lo que había escrito, se quedó pensativo con los codos apoyados en la mesa, entre el revólver y la libreta. Unas moscas se habían despertado y acudían al plato de ternera que continuaba intacto, también sobre la mesa. Svidrigáilov estuvo mirándolas un buen rato y, por último, trató distraídamente de cazar una con la mano derecha que tenía más cerca. Después de largos e infructuosos intentos salió de su abstracción, sorprendido de verse entregado a tan extraño pasatiempo, sacudió los hombros, se levantó y salió resueltamente del cuarto. A los pocos minutos, estaba en la calle.

La misma niebla, densa y lechosa, envolvía la ciudad. Svidrigáilov se encaminó hacia el Pequeño Nevá por la calzada de tablas, sucias y resbaladizas. Se imaginaba el río muy crecido durante la noche, la isla Petrovski, las veredas húmedas, la hierba mojada, los árboles y los arbustos chorreando agua, en particular el arbusto en el que había pensado… Contrariado, se puso a contemplar las fachadas para pensar en otra cosa… Por la avenida no se veía ni un transeúnte ni un coche de punto. El frío y la humedad le transían el cuerpo y empezó a tiritar. De vez en cuando

posaba los ojos en rótulos de tiendas o de verdulerías, y todos los leía con atención. Pasó por delante de una casa grande, de piedra. Un perrillo sucio y aterido, con el rabo entre las piernas, se cruzó en su camino. Atravesado en la acera, yacía un hombre, borracho perdido, que vestía capote. Svidrigáilov le lanzó una mirada y siguió caminando. A la izquierda divisó una torre de vigía. «¡Bah! Este es el sitio. ¿Qué necesidad tengo de ir al parque? Por lo menos, habrá un testigo oficial…», se dijo. Casi sonriendo ante esa nueva idea, dio la vuelta a la esquina. Allí había una casa grande, de piedra, con torre de vigía. Delante del portón cerrado, y recostado en él, estaba un hombrecillo arrebujado en un capote gris de soldado y con casco de cobre como el de Aquiles. Al acercarse Svidrigáilov, Aquiles le lanzó una mirada de soslayo, ausente y soñolienta. Su rostro tenía esa eterna expresión de dolido resentimiento tan acerbamente grabada en todos los rostros, sin excepción, de raza judía. Los dos, Svidrigáilov y Aquiles, estuvieron observándose un rato en silencio. Por último, a Aquiles debió de parecerle improcedente que un hombre, sin estar borracho, lo mirase fijamente, parado delante de él, a tres pasos, y sin decir ni una palabra.

—¿Se puede saber qué busca aquí? —preguntó sin cambiar de postura todavía.

—Nada de particular, amigo. Hola —contestó Svidrigáilov.

—Aquí no se puede estar.

—Me voy a otras tierras, ¿sabes?

—¿A otras tierras?

—Sí. A América.

—¿A América?

Svidrigáilov sacó el revólver y levantó el gatillo. Aquiles enarcó las cejas.

—Oiga, éste no es sitio para gastar bromas.

—¿Y por qué no?

—Pues, porque no.

—Mira, amigo, lo mismo da. El sitio es bueno. Si te preguntan algo, dices eso: que me he marchado a América.

Svidrigáilov apoyó el cañón del revólver en la sien derecha.

Aquiles salió al fin de su inmovilidad abriendo desmesuradamente los ojos.

—Eso, no se puede hacer aquí. Este no es sitio para eso.

Svidrigáilov apretó el gatillo.

VII



QUEL mismo día, pero ya pasadas las seis de la tarde, llegaba Raskólnikov al apartamento que Razumijin había encontrado para su madre y su hermana en la casa de Bakaléiev. La escalera tenía entrada por la calle. Conforme se acercaba, Raskólnikov aflojaba el paso, dudando todavía si entrar o no. Pero, había tomado una determinación, y nada le hubiera hecho retroceder. «Además, no importa: todavía no saben nada —pensó—, y ya están acostumbradas a tenerme por un tipo raro…». Su ropa daba miedo, toda sucia, rota en algunos sitios y maltrecha de haber pasado la noche bajo la lluvia. Tenía la cara casi desfigurada del cansancio, de estar a la intemperie, de agotamiento físico y de una lucha interna que duraba cerca de veinticuatro horas. Había pasado la noche a solas, Dios sabía dónde; pero, al menos, ya estaba decidido.

Llamó a la puerta y le abrió su madre. Dunia no estaba. Ni siquiera andaba por allí la criada a aquellas horas. Al principio, Puljeria Alexándrovna se quedó muda de alegría y sorpresa. Luego le tomó de la mano y lo hizo entrar.

—¡Eres tú! —exclamó casi tartamudeando de dicha—. No te enfades, Rodia, si te recibo de este modo tan tonto, llorando. Pero, esto no es llanto: en realidad, estoy riendo.

¿Te has pensado que lloraba? No hijo, soy feliz; pero, tengo esta estúpida costumbre de echarme a llorar. Esto me pasa desde la muerte de tu padre: lloro por cualquier cosa. Siéntate, hijo mío. Veo que estás cansado. Y traes la ropa sucia.

—Es que ayer me pilló la lluvia —quiso explicar Raskólnikov.

—¡Deja, deja! —le interrumpió enseguida la madre—. No te preocupes, que no voy a comenzar con mis preguntas como solía hacer antes. Ahora comprendo, lo comprendo todo. He visto que las cosas son aquí de otra manera y me he dado cuenta, de una vez para siempre, de que tus razonamientos no están a mi alcance ni soy yo quién para exigirte razón de ellos. Con tantos asuntos y planes como tendrás tú en la cabeza, con tantas ideas como te bullirán dentro, ¿voy a estar yo preguntándote constantemente en qué piensas? Mira… Pero, bueno, ¿por qué no paro de ir de un lado a otro? Mira, Rodia: estoy leyendo por tercera vez este artículo tuyo de la revista. Me lo ha traído Dmitri Prokófich. En cuanto lo vi, me quedé de piedra y me dije: «Mira, so tonta, esto es lo que le tiene cavilando, ésta es la explicación de todo: a lo mejor, está dándole vueltas a alguna idea nueva en la cabeza, está cavilando, y yo no hago más que atosigarle y fastidiarle». Ya ves hijo, lo estoy leyendo, aunque hay muchas cosas que no capto. Y es natural. ¿Cómo voy a entender todo esto?

—A ver. ¿Quiere enseñármelo, madre?

Raskólnikov tomó la revista y echó una ojeada a su artículo. Por extraño que fuera en su situación y en su estado de ánimo, notó esa sensación especial y agridulce que experimenta un autor la primera vez que ve algo suyo en letra de molde; sin contar que sólo tenía veintitrés años. Pero, fue un momento nada más. Leyó unas líneas, frunció el ceño y una angustia terrible le oprimió el corazón. Acudió de

golpe a su mente toda la lucha espiritual sostenida durante los últimos meses. Tiró el artículo sobre la mesa con asco y contrariedad.

—Yo seré muy tonta, Rodia, pero no tanto como para no comprender que pronto serás uno de nuestros primeros eruditos, por no decir el primero. ¿Cómo pudieron pensar que estabas trastornado? ¡Ja, ja, ja! Porque tú no lo sabes, pero eso pensaban. Claro, ¿de dónde van a entender esos miserables gusanos lo que es un verdadero intelecto? Hasta Dunia estuvo a punto de creérselo. ¡Figúrate! Tu padre, que en paz descanse, también mandó dos veces unos manuscritos a unas revistas: primero unos versos, que yo conservo todavía en un cuaderno y algún día te los enseñaré, y luego un relato. Yo misma le pedí que me permitiera copiarlo en limpio. No sabes lo que rezamos los dos para que se los admitieran; pero, no tuvo esa suerte. Hace unos días estaba muy apenada de ver tu ropa, cómo vives y lo que comes. Ahora comprendo que también en eso he sido una tonta porque, en cuanto quieras, puedes conseguirlo todo de golpe con tu inteligencia y tu talento. Lo que ocurre es que de momento no te ocupas de eso porque estás dedicado a cosas mucho más importantes…

—¿No está Dunia en casa, mamá?

—No, hijo. Ahora es frecuente que me deje sola. Menos mal que Dmitri Prokófich viene a pasar algunos ratos conmigo, siempre hablando de ti. Te tiene cariño y estimación, hijo. No digo que tu hermana deje de estar atenta conmigo; no me quejo. Ella tiene su carácter y yo tengo el mío; parece que ella anda ahora con algunos secretos, mientras que yo no guardo ninguno para con vosotros. Por supuesto, estoy firmemente convencida de que Dunia es demasiado sensata; además, nos quiere a ti y a mí… Pero, no sé adónde conducirá todo esto. No te figuras la alegría que me has dado con venir, Rodia. Lástima que no

esté ella. Cuando venga se lo diré. Le diré: «Tu hermano ha estado aquí en tu ausencia. Y tú, ¿quieres decirme dónde has estado todo este tiempo?». No te apures por mí, Rodia: ven cuando buenamente puedas y ya sabes que siempre te espero. Siempre sabré que me quieres y con eso me basta. Leeré lo que escribas, escucharé lo que digan todos de ti y, de vez en cuando, vendrás a verme. ¿Hay nada mejor? Igual que ahora: bien veo que has venido para darme una alegría…

A Puljeria Alexándrovna se le saltaron las lágrimas.

—¡Ya estoy con lo mismo! No hagas caso de la tonta de tu madre. ¡Dios mío! —exclamó, levantándose súbitamente—. ¿En qué estaré pensando? Tengo café preparado y ni siquiera te ofrezco una taza. Con la vejez, se hace una hasta egoísta. Es cosa de un segundo.

—No se moleste, mamá. Tengo que marcharme enseguida. He venido a decirle algo. Escúcheme.

La madre se le acercó tímidamente.

—Mamá, ¿seguirá queriéndome como ahora ocurra lo que ocurra, oiga lo que oiga y le digan lo que le digan de mí? —preguntó de todo corazón, sin pararse a reflexionar ni sopesar sus palabras.

—¡Rodia! Pero, ¿qué te sucede, Rodia? ¿Cómo puedes preguntarme semejante cosa? ¿Y quién va a decirme nada de ti? Ni le haría caso a nadie. Le echaría con cajas destempladas.

—He venido para asegurarle que la he querido siempre, y ahora me alegro de que estemos solos, incluso me alegro de que Dúnechka haya salido —continuó con el mismo ímpetu—. He venido a decirle claramente que, aunque tenga que sufrir, ha de saber que su hijo la quiere ahora más que a sí mismo y que si alguna vez ha pensado de mí que soy cruel y no la quiero, todo eso es falso. Nunca dejaré de quererla…

Bueno, y basta ya. He creído que debía hacerlo así y empezar por esto…

Sin palabras, Puljeria Alexándrovna lo abrazaba, lo estrechaba contra su pecho y lloraba calladamente. Al fin dijo:

—No sé lo que te sucede, Rodia. Todo este tiempo he pensado que te importunábamos, sencillamente; pero, ahora veo que estás a punto de enfrentarte con alguna gran desdicha y por eso andas tan angustiado. Hace mucho que lo barrunto, Rodia. Perdona que te hable de ello, pero es que no ceso de pensar en lo mismo y me paso las noches en blanco. Por cierto, que esta noche última también tu hermana ha estado hablando de ti en sueños. Algo la oí decir, pero no pude entender de qué se trataba. Y yo he estado toda la mañana desasosegada, esperando y presintiendo algo que por fin ha llegado. ¡Rodia, Rodia! ¿A dónde vas? ¿Acaso te marchas fuera?

—Sí.

—¡Ya me lo suponía yo! Puedo ir contigo si lo necesitas. Y Dunia también. Tu hermana te quiere, te quiere mucho. Si es preciso, puede acompañarnos Sofía Semiónovna. Ya ves que hasta la acepto de buen grado como hija. Dmitri Prokófich puede ayudarnos a hacer los preparativos… Pero, ¿a dónde vas ahora?

—Adiós, madre.

—¡Cómo! ¿Hoy mismo? —gritó como si lo perdiera para siempre.

—No puedo quedarme más tiempo… Ha llegado el momento… Tengo que ir…

—¿Y no puedo acompañarte?

—No. Pero, puede arrodillarse y rezarle a Dios por mí. Es posible que su plegaria llegue hasta Él.

—Deja que te bendiga y te haga el signo de la cruz. Así, así. ¡Dios mío! ¿Qué estamos haciendo?

Era cierto que Raskólnikov se alegraba, se alegraba mucho, de estar a solas con su madre, sin nadie más. Era como si, después de aquella época horrible, se le ablandara de golpe el corazón. Cayó ante ella de rodillas, le besó los pies y luego lloraron los dos abrazados. Esta vez, la madre no manifestó sorpresa ni preguntó nada. Había comprendido desde hacía mucho tiempo que algo espantoso le sucedía a su hijo y que ahora había llegado un momento fatal para él.

—Rodia, hijo mío querido —decía sollozando—. Ahora estás igual que cuando eras pequeño; igual acudías a mí, me abrazabas y me besabas. Ya en vida de tu padre, dentro de nuestra penuria, nos consolaba el solo hecho de tenerte a ti. Y, cuando él faltó, ¡cuántas veces hemos llorado tú y yo sobre su tumba, abrazados así como ahora! Y eso de que lloro desde hace ya tiempo, es porque mi corazón de madre presentía una desgracia. En cuanto te vi la primera vez, la noche que llegamos, ¿te acuerdas?, todo lo adiviné por tu mirada y ya me dio un vuelco el corazón. Y hoy, nada más abrir la puerta, nada más verte, he comprendido que había llegado la hora fatal. Rodia, ¿no te marchas ahora mismo, verdad Rodia?

—No.

—¿Vendrás todavía otra vez?

—Sí…

—Rodia, no te enfades, no quisiera hacerte preguntas, ya sé que no debo preguntarte nada… Pero, son sólo dos palabras: ¿te marchas muy lejos, di?

—Muy lejos, sí.

—¿Y qué te espera allá? ¿Algún empleo, una carrera?

—Lo que Dios quiera… Sólo le pido que rece por mí…

Raskólnikov se dirigió hacia la puerta, pero la madre se agarró a él y fijó en sus ojos una mirada de desesperación. Tenía el rostro crispado de espanto.

—Basta ya, madre —dijo Raskólnikov, muy arrepentido de haber ido a verla.

—No es para siempre, ¿verdad? ¿Verdad que no es para siempre? ¿Vendrás mañana, di, vendrás?

—Sí, sí. Adiós.

Por fin logró desasirse.

Hacía una tarde agradable, tibia y despejada. El tiempo había empezado a aclarar ya desde por la mañana. Raskólnikov iba hacia su casa. Caminaba sin prisa. Quería acabar con todo antes de la puesta del sol. Hasta entonces, no deseaba tropezarse con nadie. Al subir a su cuarto se dio cuenta de que Nastasia se desentendía del *samovar* para observarlo y seguirlo con la mirada. «¿Habrá alguien en mi cuarto?», se preguntó, y pensó con repugnancia si sería Porfiri. Pero, al abrir la puerta, se encontró con Dunia. Estaba allí sola, ensimismada, y al parecer llevaba bastante tiempo esperando. Raskólnikov se detuvo en el umbral. Ella se levantó del sofá, asustada, y quedó erguida delante del hermano. La mirada quieta que clavaba en él expresaba terror y una pena inconsolable. Sólo por esa mirada comprendió él que estaba enterada de todo.

—¿Puedo entrar o me marcho? —preguntó con recelo.

—He estado todo el día en casa de Sofía Semiónovna. Las dos te esperábamos pensando que irías por allí sin falta.

Raskólnikov entró en el cuarto y se sentó en una silla, extenuado.

—Me siento débil, Dunia; estoy muy cansado y precisamente en este momento quisiera tener pleno dominio de mí mismo.

Alzó los ojos para mirarla con suspicacia.

—¿Dónde has estado toda la noche?

—No lo recuerdo bien. Lo que sí recuerdo, hermana, es que quería decidirme al fin y anduve varias veces cerca del Nevá. Pero… Allí quería terminar con todo, pero… no me

determiné… —murmuró, y de nuevo miró suspicazmente a Dunia.

—¡Gracias a Dios! Eso es, precisamente, lo que Sofía Semiónovna y yo temíamos. Quiere decirse que todavía crees en la vida. ¡Gracias a Dios, gracias a Dios!

Raskólnikov sonrió amargamente.

—No creía en ella, pero acabo de estar con mamá y hemos llorado juntos, abrazados. No tengo fe, y sin embargo le he pedido que rece por mí. Dios sabrá por qué ocurre todo esto, pero yo no entiendo nada, Dúnechka.

—¿Has ido a verla? ¿Se lo has dicho? ¿Has tenido el valor de decírselo?

—No, no se lo he dicho… con palabras; pero, ella ha entendido mucho. Y la noche pasada te oyó hablar en sueños. Estoy seguro de que ya lo comprende a medias. Es posible que haya hecho mal con ir a verla. Ni siquiera podría explicar por qué he ido. Soy un miserable, Dunia.

—¿Un miserable y estás dispuesto a afrontar el sufrimiento? Porque, eso es lo que vas a hacer, ¿verdad?

—Sí. Ahora mismo. Y precisamente para eludir ese oprobio quería morir ahogado, Dunia. Pero, estando ya asomado al agua, he pensado que, si hasta ahora me he considerado un hombre fuerte, tampoco debo acobardarme ante el oprobio. ¿Es eso orgullo, Dunia?

—Sí, Rodia.

En sus ojos opacos pareció brillar una chispa como si se sintiera satisfecho de ser todavía orgulloso.

—¿No piensas tú, hermana, que me dio sencillamente miedo del agua? —preguntó observándola con sonrisa sarcástica.

—¡Oh, Rodia, déjalo ya! —exclamó amargamente Dunia.

Guardaron silencio un par de minutos: él sentado, con los ojos fijos en el suelo, y Dunia de pie, contemplándolo

acongojada desde el lado opuesto de la mesa. Raskólnikov se levantó de repente:

—Ha llegado el momento. Voy a entregarme, y no sé para qué lo hago.

Por las mejillas de Dunia rodaban gruesos lagrimones.

—Estás llorando, hermana; pero, ¿puedes darme la mano?

—¿Lo habías dudado?

La abrazó con fuerza.

—¿Acaso no expías la mitad de tu crimen al aceptar así el sufrimiento? —gritó, estrechándolo entre sus brazos y besándolo.

—¿Mi crimen? ¿Qué crimen? —rugió él en un repentino acceso de furia—. ¿Es un crimen el que haya matado a un piojo asqueroso y nocivo, a una vieja usurera que no le hacía bien a nadie, cuyo aniquilamiento debería premiarse con la remisión de cuarenta pecados, que les chupaba la sangre a los necesitados? Yo no pienso en el crimen ni tampoco en expiarlo. ¡Un «crimen»! No sé por qué tenéis que darle todos tantas vueltas a eso de un «crimen». Ahora es cuando veo toda la estupidez de mi cobardía; ahora que he decidido arrostrar ese oprobio innecesario. Sólo por mi propia ruindad y por mi incompetencia me he decidido; y quizá también por cierta ventaja, como me propuso ese… Porfiri…

—Rodia, hermano mío, ¿qué estás diciendo? ¡Has derramado sangre! —exclamó Dunia desesperada.

—La sangre que todo el mundo derrama —replicó él casi frenético—. La sangre que corre y ha corrido siempre a torrentes, que es vertida como el champán y por la cual coronan a algunos hombres en el Capitolio y luego les llaman bienhechores de la humanidad. No tienes más que fijarte bien. También yo quería beneficiar a la humanidad y hubiera hecho miles de cosas buenas a cambio de esa única estupidez, que ni siquiera es una estupidez, sino una simple

torpeza, pues la idea no era en absoluto tan tonta como parece ahora que ha fallado… Y es que cualquier idea es estúpida cuando falla. Con esa estupidez yo sólo quería crearme una situación independiente, dar un primer paso, obtener medios… Luego, todo quedaría borrado por un beneficio incomparablemente mayor… Pero, yo no fui capaz de aguantar ni siquiera el primer paso… ¡porque soy un miserable! ¡Ahí está el quid del asunto! Yo no puedo considerar las cosas desde vuestro punto de vista: si hubiera resultado bien, me habrían puesto una corona; como ha fallado, el cepo.

—Pero, si no es eso, ¡en absoluto! ¿Qué estás diciendo, hermano?

—¡Ah! Se trata de la forma, de que la forma no es suficientemente estética. Lo que no acierto a comprender es por qué se considera una forma más digna el machacar a la gente a bombazos durante un asedio en regla. El temor a faltar a la estética es el primer indicio de impotencia… Nunca lo había comprendido así con mayor nitidez que ahora, y ahora menos que nunca comprendo que sea un crimen lo que hice. Nunca me he sentido más fuerte y más convencido que ahora. ¡Nunca!

Los colores habían subido a su rostro pálido y demacrado. Pero, al proferir la última exclamación, sus ojos tropezaron fortuitamente con los de Dunia y encontró tanto sufrimiento por él en la mirada de su hermana que se reportó involuntariamente. Notó que, al fin y al cabo, había hecho desgraciadas a aquellas dos pobres mujeres. Al fin y al cabo, él era el causante…

—¡Dunia, querida hermana! Si soy culpable, perdóname; aunque precisamente no tengo perdón si soy culpable. ¡Adiós! ¡No regañemos! Es hora de irme, te lo aseguro. Y no me sigas, por favor. Todavía tengo que pasar… Lo que sí debes hacer es volver enseguida a casa y quedarte al lado

de mamá. ¡Te lo suplico! Es el último ruego que te dirijo, y el más importante. No te apartes de ella. La he dejado con una angustia que quizá no pueda soportar: o se muere o perderá el juicio. Quédate a su lado. Razumijin estará con vosotras; le he dicho… No llores por mí: procuraré ser valiente y honrado toda mi vida… aunque soy un asesino. Quizá oigas hablar de mí algún día. No seré un baldón para vosotras, ya lo verás. Todavía he de demostrar… Pero, de momento, hasta la vista —concluyó precipitadamente al advertir de nuevo una extraña expresión en los ojos de Dunia cuando escuchó sus palabras y sus promesas últimas—. Pero, ¿por qué lloras? No llores, Dúnechka, no llores, que no nos separamos para siempre. ¡Ah, sí! Espera, que se me olvidaba algo…

Fue a su mesa, abrió un grueso libro polvoriento y sacó de entre sus páginas una acuarela pintada sobre marfil. Era un pequeño retrato de la hija de la patrona, la que había sido su novia, muerta de calenturas, la extraña muchacha que quería recluirse en un convento. Contempló unos instantes aquella carita expresiva y enfermiza, besó el retrato y se lo entregó a Dúnechka.

—Con ella había hablado mucho de eso; sólo con ella —dijo pensativo—. A su corazón confié mucho de lo que ha resultado tan horrible. No te asustes: ella, lo mismo que tú, no estaba de acuerdo y me alegro de que ya no exista. Lo esencial, lo verdaderamente esencial, es que, a partir de ahora, todo va a tomar un cauce nuevo, todo se va a truncar en dos —gritó de pronto Raskólnikov volviendo a su angustia—. Y ¿estoy preparado para ello? ¿Lo deseo? Dicen que debo pasar por esa prueba. ¿Qué sentido tienen todas esas pruebas descabelladas? ¿Acaso voy a comprender las cosas mejor que ahora cuando esté destrozado por las penalidades, el idiotismo y la impotencia senil al cabo de veinticinco años de trabajos forzados? ¿Y de qué me serviría entonces la vida? ¿Por qué me avengo ahora a vivir de ese

modo? ¡Bien sabía yo que soy un miserable cuando me asomé al Nevá este amanecer!

Salieron por fin los dos. Dunia sufría, pero amaba a su hermano. Echó a andar hacia su casa, y a los cincuenta pasos se volvió para mirarlo otra vez. Aún se le veía. Al llegar a la esquina, también se volvió él. Sus miradas se cruzaron por última vez. Pero, al advertir que ella lo observaba, hizo un ademán de impaciencia, incluso de irritación, para que su hermana se alejara, y él dobló bruscamente por la otra calle.

«Me porto cruelmente, lo sé —se decía al cabo de un instante, avergonzado de su gesto—. Pero, ¿por qué me quieren ellas tanto si no lo merezco? ¡Ojalá estuviera solo en el mundo, sin nadie que me quisiera ni querer yo a nadie! ¡*No habría ocurrido nada de esto*! Me gustaría saber si, a lo largo de los quince o veinte años próximos, llegará a conformarse mi alma hasta el punto de humillarme yo delante de la gente llamándome criminal a cada paso. Sí, sí, eso mismo. Para eso me desterrarán ahora. Eso es lo que necesitan… Ahí están, tan campantes, yendo de aquí para allá por la calle… y cada uno de ellos es, por naturaleza propia, un canalla y un bandolero… Peor todavía, ¡un idiota! Pero, si alguien intentara salvarme del destierro, todos pondrían el grito en el cielo con noble indignación. ¡Oh, cómo los odio a todos!».

Se puso a cavilar en cómo habrían de transcurrir las cosas para que él terminara por humillarse delante de todos sin objeciones, humillarse por convicción. Bueno, ¿y por qué no? Claro que así debía ser. ¿No acabarían por destruirle veinte años de yugo constante? El agua orada la piedra. Entonces, ¿para qué vivir? ¿Para qué iba ahora, a sabiendas, como si estuviera leyéndolo en un libro, de que todo sucedería precisamente así y no de otra manera?

Desde la noche anterior se había hecho esa pregunta por centésima vez y, sin embargo, continuaba su camino.

VIII



MPEZABA a anochecer cuando llegó a casa de Sonia que, en compañía de Dunia, le había esperado todo el día con tremenda ansiedad. Dunia acudió a ella muy temprano recordando que, según lo dicho la víspera por Svidrigáilov, Sonia estaba enterada de lo ocurrido. No describiremos en detalle la conversación que mantuvieron las dos muchachas, las lágrimas que derramaron ni la buena armonía que se estableció entre ellas. De aquella entrevista, Dunia sacó por lo menos el consuelo de que su hermano no estaría solo: fue a Sonia a quien primero acudió con su confesión; en Sonia había buscado a un ser humano cuando lo necesitó. Y Sonia lo seguiría adonde le condujera el destino. Dunia no se lo preguntó, pero sabía que así sería. Miraba a Sonia casi con veneración y, al principio, la turbaba con ese sentimiento. Sonia, que por el contrario se consideraba casi indigna de mirar a Dunia, estaba a punto de echarse a llorar. La bella imagen de Dunia, cuando la saludó tan atenta y respetuosamente la primera vez que se vieron en casa de Raskólnikov, había quedado grabada para siempre en su alma como una de las más hermosas e inasequibles visiones de su vida.

Dúnechka terminó por impacientarse y dejó a Sonia para esperar a su hermano en su propia casa pensando que allí acudiría primero. Una vez sola acometió a Sonia el temor de que Raskólnikov pudiera efectivamente suicidarse. Lo mismo preocupaba a Dúnechka. Sin embargo, las dos habían estado todo el día persuadiéndose mutuamente, con toda clase de razones, de que aquello no podía suceder, y se sintieron más tranquilas mientras estuvieron juntas. Ahora, apenas se separaron, ninguna de las dos podía pensar en otra cosa. Sonia recordaba lo que le había dicho Svidrigáilov la víspera de que Raskólnikov sólo tenía dos salidas: la Vladímirovka o… Además, conocía su vanidad, su arrogancia, su amor propio y su increencia. «¿Será posible que sólo la cobardía y el temor a la muerte puedan obligarle a vivir?»; pensó finalmente, desesperada. Mientras tanto, ya se ponía el sol. Delante de la ventana, Sonia miraba fijamente hacia fuera, pero desde allí sólo se veía el hastial sin blanquear de la casa contigua. Por fin, cuando había llegado ya al total convencimiento de que Raskólnikov había muerto, entró éste en el cuarto.

Sonia lanzó un grito de alegría, pero palideció al mirarlo.

—Sí —sonrió sarcásticamente Raskólnikov—. He venido por tus cruces, Sonia. Ahora que ha llegado el momento, ¿vas a echarte atrás después de haber sido tú quien me dijo que fuera a la encrucijada?

La muchacha lo observaba, perpleja, extrañada de su tono. Empezaba a sentir frío por todo el cuerpo, pero pronto se dio cuenta de que tanto el tono como las palabras eran artificiales. Mientras hablaba con ella tenía los ojos clavados en un rincón como si eludiera mirarla a la cara.

—He pensado que quizá me convenga más esto, ¿sabes, Sonia? Se da cierta circunstancia… Pero, bueno, es largo de contar y no importa. ¿Sabes lo que de verdad me sulfura? Me repugnan todas esas jetas estúpidas y feroces que pronto

me rodearán, que me mirarán con ojos como platos, me harán preguntas necias a las que habré de contestar, me señalarán con el dedo… ¡Puah! Y no voy a presentarme a Porfiri, ¿sabes? Me tiene harto. Prefiero ir a presentarme a mi amigo el teniente *Pólvora*. ¡Menuda sorpresa voy a darle y menudo revuelo se va a formar! Lo que necesito es más sangre fría: últimamente me he vuelto muy irascible. ¿Querrás creer que he estado a punto de amenazar a mi hermana con el puño cenado sólo porque se ha vuelto para mirarme una última vez? ¡Este estado de ánimo es un asco! ¡Hay que ver hasta dónde he llegado! Bueno, ¿dónde están las cruces?

Parecía desquiciado. Ni por un momento podía permanecer en el mismo sitio o concentrar la atención en el mismo objeto. Sus pensamientos se atropellaban, hablaba sin coherencia y le temblaban un poco las manos.

Sin decir nada, Sonia sacó de un cajón dos crucifijos, uno de madera de ciprés y el otro de cobre, se santiguó, le hizo a Raskólnikov la señal de la cruz y le puso al cuello el de ciprés.

—De manera que éste es el símbolo de que cargo con mi cruz, ¡je, je! ¡Como si no hubiera sufrido bastante hasta ahora! La de madera de ciprés es la corriente; la de cobre, es la de Lizaveta y la llevarás tú. A ver, enséñamela. ¿La llevaba al cuello… en aquel momento? Recuerdo dos cosas parecidas: un crucifijo de plata y una imagen pequeña. Las arrojé entonces sobre el pecho de la vieja. Esas son las que de verdad debería ponerme yo ahora… Pero, estoy diciendo tonterías y me olvido de lo principal. ¡Qué distraído me he vuelto!… Mira, Sonia: en realidad he venido para prevenirte, para que sepas… Y, eso es todo… Sólo para eso he venido. Hum… Verdaderamente, pensaba que diría algo más. ¿No querías tú que me presentara? Bueno, pues ya está: me meterán en la cárcel y se cumplirá tu deseo. Pero, ¿por qué

lloras? ¿También tú vas a llorar? Déjalo ya. Bastante mal lo estoy pasando…

Su sensibilidad, sin embargo, se había despertado y se le oprimía el corazón de verla. «Y ésta, ésta, ¿por qué está tan afectada? —pensaba—. ¿Qué soy yo para ella? ¿Por qué llora? ¿Por qué se despide de mí como lo harían mi madre o Dunia? ¡Ni que fuera mi aya!».

—Santíguate y reza, aunque sólo sea una vez —rogó tímidamente Sonia con voz temblorosa.

—¡Oh, todo lo que quieras! Y de todo corazón, Sonia, de todo corazón…

De hecho, habría querido decir otra cosa.

Se santiguó varias veces. Sonia buscó una prenda para ponérsela en la cabeza. Era un mantón de paño verde, probablemente el «de familia», del que le habló Marmeládov. La idea le pasó a Raskólnikov por la mente, pero no preguntó nada. Empezaba a sentirse efectivamente muy distraído y agitado hasta la exageración y le produjo un sobresalto comprobarlo. Luego le sorprendió ver que Sonia se disponía a acompañarle.

—¿Qué haces? ¿A dónde vas? Quédate aquí, quédate. Iré yo solo —gritó contrariado, casi resentido, yendo hacia la puerta—. Ni que necesitara séquito… —rezongó al salir.

Sonia se quedó plantada en medio de la habitación. Raskólnikov ni siquiera se despidió, se había olvidado de ella; sólo ardía en su alma una duda acerba y rebelde:

«¿Realmente debe ser todo así? —se preguntó una y otra vez mientras bajaba la escalera—. ¿No existiría la posibilidad de detenerlo y enmendarlo todo… y de no ir?».

Pero, él seguía caminando. Definitivamente se había dado cuenta de que las preguntas no servían para nada. Al llegar a la calle recordó que no se había despedido de Sonia, que la muchacha se había quedado en medio del cuarto, con su mantón verde, sin atreverse a hacer un movimiento después

de su airado rechazo, y se detuvo un instante; pero, justo entonces, le pasó por la mente otra idea que parecía haber estado allí agazapada para asaltarle de pronto.

«¿Para qué habré venido a verla ahora, para qué? Le he dicho que para un asunto. ¿Qué asunto? ¡Ninguno! ¿Para advertirle que iba a eso? ¿Y qué? No hacía ninguna falta. ¿Acaso la amo? No, claro que no. Acabo de espantarla como si fuera un perro. ¿Necesitaba que me diera un crucifijo? ¡Qué bajo he caído! No. Lo que necesitaba eran sus lágrimas, lo que necesitaba era ver su sobresalto, ver cómo le dolía y se desgarraba su corazón. ¡Necesitaba aferrarme a algo, darme un poco de tiempo, contemplar un rostro humano! ¡Yo que tanto confiaba en mí mismo, yo que tanto soñaba! Soy un mendigo, un ser insignificante, soy un miserable, ¡un miserable!».

Caminaba por el malecón y ya estaba cerca de su meta. Pero al llegar al puente se detuvo, torció para cruzarlo y se dirigió hacia la plaza Sennáia.

Miraba con avidez a derecha e izquierda, se esforzaba por observar cada objeto y no lograba fijar la atención en ninguno. Todo se esfumaba. «Dentro de una semana, o de un mes, me conducirán a alguna parte por este mismo puente en uno de esos carromatos celulares. ¿Qué me parecerá entonces este canal? ¿Lo recordaré tal y como lo veo ahora? —pensó—. Ese rótulo, por ejemplo. ¿Leeré entonces esas mismas letras? Ahí pone “Mutualidad”. Esa letra *a* es fácil de recordar para fijarse precisamente en esa letra *a* dentro de un mes. ¿Qué me parecerá entonces? ¿Qué sentiré y pensaré entonces? ¡Dios mío, qué preocupaciones tan triviales! Por supuesto, también son curiosas a su modo… ¡Ja, ja, ja! ¡Qué cosas se me ocurren! Parezco un niño, fanfarroneando conmigo mismo. Pero, ¿de qué me avergüenzo? ¡Vaya encontronazos que pega la gente! Ese gordo que me ha empujado, un alemán, de seguro, ¿sabrá a

quién ha empujado? Una mujer con un niño pidiendo limosna. Sería curioso saber si me considera más dichoso que ella. Debería darle algo a ver que pasa. ¡Anda! ¡Pero, si me quedan cinco *kopeks* en el bolsillo! ¿Cómo se habrán salvado?».

—Toma, buena mujer.

—Dios se lo pague —agradeció la mendiga con voz plañidera.

Raskólnikov se metió en la plaza Sennáia. Le resultaba desagradable, muy desagradable, verse apretujado entre el gentío y, sin embargo, se metía donde más aglomeración había. Hubiera dado cualquier cosa por encontrarse solo, pero se daba cuenta de que no pasaría a solas ni un minuto. Entre la gente había un borracho empeñado en bailar, pero que se desviaba todo el tiempo hacia un lado. Se había formado un corrillo a su alrededor. Raskólnikov se abrió paso para verlo, estuvo unos minutos mirándolo y de pronto soltó una breve carcajada. Al poco se había olvidado de él y ni siquiera lo veía, aunque lo estaba mirando. Se apartó al fin, sin acordarse siquiera de dónde se encontraba, pero algo le ocurrió al llegar al centro de la plaza: fue una sensación que le embargó súbitamente, apoderándose de su cuerpo y su mente.

Acudieron a su memoria las palabras de Sonia: «Ponte en una encrucijada, inclínate ante la gente, besa la tierra porque también has pecado contra ella, y diles a todos en voz alta: he matado». Sintió temblor en todo el cuerpo al recordarlo. Y tanto le abrumaban ya la desesperada angustia y la inquietud de todo ese tiempo, y en particular de las últimas horas, que cedió a esa sensación nueva, plena e imperiosa. Le envolvió en un ramalazo, prendió como una chispa en su alma y de pronto lo convirtió en una llamarada. Todo se ablandó dentro de él y brotaron las lágrimas. Allí donde estaba se dejó caer al suelo…

Hincado de rodillas en medio de la plaza, se prosternó y besó con deleite aquella tierra sucia. Luego se levantó y volvió a prosternarse.

—¡Menuda la ha cogido! —comentó un muchacho cerca de él.

Se oyeron risas.

—Será que va a Jerusalén, hermanos —añadió un hombre algo bebido—, y se despide de sus hijos y de su tierra. Por eso se inclina delante de todo el mundo y besa la ciudad capital de San Petersburgo y la tierra que la sostiene.

—Es un muchacho todavía joven —intervino un tercero.

—Y de gente bien —opinó otro con voz grave.

—Hoy en día no hay quien distinga a la gente bien de la que no lo es.

Todos estos comentarios y observaciones contuvieron a Raskólnikov y no llegó a pronunciar las palabras «he matado», que tenía en los labios. Sin embargo, aguantó con calma todos aquellos gritos y, sin mirar en torno, enfiló una calle que conducía a la comisaría. Mientras caminaba, algo vio de refilón, pero no se sorprendió; presentía ya que así debía ser. Al volverse hacia la izquierda la segunda vez que se prosternó en la plaza Sennáia había visto a Sonia a unos cincuenta pasos, escondida detrás de una de las barracas de madera que había por allí. Eso significaba que lo había acompañado a lo largo de todo su triste trayecto. Raskólnikov sintió y comprendió entonces, de una vez por todas, que Sonia estaría ya siempre con él, que lo seguiría hasta el fin del mundo, adondequiera que lo condujera el destino. Le dio un vuelco el corazón… había llegado ya a la meta fatal…

Entró en el patio bastante animoso. Tenía que subir a la tercera planta. «Por lo pronto, subiré», se dijo. De hecho, tenía la sensación de que aún estaba lejos el momento

decisivo, de que quedaba mucho tiempo por delante, de que aún se podían reflexionar muchas cosas.

Se encontró con el mismo cuadro: la escalera de caracol estaba cubierta de basura y cáscaras de huevo, las puertas de los pisos abiertas de par en par y las cocinas exhalaban humo y malos olores. Raskólnikov no había vuelto por allí desde aquel día memorable. Sus piernas se entumecían, se doblaban, pero le sostenían. Se detuvo un momento para recobrar el aliento, dominarse y entrar como un *hombre*. «¿Y por qué? ¿Para qué? —se preguntó al darse cuenta de su intención—. Si debo apurar este cáliz, ¿qué más da? Cuanto más repugnante sea, mejor. —En esto cruzó por su mente la figura del teniente *Pólvora*—. ¿Debo acudir efectivamente a él? ¿Y por qué no a otro? ¿Por qué no a Nikodim Fomich? ¿Y si diera media vuelta y fuera a casa del comisario? Por lo menos, estaríamos en un ambiente casero. ¡No, no! ¡Iré al teniente *Pólvora*! El mal trago, de golpe…».

Al abrir la puerta sentía frío y algo de despiste. Esta vez había poca gente en la comisaría: un *dvornik* y otro hombre del pueblo. El ordenanza ni siquiera asomó desde detrás de su mampara. Raskólnikov pasó a la habitación siguiente. «Quizá pueda evitarme todavía el hablar», pensó. En aquella oficina, un escribiente que vestía levita en lugar de uniforme se disponía a trabajar ante su pupitre y otro se instalaba en un rincón. Zamiótov no estaba. Ni tampoco Fomich, como es natural.

—¿No hay nadie? —preguntó Raskólnikov al de la levita.

—¿Por quién pregunta?

—¡Hombre! —lanzó una voz conocida—. No se oye nada, no se ve nada, pero huele a ruso… como dice el cuento. ¡Mis respetos!

Raskólnikov se estremeció. Se hallaba ante el teniente *Pólvora*, que había salido de otro cuarto. «Esto sí que es cosa del destino —pensó—. ¿Por qué estará aquí?».

—¿Ha venido a vernos? ¿Qué le trae por aquí? —seguía diciendo Ilyá Petróvich, que al parecer estaba de un humor excelente y hasta un poco alegre—. Si se trata de algún asunto, todavía es temprano. Yo mismo estoy aquí por casualidad… De todas maneras, si puedo servirle en algo… Le diré, señor… Hum… Perdone usted…

—Raskólnikov.

—¡Claro! ¡Raskólnikov! No vaya usted a pensar que se me había olvidado. Crea usted que no soy de esos… Rodión… Ro… Rodiónovich, si no me equivoco.

—Rodión Románovich.

—Sí, sí, naturalmente. ¡Rodión Románovich, Rodión Románovich! Lo tenía en la punta de la lengua. He preguntado varias veces por usted. Le confieso que he lamentado sinceramente… he lamentado que entonces tuviéramos esas palabras… Luego me han explicado, he sabido que era usted un joven literato y hasta un erudito… Y eso… los primeros pasos. ¡Dios! ¿Qué literato o qué erudito no ha dado pasos originales en sus comienzos? Nosotros, mi esposa y yo, estimamos la literatura. En mi esposa, sobre todo, es una auténtica pasión. ¡La literatura y las artes! En habiendo nobleza, lo demás se puede adquirir gracias al talento, al saber, al raciocinio, al genio. Por ejemplo, un sombrero: ¿qué es un sombrero? Un sombrero es como un panecillo. Voy a casa de Zimmermann y me lo compro. Pero, lo que no puedo comprar es lo que hay debajo del sombrero… Le aseguro que tuve intención de ir a verlo para que nos explicáramos; pero, luego pensé que quizá usted… Pero, bueno, a todo esto no le he preguntado si realmente desea algo. Tengo entendido que ha venido su familia.

—Sí; mi madre y mi hermana.

—Yo he tenido incluso el honor y la dicha de ver a su hermana, una persona cultivada y encantadora. He lamentado, lo reconozco, el que nos acalorásemos entonces

tanto. ¡Qué cosas! En lo que se refiere a que yo consideré entonces su desmayo de cierta manera… aquello quedó aclarado luego del modo más concluyente. ¡Intolerancia y fanatismo! Comprendo su indignación. ¿Acaso viene usted a empadronarse en otro domicilio con motivo de la llegada de su familia?

—No… Sólo he venido así… quería preguntar… pensaba encontrar aquí a Zamiótov.

—¡Ah, ya! Han hecho ustedes amistad, según tengo entendido. Pero, no podrá encontrarlo aquí: Zamiótov nos ha dejado. Sí, hemos perdido a Alexandr Grigorievich. Desde ayer nos vemos privados de su presencia. Ha sido trasladado… Por cierto que, al trasladarse, ha regañado aquí con todo el mundo… Y en la forma más descortés, por cierto. Un jovenzuelo con la cabeza a pájaros, y nada más. Aunque, parecía prometer. A ver quién es capaz de atar cabos con esta juventud prometedora. Parece ser que quiere presentarse a unas oposiciones; pero, ya se sabe: el caso es alardear y las oposiciones se quedan luego en agua de borrajas. Porque, es un caso muy distinto al de usted o al de su amigo Razumijin. Usted ha elegido la carrera de la erudición y no le arredran los reveses. Para usted, puede decirse que todos los encantos de la vida *nihil est*[154] porque es un asceta, un monje, un eremita… Para usted, el libro, la pluma detrás de la oreja, las indagaciones científicas… Eso es lo que da vuelo a su espíritu. Yo, en parte… ¿Ha leído usted los *Diarios de Livingston*[155]?

—No.

—Pues, yo sí. La verdad es que, hoy día, se han difundido mucho los nihilistas. Y se comprende. ¿Quiere usted decirme qué tiempos son estos en que vivimos? Pero, yo estoy con usted… Porque usted, naturalmente, no es un nihilista[156], ¿verdad? Francamente, ¿eh?, francamente.

—No…

—A mí, me lo puede decir francamente, sin reparos, como si hablara consigo mismo. Otra cosa es la obligación; sí, eso es otra cosa… ¿Creía usted que iba a decir la amistad? Pues, no; no ha acertado. Lo importante no es la amistad sino el sentir del ciudadano y del hombre, el sentimiento de humanismo y amor al Altísimo. Yo podré ser una persona oficial en el ejercicio de mis funciones, pero también tengo la obligación de sentir al ciudadano y al hombre dentro de mí y de comportarme como tal… Usted, por ejemplo, ha hablado de Zamiótov. Pues, bien: Zamiótov es capaz de armar un escándalo a la manera francesa en una casa de mal vivir por una copa de champán o de vino del Don… Ahí tiene usted cómo es su Zamiótov. Mientras que yo, podríamos decir que soy todo dedicación y sentimientos elevados, sin contar que represento algo, tengo una categoría, ocupo un cargo. Estoy casado, tengo hijos. Yo cumplo con mi deber de ciudadano y de persona. Él, en cambio, ¿quiere decirme lo que hace? Yo a usted lo trato como a alguien ennoblecido por la educación. Claro que con eso de la educación se multiplican demasiado esas comadronas[157] y demás…

Raskólnikov enarcó las cejas. Las palabras de Ilyá Petróvich, que por las señas acababa de hacer honor a una buena mesa, descargaban y rebotaban delante de él como sonidos huecos en su mayor parte, aunque algo comprendía. Por eso lo miraba preguntándose cómo terminaría aquello.

—Me refiero a esas chicas de pelo cortado —siguió Ilyá Petróvich con su locuacidad—. Yo las llamo a todas comadronas y me parece que el apelativo les sienta a la perfección. ¡Je, je! Se meten en esas escuelas, estudian anatomía… Si yo me pusiera enfermo, ¿cree usted que iba a llamar a una de esas señoritas para que me curase? ¡Je, je!

Ilyá Petróvich reía a carcajadas, muy satisfecho de su ingenio.

—Admitamos que se trata de un deseo desmesurado de ilustrarse. Bueno, pues una vez satisfecho ese deseo, ya basta. ¿Para qué abusar? ¿Para qué agraviar a las personas dignas como hace ese bribón de Zamiótov? ¿Por qué me ha ofendido a mí, vamos a ver? Y luego, lo de los suicidios: no se puede usted imaginar cómo se ha difundido esa manía. La gente se gasta hasta el último *kopek* y luego se mata. Chicas jóvenes, muchachos, ancianos… Esta misma mañana nos han informado de otro: un señor recién llegado a la capital. ¡Nil Pávlovich! ¡Oiga, Nil Pávlovich! ¿Cómo se llamaba ese caballero del que nos han informado antes que se pegó un tiro en el barrio de Petersbúrgskaia?

—Svidrigáilov —contestó una voz ronca e indiferente desde otro cuarto.

Raskólnikov pegó un respingo.

—¡Svidrigáilov! ¡Se ha pegado un tiro Svidrigáilov! —gritó.

—¡Cómo! ¿Conocía usted a Svidrigáilov?

—Sí… Lo conocía… Llevaba poco tiempo aquí…

—Es verdad. Llegó hace poco. Había fallecido su esposa. Un hombre de conducta licenciosa, y de repente se pega un tiro. Es de lo más chocante que puede usted imaginarse… En su libreta de notas ha dejado unas palabras diciendo que muere en plena posesión de sus facultades y que no se culpe a nadie de su muerte. Según dicen, éste sí tenía dinero. ¿Y de qué lo conocía usted?

—Lo conocía… de que mi hermana ha estado de institutriz con esa familia…

—Vaya, vaya, vaya… Entonces, quizá pueda usted decirnos algo acerca de él. ¿No sospechaba usted nada?

—Lo vi ayer… estaba bebiendo… Yo no sabía nada.

Raskólnikov tuvo la impresión de que una mole caía sobre él, aplastándolo.

—Parece que se pone usted pálido otra vez. El aire está aquí tan cargado.

—Sí. Tengo que marcharme —farfulló Raskólnikov—. Disculpen la molestia…

—¡Qué dice! Venga usted cuando quiera. Ha sido un placer, y aprovecho para decirle…

Ilyá Petróvich hasta le tendió la mano…

—Sólo quería… Vine a ver a Zamiótov…

—Comprendo, comprendo. Ha sido un placer.

—El gusto… ha sido mío… Adiós… —sonrió Raskólnikov.

Salió tambaleándose. La cabeza le daba vueltas. No notaba las piernas. Empezó a bajar la escalera apoyándose con la mano derecha en la pared. Le pareció que un *dvornik* que llevaba un registro en la mano lo empujó al subir él a la comisaría; que un perrillo ladraba frenéticamente allá en la planta baja y que una mujer le tiraba un rodillo de amasar gritándole algo. Llegó al pie de la escalera y salió al patio. Allí, cerca de la entrada, estaba Sonia, pálida como la cera, que lo miraba con expresión de desvarío. Se detuvo delante de ella. El rostro de la muchacha, doliente y atormentado, reflejaba algo parecido a la desesperación. Cruzó las manos. A los labios de Raskólnikov afloró una sonrisa lamentable, desvaída. Permaneció allí unos instantes y, con otra sonrisa parecida, dio media vuelta para subir de nuevo a la comisaría.

Sentado a una mesa, Ilyá Petróvich repasaba unos papeles. Delante de él estaba el mismo hombre que había empujado a Raskólnikov en la escalera.

—¡Ah! ¿Usted otra vez? ¿Se ha dejado algo? Pero…, ¿qué le sucede?

Con los labios descoloridos y la mirada fija, Raskólnikov se le acercó lentamente, llegó hasta la mesa donde apoyó una mano y quiso decir algo, pero no pudo. De su boca no salían más que sonidos incoherentes.

—¡Se encuentra usted mal! ¡Una silla! Venga, siéntese aquí. ¡Agua!

Raskólnikov se dejó caer en la silla sin apartar los ojos de Ilyá Petróvich, muy desagradablemente sorprendido. Estuvieron mirándose cosa de un minuto, a la espera. Alguien trajo un vaso de agua.

—Fui yo… —empezó Raskólnikov.

Apartó el vaso con la mano y pronunció, en voz baja y haciendo pausas, pero muy claramente:

—*Fui* yo *quien mató entonces con un hacha a la vieja usurera y a su hermana Lizaveta para robarlas*.

Ilyá Petróvich se quedó con la boca abierta. Acudió gente de todas partes.

Raskólnikov reiteró su declaración.

* * *

Epílogo

I

Siberia. A la orilla de un río anchuroso y desierto se encuentra uno de los centros administrativos de Rusia. La ciudad tiene una fortaleza y la fortaleza una prisión. En la prisión lleva recluido ya nueve meses Rodión Raskólnikov, presidiario deportado de segunda. Desde el día de su crimen ha transcurrido casi un año y medio.

La vista de su causa tuvo lugar sin tropiezos dignos de mención. El acusado reiteró su confesión con firmeza, claridad y precisión, sin confundir las circunstancias, sin alterarlas en su favor. Sin desvirtuar los hechos, sin olvidar el menor detalle. Relató hasta en su último rasgo todo el proceso del asesinato; desveló el misterio de la *prensa* —la tablilla con la tira de metal— hallada entre las manos de la muerta; refirió detalladamente cómo se había apoderado de las llaves, hizo la descripción de éstas, así como del contenido del cajón de la cómoda y hasta enumeró algunos de los objetos; aclaró el misterio del asesinato de Lizaveta; relató la llegada de Koch, sus insistentes llamadas a la puerta y luego la aparición del estudiante, repitiendo cuanto habían hablado entre ellos; explicó su propia fuga escaleras abajo oyendo el alboroto armado por Nikolái y Mitri, cómo se había escondido en el piso vacío y luego volvió a su casa, y terminó señalando la piedra del patio de la avenida Voznesenski debajo de la cual fueron encontrados los objetos y la bolsa de ante. En una palabra, que todo quedó aclarado. Los jueces y demás magistrados se sorprendieron,

entre otras cosas, de que hubiera escondido los objetos y la bolsita debajo de una piedra sin lucrarse de ellos y, en particular, de que no recordara en detalle los objetos sustraídos ni siquiera cuántos eran. Parecía inverosímil el hecho de que no hubiese abierto una sola vez la bolsa y no supiera el dinero que contenía. Resultó que eran trescientos diecisiete rublos-plata[158] y tres monedas de veinte *kopeks*; algunos de los billetes de mayor cuantía estaban bastante maltrechos de haber pasado tanto tiempo debajo de la piedra. Deliberaron largamente en torno a la circunstancia de que el acusado mintiera sobre este particular mientras que, en lo demás, su confesión había sido espontánea y veraz. Algunos, en especial los psicólogos, admitieron la posibilidad de que, en efecto, no había mirado dentro de la bolsita, ignorando por consiguiente su contenido, y de que en esa ignorancia la había metido debajo de la piedra. De todo ello concluyeron al momento que el crimen sólo pudo ser cometido en un acceso momentáneo de locura debido a una obsesión patológica por el asesinato y el robo sin intenciones ulteriores ni afán de lucro. Todo ello encajaba en la nueva teoría, muy en boga, de la enajenación transitoria que tan a menudo se trata de aplicar hoy día a ciertos delincuentes. Además la hipocondría crónica de Raskólnikov fue atestiguada con todo detalle por varias personas, por el doctor Zosímov, por antiguos compañeros de estudios, por la patrona y su criada. Todo ello reforzó considerablemente la conclusión de que Raskólnikov no se asemejaba del todo al tipo corriente de asesino y ladrón y de que allí había algo más. Para gran contrariedad de los que sustentaban esta tesis, el acusado apenas intentó defenderse. A la pregunta decisiva acerca de los móviles que le habían llevado a matar y robar, contestó con toda claridad y la más tosca franqueza que la causa de todo era su mísera condición, su indigencia y su desamparo, su deseo de atender a los primeros pasos

de su carrera con los tres mil rublos que pensaba encontrar, como mínimo, en posesión de la víctima; que le había llevado a cometer el asesinato su propio carácter irresponsable y pusilánime, exacerbado además por las privaciones y los fracasos. Interrogado acerca del móvil que le había inducido a entregarse a la justicia contestó claramente que su sincero arrepentimiento. Todo ello, dicho de modo casi grosero…

La sentencia, sin embargo, fue más benigna de lo que podía esperarse, teniendo en cuenta la magnitud del crimen, y precisamente, quizá, porque el acusado, lejos de querer justificarse, parecía manifestar el deseo de exagerar su culpa. Todas las extrañas y singulares circunstancias del caso fueron tomadas en consideración. No dejaba lugar a dudas el estado morboso e indigente del acusado antes de cometer el delito. El hecho de que no se lucrara con lo robado se achacó en parte a un remordimiento incipiente y, en parte también, a que no se hallaba en el pleno dominio de sus facultades mentales en el momento del crimen. El asesinato impremeditado de Lizaveta apoyaba también esta hipótesis: un individuo asesina a dos personas y se olvida de que la puerta está abierta. Por último, su confesión espontánea cuando la investigación había sido extraordinariamente embrollada por la falsa confesión de un fanático decaído (Nikolái) y, además, cuando no existían pruebas convincentes ni apenas sospechas siquiera contra el auténtico culpable (Porfiri Petróvich cumplió fielmente su palabra) fueron circunstancias definitivas para atenuar la sentencia.

Del modo más inesperado salieron a relucir otros hechos que favorecieron mucho al acusado. El ex estudiante Razumijin descubrió y presentó pruebas de que el acusado Raskólnikov estando en la Universidad, había ayudado, con sus escasos medios, a un pobre condiscípulo suyo

tuberculoso, manteniéndole casi durante medio año. Muerto el estudiante, Raskólnikov atendió al padre del fallecido, anciano y enfermo, a quien el hijo venía manteniendo con su trabajo desde la edad de trece años, consiguió ingresarlo en un hospital y, cuando a su vez falleció, costeó el entierro. Todas estas declaraciones ejercieron cierta influencia favorable sobre el destino de Raskólnikov. También su patrona, la viuda Zarnítsina madre de la novia fallecida de Raskólnikov, declaró que, viviendo en otra casa, en las Cinco Esquinas, Raskólnikov sacó de un piso en llamas, una noche que se declaró un incendio, a dos pequeños, sufriendo él mismo quemaduras. El hecho fue investigado minuciosamente y confirmado por varios testigos. En una palabra, la condena fue de sólo ocho años de trabajos forzados de segunda, habida cuenta de que se presentó voluntariamente a la justicia y de algunas circunstancias atenuantes.

La madre de Raskólnikov había caído enferma al comienzo del proceso y, durante todo el tiempo que éste duró, Dunia y Razumijin se las ingeniaron para llevársela fuera de San Petersburgo. Razumijin eligió una ciudad próxima a la vía férrea y a escasa distancia de la capital a fin de seguir de cerca todas las fases del proceso y, al mismo tiempo, ver a Avdotia Románovna con la mayor frecuencia posible. La dolencia de Puljeria Alexándrovna, de extraña índole nerviosa, llevaba pareja algo de enajenación, si no completa, al menos parcial. Al regreso de la última entrevista con su hermano, Dunia la encontró ya enferma, con fiebre y delirando. Aquella misma tarde convinieron lo que contestarían a las preguntas de la madre acerca del hijo, inventando toda una historia según la cual Raskólnikov habría tenido que marchar muy lejos, a la frontera de Rusia, con una misión importante que, a la larga, le proporcionaría fama y dinero. Les sorprendió, es cierto, que Puljeria

Alexándrovna no les hiciera más preguntas sobre el particular, ni entonces ni más adelante. Por el contrario, ella expuso su propia versión acerca de la súbita partida del hijo. Les refirió llorando que había venido a despedirse de ella, insinuó que sólo ella conocía muchas circunstancias misteriosas y muy importantes, que Rodia tenía numerosos y poderosos enemigos y que incluso se veía obligado a ocultarse. En cuanto a su futura carrera sería, sin duda alguna, brillante cuando desaparecieran algunas circunstancias adversas. Le aseguró a Razumijin que, con el tiempo, Rodia llegaría a ser un estadista como lo demostraban su artículo y su gran talento literario. Aquel artículo, lo releía sin cesar, a veces medio en voz alta, casi dormía con él, pero apenas preguntaba dónde se hallaba exactamente Rodia a pesar de que, al parecer, los jóvenes eludían el tema, hecho que por sí solo podía despertar su suspicacia. Este extraño mutismo de Puljeria Alexándrovna con respecto a ciertos puntos acabó por inquietarlos. Por ejemplo, ni siquiera se quejaba de no recibir cartas suyas mientras que antes, en su pequeña ciudad, sólo vivía con la esperanza de tener noticias de su amado Rodia. Esta conducta resultaba ya demasiado inexplicable y preocupaba mucho a Dunia: llegó a pensar que su madre presentía quizá algo terrible en la suerte del hijo y no se atrevía a preguntar por temor a enterarse de algo más terrible todavía. En todo caso, Dunia veía con claridad que Puljeria Alexándróvna no estaba en su sano juicio.

En un par de ocasiones, sin embargo, la madre condujo la conversación de tal modo que, al contestarla, resultaba imposible no mencionar el sitio donde se encontraba Rodia entonces. Y cuando las respuestas resultaron por fuerza insatisfactorias y sospechosas, se abandonó a una tristeza profunda y un mutismo que duraron largo tiempo. Dunia vio finalmente que era difícil mentir e inventar y llegó a la

conclusión de que lo mejor sería guardar un silencio absoluto sobre ciertos puntos; sin embargo, cada día resultaba más evidente que la pobre madre sospechaba algo espantoso. Dunia recordó, entre las palabras de su hermano, la observación de que la madre había oído hablar en sueños la víspera del día fatal, después de la escena que tuvo ella con Svidrigáilov. ¿Se habría enterado así de algo? A menudo, a veces después de varios días e incluso semanas de hosco y lúgubre mutismo y lágrimas silenciosas, la enferma se animaba casi histéricamente y se ponía a hablar de pronto en voz alta, casi sin parar, de su hijo, de sus esperanzas y su porvenir… Sus fantasías eran muy extrañas a veces. Le llevaban la corriente, asentían a cuanto decía, y quizá se diera ella cuenta de que así era, pero continuaba hablando…

La sentencia fue dictada a los cinco meses de haberse entregado Raskólnikov. Razumijin lo visitó en la cárcel todas las veces que fue posible, y Sonia también. Llegó por fin el momento de la separación, Dunia, secundada por Razumijin, le juró a su hermano que la separación no sería eterna. En la mente fogosa y juvenil de Razumijin había arraigado con fuerza la idea de asentar en los tres o cuatro años siguientes los cimientos de su vida futura, juntar algún dinero y trasladarse a Siberia, tierra fértil en todos los sentidos pero escasa de brazos, de gente y capitales, establecerse en la misma ciudad donde se encontraría Rodia y… todos juntos comenzar una vida nueva. Todos lloraron al despedirse. En esos últimos días, Raskólnikov había estado muy abstraído. Preguntaba mucho por su madre y manifestaba gran inquietud por ella. Tanto, que Dunia llegó a alarmarse. Quedó muy deprimido al conocer en detalle el estado de su salud. Con quien más taciturno se mostró todo ese tiempo fue con Sonia. Hacía tiempo que, con el dinero dejado por Svidrigáilov, la muchacha había hecho todos los

preparativos para seguir a la partida de presidiarios en la que fuera él. Raskólnikov y ella no habían intercambiado ni una palabra sobre el particular, pero ambos sabían que así sería. En la última despedida, Raskólnikov sonrió de modo extraño a las ardientes aseveraciones de su hermana y de Razumijin acerca de un futuro dichoso cuando saliera de presidio y auguró que la dolencia de su madre pronto tendría un desenlace doloroso. Sonia y él se pusieron al fin en camino.

A los dos meses, Dunia se casó con Razumijin. Fue una boda triste y apacible. Por cierto, que entre los invitados figuraron Porfiri Petróvich y Zosímov. Últimamente, Razumijin había adquirido el aire del hombre que ha tomado una firme resolución. Dunia tenía el total convencimiento de que cumpliría todos sus propósitos, y estaba en lo cierto, ya que daba pruebas de una voluntad de hierro. Entre otras cosas, había vuelto a la Universidad para terminar sus estudios. Siempre estaban haciendo planes, pues ambos contaban resueltamente con trasladarse a Siberia al cabo de unos cinco años. Hasta entonces, confiaban en la presencia de Sonia junto a Raskólnikov.

Puljeria Alexándrovna bendijo gozosa el matrimonio de su hija con Razumijin; pero, a partir de la boda, parecieron aumentar su tristeza y su preocupación. Para proporcionarle algo de alegría, Razumijin le contó lo que hizo Rodión por el estudiante pobre y su anciano padre y también que había sufrido quemaduras al salvar de la muerte a dos criaturas el año anterior. Ambas noticias impresionaron casi hasta la exaltación la mente debilitada de Puljeria Alexándrovna. Lo comentaba sin cesar, incluso con los transeúntes, aunque Dunia la acompañaba siempre que salía. En cuanto captaba a un oyente, ya fuera en un ómnibus o en una tienda, se ponía a hablar de su hijo, de cómo había ayudado a aquel estudiante, de cómo había sufrido quemaduras en un

incendio, y así sucesivamente. Dúnechka no sabía qué hacer para calmarla. Sin contar el peligro que representaba aquel estado morboso de exaltación, también existía el riesgo de que alguien recordase el apellido de Raskólnikov, mencionado en el reciente proceso, y hablara de él. Puljeria Alexándrovna llegó a enterarse de las señas de la madre de los dos niños rescatados durante el incendio y estaba empeñada en ir a visitarla. Finalmente, su agitación llegó al último extremo. A veces se ponía a llorar de pronto, enfermaba a menudo y la fiebre la hacía delirar. Una mañana afirmó rotundamente que, según sus cálculos, Rodia debía regresar pronto, pues él mismo había dado a entender, al despedirse, que le esperasen precisamente al cabo de nueve meses. Se puso a ordenar el piso de arriba a abajo, preparándose para recibir a Rodia, y a disponer la habitación para él (la suya propia) encerando los muebles, lavando o colgando cortinas nuevas, etcétera. Dunia, inquieta, no objetaba nada e incluso la ayudaba en sus afanes. Tras un día agitado, lleno de incesantes fantasías, ilusiones gozosas y lágrimas, cayó enferma y a la mañana siguiente deliraba. La fiebre que se había declarado la condujo a la tumba dos semanas después. Por algunas palabras pronunciadas en su delirio podía colegirse que intuía mucho más de lo que pensaba acerca del amargo destino de su hijo.

Raskólnikov permaneció mucho tiempo en la ignorancia de la muerte de su madre, aunque la correspondencia con San Petersburgo se había establecido al poco de su deportación a Siberia. Y se había establecido a través de Sonia. La muchacha escribía regularmente todos los meses a San Petersburgo, a nombre de Razumijin y también recibía regularmente respuesta todos los meses. Al principio, las cartas de Sonia les parecían a Dunia y a Razumijin algo secas e insatisfactorias; pero acabaron por descubrir que aquél era el mejor modo de hacerlo, pues al fin y al cabo, de

ellas resultaba un cuadro completo y exacto de la vida de su desdichado hermano. Las cartas de Sonia hablaban de la realidad más prosaica, daban la descripción más simple y clara de todo el ambiente de la vida de Raskólnikov en el presidio. Sonia no exponía sus esperanzas propias, no hacía hipótesis sobre el futuro ni hablaba de sus sentimientos propios. En lugar de intentar explicarles el estado anímico de Raskólnikov y toda su vida exterior en general, se limitaba a los hechos, o sea, a repetir sus palabras, a darles noticias detalladas de su estado de salud, de si había formulado algún deseo durante una entrevista determinada, de si le había pedido algo o le había hecho algún encargo, etcétera. Todo ello, lo comunicaba con extraordinaria minuciosidad. Al final, la imagen del infortunado hermano aparecía ella sola, se delineaba con precisión y nitidez; allí no cabían confusiones porque todos eran hechos fidedignos.

Sin embargo, poco consuelo podían sacar Dunia y su esposo de lo que les contaba Sonia, sobre todo al principio. La muchacha les decía siempre que Raskólnikov estaba permanentemente sombrío, que apenas hablaba y casi no se interesaba por las noticias que ella le daba cada vez que recibía carta de San Petersburgo; que algunas veces preguntaba por su madre y que cuando ella, viendo que presentía ya la verdad, le reveló el fallecimiento de Puljeria Alexándrovna, vio con asombro que ni siquiera la noticia de la muerte de su madre pareció afectarle muy profundamente o, por lo menos, esa impresión le dio a ella. Informaba, entre otras cosas, de que aunque aparentaba haberse encerrado en sí mismo y aislado de los demás, había aceptado su nueva vida de modo sencillo, sin trauma; que comprendía claramente su situación, cuyo pronto alivio no esperaba ni abrigaba vanas ilusiones (como solía ocurrir en tales casos) y apenas le sorprendía nada del nuevo ambiente en que se movía, tan distinto a todo lo anterior. También les decía que

el estado de salud de Rodia era satisfactorio. Cumplía su trabajo, que no eludía ni solicitaba, y mostraba indiferencia por la comida, pero que ésta era tan mala, salvo los domingos y festividades, que había terminado por aceptar de buen grado el dinero de Sonia para cenar todos los días. Por lo demás, le había pedido que no se preocupara, afirmando que todos sus afanes por él no hacían más que fastidiarlo. También les explicaba Sonia que, dentro de la penitenciaría, vivía con los demás presidiarios en una nave común cuyo interior ella no conocía, pero se lo imaginaba angosto, sucio e insalubre; que dormía sobre una tarima revestida con una estera de fieltro y no quería nada mejor; pero, que si vivía de una manera tan tosca y mísera, no obedecía a un plan o un designio preconcebido, sino por dejadez, por indiferencia hacia el aspecto externo de su suerte. Sonia escribía sin rodeos que, sobre todo al principio, sus visitas no parecían agradarle y, por el contrario, casi la recibía con desabrimiento, se mostraba taciturno y hasta brusco con ella, pero que, finalmente, aquellas visitas se habían convertido en una costumbre, punto menos que en una necesidad, hasta el extremo de que las había añorado mucho cuando ella cayó enferma y no pudo ir a verlo durante varios días. Se entrevistaba con él los días de fiesta a la puerta de la prisión o en el cuerpo de guardia al que era conducido por unos minutos. El resto del tiempo iba al lugar donde estuviera trabajando y allí lo veía, en los talleres, los tejares o los cobertizos que se alzaban a orilla del Irtish. En cuanto a ella misma, Sonia les informaba de que hasta había encontrado apoyo en algunas personas que conocía ya en la ciudad, que se dedicaba a coser y que, como apenas había modistas por allí, había llegado a ser indispensable en muchas casas. Lo que no mencionó fue que, por mediación suya, las autoridades penitenciarias prestaban cierta

protección a Raskólnikov, designándolo para trabajos menos duros y demás.

Finalmente llegó la noticia (Dunia había notado ya en las últimas cartas indicios de preocupación y alarma) de que Rodia rehuía a todo el mundo, de que los otros presidiarios lo miraban con malos ojos, de que se pasaba días enteros sin pronunciar una palabra y de que se estaba poniendo muy pálido. De pronto, Sonia escribió en su última carta que había caído enfermo de gravedad y se hallaba en la sala de presos del hospital militar.

II

Hacía ya tiempo que estaba enfermo. Pero, lo que lo había quebrantado no eran los horrores de la vida de presidio, no era el trabajo, la mala comida, la cabeza rapada ni la ropa llena de remiendos. ¡Quia! ¿Qué le importaban a él esos sufrimientos ni esas penalidades? Por el contrario, se alegraba de verse obligado a trabajar: el agotamiento físico del trabajo le proporcionaba, por lo menos, unas horas de sueño tranquilo. ¿Y qué le importaba a él la comida, la sopa de coles aguada con cucarachas? A menudo, ni siquiera había tenido eso en su vida anterior de estudiante. La ropa le protegía del frío y era adecuada para su actual modo de vida. Los grilletes, ni siquiera los notaba. ¿Por qué tenía que avergonzarse de la cabeza rapada y del tabardo de presidiario? ¿Avergonzarse de que lo viera así Sonia? ¿Por qué, si Sonia le tenía miedo?

Pues, bien, lo cierto era que sí se avergonzaba de que lo viera así Sonia y por eso mismo la hacía sufrir con su trato desdeñoso y brusco. Sin embargo, lo que le avergonzaba no era la cabeza rapada ni los grilletes: su orgullo estaba profundamente herido, y ésa fue la causa de su enfermedad. ¡Oh, qué feliz habría sido si hubiera podido culparse a sí mismo! Entonces, lo habría sobrellevado todo, incluso la vergüenza y la ignominia. Pero, aunque se juzgaba con todo rigor, su conciencia exacerbada no encontraba ninguna culpa particularmente horrenda en su pasado; si acaso, un simple fallo que cualquiera podía cometer. Y se

avergonzaba, justamente, de que él, Raskólnikov, se hubiera perdido de un modo tan ciego, inútil, apagado y estúpido, por decisión del destino ciego, y tuviera que conformarse y someterse a la «insensatez» de una sentencia si quería tranquilizarse un poco.

Todo lo que le esperaba era una inquietud sin objeto ni finalidad en el presente y, en el futuro, un sacrificio permanente con el que nada se conseguía. ¿Que al cabo de ocho años sólo tendría treinta y tres y podría iniciar una vida nueva? ¿Y qué? ¿Para qué iba a vivir? ¿Con qué perspectiva? ¿Con qué meta? ¿Vivir sólo para existir? También antes había estado dispuesto a sacrificar mil veces su existencia por un ideal, una esperanza o incluso una ilusión. La mera existencia siempre había sido poco para él; siempre había deseado más. Y era posible que sólo en virtud de esos deseos se considerara entonces un hombre a quien le estaba permitido más que a los otros.

¡Y si el destino le enviara por lo menos el arrepentimiento! Un arrepentimiento candente, que le desganase el corazón y ahuyentara el sueño; un arrepentimiento cuya espantosa tortura hace pensar en la soga y en las aguas oscuras... ¡Oh, con qué deleite lo habría acogido! Porque el tormento y las lágrimas también son vida. Pero, no se arrepentía de su delito.

Por lo menos, habría podido irritarlo su estupidez, igual que antes lo irritaban las acciones tan necias y desatinadas que lo habían conducido a presidio. Pero, ahora que estaba ya en presidio, había vuelto a considerar y sopesar *libremente* todas sus acciones anteriores sin encontrarlas, en absoluto, tan necias y desatinadas como le parecían antes, en aquella época fatal.

«¿En qué, vamos a ver, en qué era mi idea más estúpida que otras ideas y teorías que pululan y chocan entre sí desde que este mundo es mundo? —se preguntaba—. En

cuanto se considera el caso con mirada totalmente imparcial, amplia y libre de influjos vulgares, mi idea no resultaba en absoluto tan… extraña. ¡Oh, sabios y objetores de tres al cuarto! ¿Por qué os detenéis a mitad de camino?

»¿Por qué os parece tan horrenda mi acción? —se decía —. ¿Porque se trata de un crimen? ¿Qué significa la palabra crimen? Yo tengo la conciencia tranquila. Cierto que se ha cometido un acto delictivo, cierto que se ha infringido la letra de la ley y ha corrido la sangre. Bueno, pues cobraos mi cabeza a cambio de la infracción de la ley…, ¡y basta! En tal caso, naturalmente, incluso muchos benefactores de la humanidad, que no heredaron el poder sino que se adueñaron de él, deberían haber sido ejecutados desde sus primeros pasos. Pero esos hombres soportaron sus primeros pasos y por eso *les asiste la razón*, mientras que yo no lo he soportado y, por consiguiente, no tenía el derecho de dar el primer paso».

Sólo en eso reconocía su delito: en que no lo había soportado y se había entregado a la justicia.

También lo atormentaba la idea de por qué no se había matado. ¿Por qué se asomó entonces al río y prefirió entregarse a la justicia? ¿Tanta fuerza tenía ese afán de vivir y tan difícil resultaba superarlo? ¿No lo había superado Svidrigáilov que le temía a la muerte?

Se atormentaba con estas preguntas sin llegar a comprender que ya entonces, asomado al río, presentía que había algo profundamente falso dentro de él y en sus convicciones. No comprendía que ese presentimiento podía ser precursor de una crisis futura en su vida, de su resurrección futura, de un enfoque nuevo de la existencia.

Mas se inclinaba a ver allí tan sólo el peso inerte del instinto, del que no podía desprenderse y por encima del cual tampoco podía pasar debido a su propia debilidad y su insignificancia. Viendo a los demás presidiarios, se

maravillaba del apego y del aprecio que todos ellos le tenían a la vida. Sí, le parecía que precisamente en presidio la amaban y la valoraban más que estando en libertad. ¡Con tantos sufrimientos y penalidades como habían padecido algunos de ellos, como por ejemplo los vagabundos! ¿Cómo podía significar tanto para ellos un rayo de sol, el bosque virgen o el fresco manantial descubierto hacía más de dos años en algún lugar apartado y que el vagabundo anhela ver de nuevo, como si de una amante se tratara, y sueña con él rodeado de hierba verde y con una avecilla gorjeando en un arbusto? Observando mejor descubría ejemplos más inexplicables todavía.

En el presidio, en el ambiente que lo rodeaba, había muchas cosas que no advertía, por supuesto, ni tampoco quería advertir. Vivía como con la mirada gacha: le resultaba repugnante e insoportable fijarse. Pero, con el tiempo, fueron sorprendiéndolo muchas cosas y, aun sin proponérselo, empezó a advertir lo que antes ni siquiera sospechaba. Lo que más le asombró fue el terrible e infranqueable abismo que mediaba entre y él y los demás. Se hubiera dicho que pertenecían a razas distintas: se miraban con suspicacia y hostilidad. Él sabía y comprendía las causas principales de esa división, pero nunca se hubiera imaginado que fueran en realidad tan profundas y fuertes. En el presidio había también presos políticos polacos que consideraban a los demás patanes ignorantes y los trataban con desprecio; pero Raskólnikov no podía compartir su punto de vista, pues veía claramente que, en muchos aspectos, aquellos hombres toscos eran más inteligentes que los polacos en muchos aspectos. También había rusos —un ex oficial y dos seminaristas— que despreciaban en exceso al resto de los presidiarios; Raskólnikov advertía también su evidente error.

En cuanto a él, lo miraban con malos ojos, le rehuían y, finalmente, acabaron por odiarlo. ¿Por qué? Lo ignoraba. Hombres mucho más criminales lo despreciaban y se burlaban de él y de su crimen.

—¡Tú eres un señorito! —le decían—. No eres quién para emplear un hacha. ¡Eso no es cosa de señoritos!

En la segunda semana de Cuaresma le llegó el turno de ayunar con su barracón, y con todos los demás iba a la iglesia a rezar. Una vez que estalló una pendencia sin que él supiera por qué, todos arremetieron contra él con furia.

—¡Tú eres un ateo! ¡No crees en Dios! —le gritaban—. ¡Habría que matarte!

Nunca les había hablado de Dios ni de religión, pero querían matarle por ateo. Él callaba, sin objetar nada. Uno de los presos iba a lanzarse sobre él en un acceso de frenesí y Raskólnikov lo esperaba en calma y en silencio, sin mover una ceja, sin que se estremeciera ni uno solo de sus rasgos. Uno de los celadores logró interponerse a tiempo entre él y su agresor; de lo contrario, habría corrido la sangre.

Había otra cuestión inexplicable para él: ¿por qué querían todos tanto a Sonia? La muchacha no trataba de congraciarse con ellos, que rara vez la veían fortuitamente cuando acudía a los lugares donde trabajaban para consagrarle unos minutos a Raskólnikov. Sin embargo, todos la conocían, estaban enterados de que lo había seguido a él hasta allí, de cómo vivía y dónde vivía. Ella no les daba dinero ni les prestaba ningún servicio señalado. Tan sólo una vez, por Navidad, había llevado para todos ellos un obsequio de pastelillos y bollos. Pero, poco a poco, se habían entablado unas relaciones más estrechas entre ellos y Sonia: les escribía las cartas para sus familiares y las ponía en el correo. Cuando los reclusos recibían visita de algún pariente que había viajado hasta allí, ellos mismos les recomendaban que dejasen en manos de Sonia la ropa y hasta el dinero que

les traían. Las esposas y las amantes conocían a Sonia e iban a su casa. Y si ella se acercaba a ver a Raskólnikov donde estuviera trabajando o se cruzaba con alguna partida de presos conducidos al lugar de trabajo, todos se quitaban los gorros, todos la saludaban inclinándose. «Sonia Semiónovna, tú eres nuestra madre compasiva y bondadosa», le decían esos hombres toscos, marcados por el presidio, a aquella criatura diminuta y frágil. Ella sonreía y se inclinaba también, y a todos les encantaba que sonriera. Les encantaba hasta su modo de andar, se volvían para seguirla con la mirada y la colmaban de alabanzas; la alababan incluso por ser tan diminuta. Hasta acudían a ella cuando estaban enfermos.

Raskólnikov permaneció hospitalizado el resto de la Cuaresma y hasta después de la Pascua de Resurrección. Convaleciente ya, recordó los sueños que había tenido cuando estaba con fiebre y deliraba. Había soñado que el mundo entero estaba condenado a una plaga terrible y desconocida que avanzaba sobre Europa desde lo más profundo de Asia. Todos debían perecer, a excepción de un número muy pequeño de elegidos. Se trataba de unas variedades nuevas de triquinas, seres microscópicos que se alojaban en el cuerpo humano. Pero aquellos parásitos eran espíritus dotados de inteligencia y voluntad. Las personas atacadas por ellos se volvían inmediatamente locas y desquiciadas. Sin embargo, nunca se habían considerado las personas más infalibles que entonces en sus sentencias, sus conclusiones científicas, sus convicciones morales y sus creencias. Poblaciones, ciudades y naciones enteras se contagiaban y enloquecían. Todos estaban exacerbados, no se entendían entre sí, cada cual pensaba que sólo él estaba en posesión de la verdad y sufría de creer a los demás equivocados, se daba golpes de pecho, lloraba y se retorcía las manos. No sabía cómo ni a quién juzgar, no lograban

ponerse de acuerdo sobre el bien y el mal; no sabían a quién condenar ni a quién absolver; se mataban los unos a los otros con furia insensata; organizaban grandes ejércitos los unos contra los otros, pero esos mismos ejércitos, ya en campaña, empezaban a autodestruirse, los soldados rompían la formación, se acometían, se acuchillaban, se degollaban, se mordían y se devoraban entre ellos. En las ciudades, las campanas tocaban a rebato el día entero, convocando a todos los habitantes, pero nadie sabía quién llamaba ni para qué, y el pánico era general. Los oficios más corrientes fueron abandonados, pues cada cual aportaba sus sugerencias y sus enmiendas propias, de manera que era imposible llegar a ningún acuerdo. Aquí y allá se constituían grupos cuyos componentes habían acordado algo en común jurando que no se separarían, pero al momento emprendían algo totalmente opuesto a su propia propuesta inicial, empezaban a acusarse los unos a los otros, a reñir y acuchillarse. Los incendios se multiplicaron y el hambre hizo su aparición: vidas y haciendas, todo se perdía. La plaga iba en aumento y seguía propagándose. En el mundo entero, sólo podían salvarse unos cuantos elegidos, puros de corazón, destinados a dar nacimiento a un género humano nuevo, a una vida nueva, a renovar y depurar la tierra; pero nadie había visto en ninguna parte a esos seres, nadie había escuchado su palabra ni su voz.

Raskólnikov, sufría de que esa pesadilla descabellada repercutiese tan patética y dolorosamente en sus recuerdos y de que fuera tan persistente la impresión de sus visiones febriles. Había transcurrido más de una semana desde la Pascua de Resurrección, los días eran primaverales, tibios y despejados, y en la sala de presos del hospital habían abierto las ventanas, unas ventanas con rejas a cuyo pie montaba la guardia un centinela. Mientras duró la enfermedad de Raskólnikov, Sonia no había podido hacerle

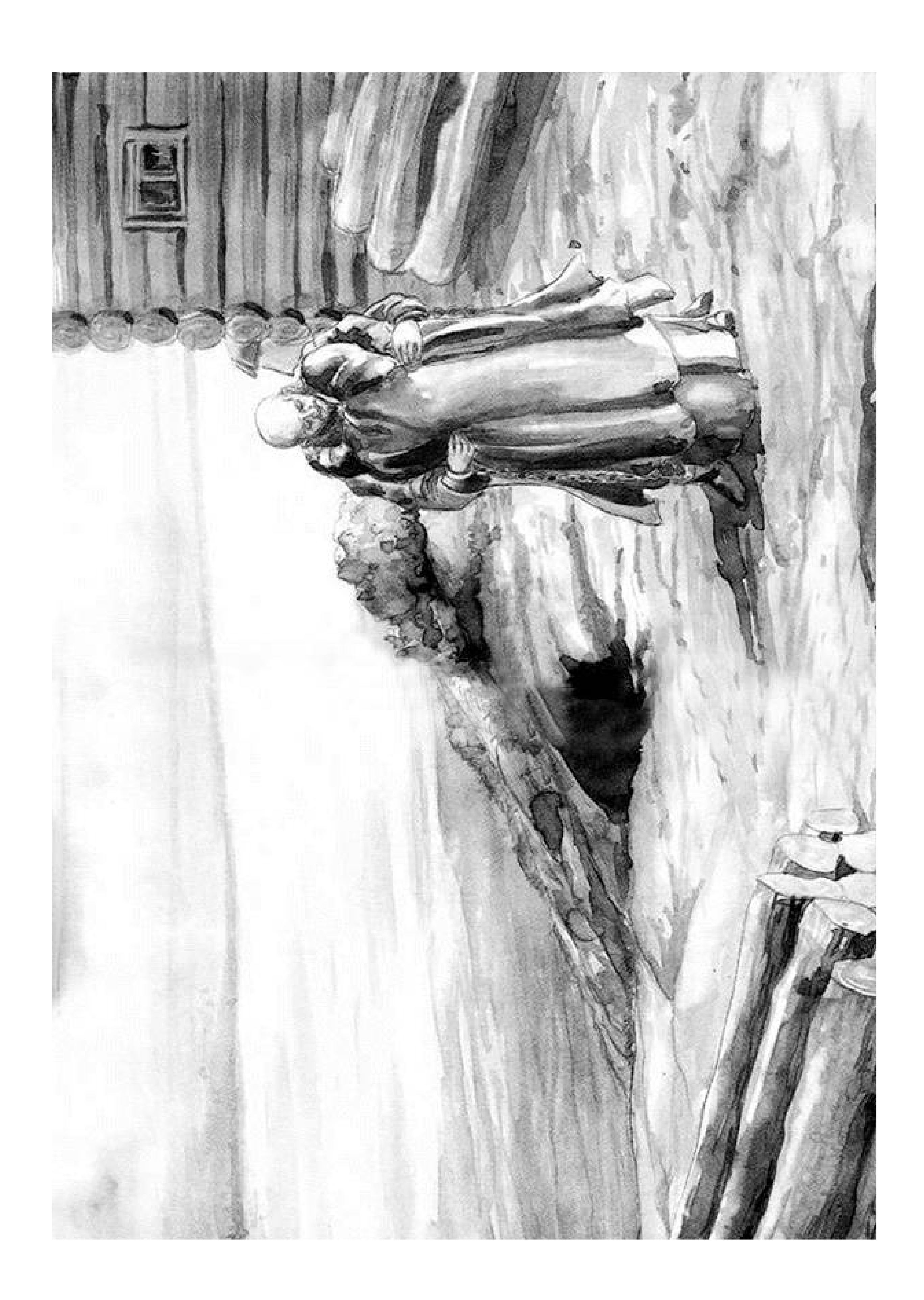
más que dos visitas en la enfermería, solicitando cada vez un permiso bastante difícil de obtener. Pero, sí acudía con frecuencia al patio del hospital, particularmente al atardecer, en ocasiones para quedarse allí sólo un momento y contemplar las ventanas de la enfermería aunque fuera desde lejos. Una tarde, ya casi restablecido, Raskólnikov se había quedado traspuesto y, al despertarse ya anochecido, se acercó fortuitamente a la ventana y vio desde lejos a Sonia junto a la entrada del hospital, como si esperase algo. Raskólnikov sintió una punzada en el corazón: sobresaltado se retiró enseguida de la ventana. Al día siguiente no acudió Sonia, ni al otro tampoco. Raskólnikov se dio cuenta de que la esperaba con desasosiego. Por fin le dieron de alta. De regreso a la prisión, se enteró por los otros presos de que Sofía Semiónovna había caído enferma, guardaba cama y no salía de casa.

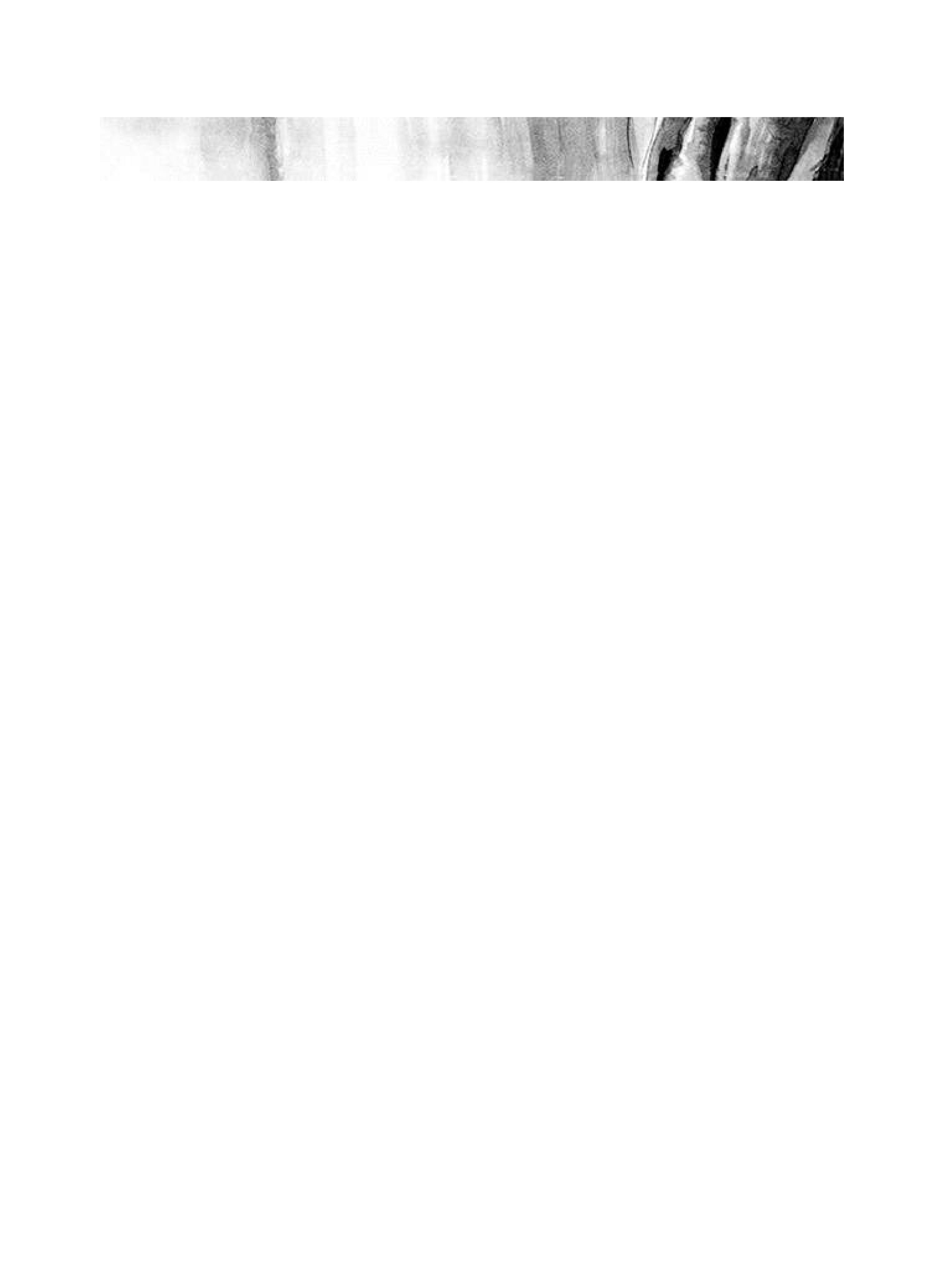
Muy alarmado, Raskólnikov mandó a pedir noticias de ella. Pronto supo que la enfermedad no era grave. Por su parte, al enterarse de que tanto la echaba de menos y se preocupaba por ella, Sonia le hizo llegar una nota escrita a lápiz diciéndole que se encontraba mucho mejor y que pronto, muy pronto, iría a verlo donde estuviera trabajando. Mientras leía la nota, a Raskólnikov le latía el corazón con tanta fuerza que le causaba dolor.

Era de nuevo un día tibio y despejado. Por la mañana, a eso de las seis, Raskólnikov fue conducido a trabajar a la orilla del río. Allí, en un cobertizo, se trituraba alabastro y había un horno de yeso. Sólo tres presos habían sido enviados a aquel lugar. Uno de ellos, acompañado por un vigilante, había vuelto a la prisión en busca de cierta herramienta; otro estaba dedicado a partir leña y cargar el horno con ella. Raskólnikov salió del cobertizo, llegó hasta la orilla y se puso a contemplar el río, anchuroso y desierto, sentado en unos troncos allí apilados. Desde lo alto de

aquella orilla se divisaba un vasto panorama. De la lejana orilla opuesta llegaba una canción apagada. Allá en la estepa infinita, bañada por el sol, negreaban como puntitos las tiendas de los nómadas. Allá estaba la libertad y vivían otras personas, en nada semejantes a las de acá; allá, el tiempo parecía haberse detenido quedándose en la época de Abraham y sus rebaños. Raskólnikov seguía inmóvil, con la mirada fija, y sus pensamientos se convertían en ensueños, en contemplaciones. Ya no pensaba en nada, pero le invadía una ansiedad que le causaba congoja.

De pronto apareció Sonia junto a él. Se había acercado sin ruido y tomó asiento a su lado. El frío del amanecer no se había disipado aún. Sonia llevaba su pobre capita vieja y el mantón de paño verde. Su rostro, demacrado y más pálido, conservaba huellas de la reciente enfermedad. Le saludo con una sonrisa afable y gozosa, pero le alargó la mano tímidamente, como de costumbre.





Siempre le tendía la mano con timidez y a veces ni siquiera lo hacía, temerosa de que él la rechazara. Y es que él siempre tomaba su mano como con repugnancia, la acogía siempre aparentemente contrariado y, en ocasiones, guardaba un mutismo absoluto durante todo el tiempo que ella permanecía a su lado. Había veces que Sonia temblaba ante él y se marchaba hondamente dolida. Aquella mañana, sin embargo, sus manos permanecieron unidas. Raskólnikov le lanzó una mirada fugaz y clavó los ojos en tierra sin decir nada. Estaban solos, nadie los veía. El vigilante miraba hacia otro lado en aquel momento.

Ni él mismo habría podido decir cómo ocurrió, pero sintió un arrebato que lo arrojó a los pies de Sonia. Lloraba, abrazado a sus rodillas. En el primer instante, la muchacha se asustó mucho y sus facciones se contrajeron. Se había levantado de un salto y lo miraba temblando. Pero también en ese mismo instante lo comprendió todo. Una dicha infinita brilló en sus ojos. Había comprendido, ya sin lugar a dudas, que la amaba, que la amaba infinitamente, y que ese momento anhelado había llegado al fin…

Habrían querido hablar, pero no podían. Tenían lágrimas en los ojos. Los dos estaban demacrados y flacos, pero en sus rostros enfermizos y pálidos resplandecía ya el amanecer de un futuro renovado, de la resurrección a una vida nueva. Los había resucitado el amor, y el corazón de cada uno era un manantial inagotable de vida para el corazón del otro.

Acordaron esperar y tener paciencia. Aún les quedaban siete años y, hasta entonces, ¡cuánto padecer insoportable, cuánta dicha infinita! Pero, él había vuelto a la vida, lo sabía, lo notaba plenamente con todo su ser renovado. En cuanto a ella, ¡ella sólo vivía en la vida de él!

Por la noche, ya cenados los barracones de los presos, Raskólnikov pensaba en Sonia acostado en su tarima. Aquel día, hasta le pareció que todos los presidiarios enemigos

suyos lo miraban ya de otra manera. Incluso les había hablado y ellos le habían contestado cordialmente. Lo recordaba ahora, y se dijo que así debía ser: ¿acaso no tenía que cambiar todo a partir de entonces?

Pensaba en Sonia. Recordó el constante afán que había puesto él en atormentarla y lastimar su corazón; recordó su carita pálida y enjuta, pero esos recuerdos apenas lo agobiaban ahora porque sabía con qué amor infinito la resarciría de todos sus sufrimientos.

Además, ¿qué significaban ya todos esos sufrimientos del pasado, *todos*? En un primer arrebato, todas las cosas, incluso su crimen, incluso la sentencia y el presidio, le parecían fenómenos ajenos y extraños que ni siquiera tenían nada que ver con él. Aunque lo cierto era que esa noche no podía pensar coherentemente mucho tiempo, no podía concentrar el pensamiento en nada. Aparte de que tampoco había podido resolver nada conscientemente; sólo era capaz de sentir. La vida había desplazado a la dialéctica, y en su conciencia debía generarse algo totalmente distinto.

Debajo de la almohada tenía unos Evangelios. Sacó maquinalmente el libro. Pertenecía a Sonia: era el mismo donde le había leído la resurrección de Lázaro. Al iniciar su vida en presidio, Raskólnikov temió que Sonia lo atosigara hablándole de religión y de los Evangelios, que quisiera hacerle leer ciertos libros. Para gran sorpresa suya, Sonia no sacó ni una sola vez ese tema de conversación y ni siquiera le ofreció los Evangelios, sino que fue él quien le pidió el libro poco después de caer enfermo, y ella se lo llevó. Hasta entonces, ni lo había abierto.

Tampoco lo abrió esa noche, pero sí le pasó por la mente esta idea: «¿Acaso no he de hacer ahora mías sus convicciones, o por lo menos, sus sentimientos, sus afanes?».

Sonia también había estado agitada todo ese día y hasta tuvo una recaída por la noche. Pero era tan dichosa que casi la asustaba su felicidad. Siete años, ¡nada más que siete años! En los albores de su dicha, había momentos en que ambos estaban dispuestos a considerar aquellos siete años como siete días. Raskólnikov no sabía que esa vida nueva no se le vendría a las manos de balde, que habría de pagarla cara y le costaría una gran proeza en el futuro…

Pero aquí arranca otra historia, la historia de la gradual renovación del hombre, la historia de su regeneración gradual, de su gradual transición de un mundo a otro, de su iniciación en una realidad totalmente desconocida hasta entonces. Esto podría servir de tema para un nuevo relato; pero este relato nuestro de ahora ha terminado.

Apéndice

Introducción

Cada tiempo recrea su pasado

La Historia de la Literatura no está escrita en mármol, no es un bloque sólido al que en el transcurso del tiempo se vayan sumando nuevos grandes nombres y nuevas grandes obras. La Historia de la Literatura refleja en cada momento histórico el cuadro de valores y estimas que cada época proyecta sobre los autores y las obras del pasado. Cada tiempo recrea su pasado. Cada época crea su Historia y así vemos cómo la consideración de determinados autores, determinadas obras o, incluso, determinados estilos literarios, varía de un tiempo a otro. Durante todo el siglo XVIII, por ejemplo, Shakespeare y sus obras fueron despreciadas por falta de forma, por salvajismo estético o por demasiado pasional; nuestro siglo XIX minusvaloró a Góngora y, acercándonos más en el tiempo, hoy no se estima el valor de la novela del realismo social español de la misma forma en que fue estimada en los pasados años sesenta.

Los clásicos de la Literatura

Con todo, sabiendo que los valores literarios están sujetos a criterios relativos, es indudable que dentro de la Historia de la Literatura hay algunos, escasos, autores y obras, que coinciden en ser apreciados en todas las épocas. Ese fondo de apariencia inamovible conforma el prestigioso apartado

que denominamos como clásicos de la Literatura. Fiódor Dostoievski es uno de ellos, un clásico del siglo XIX. Cierto que eso no libra a sus obras de ser enjuiciadas de manera muy distinta tanto por los lectores como por los profesores o críticos literarios, pero sea cual sea esa estimación concreta, en una cosa la unanimidad es completa: quien quiera conocer la Historia de la novela debe detenerse, inevitablemente, en la narrativa del gran maestro ruso. Fiódor Dostoievski es el autor de tres de las más grandes novelas de la Literatura rusa y de la Literatura universal: *Crimen y castigo*, *Los demonios* y *Los hermanos Karamázov*. La lectura de cualquiera de ellas ejemplifica de manera excelente el espacio de su narrativa pero, de manera especial, entendemos que es *Crimen y castigo* la más útil para quien se inicie en la grata tarea de conocer su universo literario.

La época

El siglo XIX

El tiempo de Fiódor Dostoievski es el siglo XIX, un tiempo que nace históricamente con la derrota en 1815 de Napoleón y se cierra con el estallido en 1914 de la Primera Guerra Mundial. Un siglo marcado por dos fenómenos sociales que dominan el trasfondo de esos cien años: el despliegue de la burguesía triunfadora, heredera de las conquistas de la Revolución francesa —libertad, justicia, igualdad— y el nacimiento y empuje del proletariado. Es el siglo en el que las transformaciones económicas y sociales dan lugar a la organización de la sociedad en la que todavía hoy se desarrollan nuestras vidas. La industrialización de los países occidentales, el colonialismo llevado a cabo por éstos sobre los países del Tercer Mundo, los inmensos avances técnicos —la energía del carbón, la aparición del ferrocarril, la

fabricación en cadena— acabaron con una organización y una visión del mundo que anclaba sus señas de identidad en un mundo feudal en el que la explotación de los recursos agrícolas era el eje que movía el universo.

Es el siglo en el que nacen las grandes ciudades, con sus glorias y miserias, en el que se inicia y consolida el trasvase de la población desde el campo a las urbes, en el que los medios de comunicación de masas —periódicos y revistas— aparecen como competidores de los tradicionales centros de formación e información: el púlpito, la cátedra. Un siglo en el que los valores colectivos e individuales se ven sometidos a reajustes radicales, la religión como territorio común se resquebraja y aparecen nuevos credos y nuevas fes: el Progreso, la Ciencia, el Socialismo, el Anarquismo, el Materialismo. El hombre ha perdido sus lazos tradicionales y no acaba de descubrir otros nuevos. Un viejo mundo se ha ido y no se termina de descubrir uno nuevo. El nacionalismo se impone; parece como si los hombres, desgarrados entre el ayer que se fue y el mañana que no ha llegado, buscaran refugio en el territorio natal y cedieran su destino al destino de la Nación. Individuo, clase social y nación conforman las coordenadas del siglo XIX, el campo de acción en el que se desarrollan las vidas concretas. Coordenadas que se debaten entre sí y en las que no es fácil moverse cuando los intereses no coinciden. Coordenadas que componen un espejo que muchas veces salta hecho añicos y en el que no es fácil reconocer ni la imagen de uno mismo ni la imagen de los otros.

La Rusia de Dostoievski

El Imperio de los zares

Con la reserva que todo juicio general conlleva, bien podría decirse que Rusia, el Imperio de los zares, permaneció en los márgenes de la historia occidental hasta el

momento en que hicieron su aparición sobre el mapa europeo las guerras napoleónicas. Es entonces cuando la Santa Rusia surge como potencia militar que, bajo el mandato del zar Alejandro I, deja caer su peso sobre la política continental. El Imperio ocupaba un extenso territorio que se alargaba desde el este de Europa hasta los confines de Asia. Era un país en el que el mundo feudal no era tanto un recuerdo como una realidad. Sin apenas industria, sin apenas comercio, Rusia era un país que basaba su fuerza en la explotación salvaje de sus recursos agrícolas. Una pequeña capa aristocrática mantenía sus privilegios sobre el resto de la población, constituida de manera mayoritaria por siervos de la gleba, propiedad en el sentido más pleno de la palabra de sus amos que sobre ellos ejercían todos los derechos, el de muerte incluido. Cuando en 1825 muere el zar Alejandro I, el desarrollo industrial apenas estaba en sus comienzos.

Freno a la irrupción del capitalismo

Como señala Isabel Vicente[159], la irrupción del capitalismo se veía frenado «por el régimen de servidumbre en virtud de varias causas: 1) los obreros contratados en las empresas eran siervos y sus amos podían retirarlos de allí para que volvieran al campo; 2) como tenían que entregar al terrateniente casi todo lo que ganaban en la fábrica, trabajaban de mala gana y con un rendimiento muy bajo; 3) la industria capitalista carecía del extenso mercado necesario, puesto que la economía campesina se autoabastecía; 4) las relaciones de servidumbre impedían la libre acumulación y la afluencia de capital de inversión a la industria». La miseria y la servidumbre eran las características de aquella Rusia. La cultura era patrimonio de las clases elevadas y fue entre sus integrantes donde aparecieron los primeros brotes reformistas que se enfrentaron con el absolutismo de los zares. Después de la

muerte del zar Alejandro I se produjo un intento de revolución, encabezado por militares liberales, conocido como movimiento Decembrista, que fue abortado y aplastado por el nuevo zar Nicolás I, que habría de ocupar el trono hasta el año 1855, largo y penoso reinado en el que Dostoievski, nacido en 1821, pasará su infancia, adolescencia y primera madurez.

El autoritarismo y la tiranía

El reinado de Nicolás I se caracterizó por el autoritarismo y la tiranía. El Zar y la Corte vieron en la fracasada revuelta de los Decembristas la semilla de la rebeldía e intentaron extirpar todas sus raíces por los caminos más conservadores: la represión y el miedo. La ideología oficial se basaba en la religión ortodoxa, la autocracia, los privilegios de la nobleza, la obediencia muda y el modo de vida feudal. El liberalismo y el progreso se consideraron como demonios y enemigos de la patria. La ignorancia se defendió como virtud; como peligro, la ilustración. La censura se consideró medicina preventiva, y una extensa red de espías y delatores convirtió al país en un auténtico infierno en el que cualquier indicio de rebeldía podía ser condenado con la muerte o con el destierro a Siberia. La arbitrariedad del poder era total; para poder viajar al extranjero era preciso contar con el permiso de la policía; un poeta que confesaba en un libro que quería a su mujer «sobre todo en el mundo» fue severamente reprendido por el censor, pues «ningún ciudadano que se mantenga dentro de la ley debe poner nada por encima de Dios y el Emperador»; el autor de un libro de cocina fue advertido por escribir que «el aire libre es necesario para la masa». La burocracia se convirtió en el refugio de los mediocres, y los siervos, los campesinos, vieron incrementarse la crueldad con que ya tradicionalmente eran tratados.

Inusitada floración de las artes y de las letras

Pero, curiosamente, de esta atmósfera represiva y mezquina iba a surgir una inusitada floración de las artes y de las letras, como si la sociedad rusa más educada e inquieta buscase respirar en el arte y en la especulación filosófica. La falta de caminos para la participación política pareció provocar una ola de interés hacia el estudio y la creación, y surge así lo que muchos llaman «La Edad de Oro de la Literatura rusa». Alejandro Herzen, un crítico y opositor al régimen, de gran peso en su época, lo explicaba de esta manera: «Nos dedicamos a la ciencia, a la filosofía, al amor, al arte militar, al misticismo, para olvidar la monstruosa superficialidad que pesa sobre nosotros».

La llamada intelliguentsia

Toda la cultura rusa del XIX surge del espíritu de oposición, del rechazo a una Rusia oficial falsa y opresiva, siniestra y mediocre. La reacción y represión que se pone en marcha con la llegada del zar Nicolás I al trono no va a ser capaz de impedir la formación de una nueva vanguardia política y literaria que va a ser determinante durante todo lo que queda de siglo: la llamada *intelliguentsia*. Este nuevo estrato social terminará con el predominio y casi monopolio que detentaba la nobleza dentro de la literatura y la cultura. Es un grupo social mixto formado por desclasados, tanto plebeyos como nobles. Por una parte, nobles de ideas avanzadas y progresistas que se niegan a aceptar las condiciones de esclavitud en las que habita la mayor parte de la población; por otra, los hijos de los pequeños comerciantes, de funcionarios de cargos bajos o medios, de profesionales, médicos, abogados, y estudiantes, profesores y periodistas. Este grupo de gentes de muy diversos orígenes formarán un caldo de cultivo favorable para la extensión de las ideas, la creación artística y la literatura. El estudiante pobre —y no olvidemos que esa

es la condición del protagonista de *Crimen y castigo*—entregado a sí mismo, lleno de dudas y esperanzas, soñador y pesimista, esperanzado y desgarrado, es el prototipo de la nueva intelectualidad. La sociedad culta de Moscú o San Petersburgo conservará durante algún tiempo cierto sello aristocrático, pero poco a poco la cultura se irá democratizando. La Universidad, las sociedades de instrucción privadas y las asociaciones estudiantiles serán las que marquen el carácter de la nueva cultura. A su sombra, la edición de libros, de revistas literarias, y el debate de ideas proliferó de manera notable pese a las restricciones del régimen. La *intelliguentsia* rusa se conformó como el grupo social culturalmente hegemónico capaz de crear opinión pública y como estrato generador de artistas y literatos.

Dos corrientes de pensamiento

Dado que las cuestiones políticas no podían ser abordadas de manera directa, las grandes preguntas que planteaba la realidad de aquella Rusia se disfrazaron bajo una polémica general sobre el carácter y el futuro de Rusia. Dos corrientes de pensamiento, la de los occidentalistas y la de los eslavófilos, se enfrentaron sobre estos asuntos. Los eslavófilos acentúan, frente al europeísmo ateo y laico de los occidentalistas, el valor de las tradiciones nacionales y religiosas y proclaman su fe paternalista e idealista en el espíritu ruso que ven encarnado en el campesinado. Su devoción por las tradiciones nacionales oculta la mayoría de las veces su combate contra las ideas progresistas y su entusiasmo rousseauniano y romántico por las «virtudes» del campesinado, ocultaban en realidad su deseo de mantener la situación feudal y patriarcal. No hay que entender, sin embargo, que la eslavofilia se identificase completamente con el conservadurismo. Entre ellos hay verdaderos defensores de las gentes que sufren la tiranía de

la servidumbre y por eso combaten al gobierno del Zar. Para los eslavófilos las formas tradicionales de la vida y las viejas costumbres expresaban la verdadera sustancia de Rusia, de la Rusia «profunda» y, por tanto, debían defenderse y conservarse oponiéndose a las influencias perniciosas del militarismo, el despotismo, el materialismo y el ateísmo. Para ellos las influencias europeas, la lucha de clases, la revolución y la decadencia de los valores morales tradicionales, estaban poniendo en peligro las verdaderas señas de identidad de la Rusia eterna: la sencillez y la solidaridad personificadas en el *mujik* o pequeño campesino, y en el *mir* o aldea comunal agraria.

Para los occidentalistas, Rusia formaba parte de Europa y, por tanto, debía integrarse en la civilización occidental. La autocracia, la servidumbre, las costumbres bárbaras y el atraso social debían y podían desterrarse por medio de la reforma de las instituciones. Muchos de ellos concibieron la transformación de esas instituciones como una revolución socialista de tono humanista.

Rusia bajo el zar Alejandro II

Decadencia del poderío militar y político

El reinado del zar Nicolás I terminaría poco después de la derrota de la Guerra de Crimea, que puso en evidencia la decadencia del poderío militar y político de la Rusia de aquel momento. Tanto los occidentalistas como los eslavófilos, es decir, el conjunto de la opinión pública rusa, se resintieron de una derrota que como aquélla ponía al descubierto los pies de barro de la nación, de un modo semejante a como la Guerra de Cuba reveló a los intelectuales y escritores españoles, la generación del 98, hasta dónde había llegado la decadencia en España. El nuevo Zar fue saludado con esperanza por las capas más inquietas de la sociedad. El Zar no fue ajeno a la necesidad de iniciar reformas que

acercasen el país a los parámetros europeos y, aunque de forma contradictoria, con vacilaciones y vueltas atrás, dio pasos decisivos para la modernización de la sociedad. En 1858 liberó de la servidumbre a los siervos de la corona y en el 1861 tomó la decisión de resolver definitivamente el problema al decretar la abolición general de la servidumbre. De este modo se liberaron millones de campesinos entre los cuales se repartieron lotes de tierras. Los campesinos debían pagar por su libertad indemnizaciones a sus amos. La líberalización, un proceso que recuerda de alguna forma la desamortización española, puso en el mercado nuevos recursos y transformó de forma radical las condiciones de vida de los rusos. Otras medidas reformistas se pusieron en marcha. En 1862 se suprimió el viejo e injusto sistema judicial y se establecieron tribunales con jueces y magistrados independientes, más tarde se crearon asambleas provinciales en las que participaban propietarios, burgueses y aldeanos. Por desgracia la insurrección polaca (1863) y el fallo de algunas reformas paralizó el nuevo liberalismo y se frenó la apertura. Con todo, algunos pasos fundamentales se habían dado. El progreso económico permitió la aparición de una burguesía más amplia de la que pronto surgirán los nuevos intelectuales. Nuevas ideas se incorporaron a la sociedad. Aparecen los primeros radicalismos, anarquistas, nihilistas y comienza a organizarse el llamado socialismo científico alrededor de las ideas de Karl Marx. La sociedad rusa, con todo, seguía siendo totalmente desigual. Los campesinos, la clase media baja, los artesanos, los trabajadores industriales estaban sujetos a opresión, explotación y abuso. La sociedad se politizó de forma extrema, y en medio de las tensiones, en 1881, el mismo año de la muerte de Dostoievski, un estudiante cayó víctima de un atentado terrorista.

El autor

Fiódor Mijáilovich Dostoievski nació el 30 de octubre de 1821 en un hospital moscovita donde su padre, médico en el centro hospitalario, habitaba con su numerosa familia en una pequeña e improvisada vivienda. El padre había sido médico militar y, al abandonar el ejército, fue destinado a aquel hospital situado en uno de los barrios más miserables de Moscú. Fiódor pasó su primera infancia entre enfermos y enfermeros, sin posibilidad de tener amigos de su edad, excepto sus hermanos, y sin apenas contacto alguno con el mundo exterior. La única escapada de ese ambiente tenía lugar durante las vacaciones veraniegas cuando toda la familia se trasladaba a una casa en el campo. El contraste entre la miseria de la ciudad y el encanto de la naturaleza debió quedar grabado en su mente.

Ambiente familiar

El ambiente familiar venía determinado por el fuerte y desagradable carácter del padre. Alcohólico, avaro, extremadamente exigente e intolerante, su figura, sin duda, repercutió en la formación del carácter del futuro escritor. En su novela *El adolescente* parece recordar tan triste atmósfera. «Hay niños que desde la infancia reflexionan ya sobre su familia, que desde la infancia se sienten humillados por el cuadro que les ofrece el padre…».

Su madre, María Fiódorovna, hija de un comerciante, era sin embargo y por fortuna lo contrario. De carácter dulce y de natural alegre, soportaba con resignación el mal carácter del marido, mientras aguantaba con entereza una afección pulmonar, que acabaría por devenir en una tisis tuberculosa que la llevaría a la tumba cuando su hijo Fiódor se acercaba a cumplir los dieciséis años.

Años escolares

Fiódor, junto con su hermano mayor Mijaíl hizo sus primeros estudios con ayuda de

profesores particulares —un sistema muy común en la época—, para pasar luego a un pensionado y más tarde, en 1834, a un internado de cierto renombre en el que se insistía pedagógicamente en el valor de las enseñanzas literarias. Durante ese tiempo los hermanos Dostoievski entraron en contacto con la literatura clásica y descubrieron, con entusiasmo, a los escritores contemporáneos: Pushkin[160], Lérmontov, Koltsov y Gógol[161]. Después de la muerte de su madre, a los diecisiete años, ingresó junto con su hermano Mijaíl al que siempre permanecería muy unido, en la Escuela Militar de Ingenieros de San Petersburgo. Se sabe que por su carácter ensimismado era poco comunicativo con sus compañeros, se excitaba por cualquier pequeñez y padecía epilepsia e hipocondría: En 1839 su padre, que se había retirado a una de sus pequeñas posesiones en el campo, es, al parecer, asesinado por sus siervos, cuyo odio se había ganado gracias a su crueldad, sus arbitrariedades y su extremada afición al alcohol.

Entusiasmo por la literatura

El joven Fiódor soporta la vida en la escuela gracias a su refugio en la literatura y el arte. Le entusiasma la pintura de los grandes maestros del Renacimiento y devora con ansia los libros de Dickens, Víctor Hugo, Eugenio Sué, Flaubert, Balzac y Schiller.

Licenciado

En 1843 termina sus estudios y se licencia como ingeniero militar. Su falta de vocación por la carrera de las armas y el «tiempo perdido» en tantas y tantas lecturas, le impidieron lograr un puesto alto en su promoción viéndose impelido a trabajar en un departamento de diseño y construcción. Pero su cabeza no estaba hecha para dedicarse a proyectar puentes y fortificaciones y cuando es destinado a una plaza alejada de la capital pide la licencia y piensa en dedicarse

plenamente a la literatura. No en vano ya tenía escrita la que iba a ser su primera novela.

Pobres gentes

Grigoróvich un escritor que con el tiempo lograría un cierto renombre recordaría en sus memorias el día en que su compañero de piso, Fiódor Dostoievski, le leyó el manuscrito de la novela que terminaba de finalizar: «Desde las primeras páginas de *Pobres gentes*, comprendí cuanto mejor era lo que había escrito Dostoievski que lo compuesto por mí hasta entonces; ese convencimiento fue creciendo a medida que avanzaba la lectura. Admirado hasta más no poder, varias veces estuve tentado de abrazarlo; me contuvo tan sólo su aversión a las efusiones ruidosas». Al día siguiente, sigue contando Grigoróvich, le llevó la novela a Nekrásov, un novelista de mérito, que a su vez le entregó el manuscrito al gran crítico Belinski, una de las figuras más relevantes de su tiempo, defensor de una literatura social comprometida con la realidad, que nada más leer la novela quiere conocer al autor a quien le dice que «sepa valorar el don que posee, manténgase fiel a él y se convertirá en un gran escritor». Publicada en 1846 el éxito de *Pobres gentes* fue extraordinario; la crítica anunció el nacimiento de un nuevo Gógol y las puertas de la sociedad literaria se abrieron para el joven Fiódor. Según palabras de Belinski, la novela constituye el primer intento de crear una novela social. Su argumento no deja de ser sencillo: un pequeño funcionario mantiene correspondencia con una joven huérfana. Cada uno se sacrifica por el otro y soporta por amor y solidaridad privaciones y crueldades. Al final la joven cae en manos de un terrateniente y a los protagonistas sólo les aguarda una vida desgraciada. La novela recoge de algún modo el espíritu presente en *El capote* de Gógol[162], pero al mismo tiempo introduce un cambio de óptica de enorme importancia. La novela se centra en el mundo interior, de

enorme complejidad y hondura humana, de un personaje de apariencia gris y mediocre, humillado por la vida. La obra está ligada a la llamada «escuela natural», una tendencia de la literatura rusa defendida por Belinski y representada por Gógol a quien Dostoievski reconoce como su maestro. Ya en esta primera novela se advierten algunos rasgos generales de lo que será su obra futura: la atención por las vidas insignificantes, el estudio del alma de los desheredados de la tierra y el análisis de la psicología de los personajes.

El doble

Si la primera novela parecía arrancar de un mundo cercano al de *El capote*, el extraordinario relato de Gógol, su siguiente novela, *El doble*, publicada en 1846, parece beber en los modos de otro relato del mismo autor, *Apuntes de un loco*. Esta segunda novela ofrece la historia de un escribiente que para escapar del ambiente miserable, físico y mental, en que habita, se crea la imagen de otro yo agresivo y triunfante. Víctima de su invención el personaje acabará esquizofrénico y encerrado en un manicomio. El tema de la personalidad escindida, una de las claves de la narrativa de Dostoievski, hace aquí su primera aparición. En sus siguientes relatos el autor parece alejarse de los presupuestos que Belinski había celebrado en él, abandona el realismo de corte social y escribe una serie de obras más iluminadas por el idealismo que por el compromiso con un arte al servicio de los problemas de su tiempo. *El señor Projarchin* y *La patrona* son dos obras de estilo romántico que desilusionaron a su público. Ese mismo espíritu soñador e idealista se encuentra en *Noches blancas*, una historia de amor en la que el amor puro y desinteresado choca contra las esperanzas de la vida cotidiana.

Condena a Muerte

Había conseguido el joven escritor un cierto renombre cuando su vida se verá seriamente comprometida. En 1848 había estallado en las

cuatro esquinas de Europa un movimiento revolucionario que amenazó muy seriamente la estabilidad conservadora de la mayor parte de los gobiernos. La llamada Revolución de 1848 significó la aparición en la escena política del proletariado y su peligro no pasó inadvertido para el régimen zarista. Dostoievski, si bien no simpatizaba con el socialismo radical, había entrado en contacto con el círculo de Petrashevski, un socialista utópico discípulo de Charles Fourier, y entre sus actividades políticas, había efectuado la lectura de la famosa carta de Belinski a Gógol en la que denunciaba duramente la situación del país. Fue detenido por la policía y después de ocho meses de reclusión en las temibles cárceles rusas fue condenado a muerte, en compañía de otros veintinueve compañeros. Llevado al lugar de la ejecución —una plaza pública— un momento antes de darse cumplimiento a la sentencia y con el pelotón de ejecución ya dispuesto, llegó un oficial anunciando la clemencia del Zar. La pena máxima le fue conmutada por la de cuatro años de trabajos forzados en Siberia. Antes de salir para su prisión le escribe a su hermano Mijaíl una carta que es una confesión significativa de su visión del mundo. «Hoy he permanecido tres cuartos de hora de cara a la muerte, me he compenetrado con semejante idea, he vivido los últimos instantes. Y vuelvo a vivir… Hermano, no he decaído, ni he perdido el ánimo… Esperar rodeado de personas, y sentirse una persona más junto a ellas y seguir siéndolo siempre, sin decaer nunca, cualesquiera que sean las desgracias que se abatan sobre uno mismo, es en lo que consiste la vida y es el único objetivo de la misma». Esa concepción de ser con y entre los otros, responde a un entendimiento fundamental en Dostoievski sobre el sentido más hondo del vivir y ese sentimiento habrá de desarrollarse más tarde en toda su novelística.

Siberia

Después de la dura experiencia de haber estado con los ojos vendados delante de un pelotón de ejecución, pasó cuatro años como convicto. Allí convivió a fondo con sus compañeros de presidio que pertenecían en su mayor parte a la escoria social, asesinos, ladrones, estafadores, parricidas. A pesar del agotamiento que suponían los trabajos forzados y de la desesperación que provoca el cautiverio, descubrió en ellos la complejidad del alma humana, escuchó sus historias, sus quejas, sus desgracias. En el fondo de sus desdichas vio su humanidad profunda, sus deseos, sus sueños, sus miedos, sus miserias y sus glorias. Bajo el velo del crimen, la desviación moral y el infortunio encontró el hálito espiritual que a su parecer habita en el interior de todos los hombres. Durante su prisión en el penal de Omsk y mientras meditaba sobre sus lecturas del Evangelio —las únicas permitidas— se le reveló una espiritualidad en la que todos los hombres eran hermanos, víctimas de una vida que parece carecer de sentido y de unas condiciones que en nada ayudan a la realización personal. Las impresiones de su tiempo de prisión las recogería en su novela *Memorias de la casa de los muertos*, que comenzó a escribir una vez que recuperara la libertad, aunque sólo se permitiese su publicación en 1861, pero más allá de las impresiones, su estancia en el penal significó para él la posibilidad de profundizar en los misterios del hombre. Durante ese período se produce en Dostoievski una profunda conversión, no tanto religiosa como espiritual, en el sentido más amplio de la palabra. Descubre el mensaje de redención que contiene el Evangelio y renuncia a los ideales revolucionarios. Sólo la paz con uno mismo, sólo la solidaridad con el sufrimiento, sólo la aceptación del sufrimiento son caminos verdaderos.

Liberación

En 1854 se termina su condena a trabajos forzados y sale del penal para ingresar como

soldado convicto en el ejército en un regimiento de la ciudad de Semipalatinsk. Allí, entra en relación con Alexandr Ivánovich Isáev, un oficial de aduanas y con la mujer de éste María Dmítrievna, que será su primer amor y con la que se casará cuando tres años más tarde ella enviudara. Logra, mientras tanto, el perdón del Zar y es ascendido a oficial. Durante ese tiempo sigue dedicándose a la literatura, trabajando en sus memorias de la prisión y en otras obras como *El sueño del tío* y *La aldea de Stepánchikovo y sus habitantes*, que son relatos de costumbres siberianas de corte costumbrista y cercanas por su tono a la comedia. Son importantes ambas producciones, no tanto por sus aciertos como por plasmarse en ellas una suerte de organización narrativa que anuncia lo que será el futuro estilo compositivo de Dostoievski el gusto por las escenas abigarradas y agitadas, la diversidad de personajes, un cierto regusto tremendista, el entrecruzamiento de discusiones, largos diálogos y la estructuración política de los relatos.

Vuelta a la normalidad

En 1859, al fin, se le levantan las condiciones de libertad provisional que recaían sobre él, se le permite abandonar el servicio militar, publicar sin limitaciones sus obras y residir en cualquier parte, salvo en la capital. Dostoievski pasa a residir en Tver, en las proximidades de Moscú y Petersburgo e inicia una nueva vida. En colaboración con su hermano Mijaíl, publica la revista *Tiempo*, y luego, al ser prohibida y no permitírsele editar otra bajo el rótulo de *Pravda* «La verdad», continuará su labor periodística en *La época*, que al fallecer su hermano, por complicaciones hepáticas derivadas de su alcoholismo, seguirá dando a la luz.

Precisamente para el primer número de *Tiempo* se pone a escribir una novela, *Humillados y ofendidos*. Bajo la

apariencia de un relato casi folletinesco, con violaciones, asesinatos, hijos ilegítimos, falsas identidades, amores sentimentales y villanos de pacotilla, el autor construye un alegato en favor del hombre pequeño, del hombre nuestro de cada día. Combina en ella lo psicológico con lo social, lo simbólico con lo filosófico, agudiza los conflictos internos de los personajes y de la sociedad. Es el retrato de las pobres gentes que habitan la gran ciudad, de los maltratados por la vida, de los que han visto pisoteada su dignidad. Es un mundo de derrotados que ya no se resignan pasivamente a su destino, se rebelan contra él, aunque no encuentren salida y en esa rebelión impotente encuentran su propia dignidad. A continuación irá dando a conocer desde las páginas de esa misma revista los *Memorias de la casa de los muertos*, que lo confirmaría como uno de los grandes autores del momento a través del enorme éxito de crítica y público. Como ya se ha indicado, esta novela se edifica sobre los recuerdos de sus años de prisión. Por motivos de censura la novela cuenta la historia de un personaje que es condenado a trabajos forzados por haber asesinado a su mujer, pero no era difícil descubrir, bajo este ropaje, los materiales autobiográficos del autor. *Memorias de la casa de los muertos* es una novela testimonial que conserva una frescura y una veracidad fuera de lo común. La narración de la vida cotidiana en una prisión, se entremezcla con reflexiones y disquisiciones del protagonista. La sociedad carcelaria es analizada con frialdad no exenta de compasión. La cárcel como reflejo de la sociedad libre adquiere unos perfiles magistrales entre los que destaca la concepción de Dostoievski sobre la individualidad radical del individuo.

Viajes al Extranjero

En 1862 el escritor realiza su primera salida al extranjero visitando Francia, Italia e Inglaterra. Sus impresiones las publica en su revista como *Notas de invierno sobre*

impresiones de verano y a través de ellas, critica las costumbres de la Europa occidental. Acusa a estas naciones de decadencia moral y se reafirma en sus ideas sobre el potencial regenerativo de la sociedad rusa. El materialismo de las sociedades europeas no ofrece para Dostoievski ninguna alternativa válida, y aun cuando reconoce ciertos avances de justicia y dignidad política en las democracias occidentales, cree que el futuro de Rusia debe encaminarse por vías diferentes acercándose así a los tradicionales ideales de los eslavófilos. Durante este viaje Fiódor conoce a Polonia Súslova y mantiene relaciones sentimentales con ella. Su matrimonio en ese momento está atravesando un mal momento, su mujer, con el paso del tiempo había dado muestra de mal carácter e intolerancia, al tiempo que padecía celos enfermizos, mientras que su salud se deterioraba alarmantemente. En abril de 1864 fallece. Poco después de esta muerte su hermano, minado por el alcoholismo, sucumbe también y el escritor debe hacerse cargo de sus deudas y del porvenir de sus sobrinos. En medio de tantos trágicos acontecimientos, Dostoievski, a pesar de su declarada antipatía por los países occidentales, inicia otro viaje por Dinamarca y Alemania, después de firmar un contrato leonino con un editor que a cambio de tres mil rublos exigía que el escritor le entregase en el plazo de un año una novela, o bien, se obligaría a cederle los derechos de todas las obras publicadas hasta el momento. Cuando llega a Wiesbaden, Dostoievski se deja arrastrar por una de sus mayores debilidades: el vicio por el juego. En las ruletas del casino pierde todo su dinero y debe hasta el hotel. Desesperado se dirige al director de la revista *El Mensajero ruso*, ofreciéndole una novela que está escribiendo y de la que adelanta un resumen. La define como «la historia sociológica de un crimen», y aunque en la carta presume que será de extensión media, se adivina

claramente que lo que se anuncia es el esbozo de *Crimen y castigo*.

Crimen y castigo

Parece que una primera aproximación a los materiales novelescos de esta novela ya habían cuajado con anterioridad, cuando proyectó escribir una novela sobre los problemas del alcoholismo a la que pensaba darle el título de *Los borrachines*. Este material se incorporaría al nuevo proyecto que tomaba como núcleo la historia de un doble asesinato. El director de la revista aceptó unos cientos de rublos la oferta y Dostoievski pudo pagar sus deudas más perentorias. De vuelta en San Petersburgo, trabajará duramente en la novela; en noviembre de ese año destruye todo lo que llevaba escrito hasta el momento, y lo reescribe cambiando el punto de vista. En la primera redacción la novela se contaba en primera persona, desde el punto de vista de Raskólnikov, en la definitiva el autor elige una tercera persona con un narrador distante e impersonal. Desde enero de 1866 aparecen las primeras entregas en *El Noticiero ruso*. Atento a la acogida del público, muy positiva desde el principio, el escritor avanza esforzadamente en su redacción. Son meses de enorme tensión y esfuerzo. El plazo acordado con el editor que le había adelantado los tres mil rublos, se cumple en noviembre, Terminar *Crimen y castigo* y entregar otra novela en ese plazo, parece una tarea inalcanzable, tan sólo al alcance de un trabajador de las letras como Balzac. Antes de que el plazo se cumpla Dostoievski entrega una novela, *El jugador*, y finaliza *Crimen y castigo*. Para el cumplimiento de tan duras tareas, el autor ha contado con una inestimable ayuda. Una joven taquígrafa, Anna Grigorievna Snítkina, transcribe la obra que el escritor le dicta. Un año más tarde Fiódor contrae matrimonio con aquella joven que tan oportunamente entró en su vida.

La madurez Literaria

Crimen y castigo es para muchos la creación con mayor fuerza literaria de su autor. Su éxito fue total y colocó a Dostoievski en la cima de la literatura de su tiempo, al lado, por lo menos de sus otros dos grandes contemporáneos: Iván Turguéniev y León Tolstoi. Sea o no sea la mayor de sus producciones, *Crimen y castigo* inaugura la etapa de madurez artística del novelista. Cada nueva obra, a partir de ese momento alcanzará cualidades excepcionales.

El idiota *y* Los demonios

En 1868 publica *El idiota*, que impresiona por la complejidad con que nos es presentado su protagonista, el príncipe Mishkin, un personaje lleno de virtudes cristianas, tolerancia, bondad, sinceridad y que cree que el amor es un arma más eficaz que la fuerza para acabar con los males del mundo. Su cristianismo pasivo, sin embargo, no puede evitar los desastres al mostrarse incapaz de combatir con fortuna contra la maldad y las pasiones. *Los demonios*, que aparece en 1872 fue considerada por el escritor Máximo Gorki «como el más talentoso y perverso de todos los innumerables intentos de difamar el movimiento revolucionario de la década de los setenta». Es una novela que está cerca de la parodia en la que el escritor deja transparentar su rechazo del liberalismo, el socialismo y el radicalismo —fenómenos a los que se había acercado en su primera juventud— con un tono sarcástico que roza la crueldad. Pero la novela va más allá de la polémica y nos presenta un mundo que gira alrededor de los problemas de la fe, el ateísmo, el poder y las ideologías emancipadoras. Los protagonistas son dos revolucionarios, Verjovenski, un poseído por su propia fe radical que utiliza cualquier medio para cumplir sus propósitos y Stavroguin, que encarna el típico héroe dostoievskiano capaz a la vez del crimen y de generosidad, de lo peor y de lo mejor.

La última novela

Los hermanos Karamázov, publicada entre 1879 y 1880 es la última de sus novelas y parece resumir y sintetizar todos los grandes temas de su mundo narrativo. Para muchos es su logro más perfecto, tanto por la profundidad psicológica que encierra como por la diversidad de caracteres que contiene. Novela llena de sugerencias y simbolismos permite una multitud de interpretaciones complementarias. Cada relectura descubre nuevas vías de acceso a su comprensión y pone de relieve el poderío creativo del talento de Dostoievski. El argumento, como en *Crimen y castigo* gira en torno a un crimen y su descubrimiento. Es una historia familiar que tiene como eje las relaciones entre el padre Karamázov y sus cuatro hijos, Iván, Dmitri, Alioskha y Smerdiakov, el bastardo. Salvo Alioskha que es novicio e intenta llevar la calma y la concordia al corazón de sus hermanos, los hijos se odian ferozmente y más extremadamente odian al padre. Su asesinato pondrá de manifiesto el rencor de cada uno de ellos, las complejas relaciones de atracción en que se mueven y la angustia que devora su interior. Novela llena de un vitalismo negro y pesimista juega con los distintos perfiles psicológicos de los personajes a fin de representar la totalidad de los impulsos humanos. Iván encarna al intelectual sin fe ni esperanza y a quien sólo queda la soledad y el sufrimiento. Iván es un personaje de la estirpe de Raskólnikov, que sueña con un mundo en armonía, pero que se aísla de los hombres y cae en la amargura más estéril. Dmitri está dominado por las emociones, es impulsivo, lleno de contradicciones, mitad virtuoso y mitad depravado. Smerdiakov está dominado por el odio hacia su padre y el rencor hacia sus hermanos. Cada uno de ellos es un universo y la novela deviene una narración total, el espejo de una época en la que se reflejan de manera magistral las tensiones de un mundo desgarrado

por la falta de fe.

El 28 de enero de 1881 muere en Moscú y recibe el homenaje póstumo de sus amigos y conciudadanos.

La obra

El tema

Encontrar en una novela tan compleja como es *Crimen y castigo* el tema o hilo conductor de todas las acciones narrativas no es, como fácilmente puede comprobarse, tarea sencilla. Novela abierta a una multitud de interpretaciones, raro es el estudioso de la obra de Dostoievski que no aporte la suya propia. ¿Qué hay detrás de ese inmenso bullicio de personajes, de gentes que se encuentran y desencuentran, que hablan, discuten, se enfadan, aman y se desaman? ¿Qué hay detrás de ese crimen gratuito y estúpido? ¿Qué río subterráneo ordena y da coherencia a la conducta de unos personajes que se mueven llevados por el desorden? ¿Qué razón última hay detrás de tanta sinrazón? ¿Es de la soledad radical del hombre de lo que trata en profundidad esta novela? ¿Es de la imposibilidad de transgredir las leyes morales de lo que nos habla? ¿Es del absurdo de la condición humana? ¿Del dolor? ¿De la resignación?

Historia de una tentación

Difícil dar contestación y sin embargo hay que tratar de encontrarla. Partamos, para intentar encontrar la respuesta adecuada del análisis, del argumento: ¿Qué cuenta esta novela? *Crimen y castigo* es la historia de una tentación, al menos así lo vemos nosotros. Raskólnikov no habita en el paraíso, pero también en el infierno la tentación bíblica puede estar presente. La tentación de Raskólnikov es muy semejante a la de Adán y Eva. La serpiente les promete que si comen de la fruta del árbol prohibido, conocerán el bien y el mal y se sentirán dioses. A Raskólnikov no le tienta una

serpiente extraña o exterior, sino la serpiente que lleva dentro, el deseo de librarse, de tener que escoger entre el bien y el mal, la ambición de estar por encima de la Ley. En su diálogo con el juez instructor Porfiri a propósito de un artículo publicado por Raskólnikov en una revista, se aclara la naturaleza de su tentación. Para el protagonista de la novela algunos hombres, en razón de su «extraordinariedad», tienen el derecho a saltarse las leyes que obligan al resto de los hombres ordinarios o vulgares, es decir, tienen derecho a delimitar por sí mismos lo que es el bien y lo que es el mal, dónde comienza uno y dónde acaba el otro, y ese derecho extraordinario tiene derecho a ejercerlo «únicamente en el caso en que la ejecución de su designio (salvador, a veces, acaso para la humanidad toda) así lo exigiere». A través de ese razonamiento Raskólnikov distingue entre dos tipos de hombres, los extraordinarios con derecho a fijarse sus propias leyes y, por lo tanto, a saltarse las leyes generales y los vulgares que por su propia naturaleza son obedientes con ellas. La puesta en práctica de esa teoría, el intento de comprobar si él pertenece o no al grupo de los extraordinarios, es lo que lo lleva al doble crimen de la vieja usurera y de la desgraciada Lizaveta. Se anuncia en esta teoría la idea del superhombre que retomará Nietzche y que si tiene su origen en la idea napoleónica de que las leyes normales no rigen para los que nacen con el destino de dominar el mundo, más tarde, y por desgracia para la humanidad, se habría de trasplantar a las teorías nazis sobre la «superioridad» de la raza aria-alemana. No deja de ser curioso que en su argumentación Raskólnikov clarifique que los individuos extraordinarios, los superhombres, serían aquellos que «poseen el don o el talento de decir en su ambiente la palabra nueva».

Soberbia sacrílega

A nuestro entender en esta teoría está el motor de toda la acción narrativa de la novela de

Dostoievski, su hilo conductor, el tema narrativo.
Pero esta tentación en realidad se corresponde no sólo con la tentación que daría lugar al pecado original sino también a un momento bíblico anterior. Nos referimos a la historia de la caída de Luzbel. También ese ángel, como Raskólnikov, quiso ser como Dios, es decir, tener la capacidad para juzgar por sí mismo qué es el bien y cuál es el mal. Su grito de rebelión fue el «*Non serviam*», «No serviré», en otras palabras, no acepto las leyes. Y eso como bien sabemos fue el mayor pecado de soberbia. Por eso entendemos que es la soberbia sacrílega el concepto que mejor define el tema de *Crimen y castigo*.

Estructura

La organización de los materiales narrativos de la novela están en directa relación con el tema propuesto. Podríamos decir que *Crimen y castigo* encierra compositivamente la historia de una soberbia radical, bíblica, que se reparte a lo largo del texto en cuatro bloques: historia de la tentación, historia de la caída (el crimen), historia del castigo e historia del arrepentimiento.

Aire policíaco de la novela

Lo curioso es que esta estructuración que afecta a la trama y al desarrollo de la acción narrativa, se corresponde también con la estructura tradicional de la novela policíaca en la que cabe distinguir el crimen y el castigo como alfa y omega, origen y fin de la novela. No es casualidad, por tanto, que se haya recalcado el aire policíaco de la novela de Dostoievski. Cierto que en ese sentido la novela se adelanta a la trayectoria del género criminal y ofrece un hallazgo compositivo, un giro radical, en lo que venía siendo la arquitectura tradicional del género, pues en la novela de Dostoievski no se trata de descubrir el «¿Quién lo hizo?», pregunta que ordenaba por aquel entonces todas las producciones de la literatura policíaca. Desde el punto de

vista de lo policíaco, Dostoievski altera radicalmente la composición al escribir una novela en la que se sabe desde el principio quién fue el autor del asesinato, y en la que la única intriga, desde el punto de vista del misterio, consistiría en saber si ese asesino va a ser descubierto o no. El hallazgo de Dostoievski sería aprovechado más tarde por los profesionales de la literatura policíaca, siendo el británico Frances Iles el primero, que recoge a ese respecto las enseñanzas del autor de *Los hermanos Karamázov*.

Acción narrativa

Claro está que *Crimen y castigo* no es solamente una novela policíaca, en realidad y tanto por su construcción total como por su sentido y significación, poco tiene que ver con lo policíaco, pero sí cabe afirmar que hay un aprovechamiento de ese tipo de estructuras que se refleja perfectamente en el papel de la investigación y del investigador como determinantes del ritmo con que se lleva a cabo la acción narrativa.

Lo dicho hasta el momento puede resultar válido para identificar la organización general de la novela, su macroestructura, pero la determinación de estos bloques no agota, ni mucho menos, el estudio de los problemas estructurales de la novela. Es necesario atender a parámetros que no están relacionados directamente con el desarrollo de las diferentes partes que componen la trama sino con el modo en que esa trama se visualiza o llega al lector. Ese modo es el estilo del autor.

El estilo

El mundo de Dostoievski, su forma de trasladarlo a la escritura, puede parecer caótico, una mera suma de conglomerados yuxtapuestos, de soliloquios, disquisiciones, discusiones, diálogos enrevesados, y esa es, al menos su apariencia. En *Crimen castigo* puede comprobarse que la organización de los materiales narrativos se parece más a una composición

desordenada que ordenada. La novela avanza a través de grandes saltos, no cronológicos, pero si escénicos. Ciertamente hay un narrador en tercera persona que parece ser el encargado de darnos a conocer los pasos por los que camina la novela, pero pronto se advierte que estos pasos parecen desbordarlo. Al principio son los largos soliloquios de Raskólnikov los que nos hacen entrar en la materia narrativa, luego son sus pensamientos que aparecen como torrente desbordado, luego sus enormes diálogos en los que una y otra vez se vuelve sobre las ideas del protagonista. El personaje, los personajes, parecen tener vida propia e irrumpir de manera espontánea en la trama tan sólo para dar lugar a que bajo una u otra apariencia —diálogo, monólogo— la novela se detenga, una y otra vez, en las ideas.

Las ideas, soportes del mundo narrativo

Puede decirse que en el estilo de Dostoievski, los acontecimientos y los pensamientos van indisolublemente unidos, hasta tal punto, que bien podría afirmarse que los verdaderos acontecimientos son los pensamientos, las ideas que originan y que esas ideas-fuerza son las que soportan todo su mundo narrativo. Por ejemplo, el crimen no está visto narrativamente como el desencadenante de una intriga —que es lo propio en una novela policíaca— sino como pretexto para plantear un problema ético: el derecho a romper con la moral colectiva. Por eso todas las grandes novelas de Dostoievski, empezando por *Crimen y castigo*, tienen una composición dialéctica, casi de discusión, de enfrentamiento de posiciones críticas, en otras palabras, su forma, su estilo, está más cerca de una obra de teatro que de una novela tradicional en la que es el transcurso del tiempo el que organiza los materiales. *Crimen y castigo* da la sensación de ser un gran escenario en el que todos los personajes discuten, directa o indirectamente, explícita o

simbólicamente, sobre el bien y el mal, sobre el sentido de la vida. Esto hace que sus personajes, más que tener historia, biografía, tengan sobre todo personalidad. Inevitablemente la novela nos cuenta en qué medio se desarrolla esa personalidad y para resaltarla nos presenta el conflicto que se establece entre la individualidad de Raskólnikov y su entorno. Este conflicto se extrema en *Crimen y castigo*, también en *Los hermanos Karamázov*, hasta el punto máximo: el crimen.

La idea como motor de la novela

El peso de la idea como motor de la novela es lo que da unidad a la novela. Y esa unidad le permite acercarse a todo tipo de materiales, desde los más folletinescos robos, crímenes, amores desgraciados hasta los más respetables, los Evangelios, El Apocalipsis. La salud y la fuerza, el pesimismo radical y la más profunda fe, el ansia de vida y el deseo de muerte, la bondad y la violencia, el egoísmo y la generosidad, el odio más total y la entrega más piadosa, todo cabe en la novela, son como contrarios en lucha, fuerzas que se enfrentan en el gran escenario de la novela.

En *Crimen y castigo* está representada la vida de la idea, de una idea en una conciencia individual —Raskólnikov— y en la conciencia colectiva —el resto de personajes— pero eso no significa que sea una «novela de ideas» o «filosófica», sino una «novela sobre la idea». Igual que para otros novelistas el objeto central o eje de la narración puede ser una aventura, un cuadro histórico o un tipo psicológico, para Dostoievski el objeto de la novela es «la idea».

Personajes «humanos»

Esta concepción dramática es lo que lleva a construir un espacio narrativo en el que la acción más que desarrollarse surge, o se presenta como un algo simultáneo en el que todas la relaciones —de los personajes entre sí y de los personajes con el entorno social— se ven bajo el ángulo de

un solo momento: el momento —la idea— que llevó a Raskólnikov hasta el crimen. Incluso cuando un personaje se presenta lleno de contradicciones, el autor, para presentarlas de manera más dramática gusta de crear un doble, obligando al héroe a dialogar con él. Véase, por ejemplo, el papel que a este respecto juega Svidrigáilov frente a Raskólnikov. Su talento para ver todo en concomitancia e interacción es, sin duda, su mérito más grande y le permitió percibir muchas cosas heterogéneas donde otros muchos creadores sólo veían una. Todo lo que parece simple en su novela se vuelve complejo, en cada voz parece saber escuchar dos voces. Sabe captar en un mismo gesto la seguridad y la incertidumbre de Raskólnikov, la deshonra y la bondad de Sonia, la degradación y la nobleza de Marmeládov, la admiración y el rechazo de Porfiri Petróvich. Y todos estos personajes representan convicciones o puntos de vista sobre el mundo, pero, lo sorprendente es que estos puntos de vista no se quedan en meros arquetipos sino que se construyen como auténticos personajes dotados de una grandeza y verosimilitud que hacen que el lector los vea más reales que a un ser real. Esa capacidad para crear personajes «tan verdaderamente humanos» es lo que permite que Raskólnikov, como Don Quijote o Hamlet o Madame Bovary, parezcan vivir más allá de la ficción y nos sirvan para definir tipos y personas que nos encontramos en la realidad. Decir que un personaje es dostoievskano, es hablar de una personalidad desgarrada, capaz de grandes vicios y grandes virtudes, de un ser que rechaza radicalmente la sociedad que lo rodea y al mismo tiempo quiera cambiarla, alguien que siempre se mueva entre el bien y el mal.

Novela polifónica

La presencia simultánea de varias voces en las novelas de Dostoievski, en *Crimen y castigo*, por ejemplo, ha motivado que su narrativa se

haya definido como polifónica, es decir, compuesta a base de voces que se superponen y complementan. En *Crimen y castigo* ocurre este fenómeno de forma clara hasta tal punto que es difícil distinguir muchas veces dónde termina la voz del narrador y comienza la de Raskólnikov, Porfiri, Svidrigáilov, Razumijin, Dunia o Sonia. Esta polifonía no es sólo una composición o una estructura meramente formalista sino que hunde sus raíces en lo más profundo de la novela. *Crimen y castigo* es fundamentalmente una novela sobre el pecado de la soberbia, es decir, sobre el no sentirse como los otros, sobre el amarse a sí mismo sobre todas las cosas y no amar al prójimo. La tragedia de Raskólnikov es que no quiere vivir con los otros, que no es capaz de entender que su voz es una entre las otras y que la vida, el sentido de la vida descansa precisamente en esa verdad, en que es la suma plural de todas las voces la que dice la única verdad o, más claramente, que la única verdad es esa pluralidad, la polifonía de la vida.

El epílogo

En este sentido es magistral el epílogo de la novela. Ya en presidio Raskólnikov sigue empeñado en su orgullo «su orgullo estaba muy enconado y cayó enfermo de este orgullo», se sigue sintiendo distinto y piensa que su único error no es el crimen que cometió, sino su fracaso posterior. Vive de espaldas a sus compañeros de prisión, de espaldas a la vida. Sólo cuando reconozca su amor por Sonia, cuando acepte la existencia del «tú», tendrá lugar su resurrección, entonces descubre que «los otros» también existen y esos otros comienzan a quererlo, a escucharlo, a oír su voz, a hablarle, a ofrecerle las suyas. El final de la novela parece prometer una continuación, la historia de cómo Raskólnikov se convierte en un otro entre los otros, «la historia gradual de la renovación de un hombre, la historia de su tránsito progresivo de un mundo a otro». Dostoievski no escribió esa

continuación. Su genio estaba más hecho para novelar la desgracia que la felicidad. *Crimen y castigo* era suficiente. La obra de un clásico.

Constantino Bértolo

Bibliografía

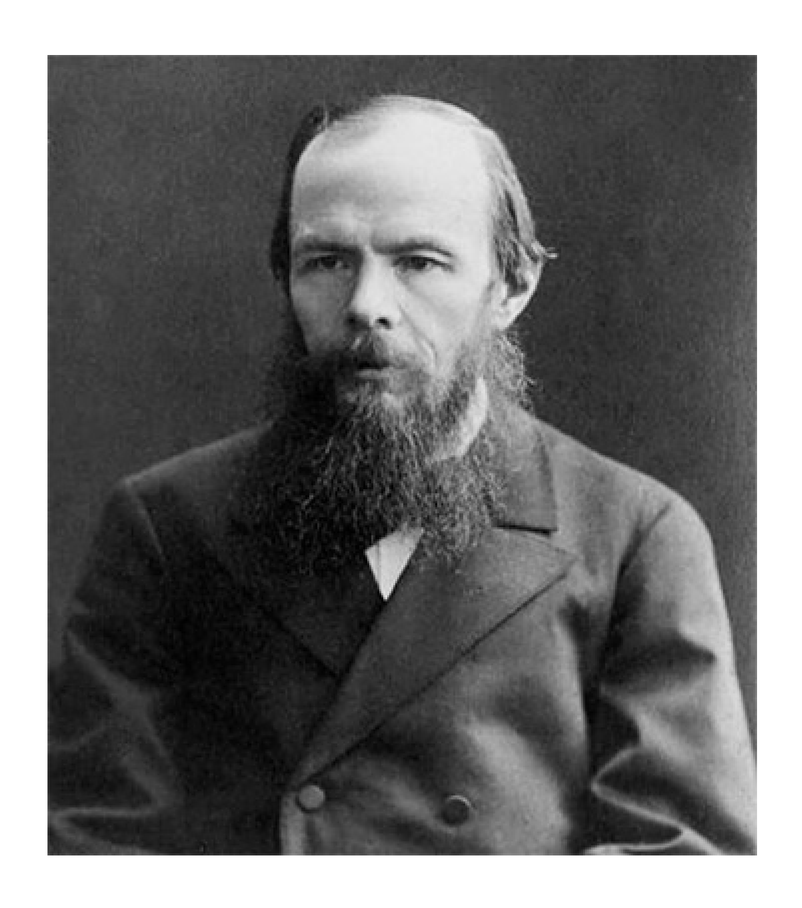
De las *Obras Completas* de Dostoievski se realizaron dos ediciones en castellano, concretamente, la de Alfonso Nadal (1927-1930) y la de Rafael Cansinos Assens (1946). En esta Bibliografía aparecen fechadas las traducciones publicadas antes de estas dos ediciones.

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
1846	Бедные люди	*Las pobres gentes*.
1846	Двойник	*El doble*.
1846	Господин Прохарчин	*El señor Projarchin*.
1847	Роман в девяти письмах	*Una novela en nueve cartas*.
1847	Хозяйка	*La patrona* (1924).
1848	Ползунков	*Polzunkov*.
1	Чужая жена и муж под кроватью	*La mujer ajena y el marido*

848		*debajo de la cama*.
1848	Слабое сердце	*Un corazón débil*.
1848	Честный вор	*El ladrón honrado*.
1848	Елка и свадьба	*Un Árbol de Navidad y una boda*.
1848	Белые ночи	*Noches blancas*.
1849	Неточна Незванова	*Nétochka Nezvánova*.
1857	Маленький герой	*El pequeño héroe*.
1859	Дядюшкин сон	*El sueño del tío*.
1859	Село Степанчиково и его обитатели	*La aldea de Stepánchikovo y sus habitantes*.
1860-61	Записки из Мертвого дома	*Memorias de la casa de los muertos*.
18	Униженные и оскорбленные	*Humillados y ofendidos* (1918).

61		
1862	Скверный анекдот	*Una historia enojosa*.
1863	Зимние заметки о летних впечатлениях	*Notas de invierno sobre impresiones de verano*.
1864	Записки из подполья	*Memorias del subsuelo*.
1865	Крокодил, необыкновенное событие, или пассаж в Пассаже	*El cocodrilo*.
1866	Игрок	*El jugador*.
1866	Преступление и наказание	*El crimen y el castigo* (1917).
1868	Идиот	*El príncipe idiota* (1919).
1870	Вечный муж	*El eterno marido* (1927).
1871-72	Бесы	*Los endemoniados* (1924).
1873	Бобок	*Bobok*.

1875	Подросток	*Un adolescente* (1922).
1876	Мальчик у Христа на елке	*El niño con Cristo en el Árbol de Navidad*.
1876	Мужик Марей	*El campesino Márei*.
1876	Столетняя	*La centenaria*.
1876	Кроткая	*La mansa*.
1876	Сон смешного человека	*El sueño de un hombre ridículo*.
1879-80	Братья Карамазовы	*Los hermanos Karamázov* (1927).



(Fiódor Mijáilovich Dostoievski, Moscú, 1821 – San Petersburgo, 1881). Novelista ruso. Educado por su padre, un médico de carácter despótico y brutal, encontró protección y cariño en su madre, que murió prematuramente. Al quedar viudo, el padre se entregó al alcohol, y envió finalmente a su hijo a la Escuela de Ingenieros de San Petersburgo, lo que no impidió que el joven Dostoievski se apasionara por la literatura y empezara a desarrollar sus cualidades de escritor.

A los dieciocho años, la noticia de la muerte de su padre, torturado y asesinado por un grupo de campesinos, estuvo cerca de hacerle perder la razón. Ese acontecimiento lo marcó como una revelación, ya que sintió ese crimen como suyo, por haber llegado a desearlo inconscientemente. Al terminar sus estudios, tenía veinte años; decidió entonces

permanecer en San Petersburgo, donde ganó algún dinero realizando traducciones.

La publicación, en 1846, de su novela epistolar *Pobres gentes*, que estaba avalada por el poeta Nekrásov y por el crítico literario Belinski, le valió una fama ruidosa y efímera, ya que sus siguientes obras, escritas entre ese mismo año y 1849, no tuvieron ninguna repercusión, de modo que su autor cayó en un olvido total.

En 1849 fue condenado a muerte por su colaboración con determinados grupos liberales y revolucionarios. Indultado momentos antes de la hora fijada para su ejecución, estuvo cuatro años en un presidio de Siberia, experiencia que relataría más adelante en *Recuerdos de la casa de los muertos*. Ya en libertad, fue incorporado a un regimiento de tiradores siberianos y contrajo matrimonio con una viuda con pocos recursos, Maria Dmítrievna Isáieva.

Tras largo tiempo en Tver, recibió autorización para regresar a San Petersburgo, donde no encontró a ninguno de sus antiguos amigos, ni eco alguno de su fama. La publicación de *Recuerdos de la casa de los muertos* (1861) le devolvió la celebridad. Para la redacción de su siguiente obra, *Memorias del subsuelo* (1864), también se inspiró en su experiencia siberiana. Soportó la muerte de su mujer y de su hermano como una fatalidad ineludible. En 1866 publicó *El jugador*, y la primera obra de la serie de grandes novelas que lo consagraron definitivamente como uno de los mayores genios de su época, *Crimen y castigo*. La presión de sus acreedores lo llevó a abandonar Rusia y a viajar indefinidamente por Europa junto a su nueva y joven esposa, Ana Grigorievna. Durante uno de esos viajes su esposa dio a luz una niña que moriría pocos días después, lo cual sumió al escritor en un profundo dolor.

A partir de ese momento sucumbió a la tentación del juego y sufrió frecuentes ataques epilépticos. Tras nacer su segundo hijo, estableció un elevado ritmo de trabajo que le permitió publicar obras como *El idiota* (1868) o *Los endemoniados* (1870), que le proporcionaron una gran fama y la posibilidad de volver a su país, en el que fue recibido con entusiasmo. En ese contexto emprendió la redacción de *Diario de un escritor*, obra en la que se erige como guía espiritual de Rusia y reivindica un nacionalismo ruso articulado en torno a la fe ortodoxa y opuesto al decadentismo de Europa occidental, por cuya cultura no dejó, sin embargo, de sentir una profunda admiración.

En 1880 apareció la que el propio escritor consideró su obra maestra, *Los hermanos Karamázov*, que condensa los temas más característicos de su literatura: agudos análisis psicológicos, la relación del hombre con Dios, la angustia moral del hombre moderno y las aporías de la libertad humana. Máximo representante, según el tópico, de la «novela de ideas», en sus obras aparecen evidentes rasgos de modernidad, sobre todo en el tratamiento del detalle y de lo cotidiano, en el tono vívido y real de los diálogos y en el sentido irónico que apunta en ocasiones junto a la tragedia moral de sus personajes.

Notas

[1] Se refiere probablemente al pasadizo Stoliárni (de los Carpinteros), hoy calle de Przhevalski. Más adelante, Dostoievski da también otros lugares sólo con una inicial, pero no resulta difícil localizarlos, ya que la acción principal de la novela transcurre en un área relativamente reducida. Este «barrio de tugurios», sucio y apenas urbanizado, con su profusión de tabernas y albergues de noche y sus «casas de renta» superpobladas, en el siglo XIX lo habitaban artesanos, menestrales, vendedores y pequeños funcionarios y era el reverso del San Petersburgo de los palacios. Es el San Petersburgo de Dostoievski, y también el de Gógol, quien vivió en ese barrio más de treinta años antes, en 1829, e incluso en el mismo pasadizo Stoliárni, que aparece en varias de sus Novelas de San Petersburgo. Dostoievski habitó en distintas casas, muy próximas unas de otras. En la que hace esquina a Stoliárni y Málaia Meschánskaia escribió *Crimen y castigo* y conoció a la taquígrafa Snítkina, que luego fue su esposa y su más próxima colaboradora. **<<**

[2] Se refiere probablemente al puente Kokushkin. **<<**

[3] La plaza Sennáia, hoy plaza Mira (de la Paz), tomó su nombre del Mercado del Heno (seno en ruso) ubicado en ella y que ardió, por lo cual el mercado propiamente dicho no existía en la época de la acción de Crimen y castigo, pues hasta 1883-1886 no fue construido uno nuevo. Su edificio principal era la iglesia de la Ascensión (1753-1765), que no se conserva. En cambio, aún existe la antigua prisión. La plaza Sennáia fue el centro de la revuelta del cólera, en 1831, cuando la terrible epidemia causaba estragos. **<<**

[4] Aquí y en adelante, se trata del canal Ekateríninski, hoy de Griboédov. **<<**

[5] El *dvornik* (*dvorniki* en plural) no es el portero propiamente dicho, sino el vigilante del patio al que dan muchos portales. Entre sus obligaciones figuraba la de llevar el registro de los inquilinos para la policía. Por eso, cuando Raskólnikov ve bajar la escalera de la comisaría a un hombre del pueblo, un mujik, con uno de esos registros en la mano, comprende que se trata de un *dvornik*. En cuanto al patio, que era su terreno, estaba formado por las cuatro fachadas interiores de una manzana de casas, que no solían tener más entrada desde la calle que un portón o puerta cochera abovedada cada una. Los portales de todas las escaleras daban al patio, donde se encontraban algunas dependencias como leñeras, trasteros, despensas, etc. y la vivienda del *dvornik*. **<<**

[6] En la época zarista, el campesino podía ser enviado a servir en el ejército por muchos años, incluso a perpetuidad. Por eso, cuando se dice «soldado» en la literatura rusa para designar a un hombre en la vida civil, se sobrentiende que es un hombre de edad, incluso viejo, que ha sido licenciado al cabo de esos largos años de servicio. **<<**

[7] *Bátiushka*, diminutivo de *batkó* (padre), se emplea como tratamiento deferente y expresión de humildad, sumisión y vasallaje. En boca de la usurera y más aún luego, en boca del comisario de policía, suena más bien a escarnio. **<<**

[8] En ruso es una deferencia nombrar a las personas con el nombre y el patronímico. **<<**

[9] Centésima parte de la unidad monetaria rusa, que es el rublo. **<<**

[10] Tela de algodón, ordinariamente amarilla y blanca, que se fabricaba en la ciudad de este mismo nombre. **<<**

[11] Río emisario de los grandes lagos del NO de Rusia. Nace en el lago Ladoga y desemboca en el golfo de Finlandia; termina formando un vasto delta, sobre el que se halla la ciudad de San Petersburgo. **<<**

[12] Tarjeta que las prostitutas debían sacar en la policía y que imponía determinadas restricciones. **<<**

[13] «Este es el hombre». (En latín en el original). Palabras de Poncio Pilato refiriéndose a la entereza con que Jesucristo soportó los tormentos (Evangelio de San Juan, 19, 5). **<<**

[14] Podría decirse de un alto oficial (*shtabofitser*). Título con que se designaba en el ejército zarista a los mayores, los tenientes coroneles y los coroneles. Más adelante, Katerina Ivánovna dice coronel civil. **<<**

[15] Ciudad del bajo valle del Jordán. Según la Biblia (Gen. 19,1-29), fue destruida por la ira divina, al mismo tiempo que Gomorra por los crímenes de sus habitantes. **<<**

[16] O sea, al comienzo del curso de Historia Antigua. Ciro (siglo VI a. de C.) fue el fundador del antiguo reino persa. **<<**

[17] El libro *Fisiología de la vida corriente*, del filósofo positivista y fisiólogo darwinista inglés George Lewes (1817-1878), apareció en ruso en 1861 y gozaba de gran popularidad en los círculos progresistas. **<<**

[18] El autor utiliza el vocablo *dradedamovi*, adaptación rusa del francés *drop de dames* («paño para señoras»). **<<**

[19] Forma familiar del nombre ruso Sofía. **<<**

[20] Canción, muy popular entonces, con letra del poeta Alexéi Koltsov (1809-1842). Muchas de sus poesías se convirtieron en romanzas y canciones populares. **<<**

[21] Más adelante también Zajárovich. <<

[22] Los empleados civiles de la Rusia zarista usaban uniforme. **<<**

[23] Alusión al pasaje evangélico de la pecadora arrepentida (Lucas 7, 47). **<<**

[24] Hilo de cerrar las cartas para sellarlas. **<<**

[25] Diminutivo de Rodión. **<<**

[26] Dunia y luego Dúnechka, diminutivos de Avdotia. **<<**

[27] Antigua medida itineraria rusa equivalente a 1,06 km.
<<

[28] Máxima institución estatal creada por Pedro I en 1711, a semejanza de la existente entonces en Suecia, inicialmente para sustituir al Zar durante sus ausencias. Una de sus funciones era la administración de la Justicia. **<<**

[29] Es decir, después de la vigilia del 1 al 15 de agosto. <<

[30] Se refiere probablemente a la avenida Voznesenski (hoy avenida de Mayórov). **<<**

[31] Johann Christoph Friedrich von Schiller. Escritor alemán (1759-1805). Emigrado de su Württemberg natal a causa de la tiranía del Duque, se estableció en Jena, de cuya Universidad fue profesor de Historia. Acontecimientos decisivos para su arte fueron la amistad con Goethe, el conocimiento de la filosofía de Kant. En su teatro y en su lírica, Schiller da expresión poética al idealismo alemán. Concibe a sus personajes como portadores de ideas, entre las cuales descuella la de la libertad. Obras: *Los bandidos*, *Don Carlos*, *Wallenstein*, *La doncella de Orleans*, *La novia de Messina*, *Guillermo Tell*, etc. **<<**

[32] Ultima clase de la Orden de Santa Ana. **<<**

[33] La lucha por la posesión de los ducados de Schleswig y de Hostein dio lugar a una guerra entre Alemania y Dinamarca (1864) y a otra entre Prusia y Austria (1866). En 1867, Schleswig y Holstein se convirtieron en provincias de Prusia. Por entonces, los periódicos rusos informaban regularmente de la marcha de esta lucha. **<<**

[34] Los periódicos rusos de aquella época hablaban mucho de la situación de los negros en los Estados Unidos con motivo del final de la guerra entre el Norte y el Sur. **<<**

[35] A mediados de los años 1860, aparecieron en los periódicos rusos informaciones sobre la fuga de letones de las provincias del Báltico debido a la explotación de que eran objeto por parte de los prusianos. **<<**

[36] Se refiere probablemente al bulevar Konnogvardéiski, hoy bulevar Profsoyúsov (de los Sindicatos). **<<**

[37] Uno de los brazos que forman el delta del Nevá. **<<**

[38] San Petersburgo se edificó sobre un área constituida por cuarenta y dos islas. Algunas fueron unidas rellenando los brazos de agua que las separaban, y formaron una extensión única que, sin embargo, conserva el nombre de las Islas. **<<**

[39] Aguardiente de cereales, incoloro y de fuerte graduación alcohólica. **<<**

[40] Alexandr Serguéievich Pushkin (1799-1837); el más grande poeta ruso. Muchos de sus poemas fueron llevados a la ópera y al *ballet*. Con su prosa, fue el iniciador del realismo en Rusia. Es autor de *La hija del capitán* (publicado en esta misma colección), *Eugenio Onegin*, *Boris Godunov*, *Poltava*, etc. **<<**

[41] Iván Serguéievich Turguéniev (1818-1886). Novelista ruso, uno de los mejores pintores de la vida rural rusa. Después de algunas poesías publicó los *Relatos de un cazador*, que marcó una época en la literatura rusa. Autor también de *Primer amor* (publicado en esta misma colección), *Nido de hidalgos*, *Padres e hijos*, *Humo*, poemas en prosa, etc., toda su obra está marcada por la doble influencia de la cultura occidental que admiraba profundamente (vivió muchos años en Francia) y de su carácter esencialmente ruso. **<<**

[42] Arroz hervido con pasas que se hace bendecir durante los funerales y luego se sirve en la comida de exequias. **<<**

[43] Especie de tabardo de paño burdo que solían usar los campesinos rusos. **<<**

[44] Instrumento musical popular ruso de cuerda. Tiene la caja de armonía triangular y se toca con púa. **<<**

[45] Se refiere probablemente al puente Tuchkov. **<<**

[46] Más adelante dice secretario colegiado. **<<**

[47] Palabra rusa afrancesada con la que se designa el utensilio con el que se hace el té en Rusia. **<<**

[48] Antigua medida rusa equivalente a 0,71 m. **<<**

[49] En verano, las noches son muy breves en esa latitud. **<<**

[50] «Gracias». (En alemán en el original). **<<**

[51] «En castigo debía». (En alemán en el original). **<<**

[52] Antigua medida rusa de peso equivalente a 16,3 kg. **<<**

[53] Obra autobiográfica del escritor, filósofo y pedagogo francés Jean Jacques Rousseau (1712-1778), uno de los precursores de la Revolución Francesa. Escrita en la década de los 70 del siglo XVIII, se publicó póstumamente (1782-1789). **<<**

[54] Alexandr Nikolaevich Rádishev (1749-1802). Escritor ruso. Hijo de una familia noble, estudió en Leipzig, tradujo obras de Rousseau y, en 1770, publicó su famoso *Viaje de San Petersburgo a Moscú*, crítica virulenta del estado de cosas de su tiempo, por lo cual ordenó su detención la emperatriz Catalina II. Rádishev fue condenado a muerte, pena conmutada por la de diez años de confinamiento en Siberia. Muerta Catalina II, Rádishev presentó a su sucesor, Alejandro I, un proyecto de reorganización estatal basado en los principios de la igualdad de todos ante la ley. El proyecto fue rechazado y se amenazó a su autor con una nueva deportación. Minado moral y físicamente, puso fin a su vida envenenándose. **<<**

[55] Los periódicos de la época informaban de que personas indigentes se arrojaban deliberadamente bajo las ruedas de los vehículos para cobrar un subsidio por lesiones. **<<**

[56] Especie de levita. <<

[57] Diminutivo de Praskovia. **<<**

[58] Más adelante le llama Semión Semiónovich. **<<**

[59] Razumijin rusifica, en diminutivo, el adjetivo francés *avenante* que significa amable, atractiva. **<<**

[60] También, más adelante, Nikolái y Mikolka. **<<**

[61] Falda hecha de tela clara y rígida que se empleaba debajo del vestido para mantenerlo hueco. **<<**

[62] Se refiere a los anuncios de Minerálnie Vodi, jardín de recreo de las afueras de San Petersburgo cuyo propietario se apellidaba Izler. **<<**

[63] En el verano de 1865, dos jóvenes liliputienses, Massimo y Bartola, fueron exhibidos en San Petersburgo como únicos descendientes de los aztecas, y todos los periódicos publicaban artículos al respecto. **<<**

[64] En 1865 se produjeron tantos incendios en San Petersburgo que constituyeron una auténtica catástrofe para la ciudad. **<<**

[65] Periódico ruso fundado en 1756 por la Universidad de Moscú y órgano oficial suyo hasta mediados del siglo XIX. Fue diario a partir de 1858 y dejó de existir a finales de 1917. Exceptuando el período de 1779 a 1789, en que lo tuvo arrendado el editor progresista Nóvikov, fue portavoz de los intereses del zarismo, de los terratenientes que defendían el régimen de servidumbre y, más tarde, de los nacionalistas chovinistas. **<<**

[66] «Ya se ha hablado bastante». (En francés en el original).
<<

[67] Palo largo con un hierro con punta y gancho en el extremo que sirve en las embarcaciones menores para ayudar a atracar y desatracar. **<<**

[68] Vulgarmente, San Petersburgo. **<<**

[69] Véase nota 5 del Capítulo II de la Primera parte, pág. 20.
<<

[70] Anteriormente, Marmeládov la ha llamado Amalia Fiódorovna. **<<**

[71] Nombre tomado del folclore ruso. Significa hombre recio, bien plantado, valiente y de fuerza extraordinaria. **<<**

[72] Anton Grigorievich Rubinstein. Compositor y pianista ruso (1829-1894). **<<**

[73] «Reventad, perros, si no estáis contentos». (En francés en el original). **<<**

[74] Johannes Kepler. Astrónomo alemán (1571-1630), inventor del telescopio astronómico y fundador de la mecánica celeste. **<<**

[75] Isaac Newton. Físico, astrónomo y matemático inglés (1643-1727). Descubrió la gravitación y sus leyes; investigó la composición y descomposición de luz. Fundador del cálculo diferencial. **<<**

[76] *Licurgo*. Legislador espartano del siglo IX a. de C. *Solón*. Político ateniense. En 594 a. de C. dio a Atenas una Constitución en la que abolía la esclavitud por deudas. *Mahoma*. Fundador del Islam (570-632). Sus predicaciones de profeta y las leyes que dio a sus adeptos están reunidas en el Corán. *Napoleón* Bonaparte (1769-1821). Militar y emperador francés (1804-1815). Alcanzó su mayor gloria al frente de los ejércitos franceses, a los que condujo a la victoria frente a todas las potencias europeas. **<<**

[77] «¡Viva la guerra eterna!». (En francés en el original). **<<**

[78] Alude a distintos momentos de la carrera de Napoleón y a una frase que le atribuye Colincourt: «De lo sublime a lo ridículo sólo hay un paso, y que nos juzgue la posteridad». **<<**

[79] Paráfrasis de la fórmula «aportar su piedra al edificio nuevo», muy en boga por la década de los años 30 del siglo XIX entre los círculos progresistas rusos. <<

[80] Palabras de la comedia *El verdugo de sí mismo*, del autor romano Terencio (siglo II a. de C.): *Home sum, et nihil humanum a me alienum puto* («Hombre soy y nada de lo humano me es ajeno»). **<<**

[81] «Es de buena guerra, un ardid admitido». (En francés en el original). **<<**

[82] A finales de 1860, muchos periódicos rusos comentaron la conducta indignante de un terrateniente apellidado Kozliáinov, que había golpeado a una ciudadana de Riga. **<<**

[83] La revista *Vek* publicó en 1861 un artículo de Kamen-Vinogórov comentando con indignación que, en la ciudad de Perm, la esposa de un consejero civil había recitado públicamente en una velada literario-musical el poema de Pushkin *Noches de Egipto, «a* despecho del sentido del pudor y de las conveniencias sociales» y con gestos provocativos. **<<**

[84] Dussot era el propietario de un famoso restaurante de San Petersburgo; con la palabra francesa *pointe* se designaba los lugares de paseo entonces de moda. **<<**

[85] «Tengo mal vino». (En francés en el original). **<<**

[86] «Por complacerle». (En francés en el original). **<<**

[87] Se empleaba la palabra francesa *voyage* cuando se trataba de un viaje de recreo o exótico. **<<**

[88] En el albergue de noche regentado por Viázemski. **<<**

[89] Berg, propietario de un parque de atracciones, se denominaba a sí mismo maestro de baile y aeronauta. **<<**

[90] También, más adelante, Pólenka y Polia. **<<**

[91] «A secas, sin más». (En francés en el original). **<<**

[92] «Es obligatorio». (En francés en el original). **<<**

[93] Después de la Reforma de 1861, por la cual se abolió el régimen de servidumbre, el zarismo se vio obligado a aplicar otras reformas burguesas: urbana, judicial y militar. La reforma judicial, a la que aquí se alude (1864), copiada de Europa occidental, reemplazó los tribunales feudales por tribunales burgueses con sesiones públicas e interrogatorio verbal durante la vista, jurados, abogado defensor y acusación fiscal. **<<**

[94] El 20 de septiembre de 1854, durante la guerra de Crimea, las tropas rusas fueron derrotadas en la batalla decisiva a orillas del río Alma y se retiraron hacia Sebastopol, que luego fue asediada. **<<**

[95] Campesinos. **<<**

[96] Alto Estado Mayor austríaco. **<<**

[97] El 20 de octubre de 1805 se rindió a Napoleón el ejército austríaco mandado por el general Mak, en quien fundaba grandes esperanzas la alianza de Austria, Inglaterra y Rusia.
<<

[98] Nikolái Vasílievich Gógol (1809-1852). Creador de la moderna prosa rusa. Es autor de *Taras Bulba*, *La nariz y otros cuentos* (publicados en esta misma colección), *El Inspector*, *Las almas muertas*, *Veladas en una granja cerca de Dikanjki*, etc. **<<**

[99] Afectado por la escrofulosis. Tuberculosis de los ganglios linfáticos, especialmente del cuello. **<<**

[100] Charles Fourier. Teorizador socialista francés (1772-1837). Propugnó un régimen comunal de *falansterios*. **<<**

[101] Charles Darwin. Naturalista inglés (1809-1882). Introdujo una forma de evolucionismo conocida más tarde por Darwinismo. **<<**

[102] Sacerdotes de la religión ortodoxa rusa. **<<**

[103] «Maticemos». (En francés en el original). **<<**

[104] Nikolái Alexándrovich Dobroliúbov (1836-1861). Famoso crítico ruso, profundo y realista. A los veinte años sorprendía ya por sus vastos conocimientos, sobre todo en literatura rusa y sus ardientes convicciones. Murió a los veinticinco años, dejando magníficos artículos sobre literatura, política, pedagogía y educación, así como versos satíricos. Su influencia fue muy mande sobre el pensamiento progresista ruso de la época. **<<**

[105] Vissarión Grigorievich Belinski (1811-1848). Inteligencia privilegiada, fue mucha su influencia sobre el desarrollo del pensamiento progresista ruso. Su tragedia *Dmitri Kalinin*, áspera crítica y apasionada protesta contra el régimen de servidumbre, le valió la expulsión de la Universidad «por ineptitud» y estuvo a punto de conducirle al confinamiento en Siberia. Murió a los 37 años, de tuberculosis, cuando se preparaba su reclusión en la fortaleza de Pedro y Pablo. **<<**

[106] Raffaello Sanzio (1483-1520). Pintor y arquitecto italiano. En su ideal de belleza se equilibran lo humano y lo divino. Madonnas, frescos de las estancias y logias del Vaticano, retratos, frescos de la villa Farnesina, etc. componen su extensa obra. **<<**

[107] Literalmente, «casa para los mercaderes». Edificio que ocupa toda una manzana en la avenida del Nevá. Fue construido en 1761-1785. La primera planta, porticada, estaba destinada a comercios, las de arriba a posada y el patio a almacén de mercancías. Continúa siendo el centro comercial más grande de Leningrado. **<<**

[108] «Señora oficiala, señora de un oficial». (En polaco en el original). **<<**

[109] «Señor». (En polaco en el original). **<<**

[110] Debe querer decir Lida. Más adelante, el autor vuelve a llamarla Liona, que es diminutivo del nombre masculino Leonid. Para evitar confusiones, aquí se conserva el nombre inicial de Lida. **<<**

[111] «Padre en Berlín». (En alemán en el original). **<<**

[112] «Con todas las letras». (En francés en el original). **<<**

[113] «Buena señora». (En alemán en el original). **<<**

[114] Ínfima fracción del *gulden*, moneda que circulaba en varias ciudades alemanas. **<<**

[115] *Chujonets* en masculino y *chujontsi* en plural. Nombre con que se designaba, por lo general desdeñosamente, a los finlandeses. Finlandia era entonces una provincia del Imperio ruso. **<<**

[116] «Burgomaestre, alcalde». (En alemán en el original).
<<

[117] «Señorita». (En francés en el original). **<<**

[118] «¡Dios misericordioso!». (En alemán en el original). **<<**

[119] Compilación de artículos científicos, que se publicó en versión rusa en San Petersburgo el año 1866. Entre ellos figuraban «El cerebro y el espíritu. Ensayos de psicología fisiológica para todos los lectores pensantes», del escritor y médico alemán Theodor Piderit, y «Lógica de las acciones humanas aparentemente deliberadas, desde el punto de vista de la estadística», del economista alemán Adolf Wagner. **<<**

[120] En la práctica religiosa ortodoxa rusa se pone al cuello de los niños, cuando nacen o al bautizarlos, una cruz que ya no se quitan. Hasta el punto de que, para abochornar a una persona, se le dice que «no lleva cruz» al cuello, se sobrentiende. **<<**

[121] Como ya se ha dicho, en la Rusia zarista, los cargos civiles eran equiparados a los militares. **<<**

[122] «Téngase derecha». (En francés en el original). **<<**

[123] Véase nota 11 del Capítulo II de la Primera parte, pág. 24. Canción con letra de *Separación*, poesía de Konstantin Nikolaevich Batiushkov. <<

[124] «Un real». El *sou* equivale a cinco céntimos de franco. (En francés en el original). **<<**

[125] «Mambrú (en español) se fue a la guerra». (En francés en el original). **<<**

[126] «Mambrú se fue a la guerra, no sé cuándo vendrá». (En francés en el original). **<<**

[127] «Un real, un real, para montar nuestro ajuar». (En francés en el original). **<<**

[128] «Deslizado, deslizado, paso vasco». (En francés en el original). Pasos de baile. **<<**

[129] «Tienes diamantes y perlas». (En alemán en el original).
<<

[130] «Tienes unos ojos divinos. Muchacha, ¿qué más quieres?». (En alemán en el original). Romanza con letra del poeta alemán Henrich Heine. **<<**

[131] Romanza con letra de la poesía *Un sueño*, de Mijaíl Yurévich Lérmontov. **<<**

[132] Lugar donde existía un rastrillo. **<<**

[133] «En vano». (En alemán en el original). **<<**

[134] «Mañana por la mañana». (En alemán en el original).
<<

[135] Véase la nota n.º 3 del Capítulo V de la Cuarta parte, pág 311. **<<**

[136] Evangelio de San Mateo 7,7. **<<**

[137] Por error, llama Dirka al contramaestre Petujov, jocoso personaje de la comedia de Gógol *El casamiento*. **<<**

[138] Soldado de caballería en los ejércitos austríaco, alemán y ruso. <<

[139] «Oración fúnebre». (En francés en el original). **<<**

[140] Doncellas romanas consagradas a la diosa Vesta. **<<**

[141] «Querido amigo». (En francés en el original). **<<**

[142] «La naturaleza y la verdad». (En francés en el original).
<<

[143] Posible alusión a la pintura de Rafael *La Madonna de San Sixto*, de la Galería de Dresde, cuadro de una armonía de líneas incomparable, de actitudes sencillísimas, de colorido encantador y expresión bellísima. **<<**

[144] Baile descocado que se importó de Francia después de mediar el siglo XIX. **<<**

[145] «¡Dónde va a esconderse la virtud!». (En francés en el original). **<<**

[146] Véase nota n.º 6 del Capítulo IV de la Segunda parte, pág. 157. **<<**

[147] «Adiós, encanto». (En francés en el original). **<<**

[148] «Honores». (En francés en el original). **<<**

[149] «Una teoría como otra cualquiera». (En francés en el original). **<<**

[150] Antigua casa de campo cerca de Londres y luego lugar de esparcimiento de los londinenses y por extensión nombre que se dio a varios lugares de recreo. **<<**

[151] Ese nombre se daba, corrientemente, a la carretera de Vladimir, por donde eran conducidos los deportados de Siberia. **<<**

[152] Algunas calles reciben el nombre de *líneas*. **<<**

[153] Señal con la que desde la Fortaleza de Pedro y Pablo avisaban que habían crecido las aguas del Neva y amenazaban con inundar los barrios bajos de la población. **<<**

[154] «Nada». (En latín en el original). **<<**

[155] David Livingston (1813-1873). Famoso viajero inglés, explorador de África. Dostoievski alude probablemente a su libro *Viaje por Zambezia*, publicado en Londres el año 1865. **<<**

[156] El nihilismo fue un movimiento anárquico de los revolucionarios rusos desde mediados del siglo XIX hasta el bolchevismo. <<

[157] Estas palabras del teniente *Pólvora* reflejan el desdén que existía en Rusia por la emancipación de la mujer que, en los años 60 del siglo XIX, sólo podía estudiar para comadrona o para maestra de escuela. **<<**

[158] La reforma monetaria llevada a cabo en 1838 por Egor Kankrin, ministro de Finanzas de Nicolás I, equiparó el rublo-papel al rublo-plata. **<<**

[159] Véase Apéndice de *Taras Bulba*, n.º 36 de esta misma colección. **<<**

[160] Ver el número 34 de esta colección, *La hija del capitán*. **<<**

[161] Ver el volumen 85 de esta colección, *La nariz y otros cuentos*. **<<**

[162] Ver el número 85 de esta colección. **<<**